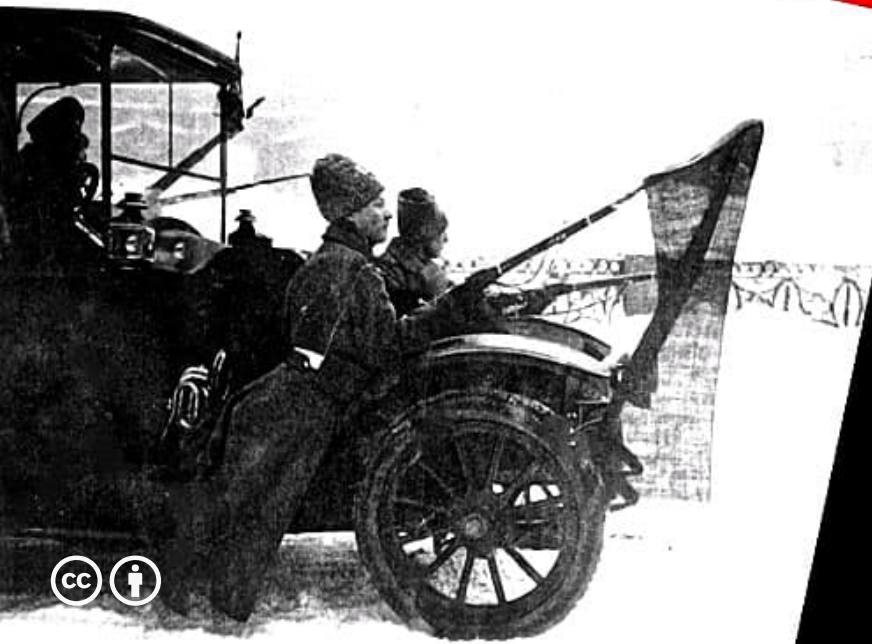
Nueva historia de la

REVOLUCIÓN RUSA

Sean McMeekin



Cuando se cumple su centenario, la Revolución rusa aún ejerce una poderosa atracción sobre la imaginación política. La fe en el marxismo-leninismo inspiró a millones de personas en el siglo XX, y el espectro del comunismo aterró a otros millones más. Incluso hoy, un cuarto de siglo después de la caída de la Unión Soviética, el legado de Lenin perdura. El Partido Comunista todavía gobierna en China. En la península de Corea, la Guerra Fría se niega a morir. El Occidente «capitalista» ha visto un resurgimiento de la fe marxista como consecuencia de la crisis mundial de 2008, apenas una generación después de que la esquela de Marx pareciera estar escrita en la caída del muro de Berlín. Sean McMeekin recrea vívidamente la atmósfera de 1917, y explica lo que realmente pasó en Rusia bajo la presión de la guerra mundial. Lejos del «conflicto de clases» de la leyenda marxista, la Revolución surgió a partir de una particular mezcla rusa demagogia política, motín, furia popular y, no menos importante, incompetencia del gobierno. Aprovechando la agonía de Rusia, embolsando subsidios alemanes mientras se defendían de las acusaciones de traición, Lenin y los bolcheviques le pusieron su sello propio de fanatismo a la Revolución, tomando el poder y dictando decretos dirigidos a abolir cualquier tipo de la propiedad privada. Aplicando políticas más radicales de lo que ningún socialista hubiera soñado, los bolcheviques cautivaron el mundo y produjeron una catástrofe económica sin precedentes.

epublibre
X ANIVERSARIO

Sean McMeekin

NUEVA HISTORIA DE LA REVOLUCIÓN RUSA

ePub r1.0
Titivillus 30.08.2023

Título original: *The Russian Revolution. A New History*
Sean McMeekin, 2017
Traducción: Sandra Chaparro

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta

Nueva historia de la Revolución rusa

Nota sobre nombres, fechas, traducciones y transliteraciones

Introducción

El primer siglo de la Revolución rusa

Mapas

Prólogo

La sangre de un campesino

Primera parte

El ocaso de los Románov

1

EL ANTIGUO RÉGIMEN Y SUS ENEMIGOS

2

1905. UN GOLPE PARA EL SISTEMA

3

EL GIGANTE FRÁGIL. LA RUSIA ZARISTA ANTE EL ABISMO DE LA GUERRA

4

LA GUERRA DE RUSIA (1914-1916)

Segunda parte

1917. Un falso amanecer

5

GANAS DE PELEA

6

UN CLARO EN LA TORMENTA

7

EL EJÉRCITO EN LA CUERDA FLOJA

8

EL GAMBITO ALEMÁN
9
EL OCASO DE LOS LIBERALES
10
EL MOMENTO DE KÉRENSKI
Tercera parte
Una toma de poder hostil
11
LENIN ENSEÑA SUS CARTAS
12
UN EJÉRCITO A PUNTO
13
OCTUBRE ROJO
14
HUELGA GENERAL
15
ALTO EL FUEGO
16
RUSIA EN HORAS BAJAS
17
UN RESPIRO
Cuarta parte
Los bolcheviques en el poder
18
COMUNISMO DE GUERRA
19
ROJO SOBRE BLANCO
20
LA INTERNACIONAL COMUNISTA
21
LOS IDUS DE MARZO

22
«¡CONVERTID EL ORO EN PAN!». EL HAMBRE Y LA GUERRA CONTRA LA IGLESIA
23
RAPALLO
Epílogo
El fantasma del comunismo
Ilustraciones
Agradecimientos
Abreviaturas
Bibliografía
Lista de archivos y principales colecciones utilizadas
Colecciones documentales
Obras publicadas y online, citadas o consultadas con provecho, incluidas las memorias
Índice Analítico
Sobre el autor
Notas

Para Ayla y Errol

Nota sobre nombres, fechas, traducciones y transliteraciones

La Revolución rusa, al igual que las dos guerras mundiales del siglo XX, causó estragos en el ámbito de los nombres, pues ciudades y regiones enteras pasaron de un imperio a otro, dejaron de formar parte de imperios para convertirse en Estados-nación y, en ocasiones, volvieron a formar parte de territorios imperiales. Curiosamente, Moscú no se vio afectada por esta revolución en la forma de referirse a determinados topónimos, pero es un caso aislado en un tablero cuyo estudio suscita dolor de cabeza. En la mayor parte del presente libro se habla de Petrogrado, nombre que ostentó la antigua San Petersburgo entre 1914 y 1924 antes de convertirse en Leningrado. En el caso de otras ciudades, utilizo los nombres de la época e incluyo su denominación actual entre paréntesis; por ejemplo, Reval (Tallin) o Tartu (Dorpat). En casos políticamente más sensibles, doy tres versiones diferentes, como cuando hablo de Lemberg (Lvov/Lviv). En el periodo que cubre este libro, hasta los funcionarios del gobierno otomano denominaban Constantinopla a lo que hoy es Estambul, y, por tanto, utilizo el nombre que recibía en la época. Aunque la República de Turquía no existió oficialmente hasta 1923, cuando quiero referirme a épocas anteriores a esa fecha hablo de Turquía o del Imperio otomano indistintamente, como hacían por entonces muchos turcos y la mayoría de los rusos y europeos.

Las fechas son un problema especialmente importante en la historia moderna de Rusia, porque el calendario juliano, que aún se utilizaba allí, llevaba doce o trece días de retraso

con respecto al calendario gregoriano de uso común en Occidente, que los bolcheviques adoptaron en enero de 1918, en pleno drama revolucionario ruso. Cuando indico fechas destacadas de la historia rusa o de la europea anteriores a ese año, procuro ofrecer ambas; por ejemplo: 1/14 de 1916, donde *1* es la fecha del calendario juliano y *14*, la del gregoriano. En 1917, año en el que hay que mencionar muchas fechas y que, en el contexto ruso, es de vital importancia, me ciño al calendario juliano para no crear confusión en relación con los meses que forman parte de la terminología revolucionaria (revolución de *Febrero*, días de *Abril* y *Julio*, revolución de *Octubre*). Vuelvo al calendario gregoriano a partir de la fecha en que fue adoptado por los bolcheviques, a mediados de enero de 1918. Iré advirtiendo al lector del momento en el que ocurren estos cambios.

En cuanto a la transliteración de los nombres rusos, pido disculpas a los expertos, pues a veces difiero ligeramente del sistema establecido por la Biblioteca del Congreso. Con ello he pretendido que estos se lean y recuerden lo más fácilmente posible; pero, puesto que una coherencia absoluta es de todo punto imposible, he procurado que prevalezca siempre el sentido común[ex1].

A menos que se indique o que esté citando un texto traducido, las traducciones del francés, alemán, ruso y turco son mías.

Introducción

El primer siglo de la Revolución rusa

Al igual que 1789, el año en que estalló la Revolución francesa, 1917 forma parte de ese léxico asociado a fechas de la historia mundial que todo ciudadano culto debería recordar. Sin embargo, existen profundos desacuerdos en torno al significado de 1917, sobre todo porque ese año funesto hubo dos revoluciones en Rusia. En la revolución de Febrero se derrocó a la monarquía y se abrió un interregno de gobiernos mixtos, liberales y socialistas, al que puso fin la revolución de Octubre, en la que el partido bolchevique de Lenin impuso una dictadura comunista y proclamó la revolución mundial contra el «capitalismo» y el «imperialismo». Ambas derivas fueron lo suficientemente significativas como para dedicarles un estudio histórico serio. Consideradas en conjunto, constituyen un suceso transcendental de la historia contemporánea, que introdujo el comunismo en el mundo y sentó las bases de décadas de un conflicto ideológico que culminaría en la Guerra Fría (1945-1991).

Como los bolcheviques eran marxistas, ha sido el lenguaje marxista el que durante mucho tiempo ha dado color a nuestra forma de entender la Revolución rusa: de la idea de la lucha de clases entre «proletarios» y clases gobernantes

«capitalistas» a la evolución dialéctica desde una revolución «burguesa» hasta una socialista. En los años de la Guerra Fría, incluso los historiadores no marxistas tendían a aceptar el marco marxista básico para debatir en torno a la Revolución rusa y se centraban en asuntos como el atraso económico del país comparado con países occidentales más avanzados, las etapas de su salida del feudalismo, su desarrollo industrial «tardío» o su estructura social asimétrica y desigualitaria. En un reputado manual universitario, *The Russian Revolution*, de fecha tan atrasada como 1982, Sheila Fitzpatrick afirma inequívocamente que el objetivo de Lenin durante la revolución de Octubre era «el derrocamiento de la burguesía por parte del proletariado»[1].

Esta forma relativamente acrítica de estudiar la Revolución rusa resultó ser sorprendentemente resistente al cambio a lo largo de las décadas, en parte porque los grandes escritores anticomunistas de los años de la Guerra Fría, como George Orwell, Alexandr Solzhenitsin o Robert Conquest, se centraron en el comunismo de la época de «madurez» estalinista de las décadas de 1930 y 1940, no en sus orígenes revolucionarios. Ciertamente se publicaron estudios muy serios en torno a la revolución de Febrero, como, por ejemplo, *Russia 1917*, de George Katkov (1967), o *The February Revolution* (1981), de Tsuyoshi Hasegawa. Sin embargo, el primer estudio serio sobre las dos revoluciones de 1917 consideradas en su conjunto es *La Revolución rusa* (1990), de Richard Pipes. Según él, lo que ocurrió durante el Octubre rojo no fue una revolución, un movimiento popular, sino un golpe de Estado realizado desde arriba, «la toma del poder por parte de una pequeña minoría». Lejos de ser fruto de la evolución social, la lucha de clases, el desarrollo económico u otras fuerzas inexorables de la historia defendidas por la teoría marxista, la Revolución rusa la llevaron a cabo «per-

sonas con nombres y apellidos que perseguían sus propios intereses» y, por tanto, «podemos emitir juicios de valor sobre ella». El dictamen de Pipes sobre estas personas es demoledor[2].

El estudio revisionista de Pipes se publicó en pleno proceso de colapso de la Unión Soviética y fue como una bola de demolición que echó por tierra toda esperanza de que el Partido Comunista Ruso pudiera alegar legitimidad democrática, popular o moral. Convocaron a Pipes como perito en los juicios, a la manera de Núremberg (interrumpidos rápidamente), celebrados en 1992 durante el gobierno poscomunista del presidente Borís Yeltsin. Aunque muchos especialistas soviéticos se mofaron del relato revisionista de Pipes, que consideraban totalmente parcial (Pipes había sido asesor de la Administración de Reagan entre 1981 y 1982), nadie pudo ignorarlo. En los largos debates sobre el comunismo entre simpatizantes y «caballeros de la Guerra Fría», los simpatizantes siempre acababan a la defensiva cuando no directamente derrotados.

Un cuarto de siglo después, todo indica que estamos ante un nuevo giro. El éxito de ventas internacional de obras como *El capital en el siglo XXI* (2013), de Thomas Piketty, unido a la popularidad de la que gozan socialistas como Bernie Sanders, a quien votan los jóvenes en un Estados Unidos tradicionalmente hostil al socialismo, sugieren que tal vez asistamos a un sorprendente resurgir de Marx. En opinión de los «marxistas *millennials*», como denomina la revista *The Nation* a estos nuevos activistas movidos por la «plaga de la desigualdad», el desastre financiero de 2008 ha tenido mayores repercusiones que la caída del muro de Berlín en 1989, símbolo del fin del comunismo en Europa del Este, o que el derrumbe de la Unión Soviética en 1991[3]. Efectivamente, muchos indicadores (como el coeficiente de Gini) de-

muestran que la desigualdad está incrementándose rápidamente en los países de Occidente, lo que proporciona munición a los cada vez más numerosos críticos del capitalismo. Si los jóvenes historiadores reviven el viejo sueño de la revolución socialista, es de esperar que publiquen libros contrarrevisionistas sobre la historia del comunismo.

Un hecho tan relevante como la Revolución rusa siempre ocupará un lugar en el debate político; se lo distorsiona, señalando que se trató de una transformación que hizo época bien al liberar a los oprimidos obreros y campesinos de Rusia («paz, tierra y pan») o bien al esclavizarlos, dependiendo de la tendencia política que se defienda. Por muy edificantes que resulten estas parábolas, tienen poco que ver con los sucesos reales de 1917 que intentan reconstruir los historiadores con acceso a la documentación original tras la caída de la Unión Soviética y la apertura de los archivos rusos.

Puesto que, afortunadamente, ya ha terminado la Guerra Fría, podemos analizar la Revolución más desapasionadamente, como un hecho histórico concreto, controvertido y de gran importancia por su duradero impacto sobre la política mundial, pero digno de ser estudiado en sus propios términos al margen de nuestros prejuicios actuales. A lo largo de las décadas, a medida que evolucionaba el interés de los historiadores, hemos ido reemplazando nuestros recuerdos distorsionados de lo sucedido por anécdotas que expresan verdades a medias y por relatos sobre la Revolución que discurren por caminos trillados y que se repiten una y otra vez. Ha llegado la hora de descender del empíreo de la argumentación ideológica en torno a 1917 y volver al sólido terreno de los hechos. Recuperar las fuentes originales nos permite redescubrir la Revolución en tiempo real y desde la perspectiva de actores claves que no sabían cómo acabaría la historia cuando actuaban.

La mayor revelación aportada por los archivos rusos es muy simple. Según las fuentes documentales de la época, el hecho más significativo en la Rusia de 1917 era que el país estaba en guerra. Por alguna razón este hecho tan obvio quedó oscurecido por una avalancha de argumentos históricos sobre la tradición política autocrática de Rusia: el «atraso económico ruso», los campesinos y la cuestión agraria, las estadísticas industriales, las huelgas, el trabajo, el marxismo, los bolcheviques, los mencheviques y los socialistas revolucionarios con sus doctrinas enfrentadas, etcétera, y ha habido que redescubrirlo en el telón de fondo de los acontecimientos[4].

Por suerte para los historiadores de la Revolución, en los años transcurridos desde 1991 se ha dado un gran impulso a las investigaciones sobre la actuación militar de Rusia durante la I Guerra Mundial (1914-1917), un tema de estudio tabú en tiempos soviéticos por los vínculos existentes entre Lenin y Alemania y por su controvertida decisión de solicitar a Berlín la paz por separado en noviembre de 1917. Resulta que los ejércitos rusos no se encontraban tan irremediablemente sobrepasados por los alemanes en el frente oriental como creíamos. Según los informes de los censores militares que acabamos de redescubrir, es errónea la idea, mencionada en prácticamente todas las historias de la Revolución, de que existía una profunda insatisfacción entre las tropas en el invierno de 1916-1917. Su moral era alta, entre otras cosas porque los soldados-campesinos rusos estaban mucho mejor alimentados que sus enemigos alemanes.

Los datos económicos arrojan un resultado similar. Las pruebas que obran en nuestro poder demuestran que no hubo un colapso general que culminara en la revolución de Febrero; todo lo contrario, las cifras reflejan un gran (aunque inflacionario) *boom* de la economía de guerra. Hubo crisis

durante la *gran retirada* rusa de 1915, cuando todo indicaba que la falta de munición acabaría con el esfuerzo bélico ruso, pero la superaron brillantemente en 1916, un año en el que se dispararon los índices de producción industrial y los ejércitos rusos ganaron terreno en todos los frentes. Un análisis más detallado también parece indicar que la famosa escasez de pan en Petrogrado durante el invierno de 1917 constituye un mito.

A medida que los actores políticos van emergiendo o desapareciendo del escenario de la historia de la Revolución cambian hasta los nombres importantes. Muchos historiadores han subestimado la importancia del legendario Rasputín, pero ahora parece que, después de todo, había algo de verdad en los rumores sensacionalistas: miembros de la alta sociedad rusa, políticos liberales, espías aliados y mandos veteranos del ejército intentaron arrebatar el poder o asesinar al influyente campesino-sanador del zar. Mijaíl Rodzianko, presidente de la Duma estatal y el político más famoso de Rusia a principios de 1917, dejó de ser una celebridad con el paso de las décadas y hoy solo se le recuerda por haber desempeñado un modesto papel durante la revolución de Febrero, que apenas merece algo más que una mención en la mayoría de los manuales de historia. Actualmente sabemos, sin embargo, que fue el actor clave de este drama. Trotski y Stalin estuvieron en el centro del escenario durante la acción revolucionaria, tanto en 1905 como en 1917, y se han ganado su celebridad. En cambio, Lenin, el fundador exiliado del partido bolchevique, tuvo muy poco que ver con los sucesos de 1905 y apenas atrajo la atención de la policía zarista hasta su regreso a Rusia en abril de 1917, tras una ausencia de casi dos décadas. Aun así, de no haber sido por sus contactos, Lenin hubiera tenido un impacto modesto en la escena política. Los alemanes le proveyeron de los

fondos necesarios para hacer propaganda entre las tropas del ejército ruso, en una época en la que los frentes de guerra se extendían del mar Báltico al mar Caspio y había unos siete millones de hombres movilizados.

Lenin y los bolcheviques no desempeñaron ningún papel digno de mención en el derrocamiento del zar: este fue un regalo inesperado del destino que les pilló por sorpresa y que parecía una burla, si tenemos en cuenta las pretensiones de determinismo histórico del marxismo; pero, en último término, fueron sus beneficiarios. El programa de la izquierda de Zimmerwald de Lenin, redactado durante la guerra en congresos de socialistas exiliados en Suiza, que proponía «volver rojos a los ejércitos» infiltrando en ellos agitadores radicales, fue una doctrina minoritaria de la que se burlaron los líderes socialistas de la corriente mayoritaria, que preferían centrarse en la resistencia y en la organización de manifestaciones en contra de la guerra. Sin embargo, cuando Lenin tuvo la oportunidad de poner en práctica su programa tras la revolución de Febrero, pocos reían ya. Lenin explotó la vulnerabilidad de la posición estratégica rusa en 1917 e hizo todo lo posible por «convertir la guerra imperialista en una guerra civil» incitando al amotinamiento y a la deserción de los soldados del ejército con sus armas. De este modo pudo dotar al partido bolchevique de los combatientes que precisaba para triunfar en la revolución de Octubre e imponer el dominio comunista en Rusia.

Los bolcheviques se hicieron con el control del ejército ruso violentamente en 1917. Fue una jugada audaz, arriesgada y difícil que estuvo a punto de frustrarse en muchos momentos críticos. Si los hombres de Estado que estaban al mando desde la revolución de Febrero, sobre todo Alexandr Kérenski, el socialista revolucionario, orador y hombre fuerte, hubieran sido más competentes y enérgicos al intentar

suprimir la agitación leninista en los ejércitos, los bolcheviques serían hoy tan desconocidos como otros partidos socialistas minoritarios europeos y Lenin hubiera pasado a ser, como mucho, una nota a pie de página en la historia de Rusia y del socialismo.

Lenin logró cosas increíbles, pero no el «derrocamiento proletario de la burguesía» que le adscriben los relatos tradicionales. Gracias a los subsidios alemanes y a su indomable voluntad de poder, Lenin consiguió dividir al ejército imperial ruso en 1917, reconstruirlo, a partir de los fragmentos, en 1918 y convertirlo, con ayuda de Trotski, en el temible ejército rojo. Tal y como previó Lenin en su profecía de la izquierda de Zimmerwald, la guerra civil de 1918-1920, que libraron los bolcheviques contra una miríada de enemigos internos y externos, reales e imaginarios, acabó siendo más sangrienta que la «guerra imperialista» contra las potencias centrales. Además, requirió movilizaciones en masa, control estatal y una policía secreta encargada de la vigilancia y la represión.

Cuando, en 1920, salieron de Rusia los últimos extranjeros y los restos de las tropas equipadas por países extranjeros, la guerra civil rusa se convirtió en una lucha interna contra los campesinos recalcitrantes, «enemigos de clase» reducidos a la pobreza y condenados al hambre por las requisas forzosas de trigo del régimen comunista y por la supresión de toda transacción mercantil y monetaria que siguió a la aplicación de un programa marxista de abolición de la propiedad privada. Reconociendo tácitamente que el futuro comunista estaba algo más lejos de lo esperado, Lenin acabó con las medidas draconianas del «comunismo de guerra» (nombre dado, retrospectivamente, a la abolición de la actividad económica privada) en 1921-1922, con el fin de proporcionar un nuevo impulso al mercado del cereal, dar

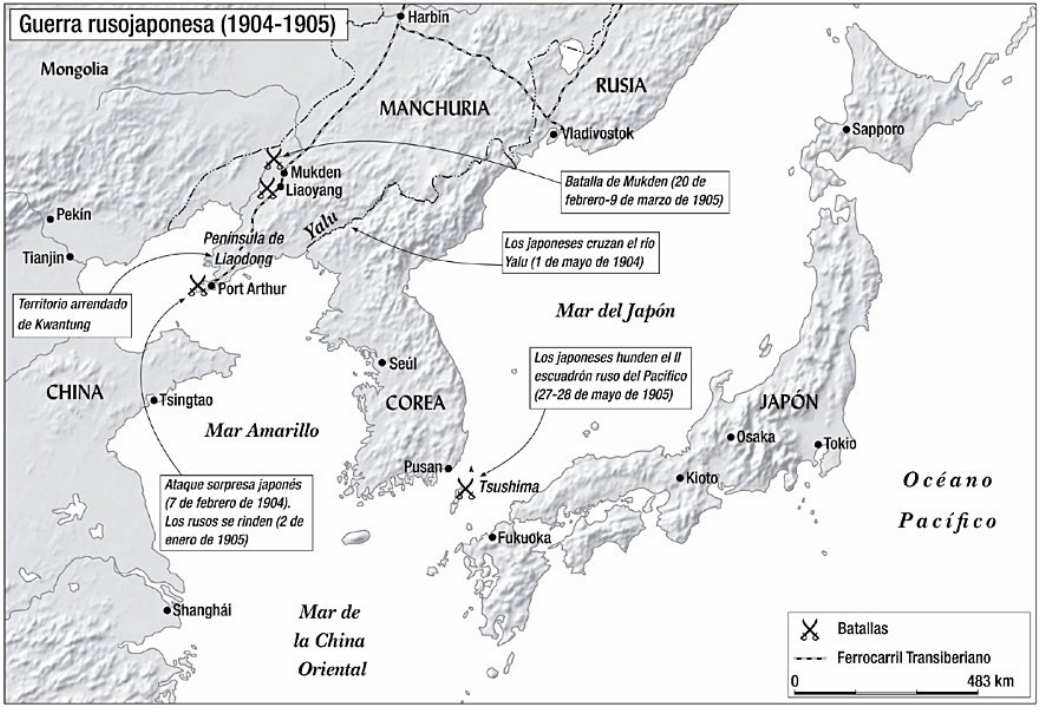
juego a las fuerzas del mercado y abastecer los comercios. Sin embargo, este recurso de Lenin a su Nueva Política Económica (NPE) nunca pretendió ser más que una retirada táctica. Tras pelear y ganar una dura batalla final contra la Iglesia ortodoxa en 1922, los bolcheviques lograron acabar con toda resistencia en los territorios del antiguo Imperio zarista, que reemplazaron por uno nuevo denominado Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS). A partir de ese momento, Lenin y sus sucesores podían empezar a pensar en la revolución mundial y en exportar el comunismo hasta los últimos rincones del planeta.

Tras un cuarto de siglo de estimulantes descubrimientos en los archivos, ha llegado la hora de ver lo que hemos aprendido. En los días postreros del zarismo, Rusia era un país de contradicciones, donde una inmensa riqueza convivía con una pobreza extrema, a lo que había que añadir la enorme cantidad de tensiones sociales y étnicas propias de un gran Imperio multiétnico. Sin embargo, el derrumbamiento del régimen en 1917 no fue en absoluto inevitable. La revolución de 1905, detonada por una humillante derrota en la guerra rusojaponesa, estuvo a punto de desgarrar al Imperio ruso. Sin embargo, este emprendió una recuperación muy notable en la década siguiente, cuando el zar permitió la creación de un parlamento (la Duma), la fundación de sindicatos de trabajadores y la puesta en práctica del ambicioso plan de reforma agraria de Piotr Stolipin. La gran tragedia de los liberales rusos fue que, aun siendo reformadores y constitucionalistas comprometidos, defendían el paneslavismo y convencieron a Nicolás II de la necesidad de movilizarse en 1914 para aplacar a la opinión pública. Luego, aunque desafortunadamente les hizo caso, se pasaron la guerra conspirando en su contra. Lo que puso fin a una era de gran progreso económico y social en Rusia y, en último

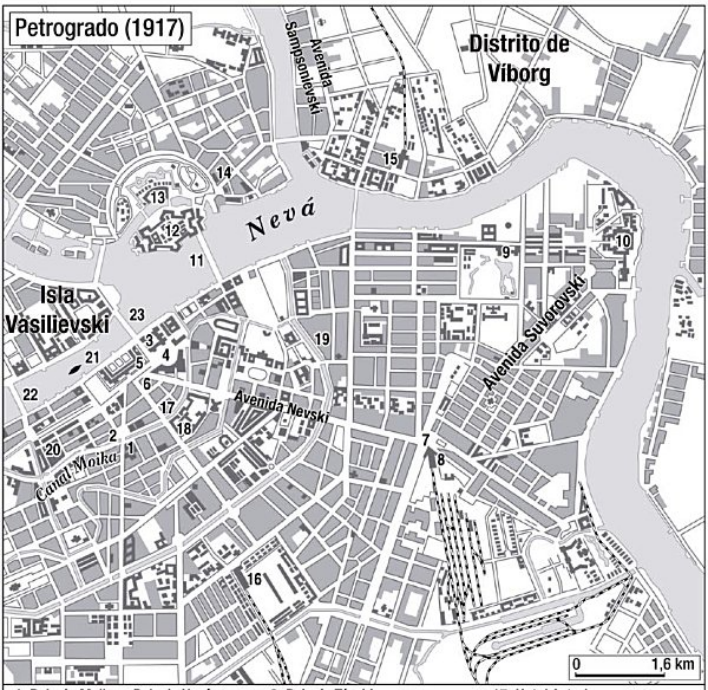
término, costó el trono al zar, fue su decisión de ir a la guerra en contra de la opinión de Rasputín y otros consejeros monárquicos y conservadores de los que solía fiarse más que de los liberales. El Imperio, una autocracia, se hundió debido a la escasa voluntad del último de sus autócratas, que carecía del coraje que proporciona tener convicciones propias. Lenin no cometió el mismo error cuando se hizo con el poder.

El Imperio ruso
(ca. 1900)
Océano
Glacial
Londres
NORUEGA
Oslo
SUECIA
IMPERIO
ALEMÁN
Berlín
Estocolmo
Finlandia
Mar de
Barents
Nueva
Zembla
Mar de
Kara
Múrmansk
Prusia
oriental
Reval (Tallin)
Helsinki
Mar Blanco
Riga
San Petersburgo
Arcángel
Viena
Varsovia
Pskov
AUSTRIA
Budapest
Polonia
Vilnius
Brest-
Litovsk
Minsk
Galitzia
austriaca
HUNGRÍA
Smolensk
Vólogda
IMPERIO
SERBIA
Moscú
Kiev
Briansk
Riazán
Nizhni Nóvgorod
Obi
Siberia
RUMANIA
Sofía
Bucarest
Ucrania
Poltava
Járkov
Montes Urales
BULGARIA
Odesa
Kazán
Perm
occidental
Constantinopla
Sebastopol
Donetsk
Don
Volga
Samara
Ufá
Ekaterimburgo
Tobolsk
Obi
Mar Negro
Sarátov
Tsáritsin
Ankara
Oremburgo
Omsk
Ferrocarril Transiberiano
Anatolia
Astracán
Orsk
Irtish
Cáucaso
Novonikoláievsk
(Novosibirsk)
Barnaúl
IMPERIO OTOMANO
Tiflis
(Tbilisi)
Ereván
Semipalátinsk
Mar Caspio
Bakú
Mar de
Aral
Sir Daria
Turkestán
Azerbaiyán
Persia
Bagdad
Amu Darya
Teherán
Asjabad
Bujará
Taskent
Samarcanda
PERSIA
Fergana
Hindú Kush
Kabul
AFGANISTÁN
INDIA
BRITÁNICA
--- Ferrocarril en construcción

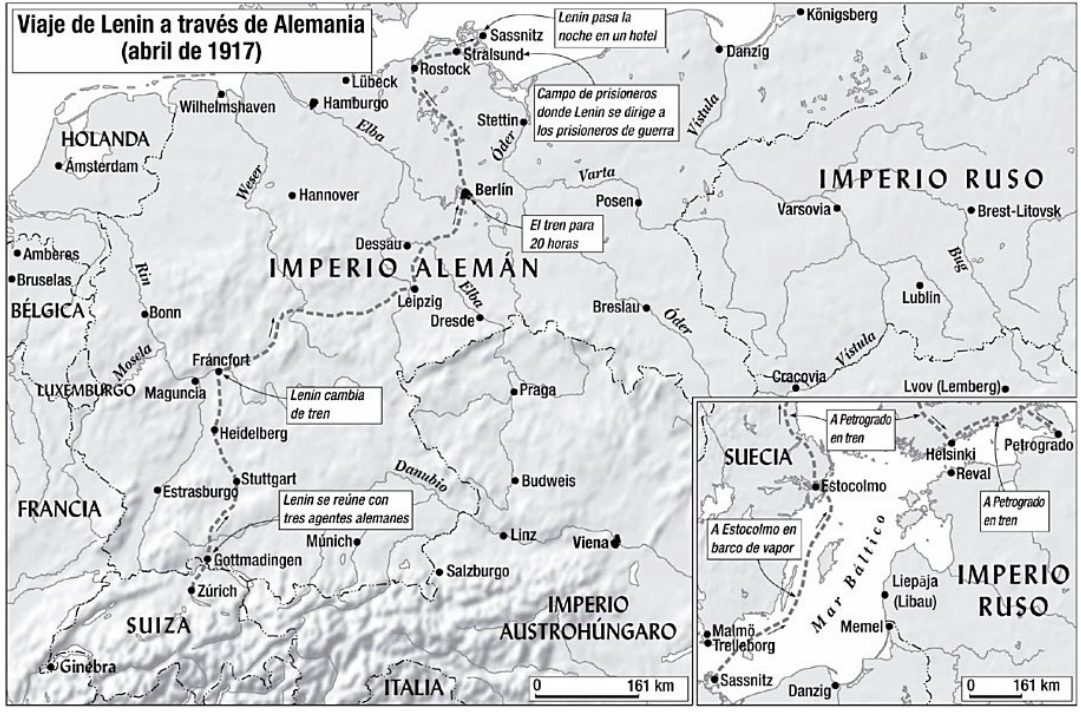
ESTADOS UNIDOS
Alaska
Mar de Chukotka
Estrecho de Bering
Isla de Wrangel
Ártico
Mar de Siberia oriental
Sévernaya Zemliá
Islas de Nueva Siberia
Mar de Bering
Mar de Láptev
Lena
RUSO
Siberia oriental
Yakutsk
Ojotsk
Petropávlovsk
Mar de Ojotsk
Nizhni Tunguska
Lena
Aldán
Yenisái
Transbaikalia
(Línea ferroviaria Amur)
Amur
Región de Amur
Lago Baikal
Jabárousk
(puente)
Irkutsk
Manchuria
Harbin
Vladivostok
Ulán Bator
Mongolia Exterior
Mar del Japón
Yalu
COREA
JAPÓN
Tokio
Pekín
Port Arthur
CHINA
Mar de la China Oriental

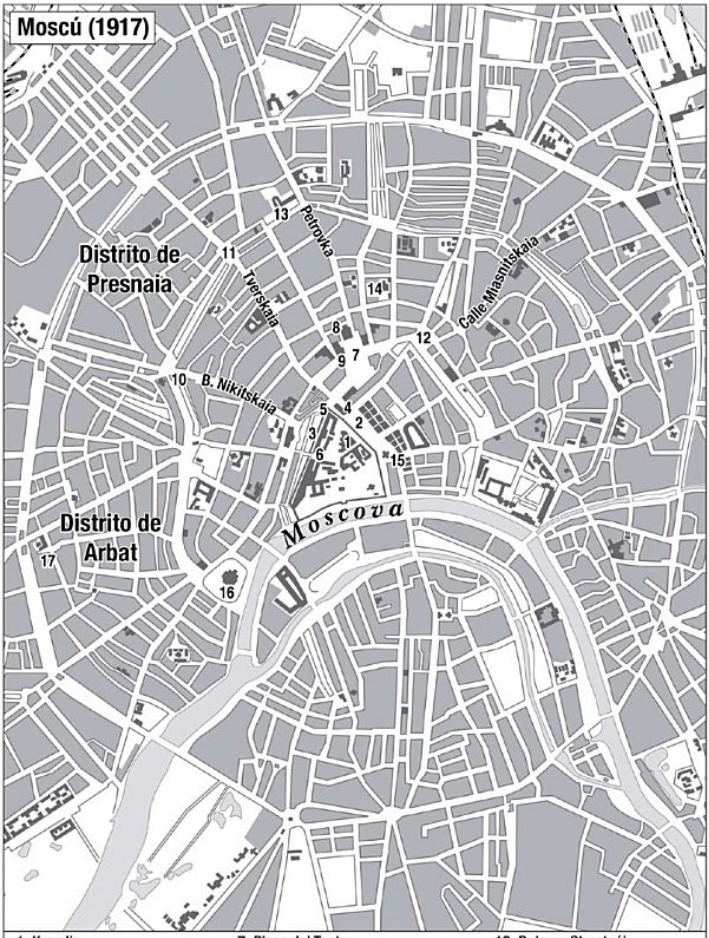

Guerra rusojaponesa (1904-1905)
Harbin
Mongolia
MANCHURIA
RUSIA
Vladivostok
Sapporo
Mukden
Liaoyang
Batalla de Mukden (20 de febrero-9 de marzo de 1905)
Pekín
Yalu
Península de Liaodong
Tianjin
Los japoneses cruzan el río Yalu (1 de mayo de 1904)
Port Arthur
Territorio arrendado de Kwantung
Mar del Japón
Seúl
Los japoneses hunden el II escuadrón ruso del Pacífico (27-28 de mayo de 1905)
CHINA
Tsingtao
COREA
JAPÓN
Mar Amarillo
Osaka
Tokio
Pusan
Tsushima
Kioto
Océano Pacífico
Ataque sorpresa japonés (7 de febrero de 1904). Los rusos se rinden (2 de enero de 1905)
Fukuoka
Shanghái
Mar de la China Oriental
Batallas
Ferrocarril Transiberiano
0
483 km

El frente oriental (1914-1918)
Fuertes
Límite de los avances de las tropas rusas (1914-1915)
Límite de los avances de las tropas austroalemanas (1914-1915)
Área recuperada por Brusílov (junio-agosto de 1916)
Conquistas alemanas en septiembre-octubre de 1917
Los alemanes invaden Rusia el 3 de marzo de 1918 (tratado de Brest-Litovsk)
Después del 3 de marzo de 1918
11 Ejércitos rusos
S Ejército ruso especial
0 402 km
SUECIA
Estocolmo
Helsinki
Hanko
Golfo de Finlandia
Reval (Tallin)
Narva
Gátchina
Kronstadt
Lago de Ládoga
San Petersburgo (Petrogrado)
Tsárskoie Seló
Estonia
Dorpat
Lago Peipus
Pskov
Saaremaa
Golfo de Riga
Gotland
Öland
Mar Báltico
Curlandia (Letonia)
Riga
Libau
Mitau
Memel
Lituania
Dvinsk
Königsberg
Danzig
Kovno
Gumbinnen
Vilna (Vilnius)
IMPERIO ALEMÁN
Prusia oriental
Tannenberg
Grodno
Narew
Osoviets
Niemen
Novo Georgievsk
Baránavichi
Stavka 1914–15
Vístula
Varsovia
Brest-Litovsk
Pinsk
Kalisz
Łódź
Polonia
Ivángorod
Lublin
Bug
Silesia
Pilitsa
Prípiat
Vorobin
Lutsk
Rovno
Galitzia occidental
Cracovia
Jarosław
Lemberg (Lvov)
Galitzia oriental
Przemyśl
Stanislau
Kamianéts-Podilski
AUSTRIA
Czernowitz
Budapest
HUNGRÍA
Danubio
Tisza
Bucovina
Transilvania
Moldavia
Siret
Besarabia
Prut
Kishiniev
Nikoláiev
Jersón
Odesa
Kiev
Ucrania
Dniéper
Dniéster
Bug
Ekaterinoslav
Lago Ilmen
Lavat
Volga
Dvina
Moscú
Oká
Smolensk
Tula
Stavka 1915–17
Moguilov
RUSIA
Orel
Kursk
Voronezh
Desná
Don
Bélgorod
Járkov
Poltava
Cosacos del Don
Donéts
Cuenca minera del Donéts (Donbáss)
Taganrog
Rostov
Cosacos del Kubán
Mar de Azov
Kubán
Crimea
Sebastopol
Belgrado
SERBIA
RUMANÍA
Bucarest
Constanța
BULGARIA
Mar Negro



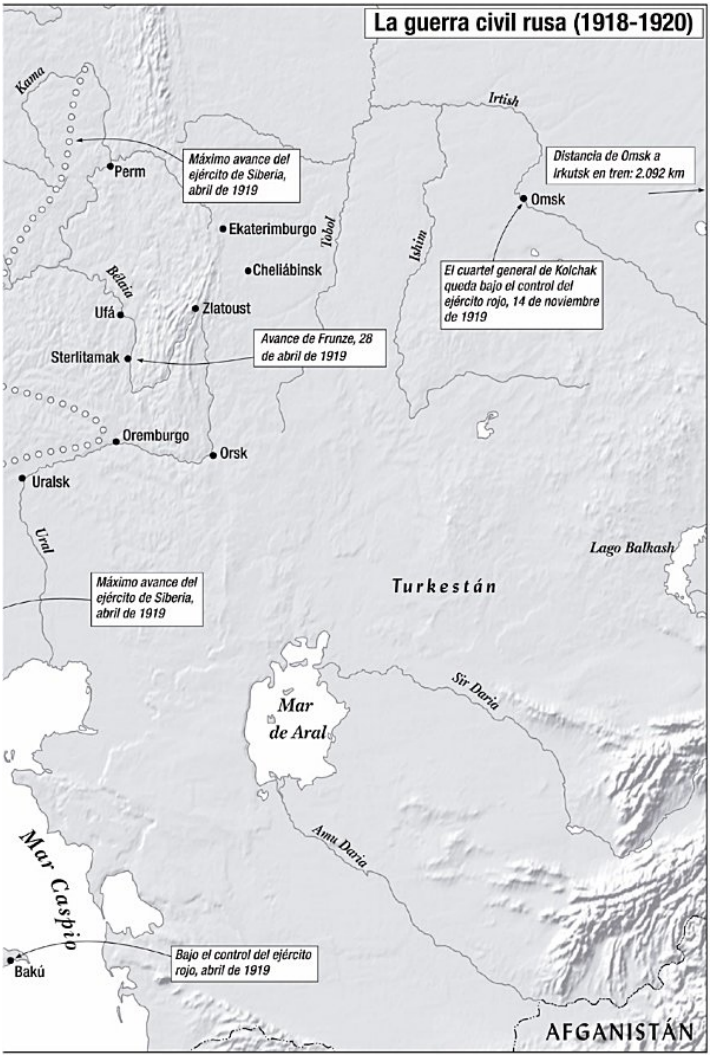
1. Palacio Moika o Palacio Yusúpov
2. Cuartel general de Ojrana
3. Palacio de Invierno
4. Plaza del Palacio
5. Almirantazgo
6. Ministerio de la Guerra
7. Plaza Známenskaia
8. Estación Nikoláievski (Moskovski)
9. Palacio Táuride
10. Instituto Smolni
11. Puente de la Trinidad
12. Fortaleza de Pedro y Pablo
13. Arsenal
14. Mansión Kschessinska
15. Estación Finlandia
16. Estación Varsovia
17. Hotel Astoria
18. Palacio Mariinski
19. Palacio Mijáilovski (o de los Ingenieros)
20. Oficina central de telégrafos
21. Crucero *Aurora*
22. Puente Nikoláievski
23. Puente del Palacio


Viaje de Lenin a través de Alemania (abril de 1917)
Lenin pasa la noche en un hotel
Campo de prisioneros donde Lenin se dirige a los prisioneros de guerra
El tren para 20 horas
Lenin cambia de tren
Lenin se reúne con tres agentes alemanes
Sassnitz
Stralsund
Rostock
Lübeck
Hamburgo
Wilhelmshaven
Stettin
Königsberg
Danzig
HOLANDA
Ámsterdam
Hannover
Berlín
Posen
Varsovia
Brest-Litovsk
IMPERIO RUSO
Amberes
Bruselas
BÉLGICA
Bonn
Dessau
IMPERIO ALEMÁN
Leipzig
Dresde
Breslau
Lublin
Cracovia
Lvov (Lemberg)
Francfort
Maguncia
LUXEMBURGO
Heidelberg
Praga
Stuttgart
Estrasburgo
FRANCIA
Budweis
Múnich
Linz
Viena
Gottmadingen
Salzburgo
Zúrich
SUIZA
IMPERIO AUSTROHÚNGARO
Ginebra
ITALIA
0 161 km
Rin
Mosela
Elba
Oder
Vístula
Varta
Weser
Bug
Danubio
A Petrogrado en tren
A Estocolmo en barco de vapor
SUECIA
Helsinki
Petrogrado
Reval
Estocolmo
Mar Báltico
Liepāja (Libau)
Memel
Malmö
Trelleborg
Sassnitz
Danzig
0 161 km


Moscú (1917)
Distrito de Presnaia
Distrito de Arbat
Moscova
Tverskaia
B. Nikitskaia
Petrovka
Calle Miasnitskaia
1. Kremlin
2. Plaza Roja
3. Jardines Alexandr
4. Ojotni Riad
5. Hotel Nacional
6. Puerta del Manezh
7. Plaza del Teatro
8. Teatro Bolshói
9. Teatro Mali
10. Plaza Nikitskie Vorota
11. Plaza Strastnaia (Pushkin)
12. Plaza Lubianka
13. Bulevar Strastnói
14. Kuznetski Most
15. Catedral de San Basilio
16. Catedral de Cristo Salvador
17. Denezhni pereulok

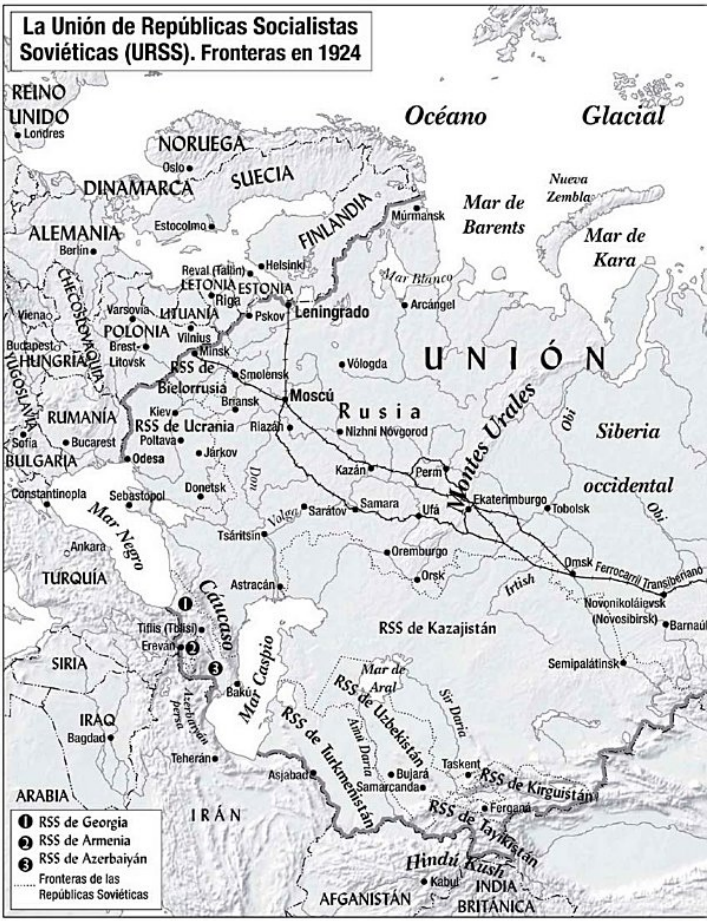
Brest-Litovsk
Territorio ocupado por las potencias centrales antes del tratado de Brest-Litovsk
Territorio adicional ocupado por las potencias centrales después del tratado de Brest-Litovsk, que incluye a la Ucrania «independiente» y a los Estados del Báltico
Satélites de las potencias centrales y territorios ocupados
Dobruja septentrional y el sur de Besarabia [son] reclamados por Bulgaria a la Rumanía conquistada y a Rusia
Satélites y territorios ocupados en los que Alemania y la Turquía otomana rivalizan por ejercer su influencia
0 300 millas
0 300 km
Mar del Norte
Mar Báltico
Mar Caspio
Mar Negro
SUECIA
FINLANDIA
DINAMARCA
IMPERIO ALEMÁN
AUSTRIA-HUNGRÍA
RUSIA BLANCA
RUSIA
UCRANIA
RUMANIA
BULGARIA
SERBIA
GRECIA
IMPERIO OTOMANO
PERSIA
AZERBAIYÁN
Legión checoslovaca, marzo-abril de 1918
Cuenca minera del Donets (Donbáss)
Cosacos del Don
Cosacos del Kubán
Oleoducto
Sur de Besarabia
Dobruja septentrional
Danubio
Don
Volga
Ural
Dnieper
Kubán
Helsingfors (Helsinki)
Reval (Tallin)
San Petersburgo (Petrogrado)
Vólogda
Nizhni Nóvgorod
Kazán
Ufá
Orsk
Oremburgo
Samara
Simbirsk
Penza
Sarátov
Riazán
Moscú
Lipetsk
Smolensk
Nóvgorod
Pskov
Riga
Dvinsk
Vilna (Vilnius)
Minsk
Brest-Litovsk
Varsovia
Berlín
Viena
Budapest
Kiev
Poltava
Járkov
Donetsk
Taganrog
Novocherkask
Rostov del Don
Astracán
Ekaterinoslav
Nikoláiev
Odesa
Jersón
Crimea
Sebastopol
Constantinopla (Estambul)
Sofía
Bucarest
Sujum
Poti
Batumi
Trabzon
Giresun
Erzurum
Erzincan
Kars
Ardahan
Oltu
Sarikamis
Mus
Bitlis
Van
Tabriz
Erevan
Elizavétpol
Alexandropol
Tiflis
Petrovsk (Majachkalá)
Derbent
Bakú
Anzali
Bagdad
Stávropol

FINLANDIA
«Finlandeses blancos» de Mannerheim
Lago de Ládoga
Mar Báltico
Helsinki
Tallin
Gátchina
Petrogrado
Tsárskoie Seló
ESTONIA
Narva
Lago Peipus
NO
(Yudénich)
Pskov
Vólogda
LETONIA
Riga
Vólga
RUSIA
LITUANIA
Dvinsk
Kaunas
Vilna
Vitebsk
Vladímir
Nizhni Nóvgorod
Moscú
Kazán
Oká
Smolensk
Máximo avance del ejército de voluntarios, octubre de 1919
Minsk
Moguilov
Dniéper
Riazán
Tula
Ataque de Mamontov, agosto-septiembre de 1919
Briansk
Pinsk
Pripiat
Gómel
Orel
Penza
Samara
Bug
POLOS
Mózyr
Tambov
Kursk
Rovno
Desná
Voronezh
Sarátov
Kiev
Berdýchiv
Ucrania
Járkov
Don
Cosacos del Don (Krasnov)
Cuenca minera del Donéts (Donbáss)
Volga
Ejército de voluntarios, agosto de 1919
Donéts
Ekaterinoslav
Tsáritsin
Kishiniev
Odesa
Partisanos de Majnó
CA
(Wrangel)
Novocherkask
RUMANÍA
Jersón
Rostov
Mar de Azov
Cosacos del Kubán
Astracán
Desembarcos franceses
Wrangel 1920
Kubán
Krasnodar
Ejército de voluntarios de Denikin, marzo de 1919
Sebastopol
Novorosíisk
BULGARIA
Mar Negro
Estambul
GEORGIA
Batumi
Tblisi
Ardahan
Kars
Ereván
ARMENIA
AZERBAIYÁN
Ankara
CA Ejército del Cáucaso
NO Ejército del noroeste
TURQUÍA
0
483 km


La guerra civil rusa (1918-1920)
Kama
Irtish
Máximo avance del ejército de Siberia, abril de 1919
Perm
Distancia de Omsk a Irkutsk en tren: 2.092 km
Omsk
Ekaterimburgo
Tobol
Ishim
Cheliábinsk
El cuartel general de Kolchak queda bajo el control del ejército rojo, 14 de noviembre de 1919
Belaia
Ufá
Zlatoust
Avance de Frunze, 28 de abril de 1919
Sterlitamak
Oremburgo
Orsk
Uralsk
Ural
Lago Balkash
Máximo avance del ejército de Siberia, abril de 1919
Turkestán
Sir Daria
Mar de Aral
Amu Daria
Mar Caspio
Bakú
Bajo el control del ejército rojo, abril de 1919
AFGANISTÁN

El escenario del Báltico
NORUEGA
Oslo
Kristiansand
Skagerrak
a Londres
SUECIA
Estocolmo
Golfo de Botnia
FINLANDIA
Turku (Åbo)
Helsingfors (Helsinki)
Isla de Kotlin (Kronstadt)
Lago de Ládoga
Viipuri (Viborg)
Petrogrado
Púlkovo
Gátchina
Golfo de Finlandia
Hangö
Exportaciones de oro bolcheviques
Importaciones de armas bolcheviques
Tallín (Reval)
Narva
Tsárskoie Seló
ESTONIA
Lago Peipus
Ejército del NO de Yudénich
Pskov
Tartu (Dorpat)
Isla de Saaremaa
Golfo de Riga
LETONIA
Riga
Dviná
Liepāja (Libau)
Gotemburgo
Gotland (Suecia)
Metales preciosos bolcheviques exportados
Importaciones de armas bolcheviques
Mar Báltico
DINAMARCA
Karlskrona
Copenhague
Malmö
Bornholm (Dinamarca)
Memel
LITUANIA
Daugavpils (Dvinsk)
Vítebsk
Niemen
Kiel
Sassnitz
Lübeck
Rostock
Hamburgo
Elba
Kolberg
Danzig
Königsberg
Kaunas (Kovno)
Wilno (Vilna)
Prusia oriental
RUSIA
Minsk
Vistula
Stettin
Grodno
IMPERIO ALEMÁN
POLONIA
0
161 km

La guerra polacosoviética (1920)
LITUANIA
Königsberg
Kaunas
Vilnius
Wilja
Dviná
Vítebsk
Smolensk
Orsha
Prusia oriental
Minsk
O
(Tujachevski)
Moguilov
Grodno
Niemen
Berezina
Dniéper
Narew
Białystok
Vístula
Podlasie
RUSIA
Gómel
Varsovia
Bug
1 de agosto
Pinsk
Łódź
Brest
Prípiat
POLONIA
Chernígov
Contraataque de Piłsudski, 16 de agosto de 1920
Lublin
línea Curzon
Kóvel
Volinia
Desna
SO
(Egórov)
Rovno
Kiev
Cracovia
Wisla
Brody
Podolia
Zhytómyr
Ucrania
Lvov (Lviv/Lemberg)
Galitzia
Berdýchiv (en ucraniano)
Dniéper
Ternópil
Máximo avance polaco, 28 de abril de 1920
CHECOSLOVAQUIA
Dniéster
Bug Meridional
HUNGRÍA
Prut
Siret
RUMANÍA
0
161 km
O Grupo del ejército rojo del oeste
Eje del avance soviético
Máxima extensión del avance polaco en Ucrania
SO Grupo del ejército rojo del sudoeste
Contraataque polaco
Líneas defensivas polacas


La Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS). Fronteras en 1924
REINO UNIDO
Londres
Océano Glacial
NORUEGA
Oslo
SUECIA
DINAMARCA
Estocolmo
FINLANDIA
Múrmansk
Mar de Barents
Nueva Zembla
Mar de Kara
ALEMANIA
Berlín
Reval (Tallin)
Helsinki
LETONIA
ESTONIA
Riga
Mar Blanco
Arcángel
CHECOSLOVAQUIA
Viena
Varsovia
LITUANIA
Pskov
Leningrado
POLONIA
Vilnius
Budapest
Brest-Litovsk
Minsk
HUNGRÍA
YUGOSLAVIA
RSS de Bielorrusia
Smolensk
Vólogda
U N I Ó N
Moscú
Briansk
Kiev
RUMANÍA
RSS de Ucrania
Riazán
Rusia
Nizhni Nóvgorod
Montes Urales
Obi
Siberia
occidental
Sofía
Bucarest
Poltava
Járkov
BULGARIA
Odesa
Kazán
Perm
Don
Donetsk
Constantinopla
Sebastopol
Volga
Sarátov
Samara
Ufá
Ekaterimburgo
Tobolsk
Mar Negro
Tsáritsin
Ankara
Oremburgo
Omsk
Ferrocarril Transiberiano
TURQUÍA
Orsk
Irtish
Astracán
Cáucaso
Novonikoláievsk (Novosibirsk)
Barnaúl
Tiflis (Tbilisi)
Ereván
RSS de Kazajistán
SIRIA
Mar Caspio
Semipalátinsk
Mar de Aral
Bakú
RSS de Uzbekistán
Sir Daria
Azerbaiyán persa
IRAQ
Bagdad
RSS de Turkmenistán
Amu Daria
Teherán
Taskent
Asjabad
Bujará
Samarcanda
RSS de Kirguistán
ARABIA
IRÁN
Ferganá
RSS de Tayikistán
Hindú Kush
Kabul
INDIA BRITÁNICA
AFGANISTÁN
RSS de Georgia
RSS de Armenia
RSS de Azerbaiyán
Fronteras de las Repúblicas Soviéticas

ESTADOS UNIDOS
Alaska
Mar de Chukotka
Estrecho de Bering
Isla de Wrangel
Ártico
Sévernaya Zemliá
Islas de Nueva Siberia
Mar de Siberia oriental
Mar de Bering
Mar de Láptev
Lena
S O V I É T I C A
Siberia
Ojotsk
Petropávlovsk
Yakutsk
Mar de Ojotsk
Nizhni Tunguska
Lena
Aldán
Yenisei
oriental
Transbaikalia
Región de Amur
Amur
Lago Baikal
Jabárousk
Irkutsk
TANNU TUVÁ
Manchuria
Harbin
Vladivostok
Ulán Bator
MONGOLIA
Mar del Japón
Yalu
C O R E A
J A P Ó N
Tokio
Pekín
Port Arthur
C H I N A
Mar de la China Oriental

Prólogo

La sangre de un campesino

Cuando la Gran Guerra contra Alemania y las potencias centrales entró en su tercer y terrible año, en Petrogrado aumentó la oposición al gobierno autocrático del zar Nicolás II, que había asumido el mando de las fuerzas armadas en 1915. Los líderes parlamentarios, que deseaban desempeñar un papel más activo en la vida política rusa, olieron la sangre. Pável Miliukov, un distinguido historiador que había fundado el partido liberal de los kadetes [Partido Democrático Constitucional, KD], causó sensación en la Duma el 1/14 de noviembre de 1916, cuando recriminó al último primer ministro del zar, Borís Stürmer (que, desafortunadamente, tenía un apellido alemán), sus fracasos y le preguntó mordazmente si habían sido fruto de la «traición o de la estupidez». Aunque no lo decía, estaba dando a entender que los auténticos traidores eran la zarina Alejandra (Alix) de Hesse, alemana de nacimiento, y las «fuerzas oscuras» de las que se valía Grigori Rasputín, el famoso campesino sanador, que gozaba de la confianza de la zarina gracias a su misteriosa habilidad para reconfortar al hijo hemofílico de esta, Alejo, el heredero al trono. El incendiario discurso, pronunciado por una autoridad tan respetada como Miliukov, que, además, daba crédito a los rumores populares

sobre Rasputín, confirmó a la sociedad de Petrogrado lo que un noble había expresado: «La emperatriz y Stürmer están vendiendo Rusia al káiser Guillermo»[5].

El líder de los kadetes lo insinuaba, pero otros hablaban abiertamente. Vladímir Purishkévich, un diputado reaccionario, distribuyó el discurso de Miliukov entre los soldados del frente; pero Purishkévich quería más. Se puso en pie durante la sesión de la Duma, celebrada el 6/19 de noviembre de 1916, y arremetió contra los ministros del zar, a los que acusó de ser «marionetas manejadas con mano firme por Rasputín y la emperatriz Alejandra Fiódorovna [...], que sigue siendo alemana, aunque ocupe el trono ruso y es ajena al país y a sus gentes». Purishkévich reservaba su furia para el sanador. «Mientras Rasputín siga vivo», afirmó, «no podremos ganar [la guerra]». Invitó a los principales políticos de Rusia a participar en el linchamiento, mientras afirmaba de forma amenazadora: «¡No permitiremos que nos siga gobernando un oscuro *mujik*!»[6].

No eran palabras vanas. A finales de mes, Purishkévich se había unido a una pujante conspiración de las élites para matar a Rasputín, liderada (aunque no fuera necesariamente la cabeza pensante) por el príncipe Félix Yusúpov, un dandi educado en Oxford y el único heredero de la que, probablemente, era la mayor fortuna de Rusia. Pertenecía a una familia mucho más rica que los Románov y estaba casado con la sobrina del zar, la princesa Irina. La madre de Yusúpov, la princesa Zinaida, era amiga íntima de los grandes duques Románov y de la familia del zar, pero buena amiga a su vez de Mijaíl Rodzianko, presidente de la Duma estatal. El marido de la princesa Zinaida también era un conde de alta cuna. El zar le había cesado como gobernador general de Moscú en 1915, y ella culpaba a Rasputín y a la zarina Alejandra de su desgracia. Sus chismorreos envenenados contribuye-

ron enormemente a fomentar entre la alta sociedad de Petrogrado la fobia hacia las traidoras «fuerzas oscuras». La princesa Zinaida dio instrucciones precisas a su hijo Félix para que «hablara claro» a Rodzianko y la Duma sobre Rasputín. Otro de sus conversos era el gran duque Demetrio Pávlovich Románov, primo hermano del zar y uno de los principales actores de la conspiración para acabar con Rasputín[7].

El plan era sencillo. Yusúpov invitaría a Rasputín a su rutilante palacio sobre el canal Moika, con el pretexto de presentarle a Irina, su hermosa mujer. La princesa Irina, que no quería saber nada de la trama (aunque la conocía), no estaría en casa. Harían esperar a Rasputín abajo y le ofrecerían vino y pasteles aderezados con cianuro potásico. Los conspiradores tenían pistolas por si el veneno no funcionaba y una coartada bastante débil basada en algunas llamadas telefónicas. Para mayor seguridad, el gran duque Demetrio Pávlovich estaría presente: al ser un Románov gozaba de una inmunidad total. El plan era sórdido y estrambótico, pero tenía algo en su favor: la famosa ansia de conquistas femeninas de un hombre a quien el embajador francés llamó «el maniaco erótico-místico de Pokróvskoie». Rasputín nunca había rechazado una invitación para conocer a una princesa[8].

La conspiración Purishkévich-Yusúpov no era la primera. Alexéi N. Jvostov, nombrado ministro del Interior en septiembre de 1915 por recomendación de Rasputín, se había vuelto contra su benefactor pocos meses después y había ofrecido 200 000 rublos al coronel Mijaíl Komissarov, oficial de la policía secreta encargado de la seguridad de Rasputín, si asesinaba al hombre a quien debía el cargo que ostentaba y cuya protección le había encomendado el zar. Por poco plausible que parezca, el coronel Komissarov probó diversos

venenos en los gatos de Rasputín (Jvostov hubiera preferido que estrangularan al campesino). Ciertos rumores en relación con esta trama se filtraron a la prensa, lo que provocó la caída en desgracia de Jvostov cuando el zar se enteró.

En 1916 se había desatado una auténtica fiebre asesina en torno a Rasputín, que recibió por correo amenazas de muerte y fue atacado físicamente en diversas ocasiones. La fiebre era tan contagiosa que se extendió más allá de Rusia. Al haber fallado en su intento, Jvostov trató de reclutar al antiguo valedor de Rasputín en la Iglesia ortodoxa, el sacerdote archimandrita secularizado Serguéi Trufánov (conocido en Occidente como el obispo Iliodor), que por entonces vivía en Noruega. Se creía que Trufánov había organizado el intento de asesinato de Rasputín en Pokróvskoie en julio de 1914 (fue apuñalado en el abdomen por una mujer que gritaba: «¡He matado al Anticristo!», pero Rasputín logró sobrevivir). Esta vez Trufánov se negó a participar en un asesinato, pero dio toda una nueva dimensión a la campaña de desprestigio iniciada en contra de Rasputín cuando emigró a Estados Unidos, donde vendió una jugosa historia («Rasputín: el santo demonio de Rusia») a la revista *Metropolitan Magazine* por 25 000 dólares. Fue un gran éxito de ventas durante todo el verano. El consulado ruso de Nueva York desmintió la historia antes de que llegara a los quioscos. Entonces Trufánov demandó al gobierno ruso y exigió el pago de una indemnización por lucro cesante. En noviembre de 1916, cuando Miliukov y Purishkévich estaban encendiendo una hoguera bajo los pies de Rasputín en la Duma de Petrogrado, Trufánov testificó públicamente ante un tribunal de Nueva York: «Grigori Rasputín es proalemán y pone a la zarina en contra de los aliados [...], actualmente conspira para firmar la paz por separado»[9].

Los agentes británicos de Nueva York prestaron mucha atención a Trufánov. Tras testificar lo llamaron para que ofreciera un informe oficial al consulado británico. Londres tenía pocas esperanzas de abrirse camino en el frente occidental (1916 fue el año sangriento y fútil de Verdún y el Somme) y temía que Rusia dejara en la estacada a sus aliados y concertara la paz con Alemania por separado. Con el fin de animar a los rusos, el inestable gobierno liberal del primer ministro Herbert Henry Asquith había enviado a Rusia, en junio, a petición del zar Nicolás II, a uno de sus responsables más prestigiosos, el mariscal de campo Horatio Herbert Kitchener, pero este murió durante el viaje después de que una mina alemana hundiera el navío en el que viajaba. En otoño de 1916 los diplomáticos, los espías y los miembros del gabinete británicos interpretaban toda información interceptada como un signo de que Rusia iba a renunciar al esfuerzo bélico.

Desde la perspectiva británica, el controvertido nombramiento de Alexandr Protopópov como ministro del Interior, el 18 de septiembre de 1916, fue la gota que colmó el vaso. A través de los informes del embajador, sir George Buchanan, el gabinete de Londres sabía dos cosas de Protopópov. En primer lugar que se había reunido con un funcionario de la embajada alemana con buenos contactos, Fritz Warburg (de la dinastía de banqueros Warburg), en Estocolmo en julio de 1916, supuestamente para sondear la posibilidad de pedir la paz por separado, y, en segundo lugar, no desconocían que se trataba de uno de los protegidos de Rasputín. Tras leer el alarmista informe de Buchanan, el secretario de Estado para la Guerra, David Lloyd George, mandó un «memorándum confidencial» al primer ministro Asquith el 13/26 de septiembre de 1916, en el que le avisaba de que «cambios recientes han reforzado considerablemente las in-

fluencias germanófilas. Nuestros hombres han ido desapareciendo uno a uno y ya no tenemos a nadie mínimamente influyente en la burocracia rusa [...] favorable a este país»[10].

Aunque las peores acusaciones contra Rasputín (que fuera un espía alemán) resultaran falsas, sus enemigos sabían que los rumores sobre su enorme influencia política eran ciertos, lo que bastaba para planear con determinación su asesinato. Habían sido Rasputín y la zarina quienes habían convencido a Nicolás II de la necesidad de asumir personalmente el mando del ejército ruso en agosto de 1915. También estaba detrás (junto con la zarina) del nombramiento (en febrero de 1916) como presidente del Consejo de Ministros de Borís Stürmer, un político retirado de cerca de setenta años sin ningún peso político. Ese mes de julio supo convencer también a Nicolás II de la necesidad de despedir a quien llevaba largo tiempo como ministro de Asuntos Exteriores, Serguéi Sazónov, y movió sus influencias para lograr que se nombrara a Protopópov en septiembre, pese a su tardía fama de ser imprevisible y de estar, quizá, loco (la sífilis que había contraído en sus años de militar estaba acabando gradualmente con la salud mental de Protopópov). Este «baile de ministros» políticamente nefasto no se debió solo a los consejos de Rasputín y la decisión última fue del zar, que solía desoír los consejos del campesino, aunque no cabe duda de que el sanador ejercía una enorme influencia sobre la zarina. Con el zar lejos, en el frente, dependiendo de los consejos políticos que recibía de su mujer desde la capital, se puede decir que Rasputín fue «el tercer hombre más poderoso de Rusia» durante unos años críticos de la I Guerra Mundial[11].

Los enemigos de Rasputín también estaban en lo cierto cuando decían que se mostraba «blando» en el asunto de la guerra (aunque no fuera un traidor proalemán). Curiosa-

mente, la guerra era el único tema en el que Rasputín y la zarina no estaban de acuerdo, pues esta, pese a ser alemana de origen (o quizá porque procedía de un estado pequeño, pero orgulloso, del oeste de Alemania, Hesse-Darmstadt, fagocitado por la Prusia de Bismarck), despreciaba al káiser Guillermo II y su Imperio y buscaba su destrucción. Rasputín envió un famoso telegrama al zar cuando se enteró de la movilización de julio de 1914, en el que le advertía de que era una guerra sin sentido, una trágica pérdida de vidas con la que había que acabar lo antes posible.

En noviembre de 1916, la conspiración para acabar con la vida de Rasputín era un secreto a voces en Petrogrado. Samuel Hoare, jefe de los Servicios Secretos de Inteligencia británicos (SIS) en la ciudad, recordaría más tarde que Purishkévich le había comentado que «él liquidaría [a Rasputín]». Ni Purishkévich ni Yusúpov eran discretos; ambos comentaban abiertamente sus planes con su familia y amigos, quizá para convencerse a sí mismos de que estaban haciendo lo correcto. Por lo que sabemos, nadie se mostró en contra, con la excepción parcial de la esposa de Yusúpov, Irina, que aconsejó a su marido, cuando se enteró del asunto mientras veraneaba en Crimea, que «no debería meter la nariz en ese juego sucio». Contamos con algunas pruebas de que un oficial de los SIS, Oswald Rayner, que conocía a Yusúpov desde sus años de Oxford, estaba en el ajo o al menos seguía los acontecimientos muy de cerca; como muchos oficiales británicos quería quitar de en medio a Rasputín. Yusúpov mismo explicó la forma de pensar de los conspiradores: «La salud mental de la zarina Alejandra depende totalmente de Rasputín; si este desaparece, se desmoronará. En cuanto [el zar] se libere de la influencia de su mujer y de Rasputín, todo cambiará, se convertirá en un buen monarca

constitucional» y, presumiblemente, volverá a dedicarse a ganar la guerra[12].

En la noche del 16/17 (29/30) de diciembre de 1916 el tiempo estaba revuelto y los termómetros marcaban temperaturas bastante por debajo de cero tras un día de intensas nevadas que habían cubierto la ciudad de una capa blanca. En los días anteriores, Yusúpov y sus colegas conspiradores habían explorado los canales y ríos de la ciudad buscando un sitio donde arrojar un cadáver (habían comprado pesadas cadenas para atar el cuerpo y lograr que se hundiera), pero las aguas se habían helado casi por completo. El mejor lugar era el viejo Nevá, fuera de los límites de la ciudad, junto a un puente que llevaba a unas islas que Rasputín frecuentaba para «visitar a los gitanos»: una coartada añadida. Resultaba propicio porque los conspiradores no querían que se encontrara el cuerpo cerca del lugar del asesinato, pero sí deseaban asegurarse de que se hallara para salir al paso de posibles rumores de que Rasputín seguía vivo[13].

El lugar elegido para cometer el asesinato, el grandioso palacio de Yusúpov orillas del canal Moika (números 92 y 94), tampoco estaba exento de problemas. Como el Ministerio del Interior y la estación de policía adyacente se encontraban casi enfrente, al otro lado del canal, a menos de 50 metros, los disparos podían atraer la atención de las fuerzas de seguridad. Era uno de los palacios más ricos de Rusia, visitado hasta el día de hoy por turistas ávidos de contemplar lo que queda de sus relucientes tesoros, y, claro está, contaba con muchos sirvientes de librea que podrían testificar. Aunque el alto rango de Yusúpov y su colega conspirador Románov desincentivaría a cualquier posible testigo, Purishkévich no quería correr riesgos: insistió en que Yusúpov despidiera a los criados y en que dejara solo a dos hombres de guardia. Yusúpov había elegido un almacén above-

dado, con gruesos muros que apagarían el sonido de los posibles disparos, situado en los sótanos del palacio. También resultaba obvio que, si Rasputín bebía la cantidad suficiente de vino de Madeira, nadie oiría nada[14].

Yusúpov empezó a preparar la escena del crimen hacia la medianoche del día elegido. Antes de irse los criados habían bajado vino y dulces. Un tal doctor Lazavert, contratado por Purishkévich, esparció cristales de cianuro sobre los dulces y esperó hasta el último minuto para diluirlo en el vino. A las doce y media el doctor llevó al príncipe Yusúpov hasta la puerta trasera de la casa de Rasputín, en la calle Gorojovaia, donde lo hallaron elegantemente vestido y oliendo a jabón barato. Al parecer se había creído las mentiras sobre la princesa Irina, pues Yusúpov nunca le había visto tan arreglado, tan «limpio y pulcro». Hasta ahí el plan discurría perfectamente[15].

Cuando Yusúpov condujo a su huésped al sótano abovedado del palacio Moika por una puerta trasera, mientras se escuchaba débilmente la melodía de «Yankee Doodle Dandy» procedente de un gramófono de la planta de arriba, Rasputín no dio muestras de sospechar nada. Tampoco rechazó la invitación de Yusúpov de beber algo mientras esperaba (a Rasputín le gustaba el vino de Madeira más que nada en el mundo, si exceptuamos a las damas de la alta sociedad). Sin embargo, Rasputín no probó los dulces y gran parte del veneno diluido en el vino se había evaporado. Aparte de algunos gemidos, nada indicaba que el cianuro estuviera surtiendo efecto. Los relatos de los actores divergen sobre lo ocurrido en torno a las dos de la madrugada, lo que ha dado lugar a todo tipo de teorías y fábulas. Lo único que sabemos con certeza es que recibió dos tiros entre las dos y las seis de la madrugada, que lo apuñalaron en el torso, que tenía marcas de golpes en la parte superior del cuerpo y la cara y

que fue un tercer disparo en la frente lo que le causó la muerte instantánea. (La autopsia demostró que tenía poca agua en los pulmones, lo que acabó con el mito de que Rasputín seguía vivo cuando lo arrojaron a las heladas aguas del río; lo más seguro es que lo matara el disparo en la cabeza)[16].

Sea cual fuere la verdad de lo ocurrido, no cabe duda de que el asesinato de Grigori Rasputín fue premeditado, que algunos de los conspiradores eran miembros de alta cuna de la aristocracia rusa, incluidos el príncipe Yusúpov y el gran duque Demetrio Pávlovich y que, debido a las circunstancias imperantes en el régimen autocrático que llevó a cabo la investigación, nunca se llegó a acusar a nadie del delito (aunque desterraron a Yusúpov de Petrogrado y asignaron a Demetrio Pávlovich un destino militar en Persia [Irán]). De manera que, lejos de acusarlos y colgarlos, la sociedad de Petrogrado consideró héroes a los asesinos: habían liquidado al maloliente sátiro *mujik* cuyas maquinaciones habían dañado la reputación de la monarquía. Los liberales rusos pensaban, sin duda, que el zar recuperaría la sensatez y que escucharía sus brillantes consejos en vez de los del depravado Rasputín.

Pero la celebración era prematura. El brutal asesinato de uno de sus confidentes, un devoto sanador religioso (aunque tuviera sus defectos), a quien su esposa y él habían confiado el tratamiento de su amado hijo hemofílico, horrorizó al zar. Para disgusto de la sociedad de Petrogrado, Nicolás II afirmó que se avergonzaba ante Rusia, «porque la sangre de este campesino ha teñido de sangre las manos de mis familiares»[17].

De manera que la torpe conspiración concebida por Yusúpov y su círculo de la élite rusa de buena cuna para zanjar las diferencias entre el zar y la Rusia liberal no hizo

sino agrandar la brecha. Solo, sin rumbo, traicionado por su propia familia, Nicolás II se refugió en el centro de mando de Moguilov, donde esperaba acabar con la incesante cacofonía de los políticos y sus intrigas. La tranquilidad duraría poco.

Primera parte

El ocaso de los Románov

Rusia se ha hecho fuerte gracias a la autocracia.

Konstantin Petróvich Pobedonóstsev,
procurador del Santo Sínodo y asesor de los zares
Alejandro III y Nicolás II

El revolucionario se introduce en el mundo del Estado, de las clases privilegiadas, de la así llamada civilización y vive en él con el único propósito de conseguir su rápida y total destrucción.

Serguéi Necháyev,
El catecismo revolucionario (1869)

1

EL ANTIGUO RÉGIMEN Y SUS ENEMIGOS

A principios del siglo XX el Imperio ruso era enorme. El Imperio británico tenía una superficie mayor, pero constaba de fragmentos aislados repartidos por todo el mundo. Los dominios del zar, en cambio, constituían un único bloque que ocupaba 9656 kilómetros, de la Polonia rusa al océano Pacífico, de las heladas aguas del Ártico a las ardientes estepas de Asia central. Como bien señalara un periodista: «Podríamos encajar a Estados Unidos en [Rusia] y aún quedaría espacio para China y la India»[18].

Los vecinos de Rusia temblaban de miedo con solo mirar el mapa. El Imperio zarista había ido creciendo inexorablemente desde el siglo XVII, como impulsado por una implacable ley de expansión, unos 88 kilómetros cuadrados al día, unos 32 000 kilómetros al año. Es verdad que la extensión de las fronteras exigía cada vez más soldados para protegerlas, pero, como pudo comprobar Napoleón en 1812, también dotaban al Imperio de solidez estratégica. Proyectando esta tendencia, cabía imaginar un futuro mapa en el que Rusia se hubiera hecho con fragmentos de China, Afganistán, Persia, el Imperio otomano, la Galitzia austriaca y la Prusia oriental. A esto había que añadir que la población rusa se había

cuadruplicado en el siglo XIX hasta alcanzar los 150 millones (volvería a repuntar tras 1900 y el Imperio llegó a tener casi 175 millones de habitantes en 1914), lo que no contribuía a tranquilizar a sus enemigos. La economía rusa seguía siendo la quinta mayor del mundo, por detrás de Gran Bretaña, Francia, Alemania y Estados Unidos, y, en la primera década del siglo XX, crecía a un ritmo del 10 por ciento anual; fue un caso de economía emergente tan espectacular como el de China en el siglo XXI[19].

Muchos historiadores, que ya sabían cómo acababa la historia de los zares, han sugerido, retrospectivamente, que el coloso ruso tenía los pies de barro. Pese al aumento de los problemas, el desarrollo económico desigual y los brotes de fervor revolucionario, la Rusia imperial en 1900 era una empresa funcional y su tamaño y poder constituían una fuente de orgullo para la mayoría, si no todos, de los súbditos del zar. Las debilidades de un Imperio, que por entonces suscitaba temor entre sus enemigos extranjeros, se descubrieron después. En el ámbito interno, el temible aparato policial (mal financiado), que cobró protagonismo tras el asesinato del zar Alejandro II en 1881, intimidaba a todo un surtido de opositores. Puede que el número de inmigrantes e inversores que acuden a un país sea uno de los mejores indicadores de su vitalidad. A principios del siglo XX, Rusia era un gran importador neto, tanto de personas como de capital, una realidad muy significativa que no se ha vuelto a dar tras la Revolución.

A un visitante extranjero que llegara a San Petersburgo procedente de Occidente en torno a 1900 le hubieran sorprendido el aire europeo de la ciudad (la buena sociedad hablaba francés en vez de ruso) y la increíble riqueza y glamur de la alta sociedad. A orillas de los canales se alineaban los

palacios de estilo renacentista construidos por arquitectos italianos, lo que explica que se la conociera como la «Venecia del Norte». San Petersburgo está situada a 60 grados de latitud norte, a la misma altura que Alaska, en el borde exterior del Círculo Polar Ártico, y su vida social se enriquecía durante las largas noches de invierno, que daban lustre a una de las grandes «temporadas» de Europa, en la que se celebraban fiestas y conciertos entre Año Nuevo y Pascua. También eran legendarias las «noches blancas» de principios del verano, cuando la gente tomaba las calles. Nuestro visitante hubiera contemplado una función del Ballet Imperial en el teatro Mariinski, hubiera escuchado las mejores obras de Glinka, Músorgski, Rimski-Kórsakov o Chaikovski y puede que asistiera a un baile donde, en palabras de uno de los biógrafos de la familia imperial, «toda cabeza, cuello, oreja, muñeca, dedo y escote daba fe de la pasión que despiertan las joyas en las mujeres rusas»[20].

Si nuestro turista hubiera seguido viaje hasta Moscú, capital de Rusia antes de que Pedro el Grande abriera una ventana a Occidente a orillas del Nevá en 1703, hubiera hallado una ciudad menos decadente y decididamente más rusa. Aunque la burocracia imperial había emigrado a Petersburgo, Moscú seguía siendo el corazón espiritual del Imperio. Todo zar era coronado en la catedral Uspenski [del Tránsito de la Virgen], situada dentro del recinto de paredes rojas del Kremlin, sentado en el trono de diamantes del zar Alejo. Moscú, la ciudad de las «cuarenta veces cuarenta iglesias», era la tercera Roma para los fieles ortodoxos (tras Roma y Bizancio-Constantinopla, de donde procedía la Iglesia rusa): una ciudad sagrada dedicada al ritual y a la tradición. El complejo y refinado rito ortodoxo unía a príncipes y campesinos, que portaban cirios mientras escuchaban himnos hechizantes y respiraban el aire lleno de humo de

incienso. Moscú también era una ciudad comercial, donde convergían las rutas históricas tradicionales y su creciente red ferroviaria. Era una ciudad de extremos, muy calurosa y húmeda en verano y con uno de los inviernos más fríos del mundo. Los industriales y hombres de negocios de la ciudad, más interesados en hacer dinero que la *jet set* de Petersburgo, bebían mucho. Tras purificar su alma en alguna iglesia, nuestro visitante habría brindado con vodka en los bares y cantinas de Moscú y habría comido los pepinillos encurtidos, los arenques, el esturión ahumado y el caviar que aún hoy se toman con la bebida en Rusia.

Si nuestro visitante hubiera sido lo suficientemente intrépido como para aventurarse más allá de las capitales, podría haber visitado las ciudades medievales del Anillo Dorado o de los Jardines al noroeste de Moscú (Kostromá, Suzdal, Vladímir o Yaroslavl). Hubiera podido tomar el tren en dirección norte, a Nóvgorod o a Tver; al este se hubiera dirigido a la boyante ciudad siberiana de Irkutsk; hacia el sur hubiera llegado a Crimea, o podría haber visitado los balnearios termales del norte del Cáucaso y las colinas cubiertas de viñedos de Georgia; tal vez hubiera navegado en un vapor por el Volga. Los trenes, que rodaban sobre raíles baratos que no cumplían los estándares occidentales (la mayoría de los raíles pesaban la mitad de lo que exigían las normas estadounidenses), aún eran lentos, lo que hubiera dado a nuestro turista tiempo de sobra para contemplar el paisaje. Lejos de las grandes ciudades y de algunas bolsas de industrialización en Ucrania y en Siberia occidental, habría visto pequeñas aldeas de isbas, las cabañas de madera sin pintar de los campesinos, dispersas entre bosques de abedules. En las poblaciones de más postín, las isbas estaban rematadas por bóvedas de iglesia con forma de cebolla. En verano hubiera visto a muchos hombres y mujeres trabajando

duramente en los campos, sembrando y recolectando el trigo durante la corta temporada de cultivo. De haber ido en invierno, nuestro turista podría haber montado en una troika, un trineo tirado por caballos en el que se viajaba mucho mejor por la Rusia cubierta de nieve del invierno que por las carreteras embarradas de la primavera y el otoño o llenas de polvo del verano (el país contaba con pocas carreteras asfaltadas aptas para todas las estaciones del año). Puede que hubiera tiritado de frío en la troika azotada por el viento gélido, pero no por ello hubiera dejado de admirar la etérea belleza blanca del invierno ruso.

Por supuesto, nuestro viajero se habría perdido muchas cosas, pues, presumiblemente, se habría limitado a visitar los mejores barrios de ciudades y pueblos, las arterias con tráfico y las capitales de provincias. De haberse aventurado más allá, habría descansado en las mejores posadas rurales. Puede que alguna guía turística mencionara de pasada el «problema campesino», pero solo un alma muy inquisitiva hubiera sido capaz de rascar la superficie de la vida rural rusa. En un país donde los campesinos seguían conformando el 80 por ciento de la población, la agricultura era penosamente ineficaz con respecto a los estándares occidentales. Obtenían menos de la mitad de trigo por acre que la media europea y siete veces menos de lo que se producía en Inglaterra. Como los excedentes eran escasos, los años de malas cosechas solían ser de hambruna, como 1892, en el que murieron casi un millón de campesinos, la mayoría de cólera.

Parte de estos bajos rendimientos se debían a lo breve que era la temporada de cultivo en Rusia, así como a la mala calidad del suelo (excepción hecha del cinturón de «tierra negra» del sur de la Rusia europea y Ucrania), pero también a la organización social. En 1861 se había liberado a los siervos, al menos sobre el papel, aunque, para muchos, más que

una «liberación», había sido un premio de consolación. En los malos, viejos tiempos cumplían con sus obligaciones de trabajo forzoso para el señor local, pero ahora los siervos liberados debían pagar la tierra que les habían «concedido». Pagar a plazos lo que, de hecho, era una hipoteca resultaba difícil en una economía que carecía de liquidez y en la que muchos aldeanos aún confeccionaban ellos mismos sus botas y herramientas. Para complicarlo todo aún más, los pagos no eran individuales, sino colectivos; se encargaba de ello el *mir*, una especie de comuna rural que dio muchos dolores de cabeza a sus miembros que nunca sabían qué debían a quién. Paradójicamente, esta forma de liberación de la servidumbre no convirtió a los campesinos en pequeños propietarios de granjas, sino que fortaleció las comunas tradicionales rusas, que, en torno a 1900, controlaban la mayor parte de las tierras asignadas. Se decía que solo había un hombre en toda Rusia que entendía realmente la cuestión agraria: el economista A.V. Chayanov, quien, tras estudiar este tema durante toda su vida, había llegado a la conclusión de que los campesinos y la agricultura eran impermeables a la reforma y recomendó a los administradores del gobierno que los dejaran en paz. Fue un consejo que no gozó de mucha popularidad[21].

Si nuestro viajero hubiera llegado a Rusia en la última década del siglo XIX, le habría sorprendido el *boom* de la industrialización en torno a las grandes ciudades de la Rusia europea, los Urales y Ucrania. El ímpetu provenía, igual que en Estados Unidos, de un ferrocarril construido para hacerse con un país vastísimo que incrementaba su demanda de hierro, acero y energía. Por aquellos años estaba en manos de Serguéi Witte, director de Asuntos Ferroviarios de 1889 a 1891, que inició la construcción del gran Transiberiano antes de ser ascendido a ministro de Carreteras y Medios, pri-

mero, y a ministro de Economía, después. Se trataba de un puesto clave que desempeñó hasta 1903. Bajo el hábil liderazgo de Witte, Rusia adoptó el patrón oro y fue pionera en el capitalismo de Estado que se sigue practicando en muchas economías emergentes. Mediante el mismo los funcionarios gubernamentales dirigen los flujos de capital hacia las infraestructuras y la industria pesada, animan a los inversores extranjeros a invertir en tecnología y procuran armonizar su política comercial con las necesidades internas. Se respeta la propiedad privada, aunque la mayoría de los bancos son estatales o están administrados por el gobierno; además, el Estado se reserva el monopolio de ciertas mercancías (como el vodka en Rusia). Sea cual fuere la fórmula de Witte, parecía funcionar: en 1900 la economía estaba creciendo a un ritmo del 8 por ciento anual. Todo prosperó: la minería, la metalurgia y la energía. Puertos como Riga, en el mar Báltico, u Odesa, en el mar Negro, quintuplicaron su tamaño en los años de Witte, mientras surgían ciudades de la nada de Siberia occidental al mar Caspio, donde la inmunda Bakú, llena de petróleo, se transformó, de la noche a la mañana, en una de las ciudades más ricas del mundo. Allí labraron sus fortunas gentes como la familia Nobel, que actualmente sigue desembolsando el dinero de sus famosos premios.

El *boom* económico generado por Witte no solo hizo ricos a los barones del petróleo y a los industriales rusos, sino que también dio lugar a un enorme y creciente proletariado industrial. Según las estimaciones del gobierno, en los años finales de Witte había 2,5 millones de trabajadores en las fábricas y casi 3 millones en 1914, aunque puede que estas cifras sean bajas porque el cuerpo de inspectores de fábricas tenía poco personal y no podía inspeccionarlas todas, sobre todo las pequeñas. Los salarios de los obreros no cualifica-

dos eran bajos, especialmente en el caso de las mujeres (a las que se pagaba menos que a los hombres, que tenían la obligación de llevar el dinero a casa), pero subieron rápidamente para los trabajadores especializados del sector textil, la metalurgia o la maquinaria. Las condiciones de trabajo en las fábricas eran muy malas. Las pensiones de mala muerte donde vivían la mayoría de los trabajadores de las ciudades eran pequeñas y se encontraban muy llenas, al igual que los comedores sociales públicos donde comían. Sin embargo, ciertos aspectos de la cultura rusa suavizaron los peores excesos de la industrialización, como los muchos días libres establecidos por la Iglesia ortodoxa (casi 90 todos los años, incluidos todos los domingos; además, los sábados había un horario reducido). En Rusia no existía nada parecido al sistema alemán de seguros de accidentes de trabajo y pensiones de jubilación, creado por Bismarck en la década de 1880, de manera que la mayoría de los trabajadores se hallaban a merced de los crueles caprichos del destino. Aun así, la caridad religiosa proporcionaba cuidados médicos a los heridos. La naturaleza patriarcal de la sociedad rusa imponía limitaciones al tipo de trabajo que se permitía realizar a niños y a mujeres y, de este modo, se regulaba lo que la ética más igualitaria de la cultura de Europa del norte no había impuesto (sobre todo en Inglaterra, donde se explotaba a los niños como deshollinadores y a las mujeres, en los talleres textiles). La vida del trabajador ruso era dura, pero no necesariamente peor que la de otros trabajadores europeos de la época.

La explotación de los industriales rusos no era mayor que la de sus homólogos europeos, pero las protestas políticas sí tenían un carácter más radical. La fuerza y la debilidad de la autocracia residía en los pocos intermediarios que había entre el zar y sus súbditos para absorber y calmar las frustra-

ciones populares. Los sindicatos eran ilegales y no existía un Parlamento nacional que centrara la atención del gobierno en los problemas sociales. En los pocos años de concesiones liberales que siguieron a la humillante derrota de Rusia en la guerra de Crimea (1853-1856), el zar Alejandro II había permitido la creación de pequeñas asambleas locales o *zemstvos* en 1864, pero su sucesor Alejandro III, más conservador, había recortado sustancialmente sus competencias en 1890, al subordinar estos concejos a los gobernadores regionales nombrados por el zar. Quienes gobernaban realmente Rusia eran los burócratas del Estado, organizados jerárquicamente en una serie de rangos que, más que los méritos, reflejaban el estatus de nobleza, los servicios prestados y su longevidad. Respondían directamente ante el zar, quien nombraba personalmente a todos los ministros y altos funcionarios. No es de extrañar que, a falta de otros medios de respuesta legales, los trabajadores y campesinos que actuaban en el terreno políticamente yermo de la autocracia recurrieran a menudo a la violencia.

Rusia contó con revolucionarios mundialmente famosos mucho antes de tener un proletariado industrial. Pensemos en Alexandr Herzen (1812-1870), editor de la influyente revista socialista *Kolokol* [La Campana], y en Mijaíl Bakunin (1814-1876), quien creó prácticamente solo la filosofía anarcosindicalista de acción directa en el ámbito industrial que llegó a imperar entre los movimientos obreros franceses e italianos. Lo que diferenciaba a Bakunin de sus rivales europeos era su estilo ruso, que le dotó de un gran prestigio entre la izquierda europea no igualado ni por Karl Marx (cuando Bakunin abandonó la I Asociación Internacional de Trabajadores de Marx tras el problemático congreso de La Haya de 1872, esta primera organización se disolvió en cuatro años).

El radicalismo ruso era un mundo en sí mismo, surgido de forma *sui generis* en muchos aspectos. Al igual que solo había un Bakunin, tampoco existía un equivalente europeo de Serguéi Necháyev o del movimiento nihilista de los *naródniki* [populistas], progenitor del terrorismo político moderno. Necháyev escribió en su influyente *Catecismo* (1869): «El revolucionario es un hombre condenado. No tiene intereses personales ni económicos, ni emociones, ni apegos, ni propiedades ni nombre. Todo lo absorbe un único pensamiento y una única pasión: la revolución»[22]. El asesinato de Alejandro II, el «zar libertador», llevado a cabo por los *naródniki* en 1881, dio lugar a una oleada de asesinatos similares a lo largo y ancho de Europa y de Estados Unidos, que acabó con la vida de seis jefes de Estado y con la de docenas de funcionarios de menor rango a lo largo de las dos décadas siguientes.

El régimen reaccionario del zar Alejandro III (1881-1894) creó una sofisticada red de informantes y de agentes dobles para acabar con los *naródniki*. Se la conocía por el nombre de Ojrana (*Ojránnoyie otdeléniye*) y tampoco tenía parangón en la Europa de la época. A lo largo de los años, la Ojrana y los revolucionarios evolucionaron a la par, estudiándose y aprendiendo unos de otros, cultivando una atmósfera ubicua de conspiración y paranoia. Por lo general, la Ojrana iba un paso por delante de sus adversarios, pero no siempre. En el caso Degáiev, en la década de 1880, un coronel de la Ojrana de Petersburgo se infiltró entre los dirigentes de los *naródniki* y fue asesinado por su informador (el asesino desapareció y reapareció décadas después en Dakota del Norte, donde enseñaba matemáticas en la universidad). Otro agente doble famoso, Yevno Azef, proporcionó valiosa información a la Ojrana entre 1902 y 1905, aunque, podría decirse, no tan valiosa como las vidas de dos ministros del Interior y

un gran duque Románov, a los que dijo haber asesinado para demostrar su autenticidad revolucionaria[23].

Sin embargo, salvo algunos fallos esporádicos, durante la mayor parte del tiempo el régimen zarista parecía haber tomado la medida a sus adversarios. A menos que hubiera tenido la desgracia de ser testigo de algún bombazo terrorista, a nuestro visitante extranjero le hubiera impresionado más el aspecto atildado de los policías, bien visibles con sus uniformes azules y blancos y con sus negras botas de cuero, que los miserables bohemios del submundo revolucionario. También es cierto que la Ojrana solía estar mal equipada y no contaba con agentes suficientes (como la burocracia zarista en general). En 1900, había un total de 6874 agentes de policía y de 1852 sargentos; puede que trabajaran unas 1000 personas más en las secciones políticas de la Ojrana, pero pretendían mantener bajo control a un país de 150 millones de habitantes desparramados por gran parte de dos continentes. Comparada con la Checa del sóviet, tan satisfecha de sí misma que contaba con cientos de miles de empleados, la Ojrana era débil sobre el terreno, lo que dice mucho de su eficacia. En torno al cambio de siglo habían reducido en gran medida hasta a los *naródniki*, cuyos principales líderes se habían unido al Partido Social-Revolucionario (PSR), fundado en 1901 para exigir una reforma agraria (más o menos) legal. En muchos aspectos, el Partido Social-Revolucionario era la quintaesencia de los partidos políticos rusos, un movimiento popular que defendía los intereses de la gran mayoría de los súbditos del zar: los campesinos[24].

Mientras tanto había surgido en Rusia un nuevo partido marxista al estilo europeo, que se definía por su oposición al romanticismo menos disciplinado de los *naródniki*. Se trataba del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (*Rossíyskaya Sotsial-Demokratíchyeskaya Rabóchaya Pártiya*

[RSDRP]) fundado en 1898 como una «sección» nacional afiliada a la II Asociación Internacional de Trabajadores o II Internacional (1889-1914), organización creada para normalizar los principios marxistas tras la muerte de Marx en 1883. Como el programa del RSDRP era de naturaleza explícitamente revolucionaria, la Ojrana vigiló al partido desde el principio. De hecho, su fundación se debió a la supresión de ligas rusas marxistas menos organizadas a lo largo de los años. El RSDRP fue, desde sus inicios, un partido de exiliados. Dos de sus líderes, Vladímir I. Uliánov (Lenin) y Julius Zederbaum (Yuli Mártov), estaban en Siberia en el exilio cuando se fundó el partido y un tercero, Gueorgui Plejánov, vivía en Suiza desde 1880. El II Congreso del RSDRP no se celebró hasta cinco años más tarde y, además, en Bélgica, no en Rusia.

Pese a la reputación de la policía rusa, considerada excesivamente violenta desde la época de Nicolás I (1825-1855), los métodos de represión del régimen no carecían de cierta sutileza. Solo se imponía la pena de muerte a los peores criminales, como los asesinos políticos confesos o convictos. El castigo más común impuesto a los culpables de delitos políticos era la *kátorga* (trabajos forzados), que rara vez se cumplía a menos que la ofensa fuera atroz. El castigo por defecto que había hecho famosa a Rusia era el «exilio administrativo» por un periodo de hasta cinco años, normalmente en Siberia. El clima siberiano era muy duro, sobre todo en invierno, pero, por lo demás, las condiciones de vida de los exiliados resultaban poco severas, sobre todo comparadas con las imperantes en los gulags soviéticos. Recibían una paga anual del zar para comprar ropa y comida y para pagar el alquiler. Algunos exiliados ricos, como Lenin (cuyo padre era consejero de Estado, con cargo hereditario, y noble de cuarta clase en la escala de rangos), viajaban a Siberia

en primera clase. Lenin se llevó a su madre y a su mujer y contrató a una criada para que se ocupara de la casa. Así pues, los exiliados no se hallaban encerrados y podían hacer lo que quisieran mientras permanecieran en Siberia. La policía patrullaba las vías férreas en busca de fugitivos, pero, de todas formas, miles escapaban con documentación falsa, que era fácil de obtener en el mercado negro. Un enérgico seminarista georgiano convertido en revolucionario, Iósif V. Dzhugashvili (Stalin), exiliado por haber organizado en Batum una manifestación violenta en marzo de 1902, en la que murieron 13 personas y resultaron heridas 54, alardearía después de haber escapado de Siberia seis veces (en realidad, puede que fueran ocho)[25].

En cuanto volvían a la Rusia europea, cientos de exiliados fugados proseguían viaje hacia el oeste hasta alcanzar Europa, donde pasaban a formar parte del mobiliario del radicalismo europeo. El Partido Socialdemócrata Alemán (SPD) era como un segundo hogar para los socialistas rusos que conspiraban para derrocar un régimen lo suficientemente estúpido como para dejarlos escapar. En el periodo que va de la revuelta decembrista de 1825 (los primeros disturbios políticos serios entre las élites del Imperio) a 1917, el «temido» régimen zarista solo ejecutó a 6321 personas en total por todo tipo de delitos (incluidos los delitos penales graves como el asesinato): menos de 70 al año. Lenin, que vio cómo transcurrían apaciblemente las cómodas y relajantes vacaciones de su exilio siberiano entre 1897 y 1900, no fue uno de ellos.

En los relatos sobre la Revolución rusa se tiende a poner el énfasis en los antecedentes de 1917. Se ha dedicado mucha atención, por ejemplo, a la famosa escisión en el RSDRP , acaecida en el congreso celebrado en Bruselas en julio de 1903, de la que surgió una facción «mayoritaria» (bolchevi-

ques) y otra «minoritaria» (mencheviques). Sin embargo, por entonces, a los rusos no les interesaban los politiqueos de los exiliados, solo, si acaso, a los agentes de policía, a quienes pagaban para vigilarlos y a los que solía aburrir su trabajo. En un típico informe de la Ojrana, en este caso sobre Lenin, se dedica mayor atención a su aspecto («2 *arshiny* y 5,5 *vershkí* [1,65 metros] de altura [...], su aspecto general produce una grata impresión, ojos castaños, frente amplia, cara redonda, barbilla redonda, barba rojiza [...]») que a sus ideas políticas y apenas se menciona la escisión menchevique-bolchevique. La historia mundial no dio importancia a estas derivas secretas hasta que Lenin cobró fama años después[26].

Por entonces se prestaba mayor atención a la lucha entre el régimen zarista y sus críticos internos, sobre todo a las protestas estudiantiles. En los primeros años del siglo XX, las universidades de San Petersburgo, Moscú, Varsovia y Kiev se habían radicalizado debido a un decreto, aprobado en julio de 1899, que anulaba, para los culpables de delitos políticos, las prórrogas que el ejército concedía a los estudiantes. Como era de prever, muchos de los estudiantes que protestaron contra este decreto hubieron de incorporarse al ejército. En febrero de 1901, un estudiante de la Universidad de San Petersburgo asesinó al ministro de Educación, N.P. Bogolepov, lo que desató una trágica escalada. Aunque el zar Nicolás II nombró al inofensivo y octogenario ministro de la Guerra, general Vannovski, para sustituir a Bogolepov, los esfuerzos de este por calmar a los estudiantes inflamaron aún más a los radicales. En abril del año siguiente, otro estudiante asesinó al ministro del Interior como muestra de rechazo a la rama de olivo ofrecida por el zar. Nicolás II entendió el mensaje y nombró para el cargo a uno de sus

hombres fuertes, Viacheslav Pleve, al que otorgó más poderes[27].

La estrategia de Pleve consistía en combinar la represión directa con esfuerzos para incorporar a los elementos más útiles de la oposición. A duras penas toleraba a los estudiantes radicales, pero el nuevo ministro del Interior era más sutil en sus relaciones con el movimiento sindical ruso, pues creía que las masas, aisladas de los estudiantes agitadores y a cambio de algunas zanahorias económicas, podrían al menos aceptar de forma pasiva el régimen. Pleve trabajó codo a codo con el jefe de la Ojrana de Moscú, Serguéi V. Zubatov, introdujo infiltrados en las organizaciones sindicales clandestinas y creó otras nuevas controladas por la policía. La estratagema de Pleve para neutralizar los *zemstvos* mediante su integración en el Ministerio del Interior resultó menos exitosa. Esta torpe maniobra sembró la desazón entre los liberales rusos, que consideraban los *zemstvos* como un primer paso hacia la consecución de un Parlamento nacional en condiciones. La campaña de «rusificación» de Pleve fue una torpeza aún mayor, sobre todo en Finlandia y Polonia, que encabezaban desde hacía tiempo el separatismo nacionalista.

Al principio, y pese a las protestas de la oposición, las reformas de Pleve parecieron instilar nueva vida al régimen. Mejoró la moral de los burócratas en unos años en los que estos temían por sus vidas. Si le hubieran dado tiempo para resolver el problema de las protestas estudiantiles, los *zemstvos* y los sindicatos, tal vez Pleve hubiera podido restaurar el buen nombre del gobierno ante la opinión pública. Sin embargo, sus reformas se olvidaron tras la controversia surgida en torno a unos pogromos antisemitas que habían tenido lugar en Kishiniev [Chisináu] el domingo de Pascua

de 1903, en los que murieron 38 judíos (y 4 gentiles) y se saquearon unos 1350 hogares (casi todos) judíos.

En los libros de historia, se suele invocar el pogromo de Kishiniev como un punto de no retorno en las relaciones entre la Rusia zarista y sus súbditos judíos. Este pogromo inspiró la falsificación antisemita *Los protocolos de los sabios de Sion* y provocó una emigración masiva de judíos rusos de la zona de asentamiento (el área de Rusia occidental donde podían vivir los judíos; fuera de ella no estaban autorizados a residir); la mayoría fueron a Estados Unidos. Todo esto es cierto, pero, en términos rusos, solo es parte de la verdad. Lo que los occidentales vivieron como una tragedia en blanco y negro en la que los judíos se enfrentaban a cristianos antisemitas fue algo muy diferente para Pleve y para millones de rusos. En 1903, hubo mucha violencia en toda Rusia, con huelgas en las grandes ciudades industriales, reprimidas, en muchos casos, por el ejército (solo en Zlatoust murieron 45 personas en una carnicería y 83 resultaron heridas). En verano hubo revueltas campesinas (*bunts*) por todas partes y 54 grandes mansiones ardieron hasta los cimientos. El terrible pogromo de Kishiniev de abril formaba parte de una oleada nacional de revueltas y disturbios que acabó con unas 174 bajas civiles y con la muerte de 162 soldados. En julio de 1903, muchos agentes de policía pagados por la Ojrana se habían pasado al bando de los huelguistas y Pleve despidió a Zubatov, a quien culpaba del desastre. Kishiniev no fue más que un episodio de la guerra entre el régimen y sus enemigos que ya duraba meses[28].

Sin embargo, el pogromo de Kishiniev fue un jarro de agua fría para la historia política rusa. Los conservadores rusos creían que existía una conexión entre los judíos y el radicalismo: Pleve estimó que el 40 por ciento de los revolucionarios rusos eran de origen judío. Probablemente sea una

cifra exagerada, pero no se puede negar que muchos judíos con formación se habían unido al movimiento socialista, casi siempre a través de su propia organización judeomarxista, el Bund o Unión General de Trabajadores Judíos de Lituania, Polonia y Rusia, creado en 1895. El Bund destrozó al RSDRP y alcanzó los 35 000 afiliados: cuatro veces más que los del RSDRP. De hecho, la fundación del partido marxista «gentil», en marzo de 1898, debía mucho a una redada de la Ojrana contra el Bund judeomarxista ese mismo mes, que acabó con 500 revolucionarios judíos en prisión, 175 solo en Kiev. En abril de 1903 estos detalles carecían de importancia en Kishiniev; pero se le dio mucha publicidad al asunto del pogromo, lo que endureció las actitudes. Numerosos estudiantes abandonaron la vía asimilacionista para dedicarse a la política revolucionaria, lo que proporcionó más munición a los antisemitas. Mientras, los judíos menos intelectuales se unían a organizaciones armadas de autodefensa[29].

No cabe duda de que Kishiniev situó a la cuestión judía en el centro del escenario y marcó de forma indeleble al socialismo ruso. Según la creencia generalizada, y la mayoría de los libros de historia, la famosa escisión entre bolcheviques y mencheviques de julio de 1903 tuvo lugar porque Lenin defendía la necesidad de una organización de élites profesionales (a veces denominada «vanguardia»), que describe en su panfleto, de 1902, *¿Qué hacer?*, mientras que los mencheviques querían la participación masiva de los trabajadores en el partido. Sin embargo, lo cierto es que los fuegos artificiales estallaron en el congreso de Bruselas en torno a la cuestión judía. No se habló de temas organizativos hasta la decimocuarta sesión plenaria. El principal objetivo de Lenin en Bruselas era derrotar al Bund, es decir, acabar con la autonomía de los judíos en el seno del partido. Su mejor argumento consistía en que los judíos no constituían

una nación, pues no compartían ni una lengua ni un territorio nacional común. Mártov, fundador del Bund, se sintió muy ofendido y formó la nueva facción menchevique (minoritaria) como protesta por el asunto. Le siguieron casi todos los socialistas judíos, entre ellos Lev Bronstein (Trotski), un joven estudiante ucraniano de Jersón, que había estudiado en un centro alemán en la cosmopolita Odesa y que defendía el marxismo europeo. Cuando Lenin asumió los argumentos de los antisemitas rusos, no es de extrañar que Mártov, Trotski y otros judíos se unieran a la oposición. Paradójicamente, la fusión del Bund con la nueva facción menchevique del RSDRP, si bien confirmó a los agentes de la Ojrana la redundancia de que todos los judíos rusos eran socialistas, probablemente debilitara el carácter judío del marxismo ruso, en un momento en el que los bolcheviques («mayoría») gentiles de Lenin tomaban las riendas (aunque, para aumentar la confusión, estos eran muchos menos que los mencheviques y el Bund juntos). En efecto, Lenin había rechazado el internacionalismo socialista judío (la fe cosmopolita de intelectuales como Trotski) y había optado por la tradición revolucionaria autóctona, en la que había injertado su propia versión implacable de populismo de sello *naródnik* en el marxismo. El bolchevismo, como su fundador, era ruso de los pies a la cabeza[30].

Sin embargo, debemos tener cuidado de no sobrestimar las célebres convulsiones del congreso de Bruselas. Judíos y marxistas eran pequeñas minorías en el Imperio zarista y ninguno de los grupos gozaba de apoyo en Rusia más allá de las filas de la *intelligentsia* radical. En los únicos actos violentos tras Kishiniev en los que se enfrentaron cristianos y judíos en 1903, un choque al que se dio mucha menos publicidad, acaecido en Gómel a finales de agosto, hubo menos de 10 víctimas. Esta vez murieron más cristianos (5) que ju-

díos (4), porque estos últimos contaban con organizaciones de autodefensa, aunque de nuevo los judíos salieron perdiendo, pues se saquearon 250 hogares judíos. Sea lo que fuere lo que dio lugar a los horribles actos de violencia de Kishiniev y Gómel, existía un interesante paralelismo entre ambos casos que, en contra de la opinión del coro ferozmente antizarista de la prensa extranjera, hablaba en favor del régimen (aunque no de todos sus servidores). Aunque la policía local de estas ciudades de la vieja zona de asentamiento judía había fracasado estrepitosamente a la hora de prevenir los pogromos, la paz se restableció rápidamente cuando llegó el ejército regular[31].

Mientras reinara la disciplina en el ejército ruso, no había ninguna razón por la que el Imperio no pudiera sobrevivir a brotes periódicos de huelgas industriales y pogromos. La Ojrana y los revolucionarios jugaban al gato y al ratón, pero, para los rusos corrientes, se trataba de otro mundo, tan remoto como el de los bailes de Petersburgo a los que asistían los jóvenes aristócratas que se presentaban por primera vez en sociedad. Si hacemos un recuento de lo que podría denominarse de forma laxa oposición, la fuerza combinada de socialistas, populistas, nacionalistas separatistas, radicales judíos, organizaciones de autodefensa y hasta los terratenientes liberales rusos no era nada comparada con un ejército predominantemente campesino, que, incluso en tiempos de paz, a principios del siglo XX, contaba con más de un millón de soldados, la mayoría leales al zar, a quien servían. Mantener el orden social era parte importante de las tareas del ejército imperial ruso. En sus estatutos («Determinación del método de intervención de las tropas para ayudar al poder civil»), en vigor entre 1877 y 1906, se facultaba a las autoridades civiles para llamar al ejército por una variada serie de razones: para «mantener el orden durante

las ceremonias religiosas, ferias y reuniones públicas», para «proteger la propiedad del Estado», para «prevenir el contrabando», para «servir de guardia o ayudar a ejecutar sentencias judiciales», para «capturar a bandidos y ladrones» y hasta para «extinguir incendios forestales» y «ayudar durante las inundaciones». El ejército siempre estaba preparado por si los gobernadores regionales o los funcionarios de las ciudades querían «prevenir o detener desórdenes populares». Es comprensible que muchos oficiales, y sus hombres, se resintieran por el hecho de que se les llamara para suprimir la disensión interna. Sin embargo, llevaron a cabo lo que se les ordenaba y, además, lo hicieron bien, a juzgar por las pocas bajas registradas en operaciones internas; hasta el severo repunte de la violencia en 1903[32].

Exceptuando algunas quejas por tener que realizar tareas propias de la policía, en general la moral del ejército imperial ruso era alta en los albores del siglo XX. ¿Y por qué no? El *boom* económico de Witte dobló la recaudación de impuestos en la década de 1890. Aunque el gasto militar no aumentó en la misma medida, entre 1890 y 1900 el presupuesto anual del ejército se incrementó en un 60 por ciento, lo que permitió un auténtico cambio generacional tras la adquisición del nuevo fusil de cerrojo Mosin y el primer cañón de tiro rápido de 3 pulgadas [7,6 centímetros]. En todo caso, el ejército ruso era mucho más fuerte que aquellos revolucionarios y bandidos que fueran lo bastante estúpidos como para ponerlo a prueba. En asuntos internos nadie podía con él, aunque, desde el punto de vista moral, sus actos dejaran que desear[33].

En cuanto a los enemigos externos, el resultado también era positivo. Aunque la guerra de Crimea de la década de 1850 no hubiera acabado bien, se peleó contra las dos mayores potencias de la época (Francia y Gran Bretaña), así como

contra el Imperio otomano y el Piamonte-Cerdeña. La última guerra que Rusia había librado sola contra los otomanos, en 1877-1878, había sido un gran triunfo, pues el ejército del Cáucaso se había hecho con tres provincias del este de Turquía (Kars, Ardahan y Batum) y la línea de ataque principal, situada en los Balcanes, había logrado penetrar hasta San Stefano [Yeşilköy] (en la ubicación actual del aeropuerto internacional Atatürk a las afueras de Estambul). Es verdad que, en cuanto Gran Bretaña envió su flota, el congreso de Berlín de 1878 rechazó los términos para la paz redactados por Rusia. Sin embargo, por lo general, la moral de un ejército depende de su actuación en la última guerra y, en 1900, el ruso era un ejército vencedor[34].

Existían ciertas dudas sobre la cohesión del ejército, ya que los hombres que lo componían provenían de un vasto Imperio que acogía a más de cien nacionalidades, más de las presentes en la famosa corona dual multiétnica de Austria-Hungría. Según el censo de 1897, el primero y único elaborado durante el zarismo, el Imperio contaba con 125 millones de habitantes (y, probablemente, la cifra sea baja), de los que solo 55 667 469 (el 44 por ciento) pertenecían a la Gran Rusia. Los 22 millones de rusos de la Pequeña Rusia (hoy denominados ucranianos) y los 6 millones de «rusos blancos» (bielorrusos) constituían una gran mayoría de 87 millones de eslavos orientales ortodoxos, aunque también había muchos habitantes no rusos y minorías cristianas no ortodoxas, como los católicos polacos (cerca de 8 millones) y los finlandeses protestantes (3,5 millones). El Imperio contaba también con una población turcotártara musulmana de más de 13,7 millones, a la que había que sumar unos 5,2 millones de judíos con afiliación religiosa y algunos más, si añadimos a aquellos judíos que hablaban yidis. El resto (armenios, alemanes, georgianos, letones, lituanos y rumanos)

no llegaba a los 2 millones de personas, si bien es cierto que se concentraban en zonas determinadas, lo que planteaba el riesgo de que se convirtieran en separatistas[35].

El ejército zarista reflejaba muy bien la composición multiétnica de la población imperial, aunque con significativas excepciones. El corazón del ejército era «eslavo oriental», pues casi el 75 por ciento de las tropas provenían de la Gran Rusia, Ucrania y Bielorrusia. Los polacos servían en el ejército en un porcentaje proporcional a su número de habitantes, pese a que había dudas bien fundadas sobre su lealtad a un Imperio dominado por los rusos, por lo que, de forma deliberada, eran repartidos para que nunca pudieran constituir más del 20 por ciento en una unidad. Los polacos no servían en la Polonia rusa, una región fronteriza problemática que formaba un saliente entre la Prusia oriental alemana y la Galitzia austrohúngara. Lo mismo ocurría en el caso de otras minorías, pues procuraban mantener a los soldados de etnias minoritarias lejos de otros miembros de sus etnias con el fin de frustrar cualquier intento de creación de milicias nacionalistas. La excepción la constituían los finlandeses, a los que se les permitía servir en sus propios batallones porque así constaba en el acuerdo de paz por el cual Finlandia había pasado a formar parte del Imperio en 1809 (los finlandeses tampoco parecían tan escandalosamente nacionalistas como los polacos). El asunto era distinto en el caso de alemanes y musulmanes. Por un lado, había muchos oficiales alemanes del Báltico (sobre todo en la flota del Báltico de la marina), pero los alemanes menonitas de la región del Volga, animados a instalarse en Rusia por la emperatriz Catalina la Grande, estaban exentos del servicio militar a perpetuidad. Algo similar ocurría en el caso de los nómadas turcos de Asia central, que no solían figurar en las listas de levas zaristas. En cambio se alababa a los musulma-

nes del Cáucaso y Crimea por sus virtudes militares; una fama similar a la que tenían los musulmanes del Punyab en el ejército indio británico[36].

Los cosacos formaban una categoría aparte. La mayoría eran eslavos orientales ortodoxos, pero se trataba de profesionales más que de un grupo étnico-religioso. Las hordas del Don, Kubán y el Térek se autogobernaban y habían sido vasallos de los zares Románov desde el siglo XVII. Habían ayudado a defender (y a menudo a expandir) las fronteras del sur de Rusia y constituían la caballería auxiliar rusa en las guerras contra las grandes potencias. A finales del siglo XIX, el régimen zarista dependía de los cosacos para llevar a cabo tareas de vigilancia interna. Como utilizaban su pesado látigo de cuero sin curtir (*knut*) para controlar a las masas, este se convirtió en un símbolo de la represión rusa. Los cosacos adquirieron una pésima fama en Occidente, debido a su participación en la represión interna y en los pogromos antisemitas, que mantienen hasta hoy. De ahí que debamos tener en cuenta que, al menos hasta 1905, el ejército zarista los tenía en gran estima y los patriotas rusos los admiraban por el leal servicio que prestaban al país. Tolstói escribió una novela muy inspirada titulada *Los cosacos*, en la que compara su valor exento de egoísmo y su gran capacidad militar con la de sus desvaídos superiores rusos. La Rusia soviética los difamó y los consideró leales herramientas del Antiguo Régimen, pero, tras 1991, los cosacos han recuperado el favor popular y se cuentan muchas historias sobre sus actos heroicos[37].

El ejército zarista ruso no era tan moderno como el alemán. Solo sabían leer y escribir entre el 30 y el 40 por ciento de los reclutas, frente al 90 por ciento del ejército alemán. Los campesinos rusos conformaban una aguerrida infantería, pero no resultaba fácil enseñarles los rudimentos de la

guerra moderna: manejo de artillería y ametralladoras y comunicaciones por radio. La mejor formación de los alemanes (posibles adversarios de Rusia desde que esta firmara una alianza defensiva con Francia en 1894) y de los franceses (aliados de Rusia) promovía en sus ejércitos un fuerte sentimiento de identidad nacional, basado en referencias compartidas y en un propósito común del que carecía el ejército zarista. A pesar de su elevado número de habitantes, a Rusia le costaba movilizar al mismo número de hombres que a sus rivales continentales. Las levas afectaban a poco más del 20 por ciento de los jóvenes. Rusia tenía un potencial militar enorme que no podía explotar al máximo debido a sus limitaciones sociales y políticas[38].

Aun así, el ejército zarista era magnífico en torno al inicio del siglo XX. Puede que los soldados campesinos (*mujiks*) no hablaran la misma lengua ni supieran leer, pero estaban bien entrenados, bien equipados, bien armados y, sobre todo, bien alimentados. El consumo de carne, unos 900 gramos por soldado a la semana, era cuatro veces mayor que el de cualquier campesino medio. Para la mayoría de los rusos, enrolarse en el ejército era una buena opción y la mayoría lo hacía con agrado. El cuerpo de oficiales era un motor de movilidad social, una clara excepción a la grotesca desigualdad que daba a la Rusia de los zares su reputación de sociedad clasista. En torno a dos quintas partes de los oficiales de rango inferior a coronel procedían de la clase campesina o baja. La mayoría de los oficiales era de origen aristocrático, un imponente, pero no apabullante, 40 por ciento de graduados en la academia, que, en su mayor parte, carecía de tierras; de hecho, estos nobles ingresaban en la carrera militar porque necesitaban ingresos. La mayoría de los oficiales viajaban en vagones de tren de tercera clase, todo un símbolo de la ética igualitaria del ejército zarista, has-

ta que el gobierno decidió permitirles viajar en segunda clase pagando un billete de tercera. Sin duda, seguía habiendo reductos del elitismo tradicional (como el cuerpo de guardia), pero el ejército era lo suficientemente meritocrático como para que hombres de orígenes humildes, a los que en ocasiones solo separaba de la servidumbre una generación, pudieran obtener el rango de general e incluso más. De ahí que la moral estuviera alta y que las relaciones entre los oficiales y sus hombres fueran mucho mejores que las imperantes entre los terratenientes rusos y los campesinos, o entre los hombres de negocios ricos de las ciudades y sus empleados[39].

Mientras los ejércitos fueran leales, los intentos revolucionarios de derrocar al zar no pasaban de ser meras fantasías. Los *naródniki*, los estudiantes radicales, los judíos, los polacos, los finlandeses, o cualquier otra minoría insatisfecha, tenían pocas oportunidades de quebrar las extraordinarias defensas del régimen. La liberación de los siervos y la creación de los *zemstvos* durante el gobierno de Alejandro II fueron consecuencia de la pérdida de prestigio sufrida por el régimen en las postrimerías de la guerra de Crimea, que acabó con las décadas de inactividad política del gobierno de Nicolás I. En realidad, el único peligro real para el régimen era este tipo de errores en el ámbito internacional. Desafortunadamente para Nicolás II, que gozó de una década de paz tras su subida al trono en 1894, en Asia se estaba cociendo un desastre en política exterior, debido a la incompetencia y la avaricia de sus propios oficiales.

2

1905. UN GOLPE PARA EL SISTEMA

El reinado del zar Nicolás II empezó con malos auspicios. Se había convertido por ley en el soberano tras la muerte súbita de su padre, Alejandro III, el 20 de octubre (1 de noviembre) de 1894. Fue una auténtica desgracia, pues el difunto zar apenas había empezado a enseñar a su hijo a sobrellevar las enormes responsabilidades que conllevaba la autocracia. Sin embargo, formalmente, Nicolás no empezó a reinar hasta su coronación en el Kremlin el 14/26 de mayo de 1896. Según la tradición, el día siguiente a la coronación se dedicaba a las gentes corrientes de Moscú, a quienes se invitaba a una fiesta con el zar al aire libre en el campo de Jodinka. Nicolás no había reparado en gastos y había ordenado que se repartieran «cientos de barriles de cerveza gratis» y «carretadas de copas esmaltadas», decoradas con el sello de los Románov, para beberla. Cerca de 100 000 moscovitas habían acampado durante la noche. Hacia el amanecer corrió el rumor de que no habría suficiente cerveza, lo que provocó una estampida que dejó en el recuerdo de todos horrendas escenas de cientos de moscovitas, entre ellos mujeres y niños, pisoteados y aplastados. En un país tan supersticioso se tomaban muy en serio estos signos, que no hacían presagiar nada bueno para el reinado de Nicolás[40].

A pesar de este mal comienzo, la primera década del reinado del zar no fue tan mala. Se habían incrementado las protestas de estudiantes y trabajadores y el pogromo de Kishiniev había hecho mucho daño a la reputación rusa en el extranjero, pero la economía resistía. El zar no se encontraba aislado en vísperas de Kishiniev, sino que dirigió los esfuerzos de mediación europeos en la crisis macedonia de ese mismo año, y, en octubre de 1903, firmó en Mürzsteg un programa de reforma otomano junto con Francisco José I, el emperador de la casa de los Habsburgo. Rusia y Austria-Hungría, enemigas diplomáticas desde la guerra de Crimea, habían enterrado el hacha de guerra. La posición de Rusia en Europa era más fuerte que nunca[41].

En Extremo Oriente el cuadro estratégico pintaba peor. La existencia de rivales serios en Occidente, como Alemania y Austria-Hungría, el núcleo de la Triple Alianza (junto con una Italia bastante al margen) desde 1882, había impuesto cierta disciplina a la política exterior rusa en Europa: había ciertos límites que no convenía sobrepasar. Sin embargo, los enemigos de Rusia en Asia eran mucho más débiles. Había conquistado a los guerreros musulmanes del Cáucaso en la década de 1850 y a los emires y kanes de Asia central, en las décadas de 1860 y 1870. En cuanto a China, Rusia la había humillado (junto con otras potencias europeas, Estados Unidos y Japón) en 1900 al acabar con la rebelión de los bóxeres.

Lo más recordado hoy de esta expedición de las ocho potencias es el políticamente poco afortunado comentario del káiser alemán: «En mil años no habrá ningún chino que ose mirar mal a un alemán», que reflejaba a la perfección los prejuicios raciales europeos de entonces. Sin embargo, fueron Japón (20 840) y Rusia (12 400) quienes enviaron los mayores contingentes de tropas, pues estaban más cerca de

China y sus asuntos les afectaban directamente. En 1896, Witte había logrado que China, fuertemente armada, permitiese que el Transiberiano atravesara su territorio desde Manchuria hasta Vladivostok, un puerto del Pacífico libre de hielo. A pesar de que garantizaron cínicamente que respetarían la soberanía china, Witte convirtió Manchuria en una auténtica colonia rusa. En los años culminantes del imperialismo, Witte fue, en palabras de un admirador, «el Cecil Rhodes de Rusia», que construía un Imperio asiático en nombre del zar[42].

El vecino japonés de Rusia sentía menos admiración. En la guerra chinojaponesa de 1894-1895 (que se desarrolló sobre todo en Corea), Japón se había apoderado de Kwantung, un territorio situado en el extremo sur de la península de Liaodong, que al final Tokio tuvo que devolver a China presionado por Alemania, Francia y Rusia. En un acto de despreocupado menosprecio, la marina rusa se había hecho con Port Arthur [Lüshunkou], un puerto crucial en la península del mar de Japón, en diciembre de 1897. Además, algunas compañías rusas empezaron a comprar concesiones mineras y de bosques cerca de los ríos Yalu y Tumen en Corea (aún más cerca de Japón), que Tokio consideraba que se encontraba dentro de su esfera de influencia natural en el continente asiático. Estas maquinaciones, salpicadas por los prejuicios raciales europeos de la época, enfurecieron a los líderes japoneses.

Aunque Japón y Rusia estaban claramente en el mismo bando durante la expedición de las ocho potencias, la crisis reveló el choque de intereses entre San Petersburgo y Tokio. Tras reprimir la rebelión de los bóxeres, los rusos, en vez de retirarse, enviaron más tropas (llevaron a Manchuria a 100 000 hombres). Como los japoneses protestaron enérgicamente, apoyados por Gran Bretaña, que firmó una alianza

con Tokio en febrero de 1902, Rusia hubo de reconocer la soberanía china sobre Manchuria y prometer una retirada gradual de las tropas rusas. Si la evacuación se hubiera llevado a cabo según lo programado, tal vez la crisis no hubiera desembocado en una guerra.

Pero los rusos hicieron justo lo contrario. A instancias del káiser Guillermo II, quien malévolamente saludaba al zar como el «almirante del Pacífico», Nicolás II sucumbió a la influencia de cortesanos agitadores que insistían en que sería vergonzoso no dar la cara a una potencia no europea como Japón; un consejo que coincidía con los sentimientos del propio zar al respecto. En una visita de Estado a Japón en 1891, cuando aún era heredero al trono, casi lo mata uno de sus escoltas japoneses, que le hirió con su sable y le marcó la frente con una cicatriz de nueve centímetros que no dejaba de recordarle el penoso incidente. Desoyendo los consejos de Witte, en mayo de 1903 Nicolás II decidió trazar «un nuevo curso» a la política exterior rusa en Extremo Oriente e hizo caso omiso del acuerdo de retirada de Manchuria. Witte, alarmado, dejó el Ministerio de Economía en agosto y se retiró del servicio público. Se creó entonces una sociedad maderera rusa para explotar las concesiones rusas en Corea. Los oficiales de Tokio creían que Rusia despejaba el camino hacia la guerra.

¿Se trataba de un farol? Teniendo en cuenta el estilo caótico de Nicolás II a la hora de tomar decisiones, resulta difícil saber si había algo tras esta locura de provocar a Japón. En junio de 1903, Nicolás II llegó a enviar un telegrama a Port Arthur, en el que comunicaba a su virrey que había decidido otorgar a Japón «la plena posesión de Corea»; pero no insistió. En noviembre de 1903, Alexéi Kuropatkin, ministro de la Guerra, indicó a Nicolás II que «la guerra con Japón resultaría muy impopular» y que permitiría a los re-

volucionarios «fomentar la sedición» en el ejército ruso. En un momento en el que «desórdenes de todo tipo» ocurrían con «creciente frecuencia», cualquier derrota militar en Extremo Oriente podía ser fatal para el régimen. Pleve, el ministro del Interior, defendía la postura contraria y señalaba a Nicolás II que lo que necesitaban para acabar con las revueltas internas era «la victoria en una pequeña guerra». En una reunión celebrada en diciembre de 1903, el zar se mostró reticente a entrar en guerra con Japón, aunque añadió: «En todo caso, es un país bárbaro». Al final ganaron los prejuicios del zar. Este afirmó que hacer concesiones sería «vergonzoso» y dio instrucciones a sus diplomáticos para que comunicaran a Tokio: «Rusia es un país muy grande. Nuestra paciencia tiene límites»[43].

Los japoneses captaron el mensaje. Tokio mandó un ultimátum a San Petersburgo en enero de 1904, en el que le exigía al zar que renunciara a todos sus intereses en Corea; los japoneses, a cambio, se avenían a reconocer la esfera de influencia de Rusia en Manchuria. Tokio añadía que cualquier retraso en las negociaciones tendría consecuencias «extremadamente graves». Como no recibieron respuesta, en la noche del 25-26 de enero (7-8 de febrero) de 1904, diez lanchas torpederas japonesas desembarcaron en Port Arthur y atacaron a la escuadra del Pacífico rusa anclada allí. Tres horas después de este ataque sorpresa, Japón declaró la guerra a Rusia, lo que indignó al zar Nicolás II, quien, como dijo a un ayuda de cámara, estaba decidido a librar «una guerra a muerte»[44].

La elección de estas palabras fue desafortunada. Tras la derrota de una avanzadilla rusa en el río Yalu el 18 de abril/1 de mayo de 1904, el ejército japonés entró en Manchuria y atacó el cuartel ruso de Mukden [Shenyang]. Mientras, la marina japonesa desembarcaba tropas en la península

la de Liaodong e iniciaba el asedio al cuartel ruso de Port Arthur. Los rusos, bajo el mando del general Anatoli Stessel, constituían la mitad de sus enemigos (80 000 frente a 40 000) y el bloqueo japonés imposibilitaba el desembarco de refuerzos por mar. Aun así, los rusos aguantaron valerosamente y causaron muchas bajas al enemigo. En Kwantung los japoneses perdieron 10 000 hombres para apoderarse de una única posición elevada (la colina 203) a finales de noviembre. Sin embargo, la victoria les permitió montar artillería pesada y «pulverizar» los fuertes de Port Arthur y lo que quedaba de la flota rusa en el puerto[45].

Inspirado por el heroísmo de sus hombres, que defendían Port Arthur de un destino fatal, el zar Nicolás II hizo todo lo que pudo por ayudarlos. Con la ruta terrestre cortada por los japoneses, lo único que podía intentar era enviar la flota del Báltico al Pacífico, a casi unos 30 000 kilómetros de distancia. La flota del mar Negro se encontraba más cerca, pero, como Londres recordó a San Petersburgo, según el tratado de Berlín (1878), los buques de guerra rusos no podían atravesar los estrechos otomanos. Gracias a la alianza entre Japón y Gran Bretaña, Londres podía permitirse incluso declarar la guerra a Rusia si violaba la convención de los Estrechos. De modo que, en octubre de 1904, el zar pidió al almirante Zinovi Rozhéstvenski, comandante de la flota del Báltico, que ayudara a Port Arthur y que para ello cruzara el mar del Norte, el océano Atlántico, el Mediterráneo, el canal de Suez, el mar Rojo, el océano Índico y el mar del Sur de China. En total el viaje llevaría más de seis meses (que al final fueron casi ocho) y captó la atención del mundo, pero supuso una enorme presión para el zar Nicolás II que había invertido un gran capital político en el rescate de Port Arthur.

El viaje no fue bien. En cuanto el II escuadrón ruso del Pacífico entró en el mar del Norte, se encontró con pesqueros británicos que un capitán ruso confundió con buques de guerra japoneses. Los rusos abrieron fuego. Aunque solo murieron tres pescadores en este «incidente del Dogger Bank», podría haber servido a los británicos como *casus belli*, si el zar no hubiera optado sabiamente por pedir disculpas y compensar a Gran Bretaña por sus pérdidas con 66 000 libras esterlinas. Sin embargo, tuvo graves consecuencias: Gran Bretaña prohibió a Rozhéstvenski el uso del canal de Suez, por lo que este se vio obligado a circunnavegar África, lo que añadió un mes al agotador viaje de su escuadrón.

El 20 de diciembre de 1904 (2 de enero de 1905), antes de que los rusos pudieran rodear el cabo de Buena Esperanza, su viaje perdió todo sentido, pues ese día el general Stessel había entregado Port Arthur al general Nogi Maresuke, comandante del III ejército japonés. El II escuadrón del Pacífico de Rozhéstvenski aún cruzaba el océano Índico cuando empezó, el 7/20 de febrero de 1905, la batalla decisiva por Manchuria en Mukden (una de las mayores desde las guerras napoleónicas), en la que cayeron más de 88 000 soldados rusos. Hasta el momento los rusos habían sufrido la pérdida de 200 000 hombres y se habían gastado 1000 millones de rublos, sin haber obtenido nada a cambio. Al zar le habían salido caros sus prejuicios y su arrogancia.

Pero lo peor aún estaba por venir. Aunque las noticias llegaran a la capital con cuentagotas debido a la distancia que separaba a la Rusia europea del escenario bélico, no era fácil suprimir el efecto acumulativo. En julio de 1904, una bomba terrorista asesinó a Pleve, el ministro del Interior. En otoño, liberales y representantes del *zemstvo* regional celebraron una serie de «banquetes políticos» que allanaron el camino

para organizar el I Congreso Zemstvo panruso, en noviembre de 1904, en el que se reunieron 103 delegados en San Petersburgo. Se aprobó una resolución en la que se exigía la elección de una asamblea constituyente mediante sufragio universal masculino. Cuando el zar se enteró, afirmó que «nunca estaría de acuerdo con el gobierno representativo», pues hacerlo violaría el juramento que pronunció al asumir su cargo. El 12/25 de diciembre de 1904, una semana antes de la rendición de Port Arthur, se alcanzó una solución de compromiso y el zar Nicolás II aprobó un decreto que daba un mayor protagonismo a los *zemstvos*, fortalecía el imperio de la ley y rebajaba la censura, pero se negó a admitir la exigencia popular de crear un Parlamento nacional[46].

Estos dos sucesos tuvieron un gran impacto sobre la opinión pública de San Petersburgo. La humillación de Port Arthur fue un duro golpe para la reputación del régimen y los agitadores revolucionarios estaban indignados por la negativa del zar a emprender reformas. A principios de enero, se extendió a otras fábricas una huelga convocada en la fábrica de armas Putílov tras una serie de despidos. Cientos de huelguistas, a los que rápidamente se unieron miles de simpatizantes, tomaron las calles, alentados por un carismático sacerdote convertido en agente de policía, de nombre padre Gueorgui Gapón, que se había unido a los obreros. El domingo 9/22 de enero de 1905, el padre Gueorgui Gapón había conducido a cerca de 150 000 personas al palacio de Invierno para presentar una petición al zar, en la que exigían la elección de una asamblea constituyente rusa, la jornada de ocho horas, salarios dignos y la liberación de los presos políticos. Muchos alzaban iconos o retratos del zar, mientras que el padre Gapón elevaba un crucifijo, lo que otorgaba a la marcha un aire de procesión religiosa (aunque no fue un buen presagio, pues muchos manifestantes habían escrito

«cartas de despedida» en previsión del martirio). Cuando la procesión de Gapón giró hacia la avenida Nevski, a la entrada de la plaza del Palacio, los manifestantes se encontraron con un escuadrón de la caballería cosaca. Tras los cosacos, había una línea de guardias con las bayonetas caladas. Se hicieron disparos al aire a modo de advertencia, pero Gapón se mantuvo firme y los manifestantes no se dispersaron como les habían ordenado. Durante un momento ambos bandos se miraron en lo que fue un pulso decisivo para el régimen zarista.

Los defensores del régimen se movieron primero. Nadie sabe a ciencia cierta quién disparó el primer tiro, ni si apretó el gatillo por pánico, por ira, por azar o por error. Sin embargo, alguien disparó, lo que desató una terrible reacción en cadena, en la que los manifestantes corrían y gritaban y los cosacos y los soldados disparaban a la multitud. La escena se repetía en muchos otros puntos de la ciudad; docenas de personas murieron abatidas por los sables cosacos o por el tiroteo indiscriminado. Al menos 200 personas murieron y 800 resultaron heridas en la masacre denominada por los revolucionarios como *domingo sangriento*. El padre Gapón se refugió en casa de Maxím Gorki, un novelista ruso mundialmente famoso que simpatizaba con los huelguistas y que redactó una «carta abierta» en la que calificaba a Nicolás II de «asesino del alma del Imperio ruso». Hacía un llamamiento a «todos los partidos socialistas de Rusia» para que «se alzaran en armas». Era el inicio de una guerra abierta entre el régimen zarista y sus enemigos[47].

Las noticias sobre la masacre radicalizaron a una población que ya estaba al límite debido a los desastrosos resultados de la guerra en Extremo Oriente. En Riga, unos 15 000 manifestantes letones se enfrentaron a la policía y provocaron a los agentes para que les dispararan; estos mataron a

70 personas e hirieron a 200. En febrero, el tío del zar, el gran duque Sergio Alexandróvich, gobernador general de Moscú, voló en pedazos a causa de una bomba terrorista colocada delante del Kremlin. En el campo también se despertó el espíritu rebelde de los campesinos; algunos respondieron a la invitación del régimen y enviaron sus quejas al zar (se archivaron 60 000), otros se dedicaron a saquear y a incendiar las grandes casas solariegas. Hubo nuevos pogromos en la zona de asentamiento. En Bakú acabó mal una manifestación en febrero de 1905, pues los armenios mataron a un tártaro (turco azerí) musulmán, lo que provocó ataques a los cristianos armenios como represalia, en algunos casos con la ayuda de cosacos y de agentes de la policía que consideraban a los armenios, como a los judíos, revolucionarios peligrosos. Los enfrentamientos de Bakú, mucho menos conocidos que los sucesos del *domingo sangriento*, fueron mucho más letales, pues murieron al menos 2000 personas. Un testigo comentó estupefacto: «Había miles de muertos por las calles. El olor de los cadáveres nos ponía enfermos. Mujeres con la mirada perdida buscaban a sus hijos por todas partes y los maridos rebuscaban en pilas de carne putrefacta». El joven Stalin formó una escuadra de batalla bolchevique (compuesta mayoritariamente por musulmanes) para aprovechar el caos y pedir dinero a cambio de protección a los aterrorizados comerciantes armenios; le entusiasmaba la violencia[48].

Pese a toda esta anarquía, que amenazaba con engullir al país, el régimen zarista no carecía de reservas. Ya en febrero de 1905, justo cuando comenzaba la batalla de Mukden en Extremo Oriente, el ministro del Interior ordenó al ejército que creara «destacamentos móviles» en las zonas rurales. Los funcionarios provinciales solicitaron la ayuda del ejército en 1390 ocasiones entre enero y mediados de junio de

1905, sobre todo para labores de vigilancia «preventivas» en pueblos y ciudades. Tropas regulares se enfrentaron a manifestantes unas 240 veces durante estas intervenciones: un 20 por ciento del tiempo. Aunque muchos líderes armados empezaban a molestarse por el hecho de que infelices políticos civiles utilizaran abusivamente a sus hombres, hasta entonces el ejército seguía manteniendo su cohesión, lo que permitía al régimen capear el temporal[49].

Pero el ejército no podía hacerlo todo. El alto mando quería reforzar desesperadamente su presencia en Manchuria, pero ya había retirado un 20 por ciento de la infantería y de la artillería que defendían a Rusia de las potencias centrales y las unidades del interior del país se encontraban ocupadas reprimiendo las revueltas internas. La situación financiera no era buena, porque el gobierno había pedido un préstamo de quinientos millones de rublos y, tras la caída de Port Arthur, los inversores en deuda exigían mayores beneficios. En medio de la batalla de Mukden, el ministro del Interior llegó a la conclusión de que los disturbios en 32 de las 50 provincias de la Rusia europea impedían la movilización de tropas hacia Manchuria. El 22 de febrero (7 de marzo) de 1905, Nicolás II comunicó a su ministro de Asuntos Exteriores que estaba dispuesto a pedir la paz a Japón en cuanto Rusia ganara una batalla para salvar la cara[50].

El zar no tendría esa suerte; Mukden cayó dos días después. Aunque los japoneses perdieron 75 000 hombres, casi tantos como los rusos, en esa brutal carnicería que anticipaba, en lo esencial, la matanza que tendría lugar en el frente occidental durante la I Guerra Mundial, Mukden fue una victoria estratégica para Tokio, pues retuvo bajo control japonés la península de Liaodong, Corea y gran parte del territorio de Manchuria. Tras la derrota en tierra, el viaje de la flota del almirante Rozhéstvenski no tenía más sentido

que satisfacer la desesperada necesidad del zar de obtener una victoria que elevara la moral. Tras ocho meses en el mar, el 14/27 de mayo de 1905, el II escuadrón del Pacífico ruso se encontró por fin con la flota del almirante Togo en el estrecho de Tsushima. Las tripulaciones de Togo estaban descansadas; sus acorazados conservaban toda su potencia y alcanzaban bastante velocidad (unos 15 nudos). En cambio, los cruceros de guerra y los destructores de Rozhéstvenski se hallaban desgastados por el viaje (apenas pasaban de los 9 nudos); además, sus hombres no se encontraban en las mejores condiciones. A media tarde, 3 de sus acorazados estaban fuera de combate. A bordo del buque insignia *Suvórov*, Rozhéstvenski resultó gravemente herido tras caerse la torre de mando. Al atardecer, los rápidos destructores de Togo acabaron con lo que quedaba del aturdido escuadrón ruso. Cuando el 15/28 de mayo izó la bandera blanca en señal de rendición, Rozhéstvenski había perdido 11 de sus 12 acorazados, 7 de sus 12 cruceros y 6 de sus 9 destructores. Murieron más de 5000 oficiales y marineros rusos y otros 6106 fueron hechos prisioneros, frente a solo 700 bajas japonesas. Desesperado, el zar Nicolás II pidió la paz a Japón[51].

Tras haber perdido la guerra ante una potencia asiática, toda una humillación después del alarde chovinista de San Petersburgo, cualquiera lo suficientemente desafortunado como para servir al régimen zarista se convirtió en un blanco. Un bolchevique recordaba con deleite: «El terrorismo asumió proporciones gigantescas. Había un asesinato político o ataques a representantes del Antiguo Régimen casi a diario». Según estimaciones del propio régimen, 3600 oficiales imperiales resultaron muertos o heridos en 1905[52].

En junio de 1905 hubo un motín en el ejército ruso. Como dos de las flotas de Rusia, la del Pacífico y la del Báltico, ha-

bían acabado en el fondo del océano o en manos de sus enemigos, la moral se resquebrajaba en la tercera, la del mar Negro. Los marineros que apoyaban a los socialdemócratas (algunos bolcheviques, otros mencheviques) organizaron un comité central revolucionario (*tsentralka*) para convocar un motín general. El 14/27 de junio la tripulación del acorazado *Potemkin*, que se encontraba en alta mar, recibió su ración de *borscht* de carne y vio que estaba llena de gusanos. El médico afirmaba que la sopa se podía comer, pero los hombres no le creyeron. Cuando Grigori Vakulinchuk, el portavoz que habían elegido, se quejó, comenzó una pelea en la que Vakulinchuk fue asesinado por el segundo al mando, que intentaba proteger al capitán Yevgueni Gólikov. La tripulación, enardecida, mató a 7 de los 18 oficiales del buque, incluido Gólikov. Se creó un sóviet (agrupación de marineros) que enarboló una bandera roja y puso rumbo a Odesa, donde estaba el cuartel general de la flota del mar Negro, para pedir ayuda a los revolucionarios de tierra.

La entrada en el puerto de un buque de amotinados generó una peligrosa situación en Odesa, donde se acababa de anunciar una huelga general. El 15/28 de junio el zar Nicolás II firmó un ucase (*ukaz*) en el que decretaba el estado de sitio en Odesa, ordenaba al comandante local, general Semión Kajánov, que «adoptara las medidas más extremas para reprimir con resolución tanto las revueltas a bordo del *Potemkin* como entre la población del puerto» y se comprometía a enviar a Odesa «todo el escuadrón con todos sus torpederos». Sin embargo, hundir el *Potemkin* no era tan sencillo, pues estaba mejor armado que cualquier otro buque ruso de la zona[53].

Hubo una pausa tensa. Algunos de los amotinados del *Potemkin* bajaron a tierra para asistir al funeral de Vakulinchuk, pero la mayoría permaneció a bordo. En la tarde del

16/29 de junio el cortejo fúnebre se convirtió en una «revuelta tempestuosa» y 10 000 personas quedaron atrapadas en la zona portuaria. Por la tarde, los saqueadores robaron los almacenes e iniciaron incendios. Hubo una estampida provocada por la gente que huía de estos últimos, pero los manifestantes acabaron acorralados por los cosacos. A medianoche, el general Kajánov ordenó a sus tropas que abrieran fuego sobre la multitud y que la dispersaran para que los bomberos pudieran apagar los incendios. Los amotinados del *Potemkin*, al ver horrorizados cómo mataban a sus camaradas en tierra, se hicieron a la mar. Como les negaban la entrada en los puertos rusos, maniobraron hacia el puerto rumano de Constanta y ofrecieron su barco a cambio de asilo político en Rumanía[54][ex2].

El zar Nicolás II era consciente de que estaba en juego el destino de su régimen y no perdió el tiempo en conversaciones de paz. Afortunadamente para los rusos asediados, los japoneses también estaban exhaustos. El presidente Theodore Roosevelt, de Estados Unidos, una potencia emergente en el Pacífico, se ofreció a mediar e invitó a las partes beligerantes a Portsmouth, en Nuevo Hampshire. El zar fue a buscar a su retiro a Witte, el mayor estadista de Rusia, para que dirigiera las negociaciones. Witte salvó lo que pudo. Aunque Rusia hubo de evacuar Manchuria y conceder a Japón una esfera de influencia en Corea, los japoneses solo obtuvieron la mitad de la península de Liaodong (Kwantung, incluido Port Arthur). Tokio no percibió ninguna indemnización de guerra.

Tras firmar la paz, el zar y sus ministros pudieron centrarse en la situación interna. En julio de 1905, el Consejo de Ministros debatió un plan propuesto por A. G. Buligin, el nuevo ministro del Interior, para convocar una asamblea imperial consultiva o Duma, elegida por votación popular

(aunque el sistema era estrictamente censitario y solo votaba quien tuviera propiedades). En agosto, el zar decidió convocarla antes de enero de 1906. Sobre el papel, la asamblea tenía una autoridad considerable, «iniciativa legislativa» y la posibilidad de «elaborar leyes de forma independiente», además de competencias presupuestarias. A finales de agosto, el ministro del Interior anunció que se permitiría a los estudiantes universitarios participar en asambleas públicas. También se prohibió el acceso de los agentes de policía al recinto universitario[55].

Sin embargo, agosto de 1905 no fue un buen momento para que el régimen zarista hiciera estas concesiones. Tras el *domingo sangriento*, la humillación militar en Mukden y la debacle naval de Tsushima, la iniciativa olía a desesperación y a falta de sinceridad. Los liberales criticaban un sistema electoral que, en su opinión, no permitiría votar en muchas ciudades a más del 1 por ciento de los varones adultos. Otros señalaban que en los estatutos se defendía explícitamente «la inviolabilidad del poder autocrático». El hecho de que algunos adversarios moderados, entre ellos el historiador Pável Miliukov, fundador del Partido Democrático Constitucional (kadetes [KD]), fueran arrestados en agosto tras haber formulado leves críticas al plan de la Duma de Buligin no contribuyó precisamente a mejorar la credibilidad del régimen. Los socialdemócratas, tanto bolcheviques como mencheviques, querían boicotear las elecciones a una asamblea «burguesa» en la que la mayoría de los trabajadores no podría elegir[56].

Lejos de calmar a la opinión pública, los intentos reformistas del zar, que llegaban demasiado tarde, incitaron a la acción a sus adversarios más radicales. Los bolcheviques crearon una «organización militar» e imprimieron mucha propaganda radical, incluida una hoja informativa denomi-

nada *Soldátskaia zhizn* [Vida de un soldado], que repartieron entre marineros y soldados. El 17/30 de septiembre de 1905 los trabajadores de las imprentas de Moscú salieron a la calle. La represión policial atrajo las simpatías de otros manifestantes (sobre todo de los estudiantes) y originó una oleada general de protestas. La huelga se difundió rápidamente más allá de Moscú, pues las imprentas de San Petersburgo se unieron, solidarias, a las moscovitas. El 6/19 de octubre, los trabajadores del sindicato ferroviario se sumaron a la huelga y fueron secundados por todos sus correligionarios a lo largo y ancho del país; paralizaron todos los ferrocarriles de Rusia, incluido el Transiberiano. A finales de mes, todo el país parecía estar en huelga, incluidos los trabajadores de telégrafos y teléfonos, que bloquearon la red de comunicaciones. Aunque ningún partido concreto organizó estos paros de octubre, han pasado a la historia en jerga política europea como la «huelga general» de 1905, un modelo de revolución para los partidos miembros de la II Internacional (1889-1914), que empezó con un debate sobre la forma de coordinar una huelga general internacional que evitara que las grandes potencias fueran a la guerra[57].

Curiosamente, la mayoría de los políticos revolucionarios rusos ni siquiera estaban en Rusia cuando estalló la revolución en 1905. Miliukov, que acabaría siendo una de las voces cantantes del liberalismo ruso, no volvió hasta abril tras haber pasado fuera la mayor parte de la década anterior. Víktor Chernov, editor del principal órgano de difusión del Partido Social-Revolucionario (PSR), el periódico *La Rusia revolucionaria*, no volvió hasta otoño. Yuli Mártov, fundador del Bund, líder de los mencheviques tras la escisión de 1903, regresó en noviembre, al igual que Lenin, el adalid de los bolcheviques, que pasó en Londres la mayor parte del año: demasiado tarde para que cualquiera de los dos pudiera ejer-

cer una influencia real sobre los acontecimientos. Gueorgui Plejánov, el fundador en el exilio del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, ni siquiera se molestó en volver a Rusia en 1905, culminando así su propio eclipse político.

La falta de liderazgo de los veteranos permitió hacer historia a los socialistas rusos más jóvenes. En ausencia de Chernov, pudo labrarse un nombre Alexandr Kérenski, un joven abogado del socialismo revolucionario que defendió a aquellos revolucionarios que se encontraban atrapados en los tribunales de justicia. Un menchevique de 26 años, Lev Trotski, fundó el Sóviet [agrupación] de los Diputados de Obreros, un autodenominado cuerpo de revolucionarios que se reunió en el Instituto Tecnológico de San Petersburgo el 13/26 de octubre. Alexandr Izráil Helphand (Parvus) era otro socialista poco conocido que apareció en escena en 1905 y que asumió la presidencia del sóviet de Petersburgo tras el arresto de Trotski. Kérenski, Trotski y Parvus se hicieron famosos y ganaron influencia en el movimiento revolucionario ruso arriesgando el pellejo, mientras que marxistas más veteranos y líderes del socialismo revolucionario permanecían al margen de la lucha. Lo mismo ocurrió en el caso de Stalin, el único líder socialdemócrata que se enfrentó al caos de principio a fin en 1905, lo que le permitió labrarse esa autenticidad de quienes se juegan el cuello con la que ni Trotski ni Parvus podían competir. Otro joven activista del partido bolchevique, Lev Rosenfeld (Kámenev), tampoco se jugó la vida, pero sí ayudó a Stalin a escapar de la policía en Georgia y a llegar a San Petersburgo a tiempo para asistir al sóviet. Por lo demás destacó poco, a menos que tengamos en cuenta el matrimonio de su hermana Olga con Trotski, que proporcionó a Kámenev un vínculo de parentesco inusual entre los mencheviques[58].

Octubre de 1905 fue el momento crítico para la revolución y el régimen. El 9/22 de octubre, Witte entregó a su soberano un memorándum «tremendamente franco», encargado por los consejeros del zar que habían solicitado su intervención. En él indicaba a Nicolás II que, si no actuaba con celeridad, «el *bunt* ruso barrerá con todo, sin pensar y sin piedad, y todo se convertirá en polvo». Los intentos de «poner en práctica los ideales del socialismo teórico», proseguía, «fallarán, pero no por ello dejarán de realizarse», y este programa «destruirá la familia, las manifestaciones de fe religiosa y los fundamentos de la ley». Para evitar la catástrofe Witte recomendaba a Nicolás II que nombrara a un dictador militar para aplastar la revolución o que aceptara el constitucionalismo, mediante la convocatoria de una Duma realmente representativa que distanciara a los liberales rusos de los socialistas revolucionarios. Witte le alertaba sobre el hecho de que para el régimen sería fatal que las cosas se hicieran a medias[59].

Era un dilema angustioso para un hombre lleno de supersticiones que, aun sabiendo que era su deber sagrado, nunca se había sentido preparado para gobernar. Acabar con la revolución por la fuerza permitiría al zar no tener que violar el juramento pronunciado al aceptar su cargo, pero, probablemente, provocaría otra explosión popular, «y eso», escribió a su madre, «significaría [provocar] ríos de sangre». De manera que el zar autorizó a Witte a redactar un borrador de reforma liberal. «El único consuelo que me queda», escribió el zar a su madre, «es que parece ser la voluntad de Dios y que esta grave decisión sacará a Rusia del insufrible caos en el que lleva sumida desde hace casi un año»[60].

El «manifiesto de Octubre» resultante, proclamado en nombre de Nicolás II el 17/30 de octubre de 1905, limitaba la

autocracia sin establecer una auténtica «constitución» (esta palabra no aparece ni una sola vez en el documento). El zar garantizaba a los rusos «las libertades civiles fundamentales», incluidas «la inviolabilidad personal, la libertad de conciencia, de expresión, de reunión y de asociación». «Las clases de la población que en el momento presente están privadas de la capacidad de votar» deberían elegir en breve un Parlamento que ostentaría poderes legislativos («ninguna ley entrará en vigor sin la aprobación de la Duma estatal»). El zar concluía expresando su «gran y profundo pesar» por los recientes «brotes de desorden y de violencia». Hacía un llamamiento «a todos los auténticos hijos de Rusia para que se acuerden de la patria, ayuden a poner fin a estos disturbios sin precedentes y dediquen todas sus fuerzas a restaurar la paz en su tierra natal»[61].

Esta era la zanahoria de Witte, ahora venía el palo. Para convencer a su piadoso soberano de la necesidad de proclamar el manifiesto y de tragarse su orgullo, Witte había asegurado al zar que tenía un plan de contención de la violencia revolucionaria. En noviembre de 1905 fue nombrado presidente del Consejo de Ministros y tuvo la oportunidad de poner en práctica su plan. Culpó al ejército por su «falta de decisión» y propuso poner a todo el país en estado de sitio. Las tropas no debían sentarse a esperar a que los disturbios escaparan a su control, sino que estaban obligadas a abrir fuego en cuanto percibieran cualquier amenaza de violencia; tampoco tenían que ceder. El zar en persona señaló en un informe sobre un encontronazo en el puerto ucraniano estratégico de Nikoláiev [Mykolaiv] (sede de unos importantes astilleros de la marina imperial): «Las tropas han de responder al fuego con fuego y han de acabar hasta con el menor signo de resistencia armada». El ministro de la Guerra ruso envió la orden a todas las unidades

con el beneplácito de Witte y de Nicolás II e hizo hincapié en que «dispararemos sin piedad sobre cualquier multitud que utilice armas»[62].

La revolución alcanzó su clímax. Como si siguieran el guion de Witte, Trotski y Parvus respondieron al manifiesto con un llamamiento a la huelga general para exigir la jornada laboral de ocho horas. Los industriales de San Petersburgo, que sabían que contaban con el apoyo de Witte, despidieron a más de 100 000 trabajadores. A principios de diciembre de 1905, el Ministerio del Interior, liderado por Piotr N. Durnovó, un déspota sin remordimientos, al estilo de Witte, empezó con el arresto de los miembros del comité ejecutivo del sóviet. Trotski y Parvus reaccionaron con la publicación de su propio manifiesto, en el que pedían a los rusos que dejaran de pagar impuestos y que retiraran sus ahorros de los bancos estatales para que se tambaleara la confianza en el rublo. Al día siguiente, Witte y Durnovó ordenaron el arresto de más de 260 miembros del sóviet, incluidos Trotski y Parvus. Curiosamente, mientras aplastaban al sóviet de Petersburgo, Lenin y 40 líderes bolcheviques, entre ellos Stalin, celebraban una reunión secreta en Finlandia, algo que no mejoró precisamente su reputación (aunque Stalin, al menos, había demostrado ser auténtico).

El foco de la revolución se trasladó a Moscú, donde el 6/19 de diciembre de 1905 el sóviet de la ciudad hizo un llamamiento a los trabajadores para que procedieran a la insurrección armada con el objeto de fundar una república. El ejército regular intervino con el apoyo de Witte y del zar, dirigido por el regimiento de guardia Semenovski, que aplastó el distrito industrial rebelde de Presnia. Pacificado este, acabaron brutalmente con el sóviet de Moscú y unos 1000 revolucionarios y huelguistas perdieron la vida[63].

A continuación le tocó el turno a Tiflis, arrasada por la violencia revolucionaria desde principios de año. El general Fiódor Griazánov, comandante del ejército del Cáucaso, prohibió las reuniones políticas y autorizó a sus hombres a disparar a los revolucionarios nada más verlos. El 5/18 de enero de 1906, envió a los cosacos a los distritos de los trabajadores rebeldes. No perdieron su oportunidad: mataron a unos 60 rebeldes, hirieron a otros 250 y arrestaron a 280, pero por fin acabaron con la oleada revolucionaria. Stalin, fiel a su costumbre, había vuelto rápidamente de Finlandia para participar en la acción. Logró organizar el asesinato del general Griazánov el 3/16 de febrero de 1906, pero no llegó a tiempo para poder incidir en los resultados sobre el terreno[64].

Alentado por sus éxitos, Witte convocó una conferencia especial para coordinar una estrategia a escala nacional con el ministro del Interior Durnovó y los líderes del ejército. Con el apoyo de Witte, Durnovó propuso un plan de redistribución radical que implicaba solicitar que los distritos fronterizos enviaran tropas para pacificar el interior del país: solo el distrito de Varsovia (Polonia) cedería 179 de sus 194 batallones. Aunque los generales se mostraron «horrorizados» ante la idea de retirar las defensas que los protegían de las potencias centrales, Witte insistió en la necesidad de esta redistribución y prometió que Alemania y Austria-Hungría no se aprovecharían de su ventaja. El 12/25 de marzo de 1906 el zar Nicolás II se valió del plan Witte-Durnovó para llenar el país de tropas regulares. Con el fin de costear este casi permanente estado de sitio, Witte negoció un préstamo en el extranjero por valor de 844 millones de rublos, lo que reforzó la situación financiera del régimen. Aunque el cuerpo de oficiales protestó, el ejército hizo lo que se le ordenó y, en los meses y años siguientes, fue capaz

de reducir los peores excesos revolucionarios (aunque no de acabar con ellos). Tras realizar esta hercúlea tarea, Witte dimitió en abril de 1906 porque creía haber perdido la confianza del zar[65].

Al devolver al país un mínimo de ley y orden, Witte había comprado para el régimen algo de tiempo para que este decidiera el nuevo orden semiconstitucional de Rusia, aunque no pudiera hacerlo en persona. En las leyes fundamentales, promulgadas el 26 de abril/9 de mayo de 1906, se reafirmaba el «supremo poder autocrático» del soberano (a quien competía en exclusiva nombrar a todos los ministros) y se recortaban las prerrogativas de la Duma estatal (o cámara baja del Parlamento ruso), elegida en abril de 1906, mediante la concesión del poder de veto sobre las leyes que aprobara tanto a una cámara alta designada (no elegida), denominada Consejo de Estado, como al zar mismo. Se permitía la existencia de asociaciones colectivas, sin excluir a los sindicatos de trabajadores, aunque solo tras la correspondiente notificación al gobierno, que contaba con dos semanas para denegar la solicitud. Los diputados de la Duma tenían derecho a plantear preguntas a los ministros del zar sobre sus políticas, pero no los nombraban. Lo que más decepcionó a los liberales fue el derecho que se concedía al zar de disolver la Duma si así este lo deseaba. Por último, el artículo 87 permitía al zar gobernar por medio de «decretos de emergencia» cuando la Duma no se encontrara reunida. «El zar de todas las Rusias» ya no ostentaba sus poderes autocráticos, pero tampoco se trataba de una monarquía constitucional[66].

La revolución de 1905, acaecida justo después de una derrota militar, había sacudido al Imperio ruso hasta los cimientos. El zar fue muy afortunado al contar en Rusia con un hombre de Estado lo suficientemente valiente como para

emprender el curso correcto. Esperaba que otro hombre de Estado de calibre similar llenara el hueco dejado por este segundo y abrupto retiro de Witte.

3

EL GIGANTE FRÁGIL. LA RUSIA ZARISTA ANTE EL ABISMO DE LA GUERRA

Tras el calvario de 1905, el régimen zarista disfrutó de un resurgir de su prestigio interno tan sorprendente para partidarios y adversarios como había sido su roce con la muerte durante la guerra rusojaponesa. Sin embargo, la recuperación no fue súbita. La amenaza política estaba bajo control, pero el terrorismo era otro asunto. Cuando mencheviques y bolcheviques desaparecieron del panorama político tras el fin de los sóviets de San Petersburgo y Moscú, los socialistas revolucionarios, herederos de la tradición *naródnik*, lanzaron una campaña de asesinatos que acabó en 1906 con 827 asaltos armados a los funcionarios del Ministerio del Interior ruso. Murieron 288 policías y gendarmes y 383 resultaron heridos. En 1907, un total de 4500 oficiales zaristas habían perdido la vida desde el inicio de la guerra rusojaponesa en 1904, a lo que había que sumar un número similar de civiles, terroristas y transeúntes. En vista de estas terribles cifras se puede disculpar a Witte que dejara la escena antes de que él también fuera víctima del estallido de una bomba[67].

Afortunadamente para Nicolás II, el torbellino revolucionario había atrapado a un hombre de Estado aún más duro que Witte: Piotr Stolipin (1862-1911), vástago de la nobleza rural rusa de las provincias de Penza y Sarátov, cuya familia había estado al servicio del régimen ruso desde antes de que los Románov ocuparan el trono en 1613. Y lo que era aún más importante en las circunstancias del momento: Stolipin había desempeñado con aplomo el cargo de gobernador de Sarátov, un bastión revolucionario socialista, donde había estado en tumultos en varias ocasiones y había sobrevivido a varios atentados. Como Witte, Stolipin había aceptado el reto de los revolucionarios y había demostrado gran valor.

Políticamente era imaginativo. En el desempeño de puestos anteriores, en Kovno [Kaunas] y Grodno [Hrodna], el territorio más occidental del Imperio, es decir, la zona polacolituana, Stolipin había aprendido a apreciar el potencial de la propiedad privada de la tierra al estilo europeo (inexistente en grandes zonas del sur y del centro de Rusia, donde prevalecían las comunas) para transformar a los campesinos en ciudadanos respetuosos con la ley en vez de en potenciales reclutas de los agitadores revolucionarios. En Kovno, Stolipin ya había fusionado con éxito las líneas de demarcación comunales dentro de las tierras colindantes propiedad de los campesinos. Fue ascendido a ministro del Interior en abril de 1906 y, después, en julio de ese mismo año, siendo aún ministro del Interior, a presidente del Consejo de Ministros, lo que le dio la oportunidad de aplicar sus ideas en toda Rusia[68].

Según Stolipin, la ley y el orden eran lo primero y tan esenciales como la reforma agraria, sobre todo cuando a duras penas pudo sobrevivir, el 12/25 de agosto de 1906, a una bomba terrorista que estalló durante una recepción pública y mató a 30 personas e hirió a otras 32, entre las que se en-

contraban sus propios hijos. Stolipin invocó el artículo 87 de las leyes fundamentales para adoptar medidas de seguridad sin tener que recurrir a la Duma, ampliar la ley marcial y autorizar a los comandantes militares, reunidos *ad hoc*, a juzgar a los terroristas en tribunales militares sin apelación posible. Los «tribunales de campaña» de Stolipin funcionaron hasta abril de 1907 y ejecutaron unas 1000 sentencias de muerte por ahorcamiento[69].

Liberales y socialistas condenaron los implacables métodos de Stolipin y llamaban al nudo corredizo del verdugo «la corbata de Stolipin»; pero funcionó. Poco a poco, de forma irregular, la violencia revolucionaria empezó a decrecer. La moral era muy baja entre las filas de los marxistas y socialistas revolucionarios, cuando los grandes hombres de 1905, como Parvus-Helphand y Trotski (junto con Lenin, que no había causado gran sensación), se fueron al exilio en el extranjero, justo cuando la burocracia zarista recuperaba su moral. El método del palo y la zanahoria de Stolipin desarmó incluso a muchos intelectuales críticos con el régimen. Como bien señalara Piotr B. Struve, uno de los líderes liberales más destacados de Rusia: «Gracias a Dios tenemos al zar que nos ha salvado del pueblo». Nicolás II estaba muy agradecido a Stolipin y escribió en privado a su madre: «No tengo palabras para decirte lo mucho que me agrada y cuánto respeto a este hombre». Una famosa réplica de Stolipin a los diputados socialistas del 10/23 de mayo de 1907 describe muy bien esta nueva era pragmática: «Vosotros queréis una gran agitación, ¡nosotros queremos una Rusia grande!»[70].

Stolipin acompañó sus palabras con la acción. En la primavera de 1907, logró que la II Duma aprobara leyes que protegían a los ciudadanos de arrestos arbitrarios, puso en práctica un avanzado sistema tributario y amplió los segu-

ros de los funcionarios. Luego restringió aún más el censo electoral con el fin de asegurarse de que la III Duma, elegida en otoño de 1907, después de que Stolipin disolviera la II Duma en junio, fuera más dócil. Para mayor seguridad, Stolipin introdujo en la Duma a cierto número de influyentes periodistas y de diputados conservadores pagados por el Imperio. Funcionó razonablemente bien, aunque Stolipin no siempre se saliera con la suya. Uno de sus planes con mayor visión de futuro, consistente en eliminar la zona de asentamiento y en conceder la igualdad en el ámbito civil a los judíos y a otras minorías del Imperio, topó con la oposición del propio zar Nicolás II[71].

Las iniciativas más importantes de Stolipin eran las referidas a la reforma agraria. Una nueva ley liberó a los campesinos rusos de sus obligaciones con las comunas locales, lo que permitió a los más emprendedores convertir sus tierras comunales en propiedad privada con la ayuda del Banco Campesino de Tierras, que les concedía créditos en condiciones relativamente favorables. No todo el mundo estaba dispuesto a establecerse por su cuenta, pero en diez años probaron suerte 2,5 millones de campesinos, una quinta parte de la población rural de la Rusia europea. Se eliminaron las últimas barreras a la libertad de movimientos interna de los campesinos y se ofrecieron incentivos a cualquiera que quisiera cultivar tierras del Estado en Siberia y en Asia central. Unos tres millones de campesinos aceptaron la invitación de Stolipin; estos, en su mayor parte, se dirigieron hacia el este en las grandes oleadas migratorias de 1908 y 1909. La reforma agraria de Stolipin creó millones de nuevos propietarios de tierras, aumentó las áreas de cultivo y logró incrementar la productividad. En 1911, Rusia contaba con 13,5 millones de toneladas de trigo para exportar y la cifra fue aún mayor en 1913, cuando se exportaron por mar

20 millones de toneladas. A su vez, las exportaciones de trigo cubrían las inversiones y la maquinaria que precisaban las boyantes fábricas rusas.

Stolipin también fomentó el capitalismo de Estado, que produjo un *boom* económico aún mayor que el de Witte. El impulso provino de nuevo de la construcción del ferrocarril. Una complaciente III Duma concedió 238 millones de rublos en abril de 1908 para terminar el último tramo del Transiberiano. Había que atravesar la región de Transbaikalia [Dauria], donde los ingenieros debían superar difíciles obstáculos, como el lago Baikal, el mayor de agua dulce del mundo, o el río Amur, sobre el que había que construir un puente en Jabárovsk de 2590 metros, el más largo de Rusia. Stolipin explicó a los escépticos diputados de la Duma que el tren se autofinanciaría en cuanto se embarcaran las riquezas de Siberia (oro, madera, pieles y pescado) con destino a los mercados europeos. Se denominó a este último tramo Ferrocarril del Amur y su construcción dio trabajo a 54 000 trabajadores especializados, todos ellos súbditos rusos, pues Stolipin prohibió el empleo de mano de obra extranjera. En 1910 la economía rusa crecía a un ritmo de casi un 10 por ciento anual. La Rusia de principios del siglo XX era el milagro económico de aquella época, como China en el siglo XXI: un coloso en ciernes[72].

¿Podía durar esta situación? Rusia tenía un gran potencial económico y Stolipin creía que, cuanto más se aprovechara, más contribuiría a resolver las tensiones sociales. Los campesinos convertidos en propietarios tendrían algo que perder y podrían convertirse en un baluarte de la ley y el orden en las zonas rurales. En las ciudades la desigualdad podría aumentar a medida que los industriales prosperaran, pero los trabajadores también verían subir sus salarios y sus condiciones de vida irían mejorando gradual y perceptible-

mente. Stolipin se atuvo a la tradición ortodoxa, en la que Estado e Iglesia siempre habían permanecido mucho más unidos que en el Occidente católico o protestante, e invirtió fondos del Estado en la construcción de iglesias. En los años en que estuvo al frente del gobierno (1906-1911), se construyeron unas 5500 nuevas iglesias y se ordenaron unos 100 000 nuevos sacerdotes. Así, la Rusia de Stolipin fusionaba el paternalismo del zar con el de la Iglesia e impulsaba el trono y el altar como frenos conservadores de los industriales liberales «sin corazón», que solo buscan beneficios y no hacen nada por mejorar la suerte del hombre corriente[73].

El programa de Stolipin dependía del mantenimiento de la paz en el exterior. Stolipin estaba de acuerdo con el zar y con otros miembros del Consejo de Ministros, que creían que era necesario evitar problemas en el extranjero para no volver a pasar por un año como el de 1905. En febrero de 1908 aumentaron las tensiones entre los musulmanes y los cristianos de la Macedonia otomana y el ministro de Asuntos Exteriores ruso, Alexandr P. Izvolski, propuso la idea de intervenir en Turquía de nuevo (como en 1877), si los Balcanes se desbordaban. Stolipin respondió «rotundamente» que, debido a las repercusiones sociales de la revolución de 1905, «la movilización rusa es impensable en estos momentos, bajo cualquier circunstancia»[74].

La crisis diplomática de 1908 fue la prueba de fuego para la política de paz de Stolipin. Tras la revolución de los Jóvenes Turcos de julio, que casi derroca al sultán Abdul Hamid II, los vecinos de Turquía intentaron sacar tajada de la situación. En septiembre, el ministro de Asuntos Exteriores de Austria-Hungría, el barón Alois Lexa von Aehrenthal, ofreció a Izvolski un aparente *quid pro quo*. Si Rusia aceptaba que Austria se anexionara Bosnia-Herzegovina, una zona con mucha población serbia, Aehrenthal «se ofrecía» a revi-

sar el tratado de Berlín para permitir a Rusia que pasara sus buques de guerra por los estrechos otomanos libremente; un regalo diplomático que no estaba en su mano otorgar. En octubre de 1908, se anunció la anexión y Aehrenthal proclamó que Izvolski le había dado la bendición de Rusia.

A Izvolski le pilló desprevenido y tanto la sociedad rusa como la prensa mostraron su desagrado, ya que lo que estaba de moda era el paneslavismo que Rusia decía defender para unificar a los pueblos eslavos (polacos, checos, rutenos [o ucranianos Habsburgo], búlgaros y, sobre todo, serbios). El semanario liberal de mayor circulación en San Petersburgo, *Rússkoie Slovo*, publicó que Izvolski había «enterrado el prestigio de Rusia en los Balcanes». Un corresponsal veterano de *Nóvoie Vremia*, un periódico parecido a *The New York Times*, dijo a un diplomático ruso: «Ahora nuestro propósito es destruir a Izvolski». Stolipin estaba casi tan indignado como los paneslavistas, aunque por razones diferentes: le preocupaba que la incompetencia de Izvolski sumiera a Rusia en un conflicto antes de estar preparada. Los que reprobaban a Izvolski querían sangre y Stolipin impuso directamente la censura al prohibir las conferencias públicas de los paneslavistas. Sin embargo, tampoco quería que Izvolski dimitiera, pues eso demostraría a Europa que «Rusia caminaba por la senda de la guerra»[75].

Nicolás II y sus ministros más beligerantes se dejaron convencer a regañadientes. Después de que el embajador alemán, Friedrich Pourtalés, hiciera una severa advertencia al afirmar que Berlín respaldaba a Viena, el 9/22 de marzo de 1909 el zar siguió el consejo de Stolipin y aceptó la anexión. De modo que la crisis bosnia se resolvió poco antes de llegar a la guerra, aunque a los rusos (y a los serbios) les escociera la humillación sufrida. El zar Nicolás II escribió a su

madre: «Los alemanes [...] nos han tratado con rudeza y no lo olvidaremos»[76].

La paz estaba garantizada por el momento. Stolipin nombró sucesor del desprestigiado Izvolski como ministro de Asuntos Exteriores a su cuñado, Serguéi Sazónov, un partidario del régimen de modales suaves e inclinaciones vagamente liberales en quien confiaba. Según los diplomáticos austriacos, en una cumbre para promover la reconciliación entre el káiser Guillermo II y el zar Nicolás II, celebrada en junio de 1909, Stolipin hizo todo lo que pudo para encandilar al káiser alemán. Por muy herido que estuviera en su orgullo por la humillación sufrida por Rusia en los Balcanes, Stolipin se mantenía en sus trece: la guerra no era una opción en el futuro inmediato. Defraudado por la demagogia de la prensa liberal, convocó a un periodista provincial del *Volga*, en octubre de 1909, para dar su versión de los hechos. Aunque a la buena sociedad de San Petersburgo le preocuparan los fracasos en política exterior, Stolipin percibía una oleada de energía positiva que recorría el país. Hizo hincapié en el aumento de la productividad agraria e industrial y concluyó con una nota de optimismo: «Dé a este Estado veinte años de paz y no será capaz de reconocer a la Rusia actual»[77].

A corto plazo, Stolipin cumplió su deseo. Haciendo gala de un espíritu de acercamiento, mandó a Sazónov a Berlín en octubre de 1910 para proponer un acuerdo. Rusia no se opondría a la construcción de la línea ferroviaria Berlín-Bagdad, uno de los proyectos imperiales favoritos del káiser, y, a cambio, requería el compromiso alemán de no transigir con los «agresivos despliegues» de Austria-Hungría en los Balcanes. Para Sazónov resultó una agradable sorpresa que Theobald von Bethmann Hollweg, el canciller alemán, estuviera de acuerdo. Aunque no fuera vinculante, en el acuerdo

rusoalemán, firmado en agosto de 1911, se estipulaba que Rusia no declararía la guerra a Alemania, a menos que se vieran amenazados sus propios intereses vitales, no los de Francia, su aliada, ni mucho menos los de Gran Bretaña (la cual había firmado un acuerdo con Rusia sobre cuestiones coloniales en 1907 que distaba mucho de constituir una alianza militar vinculante)[78].

Los veinte años de paz de Stolipin empezaron con dos años buenos, pero el idilio se vio interrumpido súbitamente por una terrible secuencia de acontecimientos en septiembre de 1911. A finales de agosto, Stolipin fue a Kiev para asistir a una ceremonia en honor de Alejandro II. Tendría que haber sido un momento de triunfo para el reformador que tanto había hecho para dar continuidad a la obra iniciada por el «zar libertador». Sin embargo, la corte se había vuelto en contra de Stolipin. En Kiev, el zar y la zarina lo ignoraron, un desplante que pronto lamentarían. El 1/14 de septiembre, cuando asistía a una representación de *El zar Saltón*, de Rimski-Kórsakov, un joven revolucionario (e informador a sueldo de la Ojrana, aunque, en este caso, parece que iba por libre) llamado Dmitri G. Bogrov disparó a Stolipin desde muy cerca. Cuatro días después Stolipin moría a causa de las heridas provocadas[79].

Este asesinato tuvo consecuencias devastadoras para la política rusa. Witte era el único de la talla de Stolipin y seguía en malos términos con el zar. El sucesor de Stolipin, Vladímir Kokovtsov, ministro de Economía desde 1904, era un burócrata cicatero, no un hombre de acción. Bajito, tranquilo y deferente, Kokovtsov era un hombre de menos talla que sus predecesores tanto de forma literal como en sentido figurado. (Cabría decir lo mismo de Nicolás II, quien, con su 1,70 de estatura, parecía un enano al lado de su padre, Alejandro III, que medía 1,90 y era un hombre de espaldas an-

chas y de fuerza legendaria que solía distraer a sus hijos doblando bandejas de plata con sus manos). Sazónov era más imaginativo y simpatizaba más con las ideas liberales, pero su aspecto tampoco imponía mucho (calvo, de frente ancha) y era un hombre de modales suaves. El hecho de que la mayoría de los embajadores de Petersburgo consideraran que el hombre de Estado al mando en Rusia era Alexandr Krivoshein, el ministro de Agricultura que supervisaba la puesta en práctica de la reforma agraria de Stolipin, demuestra la poca talla que estos dos hombres daban.

La incompetencia de los ministros del zar no hubiera importado tanto de haber transcurrido los «veinte años de paz» de Stolipin. En 1911, la reforma agraria funcionaba sola y bien supervisada por Krivoshein. Lo cierto es que el *boom* de Stolipin sobrevivió a su muerte, pues la economía rusa siguió marchando bien en 1912 e incluso después. Sazónov no tenía experiencia, pero podría haber aprendido el oficio. Antes de morir, Stolipin había puesto por escrito, a modo de legado, las líneas maestras de su política exterior de forma clara hasta para un niño: «Sería fatal para Rusia y para la dinastía que en los próximos años Rusia se embarcara en una guerra, sobre todo por razones que el pueblo no entenderá»[80].

Fue una desgracia que, días después de la muerte de Stolipin, Rusia se viera implicada en otra disputa diplomática. El 16/29 de septiembre de 1911, Italia declaró la guerra al Imperio otomano e invadió Libia. Con la flota turca muy desbordada e incapaz de defender con éxito el este del Mediterráneo, en abril de 1912 los comandantes de la flota otomana hicieron lo único que podían para defender Constantinopla: colocar minas y tensar cadenas de acero de un lado a otro del estrecho de los Dardanelos. El cierre de los estrechos turcos por los que pasaba más de la mitad de las cre-

cientes exportaciones de Rusia con destino a los mercados internacionales fue un duro golpe. En 1912 las exportaciones rusas disminuyeron en un tercio y los ingresos cayeron, lo que mermó el superávit de la balanza de pagos rusa. La industria pesada de Ucrania, cuyas fábricas dependían de importaciones que pasaban por los estrechos, quedó prácticamente parada. El momento fue especialmente desafortunado, pues, en abril de 1912, tuvieron lugar los mayores disturbios laborales en Rusia desde 1905-1906. Una huelga en las minas de oro del Lena, al noreste de Siberia, terminó de forma horrenda cuando el ejército disparó a la multitud y mató a 270 hombres e hirió a 250[81].

Krivoshein, preocupado por el competitivo precio de los productores de trigo alemanes, se dio cuenta de repente de que la exportación de trigo, crucial para Rusia, se encontraba en manos de la Sublime Porte [Sublime Puerta] (como los diplomáticos se referían al gobierno otomano) y, por ende, del principal valedor europeo de Turquía: Alemania. De manera que, aunque antes fuera un conservador en política exterior a la manera de Witte-Stolipin, Krivoshein se unió a las muchas élites rusas que estaban a favor del «imperialismo liberal» y al «partido de la guerra» francófilo y hostil a Alemania. En 1914 los diplomáticos franceses consideraban a Krivoshein el más combativo y fiable miembro antialemán del Consejo de Ministros[82].

Mientras, la crisis del este seguía su curso. Cuando la oportunista liga de los Balcanes, formada por Bulgaria, Grecia, Montenegro y Serbia, invadió el Imperio otomano en octubre de 1912, la Sublime Puerta solicitó la paz a Italia y abrió los estrechos. Sin embargo, para Rusia, fue como ir de mal en peor: el avance del ejército búlgaro por Tracia volvió a convertir el estrecho de los Dardanelos en una zona de guerra (aunque esta vez Turquía mantuvo abiertos los estre-

chos para evitar que Rusia se uniera a sus enemigos). Cuando Serbia conquistó gran parte de la Macedonia otomana y Albania, Austria-Hungría movilizó tres cuerpos del ejército a finales de noviembre, lo que estuvo a punto de provocar una guerra entre Viena y San Petersburgo. Sazónov cerró filas con el cauto Kokovtsov, antiguo ministro de Economía y, en ese momento, presidente, que se oponía tanto al partido favorable a la guerra como a Krivoshein, y convenció al zar Nicolás II para que no ordenara una movilización parcial. El ministro de Asuntos Exteriores fue criticado por defender esta línea moderada en banquetes públicos y en la sede de la IV Duma, elegida en octubre de 1912, en plena histeria paneslavista debida a la crisis de los Balcanes.

Las figuras más significativas de esta IV Duma procedían del centro-derecha o partido octubrista [Unión del 17 de Octubre] (el nombre expresaba el compromiso del partido con el «manifiesto de Octubre» de 1905 del zar). El fundador del partido, Alexandr Guchkov, procedía de una antigua familia de comerciantes que pertenecía a los viejos creyentes, un grupo que practicaba los ritos ortodoxos rusos anteriores a una reforma que había tenido lugar en 1666. Guchkov era una especie de gran patriota ruso que había luchado como voluntario en la guerra de los bóeres de 1899-1902 contra Gran Bretaña (por entonces considerada por la mayoría de los rusos como el eterno enemigo). Guchkov, fiel a su carácter, estuvo tocando tambores de guerra todo el invierno, esta vez contra Austria-Hungría. Otro de los líderes octubristas, Mijaíl Rodzianko, era un hombre tan grande como un oso, pesaba unos 127 kilos y físicamente recordaba a Witte, aunque tenía ideas políticas totalmente diferentes, más inclinadas hacia el paneslavismo chovinista. En abril de 1913, Rodzianko señaló al zar Nicolás II que había llegado el momento de que Rusia «se aprovechara del

entusiasmo general» y ocupara los estrechos otomanos. Rodzianko aconsejó a su soberano: «La guerra será aceptada con alegría e incrementará el prestigio del poder imperial, sobre todo en un momento tan significativo como el fin de semana de Pascua». Los octubristas querían que Sazánov fuera reemplazado por Nikolái Hartwig, el halcón paneslavista y embajador ruso en Belgrado, un hombre al que la mayoría de los diplomáticos europeos atribuían el mérito (si es que esa es la expresión correcta) de ser el arquitecto de la eslavófila liga de los Balcanes que había desatado la I guerra de los Balcanes contra Turquía. Como Nicolás II quiso preservar a un ministro de Asuntos Exteriores en cuya precaución confiaba, prohibió las protestas públicas y promulgó un decreto imperial en el que apoyaba la línea política de Sazónov en los Balcanes[83].

La paciencia de Sazónov regaló a Rusia otros dos años de paz, lo que sumaba cuatro buenos años desde la profecía de Stolipin; pero los ataques de la prensa habían herido el orgullo de Sazónov. Las cancillerías europeas apenas habían tenido tiempo para descansar tras las guerras de los Balcanes cuando, en noviembre de 1913, estalló una nueva crisis debido al nombramiento de un general alemán, Otto Liman von Sanders, como comandante del I cuerpo del ejército otomano, entre cuyas responsabilidades figuraba la defensa de los estrechos. Para Sazónov el nombramiento de Liman fue como una bofetada, pues consideraba que, tras haber cedido para calmar a Viena y Berlín, los alemanes respondían con la amenaza de uno de los intereses más vitales de Rusia. El momento del anuncio parecía un insulto deliberado, pues Sazónov había estado en Berlín en octubre y el canciller no había mencionado el nombramiento de Liman. Enardecido, resolvió protestar por la designación de Liman y comunicó al encargado británico que «pondría a prueba el valor de la

Triple Entente», como denominaba a la semialianza, aún difusa, entre Gran Bretaña, Francia y Rusia[84].

Aunque Gran Bretaña permanecía algo al margen tanto de Francia (con la que había firmado una *entente cordiale* sobre cuestiones coloniales en 1904) como de Rusia, los bloques militares del corazón de Europa (Alemania y Austria-Hungría, por un lado, y Francia y Rusia, por otro) se consolidaban. Francia amplió la duración del servicio militar de dos a tres años por medio de la ley de tres años de servicio militar, promulgada en agosto de 1913, lo que añadió 170 000 soldados a su ejército en tiempos de paz y elevó la cifra total a 827 000 hombres, casi los mismos de los que disponían los alemanes, que rondaban los 890 000. El *gran programa* de Rusia, finalizado en octubre de 1913, contemplaba un ejército en tiempos de paz de 2,2 millones de hombres, casi el triple de los que tenía Alemania. Aunque no se esperaba que fuera una realidad hasta 1917 o 1918, la muy publicitada reforma del ejército ruso empezó a preocupar a algunos estrategas alemanes, como Helmuth von Moltke el Joven, jefe del Estado Mayor, que empezó a hablar abiertamente de la idea de iniciar una *Präventivkrieg* (o guerra preventiva) antes de que Rusia se hiciera demasiado fuerte[85].

Sazónov también se estaba volviendo más agresivo. El 6 de enero de 1914 propuso al zar Nicolás II que las tres potencias de la entente desembarcaran tropas en el Imperio otomano en respuesta al nombramiento de Liman: los británicos, en Esmirna (Izmir); Francia, en Beirut; y los rusos, en el puerto de Trabzon [Trebisonda] en el mar Negro. En una reunión del Consejo de Ministros celebrada una semana después, Krivoshein respaldó la línea dura de Sazónov, al igual que el ministro de la Guerra (Vladímir A. Sujomlínov), el jefe del Estado Mayor (Yákov Zhilinski) y el ministro de la Marina (I.K. Grigórievich). El presidente Kokovtsov,

asombrado de que sus colegas le estuvieran haciendo la corte a la guerra en Europa, preguntó: «¿Acaso es deseable una guerra con Alemania? Y ¿puede Rusia permitirse esa apuesta?». Sujomlínov y Zhilinski replicaron que «Rusia estaba perfectamente preparada para un duelo con Alemania, por no hablar de uno con Austria». Sazónov afirmó que el embajador de Francia le había asegurado que esta iría «tan lejos como quiera Rusia». Sin embargo, no podía garantizar el apoyo británico, por lo que Kokovtsov convenció a todos de dar marcha atrás. Sazónov admitió una solución de compromiso para el ascenso de Liman: declararlo «excesivamente cualificado» para dirigir la defensa de los estrechos[86].

Se había conseguido mantener de nuevo la paz en el último instante; pero el partido favorable a la guerra se fortalecía en Rusia. Kokovtsov fue obligado a dimitir en febrero de 1914, tras haber estado sometido a terribles ataques por parte de Krivoshein y Sujomlínov. Aunque ambos hombres tenían otras razones para estar resentidos con el parco presidente (Sujomlínov creía que Kokovtsov menospreciaba al ejército y Krivoshein no entendía la fe de Kokovtsov en el monopolio estatal del vodka para obtener ingresos, pues, además, pensaba que así se fomentaría el alcoholismo entre los campesinos), no cabe duda de que la oposición de Kokovtsov a la guerra en las dos ocasiones anteriores también constituyó un factor determinante. El nuevo presidente, Iván Goremikin, era un conservador de cabo a rabo, pero, como tenía 74 años, Krivoshein esperaba ser capaz de controlarlo. El nombramiento de un nuevo ministro de Economía, Piotr Bark, revistió mayor importancia. Era un liberal, protegido de Krivoshein, que simpatizaba con el partido favorable a la guerra y no parecía que fuera a poner obstáculos a su financiación. Tras la caída de Kokovtsov, Sazónov convocó, el 8/21 de febrero de 1914, una reunión militar se-

creta en la cumbre, en la que los líderes rusos diseñaron una nueva política bastante agresiva contra Turquía, que comprendía la expansión del ferrocarril del Cáucaso más allá de las fronteras otomanas, la construcción de cuatro acorazados para el mar Negro y un plan operativo más ambicioso que incluía operaciones anfibias contra Constantinopla[87].

No todos compartían el carácter beligerante de Sazónov, Krivoshein y los jefes de servicio. El antiguo ministro del Interior, P. N. Durnovó, que había sido providencial para suprimir los disturbios revolucionarios de 1905-1906, se enteró de la existencia de estos planes de guerra encubiertos y envió un extenso memorándum al zar el 14/27 de febrero de 1914. En él le alertaba sobre los peligros que encerraba una deriva de la política exterior rusa hacia un paneslavismo agresivo en los Balcanes y Oriente Próximo y una alianza cada vez más estrecha con Francia y Gran Bretaña. Durnovó afirmaba que, con la dimisión de Kokovtsov, se había eliminado el último obstáculo para que el Consejo de Ministros votara en favor de la guerra.

Durnovó no veía un «conflicto de intereses vitales entre Rusia y Alemania» y condenaba las políticas que habían estado a punto de sumir a Rusia en la guerra en dos ocasiones en los últimos dos años. La autocrática Rusia se había alineado con la democrática Francia y la liberal Inglaterra contra una Alemania conservadora-autoritaria que hubiera debido ser su aliada natural. Durnovó creía que la guerra entre Rusia y Alemania destruiría el orden social en ambos países, aunque el daño sería mayor en Rusia debido al radicalismo de las masas campesinas y obreras, pues estas, en conjunto, profesaban, aunque fuera «inconscientemente, los principios del socialismo». En la guerra contra Alemania, advertía, los reveses en el campo de batalla y las inevitables «carencias de avituallamiento» debidas a la deficiente red

ferroviaria rusa «tendrán una importancia desmesurada» para la sociedad, que «culpará al gobierno». Los políticos liberales y los intelectuales, según su opinión, intentarían entonces aprovechar la debilidad del régimen para alzarse con el poder, pero pronto se darían cuenta de que «no gozan del favor popular». Los eslóganes revolucionarios se difundirían «a lo largo y ancho de la población» y Rusia se sumiría de nuevo «en la anarquía del siempre presente y problemático periodo de 1905-1906»[88].

Era una advertencia lanzada en el momento adecuado, pero no existen pruebas de que el memorándum tuviera ningún impacto sobre los legisladores. Durnovó ya no tenía poder y el único cargo público que ostentaba era un escaño en el Consejo de Estado de Rusia, la cámara alta que revisaba las leyes de la Duma. El memorándum de Durnovó se pasó al Consejo de Ministros, aunque no debieron de leer con mucha simpatía un documento que criticaba enérgicamente sus políticas. Durnovó se convirtió, como Witte, en la práctica en un marginado en la sociedad de San Petersburgo, porque sus ideas germanófilas en política exterior y sus planteamientos conservadores sobre el gobierno interior ya no estaban de moda en 1914[89].

La opinión pública rusa, al menos en lo que a las élites de la capital respecta, simpatizaba con el partido favorable a la guerra. Cuando el 15/28 de junio de 1914 un joven terrorista llamado Gavrilo Princip, con oscuros, pero firmes, vínculos con Serbia, asesinó en Sarajevo al archiduque Francisco Fernando, heredero de los Habsburgo al trono de Austria-Hungría, no parecía muy probable que los austriacos suscitaran simpatía en San Petersburgo.

La guerra y la paz en Europa dependían en gran medida, aunque no exclusivamente, del ministro de Asuntos Exteriores ruso. Sazónov creía haber soportado el acoso austroa-

lemán durante la I guerra de los Balcanes de 1912-1913 (cuando Austria-Hungría se movilizó contra Serbia) y la crisis sobre Liman del invierno de 1913-1914 (cuando le habían obligado a dar marcha atrás) y no estaba dispuesto a volver a permitir a los enemigos de Rusia que hicieran lo que quisieran. Una hora después de recibir la noticia del ultimátum de 48 horas de Viena a Serbia, a las diez de la mañana del 24 de julio de 1914, Sazónov ordenó al nuevo jefe del Estado Mayor, Nikolái N. Yanushkévich, que hiciera «todos los preparativos necesarios para poner al ejército en pie de guerra». El *chef de cabinet* de Sazónov, el barón Maurice Schilling, dio instrucciones a Bark, ministro de Economía, para que repatriara todos los fondos rusos del tesoro depositados en Berlín (100 millones de rublos). Esa tarde el Consejo de Ministros se reunió en Tsárskoie Seló, el palacio de verano situado a 24 kilómetros al sur de San Petersburgo donde el zar pasaba la mayor parte del año. Sazónov optó por la línea dura y afirmó: «Si en esta coyuntura crítica abandonamos a los serbios a su suerte, el prestigio de Rusia en los Balcanes se hundirá para siempre». A continuación habló Krivoshein, que resumió el consenso de las élites rusas: «La opinión pública y parlamentaria no entenderá por qué, en este momento en el que están en juego intereses vitales de Rusia, el gobierno imperial se resiste a actuar con valentía». Ni una sola voz se alzó en contra de la guerra y el zar Nicolás II no tuvo más opción que proclamar mediante una ley las medidas recomendadas por Sazónov y Krivoshein, entre ellas la apertura de un «periodo preparatorio para la guerra» en Rusia y la dura advertencia a Viena de que el destino de Serbia «no puede dejar a Rusia indiferente»[90].

¿Acaso alguno de los hombres que aconsejaban al zar Nicolás II estaba dispuesto a defender la vieja política de paz de Stolipin? Curiosamente, el zar sí contaba con un asesor

contrario a la guerra, aunque no ostentara ningún rango ni ningún título oficial. Me refiero a Grigori Rasputín, el sanador religioso siberiano que se había ganado la confianza del zar y de la zarina gracias a su misteriosa habilidad para aliviar el dolor de Alejo, el hemofílico heredero al trono. Lo logró por primera vez en el palacio Alexandr, en abril de 1907, y desde entonces le llamaban cada vez que el desafortunado niño se hacía daño. La última hemorragia, en Spala, en octubre de 1912, había sido tan grave que el gobierno hubo de revelar que el heredero estaba gravemente enfermo (aunque la naturaleza concreta de la enfermedad de Alejo siguió siendo un secreto de Estado, pues se temía que nadie confiaría en un autócrata cuya sangre no coagulaba cuando se hacía pequeños arañazos o le salían hematomas). El «milagro de Spala» reavivó la influencia de Rasputín en un momento en el que la sociedad de San Petersburgo deploraba su presencia. Rodzianko había abierto una investigación oficial en su contra y se comentaron sus actividades en la Duma, donde su compañero octubrista Guchkov denunció a los *starets* [consejeros religiosos] siberianos, lo que provocó la animadversión del zar. En un momento en el que las élites de la capital simpatizaban con el partido favorable a la guerra, la recuperación política de Rasputín resultaba potencialmente significativa. Durante la guerra de los Balcanes, Rasputín había denunciado la agresión de los compañeros eslavos rusos, sus «pequeños hermanos», que, en su opinión, «habían atentado contra las enseñanzas cristianas». En otoño de 1913, Rasputín afirmó en la *Gaceta de San Petersburgo* que Rusia «no debería alentar la discordia y la hostilidad». Dijo a otro periodista: «Mientras yo viva, no permitiré que haya guerra»[91].

De haber estado Rasputín en la corte no cuesta imaginar qué le habría aconsejado al zar. Sin embargo, cuando llega-

ron las noticias sobre Sarajevo, el sanador se encontraba en su pueblo natal, Pokróvskoie, en la lejana Siberia. La zarina Alejandra le envió un telegrama urgente el 29 de junio/12 de julio en el que le alertaba: «Nos encontramos en un momento de extrema gravedad, amenazan con la guerra». Cuando Rasputín salía de su casa para enviar una respuesta, le propinaron una puñalada en el estómago. Aunque sangraba profusamente, sobrevivió al ataque, si bien estuvo confinado en una cama del hospital todo el mes de julio[92].

Fue así como silenciaron la última voz influyente que hubiera hablado en favor de la paz. Nicolás II intentaba vadear la crisis del ultimátum, pero estaba rodeado de un unánime y beligerante coro. El 12/13 (25/26) de julio se dieron los pasos decisivos: Rusia exigió a Serbia que rechazara el ultimátum austriaco e inició su periodo preparatorio para la guerra. Poco después de las nueve de la tarde del miércoles 16/29 de julio, Nicolás II ordenó la movilización general contra las potencias centrales, pero cambió de opinión después de recibir un telegrama urgente del káiser Guillermo II, que, aunque había apoyado a Austria-Hungría en la línea dura contra Serbia ese mismo julio y le había dado un «cheque en blanco», ahora se lo había pensado mejor. El hecho de que, al día siguiente, Nicolás II se negara a recibir a su ministro de la Guerra o a su jefe del Estado Mayor indica lo desesperadamente que necesitaba consejos razonables; sabía que ambos le dirían que movilizara sus tropas de inmediato. Tampoco quiso ver a Krivoshein, cuyas ideas agresivas conocía de sobra, ni a Rodzianko, el belicoso presidente de la Duma. Al único al que recibió fue a Sazónov, porque erróneamente creía que no deseaba la guerra. Sin embargo, Sazónov se mostró favorable a la movilización. A las cuatro de la tarde del jueves 17/30 de julio el zar Nicolás II ordenó la movilización general. Había empezado la cuenta atrás y

lo único que quedaba por saber era si los alemanes también harían lo mismo. Se enteraron dos días después, cuando el zar rechazó un ultimátum alemán en el que se le exigía que desmovilizara su ejército[93].

Las dos décadas de paz de Stolipin habían durado algo menos de cinco años. Considerando las constantes crisis diplomáticas de la década anterior no sorprende que la de Sarajevo colmara el vaso. Sin embargo, conviene recordar las advertencias de Stolipin, Witte, Durnovó y Rasputín, quien, al enterarse de la movilización general, se arrancó los vendajes y dictó un telegrama urgente a Nicolás II que llegó demasiado tarde para ser tomado en cuenta. Rasputín advirtió al zar y a la zarina: «Si Rusia va a la guerra, será el fin de Rusia y el Vuestro»[94]. En los años siguientes esta profecía se pondría a prueba.

4

LA GUERRA DE RUSIA (1914-1916)

Aunque habían corrido ríos de tinta sobre las deficiencias logísticas y la posibilidad de que hubiera revueltas de trabajadores, en Rusia la movilización transcurrió relativamente sin contratiempos. En San Petersburgo, como en otras capitales favorables a la guerra, el estallido del conflicto bélico se celebró con una oleada de manifestaciones patrióticas. El 20 de julio/2 de agosto de 1914 el zar Nicolás II apeló a su pueblo desde los balcones del palacio de Invierno, le pidió que combatiera al enemigo común y juró, como ya hiciera Alejandro I cuando se enfrentó a Napoleón, que no habría paz mientras quedara «un único soldado enemigo» en suelo ruso. Según testigos presenciales, la muchedumbre saludó a su soberano con «vítores tumultuosos». Los políticos de la Duma dejaron de lado sus diferencias y el 26 de julio/8 de agosto aprobaron una resolución en la que se solidarizaban con el gobierno del zar que iba a librar una guerra. Ofrecieron el mando de los ejércitos al gran duque Nicolás Nikoláievich, un elegante príncipe Románov de increíble estatura y muy popular. David Stone señala en un nuevo y muy autorizado estudio sobre la guerra de Rusia que, si bien hubo algunos problemas de reclutamiento en 17 de las 50 provincias rusas y también algunos

pogromos antijudíos y antialemanes, la mayoría de los llamados a filas en Rusia «se dirigieron a los centros de reclutamiento en orden; de hecho, sorprendentemente, hubo pocas deserciones»[95].

En contra de lo que esperaban los alemanes, que los rusos serían tan lentos que podrían acabar con los franceses antes de que invadieran la Prusia oriental con todos sus ejércitos, el Ier ejército ruso, bajo el mando de Pável Rennenkampf, entró en territorio alemán el 4/17 de agosto y ganó su primera batalla en Gumbinnen el 7/20 de agosto. En el flanco izquierdo ruso, el II ejército del general Alexandr Samsónov avanzó en dirección norte hacia Polonia y entró en territorio alemán el 7/20 de agosto tras cruzar el río Narew [Naura]. El comandante del VIII ejército alemán, general Maximilian von Prittwitz, temiendo que la «caballería rusa» se dedicara a saquear Berlín como en las peores pesadillas alemanas, aconsejó una retirada más allá del río Vístula (aunque pudo más Moltke, que lo destituyó). El avance ruso resultaba tan mala señal que Moltke llamó de vuelta a dos cuerpos del ejército destinados al frente occidental, lo que debilitó el ala derecha alemana que se aproximaba a París.

No deja de resultar paradójico que los rusos tuvieran que retroceder en el frente austrohúngaro, donde contaban con una enorme superioridad numérica. Con la seguridad propia del inicio de una contienda, el jefe del Estado Mayor de los Habsburgo, Conrad von Hotzendorf, ordenó a su Ier ejército que lanzara inmediatamente una ofensiva en el norte, en Galitzia. El 10/23 de agosto el Ier ejército austriaco topó con el IV ejército ruso en Krasnik, al este del río San, lo que obligó a los rusos a replegarse, aunque, con seguridad, hubo espantosas bajas: los uniformes grises de los austriacos los convertían en blancos fáciles como las blusas de los *mujiks* rusos, que estaban muy sucias y raídas. Sin embargo,

el III, V, VIII, IX y XI ejércitos rusos marchaban hacia el este, lo que forzó a Conrad a retroceder. Al igual que un presagio de todo lo que habría de venir, la capital de la Galitzia de los Habsburgo, Lemberg [Leópolis] (Lvov en ruso y Lviv en la Ucrania actual), cayó en manos de los rusos el 20 de agosto/2 de septiembre. Todo seguía su curso[96].

De haber seguido así la guerra en Europa oriental, es probable que Austria-Hungría se hubiera derrumbado en el invierno de 1914-1915, lo que habría apremiado a los alemanes a alcanzar un acuerdo antes de que los poderosos ejércitos del zar llegaran a la Prusia oriental. A finales de agosto de 1914, Rusia había puesto en pie de guerra a casi todas sus tropas: 3 millones de soldados se habían sumado a los que había en tiempos de paz (1,3 millones). Si la mitad de estas fuerzas se hubieran enviado directamente a la Prusia oriental para luchar contra los 200 000 alemanes que había allí (incluso después de que Moltke enviara dos cuerpos del ejército hacia el este para reforzar sus posiciones), no hubiera habido ninguna duda respecto al resultado.

Pero el destino se puso en su contra en Allenstein [Olsztyn], una ciudad de la Prusia oriental situada en la actual Polonia. Cuando el II ejército de Samsónov cruzó la frontera alemana el 7/20 de agosto, el general Yákov Zhilinski, comandante del frente noroccidental, comunicó a Samsónov que el Ier ejército de Rennenkampf había derrotado a los alemanes y le ordenó «cortar la retirada de los alemanes por el [río] Vístula». Samsónov llevó a sus hombres hasta el límite de sus fuerzas bajo el calor de agosto y los hizo caminar a marchas forzadas por unas campiñas donde no había ni comida ni forraje, porque los alemanes habían seguido una política de tierra quemada. En los cinco días siguientes todo se desarrolló como estaba planeado: los rusos ganaron una

serie de combates breves y sangrientos, lo que obligó al XX cuerpo del ejército alemán a retirarse[97].

Desgraciadamente para Samsónov, él no era el único que tenía prisa. Tras destituir a Prittwitz, Moltke dio el mando de la Prusia oriental al mariscal Paul von Hindenburg y a Erich Ludendorff, su brillante oficial del Estado Mayor. Ludendorff estaba bien informado sobre la situación del enemigo (gracias a reconocimientos aéreos y a la intercepción de mensajes de radio rusos sin encriptar) y cambió la dirección de la marcha del VIII ejército alemán, al que envió en tren hacia el sudeste. En vez de contar con una superioridad de cuatro a uno, Samsónov tendría que enfrentarse a una fuerza igual a la suya, la cual tenía a su favor el elemento sorpresa. El 13/26 de agosto la trampa estaba preparada y Samsónov cayó en ella, al presionar tozudamente en el centro sin darse cuenta de que el VI cuerpo, a su derecha, y el Ier cuerpo, a su izquierda, se derrumbaban por la matanza que estaban llevando a cabo los alemanes. El 15/28 de agosto, Samsónov se dio cuenta de su error y ordenó la retirada. Fue demasiado tarde: los alemanes hicieron una maniobra envolvente y cortaron la única vía de retirada posible. Hacia la medianoche del 17/30 de agosto, Samsónov, avergonzado, pronunció una oración, empuñó su revólver y se pegó un tiro[98].

Por memorable que resultara debido al suicidio de Samsónov, la importancia estratégica de Tannenberg (como bautizaron los alemanes a la batalla en memoria de los caballeros de la orden teutónica que habían luchado cerca de allí en 1410) fue escasa. A pesar de que los rusos contabilizaron 70 000 bajas y 92 000 prisioneros, el II ejército no se había perdido del todo. El Ier y el VI cuerpos sobrevivieron (eso sí, tocados) y establecieron sólidas posiciones defensivas en Polonia occidental en el río Narew. En el extremo del ala de-

recha del II ejército, el II cuerpo escapó hacia el norte para unirse al Ier ejército de Rennenkampf, fortalecido por la llegada de nuevas tropas y del X ejército ruso, recién formado, que estaba cubriendo el hueco entre el Ier ejército y lo que quedaba del II. Aunque Rennenkampf se replegó hasta la frontera rusa, el Ier ejército volvió a la ofensiva ya el 15/28 de septiembre, lo que obligó a retroceder a los alemanes en el fluctuante forcejeo de lo que se denominaría la batalla de los lagos masurianos, que costó al VIII ejército alemán 100 000 bajas.

Rusia prosiguió su implacable avance en la Galitzia austriaca. A mediados de septiembre de 1914, los austrohúngaros se batían en retirada; los ejércitos de Conrad hubieron de adentrarse unos 250 kilómetros en los Cárpatos, después de que los rusos mataran a 100 000 hombres, hirieran a 250 000 e hicieran prisioneros a 100 000. Tannenberg fue una victoria importante porque permitió a los alemanes recuperar la iniciativa; pero, aunque los rusos hubieran perdido 250 000 hombres en el frente noroccidental, mantenían sus posiciones frente a los alemanes y estaban derrotando a los austriacos.

En diciembre de 1914, tras una confusa serie de batallas cerca de Łódź en noviembre, el frente oriental se había estabilizado. El frente ruso se extendía casi en línea recta desde el río Vístula al sur hasta Gorlice-Tarnów al pie de los Cárpatos. La línea reflejaba el modelo estratégico seguido hasta el momento, pues estaba al este de la frontera alemana original y al oeste de la austriaca. Los ejércitos de los Habsburgo habían sufrido importantes bajas, pero los rusos también tuvieron una tasa media de casi el 40 por ciento de bajas entre agosto y diciembre y habían perdido casi un millón de hombres capturados como prisioneros de guerra. Según algunas estimaciones, la tasa de reemplazo rusa hasta enton-

ces era de unos 300 000 hombres al mes por pérdidas de todo tipo. No importa cuántos campesinos más fuera capaz de movilizar el ejército, ningún país, ningún ejército, podía mantener ese ritmo *sine die*[99].

En Petrogrado (nuevo nombre de San Petersburgo con cierto eco alemán impuesto por el zar) empezaba a surgir la duda de si Rusia sería capaz de ganar la guerra. Lo mismo se comentaba en el cuartel general del ejército ruso (Stavka) en Baránavichi [Baronovichi], cerca de Brest-Litovsk, en la actual Bielorrusia. Como el resto de los países beligerantes, Rusia había previsto una guerra corta y victoriosa, no largos años de desgaste. Puede que lo que mejor refleje esta «ilusión de la guerra breve» fuera el decreto promulgado por Nicolás II el 5 de septiembre de 1914, en el que se prohibía la venta de alcohol mientras durara el conflicto. Tras los primeros brotes de sacrificio patriótico, los generales de la Stavka habían sugerido al zar que no solo prohibiera el alcohol, sino también las mujeres, que deberían desaparecer de los complejos militares, y que instauraran servicios religiosos diarios. En diciembre de 1914, la realidad se había impuesto: había mujeres en la Stavka y se servían vino y vodka en cantidades cada vez mayores[100].

Alcohol aparte, el alto mando ruso tenía buenas razones para estar preocupado. Ninguno de los bandos beligerantes había logrado sus objetivos en 1914. Sin embargo, aunque Alemania no había podido sacar a Francia de la guerra, había ocupado grandes zonas de territorio francés y belga y había sobrevivido a la invasión rusa de la Prusia oriental cuando era más vulnerable. Rusia había disfrutado de un periodo de gracia, en lo que a los ataques de las potencias centrales respecta, porque Alemania se había centrado en Francia. Cuando en el frente occidental se llegó a una suerte de equilibrio, los alemanes pudieron desviar hombres hacia

el frente oriental. Rusia había tenido su oportunidad y la había perdido: lo único que habían conseguido sus ejércitos eran tablas.

En términos materiales la ventaja rusa también se había volatilizado. Las reservas de munición y de proyectiles prácticamente se habían acabado en diciembre de 1914 y se ejerció mucha presión sobre las fábricas rusas para que enviaran más. Antes del conflicto, el ministro de la Guerra Sujomlínov había instaurado la desafortunada costumbre de depender de británicos, estadounidenses, franceses y hasta alemanes para contar con todo tipo de suministros: ametralladoras ligeras, artillería pesada, proyectiles, afustes y mechas. Sin embargo, los alemanes bloqueaban el Báltico y el Imperio otomano había cerrado los estrechos en septiembre de 1914, lo que había aislado a Rusia de sus proveedores. El puerto ruso en el Pacífico, Vladivostok, aún seguía abierto, pero se encontraba demasiado lejos de los proveedores de la entente y de las líneas del frente ruso como para constituir una opción práctica. La fábrica Putílov de Petrogrado se dedicó a la producción de armamento y las fábricas armamentísticas de Tula funcionaban a pleno rendimiento produciendo armas y munición, pero el incremento en la producción interna no bastaba para cubrir el descenso de las importaciones. En 1915, todo el mundo se quejaba de la falta de proyectiles: en la Stavka esta se utilizaba de excusa para justificar los reveses en el campo de batalla y, en Petrogrado, se convertía en un mazo en manos de los políticos de la oposición con el que golpeaban al gobierno por su incompetencia[101].

En febrero-marzo de 1915 afloraron los primeros signos de problemas políticos tras otra debacle en la Prusia oriental. En la Stavka creían que el X ejército ruso, al mando de Faddei V. Sievers, iba a enfrentarse a una mera barrera de-

fensiva en Gumbinnen, pero se encontró frente a un nuevo ejército alemán desplegado sigilosamente en torno a los lagos masurianos. La maniobra envolvente proyectada por Ludendorff no salió del todo bien debido a una tormenta de nieve y Sievers pudo retirarse a tiempo. Aun así, todo un cuerpo del ejército ruso, el XX, quedó aislado en el bosque de Augustów. Aunque los hombres pelearon valientemente, el 8-9/21-22 de febrero los últimos cuatro comandantes de división del XX cuerpo se rindieron a los alemanes. El X ejército ruso registró 110 000 prisioneros y 100 000 bajas. La batalla de Masuria no resultó una catástrofe porque tres de los cuatro cuerpos de Sievers lograron escapar de la red alemana que se cerraba a su alrededor. Los alemanes también perdieron 80 000 hombres y no lograron rodear al X ejército ruso. En las nevadas estepas de Masuria no se escribió una nueva leyenda capaz de rivalizar con la de Tannenberg[102].

No obstante, Masuria tuvo repercusiones mucho más serias para Rusia que Tannenberg. Curiosamente, el suicidio de Samsónov había amortiguado el impacto político de su actuación: fue su propio chivo expiatorio. Como tuvo lugar cuando el destino de Francia aún no estaba decidido, Tannenberg había adquirido cierto discreto prestigio, como si hubiera sido un gesto galante de los rusos para aliviar a sus aliados galos de la presión alemana. Los sucesos que acaecían simultáneamente en el frente austriaco, en agosto de 1914, fueron una buena cobertura política y dieron a la prensa victorias que celebrar. Sin embargo, nada pudo amortiguar el impacto del bosque de Augustów; los rusos habían perdido toda esperanza de conquistar la Prusia oriental.

El impacto político se vio agravado por un escándalo de espionaje conocido como el caso Miasoiedov. El coronel S. N. Miasoiedov (el nombre significa «carnívoro») era un

oficial de los servicios de Inteligencia rusos asignado al X ejército. Su bajo rango resultaba engañoso, pues Miasoiedov era uno de los protegidos de Sujomlínov y había ocupado altos cargos en el Ministerio de la Guerra antes de caer en desgracia tras tener que enfrentarse a la acusación de ser un espía austriaco. Miasoiedov retó a Alexandr Guchkov, el líder octubrista y artífice de las inculpaciones, a un famoso duelo celebrado en abril de 1912 (ambos hombres sobrevivieron). En realidad, Guchkov quería atacar a Sujomlínov, a quien intentaba apartar del Ministerio de la Guerra para poner en su lugar a su amigo A. A. Polivánov, el favorito de los liberales de la Duma. El zar mantuvo a Sujomlínov, aunque cesó a Miasoiedov, cuyo nombre se asoció de forma habitual, a partir de entonces, a sospechas de traición en la sociedad y en los círculos militares rusos.

De manera que Miasoiedov, obligado a cubrir un puesto de oficial en los servicios de Inteligencia del X ejército, era el chivo expiatorio perfecto para el desastre que sufrió este ejército en febrero de 1915, aunque los investigadores no pudieron confirmar ningún contacto suyo con el enemigo antes o durante la batalla de Masuria. Se formó un tribunal militar especial en Varsovia, que inició sus sesiones el 18/31 de marzo. Prometía ser todo un espectáculo, pero los únicos delitos alegados por los fiscales fueron las viejas acusaciones formuladas contra él por Guchkov antes de la guerra y el delito, un poco trivial, de *maroderstvo* o pillaje de propiedades del enemigo (supuestamente, Miasoiedov había robado dos figuritas de terracota). El desafortunado oficial de los servicios de Inteligencia fue condenado a muerte por ahorcamiento como castigo por estos dos «delitos» y la sentencia se ejecutó esa misma noche[103].

La mayoría de los especialistas se muestran hoy de acuerdo en que el «juicio» de Miasoiedov fue una farsa judicial

diseñada para convertirlo en el chivo expiatorio del desastre de Masuria. Los cargos iniciales, que sí eran más serios y guardaban relación con actos de traición cometidos durante la guerra, fueron sobreseídos. El jefe de la fiscalía militar admitió después que no se habían presentado pruebas ante el tribunal. ¿Quién estuvo detrás de todo esto? Guchkov parecía un sospechoso obvio, pero, aunque contaba con muchos contactos en el ejército, como civil no tenía autoridad para formar un tribunal militar. Parece ser que quienes tomaron las decisiones cruciales fueron los generales implicados en la derrota de Masuria, que habían ordenado el arresto de Miasoiedov. El tiro de gracia lo dio Yanushkévich, el jefe del Estado Mayor, que poco antes del juicio escribió a Sujomlínov, en un tono levemente amenazador (Miasoiedov era un protegido de Sujomlínov), para sugerirle que habría que colgar rápidamente al traidor «para aplacar a la opinión pública antes de las vacaciones [de Pascua]»[104].

El asunto Miasoiedov fue un duro golpe para la política rusa. Kérenski, el joven líder de los socialistas revolucionarios, pidió una sesión de urgencia a la Duma. En una carta «privada», que posteriormente se reeditó para ser distribuida públicamente, enviada a Rodzianko, presidente de la Duma, Kérenski alegó que «una compacta organización de traidores había hecho de las suyas, tranquila y confiadamente, en las tripas del Ministerio de Asuntos Exteriores». Rodzianko prometió expulsar a todos los alemanes empleados en la industria de guerra rusa que, según él, gozaban de la protección de partidarios en la corte. Una oleada de germanofobia, que culminó en un gran pogromo el 29 de mayo/11 de junio de 1915, durante el cual se saquearon 500 comercios, oficinas y fábricas y las masas agredieron a los alemanes, arrasó Petrogrado. Sujomlínov fue uno de los que tuvo que padecer las consecuencias, pues el zar Nicolás II lo

cesó en junio. El mes de octubre anterior, Yanushkévich había escrito en un tono inquietante a Goremikin, presidente del Consejo de Ministros: «Nos espera una dura lucha contra el Judentum [judaísmo]». Con Sujomlínov fuera de escena, Yanushkévich permitió a los antisemitas de mayor influencia que llevaran a la Stavka a cientos de judíos sospechosos de espionaje y convenció al gran duque Nicolás de que firmara la deportación de los judíos y alemanes que residían en la zona de administración militar tras las líneas del frente. Más de 500 000 judíos y 250 000 alemanes fueron expulsados de sus hogares[105].

Mientras, todo iba de mal en peor en el frente. Aunque los rusos habían sitiado el fuerte austrohúngaro de Przemysl el 9/22 de marzo de 1915, esto solo sirvió para convencer al alto mando alemán de que tenían que ayudar a los austriacos. Erich von Falkenhayn, que había sustituido a Moltke como jefe del Estado Mayor alemán después de que este sufriera un trastorno nervioso, asignó a un magnífico general, August von Mackensen, el mando del XI ejército que se enfrentaría al III ejército ruso. Mackensen eligió un lugar vulnerable de las líneas rusas al sudeste de Cracovia, entre Tarnów y Gorlice. Contaba con más hombres (con una ventaja de dos a uno) y con una gran superioridad en capacidad de fuego (700 fusiles y morteros con grandes reservas de proyectiles). En la noche del 18-19 de abril/1-2 de mayo de 1915, Mackensen empezó su asalto con una devastadora descarga de artillería. El 21 de abril/4 de mayo, la resistencia rusa comenzó a ceder debido a la falta de munición y Mackensen introdujo a sus hombres por los huecos. Tres días después los alemanes rompían el último perímetro defensivo en el río Wislok. Los cuatro ejércitos austrohúngaros, bajo el mando de Mackensen, se unieron a su ala derecha, lo que provocó la retirada general rusa. El 21 de mayo/2 de ju-

nio evacuaron Przemysl, sede de la única victoria rusa en 1915. El 9/22 de junio cayó en manos de los alemanes Lemberg, escenario de la mayor victoria rusa en 1914. En menos de dos meses, Mackensen hizo retroceder a los rusos 240 kilómetros, tras causarles 250 000 bajas y capturar a un número similar de prisioneros. Puede que no fuera la mayor victoria de la guerra hasta aquel momento, pero sin duda constituía la mayor derrota[106].

La *gran retirada* rusa aún no había acabado. Tras hacer una pausa para respirar, Mackensen reanudó la ofensiva en julio y atacó duramente a los rusos por la izquierda, el sector prusopolaco. Los alemanes entraron en Varsovia el 23 de julio/5 de agosto. A mediados de agosto, cuando cruzaron el río Bug [Buh] occidental, los rusos se marcharon de Brest-Litovsk y de Kovno. Más al norte, un nuevo «ejército del [río] Niemen» alemán, que avanzaba hacia la región báltica, tomó Vilna (Vilnius) el 3/16 de septiembre. La ofensiva alemana perdió gas, debido a la táctica rusa de tierra quemada, que provocaba a Mackensen más problemas para alimentar a sus hombres a medida que avanzaban hacia el este (y hacia el norte). Flaco consuelo para los rusos, que habían perdido Galitzia y Polonia y cuya línea del frente había retrocedido entre 160 y 320 kilómetros a lo largo de todo el eje norte-sur (lo bueno era que el frente resultaba unos 1300 kilómetros más corto)[107].

Las broncas políticas tras la *gran retirada* se ajustaban perfectamente a la profecía de Durnovó, pues «se echó al gobierno toda la culpa» del desastre. En agosto de 1915, Rodzianko unió a las facciones liberales de la Duma, sin excluir a los kadetes de Miliukov y a los octubristas de izquierdas de Guchkov, para formar un bloque progresista que constituyera una sólida mayoría en las votaciones. El bloque progresista exigía reformas en relación con los dere-

chos de las minorías, la amnistía para los presos políticos, la tolerancia religiosa y un gobierno de unidad nacional compuesto por «personas que gocen de la confianza de los ciudadanos». Aunque el gobierno no respondía ante la Duma, el programa progresista constituía un claro repudio al gobierno. Goremikin convocó un gabinete de crisis del Consejo de Ministros[108].

Por primera vez hubo disensiones serias en el seno de este último. Krivoshein y Sazónov, que daban voz a los liberales, querían trabajar con Rodzianko y la Duma. Sazónov afirmaba que «desdeñar a las fuerzas revolucionarias más activas del país» sería un «error político colosal», alertaba de que el gobierno «no puede vivir en el vacío dependiendo exclusivamente de la policía» y concluía: «El soberano no es Dios, puede equivocarse». Krivoshein sugirió que el zar nombrara «a una persona que goce de la simpatía de los ciudadanos y le encargue la formación de un gobierno». Sin embargo, Goremikin se negó a actuar. «Mientras yo viva», dijo el presidente a un ayuda de cámara cuando la reunión acabó sin acuerdo,

> pelearé por conservar la integridad del poder del zar. La fuerza reside exclusivamente en la monarquía. Sin ella todo se pondrá patas arriba y se perderá todo. Lo primero que debemos hacer es combatir en la guerra hasta el final y no ser indulgentes con las reformas. Ya habrá tiempo para eso cuando hayamos derrotado a los alemanes[109].

Nicolás II respondió a estas intrigas con un espíritu similar al asumir el mando de los ejércitos. El 22 de agosto/4 de septiembre, tras escuchar pacientemente las objeciones de sus ministros (salvo Goremikin), el zar partió hacia la Stavka (reubicada más al este, en Moguilov, cuando Baránavichi cayó en manos de los alemanes), para reemplazar al gran duque Nicolás como comandante en jefe. A modo de

premio de consolación dieron al gran duque el mando de Cáucaso, donde hasta el momento los rusos no lo habían hecho mal frente a los turcos. El comandante del frente noroccidental, el general Mijaíl Alexéiev, un militar de carrera de mentalidad tradicionalista que había participado en acciones tanto en la guerra rusoturca como en la rusojaponesa, se convirtió en jefe del Estado Mayor del zar. El 3/16 de septiembre, el soberano emitió su veredicto sobre el bloque progresista con la proclamación de Goremikin de que la Duma quedaba disuelta hasta nuevo aviso. Krivoshein dimitió en señal de protesta. Para bien o para mal, la responsabilidad política por el fracaso o el éxito, la victoria o la derrota, recaería enteramente sobre Nicolás II.

Si el zar creía que disolviendo la Duma acabaría con las correrías políticas, se equivocaba. Surgió un gobierno paralelo en la sombra que recordaba mucho a los «banquetes políticos» de 1904 anteriores al *domingo sangriento*. En agosto, el general A. A. Polivánov, un hombre de Guchkov y sucesor de Sujomlínov como ministro de la Guerra, convocó una «conferencia especial para la coordinación de las medidas en defensa del Estado» a la que invitó a banqueros, industriales y líderes de las «organizaciones de voluntarios» que ayudaban con la logística médica y militar. Si la conferencia especial era una especie de Parlamento en la sombra, su sombrío brazo ejecutivo era el Comité de las Industrias de Guerra (CIG), presidido por Guchkov, que hacía los pedidos de armas a las fábricas rusas[110].

El hecho de que el gobierno en la sombra de los liberales emergiera tras la caída de Sujomlínov no fue casualidad. Guchkov y Polivánov, luminarias del CIG y de la conferencia especial, respectivamente, habían estado conspirando contra Sujomlínov desde 1912. Ahora, cuando por fin habían acabado con su presa, tenían bajo control los contratos

militares y sus políticas, aunque debían tener cuidado cuando se reunían, ya que el zar despreciaba a Guchkov por su «desmedida ambición», como la calificaba, e indicó expresamente a Polivánov que no se asociara con él. Consciente de las sospechas del zar, Guchkov organizó la maquinaria de su protogobierno en Moscú, lejos de la vista del monarca, que se encontraba en la Stavka, y fuera del alcance del Consejo de Ministros de Petrogrado. En Moscú, Guchkov tenía excelentes contactos en el mundo de la industria, de los sindicatos (que también enviaban delegados al CIG), de la Unión Panrusa de Zemtsvos y Concejos Municipales (Zemgor) y de la Cruz Roja. Otros de los miembros del grupo de Guchkov en Moscú eran el aristócrata de los kadetes, príncipe Gueorgui Lvov (presidente de la Zemgor), Mijaíl V. Chelnokov (alcalde de Moscú), que dirigía la Unión de Municipios, y Alexandr I. Konováloy (un rico industrial moscovita), que organizaba en su casa la mayoría de las reuniones de Guchkov. El gobierno estaba enterado de estas reuniones gracias a la vigilancia de la Ojrana, pero el alto rango de los asistentes y su papel en el aprovisionamiento del ejército otorgaba a los hombres de Guchkov cierta inmunidad frente a las detenciones.

Resulta muy significativo que el gobierno en la sombra de Guchkov, tolerado con renuencia por el zar y sus ministros, surgiera en el otoño de 1915. La clausura de la Duma el 3/16 de septiembre no ofrecía ninguna salida a la energía desperdiciada de las élites y trasladó las conversaciones políticas a un mundo clandestino de encuentros secretos y apretones de manos, un entorno protegido impulsado por las insinuaciones y los rumores. En dicho mundo, el cese del gran duque Nicolás, un francófilo muy admirado por los liberales rusos, y la dimisión de Krivoshein se interpretaron, de forma totalmente distorsionada, como victorias de un supuesto

«bloque negro» proalemán de la corte (por entonces aún se pensaba que el zar no era tanto pecador como víctima). Se decía que, con Sujomlínov fuera de escena, las figuras claves eran Goremikin (que había desbaratado los esfuerzos de Sazónov y Krivoshein por llegar a la Duma) y el reaccionario ministro del Interior Alexéi N. Jvostov, nombrado por consejo de Rasputín y la zarina, alemana de nacimiento. Los conspiradores afirmaron en la casa de Moscú del alcalde Chelnokov el 6/19 de septiembre de 1915 (según lo agentes de la policía) que «el objetivo del bloque negro» era «concertar la paz por separado» con el káiser Guillermo II para «fortalecer el principio autocrático en Rusia». De estas reuniones secretas moscovitas las élites liberales rusas extrajeron las peculiares, pero estimulantes, ideas de que: 1) el gobierno zarista necesitaba desesperadamente acabar la guerra con Alemania para preservar la autocracia; 2) solo purgando de «traidores» lo más alto e intensificando la guerra Rusia podría tener un gobierno representativo[111].

Las intrigas de Guchkov durante la guerra están rodeadas de misterio. La mayoría de los hombres con los que se encontró y con los que conspiró pertenecían a una orden masónica secreta llamada Gran Oriente de los Pueblos de Rusia. En un documento obtenido por los servicios de Inteligencia alemanes en el otoño de 1915, se mencionaban planes para «crear un directorio dictatorial para Rusia del que formarán parte, entre otros, los señores Guchkov, Lvov y Kérenski». En este documento no se mencionaba a Miliukov, el líder de los kadetes, pero este parece desdecir su ausencia en sus memorias, cuando constata que los cuatro hombres que llegarían a controlar el gobierno provisional creado en 1917 (incluido él mismo) compartían «vínculos personales, no solo políticos, sino también de carácter político-moral». Al grupo de conspiradores pertenecían a su

vez Alexandr I. Konoválov, el anfitrión de Moscú; Nikolái Nekrásov, del ala izquierda de los kadetes y Venerable Maestro de los masones (el equivalente ruso de Gran Maestro), y Mijaíl Teréshchenko, una oscura figura con un pasado en la gerencia de teatros, recientemente ennoblecido, que presidía el Comité de las Industrias de Guerra (CIG) de Kiev. Todos estos hombres serían ministros tras la revolución de Febrero[112].

Se puede decir mucho sobre estos conspiradores, pero lo cierto es que trabajaron duro y eran competentes. Cuando se hicieron cargo del asunto, dieron un gran impulso al esfuerzo bélico ruso. La producción creció en 1916 en todos los sectores cruciales para la guerra, desde las botas y uniformes hasta la metalurgia (de la que se obtenían las armas y la munición). El crecimiento más espectacular resultó ser el de los proyectiles: en 1916 se produjeron 28 millones de balas redondas de 3 pulgadas en vez de los 11 millones del año anterior. Los totales mensuales muestran un crecimiento aún más drástico: de las 358 000 producidas en enero de 1915 a los 2,9 millones de septiembre de 1916, un incremento de cerca del 900 por ciento. Aunque Rusia seguía importando armas pesadas y otros suministros especializados de sus aliados, el grueso de su armamento se producía en el país, como refleja el gran *boom* de la bolsa de Petrogrado, donde empezaron a cotizar más de 1000 nuevas corporaciones. La falta de munición, la gran queja de 1915, ya no constituía un problema[113].

La explotación de la fuerza de trabajo rusa no era menos ambiciosa. Había disminuido peligrosamente tras las bajas de 1914 y 1915. El Ministerio de la Guerra, dirigido por Polivánov, aliado de Guchkov, enroló a 2 millones de *opolchenie*, hombres exentos hasta entonces por su edad o por su mala forma física. A veces levaban a jóvenes un año o dos por de-

bajo de la edad oficial. La decisión de reclutar musulmanes nómadas de Asia central, adoptada en el verano de 1916, tuvo menos éxito, pues suscitó revueltas y una resistencia armada a las levas en algunas zonas. Aun así, en 1916 se sumaron al ejército ruso 2,5 millones de nuevos reclutas, lo que, hay que reconocerlo, permitió que superara sus terribles pérdidas.

Era inevitable que esta movilización de recursos a gran escala suscitara fricciones sociales y políticas. El impulso experimentado por la producción de guerra benefició a muchos y sirvió para sobornar a otros tantos, mientras la población, en su conjunto, sufría por la subida de los precios de los alimentos y por la del combustible que desencadenó una altísima inflación (Rusia había abandonado el patrón oro en 1914 y había impreso billetes con despreocupación). La cosecha de trigo de 1916 fue menor que la de 1915 debido a la meteorología, lo que agravó la subida de los precios de los alimentos. Tampoco ayudó la tendencia de los campesinos de retener el trigo a los mercados, pues preveían una subida aún mayor al día siguiente. Una de las consecuencias no deseadas de la restricción del vodka, propugnada por el zar mientras durara la guerra, fue que los campesinos no tenían ningún incentivo para vender; si no podían comprar, no precisaban dinero en efectivo con el que solo se podían comprar cosas que nadie quería[114].

Aun así, la crisis de subsistencia en Rusia fue mucho menos severa que la que vivieron sus adversarios. Ni Alemania, ni Austria-Hungría, ni el Imperio otomano eran agrícolamente autosuficientes antes de la guerra y ninguno de ellos pudo importar alimentos debido al bloqueo aliado (sobre todo británico) y el fin de las exportaciones de trigo ruso. En el Imperio otomano las cosechas quedaron devastadas por una plaga de langosta que afectó a Siria y a Palesti-

na en 1915 y que provocó un desabastecimiento general (desde trigo y patatas hasta verduras y forraje para los animales). A finales de 1916, necesitaban tan desesperadamente trigo en Europa central que los alemanes pasaron su famoso «invierno de los nabos» y el alto mando alemán encontró justificado reiniciar «la guerra submarina sin restricciones» (orden que se revocó tras el hundimiento del *Lusitania* en mayo de 1915, que llevaba a 114 estadounidenses a bordo) para que los británicos probaran algo de su propia medicina. En el frente del Báltico, los soldados alemanes solían aventurarse en tierra de nadie y rogaban a los rusos que les dieran pan (a cambio de cigarrillos). Aunque entre 1914 y 1916 se fueron reduciendo rápidamente las raciones de 900 gramos de carne a la semana que recibían los soldados antes de la guerra (y la carne fresca fue sustituida por carne salada), comparado con los ejércitos enemigos, el ruso seguía estando mejor alimentado, aunque costaba más conseguir alcohol (debido a la prohibición del zar de la venta de vodka) en el lado ruso que en el austroalemán[115].

Los soldados rusos disfrutaban de otras comodidades, como la compañía femenina. En la Galitzia ocupada había prostitutas a disposición de cualquier oficial con dinero. Para sorpresa de los periodistas rusos que hacían la ruta de las líneas del frente, «nuestros soldados no son mejores que los alemanes»: la prostitución infantil era moneda corriente. En algunas cartas de soldados, interceptadas por los censores y descubiertas un siglo después, hasta se hablaba de orgías. Quienes no podían permitirse pagar a las prostitutas se las arreglaban con postales y láminas eróticas: la pornografía francesa hizo lo que pudo por solidaridad con la entente. La permisividad sexual llegó a estar tan extendida en el frente que, en mayo de 1916, se convocó una reunión especial en la Stavka para decidir cómo mantener a «las jóvenes y mu-

jeres trabajadoras» lejos de las trincheras. El típico *mujik* del campo de batalla estaba suficientemente alimentado y sexualmente satisfecho y distaba mucho de ser un asceta[116].

Los factores materiales no siempre determinan los resultados de una guerra, pero, teniendo en cuenta estas pautas, no es de sorprender que Rusia mejorara su actuación en los campos de batalla en 1916. En los frentes otomanos, el ejército del Cáucaso, hábilmente dirigido por Nikolái Yudénich bajo el mando simbólico del gran duque Nicolás, iba de triunfo en triunfo. En enero los rusos rompieron las líneas turcas en Kôprükôy y avanzaron rápidamente hacia la ciudad amurallada de Erzurum, que cayó el 3/16 de febrero. En las costas del mar Negro, las fuerzas anfibias rusas tomaron Rize y Trabzon [Trebisonda]. Por el sur, los rusos avanzaron hasta Bitlis y Mu§. Una fuerza expedicionaria, liderada por el general Nikolái N. Barátov, neutralizó la resistencia turcoalemana en el norte de Persia, de manera que los rusos controlaban la mayor parte de Armenia y del Kurdistán. El desmembramiento del Imperio otomano estaba a la vuelta de la esquina. Sir Mark Sykes y François Georges-Picot negociaron las esferas de influencia británica y francesa en Oriente Próximo y fueron a Petrogrado, en marzo de 1916, para negociar los términos de la partición otomana con Sazónov en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Además de los territorios que había conquistado, el conocido tratado Sazónov-Sykes-Picot, de mayo de 1916, otorgaba a Rusia los estrechos y Constantinopla si los aliados ganaban la guerra, lo que habría colmado las ambiciones de todos los emperadores desde Catalina la Grande[117].

En los frentes de Europa del Este no se producía un triunfo tras otro, pero aun así 1916 no fue un mal año para Rusia tras el *annus horribilis* de 1915. No empezó bien. A finales

de marzo el Ier ejército y el II perdieron casi 78 000 hombres (frente a las 20 000 bajas alemanas) para ganar dos o tres kilómetros, porque planificaron mal la ofensiva en el lago Naroch (al norte de las marismas del Prípiat), cerca de Dvinsk (Daugavpils), en la actual Letonia, y, cuando empezaron las lluvias primaverales, todo se llenó de barro. La ofensiva de Galitzia tuvo mucho más éxito. La dirigió el nuevo comandante del frente del sudoeste, el general Alexéi Brusílov, un militar de carrera condecorado y medio polaco que había obtenido victorias con el VIII ejército en las ofensivas de Galitzia de 1914. Aunque Brusílov solo disponía de una ligera superioridad numérica (de cinco a cuatro), su ofensiva, lanzada el 22 de mayo/4 de junio, había sido brillantemente concebida y ejecutada con audacia. Al atacar las posiciones austrohúngaras en cuatro puntos diferentes, con casi los mismos hombres y en una especie de rápida cascada de fuego, Brusílov logró que el enemigo no supiera dónde colocar los refuerzos. El VIII ejército ruso rompió el flanco derecho primero y llegó a Lutsk, 30 kilómetros por detrás de las líneas austriacas, en los primeros tres días. El IX ejército ruso atacó por la izquierda y rompió las filas enemigas con mayor decisión aún abriendo un boquete de casi 50 kilómetros de profundidad el 31 de mayo/13 de junio. Los avances se ralentizaron a partir de ese momento, pues los refuerzos alemanes estabilizaron las líneas austriacas, de manera que Brusílov cada vez conseguía menos con unos ataques que costaban muchas vidas. En septiembre, Rusia había perdido 1 millón de hombres en Galitzia y el bando enemigo, puede que 1,5. Sin embargo, en un año que pasó a la historia por las inútiles carnicerías de Verdún y el Somme en el frente occidental, el avance en Galitzia, donde los rusos conquistaron 38 800 kilómetros cuadrados (un área mayor que Bélgica), constituyó todo un acontecimiento. El cuartel general

de Brusílov se inundó de telegramas de felicitación de los aliados de Rusia. Los agregados militares y los observadores neutrales se mostraron de acuerdo en que «había tenido un efecto electrizante sobre la moral de los rusos» y en que había resultado devastador para los austrohúngaros, lo que obligó a Conrad a tragarse su orgullo y a poner sus ejércitos bajo mando alemán. Si algún Imperio multiétnico estaba al borde del abismo en 1917, sin duda era la monarquía dual de Austria-Hungría, no Rusia, que se encontraba en plena victoria[118].

Retrospectivamente resulta bastante claro que Brusílov debería haber suspendido su ofensiva a principios del verano de 1916, declararse vencedor, salvar vidas (en septiembre se evacuaban de Galitzia 4000 enfermos y heridos diariamente) y afianzar una línea defensiva sólida. Por lo demás, su éxito tuvo una consecuencia desafortunada, pues convenció a Rumanía de que debía entrar en la guerra como aliada de Rusia, algo que hizo el 27 de agosto. La intervención acabó en fiasco cuando alemanes y búlgaros los invadieron, mediante el asalto del puerto de Constanta, en el mar Negro, a finales de octubre, y de la capital, Bucarest, a principios de diciembre, junto a los cercanos campos de petróleo de Ploiești (aunque un equipo de ingenieros británicos había incendiado las bocas de los pozos). Los rusos también estabilizaron el frente en el río Siret, en Moldavia. Pese al error rumano y a las bajas en el lago Naroch y Galitzia, 1916 fue el mejor año de la guerra para Rusia, que tenía buenas expectativas para 1917[119].

Según la lógica política, la mejora de la posición estratégica rusa en 1916 debería haber calmado los ánimos en la retaguardia. En pleno arrebol tras Erzurum, Nicolás II había permitido que se reuniera la Duma, que visitó personalmente el 9/22 de febrero y donde lo recibieron «con una larga y

continua ovación». Sin embargo, la luna de miel acabó pronto debido a un «baile de ministros». El anciano, pero leal, presidente del Consejo de Ministros, Goremikin, se retiró al final en febrero y fue reemplazado por Borís Stürmer. Puede que Stürmer no tuviera mucho éxito, pero la campaña de difamación que se emprendió en su contra no parece haberse debido a otro motivo que a su apellido alemán (y al hecho de que se relacionaba con Rasputín). La trama de Jvostov para asesinar a Rasputín, que salió a la luz en marzo de 1916, presionó aún más a Stürmer, que hubo de reemplazar a Jvostov al frente del Ministerio del Interior. Como si quisiera fundir a todos los chivos expiatorios en una única persona, el zar, en julio, puso a Stürmer a cargo del Ministerio de Asuntos Exteriores, tras cesar a Sazónov debido a otra de las intrigas atribuidas a Rasputín. El nombramiento como ministro del Interior de Protopópov (un verdadero protegido de Rasputín) debió de suponer un alivio para el pobre Stürmer, pues las camarillas políticas pronto tendrían un nuevo blanco para su ira[120].

A finales del verano de 1916 la locura se había apoderado de Petrogrado; las conspiraciones para asesinar a Rasputín solo fueron una de sus manifestaciones más visibles. Guchkov, que dirigía el Comité de las Industrias de Guerra (CIG) y el gobierno en la sombra de Moscú, estaba preparado para el ataque. El 15/28 de agosto de 1916, Guchkov envió una carta al jefe del Estado Mayor de la Stavka, general Alexéiev, tras hacer copias para distribuirlas entre sus aliados políticos. «La retaguardia», decía Guchkov a Alexéiev, «se encuentra en un estado de total desintegración [...], las raíces del poder del Estado se encuentran podridas». Con una audacia que corta el aliento, Guchkov denunció, con nombres y apellidos, a Alexandr F. Trépov, ministro de Transportes y Comunicaciones (y futuro presidente del

Consejo de Ministros), al príncipe D.I. Shajovskói, ministro de Industria, y al conde V.A. Bobrinski, ministro de Agricultura. A continuación, describió a Stürmer como un hombre que «si bien ahora no es un traidor, estaría dispuesto a serlo»[121].

La carta de Guchkov resultó ser tan explosiva (la Ojrana la obtuvo de inmediato) que Nicolás II llamó al general Alexéiev para exigirle una explicación. Aunque Guchkov hacía referencia a un intercambio epistolar anterior con Alexéiev, lo que implicaba que ambos eran conspiradores, tanto el zar como la zarina concedieron a Alexéiev el beneficio de la duda y culparon solo a Guchkov. Stürmer recibió el pleno apoyo del zar, aunque eso no sirvió para mejorar su reputación en Petrogrado. Sin embargo, el mal ya estaba hecho; Alexéiev, un jefe del Estado Mayor competente (aunque insulso), cuyo buen saber logístico había hecho posible la victoria del general Brusílov, no tenía estómago para la política. Completamente desbordado, Alexéiev pidió la baja médica en noviembre[122].

Aunque el asunto Guchkov dañó gravemente la cohesión entre los altos mandos del ejército, su impacto político resultó menor. Guchkov era el típico fanático de quien todos esperaban esta clase de asuntos. En septiembre, la policía y el mando del norte (Petrogrado era de su incumbencia) empezaron a prestar atención a problemas más acuciantes (como la falta de alimentos). Una de las peculiaridades logísticas de la I Guerra Mundial, que no afectó únicamente a Rusia, fue que los soldados del frente solían comer mejor que los habitantes de las ciudades, bien porque se les daba prioridad, bien porque estaban acuartelados más cerca de las áreas de cultivo. Abastecer a Petrogrado era especialmente difícil: situada a 60 grados de latitud norte, la ciudad se encontraba lejos de las principales regiones agrícolas de Rusia.

Lo que más escaseaba era la leche: «Prácticamente ha desaparecido de Petrogrado», informó a Stürmer el 17/30 de septiembre de 1916 el general Nikolái Ruzski, comandante del frente del norte; y tampoco había mucha carne. Sin embargo, la escasez se había generalizado y se veía agravada por los especuladores. En octubre, la Ojrana alertaba sobre la posibilidad de «grandes disturbios» a causa «del hambre, de la desigual distribución de alimentos y artículos de primera necesidad y del enorme incremento de los precios»[123].

Al entrar en el tercer invierno de la guerra Rusia tenía graves problemas, que los políticos ambiciosos hacían parecer peores de lo que eran, mientras clamaban tener soluciones fáciles. La sesión de apertura de la Duma, que volvió a reunirse el 1/14 de noviembre de 1916, siempre constituía un momento de gran expectación, pero, en la atmósfera cada vez más paranoica de la ciudad, el acontecimiento causó sensación. Tras escuchar el discurso inaugural del presidente Rodzianko, Borís Stürmer abandonó la sala de forma ostensible, seguido por los embajadores británico y francés y, finalmente, por el propio Rodzianko. Se creía que Stürmer iba a pronunciar un discurso en el que prometería la autonomía a la Polonia de posguerra, un gesto que agradaba a los liberales y que se esperaba con entusiasmo en París y en Londres, pero sufrió miedo escénico (o puede que no quisiera escuchar las denuncias de la sala). Sean cuales fueren las razones de Stürmer, su salida no solo decepcionó mucho a los embajadores de la entente, sino que indicaba, en opinión de los suspicaces diputados de la oposición, que recibía órdenes del «bloque negro» proalemán.

Tras la marcha de los representantes del gobierno (al abandonar la sala Rodzianko dejaba una puerta abierta a la no asunción de responsabilidades por desconocimiento de

las mismas), a los diputados se les soltó la lengua. Cabe atribuir el primer golpe a Alexandr Kérenski, el joven agitador del socialismo revolucionario. Kérenski señaló los asientos vacíos y calificó a los ministros que habían abandonado la sala de «asesinos a sueldo», de «traidores a los intereses del país» y de ser «hombres sospechosos de traición, fratricidas y cobardes». Añadió un toque inquietante a su discurso, al acusar a «Grisha» Rasputín de ser el causante de las simpatías progermanas del régimen. La retórica de Kérenski resultó tan incendiaria que el presidente en funciones le echó una reprimenda y le pidió que se sentara[124].

Miliukov, el líder de los kadetes, fue el siguiente en hablar. Tenía reputación de moderado, sobre todo comparado con exaltados como Guchkov y Kérenski, pero por eso mismo la sorpresa fue mayúscula cuando Miliukov arremetió contra el gobierno. Se refirió a algo que el bloque progresista ya había dejado claro con anterioridad, a saber: algunos elementos sospechosos del gobierno habían estado intrigando para lograr la paz por separado con Alemania. Miliukov tiñó su crítica con acusaciones temerarias, denunció a Protopópov por haberse reunido con un hombre de negocios alemán en Estocolmo e insinuó, basándose en un artículo del *Berliner Tageblatt*, que el secretario privado de Stürmer era un agente alemán. Miliukov llegó a afirmar que otros periódicos alemanes habían celebrado el nombramiento de Stürmer como sustituto de Sazónov y señaló que un periódico austriaco había abordado con aprobación las actividades de una «camarilla progermana que supuestamente había surgido en torno a la zarina». Contraviniendo las reglas de la Duma, que prohibían la utilización en la tribuna de lenguas extranjeras, Miliukov leyó esta última frase en alemán, para recalcar la existencia de una traición. Aunque manifestó que solo repetía lo dicho por otros, Miliukov invi-

tó a todos a que juzgaran por sí mismos si los evidentes errores del gobierno habían sido fruto de la «traición o de la estupidez»[125].

El discurso de Miliukov movilizó a los rusos, en el Parlamento y en todo el país, pues se distribuyeron millones de copias impresas del mismo. Los «siniestros rumores de traición», a los que aludía en su discurso de la Duma, sobre «fuerzas ocultas luchando en favor de Alemania» adquirieron verosimilitud para miles de personas, ya que Miliukov pronunciaba en voz alta los rumores y lo hacía con la autoridad que le confería ser el político liberal más destacado de Rusia. Miliukov dotó de respetabilidad a las acusaciones de traición, al igual que Rodzianko, quien, para evitar que lo acusara el líder de los kadetes, se negó a entregar al gobierno una copia completa del discurso. La Duma se convirtió en un espacio apto para una retórica difamatoria, como cuando Vladímir Purishkévich, diputado reaccionario, incitó a sus compañeros diputados a asesinar a Rasputín a principios de noviembre[126].

La histeria que imperaba en Petrogrado tenía diversas causas. Por un lado, el pueblo estaba insatisfecho con el gobierno debido a la escasez en la ciudad de combustible y alimentos. Sin embargo, lo que dotó al discurso de Miliukov de fuerza incendiaria no fue la falta de leche y de carne; como tampoco fue el hambre lo que llevó a Purishkévich, Félix Yusúpov y Demetrio Románov, tres hombres ricos y bien situados, a asesinar a Rasputín en diciembre. La facción moscovita de Kérenski y Guchkov ya había mostrado sus cartas y ahora Miliukov también demonizaba al gobierno y lo hacía con premeditación. Miliukov, como Guchkov y Kérenski, parecía atacar al gobierno para acabar con la corrupción y aumentar así las posibilidades de ganar la guerra, pero, en realidad, los tres solo buscaban incrementar su propio poder

e influencia. Deberían haber tenido más cuidado con lo que deseaban.

Segunda parte

1917. Un falso amanecer

¿Puedo prometer al ministro de la Guerra [Alexandr Kérenski] que cumpliréis con vuestro deber hasta el final y que, si os ordeno atacar, atacaréis?

El general Alexéi Brusílov

a los hombres del ejército del sudoeste, mayo de 1917

5

GANAS DE PELEA

El invierno de 1917 fue más duro de lo normal. En la Rusia del norte de Europa, las temperaturas descendieron hasta los 29 grados bajo cero y se mantuvieron por debajo de cero durante semanas. Las tormentas de nieve tiñeron de blanco carreteras y vías ferroviarias, dejaron fuera de servicio a las locomotoras y crearon cuellos de botella para los suministros de alimentos, forraje y combustible destinados a las ciudades del norte. La cosecha de trigo de ese otoño solo había sido de 71 millones de toneladas, casi un 25 por ciento menos que en 1913. Aunque el hecho de que se hubiera dejado de exportar trigo palió las consecuencias en las zonas rurales, los problemas de las vías férreas y el incremento del dinero en circulación (de 1600 millones a 9000 millones de rublos desde 1914) generaron una subida astronómica de los precios de la comida y del petróleo en Petrogrado.

La búsqueda del cadáver de Rasputín en los canales helados fue la imagen más recordada por los vecinos de Petrogrado de aquellas gélidas vacaciones. Tras una larga batida, uno de los equipos encontró, por fin, cerca del puente Petrovski, «la manga de un abrigo de piel de castor helada en el hielo». Entonces un grupo de policías rompió la capa de

hielo que cubría el río con palas, picos y mazos, hasta dejar al descubierto el cadáver petrificado de Rasputín. La Rusia liberal se alegró, pero mucha gente se sintió tan aterrada por el asesinato como el zar. Un soldado afirmó en un hospital militar de Petrogrado: «Vaya, el único campesino que había logrado abrirse camino hasta el zar y lo han matado los nobles»[127].

Arreglar el desaguisado producido por el asesinato se convirtió en la máxima prioridad política: fue la última intriga urdida por Rasputín. El 12/25 de octubre de 1916, poco antes de reunirse la Duma, el zar Nicolás II había sorprendido a todo el Petrogrado liberal soltando a Sujomlínov, que se hallaba preso en la fortaleza-prisión de Pedro y Pablo. Se pensaba que era Rasputín quien había organizado un encuentro entre la esposa de Sujomlínov, Ekaterina Viktorovna, y la dama de honor favorita de la zarina, Anna Vyrubova. Se decía que la controvertida decisión de liberar al «traidor» había sido suya, lo que había ayudado mucho a que Alexandr Kérenski y Pável Miliukov hablaran de traición y, finalmente, había dado lugar a un discurso, pronunciado en la Duma por Purishkévich, que rozaba la difamación. Una vez eliminado Rasputín del círculo íntimo del zar, muchos políticos exigieron la cabeza de Sujomlínov con gran alharaca. En medio de la paranoia de espías de enero de 1917, Sujomlínov y la zarina Alejandra, de origen alemán, parecían los siguientes de la lista tras la muerte de Rasputín. A. A. Pilenko, liberal y profesor de Derecho, contaba meses después a un amigo estadounidense: «Se hablaba en las mejores familias, en las casas de los generales, y en otras, había que acabar con la emperatriz y quitarla de en medio»[128].

La distancia existente entre Nicolás II y la sociedad de Petrogrado se convirtió en un abismo. El zar se sintió horrorizado cuando supo que su propio sobrino estaba implicado

en la conspiración para asesinar a Rasputín. La Ojrana le entregó cartas de Purishkévich, Yusúpov y la princesa Zinaida igual de perturbadoras, pues estos personajes públicos felicitaban abiertamente a los asesinos. Resulta muy significativo que una de ellas fuera de Anna Nikoláievna, esposa de Rodzianko, el presidente de la Duma. Tras el asesinato de Rasputín, el zar tuvo un gesto de desafío bastante inane al cesar a A.F. Trépov, el desafortunado sucesor de Stürmer como presidente del Consejo de Ministros. En su lugar nombró al aún más desventurado príncipe N.D. Golitsin, un anciano, presidente de honor de una de las comisiones de obras benéficas de la zarina. Era un hombre sin ambición que se quedaba a menudo dormido durante las reuniones. Golitsin declinó el honor, pero el zar le obligó a aceptar.

Una inequívoca fatalidad se posó sobre Tsárskoie Seló, donde la pareja imperial pasaba el largo invierno ruso. «La emperatriz y yo», había dicho Nicolás II a Golitsin el 5/18 de enero de 1917, «sabemos que todo está en manos de Dios. ¡Hágase su voluntad!». Cuando Rodzianko, muy inquieto, hizo una visita a Tsárskoie Seló dos días después para intentar sacar al soberano de su letargo y rogarle que «no obligara a la gente a elegir entre él y el bien del país», Nicolás II «apretó sus manos contra su frente» y preguntó: «¿Acaso mis veintidós años de reinado han sido "un error"?»[129].

La pasividad del zar enfurecía a políticos enérgicos como Rodzianko y Alexandr Guchkov, su compañero octubrista, que empezó a conspirar para derrocarlo. Las tramas organizadas por Guchkov eran muy obvias. Aunque no existen pruebas de que estuviera implicado en el asesinato de Rasputín, sí nos consta que reunió mucho material en su contra con ayuda de Trufánov (obispo Iliodor). La famosa carta remitida por Guchkov al general Alexéiev fue una de las do-

cenas que envió ese año a los militares de mayor graduación y, en varias de ellas, hablaba abiertamente de la posibilidad de instaurar algún tipo de dictadura militar o de organizar un golpe de Estado. El general A. M. Krímov, comandante del III cuerpo de caballería, el teniente general Antón Denikin y el teniente general V. I. Gurko, que se convirtió en jefe del Estado Mayor en funciones cuando Alexéiev obtuvo la baja médica, fueron algunos de los militares de primera fila contactados por este consumado conspirador[130].

Aunque los planes de Guchkov siguen siendo muy confusos para nosotros, sabemos que, a principios de octubre de 1916, se celebró una reunión crucial en Moscú en casa del liberal moscovita M. M. Fiódorov. Algunos destacados diputados de la Duma, entre ellos Miliukov y hasta el presidente Rodzianko, también asistieron, aunque no todos se mostraron de acuerdo con la idea, defendida por Guchkov, de que los liberales eran los llamados a convertirse en la vanguardia en el derrocamiento del régimen zarista, si no querían ceder terreno ante los elementos más radicales. En su opinión, Rusia era un país demasiado anárquico como para seguir el modelo de las revoluciones europeas del siglo XIX (por ejemplo, la francesa de 1848, donde los agitadores políticos desaparecieron de las calles en cuanto las élites políticas establecidas tomaron las riendas). Guchkov recordaría más tarde que había advertido a sus colegas liberales: «Temo», les dijo, «que quienes hagan la revolución quieran encabezarla»[131].

Aunque Guchkov no logró convencer a Miliukov y a Rodzianko, sí obtuvo la lealtad del kadete izquierdista (y Gran Maestre masón) Nikolái Nekrásov y de Mijaíl Teréshchenko, presidente del Comité de las Industrias de Guerra (CIG) de Kiev. Esta troika decidió que la mejor manera de acabar con el régimen era arrestar al zar, obligarlo a abdicar

en su hijo Alejo y nombrar regente a su hermano, el gran duque Miguel, hasta que el heredero cumpliera la mayoría de edad. De este modo se conseguiría instaurar una monarquía constitucional con un «gobierno de pública confianza» del que formarían parte los conspiradores junto con otros ministros con experiencia aceptables para los liberales, como Krivoshein y Sazónov. Calculaban que habría fuertes medidas de seguridad en la Stavka o en Tsárskoie Seló, de modo que la troika pensaba detener el tren imperial cuando se desplazara entre ambos puntos. Como a Guchkov lo vigilaba la Ojrana, fichó a un príncipe Románov de bajo perfil que servía en la guardia Imperial, D.L. Viazemski, y a un capitán del Ier cuerpo de caballería, D.V. Kossikovski, que prometió la lealtad de su regimiento estacionado cerca de Nóvgorod, en la ruta entre Moguilov y Tsárskoie Seló. Teréshchenko y Viazemski salieron hacia la Stavka para reclutar oficiales. Guchenko afirmaba que entre los conversos figuraban el general Krímov y el prometedor teniente general Lavr Kornílov. En una reunión del partido octubrista celebrada en Moscú a mediados de enero, Guchkov reveló abiertamente sus planes a sus colegas de partido. De contar con el visto bueno del ejército, Guchkov planeaba atacar en marzo o abril de 1917[132].

El febril clima político de la época se refleja en el hecho de que otra facción de la élite estuviera organizando un «golpe palaciego» al mismo tiempo, en este caso liderado por el príncipe Gueorgui Lvov, cabeza de la Unión Panrusa de Zemtsvos y Concejos Municipales (Zemgor). Lvov descendía de la dinastía gobernante de los Yaroslavl, pertenecía a la nobleza rural y era un «traidor de clase» en la tradición de políticos radicales de buena cuna como Mijaíl Bakunin y Alexandr Herzen. Durante la crisis política del otoño de 1915, Lvov había escrito una insólita carta a Nicolás II, en la

que alternaba un excesivo servilismo («Vuestra Majestad Imperial, Rusia alza su rostro hacia Vos en estos fatídicos años en busca de un signo») con un tono imperioso, pues exigía al soberano de Rusia que cediera su autoridad a un gobierno que gozara de la confianza pública para salvar al país del «abismo». El zar ni se dignó a contestar.

Al no poder convencer a Nicolás II de que abdicara, Lvov decidió presionarlo. Su complot era más osado que el de Guchkov, aunque dejaba más al azar. Como muchos liberales de la nobleza rural, Lvov admiraba al gran duque Nicolás y se tomó su cese de la Stavka en 1915 como un signo de la malintencionada y traicionera influencia del «bloque negro» alemán constituido en torno a la zarina. Convencerían al gran duque, que dirigía en Tiflis al victorioso ejército del Cáucaso, para que aceptara el trono. Cuando los comandantes militares, empezando por el general Alexéiev, aparentemente informado del complot, tomaran partido por el gran duque, el zar abdicaría de forma voluntaria y a la zarina la enviarían a Crimea para que se mantuviera callada. Lvov incluyó en su proyecto al alcalde de Tiflis, A. I. Jatisov, y confiaba en el éxito de sus planes. En la recepción de Año Nuevo, celebrada en Tiflis el 1/14 de enero de 1917, Jatisov acorraló al comandante y le explicó los planes de Lvov de llevar a cabo un «golpe palaciego» incruento. El gran duque Nicolás respondió que ni el ejército ni el pueblo apoyarían jamás a quien quisiera derrocar al soberano de Rusia en tiempos de guerra. Decepcionado, Jatisov envió a Lvov la clave que habían acordado: «No se puede abrir el hospital»[133].

El cambio de postura de Rodzianko, presidente de la Duma, que pasó de no ser muy afecto al régimen a la confrontación abierta, fue menos descarado que los planes de Guchkov y Lvov, pero no menos significativo. En la reunión celebrada en casa de Fiódorov en Moscú, en octubre de

1916, Rodzianko se había mostrado en desacuerdo con la línea «revolucionaria», pero pudo deberse a que tenía sus propios planes. Tanto Guchkov como Lvov habían tanteado al general Alexéiev como posible hombre fuerte tras el trono, pero Rodzianko tenía su propio general favorito: Alexéi Brusílov, el héroe de Galitzia (a quien Guchkov desdeñaba como Rodzianko a Alexéiev). A finales del otoño de 1916, Rodzianko dio el paso poco ortodoxo de escribir directamente a Brusílov para quejarse de la incompetencia del alto mando ruso: «Ignora [...] las numerosas bajas y no se ocupa como debería del bienestar de los soldados». Brusílov envió la carta de Rodzianko a la Stavka, lo que no contribuyó precisamente a que Alexéiev o el zar miraran al presidente de la Duma con buenos ojos. Aunque había traicionado su confianza, Rodzianko seguía considerando que Brusílov era el único comandante del frente en quien «podía confiar»[134].

Había más asuntos que emponzoñaban la relación entre Rodzianko y la pareja imperial, como su negativa a castigar a Miliukov por sus insinuaciones en lengua alemana contra la zarina en su incendiario discurso pronunciado ante la Duma o la imprudente carta de apoyo que Anna Nikoláievna, su esposa, había escrito a los asesinos de Rasputín. El día de la recepción de Año Nuevo celebrada en el palacio de Invierno de Petrogrado el 1/14 de enero de 1917 tuvo lugar una tercera provocación. Rodzianko desairó públicamente al ministro del Interior Protopópov, su antiguo colaborador, cuando este último se acercó para estrechar su mano y felicitarle las fiestas. Según los testigos, Rodzianko empezó a gritar: «¡Vete, no me toques!». En el rígido mundo del protocolo de la corte rusa esto equivalía a una declaración de guerra contra el gobierno y pronto fue «la comidilla de todo Petrogrado»[135].

Aún habría más. Según Rodzianko, a mediados de enero de 1917, invitó a su casa de Petrogrado al general Krímov, uno de los colaboradores claves de Rodzianko en la Stavka, además de a «numerosos miembros de la Duma» y a otros liberales de alto rango; al parecer el general habría confesado de forma abierta sus intenciones revolucionarias. «El espíritu del ejército», informó Krímov a los socios de Rodzianko, «recibiría con alegría la noticia de un golpe de Estado []; si decidierais dar un paso tan extremo, os apoyaríamos». Aunque Rodzianko relatara más tarde que se había opuesto a los planes de Krímov porque había pronunciado un «juramento de lealtad» al zar, tampoco informó al ministro del Interior sobre unas afirmaciones de Krímov que claramente implicaban traición. Conviene recordar, además, que también había intervenido para favorecer a Miliukov tras el discurso que este pronunciara ante la Duma en noviembre[136].

Bajo este armazón imponente, pero frágil, Rodzianko encarnaba la angustia de la Rusia liberal, escindida entre su lealtad a un emperador a quien no consideraba capaz de dirigir el país en tiempos de guerra y su creciente simpatía hacia los elementos sediciosos que maquinaban para derrocarlo. En una entrevista privada (recientemente descubierta) celebrada tras la revolución de Febrero, en mayo de 1917, Rodzianko afirmó que había llegado a la conclusión, en el invierno de 1916-1917, de que «la única salida era dar un golpe de Estado» (más tarde lo negaría rotundamente, tanto en el conocido testimonio público que ofreció ese año como en sus memorias). En relación con la carta de felicitación que la esposa de Rodzianko había escrito a los asesinos de Rasputín, contó a quien le entrevistó en mayo de 1917 (un historiador solidario con su causa que le garantizó la confidencialidad, pues le indicó que la transcripción de la entre-

vista permanecería sellada durante 50 años): «Tras el asesinato de Rasputín, vimos lo que se podía lograr gracias a un "golpe palaciego", pero este fracasó por su falta de consistencia». De modo que Rodzianko, lejos de desaprobar los complots de Guchkov y Lvov, criticaba a sus rivales por no haber reclutado tropas del frente o comandantes de confianza como el general Brusílov[137].

La mayoría de los historiadores se han mostrado de acuerdo con Guchkov, Lvov, Rodzianko y los aliados que los aplaudían sobre la impotencia e incompetencia del gobierno zarista a principios de 1917 y, a menudo, aprueban los complots que forjaban. Sin embargo, aunque la complaciente postura del zar brotara de un fatalismo supersticioso, parecía más acorde con la situación militar y estratégica real de Rusia que la de los liberales o que la de la histeria de los aliados. La moral del alto mando ruso estaba alta en vísperas de la campaña de primavera por una buena razón: la información proporcionada por los servicios de Inteligencia en una reunión entre los países aliados celebrada en Petrogrado en febrero de 1917 confirmó que ese año los Estados beligerantes de la entente dispondrían de una enorme superioridad material sobre las potencias centrales en todos los frentes. La falta de proyectiles en el este de Europa sería un gran problema para los austroalemanes, pues Rusia tendría una superioridad del 60 por ciento tanto de hombres como de armas. En el Cáucaso, la ventaja de Rusia sobre los turcos en hombres y en material era de más de dos a uno y se elaboraban planes para emprender una ofensiva de primavera cuyos objetivos serían Sivas y Ankara. La falta de combustible en Constantinopla, debida al potente filtro creado por la marina rusa, había conseguido dejar varada a la flota otomana, que ya no podía hacerse a la mar. En Odesa, el nuevo comandante de la flota del mar Negro, A.V. Kolchak,

estaba reuniendo a una fuerza anfibia en el Bósforo durante el verano de 1917. Kolchak, un oficial de talento que se había destacado en una singular victoria naval durante la guerra rusojaponesa al hundir un crucero japonés en Port Arthur, ordenó el bloqueo de toda la costa turca, de Trabzon a Constantinopla. Al repasar los informes de los servicios de Inteligencia sobre las posiciones otomanas, Kolchak calculó que bastaría con cinco divisiones para que Rusia se hiciera con el premio gordo y se puso al frente del regimiento Tsárgradski que encabezaría el ataque (los chovinistas rusos llamaban a Constantinopla «Zargrado»). Esperaba hacer polvo a sus enemigos esa primavera con 24 nuevas divisiones rusas y no puede sorprendernos que los generales aliados, presentes en la reunión de Petrogrado, informaran: «Los generales rusos tienen ganas de pelea»[138].

Entre las tropas de primera línea la moral también estaba alta. En el frente norte, el más cercano a Petrogrado, donde los rusos se enfrentaban exclusivamente a los alemanes, no había signos de derrotismo. En las cartas enviadas a sus hogares por los soldados del V ejército, los censores constataron un «incremento sustancial de euforia», en relación con el año anterior, en las dos primeras semanas de enero de 1917. Aunque se quejaban de aburrimiento y de la subida de los precios, los soldados se hallaban bien alimentados y bien vestidos. Nada más que en 19 de las 151 963 cartas de soldados rasos estos manifiestan insatisfacción en relación con las raciones de comida y solo en 22 se quejan de la ropa de abrigo que les habían proporcionado. El sentimiento más repetido en las vacaciones de Año Nuevo era que Rusia, por fin, ajustaría cuentas con los alemanes en 1917[139].

En términos políticos resultaba más importante la opinión del cuerpo de oficiales. Lejos de creerse el argumento de los liberales rusos de que se necesitaba de forma deses-

perada un cambio en la cumbre, en general los oficiales del frente norte estaban satisfechos con la marcha de los acontecimientos. Tenemos 16 512 cartas enviadas a sus hogares por los oficiales del V ejército y examinadas por los censores militares: solo en 17 de ellas se criticaban seriamente las operaciones de guerra y únicamente 4 eran desfavorables con respecto a los mandos militares veteranos. Puede que algunos oficiales, sospechando que podían leer sus cartas, se autocensuraran y matizaran sus quejas. Sin embargo, en otros periodos de la guerra se habían formulado críticas muy directas e inequívocas y en unas pocas cartas se hace lo mismo incluso en aquel momento. No es que la moral de los soldados hubiera mejorado: tenían ganas de pelea. En un informe de los censores militares concluido en enero de 1917 se afirma: «Tanto la moral como la situación material son excepcionales»[140].

Donde sí había signos visibles de derrotismo a principios de 1917 era en las líneas austroalemanas. Tras la ralentización de la lucha, ya tradicional, durante las Navidades, a los soldados rusos les sorprendió la cantidad de alemanes que cruzaban las líneas para pedir comida. Los alemanes que desertaban hablaban de forma unánime del hambre. En los frentes de los Habsburgo era muy común ver a los soldados austriacos «emerger de sus trincheras gritando: "¡Rusos, no disparéis! ¡Pronto llegará la paz!"». Aunque hubo soldados rusos que cambiaron pan por cigarrillos, en general esto no gustaba mucho. El día de Nochebuena, un grupo de alemanes del frente norte entró en tierra de nadie ondeando una bandera blanca y el fuego de ametralladoras ruso acabó con ellos. Un *mujik* del V ejército se regodeaba: «Ahora han cambiado las tornas. El año pasado nos retirábamos, pero ahora son los alemanes los que se preparan para salir corriendo». Un artillero de la XVII brigada de artillería escri-

bió a su mujer en febrero de 1917: «Oímos que en vuestro lado [la gente en la retaguardia] se habla de paz, pero aquí solo hablamos de la inminente ofensiva. Habrá paz cuando ganemos, cuando derrotemos a los poderosos prusianos, despejemos Polonia y tomemos Cracovia y Berlín»[141].

Pero, a principios de 1917, estos sentimientos beligerantes no eran de ningún modo algo generalizado en el ejército ruso. En contra de lo que cabría esperar teniendo en cuenta los éxitos de los rusos en la guerra de Galitzia hasta el momento, la moral en el sudoeste era más inestable que en el frente norte, probablemente debido a que aún no habían superado la resaca de la sangrienta ofensiva de Brusílov. En el frente de Galitzia se registraron hasta 35 protestas de soldados de diverso tipo en 1916, un incremento del 500 por ciento en relación con 1915; pero la tendencia se había estabilizado y en los dos primeros meses de 1917 solo hubo 7 manifestaciones de este tipo. Mientras que el tono de las cartas de los soldados del Ier ejército (en el frente «occidental», es decir, los que se enfrentaban a los alemanes) era similar al de las de los soldados del V ejército, en el III ejército, destacado por debajo de las marismas del Prípiat, se detectaba un descontento mayor. El III ejército entró en combate ese invierno, sin excluir un violento (aunque corto) ataque del 10/23 de enero. Los rusos se recuperaron, asaltaron y apresaron toda una línea de trincheras alemanas, donde descubrieron enormes cantidades de cerveza y de coñac. Un soldado escribió a casa que quizá fuera cierto que escaseaba el pan entre los alemanes, pero que comían salchichas de cerdo y bebían mucho alcohol. En cambio, la dieta del *mujik* consistía en pan, *kásha* (una especie de gachas), lentejas y sopa de pescado nutritiva, pero sosa. Además, el hecho de que fueran los soldados rusos quienes comieran salchichas y bebieran cerveza alemana en las trincheras alemanas y no

los alemanes quienes se alimentaran con *kásha* y el pescado en las rusas hacía que la campaña de primavera pintara bien[142].

En la marina la moral seguía razonablemente alta, aunque había tensiones latentes. En general, los motines se producían más en el mar que en tierra. En la marina rusa, como en todas las demás, existía una diferencia significativa entre los oficiales de sangre azul y los soldados obligados a enrolarse. Los reclutas servían más tiempo en la marina, cinco años frente a los tres del resto del ejército. La flota reclutaba a sus hombres en las ciudades, de manera que contaba con un número mayor de obreros y comerciantes que de campesinos (estos últimos componían una mayoría en el ejército de tierra). Como procedían de familias urbanas que tenían que comprar y almacenar la comida, eran más sensibles a la inflación que los soldados campesinos, cuyas familias podían vivir de lo que producía el campo en caso de necesidad. La tasa de alfabetización también resultaba ligeramente más alta entre los marineros que entre los soldados, hasta un 84 por ciento en la flota del Báltico, porque los hombres debían poder leer manuales de instrucciones; pero, al saber leer, también podían consultar los panfletos políticos. Durante las broncas políticas del otoño de 1915, había habido un motín en la flota del Báltico a bordo del buque de guerra *Gangut*, que se encontraba anclado en el puerto de Helsingfors (Helsinki). Al igual que en el caso del acorazado *Potemkin*, el motín había comenzado con una protesta por la calidad de la comida que desembocó en una escalada de violencia. Sin embargo, a diferencia de los amotinados de 1905, los del *Gangut*, unos 95 en total, acabaron acorralados rápidamente y se rindieron en cuanto los submarinos rodearon la nave[143].

Otra diferencia con respecto a 1905 fue que la flota del mar Negro, escenario del motín del *Potemkin*, se encontraba en mucha mejor forma y la moral estaba más alta que entre los marineros de la flota del Báltico. En 1905, la flota del mar Negro había estado condenada a la inactividad en Extremo Oriente debido a la convención de los Estrechos, pero, entre 1914 y 1917, el mar Negro fue un escenario naval activo en el que los rusos llevaron la voz cantante. En 1916, los rusos habían hundido 4 submarinos alemanes, 3 torpederas turcas, 3 cañoneras otomanas y 16 medios de transporte de vapor y remolcadores, además de 3000 carboneros flotantes. Había mucha acción, llevada a cabo con gran éxito, y los problemas de disciplina de 1905 se convirtieron en un lejano recuerdo[144].

El escenario del Báltico, en cambio, permaneció tranquilo durante la guerra mundial, pues la mayoría de los buques hicieron poco más que mantenerse de guardia por si los alemanes pretendían pasar, algo que hasta el momento no había ocurrido. La flota «hibernó» literalmente durante los largos meses de invierno, de noviembre a abril, cuando los puertos se encontraban helados. La ociosidad nunca propicia la disciplina en el caso de un gran cuerpo de hombres armados y esto resultó ser especialmente cierto en la flota rusa del Báltico. El punto más sensible era la base naval de Kronstadt, en la isla Kotlin, que custodiaba la entrada al golfo de Finlandia, a 32 kilómetros al oeste de Petrogrado. Con los años, Kronstadt había adquirido fama de radical, en parte debido a que había prisiones de la marina junto a unas pocas fábricas y en parte porque, al estar tan cerca de Petrogrado, resultaba cómoda para los agitadores políticos. El gobernador general de Kronstadt entre 1909 y 1917, el almirante R.N. Viren, era un conocido defensor de la disciplina, cuya estricta aplicación de las normas que vedaban el acce-

so a bares y restaurantes a los marineros disgustaba a muchos. También debe destacarse la variedad étnica que caracterizaba al cuerpo de oficiales, compuesto, sobre todo, por «nobles alemanes del Báltico» (*ostzeiskie*) con apellidos como Körber, Keyserling, Grünewald, Stark o Graf. Teniendo en cuenta la paranoia antigermana que se había apoderado de la capital, estos oficiales tenían buenas razones para mirar a sus hombres con recelo. Todos estos factores resultaron ser leña seca en la flota del Báltico, pero, hasta entonces, a excepción del motín del *Gangut*, con el que se acabó rápidamente, no había saltado aún ninguna chispa[145].

Como demuestra la diferencia entre la moral del mar Negro activo y la de las flotas del Báltico inactivas, no parecía haber peligro potencial en el frente, sino entre las tropas inactivas de la retaguardia, como en Petrogrado, donde se hacinaban miles de reclutas en periodo de entrenamiento en barracas repletas. Petrogrado también albergaba cientos de fábricas, como Kronstadt, pero a una escala mucho mayor. Algunos de sus barrios obreros, como Víborg y la isla Vasilievski, eran sinónimo de radicalismo.

Sin embargo, la idea de un populacho obrero desquiciado por la continuada subida del precio del pan que hemos extraído de las historias populares no se ajusta a la realidad. A principios de 1917 existían pocos signos de incipientes problemas laborales en Rusia. En mayo y junio de 1916 habían salido a la calle cerca de 200 000 trabajadores durante un tiempo medio de 6,5 días. Sin embargo, en noviembre y diciembre, hubo muchas menos huelgas: solo se manifestaron unos 30 000 trabajadores durante un tiempo medio de 2,5 días. Desde 1905 había habido en Petrogrado huelgas de apoyo casi todos los años en el aniversario del *domingo sangriento*, pero las de 1917 fueron de menor magnitud que las de 1916. Resulta muy interesante que el Ministerio de Asun-

tos Exteriores alemán financiara con un millón de rublos las huelgas de enero de 1916 y que, en 1917, decidiera no hacerlo. El abastecimiento de Petrogrado era suficiente y mejoraba, aunque distara mucho de ser perfecto. Ni un solo día de enero o febrero de 1917 cayeron las reservas de harina de la ciudad por debajo de lo necesario para 12 días[146].

Lo cierto es que nadie tenía ni idea de lo que estaba a punto de ocurrir en Petrogrado: ni los soldados del frente, ni el zar y sus consejeros, ni la sociedad liberal, ni los embajadores aliados, ni los *agents provocateurs* alemanes que habían financiado las huelgas de 1916, ni Lenin en Suiza, ni, a juzgar por la estabilidad de los valores, los millones de extranjeros que en París, Londres y Nueva York habían invertido dinero en el régimen zarista. En el invierno de 1917, la mayoría de los habitantes de Petrogrado no hablaban de la escasez del pan ni de la posibilidad de que hubiera disturbios populares en las calles en una ciudad donde el frío era tan cortante que pocos se aventuraban fuera de casa durante mucho tiempo. Los chismorreos políticos, que la Ojrana recibía con recelo, versaban sobre las conspiraciones contra el trono.

No es que resultara evidente que alguna de esas intrigas fuera a tener éxito. La trama de Lvov se había esfumado y la policía conocía a la perfección los planes de Guchkov. Los «grupos obreros» del Comité de las Industrias de Guerra (CIG) que, en ausencia de los líderes veteranos exiliados de bolcheviques y mencheviques, constituían la única plataforma de agitación socialista real contra el régimen estaban llenos de infiltrados de la Ojrana que los tenía muy vigilados. Es cierto que el líder menchevique del Grupo Central de Trabajadores de Petrogrado, K. A. Gvózdev, que mantenía estrechos lazos con el CIG de Guchkov, hizo un llamamiento a la huelga en fechas tan tardías como finales de

enero de 1917: quería convocar una manifestación delante del palacio Táuride cuando se reuniera la Duma en febrero y defendía «el fin definitivo del régimen autocrático». Sin embargo, Gvózdev fue arrestado rápidamente por orden de Protopópov junto con otros ocho líderes (la mayoría mencheviques) del Grupo Central de Trabajadores. Aunque se suele considerar un gran error, también podríamos llegar a la conclusión de que este paso decisivo de Protopópov demostraba que el régimen, supuestamente moribundo, había tomado la medida a sus enemigos en febrero de 1917[147].

Al parecer, los altibajos de la política rusa de los años de guerra habían dado un nuevo giro. Los ejércitos rusos y los de sus aliados se encontraban listos para enfrentarse esa primavera a unas potencias centrales muy sobrepasadas. La moral de los soldados estaba alta y el gobierno zarista parecía preparado para otra sorprendente recuperación; pero esta vez al zar se le había acabado la suerte.

6

UN CLARO EN LA TORMENTA

Lo que transformó el escenario político ruso en febrero de 1917 resultó ser algo de lo más natural e inesperado: el tiempo cambió. Tras casi dos meses de un frío severo, al día siguiente de la salida hacia el frente del zar (que iba tranquilo porque no tenía conciencia de que peligraba su trono)[ex3], el 22 de febrero/7 de marzo de 1917, el mercurio subió de pronto hasta alcanzar los 8 grados centígrados. También salió el sol y el buen tiempo se prolongó durante cinco días. De forma casual, este tiempo más propio de la primavera empezó en el Día Internacional de la Mujer, de inspiración socialista (23 de febrero), y convirtió las manifestaciones en una continua fiesta callejera; miles de vecinos de la ciudad salieron a la calle para disfrutar de su primer paseo en semanas[148].

Al principio la atmósfera era festiva y relativamente pacífica. Aunque patrullaban numerosos destacamentos de caballería cosaca y de policía, pocos se sentían inclinados a meterse con la multitud de mujeres que, al parecer, se manifestaban sobre todo por conseguir un pan más barato, algo en lo que estas jugaban un papel destacado. A los funcionarios de la ciudad les impresionó lo multitudinarias que eran las manifestaciones del 23 de febrero, que atrajeron a 90 000

o 100 000 personas debido a que en las fábricas Putílov se había iniciado una huelga cinco días antes. Les preocupaba la reticencia a intervenir de los cosacos, pero no se tenía la sensación de que la situación fuera violenta o amenazadora. Frank Golder, un historiador estadounidense que acababa de llegar a Petrogrado, dedicó la mayor parte de ese día a trabajar en los archivos. Esa noche anotó en su diario: «Debido a las protestas bajo el lema "no hay pan" o "pan en mal estado" se han sucedido los desórdenes en la ciudad y los coches han dejado de circular»[149].

El estado de ánimo de los manifestantes empeoró el viernes 24 de febrero, cuando acudieron a la huelga más trabajadores y se unieron a las multitudes de la avenida Nevski elementos más violentos de Víborg y de la isla Vasilievski (donde había escasez de pan debido a la falta de combustible en las panaderías): en total, unas 160 000 personas. La policía y los cosacos bloquearon los puentes para evitar que los cruzaran, pero la gente pasaba andando sobre el río Nevá helado. Valdímir Zenzinov, un político del Partido Social-Revolucionario (PSR), curtido en varias batallas, a quien habían arrestado durante la revolución de 1905, observó: «Formaron cadenas de soldados en muchos puntos; obviamente, su deber era evitar que la gente siguiera avanzando, pero hicieron muy mal su trabajo»[150].

En aquel momento no parecía en absoluto que el pujante movimiento de protesta contara con algún tipo de dirección política. «La multitud», observó Golder tras pasear por las calles el viernes por la tarde, «no daba la impresión de estar organizada; era una multitud variopinta compuesta por hombres y mujeres, estudiantes, chicos, chicas y obreros. Uno o dos portaban banderas rojas». Golder dejó constancia de la interesante forma de actuar de los imitadores de Miliukov (el diputado kadete se había convertido en una cele-

bridad nacional gracias a su discurso «traición o estupidez») que iban por ahí «agitando al obrero». La Rusia liberal aún no se encontraba en armas. *Nóvoie Vremia*, el órgano octubrista de Alexandr Guchkov y sus aliados, publicó ese día una directiva del teniente general Serguéi Jabálov, comandante del distrito militar de Petrogrado, en la que aseguraba al pueblo: «Hay harina suficiente en Petrogrado y llegan cargamentos a la ciudad de forma ininterrumpida». El periódico de los kadetes de Miliukov, *Rech*, señaló: «Las reservas de harina de la ciudad nos han permitido pasar lo peor [...], ahora el número de carros que acuden a la capital con harina se ha incrementado hasta el punto de que habría que considerar que el temor no tiene ningún fundamento». El presidente de la Duma, Rodzianko, señaló en una entrevista celebrada en mayo de 1917 que, según sus múltiples y variadas «fuentes de información», a finales de febrero «no había escasez de alimentos»[151].

La tensión aumentó el sábado 25 de febrero. Para entonces prácticamente todos los obreros de todas las fábricas de la ciudad habían salido a la calle en lo que se convirtió en una huelga general espontánea. Las multitudes eran enormes: el ministerio del Interior dio cifras de 200 000 personas. Hasta los periódicos estaban cerrados por la huelga, de manera que dejó de publicarse información con regularidad. Hubo rumores para todos los gustos: se dijo que por la noche había corrido la sangre en varios puntos de la ciudad, incluido el bazar cubierto denominado Gostini Dvor, donde habían muerto tres personas y habían resultado heridas otras diez. En Víborg se decía que habían tirado del caballo al jefe de distrito de la policía y que le habían pegado una paliza «con palos y un gancho de hierro». Sobrevivió milagrosamente y lo llevaron a un hospital militar. Cerca de la estación Nikoláievski, los cosacos mataron a hachazos a un

inspector de la policía, al parecer porque este había abierto fuego contra ellos cuando se negaron a obedecer sus órdenes de dispersar contra los manifestantes. Casi todos los testigos oculares, incluido Golder, hablan de la reticencia de los cosacos a dispersar a los manifestantes, lo que no casa en absoluto con lo que todos recordaban de 1905 (las razones siguen siendo un misterio, aunque conviene destacar que las unidades de caballería cosacas que se encontraban en el frente no usaban el odiado látigo de cuero utilizado tradicionalmente para mantener bajo control a las multitudes). El sábado por la tarde los manifestantes del distrito de Víborg prendieron fuego a una comisaría de policía. Sin embargo, pese a ciertos signos amenazantes de radicalización y de la conducta extrañamente pasiva de los cosacos, no se tenía la sensación de que las autoridades hubieran perdido el control de la ciudad. No había barricadas, ni encarnizadas luchas ni masacres; desde luego, no era nada parecido al *domingo sangriento*[152].

En cuanto a los «verdaderos» motivos de los manifestantes solo podemos hacer conjeturas. La mayoría de los testigos oculares coinciden en que los sentimientos contrarios a la guerra tampoco se habían agudizado de manera especial. Después de todo, la línea básica seguida por los críticos liberales todo el invierno, de Miliukov a Guchkov y Rodzianko (la misma que había sido adoptada por el líder socialista revolucionario Kérenski de forma un poco más estridente), se basaba en la idea de que el régimen no era más que un avispero de derrotistas y traidores proalemanes. Eso distaba mucho del pacifismo. Aunque no todos estaban de acuerdo con la postura favorable a la guerra de los liberales, pocos se oponían a ella abiertamente. Según Vladímir Zenzinov, el veterano socialista revolucionario de la revolución de 1905, la colocación de una pancarta en la que se leía

«¡Abajo la guerra!» en la plaza Známenskaia, en la tarde del sábado, «suscitó protestas por parte de la multitud y fue retirada al momento». El pacifismo estaba tan fuera de lugar en el ambiente imperante que Miliukov, poco después de este episodio, dijo a Kérenski que, en su opinión, las pancartas de «¡Abajo la guerra!» las habían pagado los alemanes (algo plausible, aunque carecía de pruebas, y que Kérenski, defendiendo el «honor» de los revolucionarios, negó de forma vehemente). Hubo otra pancarta que reflejaba mucho mejor el clima político del momento: «¡Abajo la alemana!» (es decir, la zarina Alejandra, nacida en Hesse)[153].

Al día siguiente, el régimen devolvió el golpe. Aunque los telegramas sobre los disturbios de Petrogrado enviados a Moguilov por Jabálov, comandante militar del distrito, y por Protopópov, ministro del Interior, se habían edulcorado para no alarmar al zar, Nicolás II había recibido noticias más alarmantes de su mujer (incluido un telegrama que pronto sería tristemente famoso en el que calificaba a los manifestantes de «vándalos») y del comandante del palacio de Tsárskoie Seló. No sabemos si el zar se basó en estos informes o en su propia intuición, pero mandó un telegrama a Jabálov el sábado por la tarde «en el que le ordenaba» que pusiera fin «hoy mejor que mañana a unos disturbios en las calles de la capital que resultan inadmisibles en estos tiempos difíciles en los que nos encontramos en guerra con Austria y con Alemania». Jabálov ordenó a sus hombres que se prepararan para hacer frente a las masas violentas al amanecer. Debían hacerlo según la «regulación vigente», que estipulaba que había que dar tres señales de alerta antes de abrir fuego; los grupos más pequeños podían ser dispersados con simples cargas de caballería.

La mañana del domingo 26 de febrero las tropas de Jabálov se dispersaron por la ciudad con equipos de combate.

Arrestaron a unos cientos de los agitadores políticos más conocidos de la ciudad, incluidos los miembros del Grupo Central de Trabajadores que habían escapado la última vez a la redada de Protopópov. Para evitar que elementos radicales de Víborg o de la isla Vasilievski llegaran al centro de la ciudad, se levantaron los puentes sobre el Nevá (aunque eso no evitó que almas intrépidas cruzaran el río que las altas temperaturas aún no habían deshelado). En torno al mediodía se oyeron disparos sueltos en la avenida Nevski y en algunos otros lugares. Fue el ejército, no la policía, quien disparó sobre la multitud y gran parte de la acción la llevó a cabo el regimiento de la guardia Pavlosvski. El encontronazo más importante tuvo lugar en la plaza Známenskaia, donde dos compañías sin experiencia del regimiento de la guardia Volinski dispararon a la multitud, mataron a unas 40 personas e hirieron a otras tantas. Al atardecer, la ciudad volvía a estar en calma. Satisfecho, el zar Nicolás II autorizó al príncipe Golitsin que entregara a Rodzianko el decreto que disolvía la Duma; este lo recibió justo antes de la medianoche. En un comunicado policial se informó: «Se ha restaurado la paz»[154].

Fue un anuncio prematuro. Aunque las calles permanecían en calma, la guarnición militar estaba inquieta. Empezaron a surgir los primeros indicios de amotinamiento entre los hombres que habían formado parte de las unidades de represión de las masas el domingo. Algunos manifestantes cruzaron hasta los barracones de la guardia Pavlosvski para protestar con los soldados que no estaban de servicio sobre la conducta de las compañías que habían actuado, lo que dio lugar a una pequeña manifestación. Aunque no murió ningún oficial, los hombres decidieron no volver a obedecer las órdenes de disparar sobre los manifestantes. Corrió el rumor y los regimientos de la guardia de las cercanas Preobra-

zhenski y Litovski decidieron hacer lo mismo. La reacción de las compañías del regimiento de la guardia Volinski que habían abierto fuego sobre la multitud reunida en la plaza Známenskaia fue más grave. Muchos hombres estaban horrorizados por el derramamiento de sangre que habían desatado y culparon a su comandante en jefe, el mayor Lashkévich, que fue duramente injuriado esa noche. La mañana del lunes 27 de febrero hubo un enfrentamiento entre Lashkévich y sus hombres y uno (o algunos de ellos) lo mató de un disparo. Sean cuales fueren las circunstancias, el asesinato de un comandante, como el linchamiento en el acorazado *Potemkin* en 1905, hacía presagiar un motín. La lógica era simple: aunque solo estuvieran implicados unos cuantos, los hombres sabían que se les consideraría responsables en conjunto, de manera que cerraron filas con los amotinados tanto por solidaridad como por su propio interés[155].

Las noticias se extendieron como un reguero de pólvora por las guarniciones, que una tras otra (aunque no todas) se fueron sumando a los amotinados. Los soldados campesinos tenían buenas razones para quejarse: los habían reclutado hacía poco y los habían hacinado como sardinas en barracones improvisados en la capital, donde 160 000 soldados vivían en espacios pensados para albergar a 20 000. Sin embargo, a juzgar por lo decidido en ese momento, lo que realmente hizo cambiar de actitud a la mayoría de los soldados el 27 de febrero fue el linchamiento de Lashkévich y la ineficaz reacción de la comandancia del ejército de Petrogrado. En vez de someter a juicios militares sumarísimos a los regimientos amotinados de Pávlovski y Volinski, Jabálov dudó, perdió los nervios en una circunstancia crucial e incluso desapareció brevemente. Su ayudante, el general M.I. Zankévich, reunió a las tropas leales ante las puertas del palacio de Invierno e insufló palabras de ánimo, pero no dio

ninguna orden a sus hombres y dejó volver a sus barracones a aquellos que así lo quisieran. Un intrépido comandante del batallón de ciclistas, el coronel Balkashin, reunió a una guardia de soldados leales en torno a sus barracones en la avenida Sampsonievski y envió emisarios al cuartel general del ejército para pedir instrucciones, pero estos nunca regresaron. En la tarde del martes, los barracones de la avenida Sampsonievski estaban rodeados por los amotinados. Balkashin se dirigió a ellos alegando que sus hombres no habían disparado sobre los manifestantes: recibió una bala en el corazón como respuesta[156].

El motín progresaba. No todas las unidades se amotinaron a la vez ni por las mismas razones, pero ese lunes 27 de febrero la historia fue similar en todo Petrogrado. Los soldados ejercían una poderosa presión sobre sus iguales y también contaba la presencia de mujeres jóvenes, de manera que cada hora más y más soldados dejaban (o vendían) sus armas, se ponían cintas rojas y se unían a las masas. Frank Golder rememora la escena en la avenida Nevski en su diario: «Chicas estudiantes hablaban con los soldados, les ofrecían comida y les enseñaban a cantar "La marsellesa" [...], un vándalo con una espada estaba sentado a horcajadas sobre el motor de un automóvil, unas dos docenas de soldados con una chica estudiante en su centro se levantaron [] y todos ondearon la bandera roja. Algo flota en el aire»[157].

El frágil orden que el domingo habían logrado imponer los soldados leales con un gran coste humano dio paso a una intensa anarquía el lunes, que acabó siendo aún más sangriento. Comisarías de policía fueron atacadas e incendiadas, se linchó a policías uniformados, se saquearon tiendas y mercados y se asaltaron tanto el arsenal como la Administración Central de Artillería para conseguir armas. También murieron docenas de revolucionarios, muchos de

ellos por accidentes provocados por armas de fuego, porque los soldados que desertaban tiraban sus armas a la calle. La liberación de unos 8000 presos de las prisiones de la ciudad tampoco ayudó, pues la mayoría eran empedernidos criminales a los que habían encarcelado por buenas razones. Obviamente estos hombres disfrutaron especialmente del saqueo y de la quema de comisarías de policía; otros atracaron licorerías o invadieron las casas de gente acomodada, para robar y violar. Un profesor retirado, que llevaba décadas apoyando causas radicales, salió a la calle para celebrar la llegada de la revolución, pero le rompieron las gafas y le robaron el reloj de oro. El triunfo más significativo de las masas revolucionarias fue el asalto al cuartel general de la Ojrana, a orillas del canal Moika, a última hora del lunes por la tarde. Hicieron una gran hoguera con los archivos secretos de la policía (se sospechaba que había sido obra de los informantes de la Ojrana). Cuando cayó la noche de ese lunes 27 de febrero, el director del museo del Hermitage escribió en su diario: «La ciudad reverbera con los ruidos más aterradores: cristales rotos, gritos y disparos». Con las banderas rojas ondeando en el Ministerio del Interior y en la Ojrana, al menos en Petrogrado, el derrumbe del régimen zarista parecía evidente[158].

Lo que resultaba más difícil de dilucidar ahora era quién controlaba la ciudad. Como la prensa se encontraba en huelga, no había noticias ni se publicaban anuncios oficiales. La última medida adoptada por el gobierno había sido la disolución de la Duma, notificada a Rodzianko a última hora del domingo 26 de febrero. Sin embargo, Rodzianko ya había colocado una carga de profundidad en la proa del gobierno al enviar un mensaje al zar a primera hora de la tarde del domingo, en el que le alertaba de que Petrogrado se hallaba en «estado de anarquía», con «tiroteos en las ca-

lles» y con las «tropas disparándose entre ellas». Rodzianko aconsejaba a Nicolás II hacer lo previsible: nombrar inmediatamente un «gobierno que gozara de la confianza de la opinión pública», pero el zar también hizo lo previsible: no seguir su consejo. Comentó a uno de sus ayudantes: «El gordo de Rodzianko ha vuelto a escribirme para contarme todo tipo de tonterías a las que no voy a tomarme la molestia de contestar». Sin embargo, el lunes por la tarde, cuando el zar comenzó a oír de otras fuentes que las masas estaban fuera de control, el «gordo» de Rodzianko empezó a parecer un profeta, igual de capaz o de incapaz que los demás de controlar la situación. Cuando por fin se reunió el Consejo de Ministros en el palacio Mariinski, a las cuatro de la tarde del lunes 27 de febrero, para hablar de la crisis, nadie quiso hacerse cargo del problema. Protopópov ofreció suicidarse como concesión a los manifestantes, pero declinaron su oferta. Golitsin propuso su dimisión, pero nadie quería ocupar su puesto[159].

Rodzianko tomó las riendas. No le habían salpicado acciones abiertamente sediciosas como las emprendidas por los conspiradores Guchkov y Lvov y era el único miembro de la oposición en quien el zar hasta cierto punto confiaba. Rodzianko estaba mejor situado que Lvov, Miliukov o Guchkov; era el rostro de la «cámara baja» y todos los que asistían a sus sesiones conocían su robusta figura y su majestuosa voz de bajo. De ahí que fuera, si lograba convencer al soberano de Rusia de que aceptara un gobierno que gozara de la confianza de la opinión pública, el candidato ideal para presidirlo. El domingo 26 de febrero el zar se negó; pero el lunes por la tarde la situación había cambiado y Rodzianko tenía buenas razones para creer que había llegado su momento. Envió a Nicolás II otro telegrama a Moguilov en el que decía: «Mañana será demasiado tarde. Ha llegado

la hora final, en la que se decidirá el destino del país y de la dinastía»[160].

El lunes, mientras Rodzianko esperaba una respuesta del emperador, con el caos adueñándose de las calles, los líderes más antiguos de los partidos de la Duma convocaron un Senioren-Convent (o consejo de ancianos) en una sala semicircular que había junto al salón principal del palacio Táuride. Como el zar había disuelto la Duma de la noche a la mañana, la situación parecía similar a la de la famosa sala del «Juramento del Juego de pelota (*Serment du Jeu de paume*)» de 1789, durante la Revolución francesa, celebrado allí al encontrarse cerradas las puertas del palacio de Versalles. En Rusia, nadie había ordenado cerrar las puertas, pues no existía un gobierno en funciones que cursara la orden. Los dirigentes de los partidos se reunieron en secreto y no en público, porque la mayoría temían que los acusaran de haber participado en un acto de insubordinación contra el zar. Algunos líderes de partidos de izquierdas, entre ellos Kérenski y A. A. Bublikov, cabeza del partido progresista, querían presentarse «abiertamente» y sumarse a la revolución, pero Lvov, Miliukov y Rodzianko les convencieron para que desistieran de ello. Hacia la medianoche del lunes 27 de febrero los «ancianos» decidieron crear un comité provisional de la Duma al que encargaron «el restablecimiento del orden en la capital y la toma de contacto con diversas instituciones e individuos»[161].

En Moguilov Nicolás II se enfrentaba a una decisión durísima. La tarde del lunes 27 de febrero, el general Alexéiev se había enterado por Rodzianko y Beliáiev, ministro de la Guerra, de que el motín de Petrogrado se encontraba fuera de control. El lunes por la tarde Alexéiev recibió un desesperado telegrama de Jabálov, en el que este último confesaba que había perdido el control de la guarnición y pedía que

se enviaran tropas fiables desde el frente. El príncipe Golitsin mandó otro telegrama al zar desde el palacio Mariinski a las dos de esa tarde; en él respaldaba la sugerencia de Rodzianko de solicitar la dimisión al Consejo de Ministros y crear un Ministerio de la Duma que gozara de la «confianza pública». Además, sugería que se nombrara un dictador militar popular para Petrogrado, con autoridad para acabar con los disturbios callejeros por la fuerza.

Aunque el zar se resistía a crear un Ministerio de la Duma, se mostró más dispuesto al recibir la propuesta de Golitsin. Entre las diez y las once de la noche del lunes, Nicolás II y el general Alexéiev decidieron enviar a Petrogrado dos regimientos de caballería y dos de infantería procedentes del frente oeste y del frente norte. El zar eligió para dirigir esta difícil misión a N. I. Ivánov, un general muy popular y carismático que se había labrado un nombre en el frente de Galitzia y que había sofocado un motín de soldados durante la revolución de 1905. Ivánov partió al frente del batallón San Jorge, equipado con ametralladoras, y se dirigió a la capital tras pasar por Tsárskoie Seló, donde dejaría una guardia para garantizar la seguridad de la familia imperial. Como sus hijos tenían sarampión y no se encontraban en condiciones de viajar, el zar decidió acudir a Tsárskoie Seló. A las cinco de la mañana del martes 28 de febrero el tren imperial salió de Moguilov, precedido por otro armado a modo de escolta, y se dirigió hacia Tsárskoie Seló por una tortuosa ruta que transcurría por el este a través de Smolensk. Así dejaba libre la ruta principal de Moguilov a Tsárskoie Seló (vía Vitebsk) para Ivánov y su tren lleno de soldados que partió a las once de la mañana[162].

En vista de los desconcertantes acontecimientos que estaban teniendo lugar en Petrogrado, la decisión de retrasar la llegada del zar a Tsárskoie Seló tuvo funestas consecuen-

cias. Si hubiera vuelto a casa por la ruta directa (la utilizada por Ivánov, que llegó 22 horas después sin novedad), el soberano habría estado allí a las tres de la madrugada del miércoles 1 de marzo; habría podido abrazar a sus adorados hijos y a su terca, pero afectuosa, esposa Alejandra, que le habría ayudado a reponerse. En cambio, el hombre más importante de Rusia perdió un día crucial en una serpenteante ruta ferroviaria, sin ningún contacto con su mujer, con los generales de Moguilov o con los políticos de Petrogrado (las autoridades de los lugares donde paraba el tren le informaban de las novedades). Lo que el zar ignoraba era que los generales y los políticos de Petrogrado no sabían si apostar por el trono o por los revolucionarios y conspiraban a sus espaldas.

Todo el mundo hablaba del presidente de la Duma estatal. Durante el lunes, mientras intentaba evitar que los «ancianos» de la Duma emprendieran acciones irreversibles contra el trono, Rodzianko conspiraba en secreto con Golitsin para derrocar a Nicolás II e imponer una regencia presidida por el hermano del zar, el gran duque Miguel (que, oportunamente, se encontraba en Petrogrado), hasta la mayoría de edad del zarévich Alejo. En la tarde del lunes el gran duque Miguel había accedido a regañadientes y a condición de que el zar Nicolás II diera su consentimiento antes. A las diez y media de la noche del lunes, Miguel Románov llamó por teléfono al general Alexéiev, que se encontraba en la Stavka, y le comunicó sus condiciones para asumir la regencia; Alexéiev informó de ellas a Nicolás II. Mientras el zar reflexionaba, llegó otro telegrama del príncipe Golitsin, en el que reiteraba la sugerencia de Rodzianko de que nombrara un gobierno que «gozara de la confianza de la opinión pública». Alexéiev, que llevaba todo el día recibiendo malas noticias de Petrogrado, parecía abatido. Apenas se

tenía en pie por la fiebre y rogó a su soberano «de rodillas» que, ya que no estaba dispuesto a abdicar (como proponía el gran duque Miguel), al menos aceptara la propuesta de Golitsin de crear un ministerio bajo la dirección de la Duma. Incapaz de decidirse en conciencia por cualquiera de ambos modos de actuar, que suponían romper el juramento que hiciera al aceptar su cargo, el zar se negó y decidió viajar a Tsárskoie Seló para tomar las riendas de la situación[163].

Teniendo en cuenta que quienes habían jurado defender Petrogrado se habían derrumbado, es difícil reprochar al zar que quisiera ver todo por sí mismo y enviar tropas de confianza a la ciudad. A las ocho de la mañana del martes 28 de febrero, Jabálov telegrafió a Alexéiev para decirle que podía contar solo con 500 soldados de infantería y con 600 de caballería de toda confianza. La única idea provechosa que tuvo Protopópov fue la de suicidarse. El gran duque Miguel, posible heredero al trono, era un hombre tan inseguro que, tras salir del palacio Mariinski, después de concluir la reunión del Consejo de Ministros, intentó marcharse a su dacha esa misma noche, pero se encontró con que el último tren ya había partido. En vez de unirse a su colega conspirador Rodzianko (que permaneció en el palacio Táuride, cuartel general de la incipiente revolución), el gran duque Miguel se dirigió hacia la medianoche al palacio de Invierno y exigió a los generales Jabálov y Beliáiev (ministro de la Guerra) que sus tropas no abrieran fuego contra nadie «desde la casa de los Románov», lo que suponía un problema para la defensa del propio palacio. El único lugar realmente seguro era el edificio del Almirantazgo, donde pidieron a las tropas leales a Jabálov que depusieran sus armas. El fin del régimen zarista ciertamente fue poco glorioso[164].

Aunque el régimen se marchitaba, Rodzianko y el resto de revolucionarios del palacio Táuride, rodeados de amoti-

nados díscolos de dudosa lealtad, temían que entraran las tropas leales al zar y los arrestaran. Estarían justificadas para hacerlo en vista de lo que ocurría en el interior del edificio. Aparte de la reunión del Senioren-Convent de la Duma tenía lugar otra de un cuerpo más radical que se denominaba a sí mismo, siguiendo el precedente de 1905, «comité ejecutivo provisional» del Sóviet de los Diputados de Obreros de Petrogrado. Celebraba un encuentro en las salas 12 y 13 del palacio Táuride, bajo la presidencia de Nikolái S. Chjeidze y de Matvéi I. Skóbelev, dos diputados mencheviques. El lunes por la tarde este sóviet se radicalizó aún más tras la llegada de Gvózdez, líder del Grupo Central de Trabajadores, que acababa de salir de prisión, del abogado menchevique N. D. Sokolov y de un enérgico bolchevique, organizador clandestino, llamado Alexandr Shliápnikov. Chjeidze y Skóbelev empezaron a expedir «decretos del sóviet» junto con el más conocido agitador de los socialistas revolucionarios de la Duma, Alexandr Kérenski, a quien invitaron a formar parte de una presidencia tripartita. El más importante concernía al nombramiento de una comisión militar encabezada por el coronel Serguéi D. Mstislavski (S. D. Maslovski), un antiguo veterano de los socialistas revolucionarios muy popular entre las tropas acantonadas en Petrogrado, el cual, como excampesino, se encontraba totalmente entregado a los socialistas revolucionarios.

Aunque se cursaron peticiones a las fábricas y unidades del ejército para «elegir» a los diputados de este nuevo sóviet, el «comité ejecutivo» que lo dirigía no era más que un cuerpo revolucionario que se había proclamado a sí mismo, una creación *sui generis*. Su existencia supuso una presión enorme para Rodzianko y los «ancianos» del consejo. Eclipsados por los mencheviques y por Kérenski (quien, para mayor confusión, retuvo su escaño en el «consejo de ancia-

nos», aunque había asumido el liderazgo del sóviet), el lunes por la noche los «ancianos» se vieron literalmente relegados a la parte de atrás del edificio, a las salas 41 y 42, junto al despacho de Nikolái Nekrásov, diputado de izquierdas de los kadetes (y Gran Maestre de los masones). Tras pasar gran parte del día conspirando sin soltar el telégrafo, Rodzianko apareció súbitamente, justo antes de medianoche, en la sala 41 para anunciar la creación de un nuevo comité ejecutivo de la Duma estatal, que al parecer iba a supervisar al «comité para el restablecimiento del orden en la capital y la toma de contacto con instituciones e individuos», cuya fundación se había anunciado con anterioridad. Para arrebatar a los sóviets el control de la guarnición de Petrogrado, Rodzianko anunció que B. A. Engelhardt (diputado del partido centrista), un coronel retirado de la Stavka que estaba de permiso y uno de los mejores expertos militares de la Duma, ostentaría el mando del distrito militar de Petrogrado. En una dramática escena, el abogado menchevique N. D. Sokolov, enviado por el sóviet a la sala 41 para vigilar a los «ancianos», afirmó desafiante que ya se había elegido a Mstislavski (Maslovski), que contaba con «un Estado Mayor perfectamente operativo». «¡De ninguna manera, caballeros!», replicó Rodzianko, «puesto que nos han obligado ustedes a intervenir en este asunto, se limitarán a obedecer». Aunque Mstislavski (Maslovski) aceptó el nombramiento de Engelhardt como presidente de la comisión militar y prometió trabajar con él, Sokolov abandonó la sala mientras retaba a Rodzianko a enfrentarse a la autoridad del sóviet[165].

El presidente de la Duma estuvo a la altura de las circunstancias. A las dos de la madrugada del 28 de febrero, Rodzianko publicó (en *Izvestia*, una especie de diario de la revolución que editaban en el palacio Táuride periodistas afines) su primer decreto, en el que hacía un llamamiento a

los «habitantes de Petrogrado» para que protegieran «los telégrafos, el suministro de agua, las centrales eléctricas, los tranvías y los edificios oficiales del gobierno». En otro decreto, expedido en nombre de Rodzianko unas horas más tarde, se afirmaba que «el comité provisional de la Duma estatal» (de nueva creación) «se debatía con las difíciles condiciones del caos interno generado por el antiguo gobierno e iba a tomar las riendas de la restauración del Estado y del orden público». Estos anuncios no dejaban de ser bastante contradictorios, pero tenían algo en común: se proclamaban en nombre «de Mijaíl Rodzianko, presidente de la Duma estatal»[166].

El sóviet era *sui generis*, pero ni en las leyes fundamentales rusas de 1906, ni en los estatutos de la IV Duma, elegida en 1912, existía ninguna disposición que dotara a Rodzianko, su presidente, de autoridad para expedir decretos de gobierno, ni siquiera «provisionales». Al igual que Chjeidze y compañía en el sóviet, iba haciendo todo sobre la marcha. Conservamos muy pocos de los telegramas que Rodzianko envió a Alexéiev a la Stavka el 28 de febrero, pero podemos adivinar su contenido si atendemos al enviado por el propio Alexéiev, el martes por la noche, al oficial al mando del batallón San Jorge, general Ivánov, para solicitarle que pospusiera la misión militar de castigo, debido a que «según informes privados (por ejemplo, de Rodzianko), Petrogrado había recuperado la calma el 28 de febrero y se había llamado al orden a las tropas que habían protestado a espaldas del gobierno provisional. El gobierno provisional *bajo la presidencia de Rodzianko* se reúne en la Duma estatal y ha invitado a presentarse a los comandantes militares para recibir instrucciones sobre el mantenimiento del orden». Curiosamente, Alexéiev dijo a Ivánov que el llamamiento al pueblo de Rodzianko hacía hincapié en la importancia de

«mantener el principio monárquico en Rusia», aunque en ninguno de los comunicados públicos de Rodzianko publicados en *Izvestia* se mencionara nada parecido[167].

Rodzianko no había hecho más que empezar. Mientras aseguraba a Alexéiev en privado que era leal a la monarquía, nombró a A. A. Bublikov, el líder radical del partido progresista, ministro de Transportes (responsable de los ferrocarriles, así como de las líneas telegráficas que transcurrían parejas a las vías), un cargo crucial en tiempos de guerra. En aquellos momentos aún lo era más, puesto que los trenes del zar y de Ivánov iban a converger en Tsárskoie Seló procedentes de diferentes direcciones. A las cuatro de la tarde del martes 28 de febrero comunicaron a Nicolás II que las órdenes en relación con los ferrocarriles las daba Bublikov desde el Ministerio de Transportes y las firmaba Rodzianko. La información se confirmó en seguida, cuando Rodzianko ordenó que condujeran el tren del zar directamente a Petrogrado sin pasar por Tsárskoie Seló. En otro telegrama enviado el martes a Chelnokov (alcalde de Moscú), Rodzianko declaró: «El antiguo gobierno ya no existe. El ministro del Interior ha sido arrestado. El poder reside ahora en el comité de la Duma estatal que yo presido». Aseguró a Chelnokov que los soldados de Petrogrado habían aceptado la nueva autoridad y que se había restablecido el orden. Luego pidió al alcalde que ordenara al general I. I. Mrozovski, comandante del distrito militar de Moscú, que comunicara a sus hombres su lealtad al comité de la Duma de Rodzianko y que evitara así «derramamiento de sangre» (es decir, la de Mrozovski). Para mayor seguridad, Rodzianko envió otro telegrama, esta vez directamente a Mrozovski, en el que le repetía sus advertencias y le exigía que informara al comité de la Duma sobre la situación en Moscú[168].

Dado que el zar aún no había abdicado, las medidas de Rodzianko de ese 28 de febrero no dejan de ser bastante atrevidas. Dijo a los generales de Moguilov que era el único capaz de restablecer el orden en Petrogrado; de hecho, afirmaba que ya lo había conseguido, algo bastante dudoso si tenemos en cuenta la aparición del sóviet y el caos desatado en el palacio Táuride. Rodzianko comunicó al alcalde de Moscú, un hombre que estaba en contacto con rivales liberales, como Guchkov y Lvov, y al comandante militar del distrito que tenía pleno control sobre el nuevo gobierno ruso del comité de la Duma, se llamara este como se llamase. En realidad, Rodzianko estaba creando un nuevo gobierno y exigía la lealtad de Moscú y del mando militar.

Pese a haber jurado lealtad a su soberano, la mayoría de los generales más relevantes de Rusia se unieron a Rodzianko. Alexéiev fue el primero y el más destacado. A lo largo del martes 28 de febrero Rodzianko y él acordaron los términos de la declaración en la que Nicolás II abdicaría en su hijo, que quedaría sujeto a la regencia del hermano del zar. En el documento también se daban instrucciones a Rodzianko para formar un gobierno que debía responder ante la Duma. Alexéiev accedió a suspender la misión militar de castigo de Ivánov para que Rodzianko pudiera controlar a los radicales del palacio Táuride. Juntos emprendieron la tarea de convencer al zar para que abdicara. El problema consistía en quién intentaría convencerlo y en dónde. Alexéiev quería que lo hiciera el general Ruzski, comandante del frente norte, el más cercano a Petrogrado, cuando el tren imperial (en su ruta inicial) entrara en Pskov, donde se encontraba el cuartel general de Ruzski. Rodzianko temía que el zar pudiera hacerse con tropas leales en Pskov y quería encontrarse con él personalmente en alguna de las estaciones que había a lo largo de la línea principal Moscú-Petro-

grado; de ahí que hubiera ordenado que desviaran el tren de su ruta inicial[169].

Solo podemos hacer conjeturas sobre lo que Rodzianko hubiera dicho a quien oficialmente aún era su soberano, porque la reunión nunca tuvo lugar. Despertaron al zar Nicolás II justo después de la medianoche, entre Bologoie y el municipio de Malaia Vishera y le comunicaron que su tren tendría que atravesar una zona ocupada por tropas rebeldes. Aunque la información era inexacta y pronto se corregiría el error, el zar decidió no arriesgarse: ordenó que el tren diera media vuelta y tomara la línea a Pskov, donde esperaba poder refugiarse con Ruzski y el ejército del norte y hablar por teléfono con su mujer e hijos que se encontraban en Tsárskoie Seló. Cuando llegó a Pskov, el Imperio regido por el «zar y autócrata de todas las Rusias» había cambiado tanto que apenas podía reconocerse.

7

EL EJÉRCITO EN LA CUERDA FLOJA

Fuera de Petrogrado, al principio se silenció el impacto de la revolución. Ese 28 de febrero no hubo manifestaciones solidarias, ni siquiera en Moscú, la capital oficiosa de las intrigas políticas de los liberales en 1915-1916. El golpe al Ministerio de Transportes de Rodzianko-Bublikov de ese día y la incapacidad del general Alexéiev para responder resultaron ser decisivos. Rodzianko no solo dirigía y redirigía los trenes, también podía determinar la opinión pública de todo el país mediante las líneas telegráficas. La revolución adquirió una dimensión nacional en cuanto se supo que había tenido lugar.

Aun así, todavía regía una norma básica de la geografía, al menos en las fuerzas armadas, que, en medio de una guerra mundial, y con 7 millones de personal en activo movilizado, constituían el principal interlocutor de aquellos políticos que quisieran hacerse con el liderazgo nacional. Cuanto más cerca se encontraban las unidades de Petrogrado, antes se enteraban sus hombres de que había tenido lugar una revolución. Como era de esperar, los primeros disturbios serios fuera de la capital ocurrieron en la base naval de Kronstadt, donde los marineros (y los soldados, pues en la isla también estaban destacados varios regimientos del ejército)

veían los incendios en Petrogrado, que solo distaba 32 kilómetros. El martes 28 de febrero ya sabían en Kronstadt que había habido «disturbios», que los estibadores se habían puesto en huelga y que los marineros habían abandonado sus cursos de entrenamiento. El martes por la noche se estaba gestando un motín en toda regla, con casi toda la guarnición en las calles y con la banda del regimiento tocando «La marsellesa». Esa noche lincharon a un oficial y arrestaron a varios más. Al día siguiente, en lo que se convirtió en un simulacro de los sucesos de Petrogrado, asaltaron el cuartel general de la Ojrana en Kronstadt. Se montó un tribunal militar en la plaza del Ancla que condenó a muerte a 24 oficiales (otros 162 fueron detenidos por sus hombres). La violencia alcanzó su apogeo el miércoles 1 de marzo por la tarde, cuando mataron a bayonetazos al odiado almirante Viren[170].

Ese mismo día, el motín de Kronstadt se propagó a la flota del Báltico, a Reval (Tallin), y luego a Helsinki, sede del cuartel general de la flota. A lo largo del día, el comandante en jefe de la flota del Báltico, el almirante Adrian Nepenin, estuvo enviando desesperados telegramas al Almirantazgo, en los que suplicaba que Rodzianko, Kérenski o alguna autoridad de Petrogrado visitara Kronstadt para calmar los ánimos. Lo único que obtuvo Nepenin fue un telegrama de Rodzianko en el que le aseguraba que el comité de la Duma se había hecho con el poder. Nepenin se apresuró a informar a sus hombres y a sus oficiales y reconoció al nuevo gobierno. No sirvió de nada. El motín continuó. En Kronstadt, Reval y Helsinki cientos de oficiales, la mayoría desafortunados alemanes del Báltico (*ostzeiskie*), con apellidos de origen alemán, fueron perseguidos y linchados[171].

En el ejército tenía lugar una dinámica geográfica similar. El ejército del norte de Ruzski, el que estaba más cerca de

Petrogrado, fue el primero en sumarse a la revolución. Todo cambió rápidamente en el V ejército ruso, de cuya moral «fuera de lo común» acababan de informar los censores, cuando los hombres se enteraron de que había habido una revolución en Petrogrado. Los oficiales eran «pesimistas» y se quejaban de que las tropas ya no obedecían sus órdenes. La beligerancia de los hombres desapareció y, en pocos días (seis, para ser precisos, entre el 1 y el 7 de marzo), todos decían estar ya hartos de la guerra y empezaban a hablar de paz[172].

En el Ier ejército ruso, destacado algo más al sur en el frente «occidental», bajo las marismas del Prípiat, el contagio fue menor. Aquí, la reacción predominante fue de alivio cuando se enteraron de los cambios políticos de Petrogrado, pues pensaban que los traidores habían sido purgados para que el ejército pudiera hacer su trabajo sin obstáculos. «Ahora que han cesado a los ministros proalemanes», escribía en una carta a su familia un ingeniero del XXXVII regimiento de ingenieros, «nuestro valiente ejército tiene sed de combate y muestra entusiasmo. Confío en que podamos destruir al enemigo». No era una opinión aislada: en marzo de 1917, en vísperas de la revolución, se expresaban sentimientos similares de belicosidad renovada en el 75 por ciento de las cartas enviadas a los hogares desde el Ier ejército[173].

En Galitzia el impacto de la revolución se silenció casi por completo. Como era un teatro de operaciones muy activo, los hombres se encontraban demasiado ocupados para prestar atención a la evolución política de Petrogrado. Lo que más preocupaba en Lutsk era la ofensiva de los austroalemanes. Se esperaba su ataque cualquier día con el apoyo de una fuerza expedicionaria otomana, «sobre todo ahora que las noticias de los disturbios de Petrogrado han llegado

a las líneas enemigas», telegrafió Alexéiev a Moguilov el 1 de marzo. Fue una advertencia profética. A las diez de esa noche, el Ier cuerpo del ejército turco abrió fuego de artillería contra los rusos en Maly Porsk, justo al oeste del río Styr. Hacia las once de la noche, los soldados de infantería turcos lanzaron granadas de mano contra las trincheras rusas y mataron a 15 hombres e hirieron a 45. A la noche siguiente, la misma unidad abatió a 38 soldados rusos e hirió a 60. El 5 de marzo se libró una batalla campal en Galitzia. Los alemanes llevaron piezas de artillería pesada para ayudar a los turcos, incluidos morteros y carcasas llenas de gas tóxico. En un encarnizado enfrentamiento que tuvo lugar el 7 de marzo, el XXXIX cuerpo del ejército ruso luchó contra una compañía alemana que había invadido sus trincheras y logró capturar a 6 hombres sin tener una sola baja[174].

Lo mismo ocurría en los frentes otomanos, donde los rusos habían obtenido victorias claras en 1916 y planeaban mayores triunfos en 1917. En Lazistán, en la costa del mar Negro turco, los ingenieros rusos trabajaban contrarreloj para construir una línea ferroviaria que conectara Batum con Trabzon. En Odesa, con revolución o sin ella, el almirante Kolchak ponía a punto su preciado regimiento Tsárgradski para un desembarco anfibio en el Bósforo que, de permitirlo la meteorología, esperaba poder llevar a cabo en junio de 1917[175].

Al evaluar las decisiones tomadas por el alto mando en los primeros días de la revolución, cuando se decidía el destino político de Rusia, conviene no perder de vista el plan estratégico en su conjunto. La prioridad máxima del general Alexéiev parecía clara: evitar que las tropas del frente se vieran afectadas por la política. Sin embargo, no pensaba solo en la mera supervivencia: creía sinceramente que Rusia estaba llamada a ganar la guerra. Solo si entendemos esto

podemos encontrar algún sentido a la ciega confianza que depositó en Rodzianko el 28 de febrero. Creía que el presidente de la Duma tenía la situación bajo control y suspendió la expedición de castigo contra Petrogrado, lo que comunicó al general Ivánov: «Las negociaciones conducirán a la pacificación y podremos evitar la vergonzosa guerra civil que tan bien vendría a nuestros enemigos». A primera hora del 1 de marzo, con el zar en camino a Pskov, Alexéiev telegrafió al general Ruzski para que también esperara a Rodzianko: «La información recibida nos permite albergar esperanzas de que los diputados de la Duma, liderados por Rodzianko, serán capaces de evitar la desintegración general; creo que podremos trabajar con ellos». Sin embargo, todo retraso en alcanzar un acuerdo podría «dar vía libre a los elementos de la extrema izquierda para hacerse con el poder»[176].

Ambas suposiciones de Alexéiev demostraron ser erróneas. Sin molestarse en informar a Alexéiev o a Ruzski, Rodzianko decidió no ir a Pskov. Cuando por fin habló por teléfono con Ruzski, a las dos y media de la madrugada del 2 de marzo, Rodzianko puso una excusa: «Las pasiones desenfrenadas de las masas populares no deben escapar a mi control personal, pues sigo siendo el único en quien confían y cuyas órdenes se cumplen»; pero, desvelando que era un pretexto, Rodzianko confesó que «distaba mucho de lograr» domar las «pasiones de la gente». Confesó que «las tropas estaban totalmente desmoralizadas» y que «la actuación del general Ivánov con el batallón San Jorge no ha hecho sino echar leña al fuego». Dijo a Ruzski que el zar debía «dejar de mandar tropas que no atacarán al pueblo»; pero escasas horas después Rodzianko envió asustado un telegrama a Alexéiev en el que afirmaba: «Para rescatar a la capital de la anarquía debéis nombrar jefe del distrito militar a un gene-

ral popular, con experiencia de combate y capaz de impresionar públicamente con su autoridad». Además, Rodzianko informó a Alexéiev: «El comité de la Duma ha elegido al héroe conocido en toda Rusia como el valiente comandante del XXV cuerpo del ejército, el teniente general [Lavr] Kornílov»[177].

Alexéiev temía que Rodzianko ya hubiera empezado a ceder el control a los «elementos izquierdistas». En uno de los encuentros decisivos de la noche del 27 al 28 de febrero, Rodzianko había exigido que los miembros del comité de la Duma siguieran sus instrucciones, pero le llevó la contraria en público Kérenski, que rápidamente empezaba a perfilarse como el tribuno radical del sóviet, el autoproclamado grupo de socialistas extremos que se reunía en las salas 12 y 13 del palacio Táuride. El orador de los socialistas revolucionarios se compenetraba bien con los soldados que había fuera del palacio Táuride, a los que arengaba con gran éxito (se dirigía a ellos no como amotinados, sino como héroes) y a los que les pedía: «¡Defended vuestra libertad y la revolución, defended la Duma estatal!»[178].

Pero Kérenski, que había evitado que muchos oficiales zaristas fueran linchados por la muchedumbre, distaba mucho de ser el miembro más radical del sóviet. *Izvestia* se editaba en el palacio Táuride por periodistas voluntarios que incluían los comunicados de Rodzianko y el sóviet también empezó a publicar su propio periódico, al que puso el mismo nombre, *Izvestia*, lo que creó una gran confusión. En contra de lo que cabría esperar de un órgano dominado por mencheviques y socialistas revolucionarios, el *Izvestia* del sóviet dejó traslucir la influencia bolchevique desde el principio, pues lo editaba un buen amigo de Lenin, Vladímir Bonch-Bruiévich. Era hermano de un destacado general del mismo nombre, jefe del Estado Mayor del VI ejército y res-

ponsable del contraespionaje. Se decía que era el bolchevique que mejor relacionado de la capital y que tenía contactos en los servicios de Inteligencia militares, con los cosacos de Kubán e incluso con Rasputín (hasta su muerte, claro). Ya el 27 de febrero Bonch-Bruiévich se hizo con una imprenta que había pertenecido a un frívolo periódico popular y se la ofreció al sóviet. Fue él quien publicó el 1 de marzo en *Izvestia* las instrucciones del sóviet al cuartel de Petrogrado; las había escrito el día anterior el abogado menchevique N. D. Sokolov y pasaron a la historia como la orden número 1[179].

Aunque el aluvión de ediciones posteriores hace muy difícil saber cuál fue exactamente la versión original de la orden, las dos primeras cláusulas parecían muy claras: se pedía a los soldados de Petrogrado que eligieran comités y enviaran diputados al sóviet de Petrogrado. Se comunicaba a los soldados que, para evitar un contragolpe de los oficiales contra los amotinados, los nuevos comités de soldados debían hacerse con las armas y con la munición. Prohibieron a los oficiales dirigirse a sus hombres con el informal «tú» (*ti* en vez de *vi* [«usted»]) y los soldados quedaban exentos de saludar a sus superiores. Políticamente hablando, las cláusulas más importantes eran la 3 y la 4, en las que se estipulaba que la guarnición dependía ahora del sóviet y que debía cumplir cualquier orden procedente de la comisión militar de la Duma, «excepto en aquellos casos en los que se contradijeran las órdenes y decisiones del Sóviet de los Diputados de Obreros y Soldados» (la cláusula se modificó posteriormente para hacerla más radical en el sentido de que las órdenes de la comisión militar de la Duma «solo debían obedecerse cuando no contradijeran las órdenes y decisiones del sóviet»)[180].

En la orden número 1 se especificaba que su ámbito de aplicación era la guarnición de Petrogrado, no las fuerzas armadas rusas en su conjunto y, desde luego, no estaba dirigida a las tropas del frente, pero la noticia de su publicación se difundió rápidamente a través de las líneas telegráficas. El 2 de marzo se habían impreso miles de copias para ser distribuidas por todo el país. Al margen de matices de formulación y de jurisdicción, un marinero radical, presente en el palacio Táuride mientras se estaba debatiendo su aprobación, captó muy bien el impacto que tendría cuando observó: «La gente educada la leerá de forma diferente, pero nosotros la tomamos al pie de la letra: hay que desarmar a los oficiales»[181].

Todo cambiaba en Petrogrado a un ritmo sorprendente. El lunes 27 de febrero se habían creado el sóviet y el comité provisional de la Duma de Rodzianko. Los últimos bastiones del Antiguo Régimen caían justo cuando el zar salía de Moguilov el martes por la mañana. Rodzianko había empezado a expedir decretos de un nuevo gobierno, aunque Kérenski cuestionara públicamente la autoridad de Rodzianko, el sóviet estuviera ejerciendo el control en la guarnición militar de Petrogrado y hubiera estallado un feroz motín en Kronstadt. Algunas de las unidades en prácticas destacadas cerca de la capital, sin excluir el Ier y II regimientos de ametralladoras de Oranienbaum y la II división de artillería de Strelna, salieron de sus barracones y se fueron a Petrogrado para unirse a la revolución. Cuando el zar llegó a Pskov, en la tarde del miércoles 1 de marzo, ya se había publicado la orden número 1, aunque las tropas del frente aún no tenían conocimiento de ello y Moscú seguía el ejemplo de la capital con una huelga general en las fábricas y un motín en la guarnición[182].

En Moguilov, Alexéiev estaba más al tanto de los acontecimientos que Nicolás II, pero le costaba mantenerse al día. En torno a las tres de la tarde del miércoles 1 de marzo, Alexéiev redactó un mensaje para su soberano, aunque este no lo recibió en Pskov hasta cerca de las once de la noche. En él advertía al zar: «Los desórdenes en la retaguardia se propagarán a las fuerzas armadas. No se puede pedir al ejército que haga la guerra tranquilamente, mientras está teniendo lugar una revolución en la retaguardia». Alexéiev comunicó a Nicolás II que, para evitar el «derrumbe general» y «restablecer el orden», Nicolas de Basily (Nikolái A. Bazili), diplomático y edecán de la Stavka, había redactado el borrador de una declaración en la que, a efectos de calmar al pueblo y «unir a todas las fuerzas de la nación», el soberano: «considera[ba] su deber nombrar a un ministro responsable que representara al pueblo y confiaba la presidencia de la Duma a Rodzianko, que debía incluir en ella a personas que gozaran de absoluta confianza en toda Rusia»[183].

El efecto del mensaje de Alexéiev debió de ser devastador para Nicolás II. Además, este se vio agravado por la llegada a Pskov de tres nuevos telegramas que apoyaban su solución: uno del primo del zar, el gran duque Sergio Mijáilovich, inspector de artillería, otro del general Brusílov (héroe de la ofensiva de Galitzia en 1916) y el tercero, desde Helsinki, del almirante Nepenin, quien rogaba al zar que salvara lo que quedaba de disciplina militar por medio de ese «acto supremo» que representaba la abdicación. Según el relato que hace el general Ruzski de la conversación que mantuvo con Nicolás II en Pskov esa tarde, fue el telegrama de Alexéiev el que venció la resistencia del zar, pues le hizo ver que el alto mando estaba en su contra. En un acto final de terquedad imperial, al principio el zar insistió en que fuera

Rodzianko (y no la Duma) quien nombrara a los miembros del gabinete, porque así su autoridad legislativa aún procedería de la voluntad imperial, que el zar delegaba en el presidente de la Duma. Sin embargo, Ruzski logró acabar también con esa resistencia. El zar firmó la declaración propuesta por Basily, que aún no estaba impresa, justo antes de la medianoche. El 2 de marzo, a las 12:20 del mediodía, Nicolás II cedió ante lo que consideraba un frente unido entre Rodzianko y el mando del ejército y envió un telegrama a Tsárskoie Seló, en el que exigía al general Ivánov, comandante del batallón San Jorge, que no adoptara «ninguna medida hasta su llegada». Al cancelar la misión militar de castigo de Ivánov el zar renunciaba a la posibilidad de restablecer su autoridad en Petrogrado[184].

Fue una decisión fatídica que no tenía por qué haberse tomado y se debió a una falta de sincronización. Ruzski y Alexéiev convencieron al zar para que depusiera su autoridad durante la medianoche del 1 al 2 de marzo de 1917, pocas horas antes de que Rodzianko confesara a Ruzski en una conversación telefónica que era incapaz de hacerse con el palacio Táuride y mucho menos de gobernar Petrogrado y Rusia. Si Ruzski hubiera hablado con Rodzianko antes, quizás habría aconsejado de forma muy diferente a su soberano al percatarse de que, en realidad, no se daban las premisas del manifiesto Alexéiev-Basily. La incapacidad del «gordo» Rodzianko no habría sorprendido a Nicolás II, quien, según Ruzski, en principio se negaba a firmar, debido a la poca confianza que le inspiraba «la gente que decía gozar de la confianza de la nación»[185].

Aún no era demasiado tarde para evitar el desastre. Aunque el zar había accedido a que Rodzianko formara gobierno, todavía no había renunciado al trono. Cuando se enteró de la situación real en Petrogrado, pudo incluso haber

cambiado de opinión sobre la declaración de Basily, que aún no se había hecho pública. El presidente de la Duma se sentía a su vez tan inseguro que, cuando Ruzski le pidió (a las siete de la mañana del 2 de marzo) que el alto mando publicara la declaración en la que el zar le encomendaba la formación de un gobierno parlamentario, Rodzianko murmuró: «La verdad es que no sé qué decir; todo depende de la evolución de los acontecimientos, que se suceden a una velocidad de vértigo»[186].

Al retirarse el zar, y en vista de que Rodzianko se estaba desmoronando en Petrogrado, el general Alexéiev tomó las riendas. A las 10:15 de la mañana del 2 de marzo el comandante en jefe mandó un telegrama a todos los comandantes de la flota y del frente para comunicarles:

> Solo podemos aspirar a ganar la guerra si el emperador abdica en favor de su hijo y [el gran duque] Miguel actúa como regente. Al parecer, la situación no permite una solución alternativa [...], el ejército debe pelear con todas sus fuerzas contra el enemigo exterior, y las decisiones que han de adoptarse en el interior acabarán con la tentación de formar parte de un golpe de Estado y serán menos dolorosas si se adoptan desde arriba[187].

Alexéiev se superó a sí mismo en este extraordinario telegrama. Al defender el plan de Rodzianko, realizó una intervención política decisiva en nombre de las fuerzas armadas, pues sabía que, al exigir «unidad de pensamiento y de propósito entre los mejores comandantes del ejército», en un telegrama que sería leído por el zar, este podría abdicar por patriotismo, siempre y cuando se le asegurara algo inverosímil: que el ejército debía estar por encima de la política. Como Rodzianko, Alexéiev quería una solución política sin tener que asumir su carga de la responsabilidad política. De hecho, estaba pidiendo al zar que se sacrificara para evitar

que el ejército se mancillara con su participación en la política.

Parecía pues apropiado que, el mismo día en que Alexéiev pedía su abdicación, Nicolás II recibiera la visita de un antiguo oráculo político de Alexéiev: Alexandr Guchkov, el consumado conspirador octubrista. Como Rodzianko se negaba a ir a Pskov, encomendaron la tarea al viejo conspirador, que pidió que lo acompañara un voluntario. Puesto que el resto de los miembros de la Duma no mostraban más entusiasmo que Rodzianko, Guchkov apareció en compañía de un diputado poco conocido de Kiev llamado V. V. Shulgin. Poco antes de las tres de la tarde del 2 de marzo, ambos hombres subieron a un tren con destino a Pskov; llegaron a las nueve de esa noche. Aunque Ruzski había exigido ver a los diputados de la Duma antes de que estos se entrevistaran con el zar, se había hecho tan tarde que todos se limitaron a reunirse en el compartimento que ocupaba el soberano en el tren parado en la estación de Pskov[188].

Si había un político dispuesto a aprovechar la oportunidad, ese era Guchkov. Llevaba dos años conspirando para derrocar al zar y ahora tenía la oportunidad de acabar con él personalmente. Sin embargo, lo cierto era que el viejo octubrista se veía, como el zar, desbordado por los acontecimientos. Guchkov no había desempeñado un papel destacado en los disturbios callejeros de Petrogrado. Sea lo que fuere no se le podía considerar un amotinado y realmente el derramamiento de sangre le causaba pavor. Esa mañana, mientras Guchkov se dirigía a las tropas, habían disparado a uno de sus mejores amigos, un oficial de la guardia Preobrazhenski, cuando se encontraba de pie a su lado. Conmocionado, Guchkov rechazó hacerse cargo del Ministerio de la Guerra. Llegó a Pskov sin afeitar, desaliñado e indispuesto. Rogó al zar, más por pena que con ira, que ayudara a apagar

el estallido de anarquía. «Los soldados y trabajadores que participaron en los disturbios», explicó Guchkov, «están firmemente convencidos de que el mantenimiento (*vodvorenie*) del Antiguo Régimen supondría juicios sumarísimos para ellos; de ahí que necesitemos un cambio radical». Según Guchkov, debían «apretarle las clavijas a la imaginación popular», lo que requería no solo la abdicación del zar, sino también la creación de un gobierno con el príncipe Lvov —presidente de la Zemgor y conspirador masón— al frente (no Rodzianko, que era en quien el zar había delegado su autoridad)[189].

Firme hasta el final, Nicolás II privó a su enemigo de la satisfacción que este anhelaba. El zar comunicó a Guchkov con toda calma que, en un principio, había decidido abdicar en su hijo y nombrar regente al gran duque Miguel, pero que había cambiado de opinión y ahora pensaba traspasar el trono directamente a Miguel para poder permanecer con su hijo (tras consultar con un médico, este había comunicado a Nicolás II pocas horas antes que la hemofilia de Alejo era incurable). Como no existían precedentes en el derecho sucesorio ruso, Guchkov afirmó que el comité de la Duma no aceptaría esta solución. El zar insistió y Guchkov acabó cediendo, pero a regañadientes. En el documento definitivo de abdicación (firmado a las 11:50 p. m. del 2 de marzo, aunque las 3:05 p. m. es la hora oficial que consta para evitar que pareciera que lo había firmado obligado), Nicolás II cedió el trono a su hermano Miguel «de acuerdo con la Duma estatal». Resulta muy significativo que no fuera dirigido a Guchkov o a Rodzianko, como representantes de la Duma, sino al general Alexéiev, es decir, al ejército. En la declaración que lo acompañaba, el zar nombraba al gran duque Nicolás comandante en jefe. La única concesión que Guchkov consiguió arrancarle fue que designara a Lvov (y no a Rodzianko)

como presidente del Consejo de Ministros: un extraño nombramiento para un órgano de gobierno que ya no existía[190].

A pesar del ambiente de decepción que reinaba en Pskov, la abdicación constituyó un gran acontecimiento en la historia de Rusia; pero tuvo consecuencias que no respondían en absoluto a las que los hombres que la defendieron deseaban. A Guchkov no le faltaba algo de razón cuando sugirió que acabar formalmente con el Antiguo Régimen calmaría el miedo de los soldados a ser acusados de amotinamiento y a ser castigados de forma «sumarísima». Sin embargo, debió de darse cuenta de que prometer la inmunidad a los amotinados no era la forma acertada de restablecer la disciplina militar. Alexéiev supo casi al momento que la abdicación del zar, en vez de contribuir al restablecimiento de la disciplina en los ejércitos, conseguiría que este se convirtiera en una misión imposible. Cada oficial, cada soldado y cada marinero de Rusia (en total, 9 millones y pico de efectivos militares si se incluyen las unidades de reserva y las de entrenamiento) había jurado lealtad a Nicolás II. Ahora que Rusia carecía de soberano, ¿a quién jurarían lealtad?

La respuesta más obvia era: a Miguel Románov, el heredero en cuyo favor había abdicado Nicolás II. Sin embargo, el hermano del zar se derrumbó casi de inmediato. Si alguien era responsable de poner su nombre delante en primer lugar, este era Rodzianko, un hombre que ya no inspiraba confianza. En cuanto Rodzianko se enteró de la abdicación del zar, a las cinco de la madrugada del 3 de marzo, llamó al general Ruzski a Pskov para exigirle que no se publicara la declaración de abdicación. Afirmaba que las multitudes en el palacio Táuride «tal vez acepten la regencia del gran duque [...], pero no aceptarán de ningún modo que se convierta en emperador». Una vez más se presentaba a sí

mismo como el único capaz de mantener el orden en medio del caos revolucionario y advertía:

> La proclamación del gran duque Miguel Alexándrovich como emperador no haría sino echar leña al fuego y daría lugar a un exterminio despiadado de todo lo exterminable. Perderemos toda autoridad y no quedará nadie capaz de calmar los disturbios populares[191].

Cuando Ruzski comunicó a Moguilov las observaciones de Rodzianko, Alexéiev perdió la paciencia con el presidente de la Duma. Según A.S. Lukomski, intendente general, Alexéiev le dijo: «Nunca podré perdonarme haber confiado en la sinceridad de ciertas personas [por ejemplo, Rodzianko], haberlas seguido y haber enviado el telegrama sobre la abdicación del zar a los comandantes en jefe». A las siete de la mañana del 3 de marzo, Alexéiev alertó a los comandantes de los frentes para que no siguieran confiando en las instrucciones que recibieran de Rodzianko, ni en los mensajes que llegaran de Petrogrado, ya que «los partidos de izquierdas y los diputados de los obreros [] están ejerciendo una fuerte presión que distorsiona los mensajes». Señalaba que la guarnición de Petrogrado había «caído completamente en las garras de la propaganda del sóviet» y que no era más que «un elemento dañino y peligroso» para todos. A la vista de lo crítica que parecía la situación en Petrogrado, Alexéiev convocó a los comandantes de los frentes del ejército y la marina a una reunión en Moguilov «para actuar de común acuerdo en todas las circunstancias y ante cualquier eventualidad». Tras haber anulado la misión destinada a crear orden en Petrogrado, debido a lo que, al parecer, habían sido noticias falsas, Alexéiev procuraba de forma desesperada evitar una guerra civil[192].

Este fue el hervidero político al que lanzaron al gran duque Miguel, un hombre solitario y tímido que nunca había querido ni esperado gobernar y que, de repente, se había convertido en el hombre más importante de Rusia. Una guardia de oficiales en periodo de formación (ninguno de los que permanecían en activo quería jugarse el cuello) lo custodiaba en su piso de Petrogrado, situado en el número 12 de la calle Millionnaia. A las 10 de la mañana del 3 de marzo se presentó allí una delegación de la Duma encabezada por Rodzianko, Lvov, Miliukov y Kérenski (Guchkov se había retrasado en la estación de ferrocarril). Según el relato de Miliukov, Rodzianko parecía muy deprimido y los demás también se encontraban «asustados por lo que estaba pasando». Sin embargo, todos respetaron el rango de Rodzianko y le dejaron a solas con el gran duque; no le costó mucho convencerlo para que rechazara la corona[193].

En su propia declaración de abdicación, que lleva fecha del 3 de marzo de 1917, el gran duque Miguel afirma que se le había preguntado si deseaba asumir la «pesada carga» del «trono imperial de todas las Rusias en un momento sin precedentes de guerra y de disturbios populares»[ex4]. De forma resuelta declaró que estaba dispuesto a asumir el «poder supremo» solo «en caso de que sea la voluntad de nuestro gran pueblo expresada en una votación general de sus representantes en la asamblea constituyente, que determinará también la forma de gobierno y las nuevas leyes fundamentales del Estado ruso». Hasta ese momento, Miguel pedía «a todos los ciudadanos del Estado ruso que juraran lealtad al gobierno provisional, nombrado por iniciativa de la Duma estatal y dotado de plenos poderes»[194].

Nadie sabía si las tropas rusas obedecerían las órdenes de este misterioso nuevo «gobierno provisional» al que hacía referencia el gran duque Miguel. ¿Por quién lucharían los

hombres si no era por un emperador? ¿Por el gran duque Nicolás, un hombre que, aunque gozaba de mucha popularidad entre los liberales y tuviera otras virtudes, no era menos Románov que los dos hombres que acababan de renunciar al trono? (No era lo único que lo descalificaba: el sóviet de Petrogrado había ordenado el arresto de todos los miembros de la familia imperial el 3 de marzo). Muchos generales, como Alexéiev, Brusílov y Kornílov, gozaban de gran popularidad entre sus hombres. Sin embargo, Alexéiev había prohibido cualquier intervención política del ejército para evitar una guerra civil, aunque pidiera al zar que abdicara, convocara a los comandantes del frente a una reunión en Moguilov y emitiera nuevas órdenes el 3 de marzo (número 1925) en las que indicaba a los oficiales que no permitieran que las «bandas revolucionarias» de Petrogrado propagaran su derrotismo a sus unidades. La orden número 1 era una daga que apuntaba al cuerpo de oficiales: a la mismísima Stavka. Evidentemente, no podía pedir a sus hombres que juraran lealtad al sóviet del que procedía. ¿Debían jurar lealtad al comité de la Duma? Y, de ser así, ¿a Rodzianko como presidente de la Duma o a Lvov, que presidía el Consejo de Ministros? ¿O quizá a Guchkov, de quien aún se esperaba que se hiciera con el Ministerio de la Guerra (pese al miedo que tenía a las masas)?[195]

En medio de una guerra mundial no se trataba de preguntas teóricas. El 2 de marzo se había cursado una orden desde la Stavka en la que se pedía a los comandantes del frente que obedecieran a su nuevo comandante en jefe, el gran duque Nicolás, pero todo se complicó con el anuncio de la abdicación del gran duque Miguel el 3 de marzo, de la que se informó a los comandantes del frente a las dos de la madrugada del 4 de marzo. En el comunicado se pedía a los soldados que trasladaran su lealtad al «gobierno provisio-

nal». La mayor parte de las tropas del frente no tuvo conocimiento de la segunda abdicación de los Románov hasta el 5 de marzo. El gran duque Nicolás, designado comandante en jefe por un soberano a quien habían arrebatado el poder dos veces, se encontraba en un tren con destino a Moguilov, mientras el sóviet de Petrogrado prorrumpía en enérgicas protestas por su nombramiento[196].

El control de las fuerzas armadas rusas estaba ahí para quien quisiera hacerse con él. En Moguilov, Alexéiev seguía actuando como comandante en jefe (al menos con las tropas destacadas en el campo de batalla, aunque no en la guarnición de Petrogrado que se encontraba bajo las órdenes del sóviet) hasta que llegara el gran duque Nicolás, aunque nadie sabía ante quién respondía políticamente. El 4 de marzo, Guchkov había recuperado su compostura: había asumido el doble cargo de «ministro de la Guerra y de la Marina» del «gobierno provisional» y había ordenado al ejército y a la flota que respaldaran al nuevo régimen y que «acabaran con la resistencia del enemigo»[197]. El 5 de marzo, el general Danílov, jefe del Estado Mayor de Alexéiev, emitió otra orden, en nombre del «ministro de la Guerra Guchkov», en la que se repetían algunas de las cláusulas menos polémicas de la orden número 1 relacionadas con la forma adecuada de dirigirse tanto a los hombres enrolados (el formal *vi*, «usted»: se eliminaba el término «de bajo rango» [*nizhni chin*], que era sustituido por «soldado» [*soldat*]) como a los oficiales (que mantendrían su rango, pero ya no se dirigirían a ellos como «amo» [*gospodin*])[198]. Al día siguiente, Rodzianko emitió una orden en la que exigía obediencia al «comité provisional de miembros de la Duma estatal» e insistía en que «cada soldado, oficial y marinero cumpliera con su deber»[199]. El 6 de marzo, Alexéiev y Danílov remitieron una orden sellada (número 1998) en la que se reafir-

maba la autoridad del «presidente de la Duma estatal, Rodzianko», hasta que sus hombres pudieran prestar juramento formalmente el 7 de marzo. La firmaba el «príncipe Lvov, en nombre del Consejo de Ministros del gobierno provisional», una fórmula que fundía al extinto consejo zarista con el nuevo «gobierno provisional» del que todos hablaban, aunque nadie supiera exactamente qué era[200].

En esta batalla de voluntades políticas a tres bandas, puede que fuera inevitable que los dos primeros unidos prevalecieran sobre el tercero. El 7 de marzo fue el día decisivo, cuando Guchkov y Lvov empezaron a firmar órdenes conjuntas para el ejército y la marina en calidad de ministros «del gobierno provisional», aunque Kérenski (de visita en Moscú) hubiera hecho público que el gran duque Nicolás no iba a asumir el mando del ejército[201]. El 11 de marzo Lvov despojó oficialmente al duque del mando, que traspasó a Alexéiev. El 13 de marzo se publicó una nueva fórmula de juramento para los oficiales del ejército en la que se pedía su lealtad al gobierno provisional y a la asamblea constituyente que sería elegida a finales de 1917[202]. En el frente reinaba la confusión: los oficiales informaban a la Stavka sobre el hecho de que los soldados no dejaban «de preguntar si servían al comité provisional de la Duma estatal, presidido por Rodzianko, o al Consejo de Ministros, encabezado por el príncipe Lvov». El 26 de marzo, Alexéiev pidió a Guchkov que solucionara el asunto y este, que controlaba las comunicaciones entre Petrogrado y la Stavka, contestó que a ninguno de los dos. Los soldados, más bien, debían «jurar lealtad al gobierno provisional», aunque no supieran exactamente qué era[203].

Mientras los políticos averiguaban quién estaba al mando, los soldados del frente empezaron a crear sus propios comités según lo especificado en la orden número 1. Aun-

que en la orden número 2, firmada por el ministro de la Guerra Guchkov (en nombre del «gobierno provisional») y por Skóbelev (en nombre de los sóviets), y telegrafiada a la Stavka el 5 de marzo, se aclaraba que la orden número 1 solo se refería a la guarnición de Petrogrado, se le había dado mucha más publicidad que a la orden de retractación, la número 2, la cual, como bien supo ver Alexéiev al momento, parecía como si nunca hubiera existido[204].

Sin duda, la orden número 2 no llegó a tiempo para el almirante Nepenin (en Helsinki). A la una y media de la madrugada del 4 de marzo, Nepenin telegrafió un último informe al Almirantazgo sobre el linchamiento de 5 oficiales más, incluidos 2 almirantes, antes de que él mismo fuera linchado cruelmente menos de doce horas después. La aclaración de las relaciones entre los oficiales y sus hombres tampoco llegó a tiempo para salvar al almirante Viren o a los más de 100 oficiales linchados en Helsinki, Kronstadt y Reval (Tallin). En la segunda semana de marzo de 1917, la sed de sangre de la flota del Báltico se cobró sus víctimas. Afortunadamente, en la flota del mar Negro había menos oficiales con nombre alemán y «solo» mataron a 20 en el primer mes después de la revolución[205].

En Petrogrado se estaba gestando una especie de *modus vivendi* entre los autoproclamados sóviet y gobierno provisional, lo que, en parte, resultaba posible por la hostilidad que a ambos inspiraba Rodzianko, el presidente de la Duma, cuyos comunicados casi todo el mundo ignoraba. Kérenski, por su parte, era el hombre del que todo el mundo hablaba, el único al que permitieron servir (por aclamación del sóviet, tras un emocionante discurso pronunciado el 2 de marzo) a ambos gobiernos embrionarios del palacio Táuride: fue ministro de Justicia del gobierno provisional y miembro de la presidencia tripartita del sóviet. Kérenski solucionaba to-

do tipo de problemas: protegía a oficiales del Antiguo Régimen para evitar que los lincharan; obligaba a obedecer a las guarniciones; calmaba motines en Moscú y Helsinki; el 12 de marzo firmó un decreto en el que abolía la pena de muerte para apaciguar al sóviet. El 15 de marzo, se reabrieron los archivos de Petrogrado, un signo modesto, pero significativo, de que la vida cotidiana recuperaba su normalidad[206].

En el frente también se iba apaciguando todo. Por fortuna, los linchamientos eran menos comunes en el ejército que en la marina, aunque algunos oficiales fueron «arrestados» por sus hombres. La mayoría de los más de 50 oficiales a los que asesinaron en febrero y marzo de 1917 murieron en Petrogrado y sus alrededores, no en el frente. Hubo un repunte significativo de las deserciones; la Stavka estimó que las divisiones del frente perdieron una media de 5 a 7 hombres al día en marzo de 1917, hasta un total de 100 000 hombres, un número sustancial, pero no fatal en un ejército de 7 millones de soldados a los que se sumaban nuevos reclutas todos los días. En el ejército del sudoeste en Galitzia, donde se peleaba ferozmente contra los austroalemanes y los turcos, las deserciones fueron mínimas y solo repuntaron a finales de abril, cuando la batalla perdió fuste. En el ejército del Cáucaso aún se buscaba una victoria histórica sobre los turcos y las deserciones resultaban prácticamente inexistentes[207].

A pesar de o, quizá, debido a los ríos de sangre derramados en motines, barracones y bases navales de Petrogrado, Kronstadt, Helsinki y Reval —lo cierto es que el mayor número de bajas de la revolución de Febrero (entre 1300 y 1400, con 169 defunciones) se registró en el seno de las unidades militares de la región del Báltico—, las fuerzas armadas rusas sobrevivieron a la revolución prácticamente intac-

tas[208]. Fue para bien, pues estaban en medio de una guerra y el enemigo alemán se disponía a matar.

8

EL GAMBITO ALEMÁN

Tras la abdicación del zar, las noticias sobre la revolución de Febrero rusa dieron la vuelta al mundo, aunque se perdieron muchos detalles. En Londres y París, donde los informes consulares, repletos de tópicos de los liberales rusos, habían hecho un flaco favor a la imagen del zar, la reacción fue de euforia. *The Westminster Gazette* celebraba la caída del zar como «la retirada de una pesada carga», un «golpe espectacular» que ponía a la Rusia autocrática «en consonancia con la fe y costumbres de sus socios». *Le Matin* celebraba la revolución de Febrero, que consideraba «una victoria para la entente», y pronosticaba: «La emancipación de Rusia acabará con los planes diplomáticos de nuestros enemigos»[209].

En ningún lugar mostraron mayor entusiasmo que en Washington, D.C., donde el presidente Woodrow Wilson supo que habría de librar urgentemente una batalla en el Congreso para convencer a la opinión pública estadounidense de la necesidad de entrar en guerra contra Alemania. Wilson había vuelto a ganar las elecciones en noviembre de 1916 en gran medida gracias al jactancioso: «Nos mantuvo al margen de la guerra», pero le indignaron los ultrajes cometidos por los alemanes. Considerando que era posible

que Estados Unidos interviniera cuando se reanudó la guerra submarina sin restricciones, en febrero de 1917, la Wilhelmstrasse quiso facilitar dicha intervención mediante el envío del infame «telegrama Zimmermann» al embajador alemán de Ciudad de México, vía cable diplomático de Estados Unidos. En este explosivo documento, Berlín prometía apoyar la reconquista mexicana del sudoeste de Estados Unidos (Texas, Nuevo México y Arizona), si México declaraba la guerra a Estados Unidos. Los primeros en descifrarlo fueron los criptógrafos británicos, que compartieron cautelosamente la bomba con Washington; el «telegrama Zimmermann» se publicó en la prensa el 15/28 de febrero de 1917, días antes de que estallara la Revolución rusa en Petrogrado[210].

Esta tuvo un efecto electrizante sobre la opinión pública estadounidense. Aunque la Administración de Wilson ya había suspendido las relaciones diplomáticas con Berlín a principios de febrero, tras la reanudación de la guerra submarina sin restricciones, no había habido una declaración de guerra. Wilson, un idealista liberal procedente del mundo académico que suscribía el credo de la «excepcionalidad estadounidense», nunca se hubiera sentido cómodo lanzando a Estados Unidos a la guerra por una razón de Estado tradicional. Ni siquiera el «telegrama Zimmermann» llevó a Wilson más allá de la «neutralidad armada». Solo cuando Rusia se unió al «campo liberal-democrático», Wilson halló la inspiración necesaria para afirmar en una sesión conjunta del Congreso, celebrada el 20 de marzo/2 de abril de 1917: «Hay que construir un mundo seguro para la democracia» y «la paz debe basarse en los fundamentos probados de la libertad política»[211].

Wilson vio en la revolución de Febrero lo que quiso ver. Los nobles ideales que propugnaba eran un lujo que se po-

dían permitir potencias como Estados Unidos y (en menor medida) Gran Bretaña, pues lo único que amenazaba su segura existencia eran los submarinos alemanes en alta mar. En Francia, donde los alemanes mantenían su posición en un promontorio en Noyons a solo 80 kilómetros de París, la euforia por la democracia rusa se mezclaba con las preocupaciones prácticas sobre el impacto de la revolución en las ofensivas rusas de primavera, cuando se esperaba que expulsaran a las fuerzas alemanas de Francia. A finales de marzo, *Le Matin* advertía sobre los «extremistas» del sóviet de Petrogrado. En una velada alusión a la orden número 1, un decreto tan candente que no se había comunicado a los corresponsales aliados, *Le Matin* lamentaba: «Las decisiones se han adoptado por 1600 delegados reunidos en el palacio Táuride y lo mejor que se puede decir es que se tomaron en medio de la confusión general»[212].

En Berlín, periodistas patrióticos intentaron hacer hincapié en los desórdenes provocados por la revolución en Petrogrado y restaban importancia a la buena nueva. El *Berliner Lokal-Anzeiger* publicó un titular que rezaba: «La marea socialista y la anarquía que viene». El *Berliner Tageblatt* señalaba con aprobación que se estaba enviando a casa a los prisioneros de guerra alemanes vía Estocolmo. Un corresponsal del *Tageblatt* de Copenhague publicó un escabroso relato titulado «La propagación de la revolución sangrienta a Finlandia». Para los alemanes, cuanto más caótica fuera la revolución, mejor[213].

Mientras los observadores de la entente sucumbían a todo tipo de fantasías sobre el impacto de la revolución en la capacidad militar rusa, los relatos alemanes, más oscuros y teñidos de sus propios prejuicios, se acercaban más a la verdad. Los motines se propagaban por el ejército y la marina rusos (aunque no de la misma forma en todos los frentes) y

la anarquía se estaba adueñando del país. Además, los alemanes, que tenían espías *in situ* en Petrogrado y excelentes contactos con los revolucionarios rusos en el extranjero, se encontraban en la posición ideal para sacar provecho del caos en Rusia y agravarlo. Había llegado la hora de jugar la carta de Lenin.

Hasta entonces, el líder del partido bolchevique había vivido una guerra tranquila y no porque no intentara participar. Cuando estallaron las hostilidades en agosto de 1914, Lenin se hallaba en Poronin, cerca de Cracovia, en la Galitzia austriaca, junto a la frontera rusa, intentando crear agitación entre los ucranianos. La policía de Cracovia lo arrestó como enemigo extranjero, hasta que un líder socialista austriaco confirmó que Lenin no era un espía zarista, sino un «gran enemigo de Rusia». Resultó de gran ayuda que, cuando registraron su apartamento, encontraran el tipo de secas investigaciones económicas capaces de obsesionar a un auténtico agitador marxista. En las entrevistas realizadas por oficiales austriacos se confirmó que Lenin era un revolucionario fanático que había defendido públicamente el separatismo ucraniano: un objetivo esencial en la guerra contra las potencias centrales. Liberaron a Lenin a principios de septiembre por orden especial del Ministerio de la Guerra de los Habsburgo y lo metieron en un tren con destino a Suiza junto con Krúpskaia, su esposa, y Grigori Zinóviev, su leal edecán. Allí pasaría la guerra conspirando contra el zar[214].

Lenin, que ya se encontraba en el radar de los austriacos, atrajo la atención del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán en 1915 desde dos fuentes independientes. La primera, Alexandr Helphand (Parvus), a quien ya hemos visto creando problemas en Petrogrado en 1905 y que, tras escapar de su exilio siberiano, había vivido primero una vida rica e in-

teresante en Alemania y, después, en Turquía. El estallido de la guerra le pilló en el Bósforo, donde se hacía cargo de un salón político de ucranianos separatistas, armenios, socialistas georgianos y otros exiliados zaristas. En 1915, pidió audiencia al embajador alemán, barón Hans von Wangenheim, en nombre de estos grupos. Parvus dijo a Wangenheim: «Los intereses del gobierno imperial alemán son idénticos a los de los revolucionarios rusos»[215].

La segunda fuente, Alexandr Kesküla, resultaba igual de pintoresca. Se trataba de un bolchevique estonio que, como Parvus, era un curtido veterano de la revolución de 1905. Recientemente, Kesküla había empezado a defender a toda prisa el nacionalismo estonio. (Cuando un amigo finlandés le preguntó acerca de qué planes tenían para Petrogrado tras su conquista por parte de Estonia, Kesküla replicó que sus palacios serían una excelente «cantera»). Como recordaría más tarde, lo que llevó a Kesküla a trabajar para los servicios de Inteligencia alemanes en septiembre de 1914 fue simplemente el «odio que sentía hacia Rusia». En septiembre de 1915, Kesküla informó al cónsul alemán en Berna, Gisbert von Romberg, sobre los puntos de vista de Lenin y sobre su posición ideológica. Romberg dio a Kesküla 20 000 marcos al mes para que los distribuyera entre Lenin y otros bolcheviques[216].

Resulta comprensible que el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán cultivara la relación con Lenin, teniendo en cuenta los puntos de vista sobre la guerra que esbozó en el exilio, en los congresos socialistas de Zimmerwald (1915) y Kienthal (1916). En la mayoría de estas reuniones solían apoyarse las resoluciones escritas por Trotski (que aún era menchevique) y otros, que se oponían a la guerra y urgían a los obreros a que se negaran a trabajar o a pelear mediante el viejo principio de la «huelga general». Sin embargo, Len-

in formuló la doctrina minoritaria del «derrotismo revolucionario». Afirmaba que los socialistas debían propiciar la caída de sus propios países (lo decía literalmente), para «transformar la guerra imperialista en una guerra civil». No pedía resistencia a las levas, porque creía que los socialistas debían animar a los trabajadores a unirse a los ejércitos y volverlos «rojos» mediante el amotinamiento. Aunque la mayoría marxista de Zimmerwald consideraba problemática esta postura, Lenin se adhería al espíritu del himno socialista de Eugène Poitiers, «La Internacional», que suscribía el motín armado:

> Los reyes nos intoxican con vanidades.
> ¡Paz entre nosotros, guerra a los tiranos!
> Llevemos la huelga a los ejércitos.
> ¡Disparad al aire y romped filas!
> Si insisten, esos caníbales,
> en convertirnos en héroes,
> ¡no tardarán en saber que
> reservamos nuestras balas
> para nuestros propios generales![217]

La doctrina de la izquierda de Zimmerwald de Lenin era tan explosiva que, cuando el cónsul Romberg la explicó en Berlín, intervino el ministro de Asuntos Exteriores alemán, que secuestró el programa de Lenin e impidió su publicación por si la Ojrana lo utilizaba para justificar arrestos masivos de socialistas en Rusia[218].

En los meses anteriores a la revolución de Febrero, Lenin ya no estaba en el punto de mira de los alemanes. Parvus se afanaba en llevar a buen término su sabotaje industrial en Rusia, mientras la relación de Kesküla con Lenin se enfria-

ba, porque este se mostraba indiferente ante la cuestión estonia. (Los alemanes, a su vez, prescindieron de Kesküla en octubre de 1916). Lenin había empezado a perder contacto con los asuntos rusos y era pesimista. El 9/22 de enero de 1917, Lenin exclamó en una reunión de jóvenes socialistas celebrada en la Casa del Pueblo de Zúrich: «Puede que nosotros, los veteranos, no vivamos lo suficiente para ver las batallas decisivas de la revolución venidera»[219].

Lenin se enteró del estallido de la revolución a través de un camarada austriaco el 1/14 de marzo de 1917. Entusiasmado, quiso regresar a Petrogrado de inmediato, pero, si quería evitar los frentes oriental y occidental, el camino más corto y seguro de Suiza a Rusia pasaba por Alemania, lo que tal vez resultara sospechoso a los rusos de casa. Romberg, cónsul alemán en Berna, quería ayudar, pero tanto él como Lenin debían proceder con cautela. Fritz Platten, un socialista suizo, actuó de intermediario: se hizo cargo de todas las negociaciones entre Lenin y los gobiernos suizo y alemán, compró todos los billetes y actuó como «anfitrión» oficial y portavoz mientras el tren cruzaba Alemania para que los rusos no tuvieran que hablar con los oficiales alemanes. Con el fin de mejorar el camuflaje, Platten también estipuló que Lenin y sus 19 socios bolcheviques (entre ellos Zinóviev, Nadezhda Krúpskaia, Inessa Armand, amante de Lenin, y Karl Radek, un periodista polaco que fumaba de forma compulsiva) viajaran en el tren acompañados por Yuli Mártov, el viejo líder menchevique, y otros 6 no bolcheviques miembros del Bund judío. Platten intentó sin éxito implicar en la empresa a exiliados del socialismo revolucionario: ninguno de estos patriotas rusos quiso tener nada que ver con Lenin. Lo más importante era mantener la «extraterritorialidad»; se enviaron telegramas de prensa en los que se señalaba que el vagón en el que viajaba Lenin estaba «se-

llado» y que no abriría sus puertas hasta que no saliera de Alemania. El 23 de marzo/5 de abril de 1917 el gobierno alemán aportó 5 millones de marcos de oro a la Rusia revolucionaria y cuatro días después Lenin se puso en camino[220].

Aunque todos vendían la idea del «vagón sellado», la historia empezó a hacer agua casi inmediatamente. Los rusos tenían que cambiar de tren tras cruzar la frontera suiza, lo que significaba que pusieron pie en suelo alemán en Gottmadingen. Una vez a bordo del nuevo tren alemán, viajaron acompañados por dos oficiales alemanes, el capitán Von Planetz y el teniente Von Buhring, que respondía directamente ante el general Erich Ludendorff del alto mando alemán (había elegido a Von Buhring porque hablaba ruso con fluidez). Un tercer alemán, un sindicalista llamado Wilhelm Jansson, que respondía ante Parvus, también se unió a los rusos en Gottmadingen. Sabemos, gracias a los registros alemanes, que la delegación rusa «perdió la conexión en Fráncfort» y hubo que alterar el horario de los trenes. Se dice que un cuarto alemán, «un oficial vestido de civil», visitó el vagón de Lenin cuando este atravesaba Berlín, donde el tren supuestamente estuvo parado veinte horas y donde subieron comida y leche fresca. Este segundo retraso obligó a los rusos a pasar una noche en un hotel alemán en Sassnitz, mientras esperaban el *ferry* que los llevaría a Dinamarca al día siguiente[221].

Según los testimonios prestados bajo juramento por prisioneros de guerra rusos repatriados desde Alemania después de la revolución, la parada del vagón de Lenin en Alemania no fue tan inocua como parece. Uno de ellos, el suboficial veterano F.P. Zinenko, afirmó que la posibilidad de que Lenin aceptara la ayuda de los alemanes y su apoyo al separatismo ucraniano se debatieron ampliamente en su campo de prisioneros de guerra. Otro testigo, el capitán

E. A. Tishkin, señaló que en su campo, en Stralsund, a orillas del Báltico, «todo el mundo empezó a hablar de Lenin de repente» en abril de 1917, lo que no resulta sorprendente si se tiene en cuenta que el tren de Lenin pasó por Stralsund en su ruta hacia Sassnitz, donde pasó la noche del 29 de marzo/11 de abril de 1917. Tishkin afirmó bajo juramento que, en el campo de Stralsund, todo el mundo sabía que Lenin bajó del tren cuando cruzaba Alemania y que hasta pronunció discursos políticos[222].

Al margen de lo que haya de verdad en estas alegaciones concretas, en 1917 el objetivo de Alemania era influir sobre la política rusa. Los alemanes introdujeron a su costa en Rusia a exiliados socialistas de todas las corrientes (a excepción de los socialistas revolucionarios «defensistas», que estaban a favor de la guerra y que pidieron ayuda a los aliados) para agravar las tensiones entre el sóviet y el gobierno provisional. Enviaron a casa a prisioneros de guerra zaristas de Ucrania, Finlandia, Polonia y Estonia para crear agitación en favor de la independencia. Lenin solo era un individuo más en esta marea de humanidad insatisfecha que se vertió sobre la Rusia revolucionaria. Sin embargo, por sus ideas extremas sobre la guerra y su apoyo oportunista al separatismo ucraniano, Lenin fue el catalizador crítico del caos, un equipo de demolición compuesto por un solo hombre enviado a hundir el esfuerzo bélico ruso. Como explicaba Parvus al ministro alemán en Copenhague, había que «apoyar al movimiento revolucionario más extremo para intensificar la anarquía» y evitar que la moral de las tropas rusas volviera a ser alta bajo el nuevo gobierno provisional; o, como el mismo Parvus comentó a Philip Scheidemann, líder socialista alemán que por entonces visitaba Copenhague, Lenin estaba «mucho más loco» que el resto de los socialistas rusos[223].

La inversión de los alemanes en Lenin les reportó buenos dividendos en muy poco tiempo. Tras una breve parada en Estocolmo, donde Karl Radek, amigo de Lenin, creó una misión extranjera bolchevique para que se encargara de la comunicación con Lenin cuando este estuviera en Petrogrado, los rusos prosiguieron su viaje en tren. Llegaron a la estación Finlandia de Petrogrado justo después de las once de la noche del 3 de abril de 1917, en un vagón que más tarde se conservó en una vitrina de cristal para poder conmemorar este momento histórico (aún sigue ahí). Lo llevaron rápida y furtivamente al cuartel general de los bolcheviques, donde pronunció un discurso de dos horas en el que denunciaba la «guerra pirata imperialista» y a los miembros del partido que habían brindado su apoyo al gobierno provisional. El programa que Lenin proponía era tan extremo que en un principio el órgano de difusión del partido (*Pravda*) se negó a imprimirlo. Hoy se recuerdan esas tesis de Abril por el eslogan: «¡Todo el poder para los sóviets!», pero eran igual de extremas en política exterior, negaban su apoyo a la guerra y defendían la disolución del ejército ruso. Frank Golder afirma en su diario que, en cuestión de horas, todo el mundo hablaba en Petrogrado del programa «extremo, radical y pacifista» de Lenin y también cundía el rumor de que los alemanes lo habían enviado a Petrogrado «para que él y su partido predicaran el pacifismo y desmoralizaran al ejército». De manera que no resulta en absoluto sorprendente que los servicios de Inteligencia alemanes informaran al día siguiente al alto mando alemán desde Estocolmo: «Exitosa entrada de Lenin en Rusia. Está haciendo exactamente lo que queremos que haga»[224].

Lenin había estado en el exilio y llevaba 17 años sin pisar Rusia, lo que le había permitido diseñar una política sin tener que preocuparse ni por sus colegas socialistas rusos, ni

por ninguna consideración práctica. Sus ideas sobre la guerra eran distintas de las de los bolcheviques que se habían quedado en Rusia, como Kámenev y Stalin, ambos amnistiados de su exilio siberiano tras la revolución de Febrero. Kámenev era el editor de *Pravda* y diputado bolchevique de la Duma cuando estalló la guerra; lo arrestaron en 1915. Stalin, condenado a cuatro años de confinamiento en 1913, había pasado la guerra en el noreste de Siberia, cerca de Turujansk; fue su época de mayor aislamiento hasta entonces y no había conseguido escapar. Kámenev creía que se había ganado la posición de líder trabajando afanosamente durante la guerra y, tras el incendiario discurso de Lenin, insistió en que el comité central de los bolcheviques debía defender la plataforma de partidos existente y ofrecer su apoyo con reservas al gobierno provisional y a la guerra «para evitar la influencia desmoralizadora del "derrotismo revolucionario"»; se mostró contrario «a las críticas del camarada Lenin». Stalin, menos educado, criticó en *Pravda* el eslogan de Lenin «¡Abajo la guerra!» por considerarlo «inútil». Las tesis de Abril de Lenin se votaron en el comité central el 8 de abril y se rechazaron por 13 votos a 2[225].

Sin embargo, Lenin tenía un as en la manga: el dinero alemán. Al mes siguiente de la publicación del primer número posrevolucionario, el 12 de marzo de 1917, los editoriales de *Pravda* habían salido en tiradas limitadas de una imprenta del gobierno situada en el canal Moika. Tras la llegada de Lenin, los bolcheviques compraron una imprenta en la avenida Suvorovski por 250 000 rublos (equivalentes a 125 000 dólares de entonces o a unos 12,5 millones de dólares actuales). Prometieron al antiguo propietario que mantendrían en su puesto a todos los trabajadores con su sueldo íntegro (lo que sumaba unos gastos de más de 30 000 rublos al mes, equivalentes a 1,5 millones de dólares mensuales o

18 millones de dólares al año). Fue necesario este acuerdo para convencer al propietario, que no confiaba en un misterioso grupo que se autodenominaba «colectivo editorial obrero» y tenía todo el dinero que hiciera falta[226].

Los bolcheviques podían imprimir toda la propaganda que quisieran en cantidades casi ilimitadas. La circulación de *Pravda* se disparó rápidamente hasta alcanzar los 85 000 ejemplares. El 15 de abril el partido empezó a editar otro periódico en gran formato dirigido a los soldados de la guarnición de Petrogrado llamado *Soldátskaia Pravda*, que tuvo primero una circulación inicial de 50 000 ejemplares y, después, de 75 000. Pronto imprimieron ediciones dirigidas a los soldados del frente (*Okopnaia Pravda*) y a los marineros de la flota del Báltico (*Golos Pravdi*). No pasó mucho tiempo hasta que la prensa, enviada diariamente por los bolcheviques a las tropas del frente, alcanzara las seis cifras. También se imprimieron cientos de miles de panfletos. En vista de este asombroso golpe de papel impreso, posible gracias a los subsidios alemanes, no parece sorprendente que se permitiera a Lenin publicar en *Pravda* su impopular postura contraria a la guerra, pese a las objeciones planteadas por Kámenev y Stalin[227].

Debido a la destrucción de archivos llevada a cabo posteriormente por el gobierno soviético, los historiadores se enfrentan a la difícil tarea de seguir el rastro al dinero que el gobierno alemán enviaba a los bolcheviques de Petrogrado. Lenin se mantuvo al margen, excepto por unos pocos y sugerentes telegramas mandados a Radek a Estocolmo. En uno de ellos (del 21 de abril), decía haber recibido 2000 rublos. En otro, Lenin pedía «más material»[228]. El coronel B. V. Nikitin, encargado del contraespionaje por el gobierno provisional, reprodujo algunos de estos telegramas incriminatorios en sus memorias, en las que también afirma que

una agente bolchevique, Evgenia Sumenson, al ser interrogada, confesó haber entregado dinero (que lavaba en una empresa alemana de importación) al abogado polaco Miecyslaw Kozlovski, miembro del comité central bolchevique. Cuando Kérenski abandonó Rusia más tarde ese mismo año (1917), informó a los servicios de Inteligencia aliados sobre documentos que afirmó haber visto, incluida la retirada de 750 000 rublos de la cuenta que Sumenson tenía en un banco de Siberia (lo confirma en sus memorias). Hasta ahora la mayoría de los historiadores creían que estos temas tan debatidos no se aclararían nunca por la falta de pruebas en los archivos rusos[229].

Sin embargo, no se destruyeron todos los documentos relacionados con los vínculos entre bolcheviques y alemanes descubiertos por los investigadores del gobierno provisional. Hemos encontrado pruebas en los archivos del partido comunista que demuestran que Sumenson dirigía un negocio de importación algo inusual en un enorme piso de Petrogrado, completamente amueblado, situado en el número 36 de la calle Nadezhdinskaia. (Las operaciones que realizaba llamaban la atención de los vecinos, que se preguntaban por qué una mujer soltera y sin hijos recibía a tantos hombres en su piso de cuatro dormitorios). Sumenson vendía termómetros alemanes, medicamentos, medias, lápices y productos alimenticios de Nestlé a cambio de dinero en metálico. Tenía cuentas en el Banco de Siberia y también en el Banco Ruso-Asiático y en el Banco Azov-Don, en los que depositaba cientos de miles de rublos obtenidos gracias a la venta de estos demandados objetos de lujo alemanes a rusos ricos. Múltiples testigos vieron a la propia Sumenson entregar dinero en metálico a Kozlovski regularmente, nunca más de unos miles de rublos en cada ocasión[230].

Sumenson también recibía transferencias de bancos de Estocolmo y de Copenhague, normalmente de su primo Jakob Fürstenberg-Hanecki [Ganetski] (un revolucionario cuyo alias era Kuba), uno de los camaradas del partido en los que Lenin más confiaba y futuro ministro de Economía del sóviet. Kozlovski pidió a Kuba, en un telegrama que no puede ser puesto en entredicho, que transfiriera 100 000 rublos del Nya Banken de Estocolmo a Sumenson (en Petrogrado); pocos días después se depositó exactamente esa cantidad en su cuenta del Banco Ruso-Asiático. El gobierno alemán pudo aportar enormes sumas de dinero al partido de Lenin en Petrogrado por medio de estas transferencias y del blanqueo de los beneficios que arrojaba la empresa de importación de Sumenson. En total se calcula que se entregaron 50 millones de marcos, cantidad equivalente, en términos actuales, a unos 1000 millones[231].

Tras años de vivir en Rusia a dos velas en la clandestinidad, los bolcheviques estaban forrados y se comportaban en consecuencia. Tras abandonar la estación Finlandia, Lenin se mudó a la mansión Kschessinska, una de las mayores residencias privadas de la ciudad, construida en estilo *art noveau* para Mathilde Kschessinska entre 1904 y 1906. Mathilde era una bailarina famosa en Rusia, que fue amante del zar Nicolás II y de dos grandes duques Románov después de él. La mansión, situada estratégicamente frente a la fortaleza de Pedro y Pablo, dejó de ser el hogar de una bailarina elegante tras la llegada de Lenin para convertirse en un complejo militar fortificado, la espina dorsal del bolchevismo. (En tiempos de la Unión Soviética se le impuso el nombre de Museo de la Revolución; hoy es el Museo de Historia Política).

Kschessinska bullía de actividad, pues acogía las reuniones del comité central del partido, las oficinas editoriales de

Pravda y *Soldátskaia Pravda* y el cuartel general de la «organización militar» bolchevique, que enviaba a comisarios a convencer a unidades enteras del ejército para que se sumaran a la causa antibelicista. En la planta baja había una oficina de contabilidad y un «equipo de imprenta sumamente caro» que los hombres de Nikitin descubrieron más tarde. Se usaba para falsificar carnés de identidad y permisos de conducir que luego se repartían entre operarios y soldados de confianza. Los pasillos se encontraban llenos de panfletos y de propaganda; había mensajeros yendo de un lado a otro con instrucciones[232].

En la calle la escena resultaba aún más sorprendente. Kschessinska se convirtió en seguida en un lugar de reunión para los manifestantes de toda la ciudad, que acudían allí porque les resultaba estimulante y por las pancartas de protesta. Los bolcheviques tenían un enorme talento para la propaganda y el programa político de todo-está-permitido de Lenin supuso una nueva inyección de vitalidad. Mientras los mencheviques y los socialistas revolucionarios del sóviet habían acordado a regañadientes colaborar para restablecer la disciplina en las fuerzas armadas (como en el caso de la orden número 2), los bolcheviques sacaron pancartas en las que se leía un sencillo: «¡Abajo el gobierno!». Según algunos testigos, tras la llegada de Lenin, aparecieron pancartas bolcheviques en las que se leía: «Los alemanes son nuestros hermanos»[233].

Eran eslóganes explosivos, cuando no traicioneros, teniendo en cuenta que había ejércitos alemanes en suelo ruso; ya existían rumores de que Lenin era un agente alemán. En circunstancias como estas, resulta bastante extraño que alguien quisiera sostener una de estas pancartas. En este aspecto también contamos con nuevas pruebas que nos brindan una pista. Según el testimonio ofrecido bajo juramento

por Evgenia Sheliajovskaia, enfermera de la Cruz Roja que acababa de regresar a Petrogrado procedente del frente, a finales de abril de 1917 unos cuantos hombres bien vestidos (cuyos rasgos describió con detalle) paseaban con pancartas proalemanas y en contra de la guerra delante de Kschessinska ofreciendo billetes de 10 rublos a cualquiera que quisiera levantar una. Era bastante dinero, el equivalente en la actualidad a unos 500 dólares. Según Sheliajovskaia, estos vendedores bolcheviques repartían dinero hasta que se vaciaban sus carteras, momento en el que entraban en Kschessinska. Salían «quince o veinte minutos» después con las carteras de nuevo repletas de billetes de 10 rublos. Un segundo testigo confirmó bajo juramento lo más esencial del testimonio de Sheliajovskaia[234].

El coronel Nikitin añadió algo de picante al relato de la enfermera cuando afirmó que los billetes de 10 rublos que se repartieron ante Kschessinska eran falsos. Supuestamente los habían fabricado los alemanes, que habían adquirido las planchas de los billetes de 10 rublos zaristas antes de la guerra. Se decía que los billetes falsos tenían una marca: según Nikitin «las dos últimas cifras del número de serie estaban ligeramente subrayadas». Más tarde se descubrieron muchos de estos «billetes alemanes» en posesión de agitadores bolcheviques arrestados[235].

Lenin y sus patrocinadores alemanes iban a por todas. El gobierno provisional, sometido a una presión terrible por parte de los aliados para que Rusia realizara la campaña de primavera que se había comprometido emprender antes de la revolución, se encontraba inmerso en una dura lucha con el sóviet por hacerse con el control del ejército y ahora debía enfrentarse a un enemigo más. En poco tiempo los bolcheviques harían que la sangre corriera.

9

EL OCASO DE LOS LIBERALES

Se tenía la sensación de que el gobierno provisional estaba compuesto por aficionados, algo difícil de comprender si se tiene en cuenta que sus líderes llevaban años conspirando para derrocar al régimen zarista. Rodzianko era un chapucero y Guchkov, el ministro de la Guerra, no era mucho mejor: le había llevado casi diez días alinearse con Rodzianko, obtener ordenadamente los juramentos de lealtad del ejército y empezar a limpiarlo de «aristócratas inútiles»; cesó a seis comandantes del frente y a unas cuantas docenas de generales. La existencia del gobierno provisional no se anunció públicamente a la nación hasta el 7 de marzo y se hizo por medio de una declaración bastante equívoca, en la que se afirmaba que su función era «convocar la asamblea constituyente lo antes posible» para resolver el futuro político de Rusia[236].

Para ser justos con Guchkov y con el príncipe Lvov, «presidente» del nuevo gobierno provisional (una rara institución cuyo origen se encontraba en el viejo Consejo de Ministros zarista que ya no existía), heredaron unos problemas enormes. Además, el hecho de que el alborotador sóviet hubiera distribuido la orden número 1 entre las fuerzas armadas y pudiera ejercer su veto en el gobierno provisional no

ayudaba; el gobierno provisional tuvo que abandonar el palacio Táuride e instalarse en el palacio Mariinski. Constituye un arreglo extraño, al que suele denominarse «autoridad dual» (*dvoievlastie*). Sin embargo, el gobierno de Lvov también tenía que vérselas con Rodzianko, que continuaba hablando públicamente (y emitiendo comunicados) en calidad de presidente de la extinta Duma estatal. La Duma retuvo un poder residual y un prestigio algo etéreo al ser el único cuerpo nacional electo de Rusia hasta que la asamblea constituyente se reuniera. En Petrogrado la ignoraban, pero no así en el país en general, donde Rodzianko y la Duma gozaban de mucho mayor reconocimiento que Lvov, que el gobierno provisional o que el Ispolkom (el comité ejecutivo del sóviet)[ex5].

El gobierno provisional no se decidía a atajar problemas realmente importantes, como la reforma agraria, por todas estas razones, sino que se limitaba a esperar la constitución de una asamblea constituyente. Los ministros centraban sus energías en aquellas medidas en las que se hallaban de acuerdo liberales y socialistas, como una amnistía general para los presos políticos del Antiguo Régimen (7 de marzo), la abolición de la pena de muerte (12 de marzo), la prohibición de flagelaciones en las prisiones (17 de marzo) o poner fin al odiado castigo zarista de la deportación a Siberia (26 de abril). También tomaron otras más relevantes, como proclamar la igualdad de derechos y conceder estatus jurídico a todas las nacionalidades y religiones (20 de marzo) o acabar con la zona de asentamiento judía. Inmediatamente después se proclamó la libertad de prensa y la de reunión, lo que convirtió a Rusia, al menos temporalmente, algo de lo que más adelante Kérenski se jactaría, en «el país más libre del mundo»[237].

La política exterior era un hueso más duro de roer. Puede que no hubiera sido así en tiempos de paz. Sin embargo, en 1917, el asunto de la guerra se encontraba por encima de cualquier otro. Después de todo, ¿por quién luchaban, sangraban y morían los 7 millones de hombres movilizados en frentes que iban desde Báltico hasta el mar Negro, la península de Anatolia [Asia Menor] y Persia [Irán]?

La diferencia de opiniones entre el gobierno provisional y el sóviet en este punto resultó fundamental. Como dejara muy claro Pável Miliukov en su incendiario discurso pronunciado ante la Duma en noviembre de 1916, los liberales rusos eran patriotas que no se oponían al régimen zarista porque este librara una guerra injusta, sino porque no ponía el suficiente empeño en ganarla. En cierto modo, los liberales rusos se habían «hecho cargo» de la guerra desde julio de 1914, cuando ellos y sus paladines del Consejo de Ministros (Krivoshein y Sazónov) habían persuadido a un zar vacilante para que movilizara sus tropas. Hasta Kérenski, que estaba a la izquierda de los liberales en asuntos internos, había apostado por la guerra y había castigado a traidores con altos cargos por obstaculizar el esfuerzo bélico. En cambio, para los mencheviques que controlaban el sóviet, y hasta para los socialistas revolucionarios de «izquierda» menos patrióticos que Kérenski, la legitimidad de la guerra rusa constituía un problema que había que dilucidar, aunque pocos simpatizaran abiertamente con la postura extremadamente antibelicista de Lenin. La mayoría de los miembros radicales del sóviet acababan de ser amnistiados y habían abandonado las prisiones zaristas, de modo que rechazaban todo lo que tuviera que ver con el régimen que los había encarcelado, incluidos los objetivos de guerra «imperialistas» negociados por los diplomáticos del zar.

Tras este tenso compás de espera, los liberales fueron los primeros en atacar. El 5 de marzo de 1917, Miliukov, en su nueva calidad de ministro de Asuntos Exteriores, difundió una declaración en la que se afirmaba que el gobierno provisional «respetaría los acuerdos internacionales contraídos por el régimen derrocado y honraría la palabra de Rusia». Con ello quería tranquilizar a Francia y a Gran Bretaña (Estados Unidos aún no había entrado en la guerra), asegurándoles que Rusia llevaría a cabo sus ofensivas de primavera. Sin embargo, esta declaración de Miliukov fue un disparo en la línea de flotación del sóviet. Aunque a los diputados díscolos les llevó más de una semana consensuar su propia declaración sobre la política internacional que debía seguirse, el documento «El sóviet de Petrogrado a todos los pueblos del mundo», publicado en *Izvestia* el 14 de marzo, desautorizaba a Miliukov por completo. En esta insólita declaración, el sóviet aseguraba que «obreros y soldados se resistirían a la política de conquista de sus casas gobernantes», es decir, de Miliukov, y hacía un llamamiento a sus hermanos de otros países implicados en la guerra de Europa para «iniciar una lucha decisiva contra la avaricia y las ambiciones de [sus] gobiernos». En una declaración suplementaria, publicada el 18 de marzo, el sóviet denunciaba «la diplomacia secreta de Nicolás Románov» y exigía al nuevo gobierno «que, en el ámbito de la política exterior, desestimara completamente las prácticas de Izvolski y Stürmer»[238].

El núcleo de la controversia eran los «tratados secretos» negociados entre Rusia, Gran Bretaña y Francia, sobre todo el acuerdo Sazónov-Sykes-Picot de 1916, en el que las potencias se repartían el Imperio otomano. Como sus términos eran secretos, se desataron los rumores. En diciembre de 1916, el presidente del Consejo de Ministros, A.F. Trépov, había revelado, para apaciguar a una turba de alborotadores

de la Duma, que Gran Bretaña y Francia habían prometido Constantinopla y los estrechos a Rusia. Kérenski había registrado los archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores a principios de marzo en busca de copias de estos «tratados secretos» y, al parecer, ordenó a los diplomáticos: «¡Escondedlos!». Sospechando que el gobierno provisional ocultaba algo, los comités de las fábricas de Petrogrado publicaron una serie de resoluciones en las que exigían la publicación de todos los tratados firmados por el zar durante la guerra. El Ispolkom, por su parte, había sido muy claro en su repudio hacia la «diplomacia secreta»[239].

Los bolcheviques hacían bien en desconfiar. La Stavka y el Almirantazgo habían elaborado planes para un ambicioso ataque en el Bósforo en el verano de 1917. Estos planes se confirmaron en febrero, cuando la revolución desgarró a Petrogrado, precisamente para «calmar a la opinión pública rusa». En el Ministerio de Asuntos Exteriores ruso, el asunto era lo suficientemente importante como para que los diplomáticos rusos camelaran al gobierno francés el 27 de febrero (el día en que el zar perdió el control de Petrogrado) hasta obtener su palabra de que la cuestión de Constantinopla y los estrechos «se solucionará al finalizar la presente guerra, de acuerdo con los antiguos compromisos de Rusia». A lo largo de marzo, y a pesar de los motines que habían estallado en la flota del Báltico y (a mucha menor escala) en la del mar Negro, el Almirantazgo continuó con sus preparativos para la operación del Bósforo, cuya punta de lanza iban a confiar al regimiento Tsárgradski de Kolchak. En el Ministerio de la Guerra, Guchkov recurría a sus contactos en el Comité de las Industrias de Guerra (CIG), en busca de mineros extractores de carbón y buques mercantes para el planeado ataque de Kolchak al Bósforo. Mientras, Miliukov desvelaba sus propias prioridades, cuando contó

en privado a un amigo kadete que «sería absurdo y un delito renunciar al premio gordo de la guerra [es decir, a Constantinopla y los estrechos] en nombre de cierta idea humanitaria o cosmopolita del socialismo internacional»[240].

El 22 de marzo de 1917 esta sigilosa lucha política salió a la luz cuando Miliukov describió los objetivos de guerra rusos en una conferencia de prensa (sin destapar el secreto debido a sus aliados). Como Estados Unidos estaba dispuesto a entrar en la guerra para defender los principios de Wilson, Miliukov se tomó la molestia de justificar las pretensiones territoriales rusas en términos liberal-nacionalistas. Afirmaba que era lícito quedarse con los territorios de los Habsburgo para «crear un Estado checoslovaco independiente» y lograr «la reunificación del pueblo ucraniano de las regiones austriacas con la población de nuestras propias regiones ucranianas». Miliukov expuso la cuestión de Constantinopla y los estrechos de forma sincera (aunque vacilante):

> No se puede decir que atentemos contra los intereses de la nación turca porque, a pesar de sus quinientos años de dominio, la nación turca no ha arraigado profundamente [...], los turcos siguen siendo un elemento extraño en la zona, donde se mantienen exclusivamente por derecho de conquista, amparándose en la ley del más fuerte. La transferencia de los estrechos a Rusia no atentaría contra los principios proclamados por Woodrow Wilson[241].

La postura de Miliukov adquirió peso cuando se supo que, mientras hablaba a la prensa en Petrogrado el 22 de marzo, había llegado a la boca del Bósforo un escuadrón naval ruso compuesto por 6 destructores, 2 cruceros de combate y 3 portahidroaviones. Aunque no se le dio mucha publicidad en las capitales aliadas a esta exploración de reconocimiento, se produjeron auténticos combates aéreos, cuando turcos y alemanes empezaron a usar hidroaviones

para obligar a los pilotos rusos a que volvieran a sus portahidroaviones antes de que estos pudieran examinar las defensas de la ciudad. Cuando, al día siguiente (23 de marzo), Petrogrado se sumió en la controversia al conocer la declaración de Miliukov, el enlace diplomático del cuartel general ruso informó a Miliukov de que dos divisiones estarían listas para partir hacia el Bósforo a mediodía y de que, previsiblemente, dispondría de una tercera en verano. Miliukov estaba mucho más decidido a conquistar Constantinopla de lo que suponían los bolcheviques y otros desconfiados socialistas[242].

Los líderes del sóviet estaban igual de decididos a frenarlo. Miliukov fue sometido a una violenta presión por parte del Ispolkom, que amenazó con retirar su apoyo a «los bonos de guerra» que quería pedir a patriotas rusos a cambio de deuda pública. El 27 de marzo le obligaron a publicar una versión revisada de la «declaración de objetivos de guerra», en la que se proclamaba: «El propósito de la Rusia libre no es dominar a otras naciones ni arrebatarles sus posesiones nacionales u ocupar por la fuerza territorios extranjeros, sino crear una paz estable sobre la base de la autodeterminación de los pueblos». Sin embargo, también se sostenía que Rusia cumpliría «con todas las obligaciones asumidas con sus aliados». En una entrevista concedida a *The Manchester Guardian*, Miliukov indicaba que Rusia podría estar dispuesta a renunciar a sus pretensiones en relación con Constantinopla, siempre y cuando conservara «el derecho a cerrar los estrechos para evitar el paso de buques de guerra extranjeros», lo que «no sería posible si no poseía los estrechos y los fortificaba». Las evasivas de Miliukov no tenían muy contentos a sus críticos socialistas, pero, de momento, dejaron el asunto en suspenso[243].

Después de su regreso el 3 de abril, Lenin intervino en esta delicada polémica sobre el alma de la política exterior rusa con su habitual falta de sutileza. En una visita realizada a Moscú el 11 de abril, Miliukov anunció, intentando cuadrar el círculo del imperialismo liberal, que Rusia seguía comprometida con la «reunificación de Armenia» (es decir, con el desmembramiento del Asia Menor otomana) y la «satisfacción de las aspiraciones nacionales de los eslavos austriacos» (es decir, la conquista rusa de la Galitzia de los Habsburgo). Lenin publicó esta declaración en *Pravda* y exhortó a todos los rusos: «Camaradas, trabajadores y soldados, leed esta declaración de Miliukov en todas vuestras reuniones. ¡Dejad claro que no queréis morir por los acuerdos secretos del zar Nicolás II, que siguen siendo sagrados para Miliukov!»[244].

El regreso del líder de los socialistas revolucionarios, Víktor Chernov, que llegó a Petrogrado el 8 de abril, cinco días después que Lenin, reforzó las críticas al gobierno. Aunque Chernov no era un «derrotista», en el sentido de la izquierda de Zimmerwald, compartía el desprecio de esta hacia los objetivos de guerra imperialistas. Chernov arremetió contra la «orgía desenfrenada de apetitos depredadores» que expresaban los «tratados secretos» y pedía la inmediata dimisión de Miliukov[245].

La vuelta de Chernov también obligó a Kérenski a adoptar una postura más dura frente a los imperialistas liberales. Aunque Kérenski había adquirido visibilidad como tribuno popular de la revolución, Chernov seguía siendo su superior en el Partido Social-Revolucionario y gozaba del mismo prestigio de exiliado «purista» que Lenin entre los bolcheviques. El 13 de abril Kérenski presionó a Miliukov para que entregara la declaración del 27 de marzo, a la que se denominaba popularmente (de forma inexacta) declaración de

«paz sin anexiones», a los diplomáticos de la entente, con lo que, de este modo, rechazaba *de facto* su declaración anterior del 5 de marzo. Kérenski permitió a Miliukov que incluyera una adenda en la que confirmaba la intención de Rusia de mantenerse en la guerra y de «cumplir plenamente sus obligaciones» con sus aliados, pero no deja claro si, al forjar este acuerdo, quería salvar a Miliukov o destruirlo. En la mañana del 20 de abril de 1917, los periódicos de Petrogrado publicaron las «notas a los aliados» de Miliukov[246].

Estas noticias fueron una bomba para los líderes del sóviet. La confirmación de Miliukov de que Rusia cumpliría sus obligaciones con sus aliados parecía un rechazo de todo aquello por lo que los revolucionarios habían luchado, por mucha palabrería diplomática trillada que se utilizara. Antes de que el sóviet pudiera elaborar una respuesta, grupos de manifestantes armados ya habían tomado las calles en lo que parecía una estremecedora repetición de la revolución de Febrero. Por fortuna para los miembros del Ispolkom, el hecho de que el gobierno provisional hubiera abandonado el palacio Táuride los dejó fuera de la línea de fuego cuando una amenazante procesión de soldados, liderada por Theodore Linde, un oficial de la guardia radical, decidió dirigirse a la plaza Mariinski. Desgraciadamente para Linde, ese día el gobierno provisional no se encontraba en el palacio Marinski: los ministros se habían reunido en el Ministerio de la Guerra (en la plaza del Palacio) porque Guchkov estaba enfermo. Aprovechándose de este golpe de suerte, el popular general Lavr Kornílov, a quien Guchkov acababa de nombrar comandante del distrito militar de Petrogrado, pidió permiso para dispersar al incipiente motín. Kérenski intervino, pues, al haber autorizado la nota de Miliukov, tenía cierta responsabilidad por lo que acontecía en las calles, pe-

ro se negó a autorizar el uso de la fuerza. El resto del gabinete apoyó su decisión[247].

Con Kornílov y las tropas leales puestas a raya, el campo parecía despejado para entrar en acción. Tras denunciar al gobierno provisional de ser «totalmente imperialista», Lenin autorizó la confección de pancartas en las que no solo se denunciaba a Miliukov, sino que también se exigía la disolución del gobierno provisional. Las pancartas se colocaron en Kschessinska y en ellas se leía: «¡Todo el poder para los sóviets!» y «¡Abajo el gobierno provisional!». Al amanecer del 21 de abril empezaron a aparecer eslóganes más radicales, como «¡Abajo los ministros capitalistas!» (Miliukov y Guchkov, por ejemplo), «¡Muerte a los burgueses!», «¡Abajo la guerra!» y «Contra la ofensiva». Según Golder, en la avenida Nevski se oían gritos de «¡Muerte a Miliukov!». N.I. Podvoiski, jefe de la organización militar bolchevique (que también operaba desde Kschessinska), hizo un llamamiento a los marineros armados de Kronstadt para que acudieran a la ciudad. El escenario estaba dispuesto para el *putsch* de los bolcheviques[248].

Aunque más tarde estos últimos negaran su intención de derrocar al gobierno provisional en abril de 1917, tenemos pruebas que demuestran lo contrario. Incluso antes de que se hiciera pública la nota de Miliukov, Lenin (18 de abril) había denunciado al gobierno provisional en *Pravda* y había afirmado que el propósito de los bolcheviques consistía en «que todo el poder pasara a manos de los Sóviets de los Diputados de Obreros y Soldados». Así se pedía de forma clara en las pancartas de los bolcheviques. El llamamiento de Podvoiski a los marineros de Kronstadt, famosos por su tendencia a provocar alborotos, demuestra de un modo inequívoco que tenían intención de que se desencadenara la violencia. Sheliajovskaia, la enfermera de la Cruz Roja que vio

a los hombres repartir billetes de 10 rublos entre los manifestantes que había delante de Kschessinska, preguntó a un manifestante armado qué hacía. Este respondió: «Vamos a desatar una noche de San Bartolomé, vamos a despedazar a los burgueses y a los ministros». En la tarde del 21 de abril, una columna de bolcheviques armados bajó por la avenida Nevski y se encontró con una contramanifestación leal al régimen en la que se cantaba: «¡Larga vida al gobierno provisional!». Cuando la columna llegó a la catedral de Kazán, empezaron a disparar (seguimos sin saber quién) y murieron tres personas antes de que los partidarios del régimen consiguieran alejar a los bolcheviques. En Moscú hubo escenas parecidas el 21 de abril, hasta que las fuerzas gubernamentales lograron recuperar las calles[249].

El 22 de abril, cuando ya era evidente que el *putsch* había fracasado (si es que lo hubo), el comité central bolchevique descartó cualquier agitación ulterior. Lenin no apareció en público, pues, como afirmó a toro pasado: «No sabía si en aquel momento de ansiedad las masas estaban totalmente de nuestra parte». Los manifestantes progubernamentales albergaban pocas dudas sobre quién era el responsable de todo: sus pancartas rezaban: «¡Abajo Lenin!»[250].

Sean cuales fueren sus intenciones reales, Lenin dejó clara su postura en relación con la guerra en abril, una posición que iba mucho más allá del mero distanciamiento de los objetivos de guerra imperialistas defendidos por Chernov, el sóviet y los primeros manifestantes (Linde, por ejemplo, parece haber sido un patriota defensor de la guerra, pero con ciertas condiciones). En un «Borrador de resolución sobre la guerra», redactado el 20 o el 21 de abril, Lenin hablaba con aprobación de la «confraternización» en el frente. «Si empezamos a confraternizar», escribió, «los soldados rusos y alemanes, los proletarios y campesinos de

ambos países que visten uniformes militares, habrán demostrado al mundo que las clases oprimidas por los capitalistas han descubierto intuitivamente el camino correcto para que cese la matanza entre los pueblos». En muchas de las pancartas enarboladas por los agitadores bolcheviques durante los días de Abril se leía: «Los alemanes son nuestros hermanos»[251].

Tanto si los disturbios estuvieron pensados para provocar un *putsch* como si se trataba de un «sondeo» supusieron un gran reto para el gabinete de Lvov, que no aprobó el examen. El 20 de abril los ministros negaron a Kornílov la autorización que precisaba para demostrar a los bolcheviques, y al sóviet, que no tolerarían disturbios en las calles; tampoco movieron un dedo para defender a Miliukov de la plebe. El 21 de abril, Kornílov intentó tomar las riendas y dio orden de que se establecieran tropas leales en el centro de la ciudad, pero el sóviet contravino la orden. Los miembros del Ispolkom, que habían publicado el día anterior la nota de Miliukov («la democracia revolucionaria no permitirá el derramamiento de sangre para [...] cumplir objetivos agresivos»), también criticaron a los bolcheviques, prohibieron las reuniones públicas durante 48 horas y anunciaron que considerarían «traidores a la revolución a cualquiera que convocara manifestaciones armadas o disparara un tiro, aunque fuera al aire».

El Ispolkom se declaró neutral en la guerra política desatada entre liberales y bolcheviques y confirmó su control sobre Kornílov y la guarnición militar de Petrogrado en una especie de adenda a la orden número 1. Según una resolución suya publicada el 21 de abril: «Todo lo referente a la intervención de unidades militares en las calles debe recogerse en una orden del comité ejecutivo, llevar su sello y las firmas de al menos dos de sus miembros [del Ispolkom]».

Kornílov, disgustado, pidió que lo relevaran del mando. Por haber demostrado su lealtad al Ispolkom, aunque fuera a regañadientes, le permitieron asumir el mando del VIII ejército en Galitzia, un comando en activo para la ofensiva de primavera que aún se pensaba llevar a cabo[252].

Los liberales imperialistas del gobierno provisional no obtuvieron ningún premio de consolación de este tipo: habían contribuido enormemente al derrocamiento del Antiguo Régimen, pero los conspiradores kadetes y octubristas demostraron no tener muchas ganas de gobernar. Miliukov, al menos, había intentado formular una política exterior coherente con los principios liberales y paneslavistas, al defender los intereses nacionales de Rusia y al procurar cumplir las obligaciones que el Imperio había asumido con sus aliados en tiempos de guerra; pero Kérenski los dejó en la estacada el 20 de abril. Guchkov y Miliukov, cuyas políticas habían sido rechazadas por el sóviet, quisieron dimitir, el problema consistía en que nadie deseaba ocupar su lugar. Kérenski hubo de amenazar con su dimisión para que los socialistas del Ispolkom votaran finalmente, el 1 de mayo de 1917, en favor de que miembros del sóviet pasaran a formar parte del gabinete para reemplazarlos. Chernov se hizo cargo del Ministerio de Agricultura y el menchevique georgiano Irakli Tsereteli, favorable a la guerra (aunque antiimperialista), se convirtió en ministro de Correos y Telégrafos. Adjudicaron el Ministerio de Asuntos Exteriores a Teréshchenko, anterior ministro de Economía, que era kadete, pero su postura en torno a la guerra se encontraba más cerca de la de Kérenski que de la de Miliukov. Resulta significativo también que Teréshchenko, como Kérenski, fuera masón. El nombramiento más importante fue el del propio Kérenski, que se hizo cargo de las carteras de Guerra y Marina y cedió el Ministerio de Justicia a Pável Perevérzev, su colega

socialista revolucionario. Lvov, un hombre de paja bastante inocuo, conservó su cargo de presidente como deferencia hacia los liberales. En lo que fue una coda fúnebre, se invitó a Guchkov y a Miliukov a asistir a una sesión de lo que quedaba de la Duma en el palacio Táuride. Rodzianko les agradeció sus servicios a este Parlamento fantasma y los diputados ovacionaron a Miliukov puestos en pie[253].

El nuevo gabinete intentó formular unos objetivos de guerra que fueran aceptables para el sóviet. Hablaron de «democratizar el ejército» y de denunciar los desfasados objetivos de guerra imperialistas. Kérenski y Teréshchenko pasaron de puntillas sobre el asunto de los estrechos y el 15 de mayo intentaron reconciliar el acuerdo Sazónov-Sykes-Picot con el principio de «paz sin anexiones» formulado por el Ispolkom. Demostraron que no era fácil enterrar los espectros del imperialismo. La declaración hacía referencia exclusivamente a «las provincias de Asia bajo dominio turco ganadas por derecho de conquista» y proponían a modo de disculpa que las antiguas provincias otomanas de Van, Bitlis y Erzurum fueran «armenias para siempre», aunque oficiales rusos se encargaran de su administración. El resultado fue un caos de contradicciones denunciadas por Lenin, la única voz de la oposición después de que Chernov pasara a formar parte del gobierno[254].

Durante los días de abril quedó claro que los liberales rusos se aferraban tozudamente a unos objetivos de guerra que la mayoría ya no apoyaba (si es que los había apoyado alguna vez). Había llegado el turno de Kérenski para intentar salvar lo que se pudiera, o lo que quedara, del esfuerzo bélico ruso contra las potencias centrales.

10

EL MOMENTO DE KÉRENSKI

En la primavera de 1917, tuvieron lugar en toda Rusia violentos e indisciplinados debates sobre la guerra y sobre si había que seguir luchando, sobre los objetivos bélicos y su propósito, así como sobre Lenin y los bolcheviques. Se había producido una auténtica proliferación de sóviets o agrupaciones, tanto en el ejército ruso como en su marina, aunque no debemos generalizar, pues existían grandes diferencias entre un frente y otro, al igual que entre diversas ramas, servicios y unidades en cada frente concreto. En una carta enviada al presidente Lvov desde la Stavka (14 de marzo), el general Alexéiev resumía informes anteriores «de los comandantes en jefe de los frentes y del ejército del Cáucaso y las flotas del Báltico y del mar Negro, en relación con la impresión causada por el cambio de régimen y los sucesos recientes acaecidos entre las tropas». Según Alexéiev, la mayoría de los soldados del frente norte, lejos de celebrar la revolución habían reaccionado ante las noticias con «calma y compostura» y muchos hombres mostraron su «pesar y lamentaron la abdicación del emperador Nicolás II». Alexéiev señalaba: «En muchas unidades los soldados no han entendido las declaraciones [de abdicación] y siguen sin comprender qué ha ocurrido»[255].

No toda reunión de los sóviets daba lugar a sentimientos proclives al amotinamiento. En algunas unidades los hombres exigían que se nombrara un nuevo zar cuanto antes o que se sometiera a votación si Rusia debía o no convertirse en una república. En otras, la democracia sacó a relucir sentimientos antisemitas, como cuando los soldados exigieron que no se permitiera a los judíos ser oficiales y asuntos aún peores. A los oficiales también se les permitía intervenir en los sóviets; muchos estaban descontentos con el curso de la revolución, sobre todo tras la promulgación de la orden número 1, que les había arrebatado gran parte de la autoridad que ejercían sobre sus hombres. En el Ier ejército ruso, ubicado en el frente occidental, cara a cara con los alemanes, la mayoría de los oficiales opinaban que el sóviet de Petrogrado «conducía al país a la anarquía» y que los soldados vivían mejor que los oficiales, que en ese momento estaban bajo la amenaza permanente de agresiones verbales o linchamientos[256].

Las tensiones aumentaron en abril debido a la decisión del comité ejecutivo del sóviet, el Ispolkom, de enviar al frente «comisarios» políticos. Aunque oficialmente su función fuera «hacer todo lo posible para eliminar fricciones entre oficiales y soldados», la mayoría de los comisarios, como era de esperar, cerraron filas con los hombres en asuntos disciplinarios. El general Alexéiev, para intentar contrarrestar la influencia del Ispolkom, pidió al gobierno provisional que enviara sus propios «comisarios» y el ministro de la Guerra Guchkov empezó a mandar emisarios al frente; estos, como también era de esperar, fueron recibidos de forma entusiasta por los oficiales. De manera que el poco funcional sistema de equilibrio de la «autoridad dual» (*dvoievlastie*) se extendió al ejército[257].

El eclipse de los liberales en mayo amenazaba con romper también el contrapeso de fuerzas en el frente. El primer acto de Kérenski como ministro de la Guerra, el 8 de mayo, fue expedir la orden número 8. En ella se reafirmaban los principios de la orden número 1 en relación con el derecho de los soldados a expresar sus opiniones y a recibir un trato respetuoso por parte de sus oficiales, la abolición del saludo obligatorio, la libertad de movimientos en tierra en el caso de los marineros que no estuvieran de servicio, etcétera. Kérenski se daba cuenta de que al menos había que devolver a los oficiales algo de su autoridad y estipuló (aunque no hasta el artículo 14) que, si bien no podía someterse a ningún soldado de servicio a castigos o sanciones sin «juicio» y no se permitirían los castigos corporales «degradantes», un oficial ruso conservaba «el derecho a adoptar las medidas necesarias bajo su propia responsabilidad, incluido el uso de la fuerza armada contra los subordinados que se negaran a cumplir sus órdenes». También especificó que los que debían nombrar o cesar oficiales eran los comandantes y no los hombres que votaban en los sóviets. De este modo, Kérenski esperaba dotar a los oficiales de autoridad suficiente para restablecer la disciplina en los ejércitos, aunque a su vez les exigía que respetaran la dignidad de los soldados[258].

Sin embargo, lo que hizo fue generar aún más confusión, pues ya resultaba suficientemente difícil fijar la cadena de mando en un ejército en el que el cuerpo de oficiales cambiaba de forma continua. Kérenski no se fiaba por completo de los oficiales de talante liberal nombrados por Guchkov y aceleró las purgas mediante el cese de otros 7 comandantes del ejército, 5 comandantes del frente, 26 comandantes de cuerpos de ejército y 69 comandantes de división, por no hablar de Alexéiev, que fue sustituido el 22 de mayo como comandante en jefe por el general Alexéi Brusílov. Esta lim-

pieza debería haber reforzado la posición de Kérenski en el ejército, pero todos consideraban a Brusílov un hombre de Rodzianko, no suyo, de manera que muchos oficiales, de un modo erróneo, interpretaron el movimiento como una rehabilitación del presidente de la Duma[259].

La difusión de la propaganda derrotista de Lenin en el frente complicó aún más la labor de Kérenski. En el ejército del norte, vieron por primera vez las pancartas de los bolcheviques el 18 de abril (1 de mayo), justo dos días antes del *putsch* de Petrogrado (aunque fue una coincidencia: el pretexto para distribuirla ese día era el Primero de Mayo «occidental»). La propaganda derrotista bolchevique de Petrogrado llegó al mismo tiempo que nuevos panfletos en ruso que urgían a la «confraternización» lanzados desde las trincheras alemanas. Sin embargo, la agitación propagandística bolchevique se diluyó en el frente exactamente como el *putsch* que tenía lugar de forma simultánea en Petrogrado, lo que solo trajo consigo un pequeño aumento de los episodios de confraternización y algunas animadas celebraciones del Primero de Mayo[260].

La llegada al frente de unos «agitadores» misteriosos que no parecían haber sido autorizados ni por el gobierno provisional, ni por el sóviet fue algo mucho más grave. Muy pocos de estos «camaradas» reconocían abiertamente sus tendencias bolcheviques, pero el tono derrotista de sus discursos a menudo los delataba. En mayo de 1917, los censores militares empezaron a oír cada vez más el nombre de «Lenin», no siempre en términos de aprobación, pero sí con la suficiente frecuencia como para resultar políticamente significativo. Cuando el ritmo de las deserciones bajó tras la gran oleada de marzo y abril y disminuyeron los episodios de confraternización en el ejército del norte, tras el breve incremento del Primero de Mayo, el cuerpo de oficiales co-

menzó a sufrir una paranoia más generalizada. El 12 de mayo se señala en el informe de un censor: «Hay multitud de espías alemanes y provocadores en el ejército». El censor añadía que los debates de los días de Abril en torno a los objetivos de guerra de Miliukov habían proporcionado argumentos a estos agitadores, que preguntaban por qué se pedía a los hombres «que dieran sus vidas por Inglaterra o por Francia»[261].

El hecho de que Rusia hubiera acordado con los aliados montar una gran ofensiva en Galitzia en primavera antes de la revolución de Febrero dificultó todo aún más en el frente sudoccidental. Muchos de los mejores almirantes, generales y políticos ya retirados hubieran preferido lanzar un ataque de distracción en el Bósforo para unir a la nación, pero los británicos, y sobre todo los franceses, se mantenían en sus trece al señalar que lo único útil sería un ataque en los frentes europeos. El comandante en jefe francés, el general Robert Nivelle, escribió a Alexéiev en marzo: «De acuerdo con las decisiones adoptadas en Chantilly, pido al ejército ruso que nos preste la mayor ayuda posible en las operaciones que ya han iniciado los ejércitos anglogalos». La crisis diplomática se agravó cuando empezaron a llegar a Múrmansk enormes cantidades de material de guerra procedente de Gran Bretaña que habían sido pagadas con el oro ruso enviado a Inglaterra. En el frente occidental francés, tras el fracaso de la ofensiva de Nivelle de mediados de abril de 1917 en la zona del Aisne, los ejércitos franceses empezaron a desmoronarse con los denominados motines de Chemin des Dames [Camino de las Damas], cuando los soldados se negaron a cumplir la orden de atacar las líneas alemanas (aunque la mayoría insistió en que defendería sus propias trincheras). Constituyó una fatal coincidencia que los motines franceses comenzaran el 20 de abril/3 de mayo, el mis-

mo día del inicio del *putsch* bolchevique de Petrogrado. Como Francia corría peligro de caer ante los alemanes, es difícil no simpatizar con el terrible dilema al que se enfrentaba Kérenski cuando intentaba hallar un equilibrio entre los problemas morales de Rusia y el imperativo estratégico-moral de hacer algo para aliviar la presión en el frente occidental[262].

Kérenski estaba dispuesto a aceptar el reto. El nombramiento de Brusílov el 22 de mayo representó toda una declaración de intenciones. Brusílov había defendido la ofensiva durante toda la primavera, pero se topaba con la acérrima oposición de Alexéiev, que tenía poca fe en la capacidad ofensiva de los ejércitos rusos. El 7 de mayo Alexéiev había afirmado en una reunión de oficiales celebrada en la Stavka: «Rusia se muere, está al borde del abismo; un golpe o dos más y caerá». El 18 de mayo Alexéiev echó un jarro de agua fría sobre los defensores de los planes ofensivos en una carta enviada a su sucesor. Brusílov y Kérenski habían tenido la idea de mandar «batallones de choque compuestos por voluntarios» para encabezar el ataque de Galitzia. «No comparto vuestras esperanzas en relación con los beneficios que aportaría la medida planeada», escribió Alexéiev. Recordó a Brusílov que a los voluntarios «por mucho entusiasmo que demuestren, hay que adoctrinarlos y entrenarlos». Alexéiev concluía con el traspaso del mando y creía que había pocas esperanzas de una «salvación general»[263].

Brusílov en cambio se mostraba enormemente combativo. Alexéiev había aceptado la revolución de mala gana y había luchado por contener su impacto en el frente, pero para Brusílov el eclipse de los liberales constituía una oportunidad para crear un nuevo ejército imbuido de energía revolucionaria. En vez de resistirse a la influencia de los comisarios del sóviet, Brusílov les dio la bienvenida siempre y

cuando su mensaje fuera patriótico. El 20 de mayo informó a Kérenski: «He adoptado medidas a gran escala y de común acuerdo con el Congreso de Delegados del Ejército del Frente para crear grupos de choque en primera línea; tengo buenas razones para confiar en el éxito». Cumpliendo con los deseos de Kérenski, Brusílov también prometió reclutar y agrupar «batallones de choque especiales para la retaguardia». Brusílov aseguró a Kérenski que, con los refuerzos de la división del mar Negro de Kolchak en Odesa, que estaban a punto de llegar, y otros «voluntarios de la flota del Báltico», formaría 12 batallones de refresco en el frente[264].

Era lógico que para Brusílov los hombres del frente otomano fueran una reserva de patriotas. En Tiflis, cuartel general del ejército ruso en el Cáucaso, habían soportado los ataques casi mortales de los turcos en 1916 y casi no existía ningún deseo de amotinamiento. «Los miembros de los comités de soldados», informó el nuevo comandante, Nikolái Yudénich, han resuelto «llevar la guerra hasta su victorioso final». En la flota del mar Negro la moral estaba alta. «Evidentemente, aquí también hay extremistas», informó un oficial de enlace británico desde Sebastopol el 29 de abril de 1917, pero «el sentimiento general responde al deseo de que la guerra debe continuar hasta acabar con el poder militar de las potencias centrales». A mediados de mayo, el sóviet de los marineros de Sebastopol debatió sobre si invitar o no a Lenin a la ciudad. El resultado de la votación fue 342 votos a favor frente a 20 en contra[265].

En un intento por dar solución al problema de los «comisarios», Kérenski consiguió que el Ispolkom accediera a que el sóviet propusiera los candidatos y que el ministro de la Guerra (o sea, Kérenski) aprobara el nombramiento, lo que dificultaría que los bolcheviques contagiaran a los ejércitos

del frente. Sin embargo, tuvo que lanzar un mensaje personal positivo para alentar a las tropas. El 1 de mayo Kérenski dijo a una delegación estadounidense de visita en el país que, si bien podía prometer que «Rusia no pedirá [la] paz por separado», quería «esforzarse en persuadir a los aliados de la necesidad de revisar los objetivos de guerra». Insistía en que todo tratado de paz «ha de basarse en la humanidad. Un nuevo eslogan: paz y libertad. Alsacia-Lorena, Bélgica, Armenia, todo será considerado territorio conquistado y cada pueblo decidirá por sí mismo»[266].

El 12 de mayo Kérenski partió hacia el frente en una gira arrolladora para predicar este curioso y nuevo evangelio. Un testigo comparó la oratoria apasionada de Kérenski con «un volcán que lanzaba ríos de un fuego destruyéndolo todo a su paso». Otro observó: «Los soldados corrían kilómetros detrás de su coche para intentar darle la mano o besar sus ropas». En una reunión de soldados celebrada en el frente sudoccidental de Kamianéts-Podilski, Kérenski preguntó a los hombres si estaban dispuestos a dar sus vidas por la revolución. La respuesta fue: «¡Lo juramos! ¡Moriremos!». Kérenski se volvió hacia Brusílov y le dijo: «Señor comandante, esté tranquilo. Estos hombres le seguirán a donde usted les ordene». Brusílov empezó a hacer las rondas con Kérenski, ministro de la Guerra, al que presentaba como «un antiguo revolucionario y un reconocido luchador en favor de los ideales de libertad, igualdad y fraternidad». A continuación, Brusílov preguntaba a los hombres: «¿Puedo prometer al ministro de la Guerra que cumpliréis con vuestro deber hasta el final y que, si os ordeno atacar, atacaréis?». Pocos se atrevieron a decir que no[267].

Sin embargo, la influencia de Kérenski sobre las tropas desapareció en cuanto salió de escena, en ocasiones incluso antes. En Kamianéts-Podilski un alférez bolchevique del só-

viet del XI ejército, Nikolái V. Krilenko, subió al escenario después de Kérenski para informar a los hombres sobre la crítica de Lenin a la «guerra imperialista». Aunque Krilenko perdió la votación sobre la ofensiva planeada (554 votos a favor de esta y 38 en contra de la misma), había mantenido su postura frente a Kérenski y se había ganado el respeto por su valor, lo que animó a otros a hablar. Tras uno de los discursos de Kérenski en el frente de Galitzia, un «simple soldado» levantó la mano y preguntó: «¿De qué me servirán las tierras y la libertad cuando esté muerto?»[ex6] [268].

Kérenski no impresionó a todos los comandantes de la zona. En Vorobin, la esquina norte de Galitzia, en la «Rusia blanca», donde un nuevo ejército especial se enfrentaba a los alemanes, el general Piotr N. Baluiev comunicó, el 18 de mayo, que Kérenski había pronunciado un bonito discurso ante los hombres esa mañana, aunque no creía que sirviera para mucho. «Si no restablecemos pronto la disciplina», advirtió Baluiev a Brusílov, «pereceremos, y el mundo entero no nos despreciará solo a nosotros, sino también a la idea del socialismo». Baluiev tenía razón: cuatro de sus soldados desertaron esa tarde y, al día siguiente, otros tres[269].

La tarea de Kérenski se veía dificultada por la pasividad del enemigo tras una serie de ataques en Galitzia a lo largo del río Stojod en marzo y abril. La presión constante en el sector era lo que había conseguido que la moral se mantuviera alta. El 20 de abril, día del *putsch* bolchevique en Petrogrado, los artilleros rusos habían derribado un avión de guerra alemán cerca de Vorobin, pero no lograron evitar que el piloto lanzara varias bombas que mataron a un soldado ruso e hirieron a dos mujeres. Tres días después, la artillería alemana mató a 5 personas e hirió a otras 32. Cuando

se producían estos ataques, los hombres tendían a unirse contra el enemigo[270].

De manera que eso explica que los alemanes decidieran estarse quietos en Galitzia en mayo de 1917. Poco antes de que Lenin volviera a Rusia, Parvus había aconsejado al ministro alemán en Copenhague que Alemania no emprendiera ninguna gran ofensiva con el fin de evitar que los rusos recuperaran sus sentimientos patrióticos y quisieran «defender las libertades que habían obtenido». Los alemanes tenían que dejar que Lenin realizara su trabajo, para que el esfuerzo bélico ruso se sumiera en la «anarquía». Aunque el mensaje de advertencia de Parvus tardó unas semanas en llegar hasta el general Ludendorff, del alto mando alemán, y, a través de él, a los comandantes alemanes del frente oriental, al final se recibió. Tras el bombardeo de Vorobin el 20 de abril, cesó toda muestra de actividad enemiga en el río Stojod. Las deserciones se incrementaron en mayo y principios de junio, cuando el frente permanecía en calma y los rusos no encontraban razones para seguir peleando; la idea de Parvus demostró ser cierta[271].

Desde el punto de vista de los comandantes rusos se planteaba un dilema terrible. Sus hombres peleaban duro y defendían sus posiciones cuando atacaba el enemigo. Al igual que había sucedido en Chemin des Dames, los hombres no se oponían a librar una guerra defensiva, pero no querían realizar ofensivas inútiles en tierra de nadie. Sin embargo, ¿qué pasaría si el enemigo no atacaba en días, semanas o meses? En Galitzia las deserciones de uno o dos soldados diarios por unidad todavía no habían alcanzado su punto más alto. Aun así, el efecto goteo podía perjudicar la moral si los propagandistas del derrotismo de Petrogrado lograban convencer a los hombres.

Kérenski y Brusílov defendían una solución sencilla: ¡atacar! La gira de Kérenski por el frente tenía poco sentido si solo se trataba de decir a los hombres que permanecieran sentados en sus trincheras y que esperaran a que el enemigo atacara. Antes de que Kérenski le nombrara comandante en jefe, Brusílov había afirmado desafiante, tras una visita al frente sudoccidental: «El ejército tiene sus propias opiniones y lo que piensen en Petrogrado sobre su estado o moral no va a resolver la cuestión [...], su verdadera fuerza reside aquí, en el escenario de la guerra, no en la retaguardia». Su conclusión, tras sondear a soldados y oficiales, era sencilla: «Los ejércitos quieren y pueden atacar». Si antes era el hombre de Rodzianko, ahora se había convertido en el de Kérenski. Había llegado su hora de brillar o fracasar en el intento.

En un principio Brusílov quería lanzar la ofensiva de Galitzia el 10 de junio, tan solo dos semanas después de que Kérenski terminara su gira por el frente. Sin embargo, en vista del desvanecimiento del espíritu patriótico tras su marcha, puede que varias semanas ya fuera demasiado tarde. El ataque se pospuso por la reunión del Ier Congreso Panruso de los Sóviets en Petrogrado, que señaló a Kérenski que no atacara sin contar con su visto bueno, que no dio hasta el 12 de junio (y de forma vaga y reticente). Esto aplazó el ataque hasta el 16 de junio. Como la gira de Kérenski en Galitzia había obtenido mucha publicidad, tuvo el efecto de un puñetazo telegrafiado al enemigo tres semanas antes de lanzar el golpe[272].

En cierto modo la ofensiva se lanzó con dos meses de retraso. La ofensiva de Nivelle en Francia, con la que debía coordinarse la rusa, se había estancado a finales de abril (al estilo ruso) tras los motines de Chemin des Dames. En mayo solo hubo algunos ataques disuasorios de los británicos

en Flandes que fracasaron mucho antes de que los rusos estuvieran preparados para su propia ofensiva. Las consecuencias estratégicas resultaban evidentes. A mediados de mayo de 1917, los servicios de Inteligencia confirmaron a la Stavka que ya no había tropas alemanas avanzando hacia el oeste[273].

Los primeros agitadores bolcheviques de Petrogrado llegaron al frente de Galitzia durante los últimos seis días de aplazamiento en junio, lo que aumentó el daño provocado por el retraso (no fue una coincidencia: la discusión en torno a la ofensiva en el Ier Congreso Panruso de los Sóviets proporcionó una motivo a los agitadores). En junio de 1917, llegaron 45 compañías de infantería (unos 13 000 hombres) a Vorobin, dos tercios de ellos tropas de refresco entrenadas en los barracones de Petrogrado. Iban acompañadas, en palabras del comandante del Ier cuerpo de guardia, teniente general Ilkévich, «de un número significativo de agitadores bolcheviques que hacían propaganda, a veces abiertamente, otras con discreción, para tratar de convencer a los hombres de la falta de legitimidad del gobierno provisional y del ministro de la Guerra [Kérenski], de la necesidad de acabar con la guerra y de convocar una conferencia de paz, de que no había que fiarse de los oficiales, etcétera». Según Ilkévich, la moral de la II división estaba por los suelos y la I división también se había contagiado. El 14 de junio se había convocado una concentración masiva, a la que asistieron 12 000 guardias que aprobaron una resolución en la que expresaban su «falta de confianza» en el gobierno provisional y condenaban la ofensiva en ciernes por considerarla «contraria a los intereses de la revolución». «Llevamos a cabo una intensa lucha contra estos agitadores», informó Ilkévich a Brusílov el 15 de junio —¡un día antes del inicio de la ofensiva!—, «pero es extraordinariamente difícil. Resulta de

la máxima importancia que acudan al frente oradores experimentados, de instituciones competentes, lo ideal sería que pertenecieran al Sóviet de los Diputados de Obreros y Soldados de Petrogrado»[274].

Para la Stavka, el hecho de que los agitadores bolcheviques hubieran llegado a Galitzia constituía la peor de las noticias. Los oficiales ya protestaban por el «bolchevismo de trinchera», una falta de espíritu de combate que algunos denominaban, más cínicamente, *shkurni bolshevizm* (literalmente, «bolchevismo de pellejo», en el sentido de que los hombres intentaban salvar su pellejo). Había «bolcheviques del frente» en servicio activo, como el alférez Krilenko; sin embargo, hasta este había moderado sus críticas a la guerra, pues afirmaba que diría a sus hombres que obedecieran la orden de atacar siempre y cuando esta hubiera sido autorizada legítimamente por una mayoría democrática en el seno del sóviet.

Los activistas bolcheviques de Petrogrado, en cambio, llevaban el mensaje antibelicista de Lenin al frente en toda su pureza, tal y como se explicaba en *Soldátskaia Pravda* y *Okopnaia Pravda*, que solo llegaban a las guarniciones cercanas a las imprentas de Petrogrado, Moscú y Kiev. En Riga, el general Radko R. Dimitriev, comandante del XII ejército, se quejaba del «incremento de la agitación bolchevique, que se ha construido un nido resistente». Radko R. Dimitriev alertaba de que había que vetar a los reclutas llegados de Petrogrado, porque «un mero agitador puede acabar con todo un regimiento mediante la propaganda bolchevique». Si los eslóganes contrarios a la guerra de Lenin se oían en Galitzia, la ofensiva Kérenski-Brusílov estaría condenada al fracaso antes de empezar[275].

El arribo de los agitadores bolcheviques a Galitzia, unido al desfavorable escenario estratégico del frente oeste, ahora

inactivo, tendría que haber sido suficiente para que Brusílov y Kérenski anularan o, al menos, pospusieran el ataque. La suerte quiso que el 15 de junio Kérenski estuviera en Moguilov, reunido con Brusílov, el día en que llegó desde el frente el telegrama de advertencia de Ilkévich (aunque no sabemos si él o Brusílov lo leyeron ese mismo día). No podemos saber de qué hablaron Kérenski y Brusílov, pero sí conocemos el resultado de su conversación: un telegrama de Kérenski a Lvov en el que confirmaba que el ejército estaba dispuesto. Tras recibir la bendición del gobierno provisional, del Ispolkom y del Ier Congreso Panruso de los Sóviets, Kérenski no iba a dar marcha atrás: Rusia pelearía[276].

Tercera parte

Una toma de poder hostil

Resulta imposible expulsar [del ejército] a los principales agitadores [bolcheviques], dado que están armados.

El general Baluiev al general Brusílov,
23 de junio de 1917

11

LENIN ENSEÑA SUS CARTAS

Al amanecer del 16 de junio de 1917, el VII y el XI ejércitos rusos abrieron fuego de artillería a lo largo de 65 kilómetros, un largo sector del frente sudoccidental de Galitzia. Tras apilar proyectiles durante el otoño y el invierno, el general Brusílov ordenó desplegar el fuego a discreción más espectacular que se había visto en el frente oriental. Muchos soldados rusos se encontraban aturdidos por lo que uno de ellos describió como una «devastadora cacofonía de zumbidos, silbidos, estruendos, estallidos y golpes sordos producidos por cualquier tipo de arma que cupiera concebir», aunque fuera el enemigo el que sufría (sobre todo el IX cuerpo austrohúngaro). Tras dos días de bombardeos, y con unas mínimas bajas, el VII ejército ruso avanzó hacia las pulverizadas trincheras austrohúngaras, desplazó el frente tres kilómetros, capturó a 18 000 prisioneros y se hizo con 29 ametralladoras. En el valle del Zolota Lipa, en dirección a Lvov, donde los alemanes defendían la línea del frente, encontraron mayor resistencia. Los rusos perdieron 15 000 hombres y los alemanes, 12 500. Sin embargo, los resultados iniciales eran esperanzadores, de manera que Kérenski saludó a los «regimientos del 18 de junio» y

ordenó que mandaran al frente pancartas en las que se anunciara la victoria[277].

Las felicitaciones de Kérenski eran prematuras. Como no habían podido derrotar a los alemanes en el valle del Zolota Lipa, las posibilidades de capturar Lvov pintaban mal. Lo peor era que el objetivo de toda la ofensiva, capturar Lemberg (que era como los austriacos llamaban a Lvov), se había convertido en un motivo de controversia entre los hombres, incluso (y sobre todo) en aquellas unidades que habían conquistado territorio enemigo. Un soldado de la XXXV división llamado Miroshkin se reunió con un sóviet después de que su unidad hubiera capturado algunas trincheras austriacas bien equipadas y gritó: «¡Camaradas! A fin de cuentas, ¿en tierra de quién estamos? [...], devolvamos sus tierras a los austriacos y regresemos a nuestras propias fronteras; y, una vez allí, si intentan ir más lejos, ¡tendrán que pasar por encima de nuestros cadáveres!». Era algo desastroso para la moral, pero el médico de la unidad sacó de su bolsillo una copia de *Okopnaia Pravda* y leyó a los hombres un «sermón» bolchevique. Tras una dura discusión, los hombres se pusieron de acuerdo: «No cederemos lo nuestro, pero tampoco queremos [tierras] de otros»[278].

Era una fórmula elegante que tenía más sentido que las difusas ideas de Kérenski sobre los objetivos de guerra: ¿por qué se pedía a los *mujiks* rusos que murieran por la ciudad austriaca de Lemberg, cuando los sóviets habían rechazado las anexiones y habían cesado a liberales imperialistas (como Miliukov y Guchkov) para recalcar este extremo? En su llamamiento a las armas, lanzado justo antes de que los rusos abrieran fuego en Galitzia, Kérenski había dicho a los hombres: «¡Guerreros, nuestro país está en peligro! La libertad y la revolución se ven amenazadas. Ha llegado la hora de que el ejército cumpla con su deber». Sin embargo, los

hombres ya estaban cumpliendo con su deber mientras defendían las trincheras de posibles ataques enemigos. No había ningún signo de una inminente ofensiva austroalemana; de hecho, los hombres parecían indecisos precisamente por la pasividad del enemigo, que les dejaba tiempo para escuchar los discursos de los agitadores bolcheviques y para debatir sobre la guerra. La tregua de Galitzia era frágil. Dos ejércitos bien armados, apostados muy cerca uno del otro, con fuego esporádico de línea a línea, mantenían su palabra en ambos bandos. Sin embargo, era una tregua y los rusos la habían roto, ¿por qué?[279]

Puede que ni Kérenski conociera la respuesta. Después de todo, no era un militar. En 1914, Vladímir Sujomlínov y Nikolái Yanushkévich habían planeado la conquista de Galitzia para llegar a los Cárpatos y bloquear el lado sur del «saliente polaco», lo que dotaría a Rusia de una frontera defendible. En 1916, Brusílov había vuelto a invadir Galitzia para quebrar la voluntad de resistencia de los austrohúngaros, pero falló en el momento decisivo por la llegada de refuerzos alemanes y turcos. Puesto que el mismo general se empeñaba tercamente en volver a planear más o menos lo mismo en junio de 1917, podemos decir que Kérenski, en este asunto, simplemente confiaba en la opinión de Brusílov.

De ser así, la decisión de atacar supuso una grave falta de imaginación por parte de Kérenski. En términos de estrategia diplomática, en junio de 1917, la obligación de diseñar una ofensiva de distracción para ayudar a los aliados de Rusia no tenía sentido: los aliados habían detenido sus ataques aleatorios al frente occidental. Además, un cuidadoso análisis de la diplomacia rusa de tiempos de la guerra revela que no fue muy coherente brindar su apoyo a sus aliados en tiempos de genuina necesidad, sobre todo en un momento de inactividad como junio de 1917. Durante la campaña de

los Dardanelos de 1915, Sazónov y los generales de la Stavka se habían negado a realizar el ataque de distracción en el Bósforo, que habían pedido los británicos como contraprestación por Constantinopla y los estrechos prometidos a Rusia. La demoledora ofensiva rusa de Erzurum se lanzó el 10 de enero de 1916, literalmente el *día después* de que se hubiera evacuado al último soldado británico de Galípoli. En Persia, el general Barátov no había movido un dedo para ayudar a una fuerza expedicionaria británica de 13 000 hombres, asediados por los otomanos en Kut durante cinco meses del invierno de 1915-1916, pese a las repetidas peticiones de ayuda formuladas por los británicos al gran duque Nicolás (los británicos se rindieron). Si Sazánov o el gran duque Nicolás hubieran estado al mando, habrían rechazado la petición de los aliados de realizar una ofensiva en junio de 1917. Podían alegar muchas razones: obligación urgente de intervenir en otro lugar (como el Bósforo), ausencia de una necesidad imperiosa, problemas de logística, signos de agotamiento o la baja moral de las tropas. Aunque esta forma de razonar no se tradujera más que en excusas, estas podrían haber satisfecho los intereses de Rusia.

Cuesta ver a quién benefició la ofensiva de Kérenski, realizada en una región (la Galitzia austriaca) que ya no figuraba en ninguna de las listas que contenían los objetivos de guerra rusos. Si se trataba de mejorar la moral de las tropas en el frente y de demostrar que Rusia aún se encontraba en condiciones de pelear, habría bastado con una simple demostración. La captura de las trincheras austrohúngaras el 18 de junio lo habría atestiguado y los hombres habrían pasado el verano cavando y defendiendo la línea del frente. Esto fue lo que muchos hicieron, al margen de las órdenes que recibieran. En el extremo norte del frente, el grueso del XI ejército dejó de avanzar tras los dos primeros días, por-

que los hombres creían que hacerlo tenía poco sentido. «A pesar de las victorias del 18 y 19 de junio», informaba el general Erdeli a Brusílov, «prevalece la convicción de que [las tropas] ya han hecho su parte y no están obligadas a seguir marchando sin descanso»[280].

Desoyendo estas advertencias y otras procedentes del campo de batalla, Brusílov ordenó una serie de ataques de seguimiento, cada uno más inútil que el anterior. El 20 de junio estalló un motín entre los granaderos del Ier cuerpo de guardia de la II división, tomado por los agitadores bolcheviques a mediados de junio. Los amotinados solo se rindieron cuando se vieron rodeados por toda una división de caballería, dos baterías de artillería y dos carros blindados. Resulta muy significativo que tan solo se juzgara en tribunales militares a 100 de los amotinados y que más de 300 fueran liberados y recolocados en otras unidades a las que a su vez contagiaron. Tras deshacerse de los amotinados, las unidades leales de la guardia de la II división reanudaron la ofensiva el 23 de junio, pero les fallaron los artilleros, incapaces de atravesar el alambre de espino que rodeaba las trincheras austrohúngaras. El resultado fue una terrible matanza de la infantería rusa que acabó con el escaso espíritu de combate que habrían podido recuperar tras la expulsión de los amotinados bolchevizados[281].

A finales de mayo, el ejército especial estaba revolucionado en Vorobin, la Rusia blanca, donde, tras la visita de Kérenski, el general Baluiev había advertido a Brusílov sobre la baja moral de las tropas. El XXXIX cuerpo, mantenido en reserva durante los primeros días por si surgía la oportunidad de bajar hasta Lvov por el norte, se quebró incluso antes de entrar en acción. El general Baluiev comunicó a Brusílov, el 23 de junio, que algunas divisiones «no tenían ninguna voluntad» de pelear. En otras dependía de las uni-

dades: el regimiento 216 era completamente leal, los regimientos 209 y 212 estaban listos para la pelea en un 75 por ciento y del 210 solo lucharía el 50 por ciento, pues los hombres habían consensuado una resolución en la que afirmaban que simplemente lucharían para defenderse, no para avanzar. En teoría, la eliminación de los agitadores bolcheviques podía elevar la moral de las unidades afectadas. Sin embargo, como explicaba el general Baluiev a Brusílov: «Resulta imposible expulsar a los principales agitadores, dado que están armados». Lenin había vuelto rojos a los ejércitos, como prometió en Suiza[282].

La historia no era tan mala en todas partes. Tras dejar el mando de Petrogrado, el general Kornílov había solicitado y había obtenido el mando en el frente de Galitzia del VIII ejército, en el extremo sur del frente, al pie de los Cárpatos. El 23 de junio, el ejército de Kornílov avanzó, penetró unos 32 kilómetros tras la línea del frente, capturó a un impresionante número de prisioneros (7000 soldados y 131 oficiales) y se hizo con unos 50 fusiles. La hazaña de Kornílov fue aún mayor porque realizó esta ofensiva en los momentos culminantes de la agitación bolchevique en cuatro regimientos del XI cuerpo y en dos del XVI. En las difíciles circunstancias de junio de 1917, Kornílov fue uno de los pocos que supo motivar a sus hombres. Bajo el mando de un general a quien respetaban, los *mujiks* rusos seguían peleando valientemente y bien, incluso tratándose de una ofensiva[283].

Eso al menos era lo que esperaba Brusílov, que depositó toda su fe en Kornílov, a quien pidió que su VIII ejército girara hacia el norte para reforzar y encontrarse con el VII ejército, pues este tenía problemas. Sin embargo, en las circunstancias de 1917, resultaba arriesgado depender de unos refuerzos que a menudo llegaban llenos de bolcheviques. El 26 de junio los oficiales de Kornílov se quejaban: «Los es-

píritus [...] flaquean debido a la agitación causada por los reemplazos de Tsáritsin y a esos "gallinas" que dicen que son bolcheviques [...]. En el XV regimiento, delegados de Petrogrado infectados de bolchevismo [] pasearon con pancartas en las que se leía el eslogan: "¡Abajo la guerra y el gobierno provisional!"». El 29 de junio la XXIII división del XXXIII cuerpo intentó desertar en masa y Kornílov ordenó que «una unidad de castigo compuesta por ametralladores y artilleros dispararan a los soldados que huían para obligarlos a detenerse». Kornílov renunció a la ofensiva y se dirigió hacia el este del río Lomnitsa para lamerse las heridas[284].

A principios de julio, la ofensiva Kérenski-Brusílov se había detenido. Las pérdidas rusas, el 2 de julio, eran de 1200 oficiales y 37 500 hombres, con una tasa de bajas del 14 por ciento. Aunque no resultaba nada sorprendente para los tremendos estándares de la guerra habituales hasta entonces, suponía pagar un precio muy alto por una ganancia tan exigua. Kornílov se había hecho con un promontorio al sur del río Dniéster, que comprendía en su momento de máxima extensión unos 40 kilómetros, pero luego se retiró. El VII ejército, responsable del ataque principal el 18 de junio, no había logrado más que agotar a sus hombres. Su comandante, el general Selivachov, informó a Brusílov el 30 de junio: «Tras las poco exitosas batallas del 18-20 de junio, todos los cuerpos del ejército están muy desmoralizados». El ejército especial, que había entrado en batalla en el extremo del flanco derecho el 22-23 de junio, había hecho algún progreso, pero había perdido fuste, en parte debido a la falta de fe del propio Baluiev en sus hombres. El XI ejército, repleto de agitadores bolcheviques, era el que se encontraba en peor situación de todos. Solo de su regimiento de fusileros finlandeses habían desertado 346 hombres con sus armas. Según

informó el general Obruchov, «desoyendo a su conciencia y dejando de lado toda vergüenza, [la XII compañía] no solo ha desertado de las trincheras en la noche del 19 de junio, sino que incluso ha ridiculizado a los que permanecieron en ellas»[285].

Curiosamente, teniendo en cuenta la catástrofe a cámara lenta que se preparaba en Galitzia debido a la influencia de los agitadores bolcheviques de Petrogrado, Kérenski y Brusílov respondieron enviando refuerzos —¡de Petrogrado!—. El 20 de junio, se ordenó al Ier regimiento de ametralladoras, la mayor unidad de la guarnición de Petrogrado, con 11 340 hombres movilizados, que enviara 500 ametralladoras con sus ametralladores a Galitzia. Las tropas se encontraban acuarteladas en el distrito radical de Víborg, en Petrogrado, y los bolcheviques habían dedicado especial atención a este regimiento durante meses, pues a él habían enviado a sus mejores oradores, incluida Alexandra Kolontái, una activista fanática contraria a la guerra y una de las colegas más estimadas por Lenin (como él, había pasado la mitad de la guerra en el exilio, ella en Noruega). Kolontái había empezado a hacer propaganda del partido en el regimiento a principios de abril, incluso antes de que Lenin volviera y los males de la «guerra imperialista» incitaran abiertamente a sus hombres a «confraternizar con los alemanes». Kolontái causó una gran impresión entre los hombres; varias docenas de ellos se habían unido a la organización militar bolchevique en junio de 1917[286].

Uno de los hombres convencidos por Kolontái era un joven alférez llamado A. Y. Semashko, uno de los mejores que los bolcheviques tuvieron en el ejército ruso. Tras completar su entrenamiento como ametrallador en marzo de 1917, le ordenaron que se dirigiera al frente en abril con la XVII compañía, pero se escabulló y regresó a Petrogrado. Técni-

camente, Semashko era un desertor, aunque los reclutas descontentos no le otorgaban gran importancia al asunto. Más tarde otro alférez, compañero de Semashko en el Ier regimiento de ametralladoras, recordaría: «No hacía más que volver al regimiento» para presentarse en las reuniones de la IX, XVI y VIII compañías, y en todas ellas organizó «grupos bolcheviques». En pocos días, Semashko se convirtió en el mayor propagador del virus de los motines bolcheviques: solo en el Ier regimiento de ametralladoras reclutó a 500 hombres para su «grupo bolchevique». Era un desertor que no guardaba ninguna lealtad a su propio regimiento y que iba por Petrogrado haciendo propaganda de los bolcheviques en otras unidades, como la guardia de reservistas de Moscú, con la que se hizo a mediados de abril. A finales de mes, Semashko había ganado a unos 750 hombres para su causa, que, a su vez, incitaban a sus compañeros a expulsar a los «provocadores», es decir, a cualquiera que quisiera seguir con la guerra. En poco tiempo Semashko había reunido a un grupo de amotinados clandestinos de seis compañías diferentes (tres del Ier regimiento de ametralladoras y tres de la guardia de reservistas de Moscú) y mantenía contactos regulares con la organización militar bolchevique de Kschessinska[287].

¿En qué estaba pensando Kérenski cuando envió al frente al Ier regimiento de ametralladoras? No era ningún secreto que el regimiento defendía tendencias bolcheviques. También se conocía de sobra la relación que existía entre los bolcheviques y sus patrocinadores alemanes, de la que se hablaba abiertamente en la ciudad. El 5 de junio, Frank Golder, que acababa de volver a Petrogrado tras recorrer el país, escribió sin rodeos en una carta enviada a su casa:

> Agentes alemanes con los bolsillos llenos de dinero se han mezclado entre los hombres para desorganizar

> al ejército y han tenido mucho éxito. Amparándose en el socialismo, predican todo tipo de doctrinas condenables, incitan a la desobediencia, a los saqueos y a los ataques, hasta el punto de que ya no sabemos qué nos deparará el mañana. Nadie sabe si tenemos un ejército o una banda callejera. Aquí, en Petrogrado, solo contamos con un grupo de soldados perezosos que no valen para nada y que obedecen las órdenes cuando les da la gana.

Kérenski era muy consciente de todo lo anterior, pero según parece esperaba que, al mandar al frente de Galitzia al regimiento más bolchevizado y al sacar de Petrogrado a los agitadores más problemáticos, para colocarlos ante un frente de guerra en combate, eliminaría del regimiento su inclinación hacia los motines. A principios de julio, Kérenski telegrafió a Lvov desde el frente: «Insisto categóricamente en la necesidad de que cesen estas manifestaciones de traición, de que se desarmen estas unidades rebeldes y de que todos los instigadores y amotinados sean juzgados». Kérenski estaba avivando el fuego de los motines con el fin de expulsar al bolchevismo del ejército[288].

Por muy temerario que parezca, despertar a la bestia bolchevique tenía cierta lógica desde un punto de vista político. El contraespionaje militar ruso llevaba alertando desde mayo y junio de que estaba reuniendo información sobre los contactos de Lenin con personas sospechosas de ser agentes alemanes. Los ayudaba en esta tarea un oficial del servicio de Inteligencia francés, el capitán Pierre Laurent, que el 29 de junio había interceptado más de 29 telegramas enviados de Estocolmo a Petrogrado. El 1 de julio, el coronel Nikitin, que supervisaba estas investigaciones, celebró un encuentro con el comandante del distrito militar de Petrogrado, el general P. A. Polovstov, quien le informó: «El gobierno provisional se encuentra en una situación desespera-

da; ellos [por ejemplo, Kérenski] preguntan cuándo podréis desenmascarar la traición bolchevique». Nikitin respondió que tenía «pruebas de sobra», pero que no haría ningún movimiento hasta que le aseguraran que el ejército «cuenta con las tropas necesarias para asaltar la mansión Kschessinska y las otras 30 plazas fuertes que los bolcheviques tienen repartidas por toda la ciudad». Nikitin le dio una fecha para el arresto de 28 líderes destacados de los bolcheviques en Petrogrado: el 7 de julio de 1917[289].

Pero el coronel cometió lo que luego él mismo calificó de «grave error de juicio» al telegrafiar sus planes. El mando militar de Petrogrado estaba en contacto regular con los oficiales de la ciudad, el gobierno provisional y el sóviet. Podría haber sido casi cualquiera quien «filtrara» la información sobre el arresto de los bolcheviques. Puede que a Lenin lo alertara el hecho de que se pusiera bajo vigilancia a Evgenia Sumenson el 29 de junio, o la visita de Nikitin al Banco de Siberia al día siguiente, donde se enteró de que ella tenía 180 000 rublos depositados en una cuenta (tras haber retirado 800 000 rublos desde abril), o el hecho de que Kuba, probablemente por indicación de Sumenson, anulara su viaje desde Estocolmo por temor a ser arrestado en Petrogrado. En cuanto Lenin se enteró de la inminente campaña contra sus operaciones, reaccionó de forma rápida y se escondió en Finlandia entre el 29 de junio y el 4 de julio[290].

La pelota estaba en el tejado de los bolcheviques. Circulaban rumores de que el Ier regimiento de ametralladoras, todo un «activo» del partido, estaba a punto de ser dispersado para que los hombres volvieran al frente. El 30 de junio y el 1 de julio, representantes del regimiento y agitadores (incluido Semashko) acordaron una serie de reuniones de protesta. El 2 de julio, los líderes bolcheviques tomaron la iniciativa e invitaron al regimiento a la Casa del Pueblo

(*Naródni dom*) para asistir a un concierto. En realidad, el concierto era una tapadera; se trataba de una reunión política (aunque sí escucharon un concierto tras los discursos). Como no aparecieron ni Lenin, ni Zinóviev (su leal edecán), ni Kámenev, ni Kolontái, que se encontraban en Finlandia por temor a ser arrestados a causa de las investigaciones sobre las finanzas de los bolcheviques, la sala quedó en manos de Trotski, que aún era menchevique, pero había hecho suya la causa de Lenin contra la guerra tras su vuelta Rusia a principios de mayo. (Otro bolchevique, Anatoli Lunacharski, futuro ministro de Educación del sóviet, también estuvo presente, pero tuvo mucho menos éxito que Trotski). Puesto que contaba con una audiencia de más de 5000 soldados del Ier regimiento de ametralladoras, nerviosos en un momento crítico de la guerra, era una buena oportunidad para causar una impresión duradera.

Trotski no perdió su oportunidad. Aunque nunca se han encontrado transcripciones de su discurso, quienes oyeron cómo se dirigía a la gente reunida en la Casa del Pueblo el 2 de julio nunca lo olvidaron. El programa que describía era sencillo: había que parar inmediatamente la ofensiva en Galitzia y dar todo el poder al sóviet. En algunas de sus biografías se afirma que Trotski fue muy cuidadoso y no defendió la necesidad de derrocar al gobierno de forma explícita, pero los testimonios de algunos soldados, prestados bajo juramento ese mes de julio, difieren en este punto. Según A.E. Zamikin, segundo teniente del Ier regimiento de ametralladoras, Trotski pronunció un discurso «apasionado, duro y enardecedor», en que el que afirmó que Kérenski «no era mejor que el káiser Guillermo II». Aparte de recurrir a los clásicos eslóganes bolcheviques como «¡Abajo los ministros capitalistas!», Trotski lanzó un nuevo grito de guerra: «¡Abajo Kérenski!» y hasta pidió a los hombres que «mata-

ran a Kérenski». (Un segundo testigo confirmó que Trotski había pedido a los hombres que mataran a Kérenski y corroboró otros detalles claves de forma totalmente independiente). Como Zamikin recordaría dos semanas después: «[Trotski] pronunció ese discurso para convencernos de que había que organizar un levantamiento armado contra el gobierno». A diferencia de lo consignado en otras versiones, en las que se afirma que el impulso para el levantamiento procedió de una reunión del regimiento celebrada tras el concierto y los discursos, Zamikin afirmó que Trotski pidió a los hombres del Ier regimiento de ametralladoras que derrocaran al gobierno por la fuerza, pero el comité del regimiento, reunido esa noche en los barracones para hablar sobre la idea, en un principio se negó[291].

Fue entonces cuando intervino el alférez Semashko, hombre orquesta de los bolcheviques. Algunos testigos que asistieron a la reunión del Ier regimiento de ametralladoras durante la noche del 2 al 3 de julio estuvieron de acuerdo en que Semashko desempeñó un papel fundamental a la hora de movilizar a los hombres y de organizar un «comité revolucionario provisional» presidido por él mismo. No todos los soldados querían amotinarse, pero casi la mitad de los ametralladores, unos 5000 hombres (aproximadamente el mismo número que mencionó Trotski), se unieron al levantamiento el 3 de julio, «cogieron todos los automóviles que se cruzaron en su camino y lanzaron un llamamiento a obreros y soldados para que tomaran las calles». A las cinco de la tarde, los reservistas de la guardia de Moscú y los regimientos de granaderos Pávlovski se unieron a elementos dispersos de los regimientos de infantería I, III, CLXXVI y CLXXX. A la caída de la tarde del 3 de julio, Frank Golder observó que las calles estaban «llenas de gente y automóviles provistos de armas y que los marineros las recorrían de

arriba abajo». Delante del teatro Mijáilovski, sobre el canal Griboiédov, Golder se encontró con fuego de ametralladoras en torno a las once y media de la noche:

> Los soldados y la gente corrían por salvar sus vidas, los soldados hacia Gostini Dvor. La mayoría de la gente se tiró al suelo; se encontraban muy asustados. Entonces los soldados empezaron a disparar, ¡y cómo disparaban! [...], los disparos duraron unos cinco minutos. Todo estaba oscuro. Fui al hotel Europa, que tenía las luces encendidas. Poco después volví a la avenida Nevski, donde había grupos de soldados atemorizados. Algunos rompían escaparates y saqueaban tiendas [...], volví [a casa] a la una de la madrugada, pero no pude dormir debido a las incesantes manifestaciones callejeras[292].

Todos los ojos estaban puestos en la mansión Kschessinska. Como Lenin seguía en Finlandia, la cadena de mando bolchevique no estaba clara. Teniendo en cuenta el increíble papel desempeñado por Semashko y el ejército, lo natural era que N. I. Podvoiski y la organización militar bolchevique tomaran el mando, y fue lo que sucedió. En algún momento de las primeras horas de la mañana del 4 de julio, Podvoiski contactó con sus colaboradores claves de Kronstadt —el alférez de la marina F. F. Raskólnikov y S. G. Roshal— y pidió a sus marineros armados que cruzaran el golfo de Finlandia, se refugiaran bajo el puente Nikoláievski y tomaran el palacio Táuride. Sin embargo, cuando recogieron a los marineros en el muelle los enviaron a Kschessinska, adonde llegaron a las diez de la mañana del 4 de julio. Los hombres de Raskólnikov, unos 6000, resultarían esenciales cuando los bolcheviques decidieron dónde dar el siguiente golpe[293].

Lenin regresó de Finlandia casi a la vez y llegó a Kschessinska cuando el drama alcanzaba su clímax. Curiosamente demostró tener poco estómago para la pelea. Testigos pre-

sentes ese día en Kschessinska afirmaron que no tenía buen aspecto. Se quejaba de una misteriosa enfermedad y, al principio, se negó a dirigirse a las multitudes. Trotski se había dado a conocer el 2 de julio, esta vez le tocaba el turno a Yákov Sverdlov, un judío bolchevique del núcleo duro y organizador clandestino de Nizhni Nóvgorod que, como Stalin, había pasado la guerra en el exilio siberiano (ambos fueron denunciados y arrestados a la vez por el mismo agente de la Ojrana en 1913). Sverdlov, que había conocido a Lenin en abril de 1917, subió al balcón, desplegó una gran bandera roja en la que se leía «Comité Central del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia» y pronunció un breve discurso, poco inspirado, en el que alababa a Raskólnikov por su gran devoción a la causa. Dejó la tribuna a Anatoli Lunacharski, quien tampoco dijo nada muy memorable. Por fin convencieron a Lenin de que hablara. No sabemos si fue porque estaba enfermo o por miedo a que lo arrestaran, pero se limitó a decir que «le alegraba lo que estaba ocurriendo» y que era bueno que el eslogan «¡Todo el poder para los sóviets!» se estuviera «haciendo realidad». Era un llamamiento a las armas algo ambiguo. No obstante, Lenin dejó claro que los bolcheviques estaban en favor del levantamiento armado[294].

El comité central bolchevique trazó un meticuloso plan para dar un golpe de Estado. Más tarde Lunacharski recordaría: «Lenin estaba elaborando un plan concreto para el golpe de Estado, tras el que los bolcheviques se harían con el poder en nombre del sóviet». Solo estuvieron de acuerdo tres ministros: Lenin, Lunacharski y, curiosamente, el menchevique Trotski. Emitieron de inmediato «decretos relativos a la paz y la reforma agraria, lo que les hizo ganarse la simpatía de millones de personas en la capital y en las provincias». Pensaban rodear el palacio Táuride y arrestar a los

miembros del Ispolkom, después de lo cual «se presentaría Lenin y proclamaría el nuevo gobierno»[295].

Los marineros de Raskólnikov se dirigieron al palacio Táuride junto con un creciente séquito de soldados armados y obreros de las fábricas (muchos provenían de las fábricas Putílov) que llevaban pancartas bolcheviques en las que se leía: «¡Abajo el gobierno provisional!», «¡Abajo los ministros capitalistas!», «¡Abajo la guerra!» y «¡Aplastad a los burgueses!». De nuevo había bolcheviques ofreciendo billetes de 10 rublos delante de Kschessinska, como en abril, y no faltaban ni pancartas ni agitadores que las levantaran. Según la enfermera de la Cruz Roja Sheliajovskaia, que habló con un grupo representativo de hombres que tomaron las armas en favor de los bolcheviques el 3 y 4 de julio, les pagaron 40 rublos al día (como el levantamiento duró dos días, muchos habrían obtenido 80 rublos). Existen grandes diferencias en el cálculo del número de hombres de Raskólnikov, pero en lo que sí coinciden la mayor parte de los especialistas es en que este contaba como mínimo con 10 000 hombres, lo que significa que el comité central se gastó casi un millón de rublos (500 000 dólares de 1917 o unos 50 millones de dólares actuales) en el golpe de Estado de julio[296].

Mientras el grueso de las fuerzas bolcheviques marchaba hacia el palacio Táuride, la guardia roja tomó otros puntos estratégicos, como la fortaleza de Pedro y Pablo, el palacio Mariinski (sede del gobierno provisional, aunque pocos ministros se encontraran allí), las dos estaciones de ferrocarril (Finlandia y Nikoláievski) y las principales bocacalles de la avenida Nevski. Un periodista escribió que grupos de entre diez y quince hombres armados, que iban en automóviles o camiones, «se hicieron los amos de la ciudad» y cogieron todo lo que les apeteció. Cerraron a la fuerza algunos periódicos antibolcheviques, incluida la imprenta del liberal

Nóvoie Vremia. Se produjo un insólito drama en la estación Varsovia. Había corrido el rumor de que Kérenski huía de la ciudad para hacerse con las tropas leales del frente y seis automóviles llenos de hombres armados se dirigieron de forma apresurada a la estación. El rumor resultó ser cierto, pero Kérenski ya se había marchado una hora y media antes[297].

La más espectacular de todas las escenas tuvo lugar cuando la columna principal de Raskólnikov giró en la avenida Nevski para adentrarse en la avenida Liteini, de camino hacia el palacio Táuride. De repente, se oyeron disparos y los centenares de personas que se tiraron al suelo fueron captados por un fotógrafo aficionado, que nos ha dejado la única prueba gráfica que poseemos de la violencia desatada en las calles de Petrogrado en 1917. Según *Izvestia*, las bajas se produjeron sobre todo en el bando progubernamental, con 6 cosacos muertos y 25 heridos; además, 29 caballos terminaron «muertos en la calle». Agitados, pero victoriosos, los marineros de Raskólnikov y un grupo de soldados, menor que al principio, la mayoría pertenecientes al Ier regimiento de ametralladoras, se dirigieron al palacio Táuride[298].

En el interior del palacio se percibía una creciente sensación de miedo. El sóviet de Petrogrado, la conciencia radical de la revolución durante muchos años, se había convertido en un blanco fácil. El gobierno provisional, dominado por completo por el Ispolkom desde la caída de los liberales, no era más que un eco. «Nadie», escribió Golder en su diario el 4 de julio, «presta atención al gobierno, que según parece ha perdido todo poder». El menchevique Chjeidze, que se dio cuenta de repente de la gravedad de las acciones del sóviet, mandó llamar, en nombre del Ispolkom, al general Polovtsov, comandante del distrito militar de Petrogrado, para que organizara la defensa del palacio Táuride. Sin em-

bargo, tras hablar con sus oficiales, Polovtsov se percató de que solo quedaban en la guarnición 2000 cosacos y unos 100 hombres de la guardia Preobrazhenski, es decir, estaba en una inferioridad numérica de cinco a uno frente a los bolcheviques. Polovtsov decidió quedarse con los cosacos para conservar su «libertad de acción»[299].

La presencia de muchos diputados bolcheviques del sóviet en el interior del palacio añadió fuste a la situación en Táuride, pues constituía una potencial «quinta columna» de apoyo a las columnas armadas que habían tomado las calles con automóviles a los que habían acoplado ametralladoras. Después de todo, los bolcheviques se estaban haciendo con el poder en nombre del sóviet, en teoría por aclamación (en realidad, por la fuerza). Sin embargo, nadie parecía estar al frente de la situación. Según Raskólnikov, el propio Lenin entró en el palacio a última hora de la tarde del 4 de julio, pero nadie lo vio y no pronunció ningún discurso. Mientras los bolcheviques intentaban averiguar quién estaba al mando, Chjeidze fue el primero en dirigirse a la multitud, a la que preguntó con valentía: «¿Por qué vais armados? Si os necesitáramos [el sóviet], os daría la bienvenida personalmente, pero ¿a qué habéis venido?»[300].

Víktor Chernov, ministro de Agricultura de los socialistas revolucionarios, fue el siguiente en dirigirse a las masas, pero, al confundirlo con Pável Perevérzev, ministro de Justicia socialista revolucionario y más moderado, algunos manifestantes hostiles lo abuchearon. Cuando se confirmó la identidad de Chernov, gritaron que «proclamara de inmediato la devolución de la tierra a quienes la trabajaban y la entrega del poder a los sóviets». Según Miliukov, un obrero armado e imponente por su elevada estatura «alzó el puño» ante la cara de Chernov y gritó: «¡Toma el poder, hijo de puta, cuando te lo ofrecen!». Fue entonces cuando algunos de los

marineros de Raskólnikov cogieron a Chernov, «lo arrastraron hasta un coche» y juraron «que no lo dejarían marchar hasta que el sóviet se hiciera con el poder». No liberaron a Chernov hasta que Trotski llegó[301].

Le tocaba hablar a Trotski. Este causó una mejor impresión que Chjeidze o Chernov, pero resultaba evidente que también a él le intimidaba la multitud armada que constituía su audiencia. El confiado orador de la Casa del Pueblo había desaparecido. Trotski anunció con cautela: «El Sóviet de los Diputados de Obreros y Soldados se ha hecho con el poder». Con la batalla ganada, hacía saber a los hombres que «debían dispersarse». Como perdía fuerza y Lenin no aparecía, Trotski llamó a Zinóviev. Para este leal edecán de Lenin, poco conocido por el público, era la oportunidad de presentarse. Según el segundo teniente Zamikin, ganado para la causa gracias al discurso pronunciado por Trotski en la Casa del Pueblo, Zinóviev dijo a los hombres reunidos ante Táuride que «no pisaran el sóviet armados» y que solo usaran sus armas «para luchar contra gentes injustas, nunca contra personas justas». De manera menos sutil, Zinóviev sugirió que los proletarios podrían «utilizar sus armas para hacerse con los alimentos escondidos por la burguesía», en vez de asaltar el sóviet. Luego regresó al interior del palacio[302].

La columna armada resultaba una amenaza incluso para los bolcheviques que la costeaban, pero lo que en verdad dificultó todo fue la falta de disciplina y de liderazgo. Aparte del núcleo conformado por los marineros de Kronstadt y de algunos fanáticos fervientes del Ier regimiento de ametralladoras, la mayoría de los «guardias rojos» eran mercenarios bolcheviques. Como bien señalara el coronel Nikitin, la mayor parte de los hombres estaba formada por «campesinos corrientes incapaces de cargar un fusil». El tamaño de la

multitud constituyó un inconveniente, pues poco a poco los hombres «iban perdiendo el contacto entre ellos hasta que todo el sistema de mando se colapsó». Raskólnikov era un alma férrea, pero no un general, ni un político. Sin Lenin, por la razón que fuera, para hacerse cargo de la situación y para dar instrucciones, al anochecer del 4 de julio las columnas armadas de los bolcheviques se habían convertido en una turba sin rumbo que disparaba aterrorizada y resultaba muy peligrosa tanto para quienes la componían como para quienes se encontraban en el interior del palacio. Por fin, pasada la medianoche, los hombres empezaron a dispersarse, como Trotski les había pedido horas antes. Los marineros armados de Raskólnikov volvieron a Kschessinska junto con muchos de los ametralladores. Otros se reincorporaron a sus unidades o regresaron a casa[303].

Pero, mientras los bolcheviques celebraban su victoria en Táuride, la marea política se volvía en su contra en otro lugar. En torno a las cinco de la tarde del 4 de julio, Pável Perevérzev, ministro de Justicia, ordenó al coronel Nikitin, al general Polovtsov, a los oficiales leales y a algunos editores de periódicos que se dirigieran a los cuarteles generales de los distritos militares. El escaso peso del gobierno provisional había protegido en cierta medida a Perevérzev, pues nadie se había preocupado de arrestarlo. Nikolái Nekrásov y Mijaíl Teréshchenco, los colegas masones de Kérenski, también estaban presentes. Nikitin confirmó que tenía pruebas suficientes para juzgar a los bolcheviques por alta traición y Teréshchenco ordenó a Nikitin que «procediera con los arrestos». Perevérzev hizo un pequeño informe con los datos más inculpatorios hallados por Nikitin —sobre Parvus y la conexión de Estocolmo; sobre Kozlovski, Sumenson y la cuenta del Banco de Siberia en la que se habían depositado al menos 2 millones de rublos—. Lo repartió entre periodis-

tas y oficiales, que volvieron a sus unidades para compartir este bombazo con sus hombres[304].

El informe produjo un gran impacto en la guarnición. La lucha política que estaba teniendo lugar era difusa y difícil de seguir para los hombres hasta que llegaron las noticias sobre los tratos de Lenin con los alemanes. La traición y el espionaje constituían temas viscerales que todos entendían fácilmente y que minaron la legitimidad del levantamiento.

En la mañana del 5 de julio, el titular de una edición en gran formato de *Zhivoie Slovo*, repartida por toda la ciudad, rezaba: LENIN, GANETSKI [KUBA] & CO. ESPÍAS. Los bolcheviques se habían refugiado en Kschessinska, protegidos exclusivamente por Raskólnikov y los marineros de Kronstadt (los operarios del Ier regimiento de ametralladoras, por su parte, ya habían desistido). Otros 500 insurrectos que resistían cerca de la fortaleza de Pedro y Pablo se entregaron personalmente al general Polovstov en los términos negociados por Stalin, que, por lo demás, no tuvo un papel destacado durante el levantamiento. «Nos van a fusilar», dijo Lenin a Trotski antes de afeitarse la barba y huir de Kschessinska. Esa tarde destrozaron la imprenta que *Pravda* tenía en la avenida Suvorovski y que había sido comprada en abril por 250 000 rublos[305].

Las tropas leales fluían desde el frente hasta la capital, incluida la XIV división de caballería, un batallón de carros blindados y un regimiento de infantería; todo se puso en marcha. Atacaron el cuartel general bolchevique de Kschessinska y hubo 18 bajas, la mayoría en el regimiento de infantería que dio asalto a la casa. La operación proporcionó a los oficiales del servicio de Inteligencia de Nikitin un botín de pruebas para sus investigaciones sobre traición, sin excluir lo que uno de ellos describió como «una enorme cantidad de literatura sediciosa», y seis ametralladoras bolchevi-

ques responsables de la mayor parte de las muertes de los miembros del ejército, pues se había abierto fuego desde el tejado. En total arrestaron a unos 2000 líderes bolcheviques, entre ellos a Kámenev, Sumenson, Kozlovski y Krúpskaia, la mujer de Lenin, que gritaba: «*Gendarmes!* ¡Igual que durante el Antiguo Régimen!»[306].

El 6 de julio el gobierno provisional acusó formalmente a 11 bolcheviques —a algunos, como Parvus y Fürstenberg-Hanecki [Ganetski] (Kuba), *in absentia*; Lenin, Zinóviev, Lunacharski y Alexandra Kolontái, del comité central; Kozlovski y Sumenson; Raskólnikov y Roshal, de Kronstadt, y el alférez Semashko, del Ier regimiento de ametralladoras— de «alta traición y de organizar un levantamiento armado», delitos tipificados en los artículos 51, 100 y 108 del código penal ruso. No todos los conspiradores estaban en la cárcel, ya que muchos de los principales se encontraban en Finlandia o en el extranjero. Poco antes de que arrestaran a sus miembros, el comité central bolchevique había podido publicar una especie de hoja informativa de dos páginas, en la que, en general, se negaba «la monstruosa difamación [...] de la que ha sido objeto Lenin, pues se ha dicho que ha recibido o recibe dinero para su propaganda de fuentes alemanas». Curiosamente, en un principio no acusaron a Trotski, a pesar del papel que había desempeñado en el levantamiento y de los discursos incendiarios que pronunciara el 2 de julio y, de nuevo, el 4 de julio, esta vez ante el palacio Táuride. Probablemente se debiera a sus orígenes mencheviques y a sus contactos con Chjeidze y el sóviet. Trotski lo consideró un insulto y escribió al presidente Lvov para quejarse por haber sido excluido «de la orden de arresto». No lo detuvieron hasta que se unió formalmente al partido bolchevique el 23 de julio[307].

Los cargos eran graves. Si el gobierno organizaba un juicio público, los bolcheviques ya no tendrían nada que hacer en la política rusa. Al ordenar una ofensiva controvertida y enviar al frente una unidad llena de bolcheviques, Kérenski había obligado a Lenin a enseñar sus cartas. Ahora le tocaba a Kérenski mostrar las suyas.

12

UN EJÉRCITO A PUNTO

Cuando arrestaron a los golpistas en julio, una ola de patriotismo sacudió Petrogrado. Frank Golder anotó en su diario el 6 de julio: «La ciudad se calma. Las tropas venidas del frente y los agitadores se han echado atrás y permanecen tranquilos. Muchos de los principales líderes han sido arrestados». Los bolcheviques habían sido desenmascarados y huían; muchas personas testificaron ante el Tribunal de Apelación de Petrogrado, donde N.S. Karinski, del ministerio público, estaba reuniendo pruebas para un juicio por traición. Muchos de los soldados del Ier regimiento de ametralladoras que habían participado en manifestaciones se retractaron cuando las cosas empezaron a ponerse mal. También había civiles preocupados, como Sheliajovskaia, que comenzó a sospechar lo que ocurría en Kschessinska en los días de Abril y había visto confirmados sus peores temores en los de Julio.

Entre los testigos presentados por Karinski había exagentes de la Ojrana que habían perdido sus puestos tras la revolución de Febrero y que habían recuperado el favor del poder debido a sus conocimientos, duramente adquiridos, sobre el bolchevismo. S.V. Gagarin, un oscuro expolicía de sexta clase en la tabla de rangos, se sorprendió cuando lo ci-

taron el 11 de julio. Un oficial de mayor rango del Ier departamento (contraespionaje), B.V. Lobachevski, confirmó que Parvus había estado bajo vigilancia, porque sospechaban que era un agente alemán, y sugirió al fiscal que consultara los archivos del Ier departamento en el cuartel general de la Ojrana (si es que no los habían destruido). Otro agente, V.V. Kurochkin, encargado de la vigilancia de los bolcheviques antes de la guerra, habló del perfil ideológico de Lenin, pero remitió a Karinski al Ier departamento si quería saber más sobre sus contactos con los alemanes. Un tercer agente, I.P. Vasíliev, confirmó que los bolcheviques se habían dirigido a los campos de prisioneros de guerra alemanes para crear «agitación antipatriótica», pero no podía hablar de lo ocurrido desde la vuelta de Lenin porque, tras la revolución, se había ocultado[308].

Como indica la restitución de la Ojrana, las acusaciones de traición recompusieron completamente el panorama político ruso. Hasta el Ispolkom tuvo que hacer una declaración pública en *Izvestia*, el 6 de julio, «en relación con los cargos imputados a Lenin y a otros políticos en el sentido de que han recibido dinero de una fuente oculta alemana», y anunciar que «habían nombrado un comité para que llevara a cabo las investigaciones pertinentes». El 22 de julio, Karinski divulgó (a través de *Rech*, el viejo periódico liberal) un sumario detallado sobre «la desleal rebelión armada del 3-5 de julio» basado en las declaraciones de testigos:

> La revuelta fue instigada y organizada según las instrucciones del comité central del Partido [Obrero] Socialdemócrata. Las órdenes más importantes procedían de la mansión Kschessinska, a la que los testigos denominan «el cuartel de Lenin» [...]. En la mansión Kschessinska [] se descubrieron diversos documentos del comité central sobre organización militar. En estos [] documentos, que se distribuyeron por las unidades

del ejército, se [daban] instrucciones escritas para la acción armada.

Además, Karinski reveló el descubrimiento durante el registro de Kschessinska de

> notas sobre la distribución de las unidades militares y «obreros armados» por regiones; sobre la distribución de responsabilidades a la hora de hacerse cargo de las fuerzas armadas; sobre reconocimiento y vigilancia exterior; sobre contactos entre las unidades; sobre la fortaleza de Pedro y Pablo, sobre las unidades militares de las secciones de Víborg y Petrogrado [] y sobre la necesidad de establecer contactos con diversos regimientos.

Por último, Karinski afirmó que, gracias a «la información documental», quedaba «demostrada»

> la relación entre la insurrección armada y la actividad desarrollada por el comité central del Partido [Obrero] Socialdemócrata, que mantenía una organización militar [] compuesta por unidades armadas que participaron en la insurrección, procedentes tanto de la guarnición de Petrogrado como de Kronstadt. Recibieron órdenes de Lenin y de otras personas en la mansión Kschessinska [...], los datos de la investigación preliminar *indican que Lenin es un agente alemán* que, tras alcanzar un acuerdo con Alemania para realizar acciones que la favorecieran en su guerra contra Rusia, llegó a Petrogrado, [donde], con la ayuda financiera de los alemanes, empezó a actuar para cumplir sus objetivos[309].

Parecía que todo estaba claro y que era un caso cerrado; los expertos de la Ojrana y muchos testigos ayudaron a Karinski a llevar a cabo su investigación y el Ispolkom no puso objeciones. Aunque luego Lenin diría que las acusaciones de traición habían sido «despreciables calumnias de sus adversarios políticos», tenía tan pocas esperanzas de resultar absuelto que decidió no ir a juicio. Convencido de que la ac-

ción había acabado, redactó un testamento ideológico, un libro manuscrito titulado *El marxismo y el Estado*, que entregó a Kámenev pidiéndole que lo publicara si lo capturaban y ejecutaban. En la noche del 9 al 10 de julio, Lenin y Zinóviev subieron disfrazados a un tren, en la misma estación Finlandia donde el líder bolchevique había escenificado su teatral vuelta en abril, y se escondieron indefinidamente en la campiña finlandesa. El partido bolchevique parecía destinado al olvido por la cobardía de su fundador. Como bien señalara Nikolái Sujánov, miembro menchevique del Ispolkom con amigos en el partido bolchevique: «La huida del pastor, sin duda, fue un duro golpe para las ovejas»[310].

Lenin fue afortunado en lo que respecta a sus enemigos. Cuando estaban acabando con el partido bolchevique en Petrogrado, empezaron a aparecer fisuras en el seno del gobierno provisional, que en aquellos días tenía que haberse encontrado disfrutando de su momento de gloria. Ya el 5 de julio hubo tensiones relacionadas con la filtración a la prensa por parte de Pável Perevérzev, ministro de Justicia, de los vínculos existentes entre alemanes y bolcheviques, lo que contribuyó a alterar el sentir político en la guarnición, pero que tal vez minara jurídicamente el caso del gobierno. Lvov, Teréshchenco y Nekrásov, los tres últimos kadetes que quedaban en el gabinete, protestaron por la decisión de Perevérzev de publicar la información antes de tener todas las pruebas. Tsereteli, ministro menchevique de Correos y Telégrafos, protestó por todo lo contrario y exigió que los periódicos no siguieran publicando «calumnias» contra Lenin. El ministro de Justicia que había acabado con el levantamiento bolchevique luchaba por su vida política y trataba de defenderse de las acusaciones que le hacían tanto desde la izquierda como desde la derecha[311].

Kérenski debió haberse sentido obligado a defender a Perevérzev. El polémico ministro de Justicia era un compañero socialista revolucionario nombrado por el propio Kérenski. Además, se había jugado el cuello para salvar al gobierno de Petrogrado cuando el ministro de la Guerra se marchó al frente. Kérenski era el principal objetivo del levantamiento del 3-5 de julio; contra él dirigió Trotski de forma feroz su incendiario discurso pronunciado en la Casa del Pueblo el 2 de julio. Todo el mundo le culpaba de la desastrosa ofensiva de Galitzia y fue perseguido de forma literal por la plebe el 4 de julio hasta la estación Varsovia, donde lo habrían descuartizado si no se hubiera ido noventa minutos antes. Al margen de si las «prematuras» revelaciones de Perevérzev habían perjudicado o no el caso por traición del gobierno, lo cierto es que, sin duda, ayudaron a poner a las tropas en contra de los bolcheviques, algo que le salvó el pellejo a Kérenski. Cuando volvió a Petrogrado, en la tarde del 6 de julio, Kérenski tendría que haber concedido a Perevérzev una medalla por comportarse como un patriota modélico y por conseguir salvar la revolución.

Sin embargo, lo cesó. Kérenski se reunió con sus colegas el 7 de julio y afirmó que había dado instrucciones a Perevérzev de «publicar los datos sobre las actividades de los agentes alemanes» solo «a condición de que la prensa formulara acusaciones de peso y de que *los acusados no pudieran escapar*». (Un telegrama del propio Kérenski contradice esta información. Lo envió desde el frente el 4 de julio y en él afirma: «Es esencial acelerar la publicación de las pruebas»). Teréshchenko hizo de abogado del diablo y admitió que, en las horas críticas del 4 y 5 de julio, había habido que «provocar un cambio en el estado de ánimo de la población», pero insistió en que el ministro de Justicia se había equivocado al hacerlo todo público antes de que «los impu-

tados estuvieran en nuestras manos». En lo que, con certeza, constituyó una demostración de la persistente influencia de las redes masónicas prerrevolucionarias, Kérenski cerró filas con los kadetes (Lvov, Nekrásov y Teréshchenko) y se enfrentó a Perevérzev, su compañero del Partido Social-Revolucionario[312].

Puede que este movimiento hubiera tenido sentido de haber formado parte de una realineación hacia la «derecha», es decir, si hubiera querido reconciliarse con los liberales. Pável Miliukov, antiguo ministro de Asuntos Exteriores, aún se encontraba en Petrogrado y podía haberle pedido que interviniera para provocar dificultades al gobierno. Sin embargo, no ocurrió nada de eso. Una de las razones que explican la parálisis del gobierno durante la crisis del 3-5 de julio es que los ministros no se ponían de acuerdo sobre Ucrania. Al igual que en el asunto de la reforma agraria, el gobierno provisional había intentado soslayar el problema del futuro político de Ucrania remitiéndolo a una futura asamblea constituyente, lo que generó mucha frustración entre los nacionalistas de Kiev, que habían creado una Rada (o Parlamento), la cual publicó un manifiesto en el que exigía su autonomía el 24 de junio. El 29 de junio, el gobierno provisional había intentado quitarle hierro al asunto con la publicación de un «Llamamiento a los ciudadanos ucranianos», en el que prometía que la situación era temporal, mientras durara la guerra, y que se adoptarían «medidas provisionales [...] para dotar a Ucrania de un autogobierno local en escuelas y tribunales». Sin embargo, la solución no satisfizo a la Rada y Teréshchenko tuvo que acudir a Kiev a negociar un acuerdo. Esta complacencia política fue la gota que colmó el vaso para Lvov y para el resto de kadetes, que, a excepción de Teréshchenko, dimitieron el 3 de julio; pero los bolcheviques se les adelantaron con su levantamiento.

De manera que, el 7 de julio de 1917, Kérenski cesó a su compañero socialista revolucionario y ministro de Justicia, caído en desgracia, para satisfacer a los kadetes del gabinete, y, a continuación, aceptó las dimisiones de los liberales a los que había apaciguado[313].

En términos políticos, la reorganización del gabinete no tenía ningún sentido. Acababan de aplastar un levantamiento de extrema izquierda y habían despertado sentimientos patrióticos contra la traición bolchevique. Los oficiales de contraespionaje y las tropas leales eran los héroes del momento. El 6 de julio, Kérenski aprobó una directiva en la que se estipulaba que los soldados que desobedecieran las órdenes legítimas del ejército serían «castigados por traidores»; también prohibió la distribución de periódicos bolcheviques en el frente (en concreto, *Pravda, Okopnaia Pravda* y *Soldátskaia Pravda*). ¿Por qué Kérenski eliminó del gabinete a los elementos moderados que quedaban en un momento de fervor patriótico?[314]

El príncipe Lvov nos brinda una pista en su carta de dimisión. «He aceptado dejar la pesada carga», escribía el presidente saliente en *Rússkoie Slovo*, «convencido de estar cumpliendo con mi deber hacia la madre patria» al nombrar a Kérenski sucesor. Lvov afirmaba que, para acabar con la amenaza que suponían los bolcheviques para «el pueblo y el ejército rusos»,

> se necesita un gobierno fuerte. Y, para que lo sea, hacen falta una conjunción de elementos de autoridad como los que se encarnan en la persona de Kérenski. El ejército lo reconoce como su líder y constituye un símbolo de la revolución en todo el país [...], puede que sea el único hombre de acción con el que cuentan los socialistas [...], debe gozar de la mayor libertad de acción [] para unir a todos y crear en el país ese ele-

vado espíritu, que es lo único que puede salvar a la madre patria.

Al redactar esta especie de testamento de la Rusia liberal, Lvov invitaba a su sucesor y compañero masón a asumir poderes dictatoriales[315].

Kérenski nunca ocultó su ambición. Celebró su apoteosis como ministro de la Marina y de la Guerra y como ministro presidente del nuevo «gobierno para la salvación de la revolución» mudándose a la *suite* de Alejandro III del palacio de Invierno. Dormía en la cama del antiguo zar y viajaba en su recargado vagón de tren. Cambió su aspecto de hombre de la calle y empezó a vestir elegantes guerreras de oficial; incluso se echó una amante, como para confirmar la imagen que tenía de sí mismo: la de una persona importante de la buena sociedad. (Para agravar la ofensa, la amante de Kérenski, Lilia, era prima de su esposa Olga; la aventura acabó con su matrimonio). Rápidamente tomó dos decisiones fundamentales: el traslado de las joyas de la corona de los Románov de Petrogrado al Kremlin de Moscú, para evitar que cayeran en manos de los bolcheviques, y la deportación de los Románov por la misma razón. Estos tuvieron que abandonar Tsárskoie Seló, donde Nicolás II y su familia habían vivido confinados bajo arresto domiciliario desde marzo, y los condujeron a Tobolsk, en Siberia[316].

En su primera orden enviada al ejército, Kérenski proclamaba que «el abandono de las posiciones» equivalía a «alta traición». Autorizó a los oficiales a «utilizar la artillería y el fuego de ametralladoras contra estos traidores» y les aseguró que él asumiría «toda la responsabilidad por las bajas que pudiera haber». El 9 de julio, Kérenski presentó una resolución al Ispolkom en la que le exigía «poderes ilimitados para restablecer la disciplina en el ejército y para luchar contra cualquier forma de anarquía o de contrarrevolu-

ción». Aunque los pocos bolcheviques que quedaban en el Ispolkom pusieron objeciones (junto a varios mencheviques y socialistas revolucionarios de izquierdas), la resolución se aprobó por cinco a uno. El 12 de julio, la pena de muerte fue reinstaurada en el ejército, se crearon «tribunales militares revolucionarios» en cada división y se dispuso que las condenas se adoptaran por mayoría simple. Se disolvieron todas las unidades que habían tomado parte en el levantamiento de julio. Tanto si Rusia necesitaba un hombre fuerte como si no, ya lo tenía[317].

En los ejércitos los resultados fueron buenos y malos. En Galitzia no era un momento propicio, pues el programa disciplinario de Kérenski se puso en práctica justo cuando la ofensiva rusa empezó a flaquear. A finales de julio habían expulsado a los rusos de Galitzia y perdieron 15 000 kilómetros cuadrados de territorio frente a los austroalemanes. Sin embargo, según los informes de campo enviados a mediados de julio de 1917 desde Vorobin, en el extremo norte de Galitzia, la moral permanecía alta en el ejército especial y los rusos adoptaron una posición defensiva. El VIII ejército de Kornílov también se retiraba en orden. En agosto se habían cavado nuevas trincheras y las líneas rusas aguantaban[318].

En los frentes menos activos también se apreciaban signos positivos. Según el comandante de la XLII división del II ejército del frente occidental: «La [re]instauración de la pena de muerte y otras órdenes similares [...] han causado una fuerte impresión a los soldados y han herido de muerte a los denominados bolcheviques». El X ejército se fortaleció tras la llegada del legendario batallón de la Muerte femenino, creado por Kérenski para avergonzar a los bolcheviques que «intentaban salvar su pellejo» y obligarlos a luchar. Kérenski se presentó ante el V ejército, preparado para una ofensiva conjunta con el X ejército contra Vilnius [Vilna] el 17

de julio, e intentó dar coraje a los hombres al encabezar él mismo un ataque frontal simulado[319].

Sin embargo, el entusiasmo no sobrevivió a la ofensiva. El 22 de julio empezó el ataque ruso tras varios aluviones de artillería durante tres días. Se dijo que el batallón de mujeres había peleado de forma muy valiente, que había avanzado incluso cuando los hombres de los flancos se negaban y que había asaltado trincheras enemigas y había hecho prisioneros a unos cien alemanes. Los hombres de las unidades de alrededor se unieron a ellas y continuaron marchando, pero lo conseguido el primer día se perdió el segundo cuando los alemanes contraatacaron el 23 de julio. En pocos días la ofensiva había acabado en fracaso: ambos bandos habían vuelto a tomar sus posiciones iniciales y se atacaban mutuamente. El general Antón Denikin, comandante del frente occidental, realizó una desalentadora autopsia de la situación. Denikin se había dado cuenta de que, aunque los artilleros habían llevado a cabo «una labor excelente» y las amazonas habían luchado con valentía, la mayor parte de los soldados de infantería se habían limitado a «realizar una marcha formal a través de dos o tres líneas de trincheras enemigas antes de regresar a las suyas»[320].

¿Podía salvarse el ejército? Sin duda, Kérenski creía que sí. La reinstauración de la pena de muerte demostró que se lo tomaba en serio. El general Lavr Kornílov, principal candidato para sustituir a Brusílov tras el fracaso de la ofensiva de Galitzia, era quien había exigido dicha medida. Kornílov, desautorizado por el sóviet durante los días de Abril, no quería asumir el mando sin que se hubiera llevado a cabo una reforma real. Insistió en que solo atendería «a la nación y a su conciencia» y exigió, aparte del restablecimiento de la autoridad disciplinaria, el cese de toda interferencia política con el mando y con las órdenes dadas durante las ope-

raciones, es decir, pedía la revocación *de facto* de la orden número 1. Cuando se filtraron las condiciones impuestas por Kornílov y se publicaron en *Rússkoie Slovo* el 21 de julio, Kérenski se encontró en un aprieto. Tres días después nombró a Kornílov comandante en jefe de los ejércitos rusos. En opinión de los críticos socialistas en el seno del Ispolkom, Kérenski había aceptado sus términos porque ambos hombres se habían unido para erosionar la autoridad que el sóviet ejercía sobre el ejército[321].

Tenían motivos para mostrarse suspicaces. Con la intención de ampliar su base política, Kérenski anunció el 13 de julio que convocaría una «conferencia panrusa» en agosto en Moscú, a la que asistirían no solo el gobierno provisional y los sóviets de Moscú y Petrogrado, sino también antiguos diputados de la Duma (incluido Rodzianko), cooperativas y sindicatos del Comité de las Industrias de la Guerra (CIG), los *zemstvos* provinciales, representantes del clero, comandantes retirados (entre ellos, el general Alexéiev) y delegados de los ejércitos aliados: en total se reunirían unos 2400 notables. La conferencia de Moscú no era una asamblea constituyente, pero estaba pensada para ofrecer amparo político mientras Kérenski y Kornílov reformaban el ejército[322].

La conferencia se celebró el 13 de agosto en el teatro Bolshói. Tres columnas de soldados y oficiales cadetes protegían el teatro, flanqueados por policías a caballo. A juzgar por el estallido de huelgas a lo largo y ancho de Moscú en protesta por la conferencia (organizadas por los bolcheviques), una estricta seguridad parecía necesaria. El corresponsal de *Rech* escribió que el ambiente en el teatro estaba «cargado de una inquietante e intranquila expectación»[323].

Kérenski supo ponerse a la altura de la situación al pronunciar un acalorado discurso de apertura. Aludió a los días

de Julio y prometió que cualquier golpe planeado por los bolcheviques «contra el gobierno del pueblo [...] lo pararemos con sangre y hierro». También recordó a todo el mundo que, como ministro de Justicia, había abolido la pena de muerte en marzo solo para tener que ordenar su «reinstauración parcial» como ministro de la Guerra; en ese momento el público le interrumpió con «ruidosos aplausos». La reacción de Kérenski fue muy reveladora, pues amonestó a la audiencia con una pregunta: «¿Quién osa aplaudir cuando hablamos de la pena capital? ¿No os dais cuenta de que en aquel momento, en aquella hora, murió parte de nuestro corazón?»[324].

La intervención de Kornílov fue igual de melodramática. El nuevo comandante en jefe llegó a Moscú el segundo día de la conferencia, el 14 de agosto, y le dieron una «recepción aún más triunfal» que a Kérenski, que fue testigo del suceso. Según *Izvestia*, cuando el general llegó ante el Bolshói a las 11:15 de la mañana, «llovieron flores sobre él hasta que estas cubrieron por completo su automóvil». «Recibió una larga y ruidosa ovación» cuando accedió a su palco, al menos por parte de los oficiales, los políticos liberales y los «representantes del comercio y de la industria», sentados en la parte derecha de la sala. Sin embargo, los delegados de los obreros y de los soldados del sóviet, ubicados a la izquierda, «permanecieron sentados, en silencio, sin aplaudir». Entonces subieron al escenario Kérenski y sus ministros socialistas, que fueron ovacionados por la parte izquierda de la sala con gritos de «¡Larga vida a Kérenski!», mientras «la derecha permanecía impasible». En el edificio se desató «un gran revuelo». Kérenski acalló a sus partidarios recriminándoles sus modales y les pidió que «guardaran el orden y que escucharan al primer soldado del ejército con la debida atención». Kornílov proclamó: «Hay que recuperar

al ejército a cualquier precio, porque, sin un ejército fuerte, no habrá una Rusia libre». Señaló que sus recomendaciones para reformar el ejército habían sido aprobadas por Kérenski y firmadas por el resto de los miembros de su gabinete, incluidos los dos comisarios socialistas revolucionarios asignados por el Ispolkom al alto mando, el capitán N.N. Filonenko y Borís Sávinkov, ministro de la Guerra en funciones del gobierno de Kérenski[325].

En su breve discurso, Kornílov evitó hablar de política por difícil que resultara en la Rusia de 1917. Desafortunadamente, el orador que subió al escenario tras él, un atamán cosaco y general de nombre A.M. Kaledin, comandante del VIII ejército antes que Kornílov, no tuvo tanto tacto. Kaledin «protestó de forma enérgica por la acusación de contrarrevolucionarios que se vertía sobre los cosacos», justo antes de afirmar: «Hay que acabar con los sóviets y con los comités armados» y de recordar que no era el Ispolkom el llamado a ejercer la autoridad política, sino la asamblea constituyente que iba a elegirse en otoño. En ese momento, según *Izvestia*, la derecha gritó con aprobación, mientras se oían gritos de «nunca» al otro lado de la sala. Kaledin reculó algo al admitir que tal vez los comités de soldados pudieran «intervenir en cuestiones de logística», pero se opuso de un modo tajante al espíritu de la orden número 1 y exigió que se revisara «la declaración de los derechos de los soldados y que se complementara con otra análoga que enumerara las obligaciones de los soldados». De nuevo hubo gritos de aprobación y de indignación a uno y otro lado del teatro. Quien ganó el debate fue el menchevique Chjeidze, que habló en nombre del sóviet «a pesar de que el orador anterior hubiera solicitado [su] inmediata abolición»[326].

En realidad, Kaledin no había hablado en favor de Kornílov, aunque esa fuera la impresión de muchos de los que es-

taban sentados en el ala izquierda del teatro. Kornílov era cosaco, como Kaledin, pero los antepasados del primero eran «cosacos siberianos», es decir, más asimilados que los del Don o Kubán. Nacido en 1870 en Ust-Kamnetegorsk [Öskemen], en el actual Kazajistán, hijo de un soldado campesino y de una madre de ascendencia polaca y turca, Kornílov representaba lo mejor del ejército imperial ruso, en el que había ascendido desde el puesto más humilde hasta la cúspide de la oficialidad solo con su talento. Kornílov hablaba los dialectos turcos de Asia central, así como el chino, que aprendió cuando fue agregado militar ruso en Pekín entre 1907 y 1911. Era mucho más culto y sutil que Kaledin y había recibido numerosas condecoraciones, pero se le asoció con la idea de la «contrarrevolución cosaca».

Si solo hubieran sido el Ispolkom y los bolcheviques quienes expresaran ideas erróneas sobre Kornílov, el asunto no habría sido inevitable. Sin embargo, tras la entusiasta recepción dispensada a Kornílov en Moscú, brillantemente relatada por los órganos liberales moderados de la «derecha», como *Nóvoie Vremia*, Kérenski empezó a dudar del hombre al que había nombrado comandante en jefe. «Tras la conferencia de Moscú», recordaría más tarde, «estaba claro que el próximo golpe procedería de la derecha, no de la izquierda». El registro documental (y su conducta posterior) no dejan lugar a dudas: a finales de agosto de 1917, Kérenski creía que se estaba cociendo una trama «contrarrevolucionaria»[327].

Kornílov, por su parte, quería poner manos a la obra para organizar la defensa de Petrogrado. El frente norte llevaba tranquilo la mayor parte del año, pues el alto mando alemán respetaba el aviso de Parvus de no propiciar una remontada patriótica mediante una ofensiva, lo que permitía, de este modo, que los bolcheviques crearan bulla en la retaguardia.

Todo parecía diferente ahora que Lenin se encontraba fuera de juego. A principios de agosto, el VIII ejército alemán, que se enfrentaba al XII ejército ruso, empezó a colocar ametralladoras en la orilla este del río Dviná. El 18 de agosto, los alemanes abrieron fuego en el extremo norte del frente, justo al oeste de Riga, en lo que acabó siendo una treta. A la mañana siguiente, una fuerte descarga de artillería empezó más al sur y tuvo un efecto devastador. Hacia las nueve de la mañana del 19 de agosto, los alemanes construyeron puentes flotantes y una flotilla de barcas de madera bajo un fuego incesante de artillería disparado desde la orilla. A mediodía, casi tres divisiones enteras habían cruzado el río Dviná. A la caída de la noche, el VIII ejército alemán había instalado una cabeza de puente al este del Dviná que les dejaba vía libre para llegar hasta Riga. Aunque hubo grupos aislados de tropas rusas que siguieron resistiendo, entre el 20 y el 21 de agosto el XII ejército ruso abandonó Riga y se replegó a unos 50 kilómetros al este. Los alemanes se encontraban a 482 kilómetros de la capital de Rusia[328].

Según cualquier tipo de lógica política Kérenski, Kornílov y todos los patriotas (es decir, los no bolcheviques) socialistas y liberales deberían haberse unido tras la caída de Riga. Era muy posible que los alemanes usaran el excelente puerto de Riga para realizar operaciones en el golfo de Finlandia, pues se sabía que los defensores rusos de Kronstadt no eran de fiar a causa de su radicalismo. Raskólnikov y Roshal no habían caído en las redes de Kérenski, como tampoco la mayoría de los insurrectos de Kronstadt; el periódico bolchevique (*Proletarskoie Delo*) se seguía imprimiendo en la isla. El 8 de agosto, Kérenski aprobó un plan para suprimir la guarnición de Kronstadt y transferir fuera los destacamentos de entrenamiento de la marina situados allí. De haberse llevado a cabo este plan, los marineros leales podrían haber

hecho su trabajo sin distracciones políticas, lo que habría complicado un posible desembarco alemán y habría cortado las alas a cualquier golpe bolchevique futuro[329].

Sin embargo, no sería así. En vez de unirse para limpiar Kronstadt de bolcheviques y defender Petrogrado de los alemanes, Kérenski y su comandante en jefe andaban a la greña por un episodio conocido como el «asunto Kornílov». Los dos hombres ya habían discutido por los términos del nombramiento (de Kornílov) y durante la conferencia de Moscú su relación fue tensa. Tras su vuelta a Moguilov, Kornílov se vio asediado literalmente por oficiales y gente relevante; según su jefe del Estado Mayor, el general A.S. Lukomski, muchos difundieron «rumores sobre un supuesto levantamiento bolchevique que, al parecer, tendría lugar a principios del mes siguiente». Fuera o no verdad, hablar sin fundamento resultaba algo imprudente y, en dichas circunstancias, hasta peligroso. Como recordaría más tarde Lukomski: «Por desgracia, Kornílov se reunió con mucha gente que se había desplazado a la Stavka con la intención de propinar el golpe de gracia a los bolcheviques y al [Ispolkom] [...], sus intenciones ya no constituían ningún secreto y, en parte (si no todas), se conocían en Petrogrado»[330].

Kérenski no tardó mucho en olerse la jugada. El 23 de agosto mandó a la Stavka a Borís Sávinkov, su ministro de la Guerra en funciones y compañero socialista revolucionario. Al día siguiente, se encontró con Kornílov, en teoría para hablar sobre las reformas del ejército, pero, en realidad, para enterarse de sus intenciones. Aunque no poseemos ninguna transcripción de la conversación mantenida en Moguilov, Lukomski y Sávinkov la describieron por escrito. Según Lukomski, Kornílov y Sávinkov discutieron sobre el papel que los comités de soldados y los comisarios debían desempeñar en el ejército. Sávinkov, que había sido comisa-

rio, quería preservar el cargo (pero con la imposición de ciertos límites a sus actividades), mientras que Kornílov insistía en su abolición. Sin embargo, ambos hombres estuvieron de acuerdo en que había que reforzar la guarnición de Petrogrado con «unidades de caballería de confianza», a las que se podría llamar en caso de que tuviera lugar el levantamiento bolchevique, algo que esperaban que sucediera en cuanto se anunciara el nuevo y estricto programa de despolitización del ejército[331].

Sávinkov, en cambio, apenas menciona la discusión sobre los comités de soldados y los comisarios y, en cambio, relata lo mucho que le sorprendió la hostilidad hacia Kérenski de la que Kornílov hacía gala. Halló al comandante en jefe «en estado de gran inquietud, vertiendo reproches sobre el gobierno y afirmando que había perdido la fe en él, que el país se hundía, que no podía seguir trabajando con Kérenski, etcétera». En una entrevista celebrada pocos días después, Sávinkov afirmó que Kornílov solo se había calmado cuando le aseguró que Kérenski había aprobado su plan de reforma del ejército, pero también señaló: «Al partir, Kornílov me pidió que transmitiera a Kérenski su satisfacción y su lealtad incondicional al gobierno»[332].

Sávinkov y Kornílov lograron superar la desconfianza que cada uno despertaba en el otro y alcanzar un acuerdo provisional, porque eran conscientes de la gravedad de la situación. Por desgracia, el siguiente visitante que llegó a la Stavka no tuvo tanto cuidado. Se trataba de V.N. Lvov (sin ninguna relación con el expresidente), un aristócrata diletante y exdiputado octubrista de la Duma, que había sido procurador del Santo Sínodo hasta que Kérenski lo cesó en julio. Lvov se creía un patriota que intentaba salvar a su país. Como había oído rumores de que se preparaba algún tipo de golpe en la Stavka, decidió acercarse para tantear a

Kérenski (a quien había conocido en Petrogrado el 22 de agosto) y ofrecerse como intermediario. Lvov llegó a Moguilov el 24 de agosto, justo después de la marcha de Sávinkov, y entró en el despacho de Kornílov a las diez de la noche.

Lo que sucedió a continuación se hubiera podido tomar por una farsa de no haber tenido tan nefastas consecuencias. Kornílov resultó ser lo bastante ingenuo como para creer que la persona que le había visitado a última hora de la noche y que decía cumplir una misión importante por orden de Kérenski era «un hombre sincero e irreprochable, un caballero». Congeniaron de inmediato gracias a su común antipatía hacia los bolcheviques, que, como informó Kornílov a su invitado, planeaban «derrocar al gobierno, ocupar su lugar y pactar la paz por separado [...] para desmoralizar al ejército y entregar a Alemania la flota del Báltico». De forma vacilante, Lvov afirmó que Kérenski le había autorizado a proponer tres líneas de actuación diferentes para acabar con la amenaza bolchevique: 1) un nuevo gobierno con Kérenski como dictador; 2) una pequeña oligarquía de «tres o cuatro miembros» (incluidos Kérenski y Kornílov) que gozarían de «poderes ilimitados»; o 3) una dictadura militar de Kornílov. Este último no pidió ninguna credencial a su misterioso invitado y creyó que las propuestas de Lvov eran auténticas, de manera que se decantó por la opción 3, siempre y cuando Kérenski y Sávinkov accedieran a ser sus ministros. Curiosamente, Kornílov acababa de defender *de facto* el derrocamiento del gobierno provisional, aunque bajo unas premisas totalmente falsas[333].

Fue la conclusión a la que llegó Kérenski cuando Lvov volvió a Petrogrado y le informó. Lo recibió en el palacio de Invierno a las seis de la tarde del 26 de agosto y se alarmó cuando Lvov le contó su conversación con Kornílov. Lvov

omitió el contexto (el hecho de que Kornílov creyera estar eligiendo entre propuestas de Kérenski) y dijo que el «general Kornílov» le había «pedido que urgiera al gobierno provisional a que traspasara sus poderes al "generalísimo" ese mismo día» y que enviara a Sávinkov y al propio Kérenski a Moguilov para que asumieran los cargos de ministros de la Guerra y de Justicia, respectivamente. Kérenski se quedó atónito y pidió a Lvov que pusiera por escrito la supuesta proposición de Kornílov. Lvov lo hizo al momento y añadió que el «generalísimo» insistía en «la necesidad de proclamar la ley marcial en Petrogrado y de solicitar la dimisión de todos los ministros, sin excluir al presidente». El resultado fue una prueba escrita de las desleales intenciones de Kornílov, aunque fuera fruto de la pluma de un impostor que jugaba a hacer de ventrílocuo con el destino de millones de personas.

Kérenski insistió en hablar personalmente con Kornílov antes de emprender alguna acción, pero lo hizo con la misma falta de sinceridad que Lvov. En parte fue culpa de Lvov, pues dejó el palacio de Invierno para irse a cenar y no volvió a tiempo para la comunicación con Moguilov, a través del denominado «transmisor telegráfico de Hughes», fijada para las ocho de la tarde. Tras tener a Kornílov esperando media hora, Kérenski envió por fin un mensaje al cuartel general haciéndose pasar por V. N. Lvov. Hablando (en realidad, escribiendo) como si fuera «V. N. [Lvov]», Kérenski le preguntó si había que «actuar según la decisión definitiva que me pediste que comunicara en privado a Kérenski, pues duda en brindarnos toda su confianza sin tu confirmación personal». Kornílov cayó en la trampa de Kérenski y corroboró a «Lvov» lo que le pedía: que Kérenski «fuera a Moguilov», lo que afianzó las sospechas de Kérenski de que Kornílov quería arrestarlo en la Stavka[334].

Kérenski creía que el golpe de la derecha era inminente y convocó un gabinete de crisis a medianoche. Hay que decir en favor de Sávinkov que intentó evitar lo que sucedería a continuación, pues consideraba que todo el «asunto Kornílov» era un «tremendo malentendido», no una conspiración. Sin embargo, Kérenski hizo oídos sordos. Según Nikolái Nekrásov, gritó de forma melodramática: «¡No les dejaré tener su revolución!». Kérenski reclamó la concesión de poderes absolutos y se le otorgó, lo que no difería mucho de lo que, según él, quería hacer el propio Kornílov. Su primer acto consistió en relevar a Kornílov del mando (por medio de un telegrama enviado a la Stavka a las siete de la mañana) y convocarlo a Petrogrado. A lo largo de la mañana del 27 de agosto, Kérenski emitió un radiotelegrama dirigido a «todo el país», en el que acusaba a Kornílov de exigir «la rendición del gobierno provisional» y situaba a Petrogrado bajo la ley marcial, solo horas después de que Kornílov, en lo que habría de ser su última orden como comandante en jefe, emitida a las 2:40 de la madrugada, proclamara lo mismo[335].

Cuando recibió el telegrama de Kérenski en el que se le inculpaba, Kornílov se puso furioso. Además, por su parte, Kornílov emitió un radiotelegrama al país en el que refutaba la «mentira» del presidente e informaba a Rusia de que Lvov le había visitado en calidad de emisario de Kérenski y no al revés, lo que acabó convirtiéndose en una «gran provocación». Concluía que las deshonrosas inculpaciones de Kérenski demostraban que el gobierno «actuaba bajo presión [de los bolcheviques] [...], en total armonía con los planes del Estado Mayor alemán». Kornílov acusó de traición, a su vez, a sus acusadores. Su mensaje concluía: «Yo, general Kornílov, hijo de un campesino cosaco, declaro ante todo el mundo que no quiero nada para mí, salvo la preservación

de la Gran Rusia, y que prometo guiar al pueblo hacia la victoria sobre los enemigos de la asamblea constituyente». Desafiante, Kornílov ordenó el arresto del comisario socialista revolucionario de la Stavka, el capitán Filonenko, así como el envío a Petrogrado de un destacamento de castigo compuesto por cuatro regimientos de cosacos bajo el mando del general Krímov. No cabía duda de que la orden instaba a la rebelión armada contra el gobierno de Kérenski, aunque Kornílov se hubiera visto obligado a tomar esta decisión debido a las falsas acusaciones del mismo Kérenski. En un último intento de salvar la situación, Sávinkov buscó una línea telefónica segura para hablar con Moguilov y pidió a Kornílov que anulara la misión de Krímov. Kornílov se negó[336].

El «asunto Kornílov», originado por un malentendido, supuraba mala fe. Tras leer la respuesta de Kornílov, Kérenski tuvo que darse cuenta del error que ambos habían cometido al fiarse de Lvov; pero, en cambio, subió las apuestas y acusó a Kornílov en un segundo comunicado de «traición» y de utilizar unidades del ejército para amenazar a Petrogrado, a pesar de que él mismo, una semana antes, le había pedido refuerzos leales para la capital. Kornílov, por su parte, justificaba la misión de Krímov basándose en que los «mercenarios bolcheviques» eran «los amos de Petrogrado», aunque es casi seguro que supiera perfectamente, como el propio Krímov comprobaría, que no había habido ningún levantamiento bolchevique y que Kérenski actuaba por propia voluntad. Cuando Krímov llegó a Petrogrado el 31 de agosto, ordenó a sus hombres que se detuvieran ante la ciudad y Kérenski lo relevó del mando. Krímov supo que estaba acabado y se pegó un tiro, lo que hizo que se convirtiera en la primera víctima del «asunto Kornílov»[337].

No sería la última. La corta rebelión de Kornílov terminó el 1 de septiembre cuando el general Alexéiev llegó a Moguilov para aceptar su rendición. Habría terminado antes si Kérenski hubiera encontrado a alguien que quisiera ocupar el puesto de Kornílov. Primero pensó en el comandante del frente, el general V.N. Klembovski, pero este, cortésmente, planteó todo tipo de objeciones con el fin de evitar el fuego cruzado político. Su segunda opción, el jefe del Estado Mayor de Kornílov, el general Lukomski, declinó la oferta de forma menos educada, pues, a la una de la tarde del 27 de agosto, en un telegrama del que envió copia a todos los comandantes militares del frente, advirtió a Kérenski: «El cese de Kornílov provocará atrocidades que Rusia nunca ha vivido antes». Al no encontrar a nadie que quisiera ocupar el cargo de comandante en jefe, Kérenski hubo de promulgar una orden sorprendente en la que proclamaba que, si bien Kornílov había sido hallado culpable de traición, sus órdenes debían obedecerse hasta que se encontrara un relevo adecuado. Aunque Alexéiev viajó a Moguilov el 30 de agosto para tomar las riendas del mando supremo, cumpliendo de este modo con su deber patriótico, solo lo hizo tras hablar largamente con Kornílov (a través del transmisor telegráfico de Hughes) en lo que resultó ser más un informe sobre el estado del ejército que una acusación. Kornílov acordó someterse a Alexéiev sin ofrecer resistencia y lo encarcelaron en la cercana fortaleza de Bíjov, junto con 30 oficiales que le eran fieles[338].

Las consecuencias políticas fueron dramáticas. Ya el 27 de agosto, en una moción propuesta por los mencheviques y aprobada por el Ispolkom, se citaba el incendiario radiotelegrama de Kérenski y se esgrimían las acusaciones contra Kornílov como una justificación para invitar a los miembros del partido bolchevique a crear un «comité para la lucha del

pueblo contra la contrarrevolución» con vistas a «armar a grupos de obreros» que podrían, «si fuera preciso [...], ponerse a las órdenes del ejército». El 31 de agosto la rehabilitación de los bolcheviques fue casi oficial: *Izvestia* anunció la liberación por parte del nuevo comité, bajo la autoridad del Ispolkom, «de todas aquellas personas arrestadas en relación con los sucesos del 3-5 de julio que no hubieran sido halladas culpables de actos de naturaleza delictiva». Era una amnistía para los bolcheviques arrestados en julio, salvo para Lenin, que seguía en Finlandia y a quien se requería para ser interrogado[339].

Con el fin de acabar con la «trama Kornílov», que en gran medida había creado él mismo, Kérenski decidió hacer las paces con el bolchevismo. Esperaba que los bolcheviques fueran igual de comprensivos si alguna vez le ganaban la partida.

13

OCTUBRE ROJO

El «asunto Kornílov» estalló en el peor momento posible para el ejército ruso. Las relaciones entre los oficiales y sus hombres se habían ido suavizando de forma paulatina desde los días de Julio, cuando Kornílov y Kérenski habían trabajado juntos para deshacerse de los agitadores bolcheviques y restablecer la autoridad de los oficiales. No había sido fácil y los hombres aún estaban muy descontentos, pero la tendencia había sido positiva la mayor parte del verano. En el V ejército, el general de división M. A. Svechin comunicaba el 28 de julio que «la agitación política organizada» había cesado casi por completo gracias a la campaña de medidas severas emprendida contra los bolcheviques; ahora eran las voces de los socialistas revolucionarios, más patriotas, las que dominaban los comités de soldados. En un informe de operaciones emitido el 12 de agosto por el ejército especial, situado en el extremo norte del frente de Galitzia, se señalaba que «soldados y oficiales lucharon espléndidamente juntos»[340].

Pero el duro trabajo del verano se fue al traste en un instante y la herida se reabrió. La mayoría (aunque no todos) de los oficiales de alto rango se pusieron del lado de Kornílov y acusaron a Kérenski de haber atentado contra su ho-

nor. El 28 de agosto, el general Baluiev, que tan duramente había luchado contra la influencia de los bolcheviques en el ejército especial antes de convertirse en comandante del X ejército —reforzado por el batallón de la Muerte femenino—, declaró en un telegrama enviado a todos los comandantes (pero no a Kérenski) que «estaba totalmente de acuerdo con Kornílov» y con las medidas que había adoptado para «salvaguardar la capacidad de combate del ejército». Afirmó que Kornílov «era el único hombre de Rusia que podía restablecer el orden en el ejército gracias a su voluntad de hierro» y que su cese por parte de Kérenski equivalía a «la ruina del ejército y de Rusia». El general Shcherbachov, comandante del frente rumano, envió ese día un telegrama algo más cortés (lo suficiente como para incluir a Kérenski entre los destinatarios), en el que declaraba que la destitución de Kornílov «tendrá por fuerza un impacto desastroso sobre el ejército y la defensa de Rusia». El general Lukomski telegrafió a Kérenski que la caída de Kornílov llevará a «la desmoralización definitiva del ejército» y, posiblemente, a la «guerra civil». El general Denikin, antiguo jefe del Estado Mayor de la Stavka y comandante del frente sudoccidental, reverenciaba a Kornílov, a quien consideraba un hombre hecho a sí mismo, de su mismo estilo. El padre de Denikin, que nació siervo en Sarátov, había sido soldado en el ejército durante 22 años antes de convertirse en oficial. Denikin adoptó un tono de desafío hacia Kérenski («Soy un soldado y no estoy acostumbrado a jueguecitos», le escribió) e hizo saber al ministro presidente que, si el gobierno le ordenaba romper con Kornílov, «no podría recorrer esa senda»[341].

Los soldados enrolados veían todo de forma diferente. Las cartas de los soldados del ejército del norte, enviadas en septiembre de 1917, están llenas de hostiles referencias a

Kornílov, a quien a menudo describen (de forma errónea) como «burgués», un término peyorativo muy popular entre los bolcheviques. Muchos culpaban a Kornílov, no sin razón, de enviar tropas a Petrogrado y dejar muy pocos hombres en las trincheras desde las que luchaban contra los alemanes. Algunos incluso dijeron que Kornílov había recibido «mucho dinero de los alemanes». Los hombres tampoco estaban exactamente de parte de Kérenski. Un soldado escribió el 3 de septiembre: «La actitud que prevalece en el ejército es de "lealtad a la democracia revolucionaria", no a un político». Un soldado, que conoció a Kornílov, escribió que se fiaba bastante más de él que del ministro presidente, pero constituía un caso excepcional. La reacción más común era un resignado encogimiento de hombros cuando los hombres preguntaban: «¿Y por qué peleamos ahora?». Un soldado moscovita resumió el sentir de muchos: «Esto no es una guerra, es la aniquilación de la nación [rusa]»[342].

En Galitzia el estado de ánimo no parecía tan sombrío. El mejor antídoto contra la desesperación era el estímulo de la acción y consiguieron mantener a los austroalemanes bajo control en el frente sudoccidental a finales de agosto y principios de septiembre, aunque el frente del Báltico se derrumbara calladamente tras la caída de Riga. En el flanco derecho ruso el ejército especial repelió una serie de ataques entre el 4 y el 6 de septiembre y se enzarzó en encarnizados combates cuerpo a cuerpo y hasta consiguió apresar a algunos soldados alemanes. El 16 de septiembre, el XXXIX cuerpo ruso reanudó la ofensiva, atacó las trincheras alemanas y se hizo con rifles y munición. En este sector se produjeron breves escaramuzas durante todo el mes. Se encontraban demasiado ocupados combatiendo como para dedicarse a la política y los *mujiks* rusos seguían estando dispuestos a defender su país de los ataques enemigos[343].

Sin embargo, tras el «asunto Kornílov», resultaba difícil ignorar la política. Kérenski insistió en que se arrestara a aquellos oficiales (junto con sus oficiales del Estado Mayor) que, como Denikin, habían brindado apoyo verbal a Kornílov. Otros, como el general Baluiev y Shcherbachov, escaparon mediante una retractación de su defensa de las declaraciones de rebelión abierta de Kornílov (Baluiev también había tenido la precaución de no enviar a Kérenski su telegrama en favor de Kornílov). Los generales Yuri Danílov y D.P. Parski, comandantes del V y XII ejércitos, respectivamente, los que estaban destacados más cerca de Petrogrado, no se habían alineado con Kornílov, ya fuera por lealtad a Kérenski o, tal vez, con el fin de salvaguardar su propia seguridad. Debido a su proximidad a la capital, el frente norte era el más politizado de todo el ejército ruso[344].

A excepción de un breve intervalo tras los días de Julio, el frente norte se había visto inundado de propaganda bolchevique desde la vuelta de Lenin a Rusia en abril. Tras el «asunto Kornílov», se volvió a la bolchevización sistemática del V ejército. Poco antes de que Kérenski lanzara sus comunicados en los que acusaba a Kornílov de traición, había surgido entre sus filas un «comité para salvar a la revolución», de inspiración bolchevique. Cuando Kornílov se rindió el 1 de septiembre, el general de división Svechin señaló que «la capacidad de lucha del ejército» se había visto muy mermada, entre otras razones, por la deserción de 256 soldados el día en que arrestaron a Kornílov. Los comisarios bolcheviques se habían hecho con el control del transmisor telegráfico e interceptaban las comunicaciones entre Moguilov y Petrogrado[345].

La bolchevización del XII ejército fue más lenta que la del V, pero más profunda. El general D.P. Parski informaba el 28 de septiembre: «El grueso de los soldados no manifies-

ta ningún deseo de combatir». La razón era obvia. «Debido a la propaganda bolchevique», explicaba Parski, «en general, se considera a los oficiales al mando como contrarrevolucionarios». A su vez, «los oficiales» temían a los hombres que vigilaban todos y cada uno de sus movimientos en busca de signos de simpatías contrarrevolucionarias; los oficiales decían «sentirse oprimidos». Cualquier intento de «restablecer la disciplina y de despertar el deseo de continuar con la guerra» era, en opinión de Parski, «completamente inviable»[346].

En otros frentes la situación resultaba menos grave, aunque en ningún lugar fuera especialmente prometedora. En un informe de los servicios de Inteligencia elaborado para la Stavka durante la última semana de septiembre de 1917, se constataba un «cansancio generalizado en relación con la guerra» en el frente occidental, además de una «intensa agitación derrotista, unida a un rechazo a cumplir órdenes, amenazas al personal al mando e intentos de confraternización con los alemanes». En el frente sudoccidental, «la agitación derrotista se está incrementando y la desintegración del ejército constituye una realidad. El número de bolcheviques aumenta sin cesar debido a la desintegración de la retaguardia». Políticamente, el frente norte parecía el más importante y allí era donde los bolcheviques ejercían una mayor influencia. «Ningún movimiento, aparte del bolchevique, goza de popularidad. Consideran [...] "burgueses" y "contrarrevolucionarios" a quienes leen periódicos moderados. Se está realizando una intensa labor de agitación para que de inmediato cesen las operaciones militares»[347].

Lo peor era que la difusión del bolchevismo por el Báltico no aventuraba nada especialmente bueno, dado que tuvo lugar justo cuando la amenaza alemana hacia Petrogrado empezó a ser algo que debía ser tenido en cuenta. En la noche

del 29-30 de septiembre, los alemanes pusieron en marcha su ambiciosa operación Albión en el archipiélago, defendido por tres regimientos rusos y por cañones antiaéreos donde el golfo de Riga se une con el de Finlandia. El 15 de octubre los alemanes se apoderaron de Saaremaa, la isla principal. En una semana todo había pasado y los alemanes controlaban la boca del golfo de Finlandia, lo que les permitiría desembarcar detrás de las líneas rusas tanto en la costa finlandesa como en la rusa y dirigir un ambicioso plan de ataque anfibio contra Petrogrado. Los espías comunicaron a Berlín, llenos de júbilo, que la opinión pública (rusa y finlandesa) era «totalmente proalemana». Cuando Kronstadt y la flota del Báltico cayeron bajo la influencia bolchevique no hubo nada capaz de frenar a los alemanes. El 3 de octubre, la Stavka ordenó la evacuación de Reval (Tallin), la última gran fortaleza terrestre entre Riga y Petrogrado. Los alemanes se encontraban a 400 kilómetros de la capital rusa. En una reunión celebrada en Helsinki a mediados de octubre, los almirantes de la flota del Báltico llegaron a una triste conclusión: «el destino de Finlandia y los ataques a la capital dependen sobre todo de la voluntad del enemigo»[348].

El derrumbe de la flota del Báltico y del ejército del norte dejó a Petrogrado a merced de los alemanes, que avanzaban, y de los bolcheviques. No era más que la consecuencia lógica de la decisión de Kérenski de acabar con Kornílov (un hombre enteramente dedicado a restablecer la disciplina militar) y de hacer la paz con los bolcheviques, que no ocultaron en ningún momento su deseo de destruir la disciplina en los ejércitos. Mientras Kornílov y docenas de los oficiales del ejército más patriotas de Rusia acabaron en la cárcel, Trotski fue liberado el 3 de septiembre tras depositar una fianza de 3000 rublos. El 8 de septiembre, Kérenski suprimió el departamento de contraespionaje que había investigado a

los bolcheviques. El 12 de septiembre, el Ispolkom emitió una resolución en la que exigía protección y un «juicio justo» para Lenin y Zinóviev, aunque Lenin, que no parecía dispuesto a correr riesgos, seguía negándose a salir de su escondite finlandés y a volver a Petrogrado[349].

La rehabilitación de los bolcheviques a principios de septiembre de 1917 resultó muy desconcertante, pues los testigos de la fiscalía no habían terminado de declarar sobre los «sucesos del 3-5 de julio»; las declaraciones se acumulaban. El 19 de agosto testificó Víktor Chernov, a quien habían dado una paliza delante del palacio Táuride el 4 de julio. Como Trotski le había defendido, Chernov no tenía razones para implicarlo y no sabía qué papel había desempeñado Lenin; aun así, su declaración fue incriminatoria. Chernov era un miembro del gabinete y casi perece a manos de unos agitadores políticos pagados. Concluyó: «Tras los sucesos del 4 de julio, no me cupo ninguna duda de que fue algún tipo de atentado planeado de antemano por oscuros personajes, que me desafiaron y arrestaron»[350].

El testimonio de M.N. Lebedev, el oficial de contraespionaje que había dirigido la redada en Kschessinska, fue aún más inculpatorio. Declaró el 22 de agosto, justo antes de que estallara el «asunto Kornílov». «El 6 de julio, a las diez de la mañana, recibí una orden personal del general Polovstov», empezó Lebedev, «tenía que registrar la mansión Kschessinska, recién incautada por nuestras tropas, en busca de documentos que debía poner a buen recaudo». Lebedev halló documentos con el membrete «Comité central del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia», que incluían órdenes de actuación marcadas con el «águila del Ier regimiento de ametralladoras», sobre la que se había estampado el sello bolchevique. En «un archivador que había cerca de la ventana», Lebedev encontró «un montón de documentos que

guardaban relación, aparentemente, con el levantamiento» y que incluían «planos para operaciones armadas» en Petrogrado, «una lista de los regimientos implicados y órdenes relativas a su cooperación», un «listado de nombres de las personas autorizadas a entrar en el cuartel general de cada unidad armada implicada en el levantamiento», así como «permisos para el uso de automóviles con la autorización del comité central del partido [bolchevique]». En la planta de abajo les esperaban nuevos tesoros: las oficinas editoriales de *Pravda*, con sus libros de contabilidad, «costosos equipos extranjeros» utilizados para imprimir tarjetas de identificación y literatura propagandística bolchevique. Tras leer los libros de contabilidad de Sumenson, Lebedev también confirmó que esta había blanqueado dinero para los bolcheviques mediante la venta de mercancías que los alemanes le proporcionaban, como «termómetros, lápices, medias y medicamentos», y que había entregado los beneficios a Miecyslaw Kozlovski, el contacto de Sumenson en el comité central bolchevique. He ahí las pruebas que necesitaban para iniciar un juicio por traición contra los bolcheviques[351].

Días después de estas explosivas revelaciones de Lebedev, Kérenski decidió soltar a los bolcheviques para luchar contra la amenaza fantasma del «kornilovismo» y, a continuación, clausuró el departamento de contraespionaje que había hallado las pruebas. Por increíble que parezca, Kérenski permitió a los bolcheviques que se rearmaran, en teoría para defender Petrogrado de los «kornilovistas»; al parecer creía que la organización militar bolchevique era la única fuerza armada con experiencia de la que disponía. Los bolcheviques se apresuraron a retirar 40 000 rifles de un arsenal gubernamental[352].

¿En qué estaba pensando Kérenski? En septiembre, el Ispolkom convocó un Congreso de todas las Organizaciones Democráticas de Rusia, que habría de reunirse en Petrogrado el día 14, una curiosa secuela de la conferencia celebrada en Moscú en agosto, cuando Kérenski había discutido con Kornílov. En su intento de perseguir a los «kornilovistas», el congreso de Petrogrado se escoró tanto hacia la izquierda que los kadetes se negaron a participar en él. Kérenski se dirigió a esta asamblea radical de mencheviques, bolcheviques y socialistas revolucionarios de izquierdas, para ofrecerles alguna pista del confuso hilo de pensamientos que latía tras este vuelco hacia la izquierda. Habló sobre todo de Napoleón, a quien algunos amigos suyos decían que se parecía, cuyo papel al reemplazar la democracia revolucionaria francesa por una dictadura militar llevaba rumiando un tiempo. No está claro si Kérenski se consideraba a sí mismo un nuevo Napoleón o el hombre destinado a salvar a Rusia de una figura napoleónica (como Kornílov). Kérenski afirmó que, cuando emprendió su arrolladora gira por el frente, muchos rusos habían pensado que «aspiraba al título de Napoleón». Sin embargo, los bolcheviques habían «destruido la solidaridad y la fuerza de las tropas» al inundar los ejércitos con propaganda derrotista y «habían preparado la llegada de un gran general sobre su caballo blanco, un Napoleón cualquiera» (se refería a Kornílov). Cuando Kérenski intentó adjudicarse el mérito de haber acabado con la amenaza napoleónica del «kornilovismo», los bolcheviques de la audiencia le aclamaron como al «primer general de Rusia». En cambio, cuando defendió la aplicación de la pena de muerte en el frente, se oyeron gritos de «vergüenza» por toda la sala. Kérenski perdió la paciencia y advirtió a los bolcheviques: «Cualquiera que intente [...] clavar su cuchillo en la espalda del ejército ruso pondrá a prueba el poder del gobierno re-

volucionario». La delegación bolchevique (liderada por Kámenev), lejos de dejarse intimidar por estas amenazas, expidió una resolución el 21 de septiembre en la que exigía: la abolición de la pena de muerte en el frente, la introducción de un «control obrero de la producción y la distribución», la organización de una «guardia roja» de trabajadores armados, la disolución del gobierno provisional y «la inmediata liberación de todos los revolucionarios arrestados». Al adoptar una política de «ningún enemigo de izquierdas» para acabar con el «kornilovismo», Kérenski logró que sus enemigos bolcheviques se envalentonaran[353].

Para evaluar la conducta autodestructiva de Kérenski en el otoño de 1917, debemos recordar que, pese a su fama, el ministro presidente apenas tenía 36 años y, en general, poca experiencia política. Sus contactos masónicos habían impulsado su ascenso meteórico tras la revolución y sus habilidades como orador le sirvieron de mucho en el frente en febrero y en mayo. Sin embargo, Kérenski no sabía nada de estrategia, como había demostrado la ofensiva de Galitzia de forma lamentable. Su actuación como ministro presidente desde julio había sido aún peor si tenemos en cuenta el cese de Perevérzev, la purga de los kadetes «de derechas» justo cuando le habían ayudado a evitar un golpe de izquierdas y todo el histrionismo inherente al «asunto Kornílov». El hecho de que los generales Klembovski y Lukomski se negaran a ocupar el puesto de Kornílov constituyó un mal augurio. El general Alexéiev también dimitió el 9 de septiembre, en cuanto se enteró de lo que de verdad había pasado en el «asunto Kornílov». Entregó el mando de los ejércitos rusos a Nikolái N. Dujonin, intendente general del frente sudoccidental: un completo desconocido. Parecía evidente que Kérenski no estaba a la altura de la situación[354].

Lo peor de todo fue su decisión de rehabilitar a los bolcheviques, que abandonaron el destierro político para volver a ocupar el centro del escenario. En septiembre, el partido de Lenin obtuvo una aplastante victoria en las elecciones al concejo municipal de Moscú, con algo menos del 50 por ciento de los votos, cuatro veces más que en junio (11,6 por ciento). Los socialistas revolucionarios bajaron de un 59 por ciento a un 15 por ciento, lo que ilustra la incompetencia de Kérenski. El 19 de septiembre, los bolcheviques obtuvieron por primera vez la mayoría en el sóviet de Moscú y repitieron la jugada en el sóviet de Petrogrado el 25 de septiembre, cuando obtuvieron 13 de los 22 escaños del comité ejecutivo. El resultado fue que Lev Trotski, un hombre que, según testigos oculares, había incitado a la multitud armada a matar a Kérenski, fue elegido presidente del Ispolkom el 26 de septiembre. En agosto, el sóviet se había trasladado del palacio Táuride al cercano Instituto Smolni. Como el aparato de partido organizado en Kschessinska había quedado desarticulado, los bolcheviques explotaron su nueva mayoría en el sóviet, se hicieron con el Instituto Smolni y lo convirtieron en el cuartel general de una organización militar bolchevique que revivió para operar bajo el mando, en apariencia no perteneciente al partido, del Comité Militar Revolucionario del Sóviet de Petrogrado (Milrevkom)[355].

Se trataba de una situación extraordinaria. Con los alemanes a las puertas de Petrogrado, la mitad más fuerte del «gobierno dual» ruso estaba bajo el control del partido bolchevique, algunos de cuyos líderes (Lenin, Zinóviev) seguían acusados de alta traición. (Para que, si cabe, todo fuera aún más confuso, el 7 de octubre se reunió en el palacio Mariinski un Consejo Provisional de la República Rusa con el fin de supervisar las próximas elecciones a la asamblea constituyente de Rusia). Trotski, que acababa de salir de pri-

sión tras depositar una fianza, o su cuñado Lev Kámenev, acusado también de traición, presidían las sesiones del Ispolkom. Aunque Lenin, a quien durante tres meses no se había visto en Petrogrado, era un hombre muy buscado y se habían cursado órdenes de arresto por todo el país, su partido constituía la fuerza política dominante en Petrogrado y Moscú[356].

El regreso de los bolcheviques tuvo consecuencias muy graves en el ejército. Los bolcheviques estaban al frente del Ispolkom y podían enviar agitadores a las unidades del frente y de la retaguardia con permiso del sóviet de Petrogrado, en cuyo nombre acosaban a los oficiales lo bastante tercos como para insistir en que los hombres obedecieran sus órdenes. Si bien la bolchevización de las tropas fue lenta en Galitzia y en la península de Anatolia, en los frentes occidental y norte los bolcheviques hacían rápidos avances. El 29 de septiembre, el II ejército convocó un congreso del partido bolchevique en el que participaron unos 17 000 simpatizantes. Durante la II Conferencia Regional, reunida el 4 de octubre, había en los ejércitos del frente occidental más de 21 000 miembros del partido, un incremento del 450 por ciento desde mediados de septiembre. Y, lo que resulta aún más significativo: el 15 de octubre se celebró un Congreso Bolchevique del Frente Norte en la ciudad letona de Tsesis (Cesis), al que acudieron representantes del V y del XII ejércitos, unidades que se estaban bolchevizando muy rápidamente, junto con los bolcheviques del XVII cuerpo de Finlandia. Las brigadas letonas del XII ejército, que desempeñaron un papel protagonista en la reunión, empezaban a constituir un elemento esencial de la organización militar bolchevique, cuyos hombres trabajaban en contacto directo con el cuartel general de Smolni[357].

En los ejércitos rusos destacados más cerca de Petrogrado se trazaban las líneas de la batalla política. Por un lado, se encontraban los bolcheviques de Lenin, cuyo programa era tan tajante como claro: acabar con la guerra de inmediato y entregar todo el poder a los sóviets, y, por otro, existía una coalición más o menos organizada formada por todos los que se oponían al asalto violento por parte de los bolcheviques de lo que quedaba del gobierno y de las fuerzas armadas rusas. Kérenski debería haberse puesto al frente de dicha coalición, pero, desde que se había enemistado con el cuerpo de oficiales y con cualquiera que estuviera a la derecha de los mencheviques, se había convertido en un líder sin seguidores. Sus amenazas podrían haber alzado a los patriotas rusos contra Lenin, pero todo el mundo sabía que estas eran vanas. ¿Quién podría creerse la promesa de Kérenski de desatar «el poder del gobierno revolucionario» contra los bolcheviques, si daban otro golpe de Estado, cuando ya habían realizado uno y les habían dejado escapar impunes?

En vista de la impotencia de Kérenski, lo realmente llamativo es lo mucho que los bolcheviques tardaron en actuar. A finales de septiembre, Lenin hizo un llamamiento a las armas al comité central, en el que proclamaba que los bolcheviques eran lo bastante fuertes como para «atacar de golpe, de repente, desde tres puntos diferentes: Petersburgo, Moscú y la flota del Báltico», con «posibilidades de éxito de cien a uno y con menos sacrificios que [en julio], porque las *tropas no cargarán contra un gobierno de paz*». Sin embargo, como Lenin (todavía en Finlandia) no aparecía, el comité central ignoró sus súplicas y le pidió que regresara a Petrogrado[358].

Durante la larga ausencia de Lenin, Trotski fue el hombre fuerte. El sóviet de Petrogrado había sido el sistema nervio-

so central de la revolución y lo único que los había frenado había sido la reticencia de sus miembros más destacados (a excepción de Kérenski) a tomar decisiones de gobierno comprometidas en tiempos de guerra. El Ispolkom, dominado hasta septiembre por los mencheviques, había adoptado el compromiso a medias de dicho partido, fiel a la revolución en abstracto, pero para un ansiado futuro al que el partido no tenía ninguna prisa por llegar. El ascenso a la presidencia de Trotski, un antiguo menchevique converso, representó un hecho crucial que marcó el instante en el que se pasó de la ineficaz e indecisa socialdemocracia rusa a la falta de escrúpulos de la voluntad de poder de los bolcheviques. En una serie de discursos pronunciados en Smolni el 21 y 23 de septiembre para su elección como presidente, Trotski había proclamado de forma clara: «¡Todo el poder para los sóviets!». Cuando los críticos objetaron que el eslogan «¡Todo el poder para los sóviets!» era alemán (que los bolcheviques eran agentes alemanes), Trotski denunció a aquellos al afirmar que, a su vez, eran «agentes de contraespionaje» y «reaccionarios del Antiguo Régimen» y obtuvo una fuerte y larga ovación. A juzgar por los resultados de las elecciones al sóviet del 26 de septiembre, este fue un argumento decisivo[359].

En cuanto pudo presidir las sesiones plenarias, Trotski redobló sus ataques. El 3 de octubre abrió el debate sobre un levantamiento en Taskent que había empezado a mediados de septiembre. Anticipando lo que Trotski iba a proponer para Petrogrado, los bolcheviques y otros radicales del sóviet local movilizaron a soldados simpatizantes de los barracones de entrenamiento y, haciéndose eco del «asunto Kornílov», arrestaron no solo a los «kornilovistas» del ejército, sino también a miembros del gobierno provisional. Cuando el oficial al mando de la guarnición de Taskent, el general

Cherkess, acudió al sóviet para protestar, le arrojaron cacerolas y botellas; se desmayó de un golpe en la cabeza. Kérenski, indignado, ordenó a un destacamento de castigo que bajara hasta Taskent desde Samara, pero el sóviet de Samara anuló su orden. Trotski propuso que se aprobara una resolución, en la que declaró que se solidarizaba plenamente con el sóviet rebelde de Samara en tanto que «representante de la democracia revolucionaria». Kámenev acusó a Kérenski de ser un «antiguo socialista revolucionario» que había recurrido a los «métodos de Protopópov». Kámenev afirmó que «no eran los bolcheviques» quienes «pedían una ofensiva armada contra el gobierno [...], sino más bien el propio gobierno el que estaba gestando un levantamiento armado [en su contra]»[360].

Se trataba de una amenaza velada, no de un farol. Una semana después, el 10 de octubre, el comité central bolchevique se reunió en el apartamento de Nikolái Sujánov en la isla Vasilievski. El debate fue tan crucial que Lenin apareció por primera vez en tres meses. Este había llegado de incógnito a Petrogrado entre el 7 y el 9 de octubre y, al considerar la amenaza que los alemanes suponían para Petrogrado, proclamó: «El momento decisivo se acerca». En julio el líder bolchevique había afirmado: «De haber emprendido una acción decisiva nos habrían derrotado», pero «ahora la mayoría está con nosotros». Lenin desoyó los consejos de Kámenev y Zinóviev, que creían que tomar el poder antes de las elecciones a la asamblea constituyente de noviembre sería dar un «paso en falso»; pensaba que «no tenía sentido» esperar, pues los bolcheviques nunca ganarían unas elecciones nacionales en las que los campesinos pudieran votar: el modo de actuar del sóviet solo triunfaba en las ciudades. Pensando, quizá, en la orden de arresto difundida por toda Rusia, Lenin proclamó que los bolcheviques debían tomar el

poder ya. Para salir del paso, Trotski propuso una solución de compromiso: los bolcheviques no esperarían hasta noviembre, sino que tomarían el poder en nombre del II Congreso de los Sóviets, que se reuniría el 25 de octubre. La propuesta de Trotski se aprobó por diez votos a favor y dos en contra[361].

Empezó un extraño compás de espera. Por los pasillos de Smolni se hablaba del golpe inminente. En *Rabochi Put*, un nuevo periódico bolchevique en gran formato, se proclamó: «¡Todo el poder para los sóviets!». El 13 de octubre un famoso periódico progubernamental, *Delo Naroda*, advertía: «Los bolcheviques se preparan para la acción [armada]». El menchevique Fiódor Dan preguntó a Trotski, el 16 de octubre, en el sóviet si «[los bolcheviques] estaban planeando un golpe de Estado». Trotski respondió con disimulado enojo: «Este menchevique quiere saber "si los bolcheviques preparan un golpe armado". ¿En nombre de quién plantea la pregunta: de Kérenski, del contraespionaje, de la policía secreta?». El 18 de octubre Trotski mintió al anunciar: «Aún no nos hemos decidido por la insurrección»[362].

Kérenski sabía que los bolcheviques querían deponerlo: era el secreto peor guardado de Petrogrado. En julio, había animado al partido de Lenin a alzarse, al confiar en que las tropas leales podrían hacer frente a un golpe de Estado. Sin embargo, ahora estaba menos seguro. En un mensaje secreto enviado a Londres a principios de octubre, Kérenski alertaba de que, a menos que se hiciera un gran esfuerzo diplomático, «cuando llegue el frío, no creo que sea capaz de mantener al ejército en las trincheras». Como no recibió respuesta, Kérenski intentó organizar encuentros directos. Confirmó a sir George Buchanan, embajador británico, que, si los aliados no le echaban una mano «para revisar los objetivos de guerra, con vistas a abrir de inmediato negocia-

ciones para el armisticio, Rusia se sumergiría en la anarquía en el mes de noviembre». Kérenski no parecía seguro de poder contar con la flota del Báltico y ordenó que rotaran las tripulaciones de los buques en cuanto se helaran las aguas. Dudando de que el ejército fuera capaz de mantener Petrogrado, Kérenski propuso al gabinete, el 5 de octubre, la evacuación del gobierno a Moscú y el traslado por mar de instalaciones industriales vitales; una decisión política explosiva que al momento se filtró a la prensa[363].

Disfrutando del giro que daban los acontecimientos, Trotski y Lenin acusaron públicamente a Kérenski de querer rendir la capital a los alemanes. Kérenski, por su parte, intentó una última jugada al visitar Moguilov, entre el 14 y el 16 de octubre, para discutir sus planes con el general Dujonin, el nuevo comandante en jefe, y organizar un «nuevo modelo de ejército» de voluntarios con el que esperaba poder hacer frente a la bolchevización de las tropas. A la vuelta de Kérenski, el general G.P. Polkovnikov, comandante del distrito militar de Petrogrado, incrementó la vigilancia en los edificios públicos y alertó a las tropas sobre un posible ataque de los bolcheviques. El 18 de octubre, el ministro de Justicia de Kérenski emitió una nueva orden de arresto contra Lenin, que consiguió escaparse. El 22 de octubre llegaron malas noticias cuando el embajador Buchanan comunicó a Kérenski que «después de una acalorada discusión, que duró más de una hora, los aliados han insistido en que se mantenga en la guerra». Con más esperanza que convicción, al final Kérenski dijo a Buchanan: «Solo deseo que salgan [los bolcheviques] para acabar con ellos»[364].

Fue un alarde imprudente. La organización militar bolchevique ya tenía miles de miembros en la guarnición de Petrogrado, en la flota del Báltico, en Kronstadt y entre los fusileros letones del XII ejército. Aun así, Lenin, tan cauto

en asuntos militares como en sus escritos, no parecía satisfecho. En un apunte fechado el 8 de octubre insistía en la necesidad de obtener una «gran preponderancia» sobre las fuerzas progubernamentales, que podían sumar «entre 15 000 y 20 000 hombres», para «garantizar el éxito de la revolución en Rusia y en el resto del mundo». Tras ser informado por el jefe de la organización militar de la flota del Báltico, P. E. Dibenko, sobre el hecho de que solo podían confiar en 5000 marineros, Lenin replicó: «No es suficiente». Dibenko, que captaba mejor el estado de ánimo de los hombres, replicó: «¿Quién marcharía contra ti desde el frente tras [el "asunto"] Kornílov?»[365].

Dibenko tenía razón. Aunque la parte probolchevique de la guarnición de Petrogrado constituyera una minoría (aproximadamente, un 4 por ciento de 160 000 hombres: unos 5000 o 6000) y Lenin solo contara con unos 5000 hombres de confianza armados en la flota del Báltico, el número quintuplicaba la cifra, siempre menguante, de leales a Kérenski: unos 2000 cadetes armados, las 200 mujeres guerreras incondicionales del batallón de la Muerte femenino, «algunos cosacos» y puede que 134 oficiales. El ejército del norte, acantonado a un paseo a pie de la capital, incluía a miles de soldados vagamente «bolchevizados». Ellos, y no los oficiales de rango, llevaban la voz cantante, y la mayoría odiaban tanto a Kérenski como a Lenin. Para hacernos una idea de la situación basta con comprobar la desafiante resistencia pública de la CXXVIII división, destacada cerca de Helsinki, «fuertemente bolchevizada», que se negó a cumplir las órdenes de Kérenski a mediados de octubre, cuando intentó transferirla del Báltico al frente. Al comenzar los preparativos de los bolcheviques para dar el golpe de Estado, el 23 de octubre, Kérenski envió un telegrama urgente al cuartel general del norte en Pskov, en donde pedía refuerzos

de tropas leales para defender la capital. El nuevo comandante del frente, el general Cheremisov, ignoró la orden, se la entregó a su ayudante y dijo: «Esto es política, no tiene nada que ver conmigo». En la inminente batalla entre Kérenski y los bolcheviques, los oficiales rusos no apostaban por ninguno de los dos bandos[366].

El lunes 23 de octubre, Kérenski abandonó su *suite* del palacio de Invierno y se trasladó al cuartel general de la guarnición militar del palacio Mijáilovski. Al amanecer del martes, los cadetes leales atacaron la imprenta bolchevique que editaba *Rabochi Put*; otros destacamentos hacían guardia ante el palacio de Invierno (donde se reunía el gobierno provisional sin Kérenski) y en varios puestos de control; cortaron la comunicación telefónica con Smolni. Kérenski había aprendido la lección en febrero y elevó los puentes sobre el Nevá para aislar a Víborg y la isla Vasilievski. Además, cortó el servicio de tranvías que cruzaban barrios convertidos en bastiones de los bolcheviques. El general Polkovnikov ordenó a la guarnición de Petrogrado «que cesara a todos los comisarios nombrados por el sóviet de Petrogrado» y mandó arrestar a los miembros del autodenominado Comité Militar Revolucionario del Sóviet de Petrogrado (Milrevkom) en Smolni, junto con otros bolcheviques que conspiraban contra el gobierno. Kérenski llegó al palacio Mariinski en torno al mediodía para dirigirse al Consejo Provisional de la República Rusa, que supervisaba las elecciones a la asamblea constituyente. Blandiendo una de las órdenes, firmada por el jefe de la organización militar bolchevique, N. I. Podvoiski, en nombre del Milrevkom, e interceptada en alguna de las guarniciones, Kérenski afirmó que Petrogrado se encontraba «en estado de insurrección», acusó a los bolcheviques de «traición y mala fe hacia el Estado ruso» y propuso «una investigación judicial inmediata».

«Que el populacho de Petrogrado sepa», clamó Kérenski, «que [los bolcheviques] se van a enfrentar a un poder firme». Las oficinas del gobierno cerraron a las dos y media de la tarde para que los funcionarios pudieran regresar a salvo a sus casas, a la luz del día, y, de este modo, pudieran evitar el fuego cruzado de las calles. Kérenski había movido ficha[367].

Sin embargo, no fue una buena jugada. Ninguno de los bolcheviques claves (Lenin, Trotski, Kámenev o Podvoiski, el líder de la organización militar) habían sido arrestados, aunque, en el caso de Lenin, estuvieron a punto (según la leyenda, escapó de un piquete cerca del palacio Táuride fingiendo estar borracho). No tomaron el edificio Smolni hasta que cortaron las líneas telefónicas, lo que permitió a los bolcheviques preparar una defensa pública ante las acusaciones vertidas por Kérenski y adoptar medidas defensivas. Podvoiski afirmó esa noche, en una resolución del Milrevkom, que los «kornilovistas» se estaban movilizando «para acabar con el Congreso Panruso de Sóviets y derrocar la asamblea constituyente». Los bolcheviques asumían la responsabilidad, en nombre del sóviet de Petrogrado, de «la defensa del orden revolucionario de los ataques de la contrarrevolución y de los pogromos». Esto equivalía en la práctica a un asalto al poder cuidadosamente camuflado. En las instrucciones que Lenin dio al partido esa noche se decía de una forma más abierta: «Si en estos momentos retrasamos el levantamiento, estamos muertos»[368].

Contando con la falta de entusiasmo de las tropas armadas leales a Kérenski, Trotski y Podvoiski concibieron un plan elegante. Justo antes del amanecer del miércoles 25 de octubre, «guardias rojos» bolcheviques armados se dispersaron por la ciudad al amparo de la oscuridad. Se dirigieron a los puntos de control establecidos por los cadetes y se li-

mitaron a decirles que venían a relevarlos. Algunos bolcheviques entraron con una imponente insolencia en la oficina central de telégrafos y desconectaron las líneas telefónicas del palacio de Invierno. A las 2:20 de la madrugada, Kérenski envió un telegrama a Pskov desde el palacio Mijáilovski en el que pedía que enviaran dos regimientos del II cuerpo de caballería desde el frente, pero pronto comprobó, decepcionado, que estos no llegarían nunca, aunque esperó hora tras hora (el II cuerpo había sido sumamente leal a Kornílov y despreciaba a Kérenski). A este último, a su vez, le tocó disfrazarse. En torno a las once y media de la mañana del 25 de octubre, tras dictar un breve mensaje a los embajadores aliados en el que les urgía a no reconocer al gobierno de los bolcheviques, el ministro presidente de Rusia huyó de Petrogrado en un coche prestado por la embajada de Estados Unidos para buscar apoyo en el frente[369].

Es probable que la presencia de Kérenski no habría supuesto una gran diferencia, pero su huida no ayudó a la causa del gobierno en Petrogrado. Como bien informaba el general Polkovnikov a la Stavka mediante un comunicado telegráfico, a las diez de la mañana del 25 de octubre: «Petrogrado se encuentra en situación de peligro. No hay revueltas callejeras, pero se están ocupando de forma sistemática los edificios del gobierno y las estaciones de ferrocarril. Nadie obedece mis órdenes. Los cadetes han abandonado sus puestos sin ofrecer apenas resistencia y los cosacos se han negado a salir, aunque se les ha ordenado hacerlo repetidamente [...]. Nada puede garantizar que los insurrectos no intenten arrestar al gobierno provisional»[370].

En lo que parecía un eco de la revolución de Febrero, los cosacos habían vuelto a esgrimir su neutralidad en la lucha política que se libraba entre rusos, y, de este modo, habían despejado el camino a los bolcheviques. El ayudante de Po-

lkovnikov telegrafió al general Dujonin a la Stavka: «Uno tiene la impresión de que el gobierno provisional se encuentra en una capital enemiga que acaba de completar su movilización y que aún no ha dado inicio a las operaciones militares»[371]. La marcha de Kérenski había abierto las puertas de par en par. Los bolcheviques ni siquiera tuvieron que dar el golpe, se limitaron a entrar dando un paseo.

Aun así, casi lo echan todo a perder. Lenin publicó en la prensa, a las diez de la mañana, un llamamiento a «los ciudadanos de Rusia» en el que se afirmaba que «el gobierno provisional había sido depuesto» y que «la autoridad gubernamental estaba en manos del sóviet de Petrogrado, concretamente en las del Comité Militar Revolucionario». Era más de lo que Lenin había estado dispuesto a hacer en abril o julio, pero, en realidad, faltaba a la verdad. Aunque la guardia roja había tomado los puentes, el palacio Mariinski, la fortaleza de Pedro y Pablo y la oficina de telégrafos, todavía no se había hecho con el cuartel general de la guarnición, ubicado en el palacio Mijáilovski. Es más, a la misma hora a la que Lenin declaraba depuesto al gobierno provisional, este estaba reunido tranquilamente en el palacio de Invierno. Hacia las dos de la tarde, unos 5000 marineros de Kronstadt, en apariencia probolcheviques, amarraron en el Nevá cerca del puente de la Trinidad, pero se negaron a luchar cuando vieron que quienes guardaban el palacio de Invierno eran cadetes, unos cuantos cosacos y el batallón de la Muerte femenino. De modo que el Milrevkom mandó llamar a un crucero de combate de la flota del Báltico, el *Aurora*, y, a las seis y media de la tarde, lanzó un ultimátum a los ministros que permanecían reunidos en el palacio de Invierno: o entregaban el poder o los cañones del *Aurora*, seguidos por la artillería de la fortaleza de Pedro y Pablo, empezarían a disparar desde el Nevá[372].

Los ministros de lo que todavía quedaba del gobierno provisional de Rusia no contestaron porque aún esperaban que Kérenski regresara a la cabeza de tropas leales. Hacia las nueve de la noche el *Aurora* abrió fuego, aunque, como no había munición real a bordo, dispararon proyectiles de fogueo. A continuación, los artilleros bolcheviques de la fortaleza de Pedro y Pablo dispararon 25 salvas que destruyeron dos objetivos menores. Apenas pasada la medianoche, cuando los cadetes y los cosacos abandonaron sus puestos ante el palacio de Invierno, la marea de la lucha finalmente empezó a cambiar. El batallón de la Muerte femenino hizo honor a su nombre y peleó hasta el final (pagó un precio muy alto por ello). Se dijo que la guardia roja había violado a algunas de estas heroínas, pero el resto asaltó el palacio y saqueó y destrozó todo a medida que avanzaba. Los ministros del gobierno provisional (menos Kérenski), reunidos en la sala de desayuno, poco pudieron hacer, y ya solo esperaban que tuvieran piedad con ellos. El ministro de Justicia (P.N. Maliantovich), que acababa de firmar una nueva orden de arresto nacional contra Lenin, recordaba el terror que experimentó a medida que el ruido de la muchedumbre «aumentaba, haciéndose cada vez más intenso, veloz, como una gran ola que se dirigía hacia nosotros [...], nos alcanzó y fuimos presa de un terror insoportable, de una embestida de aire envenenado». Por fin entró una pequeña unidad de la guardia roja, bajo el mando de Vladímir A. Antónov-Ovséienko, secretario del Milrevkom, que arrestó a los ministros a las 2:10 de la madrugada del 26 de octubre de 1917, como podemos comprobar gracias al reloj de la sala que sigue marcando dicha hora[373].

Muchos historiadores han señalado la naturaleza no sangrienta de la revolución de Octubre (o «golpe», como lo llaman hoy algunos). Como bien señala el historiador Richard

Pipes, «hubo cinco muertos y varios heridos, la mayoría a causa de balas perdidas» (hubo menos heridos que durante la filmación de la película [*Octubre*], dirigida por Serguéi Eisenstein, que celebró, en 1927, el décimo aniversario). Las peleas callejeras fueron tan insignificantes (al contrario que en febrero, abril o julio) que la vida cotidiana apenas se vio alterada. El 26 de octubre *Delo Naroda* se refería, como de pasada, a los sucesos del día anterior: «Los tranvías funcionaron prácticamente como siempre [...], no se ha informado de muchos desórdenes en las calles a lo largo del día». En Petrogrado, el gobierno de Kérenski parece haber sido tan impotente en octubre de 1917 que los bolcheviques se hicieron con el poder sin verter ni una sola gota de sudor[374].

Aunque todo esto es cierto, el derrocamiento del gobierno de Petrogrado ocultaba un levantamiento mucho más dramático a lo largo y ancho del Imperio. El hecho de que Kérenski tuviera tan pocos apoyos se debía a una buena razón: el país que creía gobernar como ministro presidente estaba a punto de reventar. En octubre de 1917 los indicadores económicos y sociales fundamentales eran mucho peores que en febrero. La producción de carbón en las minas de Donbáss [Donéts] era un 30 por ciento menor que el año anterior, lo que generó escasez y obligó a las fábricas a recortar la producción o incluso a cerrar. En un informe publicado en *Rech* el 12 de octubre, se señalaba que solo en Petrogrado habían cerrado 568 fábricas desde marzo, lo que había generado unos 105 000 desempleados, incluidos los 10 000 obreros despedidos de las fábricas Putílov solo en septiembre. Los precios de los alimentos se encontraban por las nubes. En Petrogrado, la gente empezaba a hacer cola a las cuatro de la madrugada en las panaderías y tenía que esperar hasta el mediodía. La inflación se disparó: un pequeño pedazo de carne costaba 500 rublos, el equivalente a 250 dó-

lares de entonces o a 25 000 actuales; la mantequilla era un mero recuerdo. Según un oficial de los servicios de Inteligencia alemanes, se oyó a muchos rusos decir que «ojalá llegaran pronto los alemanes para imponer al menos ley y orden». En este informe alemán, archivado poco antes del levantamiento bolchevique, se señalaba: «El centro y el sur de Rusia están sumidos en una anarquía total». Se habían registrado «desórdenes» en Minsk, Pskov, Moscú, Tver, Perm, Oremburgo, Samara, Sarátov, Kiev, Jersón y Járkov y solo había zonas de relativa calma en «Siberia y Transcaucasia». Lejos de sorprenderse por las noticias que llegaban de Petrogrado, el 2 de noviembre los servicios de Inteligencia alemanes informaron de que «el levantamiento bolchevique ya se había anunciado» (aunque el agente predecía con la misma fe que los bolcheviques, a su vez, serían derrotados rápidamente)[375].

Fuera de la capital el Octubre rojo no transcurrió de forma tan pacífica como en Petrogrado. En Moscú se observaron algunos indicios de lo que iba a pasar, pues allí las fuerzas progubernamentales eran más fuertes; lo suficiente como para resistirse a la toma de poder proclamada por el Milrevkom de Moscú a las diez de la noche del 25 de octubre. Los bolcheviques cogieron al gobierno por sorpresa y se hicieron con el Kremlin el 26 de octubre gracias a la traición de un oficial bolchevique del LVI regimiento encargado de guardarlo. Sin embargo, los cadetes leales rodearon rápidamente las entradas y recuperaron la fortaleza en un asalto lanzado a primera hora de la mañana del 28 de octubre: era la primera victoria de la contrarrevolución. El gobierno provisional, representado en Moscú por el mayor V. V. Rudnev y el comandante del distrito militar local (el coronel K. I. Riabtsev), se había encerrado en el Kremlin, la puerta del Manezh permanecía cerrada y oficiales cadetes leales patru-

llaban por casi todo el centro de la ciudad: los bolcheviques iban a tener que derramar sangre para conquistar a la segunda ciudad de Rusia[376].

No lo dudaron. Desde un cuartel general improvisado en el hotel Dresde, los bolcheviques reclutaron guardias rojos en los suburbios industriales de Moscú, saquearon los arsenales, requisaron automóviles y camiones y, en general, se prepararon para el apocalipsis. El 31 de octubre, el Milrevkom había reunido a una fuerza de asalto de 15 000 hombres, que incluía un regimiento de infantería entero (el CXCIII), diez ametralladoras y dos columnas móviles de artillería pesada. El asalto bolchevique al Kremlin exigía una operación militar cuidadosamente planificada. No bastaría con tomar ciertos puntos de control, como en Petrogrado, sino que tendrían que ir peleando de puerta en puerta por ocupar los principales edificios de Rusia. En un plan de ataque del Milrevkom, elaborado el 31 de octubre, se aprecian 150 guardias rojos en la Teatrálnaia Plóshad (plaza del Teatro); 50 de ellos asaltaron el teatro Bolshói, 50 el teatro Mali y otros 50 el teatro Central. Cien bolcheviques armados tomaron Ojotni Riad, la estratégica intersección donde el bulevar Tverskaia confluye en la plaza Roja. Unos 50 guardias rojos se abrieron camino luchando hasta el hotel Nacional tras disparar con fuego de artillería. En la plaza Strastnaia tuvo lugar otra batalla campal (incluidos los cruces de disparos «bajo la estatua de Pushkin») y lo mismo ocurrió en el bulevar Strastnói, la plaza Lubianka y Nikitskie Vorota. El 31 de octubre hubo incendios por todo el centro de la ciudad. Los daños indirectos empezaban a ser lo suficientemente importantes como para que el Milrevkom advirtiera a los artilleros y operadores de ametralladoras bolcheviques que respetaran el consulado sueco[377].

No tuvieron tanta consideración con las paredes de ladrillo rojo del Kremlin. Tras asegurar Ojotni Riad y el hotel Nacional, los bolcheviques contaban con un campo de tiro en los jardines Alexandr y lo utilizaron. A última hora de la tarde del 31 de octubre, el cuartel general de distrito del Milrevkom ordenó reunir «a toda la artillería pesada en Moscú» para realizar un último asalto al amanecer. Tras una devastadora lluvia de fuego de artillería, una fuerza de asalto de élite compuesta por 500 guardias rojos tomó la puerta del Manezh, cubierta por el fuego de las ametralladoras, y utilizó granadas de humo de mano para que los defensores del Kremlin salieran de detrás de sus muros. Otros guardias rojos asaltaron los tejados de edificios cercanos, donde resistían francotiradores progubernamentales. A lo largo de todo el 1 de noviembre, se libró una encarnizada batalla por el Kremlin. Los oficiales cadetes leales pelearon con valentía, pero fueron superados. Durante la mañana del 2 de noviembre el mayor Rudnev enarboló la bandera blanca, entregó a los guardias rojos capturados y se rindió. El comandante rojo, comisario Davidovski, hizo gala de una clemencia que sorprendió a los defensores: permitió que los cadetes leales salieran sin ser apresados, siempre y cuando entregaran sus armas y acordaran no oponerse al poder del sóviet. A las nueve de la noche del 2 de noviembre de 1917 un decreto del Milrevkom declaraba «el fin de las operaciones de combate en Moscú»[378].

Por muy impresionante que en términos militares fuera la victoria, el hecho de que hubiera que asaltar el Kremlin resulta muy significativo. A Kérenski le quedaban pocos leales, pero los disparos de metralla que impactaron sobre los muros del Kremlin y los incendios desatados por todo Moscú demuestran, sin lugar a dudas, que Lenin también tenía una legión de detractores. En vista de la agitación bol-

chevique en el frente y del cansancio generalizado provocado por la lucha de trincheras, la guerra contra las potencias centrales perdía fuste. Sin embargo, la guerra por Rusia no había hecho más que empezar.

14

HUELGA GENERAL

Los bolcheviques se movieron rápidamente para hacerse con las riendas del poder en Petrogrado. El primer paso era neutralizar el II Congreso Panruso de los Sóviets, en cuyo nombre se había hecho la revolución. A las 10:40 de la noche del 25 de octubre, el congreso inició la sesión en la sala grande del Instituto Smolni. Aunque se encontraba abarrotado, los bolcheviques, que ocupaban 338 de los 650 escaños, gozaban de una escasa mayoría. La toma del palacio de Invierno a última hora de esa noche incrementó el margen bolchevique, cuando la mayor parte de los diputados mencheviques y del Partido Social-Revolucionario abandonaron la sala en protesta por «la empresa criminal» de Lenin. A altas horas de la madrugada del 26 de octubre de 1917, Trotski anunció a este congreso en el que ya quedaban menos: «A los que os habéis ido os decimos: sois unos miserables y ya no tenéis nada que hacer aquí. ¡Id a donde deberíais: al cubo de la basura de la historia!»[379].

En cuanto la oposición abandonó el edificio, los bolcheviques pudieron imprimir su propio sello a la revolución. En la primera resolución que aprobaron oficialmente (el 26 de octubre), se «traspasaba formalmente a los sóviets la autoridad en las provincias», se amnistiaba a los presos políticos y

se declaraba que «los comisarios que los habían arrestado» (es decir, cualquier oficial del gobierno provisional que hubiera encarcelado a activistas bolcheviques) debían ser a su vez «arrestados». Otro decreto volvió a abolir la pena de muerte en el ejército; con ello se garantizaba una «plena libertad a los agitadores» en el frente y se lograba la liberación de los soldados agitadores bolcheviques detenidos por las autoridades militares. Un tercer decreto sobre «la paz» era, en realidad, una llamada «a todos los pueblos en guerra y a sus gobiernos» para «iniciar de inmediato unas negociaciones que condujeran a una paz democrática _justa»[380].

Los bolcheviques habían captado la esencia de la situación y, en su siguiente resolución, proclamaron de forma grandilocuente: «El derecho a la propiedad privada de la tierra queda abolido para siempre». Era una postura coherente con la doctrina marxista, pero en una disposición posterior se repartieron las tierras de labranza «entre los trabajadores de acuerdo con los estándares de trabajo-consumo», la vieja regla que imperaba en las comunidades rurales. Constituía una cínica distorsión del programa de los socialistas revolucionarios y, además, lo cierto es que, en unos momentos de tan terrible escasez en Petrogrado, Lenin no podía repartir ni tierras ni trigo. Aun así, la nueva tríada bolchevique («paz, tierra y pan»), acuñada por los propagandistas del partido, se convirtió en una demanda auténticamente popular[381].

Con estas medidas, los bolcheviques esperaban neutralizar a la numerosa población campesina y al partido que hablaba en su nombre y poder dedicarse a crear la maquinaria del gobierno de los sóviets. En nombre del congreso limitado de los sóviets se creó un gobierno provisional de obreros y campesinos, que se conocería como el Sóviet de los Comisarios del Pueblo (Sovnarkom). Lenin intentó ampliar las

bases de su gobierno e invitó a algunos miembros de la izquierda socialista revolucionaria a unirse al Sovnarkom, pero ninguno quiso. De manera que los bolcheviques asumieron el gobierno con gente como Stalin (comisario de Nacionalidades), Alexandr Shliápnikov (Trabajo), Anatoli Lunacharski (Educación), Trotski (Asuntos Exteriores) y, por último, Lenin (cuando Trotski logró vencer sus reticencias), que asumió la presidencia. Los nombramientos más interesantes fueron los del Comisariado de la Guerra: P. E. Dibenko, jefe de la organización militar bolchevique en la flota del Báltico, asumió la dirección del Ministerio de la Marina, y V. A. Antónov-Ovséienko, antiguo secretario del Milrevkom y conquistador del palacio de Invierno, se hizo cargo del Ministerio de la Guerra. El nuevo comisario de la Guerra (y comandante en jefe en tiempos de guerra) fue N. V. Krilenko, el valiente alférez del XI ejército del sóviet, que se había declarado en contra de Kérenski cuando este emprendió su arrolladora gira en mayo. La única institución ante la que respondía el Sovnarkom era el Ispolkom, que tenía capacidad de veto en la aprobación de la legislación y de los nombramientos. Los bolcheviques disolvieron el Ispolkom para mayor seguridad, aunque Trotski fuera su presidente, y lo sustituyeron por un grupo de 101 miembros, de los que 61 eran bolcheviques, 29 pertenecían al Partido Social-Revolucionario y solo 6 formaban parte de los mencheviques. Tras poner patas arriba el gobierno de Rusia en un solo día, al igual que un torbellino, a las 5:15 del 27 de octubre, Lev Kámenev clausuró el II Congreso de los Sóviets[382].

Al nuevo gobierno le llevaría un tiempo echar raíces sólidas en Rusia. Kérenski aún no se había rendido. Tras salir de Petrogrado, el ministro presidente depuesto pasó por Tsárskoie Seló y se dirigió a Gátchina, a unos 50 kilómetros al sur de la capital, donde llegó durante la tarde del 25 de

octubre. Aunque la guarnición local no le brindó ningún apoyo, le permitieron proseguir su viaje hacia el norte, hacia el cuartel general de Pskov, donde pudo establecer contacto con el III cuerpo de caballería cosaca, que se encontraba bajo el mando de P. N. Krasnov. Los hombres de Krasnov estaban resentidos con Kérenski porque este había acabado con Kornílov, pero aun así unos 700 jinetes cosacos decidieron acompañar a Krasnov y a Kérenski de vuelta a Gátchina, cuya guarnición, al verse superada, se rindió el 27 de octubre. En lo que constituyó otro gesto políticamente inexplicable, Kérenski se instaló en el palacio Gátchina y nombró a Krasnov comandante del distrito militar de Petrogrado; telegrafió a Pskov para pedir refuerzos. Sin embargo, el comandante del frente norte, el general Cheremisov, no se dejó impresionar por Kérenski y se negó a prestarle ayuda. Cheremisov dio órdenes a los comandantes del I, V y XII ejércitos de «mantenerse al margen de las luchas políticas que se desarrollan en Petrogrado»[383].

Cuando Lenin se enteró de la presencia de Kérenski en Gátchina, decidió no correr riesgos. El 27 de octubre telegrafió a Kronstadt y Helsinki para pedir refuerzos. Una vez más, la bolchevizada flota del Báltico acudió en su ayuda y, en 18 horas, envió 5000 «bayonetas», el buque de guerra *República* y dos torpederos. Había hecho bien en apresurarse, porque, mientras se aprestaban estas fuerzas, Kérenski se dirigía con 480 jinetes de la caballería cosaca de Gátchina a Tsárskoie Seló, a tan solo 25 kilómetros de la capital. En la tarde del 28 de octubre tomaron Petrogrado «sin hallar apenas resistencia», algo sorprendente si se tiene en cuenta que había acuartelados allí 16 000 soldados (aunque solo dos regimientos ofrecieron resistencia)[384].

Mientras, también en Petrogrado, había surgido una pujante coalición de fuerzas antibolcheviques, compuesta por

miembros del Consejo Provisional de la República Rusa, que supervisaba las próximas elecciones, por los mencheviques depuestos y por los socialistas revolucionarios de «derechas» del Ispolkom, así como por representantes de los principales sindicatos urbanos (ferrocarriles, correos y telégrafos); se autodenominaron Comité Panruso para la Salvación del País y de la Revolución. El comité se reunió en la antigua Duma de la ciudad el 26 de octubre y empezó a expedir sus propios decretos, en los que ordenaba a «todas las unidades militares» (en realidad, la mayoría eran oficiales cadetes en proceso de entrenamiento) que se reunieran en la Escuela de Ingenieros Nikoláievski y que esperaran órdenes. Con el general Polkovnikov, antiguo comandante del distrito militar de Petrogrado, al mando de las operaciones de los leales en el seno de la ciudad y con el general Krasnov a la cabeza de las operaciones antibolcheviques fuera de la ciudad, todavía existía la posibilidad de realizar un asalto coordinado sobre el Petrogrado «rojo»[385].

Si Krasnov se hubiera dirigido hacia Petrogrado sin más, podría haber funcionado. Sin embargo, los bolcheviques se enteraron de la conspiración. En la mañana del domingo 29 de octubre, enviaron guardias rojos a Nikoláievski para desarmar a los oficiales cadetes, lo que acabó con el levantamiento de los leales antes de que los cosacos de Krasnov pudieran acercarse a la ciudad. Tras recibir los refuerzos de Kronstadt, los leales reunieron a una fuerza de cerca de 6000 guardias rojos, soldados y marineros, que enviaron a Tsárskoie Seló. El 30 de octubre se enfrentaron en las colinas del sur de Púlkovo (donde hoy se encuentra el aeropuerto) a los cosacos, que pelearon con valentía, pero que primero se vieron obligados a retirarse a Tsárskoie Seló y, después, a Gátchina. Aunque Kérenski envió más telegramas a Pskov y Moguilov para pedir refuerzos, ya nadie es-

cuchaba. El 31 de octubre renunció hasta Kérenski. Envió un telegrama a Petrogrado en el que comunicaba al Comité Panruso para la Salvación del País y de la Revolución que «todo movimiento [de tropas] había cesado»; pedía a todos «que tomaran las medidas necesarias para evitar inútiles derramamientos de sangre». Con la retirada de Kérenski y el asalto al Kremlin en Moscú al día siguiente, se neutralizó, de momento, el peligro de una amenaza militar contra los bolcheviques[386].

Las batallas por el Kremlin y Púlkovo fueron como un anticipo de la guerra civil. Por fortuna para los que las contemplaban, las primeras escaramuzas resultaron menos violentas en la mayoría de las ciudades de provincias porque había menos implicados. En Minsk, cerca de las líneas del frente y sede del cuartel general occidental, «el advenimiento del poder del sóviet», como describieron los bolcheviques a su toma del poder en Rusia, fue sobre todo un asunto de comités de soldados, cuyas simpatías oscilaban según se desarrollaban los acontecimientos. Arrestaron al comandante general Baluiev, después lo soltaron. El 27 de octubre se creó un Comité para la Salvación de la Revolución, pero los hombres solo lo apoyaron mientras hubo esperanza en Moscú y en Petrogrado. Tras la retirada de Krasnov y la caída del Kremlin, el comité se disolvió. «Hasta que no se establezca un nuevo poder en toda Rusia y se restablezca el orden», informaba el general Baluiev a la Stavka el 5 de noviembre, «no libraré ninguna batalla política, ni buscaré aventuras»[387].

En las ciudades más alejadas de las líneas del frente, la toma del poder por parte de los bolcheviques adoptó diferentes modelos, aunque, en general, hubo soldados implicados en todas. En Sarátov, al sudoeste de Moscú, Volga abajo, el sóviet, tras enterarse de los sucesos acaecidos en la capital,

convocó elecciones a las tres de la madrugada del 26 octubre. Expulsaron a los mencheviques y a los socialistas revolucionarios cuando, en señal de protesta, abandonaron el sóviet, lo mismo que había hecho el comité central con el Ispolkom. Los diputados depuestos reunieron a un «ejército» de leales en la Duma de la ciudad: contaban con oficiales cadetes, algunos ametralladores y muchas mujeres y niños. Como recordaría el comandante bolchevique, los leales «levantaron barricadas», algunas bastante mal hechas, «con sacos de membrillos». Los bolcheviques llevaron artillería, como en Moscú, y, durante la mañana del 28 de octubre, obligaron al enemigo a que se rindiera, aunque a costa de casi una docena de bajas (la mayoría a causa del fuego de ametralladoras). Hubo algunos momentos tensos mientras se negociaban los términos de la rendición, pero por la tarde todo había acabado[388].

En ciudades más lejanas, la revolución bolchevique tuvo lugar bastante después, si es que lo hizo, pues contaban con pocos comités del partido locales para actuar. Los bolcheviques debieron enviar un comisario de Petrogrado a la provincia de Viatka, en los Urales, para dar el golpe, y aquel no llegó hasta el 23 de noviembre. En la provincia de Perm, un soldado emisario, de nombre Deriabin, se presentó cuatro días después y descubrió que la mayoría de los locales no se habían enterado de los sucesos de Petrogrado. Lo único que algunos habían notado había sido una oleada de «pogromos provocados por el alcohol» a principios de noviembre. Cuando narró la historia del Octubre rojo a los campesinos de la aldea de Otradnovo, respondieron: «¡Os conocemos, bolcheviques! Robabais a los más pobres de nosotros en nuestro pueblo». Deriabin les pidió que votaran a los bolcheviques en las elecciones a la asamblea constituyente, pe-

ro no esperaba que lo hicieran. La revolución bolchevique no arribó al este de Siberia hasta la primavera de 1918[389].

Una de las razones que explica que hubiera tan pocos enfrentamientos armados es que, tras el fracaso de la contrarrevolución en Moscú y en Petrogrado, la mayoría de las fuerzas de la oposición empezaron a reunirse en el sur, protegidas por los cosacos del Don y de Kubán, en el valle del Don y el norte del Cáucaso, respectivamente, donde los bolcheviques apenas habían penetrado. Los generales Kornílov, Kaledin y Alexéiev se encontraban de camino para garantizar la seguridad de la región del Don, pero tardarían meses en crear un verdadero ejército de resistencia[390].

Una vez derrotada la oposición (por el momento), la resistencia al gobierno bolchevique adoptó nuevas formas. Pese a haber arrebatado el control al Ispolkom y a sus equivalentes en el sóviet en la mayoría de las ciudades de la Rusia europea, los bolcheviques no fueron capaces de asegurarse la lealtad de los funcionarios encargados de la administración del gobierno de Rusia o de lo que quedaba de él. El 29 de octubre Lenin había abolido la aristocrática tabla de rangos con el apoyo de los mencheviques y de los socialistas revolucionarios, lo que había enfurecido a muchos funcionarios estatales que habían trabajado toda su vida para ocupar los cargos que desempeñaban. Ya el 28 de octubre, el Sindicato Panruso de Funcionarios del Estado protestó por la «usurpación del poder por parte del grupo bolchevique en el sóviet de Petrogrado» y decidió que debía «cesar inmediatamente el trabajo en todos los departamentos administrativos del Estado»[391].

No era una amenaza vana. El 29 de octubre, el Comité Central Panruso del Sindicato de Ferroviarios (Vikzhel) anunció «un paro total de todos los trenes», que empezaría a medianoche, «si por entonces no ha cesado la lucha en

Petrogrado y Moscú». Aunque el Vikzhel tampoco apoyaba al gobierno de Kérenski, denunció como «enemigos de la democracia y como desleales al país a todos aquellos que prosiguieran con la lucha interna mediante el uso de la fuerza». Los ferrocarriles eran vitales para la logística militar y Lenin tuvo que enviar a Kámenev para que negociara con el Vikzhel una especie de salvoconducto para el destacamento de marineros del Báltico enviado como refuerzo a Moscú. Resultó ser una concesión única, pues el Vikzhel volvió a adoptar una actitud de total neutralidad tras la caída del Kremlin. Los bolcheviques no lograron acabar con la huelga de los ferrocarriles hasta enero de 1918, tras colocar a todos los afines que pudieron en el Vikzhel[392].

La huelga de ferrocarriles fue solo el principio. Cuando Trotski realizó su primera visita al puente Pevcheski [Ministerio de Asuntos Exteriores] el 28 de octubre para presentarse como ministro, lo «saludaron», según un artículo publicado en *Delo Naroda*, con «risas irónicas». Trotski se tragó su orgullo y ordenó a todo el mundo «que volvieran al trabajo». Sin embargo, 600 funcionarios cogieron sus cosas y se marcharon a casa. Los siguientes fueron los funcionarios del Ministerio de Agricultura, seguidos por los del Ministerio de Educación y Alimentación. El 7 de noviembre pararon los empleados de telégrafos y teléfonos, seguidos por los del transporte y por los maestros de escuela; a ellos se unieron también los trabajadores municipales de Moscú. El 8 de noviembre la Unión de Sindicatos convocó una huelga general de funcionarios del Estado contra la toma de poder por parte de Lenin:

> Los bolcheviques se han proclamado a sí mismos como cabeza del Estado mediante la fuerza bruta. Ambas capitales se han enrojecido con la sangre de una guerra fratricida, se han violado de forma despia-

> dada las vidas y libertades de los ciudadanos y se han destruido lugares sagrados. Ahora los bolcheviques quieren hacerse con el control [...] de la maquinaria de gobierno [...], desafiamos [sus] amenazas y nos negamos a poner nuestra experiencia y nuestros conocimientos a su disposición[393].

El primer gobierno proletario tuvo que dedicar todas sus fuerzas a acabar con las huelgas.

El sector financiero fue el que mayor resistencia presentó. Para un marxista entregado al «socialismo maximalista» como Lenin, los bancos eran el objetivo de nacionalización número uno. Ya en 1917 había escrito: «Los grandes bancos son un "aparato de Estado" que necesitamos para hacer realidad el socialismo». Ideológicamente parecía un caso cerrado para Lenin, ya que «las tareas de contabilidad, control, registro, contaduría y elaboración de balances [en los bancos] las realizan empleados que a menudo son proletarios o semiproletarios»[394].

Los empleados de banca de Petrogrado no lo veían del mismo modo. Los bancos privados cerraron sus puertas el 26 de octubre en protesta por la toma del poder por parte de los bolcheviques. El Banco del Estado y el Tesoro ruso permanecieron abiertos para cumplir con las obligaciones pendientes con los soldados y los funcionarios, pero se negaron a transferir fondos a los bolcheviques. El 31 de octubre, el Sovnarkom emitió un decreto en el que amenazaba con arrestar al director del Banco del Estado (I.P. Shipov), si este no autorizaba las transferencias de fondos, pero Shipov no dio su brazo a torcer. El 4 de noviembre, Shipov hizo público que, durante la semana transcurrida desde el golpe, el banco había repartido 600 millones de rublos que habían retirado los empleados y beneficiarios del gobierno «real» de

Rusia, incluidos los fondos destinados a caridad y a comedores para los pobres. No daría nada a los bolcheviques[395].

Sin embargo, Lenin no se amilanaba fácilmente. El 7 de noviembre envió a su nuevo comisario de Economía (Viacheslav Menzhinski) al Banco del Estado, acompañado por un batallón de marineros armados de la flota del Báltico y por una pequeña flota de camiones para llevarse lo que esperaban que sería un buen montón de oro y monedas. Según algunos testigos, los brazos ejecutores bolcheviques empezaron a «gritar y a agitar los puños ante las caras de sus adversarios: los directores [del banco] y algunos delegados de la Duma y del sóviet de los campesinos y [...] los empleados del banco». Como señalaron testigos británicos, por un momento «todo adquirió un cariz bastante feo, pero un campesino gigantesco con uniforme de soldado, que gritaba más fuerte que todos los demás y que tenía los brazos más largos, defendió a los directores»[396].

Lenin volvió a enviar a Menzhinski el 11 de noviembre con más hombres y un ultimátum. A menos que Shipov entrara en razón, despedirían a todos los empleados del banco, perderían sus pensiones y los que estuvieran en edad militar serían reclutados y enviados al frente. Ante estas amenazas, Shipov se entregó a los bolcheviques, pero no les sirvió de mucho, porque los empleados, en señal de protesta, se fueron y no quedó nadie para ayudar a Menzhinski a acceder a la cámara acorazada. Lo único que podían hacer era tomar rehenes; de manera que, el 12 de noviembre, según N. Valerian Obolenski-Osinski, jefe del equipo de Menzhinski, los bolcheviques arrestaron al director de la sucursal, al contable jefe y al guardián de la cámara acorazada, que les entregó las llaves. Las llevaron triunfalmente al Instituto Smolni, donde, como recordaría más tarde Obolenski-Osinski, «la pusimos de forma solemne sobre la mesa ante Lenin

en una bolsa de gamuza», pero a este no le bastó y nos dijo que «quería dinero, no llaves»[397].

Para romper la resistencia de los empleados del Banco del Estado, Lenin ordenó a sus comisarios que se hicieran con más rehenes de la comunidad financiera de Petrogrado, incluidos los directores Epstein (del Banco Azov-Don), Wavelberg (del Banco Comercial), Sologub (del Banco Volga-Kama), Sandberg (del Banco de Siberia, que se encargaba del blanqueo de dinero de Sumenson) y Kritilichevski (del Banco de Comercio Exterior). Lenin empezó pidiendo 1000 millones de rublos por cada uno hasta que, el 15 de noviembre, se conformó con un millón de rublos por «cabeza». Incluso en esas circunstancias los directores de los bancos exigieron que se hiciera el papeleo pertinente para retirar 5 millones de rublos en nombre del Sovnarkom, y los empleados pasaron un buen rato tramitando la petición en la cámara acorazada del banco. Como recordaría Obolenski-Osinski, «el tiempo parecía prolongarse demasiado». Cuando vio a los empleados empujando una carretilla de acero por la puerta de la cámara acorazada, Obolenski-Osinski pudo por fin relajarse. Como señaló este con orgullo en *Pravda*, llevaron el rescate de 5 millones de rublos a Smolni[398].

Lejos de acabar con la crisis, el trato de rehenes por dinero del 15 de noviembre fue algo puntual. La huelga en el banco se mantuvo y la secundaron más de 6000 empleados solo en Petrogrado. Sin la ayuda del personal, los «comisarios» bolcheviques asignados a los bancos de Petrogrado y Moscú se dedicaban a supervisar el pago de sus salarios a los trabajadores, pero, como no tenían acceso a las cámaras, pronto se quedaron sin efectivo. La mayoría de estos comisarios bolcheviques eran antiguos empleados de banca a los que habían despedido por incompetencia o por realizar actividades ilícitas. Como dijera desalentado el director del Rus-

sian & English Bank al embajador británico, no tardaron mucho en llevar los libros de contabilidad a «una situación desesperada que necesitará que pasen muchos años para que pueda restablecerse»[399].

La huelga de la banca tuvo enormes consecuencias. La temida Comisión Extraordinaria Panrusa para Combatir la Contrarrevolución, la Especulación y el Sabotaje (Checa) se creó para afrontarlas. El 7 de diciembre, Lenin dijo a Felix Dzerzhinski, un noble polaco convertido en bolchevique y elegido para dirigirla:

> Los burgueses siguen cometiendo incesantemente los crímenes más abominables [...], los cómplices de la burguesía, sobre todo funcionarios de alto rango y los cuadros directivos de los bancos, también se han visto implicados en la organización de huelgas y sabotajes para minar las medidas que está tomando el gobierno con vistas a una transformación socialista de la sociedad [...], habrá que adoptar medidas excepcionales para combatir a estos saboteadores y contrarrevolucionarios[400].

También se encargó a la Checa de Dzerzhinski que acabara con los efectos políticos indirectos de las recientes elecciones parlamentarias (celebradas el 12 de noviembre, aunque no terminaron de contar las papeletas hasta fin de mes). Considerando las circunstancias, las elecciones de 1917 se celebraron con una integridad digna de mención y en ellas se registró una participación de 41 millones de electores, la mitad de los votantes censados. Como era de esperar, el Partido Social-Revolucionario obtuvo muchos votos, algo más del 40 por ciento; los bolcheviques, por su parte, quedaron en segundo lugar con un 24 por ciento (aunque el partido de Lenin obtuvo casi el 50 por ciento de los votos del ejército, incluidos los del 70 por ciento de los hombres de servicio en Moscú y en Petrogrado). Por muy impresionantes que pare-

cieran los resultados en comparación con la posición que los bolcheviques ocupaban unos meses atrás, no era precisamente tranquilizador para un partido gobernante de usurpadores que más de tres cuartas partes del electorado ruso hubiera votado en su contra y que este solo le hubiera otorgado 175 escaños de un total de 707. Como señalara un observador, el veredicto democrático sentó a los bolcheviques como «una patada en el estómago». De manera que el Sovnarkom se negó a reconocer los resultados y pospuso la convocatoria de la tan esperada asamblea constituyente de Rusia, programada en un principio para el 28 de noviembre, hasta que se investigaran los «abusos electorales». Se ordenó a la Checa que cerrara el palacio Táuride para evitar que las fuerzas de la oposición se reunieran allí[401].

Mientras tanto, la guerra de Lenin con los bancos entró en una nueva etapa. El 14 de diciembre, el Ministerio de Economía del sóviet abolió los bancos privados en Rusia, mediante la concesión de amplios poderes a Grigori Sokólnikov, el nuevo director gerente del Comisariado de los Antiguos Bancos Privados. El asunto tuvo elementos novelescos, como el hecho de que Sokólnikov, un joven activista del partido sin ninguna experiencia en el sector bancario, ni siquiera supiera dónde se encontraban muchos de los bancos (la primera orden que dio a sus subordinados consistió, literalmente, en que hicieran una lista de sus direcciones y números de teléfono). Como los bolcheviques no habían logrado acceder a las cámaras acorazadas donde se almacenaban las reservas (oro incluido) debido a la huelga de los empleados, Sokólnikov exigió todos los depósitos de los bancos privados, excepto las cuentas de ahorro de proletarios que no pertenecieran a las «clases ricas»; el límite se fijó en 5000 rublos o en unos ingresos mensuales de 500 rublos. De

este modo pensaban «aniquilar» la propiedad privada en Rusia[402].

En los primeros informes de los bancos que repasó Sokólnikov, se hablaba de «sumas increíbles». Al confiscar los ahorros privados de los rusos ricos, los bolcheviques pensaban hacerse con cerca de 2000-3000 millones de rublos (1000-1500 millones de dólares de la época y unos 100 000-150 000 millones de dólares actuales). De manera que el 21 de diciembre de 1917 se difundió por Petrogrado la siguiente notificación: «Para combatir la especulación bancaria y el régimen de explotación capitalista [...], las fuerzas armadas han ocupado los antiguos bancos privados». Al día siguiente se proclamó que el 23 de diciembre «se revisarán las cajas de seguridad de los siguientes bancos: Internacional, de Siberia, Comercial e Industrial Ruso, de los Comerciantes de Moscú y el Industrial de Moscú (el antiguo Junker)». La notificación explicaba lo que significaba «revisión» y estipulaba: «Los propietarios de las cajas de seguridad con los números 1 a 100 se presentarán en el banco con las llaves a las diez de la mañana. Las cajas de los propietarios que no se personen en un plazo de tres días serán abiertas por el comité de revisión de cada banco y se confiscará su contenido». Se ordenó a los comisarios bolcheviques que registraran «las cantidades de: divisas (*valiuta*), monedas de oro y plata, así como lingotes y barras de oro, plata y platino confiscados y entregados al Tesoro del Estado». En Navidad, el gobierno de Lenin había lanzado su nueva política de robo armado en masa a la ciudadanía; la recién creada Checa puso la fuerza[403].

En sus dos primeros meses en el poder, los bolcheviques no se ganaron al pueblo ruso, sino que lo acosaron y lo aporrearon hasta que se sometió. Las elecciones de noviembre habían dictado un veredicto que no les favorecía y Lenin

pospuso la convocatoria de la asamblea constituyente, pero era cuestión de tiempo que la gente se alzara en su contra.

Sin embargo, Lenin tenía un as en la manga. En una nación harta de guerra, el hombre que trajera la paz podría hacerse con todo. Había llegado la hora de jugar la carta alemana.

15

ALTO EL FUEGO

Al fijarnos en los sucesos históricos que tuvieron lugar en Petrogrado y Moscú, resulta fácil olvidar que Rusia se encontraba en medio de una guerra mundial cuando los bolcheviques tomaron el poder. A juzgar por la falta de atención que se presta a los acontecimientos militares en la mayoría de las historias sobre la revolución de Octubre, se podría llegar a la conclusión de que la guerra de Rusia acabó, de hecho, tras la ofensiva lanzada por Kérenski en junio-julio de 1917[404].

Esta idea no es correcta. El frente de Galitzia siguió activo todo el verano y el otoño de 1917 y hubo fuego de artillería casi a diario. El ejército especial ruso, cerca de Vorobin, realizaba acciones regulares bien entrado ya el mes de octubre. El 14 de octubre, las tropas rusas hicieron prisioneros; y, en una fecha tan tardía como el 18 de octubre, los hombres del ejército especial recibieron instrucciones de la Stavka de «mantenerse en el frente» para aliviar la presión ejercida sobre los aliados italianos: por entonces la decisiva XII batalla del Isonzo (o de Caporetto) se estaba animando. En la noche del 24 al 25 de octubre, mientras los guardias rojos se dispersaban por Petrogrado, la infantería rusa derrotaba a los alemanes que habían lanzado una furiosa ofen-

siva cerca de Rovno [Rivne]. El 26 de octubre, mientras el II Congreso de los Sóviets legitimaba el golpe de Lenin, el comandante del ejército especial, el general Rudski, informó desde Vorobin: «El enemigo abrió fuego con fusiles y fuego de artillería, pilotos enemigos inspeccionaban las trincheras, pero abrimos fuego y los rechazamos». «Las armas rusas», continuaba, «lanzaron una cortina de fuego sobre las trincheras enemigas mientras atacábamos a una columna de infantería que avanzaba entre la segunda y la primera línea de trincheras destrozando la ofensiva austroalemana». Evidentemente, por entonces, el ejército ruso aún combatía[405].

Sin embargo, esta lucha no sobrevivió a la toma del poder por parte de Lenin. Aunque el «decreto de paz» aprobado por el Sovnarkom el 26 de octubre expresaba más una aspiración que una decisión vinculante, se telegrafió a la Stavka y a las comandancias de zona, donde fue objeto de enérgicas discusiones. En el frente activo de Galitzia, en principio, la reacción fue hostil. El ejército especial sondeó a los hombres y halló que pocos apoyaban a Lenin. En una resolución adoptada por un comité de soldados se denunciaba sin ambages «la toma del poder por parte de los bolcheviques en Petrogrado», pues temían que pudiera conducir a una «guerra fratricida». Por otro lado, los soldados apoyaban «las medidas de emergencia para obtener la paz cuanto antes». El XI ejército, destacado cerca de allí, ya había informado de la confraternización al otro lado de las líneas el 28 de octubre[406].

En otros frentes hubo modelos ambivalentes similares: acogían con frialdad la toma del poder por parte de los bolcheviques, pero recibían con alegría su «decreto de paz». Por cada resolución que denunciaba la ilegalidad del golpe bolchevique, surgía otra que condenaba al gobierno provisional por continuar con la guerra. En el frente casi inactivo

de Rumanía, la división parecía especialmente pronunciada. En el VI y IX ejércitos, los bolcheviques solo obtuvieron un apoyo de un 15 y un 11 por ciento, respectivamente, en las elecciones de noviembre; pero, aun así, los comités de soldados aprobaron resoluciones en las que denunciaban las «medias tintas y la política vacilante» del gobierno provisional y abogaban por «la paz inmediata y por el traspaso del poder a los sóviets». Al negarse a combatir y exigir un alto el fuego, los soldados del frente ruso estaban apoyando a los bolcheviques, aunque, en principio la mayoría los condenara[407].

Nadie sabía qué suerte correría la propuesta de paz de Lenin, porque, hasta que no se calmó la situación en Petrogrado y en Moscú (y se celebraron elecciones parlamentarias), se desconocía cuánto duraría su gobierno. En sus observaciones al II Congreso de los Sóviets, el propio Lenin había pronosticado que su política de paz se toparía «con la resistencia de los gobiernos imperialistas [o sea, con los aliados de guerra de Rusia], no nos llamamos a engaño en este punto». En las dos semanas siguientes, el Sovnarkom no envió más órdenes a los comandos militares, lo que provocó una gran incertidumbre en el frente. A las cuatro de la madrugada del 8 de noviembre, Lenin mandó un radiotelegrama a la Stavka, que también firmaban Trotski y el alférez N. V. Krilenko (comisario de la Guerra), en el que ordenaba al comandante en jefe, el general Dujonin, que se dirigiera «a las autoridades militares de los ejércitos enemigos con la propuesta de un cese inmediato de las hostilidades». Dujonin decidió no contestar debido a que la directiva se había enviado «sin fecha y sin numerar», es decir, no se habían cumplimentado correctamente los papeles en el Ministerio de la Guerra ruso, porque sus empleados estaban de huelga[408].

Ese mismo día Trotski entregó una «propuesta formal para un armisticio inmediato en todos los frentes» a los embajadores de la entente en Petrogrado. Sir George Buchanan protestó, afirmó que Lenin solo representaba a «un supuesto gobierno, usurpado por la fuerza, que el pueblo ruso no reconocía» y, el 9 de noviembre, los aliados rechazaron dicha propuesta. El 12 de noviembre se transmitió el decreto de paz bolchevique, *en clair* [sin cifrar], al cuartel general alemán de Brest-Litovsk (en Petrogrado, no había diplomáticos alemanes a los que dárselo), donde fue interpretado como una exigencia unilateral de alto el fuego y donde fue recibido con mucha mayor simpatía. Así fue como Lenin sorteó a los aliados de guerra de Rusia, a la asamblea constituyente rusa que se elegía ese mismo día y a sus comandantes militares, que no querían pedir personalmente un armisticio incondicional a los alemanes. Este planteamiento de Lenin fue tan asombroso que, en una circular telegrafiada desde Berlín el 13 de noviembre, se ordenó a los diplomáticos alemanes de toda Europa que «ocultaran su regocijo» en las recepciones públicas[409].

En la Stavka el cielo se derrumbaba sobre Dujonin. A las dos de la madrugada del 9 de noviembre, el comandante en jefe fue despertado con una noticia que no auguraba nada bueno: Lenin, Krilenko y Stalin estaban a la espera ante el transmisor telegráfico de Hughes para hablar con él. Cuando le preguntaron por qué aún no había establecido contacto con los alemanes, Dujonin intentó ganar tiempo y afirmó que no contaba con la autorización de los cobeligerantes de Rusia para negociar un armisticio. Tras pedirle Lenin una «respuesta directa», Dujonin objetó: «Solo un gobierno [...] que cuente con el apoyo del ejército y del país tiene el peso suficiente como para impresionar al enemigo». Era el tipo de respuesta insubordinada que Lenin necesitaba y este co-

municó a Dujonin: «Por la autoridad que nos confiere [el Sovnarkom], cesa en su cargo por negarse a obedecer las órdenes del gobierno». Como insulto final hicieron saber a Dujonin que le iba a reemplazar el alférez Krilenko, sin duda el oficial de menor rango que jamás haya estado al frente de los ejércitos de una gran potencia[410].

Lenin aún no había acabado con Dujonin. El 9 de noviembre hizo pública una proclama dirigida «a todos los soldados del ejército revolucionario y a todos los marineros de la marina revolucionaria», en la que les decía que Dujonin había cesado en su cargo por «desobedecer las órdenes del gobierno y por actuar de un modo que habría producido grandes calamidades a las masas obreras de todos los países». En cierto tono de amenaza, Lenin exigía que los soldados rusos «no permitieran frustrar la gran causa de la paz a los generales contrarrevolucionarios». Sugería, con malicia, que las tropas podían «rodear» a estos generales recalcitrantes «de guardias para evitar linchamientos». También exigió que «los regimientos del frente eligieran representantes de inmediato para emprender negociaciones de tregua formales con el enemigo», es decir, les autorizaba *de facto* a confraternizar con los alemanes[411].

Sin embargo, Dujonin no estaba dispuesto a rendirse sin más. Aunque le habían cesado mediante el transmisor telegráfico, aún no lo habían arrestado, ni había perdido el control del equipo de comunicación de la Stavka. Los embajadores aliados de Petrogrado permanecían bajo la bota de Lenin, pero los agregados militares de Moguilov no y aseguraron a Dujonin que ni París, ni Londres, ni Washington, D.C., habían reconocido el régimen de Lenin. Dujonin transmitió esta información a las tropas acompañada de una nota en la que afirmaba que el «objetivo principal» de Len-

in y Trotski consistía en «iniciar una guerra civil fratricida»[412].

En el ámbito diplomático las apuestas estaban altas. La convención de Londres, firmada el 23 de agosto/5 de septiembre de 1914, no permitía a ninguna de las potencias de la entente iniciar negociaciones de paz por separado con las potencias centrales. Si los bolcheviques lo hacían, invalidarían los tratados de guerra, que, por cierto, seguían siendo secretos, incluido el acuerdo Sazónov-Sykes-Picot, que concedía a Rusia Constantinopla, los estrechos, Armenia y el Kurdistán. Los embajadores aliados pensaron que estas concesiones territoriales eran su mejor baza, pero no contaban con la gran habilidad de Trotski para tomar represalias. El 2 de noviembre un partidario de Trotski del Ministerio de Asuntos Exteriores le entregó a este «las llaves del gabinete de los archivos donde se guardaban los tratados secretos» y él las usó. El 10 de noviembre Trotski publicó unas octavillas contra la «diplomacia secreta» de los «poderes imperialistas» y anunció que *Izvestia* y *Pravda* empezarían a sacar a la luz los tratados secretos, no solo el de Sazónov-Sykes-Picot, sino también los sobornos territoriales ofrecidos a Italia, Rumanía y Grecia para hacerles entrar en la guerra. Las misiones militares aliadas respondieron con la advertencia de que, si «Rusia pedía el armisticio o la suspensión de las hostilidades por separado», lo que violaría la convención de Londres, tendrían que atenerse a unas «gravísimas consecuencias» (puede que hasta una invasión japonesa de Siberia). En un informe telegrafiado a los ejércitos del frente, Trotski denunciaba la postura aliada como «una flagrante injerencia en los asuntos internos de nuestro país con el objetivo de provocar una guerra civil». El pueblo ruso, afirmó, «no ha derrocado a los gobiernos del zar y de Kérenski para

convertirse en carne de cañón de los aliados imperialistas»[413].

Dujonin se encontraba en una situación insostenible. Tras haberse alineado con los aliados de guerra de Rusia, se le consideraba responsable de todos sus movimientos, incluidos los realizados en virtud de los tratados secretos que Trotski estaba desvelando. Para muchos rusos, la gota que colmó el vaso fue la noticia, publicada en *Izvestia* el 12 de noviembre, de que el gobierno de Estados Unidos había suspendido «el envío de pertrechos militares y provisiones a Rusia». Los bolcheviques estaban preparados y respondieron: «Parece que los plutócratas estadounidenses están dispuestos a vender locomotoras a costa de las cabezas de los soldados rusos». Muchos soldados rusos consideraban a Dujonin el hombre que quería continuar con la guerra en beneficio de (en palabras de *Izvestia*) «los reyes neoyorquinos de la industria de guerra»[414].

Mientras tanto, el alférez Krilenko se puso en camino hacia Moguilov en un tren militar especial custodiado por 59 guardias rojos. Llegaron a Dvinsk [Daugavpils] el 11 de noviembre. El 12 de noviembre Dujonin envió a la I división de fusileros finlandeses a Orsha, a unos 80 kilómetros al norte de Moguilov, junto a la principal línea ferroviaria, con instrucciones de permitir a Krilenko «volver a Petrogrado o seguir solo a Moguilov», pero autorizando el «uso de la fuerza para evitar que los guardias armados de Krilenko siguieran hasta Moguilov». El XVII cuerpo custodiaba las vías férreas entre Orsha y Moguilov, en teoría por orden del Comité Central Panruso del Sindicato de Ferroviarios (Vikzhel). Como, por el momento, no podía llegar a la Stavka, Krilenko dirigió las operaciones desde Dvinsk. En su primera orden a las tropas como comandante en jefe, Krilenko pedía a sus hombres que «permanecieran firmes» y que «de-

fendieran el frente», pero también les ordenaba «tratar con desprecio las mentiras y los falsos llamamientos de la banda del general Dujonin». El 15 de noviembre, Krilenko fue más lejos y ordenó el «alto el fuego inmediato y el inicio de la confraternización en todos los frentes». Preparándose para el momento decisivo, Krilenko pidió refuerzos a Petrogrado y logró reunir a unos 3000 marineros y soldados de las guarniciones, que tomaron posiciones justo al norte de Orsha[415].

Con este último asalto propagandístico de Lenin-Trotski-Krilenko, Dujonin perdió los últimos apoyos que le quedaban en las tropas cercanas. Los fusileros finlandeses se declararon «neutrales» y permitieron que Krilenko entrara en Orsha. El Vikzhel y el XVII cuerpo bloquearon las vías férreas a Moguilov, pero las abandonaron cuando vieron el número de las fuerzas de Krilenko. Dujonin fue informado de que Krilenko tenía vía libre hacia Moguilov y empezó a cargar el equipo técnico de la Stavka en camiones, a la vez que telegrafiaba a Kiev para pedir a la Rada un salvoconducto para atravesar Ucrania (la respuesta fue negativa). Al amanecer del 20 de noviembre llegó el tren de Krilenko y su batallón tomó la ciudad. Informados por el sóviet local de que Dujonin había ayudado al general Kornílov y a sus partidarios a escapar de la prisión de Bíjov, los hombres de Krilenko empezaron a pedir la cabeza de Dujonin. Hay que decir en favor de Krilenko que se ofreció a proteger a Dujonin en su vagón personal, pero no pudo contener a los hombres, que lo apartaron (sin causarle ningún daño) y cercaron el tren. Los hombres de Krilenko rompieron las ventanillas con sus fusiles y asaltaron el tren. Cuando encontraron al desafortunado Dujonin, le golpearon y le clavaron sus bayonetas. Según los testigos, a continuación «lo desnudaron y profanaron su cuerpo numerosas veces»[416].

Así fue como los bolcheviques se hicieron con el control de la Stavka y traspasaron el mando del ejército ruso del general Dujonin al alférez Krilenko. El ejército imperial ruso simplemente desapareció cuando los solados cogieron su petate y se fueron. ¿Qué *mujik* quería ser el último en permanecer en su puesto cuando en casa empezaba el reparto de tierras? Irse era importante sobre todo en el caso de las minorías, como los ucranianos, que veían la posibilidad de obtener la independencia. A finales de noviembre de 1917, los soldados ucranianos casi habían desaparecido del frente oriental. Según un espía alemán, que informó desde Kiev, Ucrania intentaría «separarse de Rusia» rápidamente. En el frente norte, estonios, letones y lituanos también albergaban sueños de independencia, de manera que la situación no era mejor. A finales de diciembre tres jóvenes oficiales rusos permanecieron en Dvinsk y asumieron la defensa de toda la línea del frente del Báltico frente a los alemanes[417].

Muchos oficiales de alto rango abandonaron un ejército imperial que se hundía para formar el núcleo de uno nuevo. El general Kaledin fue el primero en organizar una resistencia armada seria y declaró la independencia del Don cosaco en cuanto telegrafiaron al país la toma del poder por parte de los bolcheviques el 26 de octubre. El general Alexéiev partió hacia el sur el 12 de noviembre. Kornílov se había fugado de la cárcel el 19 de noviembre y salió hacia el Don a caballo. También habían liberado a los generales Lukomski y Denikin, que se disfrazaron y viajaron en tren. A principios de diciembre de 1917, esta creciente coalición antibolchevique se había reunido en Rostov del Don, tomada por los cosacos del Don de Kaledin el 30 de noviembre. Incluso se habló de unirse a una fuerza expedicionaria inglesa en el norte de Persia, aunque el alto mando británico indicó a Kaledin y a Kornílov que, antes de emprender cualquier ac-

ción, debían esperar hasta que la asamblea constituyente se reuniera[418].

Lejos de oponerse a la desintegración del ejército imperial, los bolcheviques lo consideraron un paso necesario hacia la revolución mundial. A principios de diciembre de 1917, Krilenko empezó a desmovilizar el ejército de forma oficial, en parte por razones materiales. En un informe enviado a la Stavka el 28 de noviembre se afirmaba que la logística militar se encontraba en una «situación catastrófica», con una escasez de alimentos, pienso y ganado tan terrible que el ejército debía «licenciar de inmediato a 3 o 4 millones de soldados». Desde que los bolcheviques habían tomado el poder en Petrogrado y habían linchado a Dujonin, las deserciones se habían incrementado de forma drástica, pero no lo suficiente. Krilenko optó por cortar por lo sano: licenciaría a reemplazos enteros, empezando por el del año 1900, el 9 de diciembre; los siguientes serían desmovilizados siguiendo un calendario que debería ser determinado por una «comisión de desmovilización», que, además, permitiría que los hombres se quedaran con sus armas. Para darle un giro ideológico a su política, Krilenko explicó en una directiva, fechada el 8 de diciembre de 1917, que el Sovnarkom le había pedido que elaborara «un plan para convertir un ejército permanente en una milicia armada». Eso hacía. La desmovilización de «3 o 4 millones» de soldados fuertemente armados, unida a la petición de alto el fuego, completaban el programa de Lenin para convertir una guerra imperialista en una guerra civil[419].

Los alemanes estaban encantados de llegar a un acuerdo. El alto mando alemán sabía, por los informes de sus servicios de Inteligencia, que los bolcheviques no se encontraban en situación de continuar con la guerra, aunque hubieran querido. En el informe de un agente, redactado en Estocol-

mo en noviembre de 1917, se señalaba que proseguir con la guerra costaría a Rusia «entre 50 y 60 millones de rublos al día», algo claramente «imposible». Lo único que preocupaba en Brest-Litovsk tras la recepción de la petición de alto el fuego de Trotski, el 13 de noviembre, era dilucidar quiénes eran este Trotski y el nuevo comandante en jefe de los ejércitos rusos (el alférez Krilenko) y si se podía confiar en ellos. Como se trataba de un asunto urgente, el general de división Max Hoffmann, cerebro del cuartel general alemán del este, bajo el mando simbólico del príncipe Leopoldo de Baviera, telefoneó al alto mando belga y pidió hablar con el general Ludendorff, auténtico comandante en jefe y protegido del anciano mariscal de campo Paul von Hindenburg. «¿Se puede negociar con esta gente?», le preguntó. Ludendorff necesitaba liberar tropas para la ofensiva de primavera en el frente oeste y respondió: sí[420].

Como ambas partes tenían sus propias razones para acabar con la guerra en el este, todo se arregló rápidamente. Ya el 14 de noviembre Krilenko envió a tres delegados al otro lado de las líneas enemigas, cerca de Dvinsk, a los que condujeron al cuartel general alemán con los ojos vendados y amordazados. Los alemanes contactaron con Berlín y Viena para pedir autorización e informaron a medianoche a Krilenko de que darían inicio a las conversaciones de paz el 19 de noviembre en Brest-Litovsk. El 16 de noviembre, Trotski comunicó a los embajadores aliados la tregua y les invitó a participar en las conversaciones de Brest-Litovsk. Ese día el Consejo Supremo de la Guerra aliado discutió en París la propuesta de Trotski, pues el colapso de todo el frente oriental acarrearía consecuencias estratégicas. Aunque británicos y estadounidenses expresaron cierto grado de apoyo, los franceses y los italianos, que aún tenían que librar batallas defensivas en sus territorios, se opusieron a dicha

propuesta. Los aliados hicieron saber a Trotski el 18 de noviembre que no iban a participar en las conversaciones; los bolcheviques irían a Brest-Litovsk solos[421].

Los alemanes tuvieron ocasión de disfrutar del nuevo estilo del régimen que habían ayudado a crear. Trotski envió a Brest-Litovsk a su cuñado, Lev Kámenev; a un abogado judío de nombre Adolph Joffe, a quien Trotski conocía de su época de menchevique; al comisario de Bancos, Grigori Sokólnikov; a un delegado del ala izquierda del Partido Social-Revolucionario llamado Serguéi D. S. Mstislavski (S. D. Maslovski); y, como concesión a los ideales feministas socialistas, a la famosa asesina socialista revolucionaria, *madame* Anastasia Bitsenko, que acababa de salir de una prisión siberiana (había asesinado a un gobernador general en 1905). La delegación se completó con la presencia de un trío compuesto por un obrero «auténtico», un delegado de los soldados y un delegado de los marineros. Todo parecía perfecto hasta que Joffe y Kámenev se dieron cuenta, de camino hacia la estación Varsovia, de que no contaban con un «representante del campesinado». Recogieron a «un anciano con un abrigo de campesino» llamado Román Stashkov que estaba en una esquina. «Ven a Brest-Litovsk», le dijeron, «vamos a hacer la paz con los alemanes»[422].

Este equipo variopinto, que llegó a Brest-Litovsk el 20 de noviembre/3 de diciembre de 1917, tenía su encanto. Llegaron con nueve oficiales zaristas que conocían los detalles técnicos y a los que trataban como rehenes. Al ser los rusos quienes pedían la paz, daba la impresión de que estaban en manos de las potencias centrales, pero los bolcheviques eran unos brillantes propagandistas. El general Hoffmann cometió la torpeza de consentir que los soldados alemanes visitaran «centros de intercambio» especiales tras las líneas rusas y que intercambiaran periódicos: los bolcheviques ya

estaban editando dos diarios en lengua alemana: *Die Fackel* [La antorcha] y *Die Volkerfriede* [La paz entre los pueblos]. Hoffmann accedió también a un «inmediato intercambio de prisioneros civiles y de guerra no aptos para servir en el ejército», lo que permitiría a los bolcheviques catequizar a los prisioneros de guerra antes de enviarlos a casa. Joffe insistió en que los acuerdos de paz se publicaran, para que todo el mundo estuviera enterado de ello, y, de forma asombrosa, los alemanes aceptaron. Tras obtener estas concesiones, los bolcheviques aceptaron un armisticio de 28 días a partir del 4 de diciembre[423].

El equipo de Trotski jugaba en otra liga. Los embajadores de la entente no esperaban que Trotski los avergonzara mediante la filtración del contenido de los tratados secretos y los alemanes nunca imaginaron que los bolcheviques apelarían a la opinión pública mundial para dar a conocer la incapacidad de su ejército de luchar contra ellos. Sin embargo, eso fue exactamente lo que hicieron Lenin y Trotski. El 23 de noviembre, en una pausa entre las conversaciones de paz, Trotski pidió a los aliados de Rusia que «expusieran a toda la humanidad, de forma clara y definitiva, las razones por las que, en su opinión, las naciones europeas debían seguir vertiendo su sangre en un cuarto año de guerra». Para dar más fuerza a la intimidación que suponían estas palabras, *Pravda* publicó ese mismo día la posibilidad de que los bolcheviques se negaran a reconocer la deuda externa rusa, 60 000 millones de rublos (equivalentes a 3 billones de dólares actuales), que debían, sobre todo, a acreedores británicos, franceses y estadounidenses. A continuación, Trotski dio otra vuelta de tuerca a los alemanes, al anunciar por radio, el 4 de diciembre, que «el alto el fuego solo afectaba a los frentes». En un tono algo amenazador, Trotski explicó: «Cuando pactamos con los alemanes [en Brest-Litovsk], en

realidad negociamos con obreros y campesinos alemanes vestidos de uniforme militar»[424].

La única concesión que Trotski hizo a los alemanes cuando se iniciaron las conversaciones de paz en Brest-Litovsk, el 9 de diciembre, fue no aparecer. Con su ausencia se creó una atmósfera extrañamente agradable, en parte debido al ambiente de vacaciones que se respiraba (según el calendario occidental, la primera ronda de conversaciones tuvo lugar entre el 22 y el 28 de diciembre). Corría el vino. Hubo incluso un sorprendente consenso en torno a la propuesta de Joffe de que el tratado de paz no debía sancionar «la anexión forzosa de los territorios ocupados durante la guerra», aunque búlgaros y turcos se opusieran. Para suavizar la situación, alemanes y austrohúngaros aceptaron, en una declaración (denominada del día de Navidad) publicada el 12/25 de diciembre, el principio de no anexión, aunque poniendo como condición su aceptación por parte de los aliados occidentales de Rusia[425].

El objetivo real de Joffe durante esta primera ronda de negociaciones consistía en ganar tiempo, con la esperanza de que, en palabras de Trotski, los bolcheviques pudieran «organizar levantamientos para ayudar a los partidos obreros alemanes, austrohúngaros y de otros países de la entente» a llevar a cabo sus propias revoluciones. Sin embargo, los alemanes también podían jugar a ganar tiempo, pues sabían lo precaria que era la situación de Lenin. El 8 de diciembre, el cónsul alemán en Estocolmo habló con Karl Radek, uno de los colaboradores más cercanos de Lenin. Radek confesó de forma abierta que los decretos del «gobierno de Smolni» no se acataban fuera de Petrogrado y que hasta en las ciudades controladas por los bolcheviques «estaban nerviosos». Radek explicó que la estrategia de los bolcheviques pasaba por desmovilizar a los soldados bolchevizados, a los

que se permitía que se llevaran sus armas, y confiar en que todo saliera bien. Sabían que en Petrogrado habría un brote de cólera cualquier día. Debido a la huelga del sector bancario, el Estado se encontraba en bancarrota y no podría sobrevivir si «el bando alemán no ayudaba a la reconstrucción [de la economía] rusa». Lo más interesante desde la perspectiva alemana se refería al derrumbe del ejército ruso, que, según el agente que habló con Radek, «se halla a punto de disolverse». La decisión de los bolcheviques de dejar que los soldados se marcharan con sus armas creó un mercado negro cerca del frente, donde se vendían ametralladoras rusas a 60 marcos. Como bien se señalaba en un informe de los servicios de Inteligencia, los alemanes tenían buenas razones para creer que los bolcheviques «aceptarían la paz a cualquier precio»[426].

Los crecientes movimientos independentistas de la periferia rusa ejercían mucha presión sobre los bolcheviques, que tontamente les habían dado alas por medio de una «Declaración sobre el derecho de autodeterminación de los pueblos de Rusia», emitida por el Sovnarkom y firmada por Lenin y por Stalin (comisario de Nacionalidades) el 2/15 de noviembre de 1917[ex7]. Los primeros pueblos que aceptaron la invitación fueron los georgianos, los armenios y los azerbaiyanos, que convocaron un congreso en Tiflis, dominado por los mencheviques, llamado Seim y proclamaron una República Federal Transcaucásica independiente. La Sublime Puerta organizó plebiscitos sobre la independencia en territorios anteriormente otomanos como Kars, Ardahan y Batum. Finlandia proclamó su independencia el 23 de noviembre. Cuando los nacionalistas liberales ganaron las elecciones de noviembre, la Rada ucraniana declaró su independencia, lo que obligó a los bolcheviques de Kiev a huir a Járkov, donde crearon su propia República Popular de Ucra-

nia, oficialmente independiente, pero de clara orientación leninista. Con los cosacos de Kaledin acampados en Rostov del Don, Ucrania se encontraba al borde de una guerra civil a tres bandas. La Rada de Kiev se aprovechó de la debilidad de los bolcheviques y envió una delegación de tres jóvenes representantes a Brest-Litovsk en la siguiente ronda de negociaciones[427].

Cuando se reiniciaron las conversaciones de paz el 27 de diciembre, el ambiente ya no parecía tan festivo como durante la primera sesión. Los bolcheviques sabían que los alemanes tenían planes para Ucrania gracias a sus servicios de Inteligencia, lo que explicaba el insulto que suponía la admisión de delegados de Kiev enviados por la Rada. La vertiente ideológica se había reforzado tras un discurso pronunciado por el presidente estadounidense Woodrow Wilson el día antes de que se volvieran a emprender las negociaciones. La publicación por parte de Trotski de los tratados secretos, seguida del decreto bolchevique sobre la autodeterminación de las minorías y la aparente aceptación (aunque condicionada) de la situación por parte de los alemanes, estaban dejando en mal lugar a los aliados y robando protagonismo a Wilson, que se había embarcado en una guerra por la democracia. El 26 de diciembre de 1917/8 de enero de 1918, Wilson hizo públicos sus 14 puntos y subió las apuestas al repudiar la «diplomacia secreta» (punto 1) y al aceptar la autodeterminación de las minorías (al contrario de lo que dice la leyenda, esta frase no aparece en el discurso original de Wilson, aunque este sí daba a entender que favorecía una «evolución autónoma» de las diversas «nacionalidades»). El escenario se encontraba preparado para la batalla retórica en torno a Ucrania[428].

Teniendo en cuenta el elevado precio de las apuestas, Lenin pidió a Trotski que asistiera a las negociaciones con

la intención de «retrasar» a los alemanes todo lo posible. Trotski permitió a estos últimos vislumbrar lo que les esperaba cuando el tren en el que viajaba llegó a Brest-Litovsk y él y Karl Radek, el confidente de Lenin en Suiza durante la guerra, se dedicaron a repartir folletos de propaganda desde las ventanillas entre los soldados alemanes de guardia en el andén. Con corrección política bolchevique, Trotski se negó a inclinarse ante el príncipe Leopoldo de Baviera e insistió en que la delegación rusa durmiera y comiera en alojamientos distintos a los de sus anfitriones. La sensación de vacaciones había desaparecido al igual que la cortesía. Puesto que los aliados habían rechazado el principio de no anexión de la declaración del día de Navidad, el jefe de la delegación alemana, el secretario de Estado Richard von Kühlmann, anunció que esta era nula de pleno derecho.

Entonces empezaron a jugar al gato y al ratón. Resultó fascinante ver a Kühlmann y a Trotski pelear durante días por el significado del término «autodeterminación»; la prensa publicó sus argumentos. Kühlmann consiguió que Trotski aceptara la presencia de los delegados de la Rada, pero él a su vez obligó a los alemanes a admitir que no iban a evacuar los territorios ocupados. Para acelerar las cosas, el general Hoffmann entregó a Trotski, el 5/18 de enero, un mapa en bosquejo que mostraba las fronteras que proponían para la Rusia de posguerra; perdería los territorios ocupados por tropas alemanas, como Polonia o el área del Báltico, donde se garantizaría a los pueblos el derecho a la «autodeterminación». En cuanto al futuro de Ucrania, Hoffmann afirmó tranquilamente que «lo discutirían con los delegados de la Rada». Trotski se quedó sin argumentos y pidió un receso de diez días para celebrar consultas con Lenin en Petrogrado[429].

Se habían acabado las contemplaciones. Aunque los alemanes solo aceptaban la autodeterminación de boquilla, también habían hecho pública su intención de desmembrar Rusia. El régimen bolchevique, por su parte, mostró su auténtica naturaleza cuando, el mismo día en que Hoffmann puso a Trotski ante hechos consumados en Brest-Litovsk, el 5/18 de enero de 1918, la guardia roja rodeó el palacio Táuride, dispersó a la fuerza la asamblea constituyente que se había reunido por fin y mató a ocho personas en lo que el novelista progresista y veterano de 1905, Maxím Gorki, calificó de «otro *domingo sangriento*». Tres días después, en lugar de un parlamento democrático (cuyos diputados fueron acusados de «estar a sueldo de banqueros, capitalistas y terratenientes»), Rusia tenía un III Congreso de los Sóviets, convocado por los bolcheviques y compuesto enteramente por delegados de sus propias filas y por algunos miembros del ala izquierda de los socialistas revolucionarios. Reconocieron al Sovnarkom como única autoridad legítima en Rusia e inauguraron formalmente una nueva entidad soberana llamada República Socialista Federativa Soviética de Rusia (RSFSR)[430].

La disolución de la asamblea constituyente liberó a los bolcheviques de la necesidad de dar explicaciones a la opinión pública. En el seno del partido, debilitó a los críticos de Lenin, liderados por un teórico marxista llamado Nikolái Bujarin, contrario a los acuerdos con los alemanes, que quería desatar una guerra de partisanos (*partizanstvo*) contra los ocupantes, mientras los revolucionarios agitaban a la población por medio de la propaganda al otro lado de las líneas alemanas. Lenin creía que los bolcheviques debían aceptar los términos del acuerdo de paz de los alemanes para «poder respirar (*peredushka*)» y consolidar así su poder en casa. Aunque contaba con Kámenev, Zinóviev y Stalin,

perdió la votación por 48 a 15 votos en un congreso del partido celebrado el 8/21 de enero, lo que demuestra lo impopulares que eran sus ideas políticas en el seno de su propio partido, por no decir en todo el país. Al igual que en octubre, fue Trotski quien cuadró el círculo con su inspirado eslogan: «Ni guerra, ni paz». Explicó que se limitaría a «anunciar el fin de la guerra y a desmovilizar el ejército sin firmar ninguna paz». Los bolcheviques podían convertir Brest-Litovsk en una «demostración aleccionadora», refutar el rumor de que eran «agentes de la corona Hohenzollern» y «proclamar a las clases trabajadoras de todo el mundo» que «las bayonetas alemanas» habían obligado a Rusia a aceptar un tratado injusto. Esta inteligente solución de compromiso propuesta por Trotski fue aprobada en el comité central por 9 votos contra 7[431].

Para cumplir este peculiar mandato, Trotski realizó una de sus mejores puestas en escena en la tercera sesión plenaria, que comenzó el 28 de enero de 1918 (tras el 14/27 de enero de 1918, los bolcheviques impusieron en Rusia el calendario gregoriano). Ucrania era el premio gordo para las potencias centrales; necesitaban de forma desesperada sus recursos, sobre todo su trigo, en Constantinopla, Berlín y Viena. Trotski sabía que, puesto que el ejército ruso había desaparecido de los frentes (y lo había comprobado cada vez que pasaba por Dvinsk camino a Brest-Litovsk), no tenían ninguna forma de evitar que los alemanes tomaran Ucrania si querían, pero le habían dado un megáfono para sus «demostraciones aleccionadoras» y pensaba usarlo. Cuando los alemanes dejaron hablar a los delegados de la Rada en favor de una «Ucrania independiente», Trotski respondió que la Rada de «Ucrania» representaba a un territorio no mayor que las habitaciones de hotel que los alemanes habían reservado para su delegación. La observación de Trotski hizo

gracia hasta a Hoffmann, pues este sabía que la Rada se tambaleaba en Kiev. Lo cierto es que la ciudad caería en manos de los guardias rojos, enviados desde Járkov el 8 de febrero. Al día siguiente, los alemanes jugaron su gran baza: firmaron un tratado por separado con la Rada ucraniana y dieron a Trotski 24 horas para firmarlo a su vez o, si no lo hacía, enfrentarse a la reanudación de las hostilidades. Había llegado el turno de Trotski. El 10 de febrero comunicó a los alemanes: «No podemos firmar una paz que prevea la anexión, pero Rusia, por su parte, da por finalizada [...] la guerra». Los bolcheviques no sellarían un tratado de paz punitivo, solo se limitarían a «dar la orden de desmovilización general». Los delegados reunidos permanecieron en silencio ante esta extraña propuesta hasta que el general Hoffmann exclamó: «*Unerhört!*» [¡Lo nunca visto!]. Puede que el oficial de enlace estadounidense en Brest-Litovsk, el coronel Raymond Robins, estuviera pensando en este episodio cuando afirmó que Trotski era «un hijo de puta redomado, pero el judío más grande desde Jesús»[432].

El alto el fuego había llegado a su fin. Trotski se había marcado un gran farol al arriesgarse a que los alemanes reanudaran las hostilidades, aunque ya no hubiera tropas enemigas para hacerles frente. Si picaban en el anzuelo, el imperialismo alemán quedaría a la vista de todo el mundo y los bolcheviques esperaban que los socialistas alemanes hicieran su propia revolución a la camarilla de militares que pretendían continuar la guerra contra un país (Rusia) desarmado. Pero, cuando esto sucediera, ¿seguiría existiendo una Rusia reconocible?

16

RUSIA EN HORAS BAJAS

El antaño todopoderoso Imperio ruso se encontraba totalmente a merced de los alemanes. Las líneas rusas habían desaparecido del Báltico al mar Negro. La desmovilización general anunciada por Trotski no formaba parte del espectáculo retórico. Los bolcheviques no tenían dinero para pagar a las tropas regulares ni siquiera en Petrogrado, donde sobre el papel aún existía una guarnición de 200 000 hombres, pero pocos de ellos se consideraban soldados en activo. Lenin luchaba por conservar a los guardias rojos, que recibían entre 20 y 30 *kérenski* (rublos de Kérenski) al día. Sin embargo, los recursos eran finitos; el personal de la Casa de la Moneda, que sabía cómo imprimir esos billetes (así como los billetes zaristas de mayor valor), se había marchado y el Banco del Estado solo había entregado a Lenin 5 millones de rublos. Los bolcheviques habían empezado a acuñar sus propios billetes de aspecto barato, que no llevaban sellos, ni firmas y cuya parte posterior aparecía en blanco. Ya se los denominaba de forma desdeñosa como *sovznaki* (rublos del sóviet), pero tampoco parecía que estos fueran a solucionar el problema. En un duro informe presupuestario, que cayó en manos de los servicios de Inteligencia alemanes a principios de febrero de 1918, se afirmaba

que los gastos del gobierno para ese año se calculaban en 28 000 millones de *sovznaki* y los «ingresos» previstos no superaban los 5000 millones. La matemática más rudimentaria indicaba que, sea cual fuere la moneda en la que se pagara a los defensores armados, si no cesaba la huelga del sector bancario, el régimen bolchevique tenía los días contados[433].

De manera que, como consecuencia de ello, sus enemigos se multiplicaban. En la región del Don, los generales Alexéiev y Kornílov estaban reuniendo a un ejército de voluntarios para luchar por la causa de la depuesta asamblea constituyente bajo la protección de los cosacos del Don a las órdenes del atamán Kaledin, aunque ni el propio Kaledin parecía seguro de la lealtad de sus hombres. Tras superar algunas fricciones relacionadas con la cadena de mando, Alexéiev accedió a ceder el mando de las tropas a Kornílov y a ocuparse él personalmente de los asuntos políticos, financieros y diplomáticos. En febrero de 1918 el ejército de voluntarios contaba con 4000 hombres armados, una fuerza lo bastante grande como para llamar la atención de los bolcheviques. Estos enviaron hacia el sur a las pocas tropas de confianza del régimen, una fuerza de unos 6000 o 7000 hombres bajo el mando de Vladímir A. Antónov-Ovséienko, con la misión de acabar con los voluntarios antes de que fuera demasiado tarde. Llegaron a Rostov el 23 de febrero y a Novocherkask, la capital cosaca, el 25 de ese mes. Los cosacos del Don se negaron a pelear y el ejército de voluntarios, muy superado en número por el enemigo, emprendió una huida hacia el sur en lo que pronto se conocería como la legendaria «marcha por el hielo». Kaledin se suicidó, avergonzado por la deserción de sus cosacos del Don que, en mayo, eligieron a un nuevo atamán: el general P. N. Krasnov[434].

Fue una victoria pírrica para los rojos. Al enviar a sus mejores tropas hacia el sur para luchar contra los voluntarios, los bolcheviques habían dejado desprotegidos los flancos norte y oeste y, de este modo, habían renunciado a la posibilidad de someter a la rebelde Ucrania. Aunque algunos guardias rojos, casi todos marineros radicales de la flota del Báltico, resistían en Helsinki, un ejército antibolchevique, bajo el mando del general Carl Gustav Mannerheim, ya controlaba el resto de Finlandia y amenazaba con tomar la capital. En Ucrania, Kiev se había convertido en un campo de batalla multinacional, donde franceses, ingleses y oficiales zaristas rusos peleaban en nombre de la Rada. Según un agente alemán de Estocolmo, que había hablado con el veterano bolchevique Lev Kámenev, los bolcheviques «contaban con una guerra entre Rusia y Ucrania». En el puerto de Arcángel en el mar Blanco, la Marina Real Británica mantenía un escuadrón en mar abierto, con su tripulación a bordo, listo para proteger los recursos militares enviados a Rusia antes de la revolución de Octubre[435].

En Siberia, el panorama estratégico resultaba aún peor para Moscú. En Vladivostok, al igual que en Arcángel, había almacenadas grandes cantidades de material bélico enviado a través del Pacífico desde Estados Unidos. El 18 de enero de 1918 llegaron a Vladivostok dos buques de guerra japoneses para evitar que estos equipos cayeran en manos hostiles, bien bolcheviques, bien alemanas. Los japoneses mandaron armas y munición al jefe de las «hordas cosacas de Transbaikalia», Grigori Semiónov, que controlaba gran parte del norte de Manchuria. Tras un alarmante informe según el cual grupos de bolcheviques armados habrían «exterminado» a los comerciantes franceses y británicos de Irkutsk y habrían «destruido sus propiedades», el gobierno francés propuso crear una fuerza multinacional, compuesta por

franceses, británicos, estadounidenses, japoneses y chinos, que «saldría de Manchuria y cortaría la vía férrea del Transiberiano». Rusia había caído tan bajo que hasta China se contaba entre sus enemigos, en lo que constituía una clara inversión de la humillante expedición de las ocho potencias de 1900: China se apresuró a enviar a unos 1000 hombres a Siberia[436].

¿Se sumarían los alemanes? En una reunión del Consejo de la Corona, celebrada el 13 de febrero de 1918, Ludendorff propuso iniciar una audaz ofensiva contra Rusia, en la que amenazaría con ocupar Petrogrado si los bolcheviques se negaban a firmar el tratado de Brest-Litovsk. Paradójicamente, creía que era la única forma de acabar la guerra en el este de un modo lo bastante rápido como para poder llevar a cabo su ofensiva de primavera en el frente occidental. Kühlmann, hablando en nombre del Ministerio de Asuntos Exteriores, que aún sentía cierta debilidad por el régimen que había ayudado a crear, advirtió sobre la necesidad de no dejarse arrastrar por el «contagio revolucionario» y propuso que los alemanes volvieran a su política de 1917 y que renunciaran al frente oriental para no provocar una contrarrevolución patriótica contra Lenin. Kühlmann expuso sus razones, pero el káiser Guillermo II, indignado por el hecho de que los bolcheviques habían incitado a sus soldados a amotinarse, tomó partido por Ludendorff[437].

A Guillermo II le habían impresionado los informes de los servicios de Inteligencia sobre «la locura que reinaba en Petrogrado». El asunto se había convertido en un importante motivo de preocupación para el alto mando alemán ahora que Hoffmann pensaba ocupar la ciudad. Los agentes alemanes de Petrogrado (sobre todo Walther von Kaiserlingk, un oficial reaccionario de la marina) contaban a los almirantes historias de ataques a la propiedad privada por toda la

zona del Báltico. Estonia también parecía preocupada debido al elevado número de prósperos alemanes del Báltico que vivían allí y que constituían objetivos para la «expropiación». Resulta significativo que el 6 de febrero los agentes alemanes archivaran dos informes en los que se alertaba sobre el «terror que se imponía a marchas forzadas». Ese mismo día Lenin explicaba en un famoso editorial de *Pravda* el imperativo marxista de «expropiar a los expropiadores» e incitaba a los proletarios rusos a robar a sus vecinos más acaudalados. «La burguesía», escribió Lenin, «está escondiendo su botín en cofres [...], las masas deben hacerse con estos saqueadores y obligarles a devolver lo robado [es decir, el capital adquirido por medio de la explotación del trabajo de los proletarios]. Debéis actuar así en cualquier lugar. No permitáis que [la burguesía] escape o todo fallará [...]. Cuando un cosaco preguntó si era verdad que los bolcheviques saqueaban, un anciano replicó: "Sí, saqueamos a los saqueadores"»[438].

A la vista de informes tan alarmantes, el káiser Guillermo decidió que ya había tolerado suficientes embustes. «Los bolcheviques son tigres», dijo, «y hay que exterminarlos con todos los medios a nuestro alcance». Aunque por el momento no se resolvió la cuestión de la ocupación de Petrogrado, el káiser dejó claro que, al menos, quería garantizar que los bolcheviques no siguieran sembrando el terror en la región «alemana» del Báltico. Ludendorff, por su parte, señaló la necesidad de tomar Ucrania antes de que el bolchevismo la destruyera. Se autorizó a Hoffmann a reanudar la ofensiva en el frente oriental el 17 de febrero (esta recibió un nombre en clave muy poco sutil: *Faustschlag* [literalmente, «puñetazo»]). Según un corresponsal de la *Vossische Zeitung*, la noticia se celebró en toda Alemania «con vaca-

ciones escolares, fiesta en las calles y repique de campanas en algunas ciudades»[439].

El 18 de febrero, tras comprobar con un somero reconocimiento aéreo que no había formaciones enemigas a la vista, los ejércitos alemanes marcharon hasta Dvinsk, que había acogido hasta muy recientemente el cuartel general del V ejército ruso, y prosiguieron por el norte hasta Estonia. En Galitzia los alemanes tomaron Lutsk el primer día y descendieron de forma rápida hacia el sudoeste de Ucrania, en dirección hacia la península de Crimea. La ocupación alemana se intentó justificar políticamente mediante una proclama en ruso, en la que se denunciaba a la dictadura bolchevique, la cual «ha levantado su mano ensangrentada contra lo mejor de vuestro pueblo, así como contra los polacos, los letones y los estonios»[440].

Hallaron poca resistencia. En los primeros cinco días, los alemanes avanzaron unos 240 kilómetros a lo largo de la línea que iba del Báltico a los Cárpatos. Siete soldados alemanes aceptaron la rendición de 600 cosacos en una estación de ferrocarril. El comandante en jefe ruso, el alférez Krilenko, muy sobrepasado por los acontecimientos, observó con tristeza: «No tenemos ejército. Nuestros soldados, desmoralizados, huyen presas del pánico a la vista de las bayonetas alemanas y abandonan la artillería, los transportes y la munición. Acaban con las divisiones de la guardia roja como si fueran moscas». El general Hoffmann escribió en su diario con una buena dosis de *Schadenfreude* [alegría por el mal ajeno]: «Es la guerra más cómica a la que he asistido nunca. Ponemos a un puñado de soldados de infantería con ametralladoras y un fusil en un tren y los enviamos a la siguiente estación; la toman, hacen prisioneros a los bolcheviques, se unen a nuevas tropas, etcétera. En todo caso, este procedimiento tiene el encanto de la novedad»[441].

Trotski se había pasado de listo. Para escenificar su «demostración aleccionadora» los bolcheviques habían invitado a los enemigos de Rusia a destruirla. Cuando Krilenko envió un telegrama a Brest-Litovsk para solicitarle a Hoffmann que detuviera la ofensiva, el alemán se negó: «El antiguo armisticio», replicó Hoffmann, «está muerto y no lo podemos revivir», aunque admitió que los rusos estaban en su derecho de pedir otro. Mientras tanto, «la guerra continuará [...] hay que proteger a Finlandia, Estonia, Livonia y Ucrania». Los alemanes tomaron rápidamente Tartu (Dorpat), Reval (Tallin), Narva y el lago Peipus. El 23 de febrero, tras haber asegurado su control sobre Estonia, Hoffmann envió un tratado de paz revisado y mucho más duro a los bolcheviques: los invitaba a volver a Brest-Litovsk para firmarlo[442].

Durante la noche del 23 al 24 de febrero Lenin reunió al comité central bolchevique para discutir los términos de Hoffmann y su propia propuesta de aceptarlos. Trotski, desanimado, moderó su oposición, pero no quiso votar por la paz. Bujarin defendía firmemente su política de *partizanstvo* y votó en contra junto con otros tres «comunistas de izquierdas» disidentes. Como Trotski y otros tres se abstuvieron, Lenin necesitaba cinco votos más para que se aprobara su propuesta de aceptar la paz con Alemania: sumando el suyo, obtuvo siete. Fue al palacio Táuride para exponer el asunto al Congreso de los Sóviets, cuya aprobación de los tratados internacionales era obligatoria según los estatutos de la República Socialista Federativa Soviética de Rusia (RSFSR) aprobados en enero. Para vencer la tenaz oposición con la que se encontró, Lenin afirmó que a Rusia no le quedaba más remedio que «firmar este vergonzoso tratado para salvar la revolución mundial». Su moción fue aprobada por una mayoría de 116 votos a favor, 85 en contra y 26 absten-

ciones. A las cuatro y media de la madrugada del 24 de febrero de 1918, se envió un telegrama a Berlín en el que se explicaba que el Sovnarkom «se ve obligado a firmar el tratado y a aceptar las condiciones de la delegación de las cuatro potencias de Brest-Litovsk». El único problema que quedaba por resolver era quién estaría dispuesto a ir a Brest-Litovsk para firmar el humillante tratado. El dudoso honor recayó sobre Sokólnikov, el comisario de Bancos[443].

Los alemanes siguieron avanzando, tomaron Minsk y Pskov y subieron hacia la Rusia blanca. El 1 de marzo las tropas alemanas entraron en Kiev, lo que permitió a Hoffmann llegar a acuerdos con la Rada y hacer los arreglos necesarios para enviar trigo ucraniano a Berlín, Viena y Constantinopla, que lo necesitaban desesperadamente. El 2 de marzo los aviones alemanes llegaron a bombardear Petrogrado. La necesidad de firmar el tratado era evidente y Sokólnikov estampó su rúbrica en el tratado de Brest-Litovsk el 3 de marzo[444].

Los términos eran draconianos. Además de la «completa desmovilización del ejército ruso», los alemanes estipularon que Lituania, Letonia, Estonia, Finlandia, las islas Áland, en el Báltico, y Ucrania «debían verse libres de tropas rusas y guardias rojos de inmediato», y los turcos insistieron en incluir en el elenco «los distritos de Ardahan, Kars y Batum en el Cáucaso». Al perder la soberanía en estas provincias Rusia cedió 3,4 millones de kilómetros cuadrados, la cuarta parte del territorio del antiguo Imperio zarista, donde vivían 62 millones de personas, el 44 por ciento de su población. Se estima que las pérdidas económicas afectaron a una tercera parte de su capacidad de producción agrícola, a tres cuartas partes de la producción de hierro y carbón, a 9000 de 16 000 «empresas industriales» y al 80 por ciento de su producción de azúcar. Aunque en el artículo 9 se afirmaba que no se pe-

dirían «indemnizaciones de guerra», en el artículo 8 se mencionaban «reparaciones» en calidad de «reembolso» de los costes generados por los prisioneros de guerra (puesto que los alemanes habían hecho varios millones de prisioneros de guerra rusos más que al revés). Se garantizaba a quienes tenían nacionalidad alemana un estatus extraterritorial en Rusia, lo que impedía que sus bienes fueran nacionalizados y suponía estupendas concesiones económicas. Como insulto de última hora se exigió a los rusos que reconocieran a la Rada de Kiev. Se ordenó a la flota del mar Negro rusa que volviera a sus puertos ucranianos: «y que permanezca allí hasta que se firme una paz general o se produzca el desarme»[445].

Aunque Sokólnikov firmara el humillante tratado, en términos políticos era una criatura de Lenin. Cuando este llegó al palacio Táuride, durante la noche del 23 a 24 de febrero, los delegados socialistas revolucionarios le recibieron con gritos de «¡Abajo el traidor!», «¡Judas!» y «¡Espía alemán!». Lenin, imperturbable, preguntó a sus críticos si creían que «la senda de la revolución proletaria era un camino de rosas». El 6 de marzo, Lenin adoptó el mismo tono condescendiente en las páginas de *Pravda* y aconsejó a Bujarin y al resto de «comunistas de izquierdas» que estudiaran historia militar para aprender el valor de las treguas tácticas, como la paz de Tilsit, firmada entre el zar Alejandro I y Napoleón en 1807, que había comprado el tiempo necesario para que Rusia acabara venciendo. «Dejemos de hacer sonar nuestras trompetas», concluía Lenin, «y retomemos el trabajo serio»[446].

El 7 de marzo, para demostrar que no era un instrumento en manos de Berlín, Lenin ordenó el traslado del gobierno de Petrogrado al Kremlin de Moscú, fuera del alcance de los aviones de guerra alemanes, donde ha permanecido desde

entonces. Resulta muy significativo que Lenin pidiera ayuda para organizar la logística a la misión militar francesa. Puesto que los alemanes se adentraban en Rusia sometiéndola, podría tener sentido ayudar a las potencias de la entente, enemigas de Alemania, mientras Rusia tuviera algo que ofrecer. Como muestra de buena voluntad, el 1 de marzo Trotski autorizó el desembarco de tropas aliadas en Arcángel y Múrmansk; cinco días después desembarcaron 130 marineros de la Marina Real Británica. El 5 de marzo, Trotski pasó una nota al coronel Raymond Robins, el oficial de enlace estadounidense ante el gobierno bolchevique, en la que le preguntaba si el «gobierno del sóviet» podía «contar con el apoyo de Estados Unidos [...] en su lucha contra Alemania». Trotski también contactó con Bruce Lockhart, un joven escocés, especialista en diplomacia rusa, que llegó a Rusia en calidad de enviado privado del gabinete británico. Aunque Trotski no obtuvo promesas concretas de ayuda militar (ni el compromiso de los aliados de frenar a los japoneses en Siberia), cuando se ratificó formalmente el tratado de Brest-Litovsk, el 14 de marzo, las relaciones con Londres y Washington mejoraron mucho. París sería un hueso más duro de roer debido a la decisión de Lenin de rechazar en su conjunto, el 10 de febrero de 1918, la deuda exterior rusa. Francia había invertido mucho en el régimen zarista anterior a la guerra y había más de un millón de furiosos titulares de bonos del Estado rusos; estaban tan desesperados por recuperar sus pérdidas que dieron a los bolcheviques cierto margen en sus negociaciones con Francia[447].

Lenin y Trotski procuraban reconstruir las fuerzas armadas rusas sin perder de vista ni a la entente ni a las potencias centrales. Abandonaron el sueño socialista de las milicias partisanas y dieron paso a un ejército profesional. El 28 de enero el Sovnarkom había creado, con un desembolso

inicial de 20 millones de rublos, un Ejército Rojo de Obreros y Campesinos (EROC [ejército rojo]) que debía ocupar el lugar del ejército imperial desmovilizado. El 13 de marzo Trotski dejó el Ministerio de Asuntos Exteriores y se convirtió en comisario de la Guerra. Su sucesor como ministro de Asuntos Exteriores, el exmenchevique Gueorgui Chicherin, procedía de una familia noble con una larga tradición diplomática, otro signo del evidente giro del régimen hacia la profesionalización. Resulta muy significativo que Lenin y Trotski decidieran contratar a exoficiales zaristas en calidad de «expertos militares» (*voienspetsi*) para entrenar a los reclutas, una política autorizada formalmente por el Sovnarkom el 31 de marzo, a pesar de la enérgica oposición de Krilenko y del comité central. En el curso de las negociaciones con Lockhart y Robins, en marzo de 1918, Trotski llegó a pedir ayuda a oficiales británicos y estadounidenses para entrenar al ejército rojo, una petición a la que, el 3 de abril, decidieron acceder Londres y Washington, a condición de que los rusos aceptaran el desembarco japonés en Vladivostok (requisito que bastó para acabar con la propuesta). El 18 de abril se creó una nueva oficina del comisariado que institucionalizó una práctica que se mantendría durante toda la era soviética: la asignación de comisarios para supervisar a los oficiales del ejército. El 8 de mayo, Lenin y Trotski hasta recuperaron la Stavka, que adquirió el nuevo nombre de Estado Mayor Panruso. Salvo por el nombre y la asignación de comisarios políticos, Lenin y Trotski habían vuelto a crear el ejército imperial ruso[448].

Aunque fueron reformas de largo alcance, no hacían mucho por remediar las amenazas inmediatas a las que se enfrentaba el régimen en la periferia de Rusia. Al separar formalmente a Rusia de sus antiguas provincias de Finlandia, Ucrania y Transcaucasia, el tratado de Brest-Litovsk, más

que un «respiro», constituyó una incitación a la invasión. Las tropas alemanas desembarcaron en el sur de Finlandia a principios de abril y avanzaron desde el norte junto con los «finlandeses blancos» de Mannerheim y conquistaron Helsinki el 13 de abril, con lo que acabaron con el último bastión bolchevique en Finlandia. En el frente de la Rusia blanca, los alemanes tomaron Moguilov, el antiguo cuartel general ruso. En las tierras fronterizas del oeste de Ucrania, los habitantes de Besarabia, que hablaban rumano, ya habían proclamado la República Popular de Moldavia y habían jurado lealtad a Rumanía en abril de 1918. Aunque la unión no sería oficial hasta que se ratificaran los tratados de posguerra, Rusia había perdido Besarabia. Lo único que podían hacer los bolcheviques en respuesta era apropiarse de las reservas de oro de los rumanos, que estos tontamente habían enviado por barco a Petrogrado en 1916 para su custodia,[ex8].

Ucrania era el premio gordo. A mediados de marzo de 1918, hasta los desventurados austrohúngaros participaban en el juego, pues tomaron Berdychiv en el norte de Ucrania y después se desplazaron hacia el sur para conquistar Odesa con ayuda de los alemanes. Un cuerpo de ejército de Alemania del sur, liderado por el temible general August von Mackensen (arquitecto del avance alemán en Gorlice-Tarnów en 1915), conquistó Nikoláiev, sede de los arsenales rusos del mar Negro, y Jersón, antes de invadir la península de Crimea. Von Mackensen entró en la gran base naval de Sebastopol durante el Primero de Mayo de 1918 y le restregó a Lenin su derrota por las narices. En Ucrania del este una guardia avanzada alemana, bajo el mando del general Wilhelm Gröner, entró en Járkov el 8 de abril y tomó rápidamente la región estratégica de Donéts (Donbáss) con sus numerosas minas y fábricas. El 8 de mayo había tropas ale-

manas tan al este como Rostov del Don (donde establecieron contacto con los cosacos del Don y con el ejército de voluntarios) y Taganrog; enviaron equipos de exploradores hacia el este, a Tsáritsin (más tarde Stalingrado, hoy Volgogrado), a orillas del Volga. En diez semanas los ejércitos alemanes habían conquistado un territorio ruso mayor que Alemania. Hurgando en la herida, Hoffmann escribió en su diario: «Las teorías de Trotski no han pasado la prueba de los hechos»[449].

Los alemanes no eran los únicos que se aprovechaban de la debilidad de los rusos. Los ejércitos otomanos dieron un vuelco sorprendente, considerando lo cerca que había estado Rusia de derrotar a su viejo enemigo turco en 1916-1917, y no dejaron de avanzar, tal vez porque encontraron poca resistencia, hasta reconquistar Trabzon [Trebisonda], Erzincan y la fortaleza Erzurum el 12 de marzo, con lo que, en cuestión de días, recuperaron todo lo que Rusia había ganado a tan alto precio con sus victorias de 1916. A finales de mes, se había vuelto a las fronteras de 1914. El 4 de abril, los turcos entraron en Sarıkamış y pudieron borrar el recuerdo de una memorable derrota turca acaecida en el primer invierno de la guerra. Tras recorrer la provincia de Ardahan, Vehip Pasha, el comandante otomano, aceptó la rendición de Batum el 12 de abril. El 25 de abril el Ier ejército otomano del Cáucaso entró en Kars sin encontrar apenas resistencia. En dos meses, el Imperio otomano había retrasado el reloj de su eterna guerra con Rusia unos 45 años y había recuperado las fronteras de 1877[450].

El ejército de voluntarios, cubierto por los avances de alemanes y otomanos, empezaba a reagruparse en el norte del Cáucaso. El general Kornílov murió al recibir el impacto de un proyectil el 11 de abril, cuando estaba examinando un mapa en una granja a las afueras de Ekaterinodar [Krasno-

dar]. Fue un gran golpe para la causa, pero los voluntarios encontraron un nuevo comandante en jefe, el general Antón Denikin, un soldado profesional, como Kornílov, de humilde procedencia. A principios de mayo de 1918, justo cuando los alemanes penetraban en la región del Don, los voluntarios regresaron a Novocherkask triunfantes y establecieron contacto rápidamente con el general Gröner. La Rusia bajo el control de los bolcheviques se encontraba encajonada entre los montes Urales y los ejércitos alemanes por el norte, el oeste y el sudoeste de Moscú y Petrogrado, y los voluntarios impedían el acceso de los bolcheviques a las minas de carbón y a las zonas industriales de Ucrania, así como a Bakú y a las refinerías de petróleo de la cuenca del mar Caspio.

Para contrarrestar la invasión de las potencias centrales, los bolcheviques se vieron obligados a tragarse su orgullo y pedir ayuda a los aliados «capitalistas» de Rusia de tiempos de la guerra. Trotski y Lenin suplicaron a Londres y Washington que retuvieran a los japoneses en Vladivostok y ganaron con un antiguo truco: la guardia roja tomó la ciudad el 24 de marzo. Sin embargo, constituyó una victoria breve. El 4 de abril bandidos armados (que tal vez no tuvieran nada que ver con los guardias rojos bolcheviques) atracaron una tienda de la ciudad propiedad de japoneses. Al día siguiente, desembarcaron 500 marineros japoneses y se dispersaron por la ciudad. Los japoneses habían puesto los pies en la Rusia asiática y no la abandonarían fácilmente.

Para hacer aún más explosiva la situación en Vladivostok, los cónsules aliados estaban esperando con impaciencia la llegada de una improvisada legión de casi 50 000 soldados checoslovacos, la mayoría súbditos de los Habsburgo que habían sido apresados por los rusos en el frente oriental. La idea consistía en embarcar a los checos en Vladivostok con

destino a Francia, donde reforzarían a los aliados en el frente oeste. En unos días en los que las potencias centrales le estaban castigando duramente, Lenin tuvo un gesto de buena voluntad hacia París, Londres y Washington al firmar un salvoconducto para los checos el 15 de marzo. En respuesta al desembarco japonés en Vladivostok del 5 de abril, los bolcheviques detuvieron el Transiberiano en el que viajaba la legión hacia el este desde Penza. Bajo la feroz presión de sus aliados (sobre todo de los franceses, que eran quienes más tenían que ganar si los checos llegaban a Francia), los japoneses decidieron retirar a sus marineros de Vladivostok el 25 de abril. Hubo un momento, a principios de mayo, en el que parecía que los bolcheviques y la entente podrían llegar a un acuerdo gracias a la antipatía que todos sentían hacia las rapaces potencias centrales: en ese momento los alemanes se encontraban despedazando la región del Don[451].

Entonces intervino el destino en la línea del Transiberiano. El 14 de mayo ocurrió algo completamente fortuito que reflejaba muy bien el caos en el que estaba sumida la Rusia bolchevique de 1918. Mientras la legión checoslovaca, deseosa de pelear para la entente y de reclamar su independencia después de la guerra, se dirigía hacia el este en el Transiberiano, un destacamento de prisioneros de guerra húngaros proalemanes liberados volvía a casa en dirección contraria. Los trenes, llenos de antiguos súbditos de los Habsburgo enfrentados entre ellos, acabaron uno al lado del otro en una vía muerta cerca de Cheliábinsk. Surgió una disputa y un húngaro arrojó un enorme trozo de chatarra (o puede que fuera una palanca) a un soldado checoslovaco, que dio contra su cabeza y lo mató. Los camaradas de la víctima checa lincharon al húngaro y usaron el incidente como un pretexto para tomar la estación de tren y, después, cuan-

do el sóviet local protestó, también el arsenal y, por último, toda la ciudad de Cheliábinsk[452].

Ahora Lenin tenía motivos para lamentar su decisión de permitir que los checos abandonaran Rusia con sus armas. Era un problema que había heredado de Kérenski, como tantos otros, pues este había autorizado la creación de la legión para apoyar su ofensiva en Galitzia prevista para junio-julio de 1917 (dos divisiones participaron en el combate). Cuando Lenin tomó su decisión, a mediados de marzo de 1918, los intereses de bolcheviques, aliados y checoslovacos coincidían. Las tropas de la legión se encontraban apostadas en el oeste de Ucrania debido al avance austroalemán. En algunas zonas llegaron a pelear contra los invasores a finales de febrero. El hecho de que Lenin hubiera permitido que una legión fuertemente armada de 50 000 extranjeros cruzara Ucrania y el sur de Rusia de camino a Penza, solo unos pasos por delante de los ejércitos invasores de las potencias centrales, demuestra el penoso estado al que había quedado reducida Rusia. Los bolcheviques habían puesto la condición, firmada por Stalin (comisario de Nacionalidades) el 26 de marzo, de que se desarmara parcialmente a la legión en Penza, de manera que hicieran el resto del trayecto en el Transiberiano solo con 168 fusiles y una única ametralladora por vagón, «viajando no como unidades de combate, sino como ciudadanos libres que llevan armas para protegerse». Sin embargo, resultó difícil hacerles cumplir esta condición y, como era de esperar, los checoslovacos conservaron la mayor parte de sus armas[453].

Los bolcheviques tuvieron la mala suerte de que, en el momento de la provocación húngara en Cheliábinsk, los hombres de la legión checoslovaca estuvieran diseminados a lo largo de las vías del Transiberiano de Penza a Vladivostok y constituyeran la mejor fuerza armada en muchos kiló-

metros a la redonda. El 18 de mayo Lenin convocó un Congreso del Ejército Revolucionario Checoslovaco en Cheliábinsk. El 21 de mayo Trotski ordenó desarmar a la legión y mandó arrestar a los miembros del Consejo Nacional Checoslovaco de Moscú, una especie de brazo político de la legión. El 23 de mayo, el congreso de Cheliábinsk decidió desafiar a Trotski y no desarmarse. El 25 de mayo Trotski emitió una orden complementaria que equivalía a una declaración de guerra: «Por la presente se ordena a todos los sóviets que desarmen de forma inmediata a los checoslovacos. Se fusilará en el acto a cualquier checoslovaco armado a quien se encuentre en las vías férreas; si en los trenes habilitados para el transporte de tropas se localiza a un solo hombre armado, habrán de bajar todos los soldados y serán internados en campos de prisioneros de guerra».

Trotski quería guerra y la tuvo, pero el orden de batalla no le favorecía. El 25 de mayo la legión, bajo el mando de un autoproclamado «general» llamado Radola Gajda, se había hecho con el control de las vías férreas y de las estaciones de telégrafo de Mariinsk y Novonikoláievsk (Novosibirsk) y había cortado las comunicaciones entre Moscú y el este de Siberia. El 28 de mayo los checos tomaron Penza; Tomsk cayó el 4 de junio y Omsk, el 7 de junio. El 8 de junio, 8000 soldados checoslovacos capturaron la capital regional de Samara, «como si estuviéramos apilando heno con una horqueta», recordaría uno de ellos después. A principios de julio, cayó Ufá; el 11 de julio los checos arrebataron el control de Irkutsk a los prisioneros de guerra austroalemanes que constituían la guardia roja local. Como una avanzadilla ya había tomado Vladivostok, el Transiberiano, de Penza al Pacífico, se encontraba en manos de los checoslovacos[454].

Gracias al avance checo, los atribulados liberales y socialistas no bolcheviques de Rusia empezaron a planear su re-

greso. En Omsk, un comité proclamó el gobierno de Siberia occidental el 1 de junio. En Samara, los diputados que habían huido de Petrogrado cuando los bolcheviques disolvieron el Parlamento en enero formaron un «Comité para la Asamblea Constituyente» (Komuch), con el fin de restablecer su autoridad. Para obtener el apoyo de la entente, el Komuch denunció el tratado de Brest-Litovsk y prometió hacerse cargo de la deuda que Lenin no pensaba pagar. Aunque su autoridad no llegaba más allá de Samara, el Komuch había dado un paso importante, pues millones de rusos podrían unirse en torno a una causa común como el restablecimiento de la autoridad de la asamblea constituyente, incluido el ejército de voluntarios de Denikin[455].

En julio de 1918 Rusia era una sombra de lo que había sido. Checos y eslovacos gobernaban las ciudades de Siberia y el interior se encontraba bajo el dominio de los cosacos siberianos. Los cosacos de Transbaikalia de Semiónov lo controlaban todo hasta Manchuria, mientras que sus protectores japoneses tenían la vista puesta en Vladivostok. Finlandia se había perdido para siempre. La antigua Polonia rusa, el área del Báltico, la Rusia blanca y Ucrania se habían convertido en satélites alemanes patrullados por un millón de hombres de las fuerzas de ocupación: solo en Ucrania había 600 000 soldados alemanes. Los cosacos del Don imperaban en la región del río Don, los cosacos de Kubán y los voluntarios, en el norte del Cáucaso, y los turcos se habían hecho con Transcaucasia. Una fuerza expedicionaria alemana estaba en Georgia. La política de paz de Lenin no había permitido al país escapar de la guerra mundial, sino que había convertido a Rusia en el patio de recreo de las potencias extranjeras. El futuro del bolchevismo parecía sombrío.

17

UN RESPIRO

Si algo bueno tuvo el colapso del poder del sóviet en Siberia, se debió a la diplomacia. La inverosímil conquista de la legión checoslovaca no solo alarmó a los bolcheviques, sino también a los alemanes. El 20 de mayo, justo cuando el combate retórico entre Trotski y la legión checoslovaca se agudizaba, el gobierno alemán comunicó a Adolf Joffe, embajador del sóviet en Berlín, que la ofensiva de Hoffmann en el este había concluido y que los alemanes no albergaban la intención de ocupar ni Moscú, ni Petrogrado. Ludendorff había tenido graves problemas en el frente occidental, pues, aunque su ofensiva del 21 de marzo le reportó buenas ganancias territoriales, no había logrado llegar a París, ni acabar con la moral del enemigo. Mientras tanto, en el este, los alemanes apagaban incendios desde Finlandia hasta el mar Negro. El 30 de abril, cuando las primeras baterías de artillería alemanas avistaron Sebastopol, las tripulaciones bolchevizadas hundieron los dos últimos acorazados del mar Negro, además de 20 barcos lanzatorpedos, destructores y barcos de transporte que los alemanes esperaban apropiarse intactos. Resultó que la Rada ucraniana era incapaz de proporcionar el trigo que había prometido. El general Gröner escribió a Ludendorff que, en Kiev, donde los ale-

manes habían asumido ingenuamente que fluirían «la leche y la miel», «ni siquiera podemos conseguir pan». El 28 de abril, Gröner ordenó a las tropas alemanas que disolvieran la Rada y que arrestaran a sus líderes (el ministro del Interior escapó saltando por una ventana). En su lugar nombró a un veterano del ejército zarista, Pavló Skoropadski, miembro de la horda cosaca de Zaporizhia que había gobernado la mayor parte de Ucrania entre 1649 y 1764, para que gobernara en calidad de *hetman*. Ludendorff corría el riesgo de perder la guerra en ambos frentes y Ucrania se estaba convirtiendo en un terrible dolor de cabeza. No tuvo más remedio que moderar su oposición a los bolcheviques[456].

Sin embargo, quería atar corto a Lenin. El alto mando alemán estaba indignado por la huida de la flota del mar Negro y por la negativa de los bolcheviques a dejar de repartir propaganda entre los soldados alemanes (y a repatriar a los prisioneros de guerra alemanes), como exigía el artículo 2 del tratado de Brest-Litovsk. A finales de abril, los alemanes habían abierto una embajada en Moscú y habían puesto al frente de ella al conde Wilhelm von Mirbach. Para apoyar al gobierno de Lenin, la embajada alemana financiaba directamente al ejército rojo, sobre todo a los fusileros letones, que estaban bajo el mando del general Jukums Vācietis, la única unidad imperial que había sobrevivido intacta a la desmovilización. Aun así, Von Mirbach hubo de tragarse unos cuantos insultos, como la negativa de Lenin de recibirlo a su llegada o el sorprendente desfile de prisioneros de guerra alemanes organizado por los bolcheviques en la plaza Roja. Llevaban pancartas en alemán en las que se leía «Camaradas alemanes, derrocad a vuestro káiser como los camaradas rusos han derrocado a su zar». Ludendorff siempre contó con la posibilidad de ocupar Moscú y Petrogrado y acabar con el odioso régimen de Lenin. Volvió a proponerlo el

9 de junio, cuando afirmó: «No podemos esperar nada de este gobierno del sóviet, aunque dependa de nosotros para sobrevivir». Von Mirbach y su adjunto, Kurt Riezler, contemplaban el caos ruso desde primera fila y se mostraron de acuerdo con Ludendorff, a condición de que el Ministerio de Asuntos Exteriores revisara el acuerdo de Brest-Litovsk con el fin de hacerlo aceptable para un gobierno ruso menos radical, del que, posiblemente, formarían parte el ala derecha de los socialistas revolucionarios y los kadetes, con los que Riezler ya había tenido algunas conversaciones. El líder de los kadetes, Pável Miliukov, refugiado en Ucrania, había abierto una línea de comunicación con las autoridades alemanas de Kiev y los voluntarios de Denikin habían entrado en contacto con los ejércitos alemanes de la región del Don[457].

El káiser Guillermo II se enfrentaba a una difícil decisión. Richard Kühlmann, secretario de Estado, que hablaba por el Ministerio de Asuntos Exteriores, propugnaba reiniciar la política de guerra de febrero. En un largo memorándum enviado al káiser, criticaba con dureza la propuesta de Ludendorff. Kühlmann no había podido evitar el desperdicio de recursos en una ocupación a gran escala de la Rusia europea y ahora señalaba que no debían reforzar el fracaso. «Solo tenemos un interés fundamental», afirmó, «incentivar la descomposición y procurar que el país siga siendo débil mucho, mucho tiempo». Kühlmann propuso al káiser que, en vez de «inmiscuirse en los asuntos internos de ese país», permitiera a los bolcheviques «seguir de momento al frente», dado que, por su debilidad, no tenían más remedio que «aparentar lealtad hacia nosotros y mantener la paz». Parecía un argumento convincente. El 28 de junio, el káiser tomó partido por Kühlmann, más resignado que entusiasmado, y decretó que los alemanes «no realizarían operaciones

militares en Rusia». Ordenó a Von Mirbach y a Riezler romper las negociaciones con los kadetes y el ala derecha de los socialistas revolucionarios e informar al acosado gobierno de Lenin que «podía retirar tropas de Petrogrado sin peligro para lanzarlas contra los checos»[458].

Esta decisión del káiser dio un respiro a los bolcheviques en un momento decisivo. El 1 de julio estalló el largamente esperado brote de cólera en Petrogrado, con 456 casos registrados solo en la primera semana y, el 14 de julio, otros 4247; casi una cuarta parte de los enfermos murió. Al abandonar Petrogrado, los bolcheviques habían escapado a la epidemia, pero también habían relegado la ciudad al olvido. Según un censo realizado en junio, la población de Petrogrado se había reducido casi a la mitad a principios de 1917, de 2,3 millones a menos de 1,5, y eso antes de que el cólera hiciera estragos en la ciudad. La disminución se debía sobre todo a la escasez de alimentos, que era tan grave que, durante el verano de 1918, los bolcheviques habían creado «brigadas para la obtención de alimentos» que arrebataban el trigo a la fuerza a los campesinos de los alrededores. Tras los muros de ladrillo del Kremlin de Moscú, el atribulado gobierno de Lenin, defendido por 35 000 fusileros letones, cuyos salarios pagaba la embajada alemana, se encontraba a salvo del cólera.

Gracias a la oportuna intervención del káiser, Lenin pudo lanzar a los letones contra la legión checoslovaca, que, a mediados de junio de 1918, había penetrado en la provincia de Perm y amenazaba con llegar a Ekaterimburgo, en los montes Urales, por el sudeste, y a Kazán, por el sudoeste. En Kazán no solo se encontraba el mando del ejército rojo del este, sino también la mitad de las reservas del oro imperial, cerca de 500 toneladas métricas de lingotes, con un valor estimado de 330 millones de entonces o 33 000 millones de dó-

lares actuales. Los checos se hallaban a 145 kilómetros de Ekaterimburgo, que, debido a la reciente decisión de trasladar allí a la familia Románov desde Tobolsk, se había convertido, desde un punto de vista estratégico, en un lugar tan importante como Kazán. Los letones llegaron a la provincia de Perm a principios de julio, justo a tiempo de evitar que los checos hicieran prisionero al antiguo zar, a quien posiblemente habrían entregado a los aliados[459].

Sin embargo, al enviar al grueso de sus leales letones, Lenin había dejado Moscú en una posición vulnerable frente a los ataques de los opositores internos. Desde las disputas sobre Brest-Litovsk, el ala izquierda de los socialistas revolucionarios, que había tolerado el gobierno bolchevique hasta entonces, se opuso a lo que denominaron «el gobierno de los comisarios». Como sus bases estaban formadas por campesinos, la izquierda socialista revolucionaria se hallaba enardecida por las violentas requisas de alimentos, las cuales habían suscitado masivas protestas. El sentimiento era mutuo. Lenin había expulsado a la izquierda socialista revolucionaria de las sesiones del Sovnarkom a principios de abril, cuando el gobierno logró acabar, por fin, con la huelga del sector bancario. Permitieron a unos 4000-6000 huelguistas volver a sus puestos de trabajo y, de este modo, los bolcheviques pudieron hacerse con las reservas de oro y de efectivo del régimen anterior. El ala derecha del Partido Social-Revolucionario, los mencheviques y los kadetes nunca habían aceptado el gobierno de Lenin y se oponían tanto a Brest-Litovsk como la izquierda socialista revolucionaria[460].

La renovación de la alianza germanobolchevique a finales de junio de 1918 fue la puntilla para los patriotas rusos. En un congreso secreto del partido celebrado unos días antes, la izquierda socialista revolucionaria había decidido aprobar

una resolución en la que se exigía la derogación de Brest-Litovsk en el V Congreso de los Sóviets, que se reuniría en el teatro Bolshói de Moscú el 4 de julio. En febrero habían calificado a Lenin de «traidor», pero esta vez apuntaban al embajador alemán, el conde Mirbach: un objetivo fácil sentado en el palco de los diplomáticos. «¡Abajo la dictadura de Mirbach!», gritaron, en señal de menosprecio hacia Lenin, como si este no fuera alguien relevante. Con el fin de poner a prueba este punto sobre la colaboración con los alemanes, Trotski pidió permiso al congreso para «fusilar en el acto» a los detractores de las fuerzas de ocupación alemanas que se resistieran al arresto. Aunque la mayoría bolchevique votó en contra de la propuesta de la izquierda socialista revolucionaria de denunciar Brest-Litovsk, esta despertó la sed de sangre contra los «carniceros alemanes» que oprimían a Rusia. Esa misma noche, la carismática líder del ala izquierda del Partido Social-Revolucionario, Maria Spiridonova, una asesina legendaria de la revolución de 1905, contrató a dos matones para que acabaran con Mirbach, lo que se convertiría tanto en un acto simbólico de protesta como en la señal para iniciar el levantamiento de la izquierda socialista revolucionaria[461].

Mientras la izquierda socialista revolucionaria planeaba este complot en Moscú, la derecha socialista revolucionaria preparaba, casi simultáneamente, otro en el Volga al noreste de la capital. El segundo era obra de Borís Sávinkov, el comisario que había actuado como ministro de la Guerra en funciones de Kérenski durante el «asunto Kornílov». Tras la revolución de Octubre, Sávinkov había viajado al Don y había establecido contacto con los generales Alexéiev y Kornílov. Sávinkov era un alma más impaciente que los otros dos y formó su propia Unión para la Defesa de la Patria y de la Libertad y envió sus planes a los aliados para una rebelión

antibolchevique. El embajador francés entregó a Sávinkov 2,5 millones de rublos, que este usó para reclutar a exoficiales, entre ellos a un gran héroe de guerra, el teniente coronel A. P. Perjurov. Sávinkov pensaba tomar Yaroslavl, al noreste de Moscú, donde conectaba la única línea ferroviaria directa a Múrmansk, y mantener su posición hasta que los aliados enviaran refuerzos desde el norte. Promoverían levantamientos secundarios en las cercanas Rýbinsk y Múrom, una de las estaciones de la vía Moscú-Kazán en dirección este. En torno a las dos de la madrugada del 6 de julio, la unión de Sávinkov se alzó en armas y tomó fácilmente Yaroslavl[462] (donde estaba a cargo el muy competente teniente coronel Perjurov).

En Moscú, a las dos de esa tarde, los dos matones contratados por Spiridonova entraron en la embajada alemana, situada en Denezhni pereulok, en el distrito de Arbat, disfrazados de agentes de la Checa. Lo que ocurrió a continuación fue algo tan grotesco que recuerda al asesinato de Rasputín. Los asesinos descargaron una ristra de balas contra Mirbach y Riezler y fallaron todos sus tiros. Uno de los matones arrojó una bomba, pero tampoco acertó. Finalmente, el otro persiguió a Mirbach y le disparó en la parte posterior del cráneo. A las 15:15 el embajador había muerto[463].

El crimen fue tan chocante y resultaba tan potencialmente dañino para las relaciones entre el sóviet y Berlín que Lenin se presentó en la embajada alemana a las cinco de la tarde para expresar sus condolencias al propio Riezler (que había sobrevivido al asalto). Era un escenario insólito, sobre todo porque Riezler había supervisado la política alemana en relación con Lenin en 1917, cuando estaba destinado en Estocolmo, pero se había vuelto contra los bolcheviques cuando vio de cerca lo que hacía el régimen de Lenin en mayo-junio de 1918. Riezler no se mostró impresionado por

las disculpas de Lenin y el 10 de julio pidió permiso a la Wilhelmstrasse para romper las relaciones, «de forma provisional», hasta que los bolcheviques mostraran «un arrepentimiento apropiado por el asesinato»[464].

Mientras tanto, la izquierda socialista revolucionaria usó el asesinato como un trampolín para llamar a la rebelión. Los marineros de este partido asaltaron el cuartel general de la Checa en Lubianka e hicieron prisionero a Dzerzhinski, el jefe de la Checa. Tras tomar la oficina de telégrafos, la izquierda socialista revolucionaria lanzó un mensaje a todo el país en el que reivindicaba el asesinato de Mirbach y denunciaba a los bolcheviques como «agentes del imperialismo alemán». A las siete de la tarde, el Congreso de los Sóviets reanudó sus sesiones en el teatro Bolshói con un vehemente discurso de Spiridonova. ¿Iba a hacerse la izquierda socialista revolucionaria con el poder? Nadie lo sabía con certeza. Hacia la medianoche, Lenin mandó llamar a Vacietis, comandante de los fusileros letones, que, tras reforzar Perm y la región del Volga, solo contaba con unos 3300 hombres en el área de Moscú. Se enfrentaron a unos 2000 marineros que peleaban en favor de la izquierda socialista revolucionaria. A las cinco de la madrugada del 7 de julio, los letones asaltaron el centro de la ciudad, reconquistaron Lubianka y rodearon el teatro Bolshói. Aunque los alemanes aún seguían pidiendo justicia por el asesinato de Mirbach, la rebelión se había acabado[465].

La pérdida de autoridad a la que hubo de enfrentarse el gobierno de Lenin en julio de 1918 desató la violencia entre los bolcheviques. Aumentaron las requisas de alimentos en el campo. En Moscú, Petrogrado y otras ciudades cercanas, arrestaron a 650 miembros del ala izquierda del Partido Social-Revolucionario. En Moscú los bolcheviques ejecutaron a 13 cabecillas, aunque fueron clementes con Spiridonova,

revestida aún de cierto halo místico fruto de ser respetada como heroína de 1905. Las medidas adoptadas en Yaroslavl fueron más serias debido a la brutalidad de la lucha. El ejército rojo no logró reconquistar Yaroslavl hasta el 21 de julio, tras días de disparar sin cesar su artillería, que dejó en ruinas el antiguo teatro de la ciudad. Esta vez no hubo piedad. Si bien Perjurov escapó, fusilaron a otros 428 seguidores de Sávinkov en la primera ejecución en masa del régimen bolchevique. No sería la última[466].

Los Románov fueron las siguientes víctimas del creciente terror bolchevique. El antiguo zar, su esposa Alejandra, sus hijos y los pocos servidores que permanecieron fieles a la familia, como el médico de Nicolás II (Yevgueni S. Botkin) y las damas de honor de la zarina, habían pasado un año muy duro. En los meses de arresto domiciliario en Tsárskoie Seló, tras la revolución de Febrero de 1917, conservaron cierta esperanza de salvarse gracias a la invitación del rey Jorge V, primo inglés del zar. Sin embargo, el sóviet de Petrogrado se había opuesto, lo que obligó al Partido Laborista británico (y a buena parte de la opinión pública inglesa) a presionar al rey para que anulara la invitación. Tsárskoie Seló estaba lo bastante cerca de los puertos del Báltico como para que un grupo de oficiales partidarios del zar hubiera podido elaborar un plan de rescate, pero no lo habían hecho. Tras los días de Julio de 1917, Kérenski se había llevado a los Románov, al amparo de la noche y fuertemente custodiados, a Tobolsk, donde se hallaban a salvo de los bolcheviques, aunque a miles de kilómetros del puerto más cercano. Tras el caos de la revolución de Octubre volvieron a tener un soplo de esperanza, hasta que la guardia roja tomó Tobolsk en marzo de 1918[467].

En principio, los bolcheviques pretendían llevar a los Románov de vuelta a Moscú para que el «sangriento Nicolás»

fuera juzgado. Sin embargo, en medio del caos de 1918, y sobre todo tras el levantamiento de los checoslovacos en Siberia, existía el peligro de que la familia fuera secuestrada por el camino. De manera que los enviaron hacia el este, a Ekaterimburgo, pero los checos acabaron amenazando también dicha capital. A principios de julio, el jefe de la Checa local, Yákov M. Yurovski, asumió personalmente el mando de la casa donde permanecían detenidos los cautivos, requisada a un ingeniero llamado Ipátiev. Las órdenes que Yurovski traía de Moscú eran sencillas: tenía que realizar un exhaustivo inventario de todas las propiedades de los Románov antes de «expropiárselas»; a continuación, debía ejecutarlos. En la noche del 16 al 17 de julio, Yurovski ordenó al zar, a la zarina Alejandra, a sus damas de honor, a sus cinco hijos y al doctor Botkin que bajaran al sótano. Tras leer por encima una sentencia de culpabilidad a Nicolás II (por «agresión continuada a la Rusia del sóviet»), el pelotón de fusilamiento de Yurovski abrió fuego. Solo Nicolás, el objetivo principal, murió al instante (la pistola que disparó el tiro mortal se exhibió más tarde en el Museo de la Revolución de Moscú). Al resto de las víctimas las remataron una a una desde muy cerca, al igual que en las ejecuciones. Lo que se reveló después fue horrible. En las palabras, casi indiferentes, del propio Yurovski:

Se descubrió que Tatiana, Olga y Anastasia llevaban puestos unos corsés especiales [...], el pelotón empezó a desnudar y a incinerar los cuerpos. A.F. [la emperatriz Alejandra Fiódorovna] tenía perlas enrolladas en la cintura [...], de los cuellos de las chicas colgaban retratos de Rasputín con el texto de su oración cosido al amuleto. Les quitamos los diamantes al momento, pesaban unos ocho kilos [...]. Después, pusimos en bolsas todo lo que hallamos de

valor y quemamos el resto. Bajamos los cuerpos a la mina [...][468].

La mina de los Cuatro Hermanos, donde se arrojaron los cadáveres, resultó ser poco profunda para poder ocultarlos si los checos, o alguna otra fuerza antibolchevique, se acercaban allí. De manera que sacaron de nuevo los cuerpos y los cargaron en un camión, pero llovía a mares y las carreteras quedaron totalmente intransitables. Tras una pequeña discusión, los bolcheviques se limitaron a parar en algún punto de la carretera que llevaba de Ekaterimburgo a Moscú, tiraron los cuerpos y los rociaron con ácido sulfúrico. Entonces Yurovski cubrió los cadáveres con matojos y los atropelló de forma continuada con un camión hasta aplastar lo que quedaba de ellos con el fin de que resultaran irreconocibles. Los enterraron a poca profundidad y los restos permanecieron allí intactos hasta 1989. Para acabar su tarea, al día siguiente, 18 de julio, fueron a buscar a los parientes de sangre del zar que estaban detenidos en la cercana Alapáievsk (incluidos dos grandes duques Románov, una gran duquesa y sus hijos), los desnudaron y los registraron, cogieron todos los objetos de valor que encontraron, los fusilaron y tiraron sus cuerpos al pozo de una mina, aunque algunas de las víctimas debían de seguir todavía con vida[469].

Si bien el asesinato de los Románov constituyó una victoria política para Lenin, esta fue fugaz. Ekaterimburgo cayó en manos de los checos el 25 de julio, al igual que la cercana mina de los Cuatro Hermanos, donde habían enterrado al principio a los Románov. Los investigadores enviados al lugar por el Comité para la Asamblea Constituyente (Komuch) de Samara encontraron un diamante de 10 quilates engastado en oro y platino, una cruz de oro con esmeraldas y adamantes, miniaturas de porcelana, marcos de plata, hebillas de cinturón imperiales, monedas, 13 perlas intactas y

varias piezas de joyería rotas (esmeraldas, pendientes, granates, diamantes, topacios) dispersas entre los cuerpos desmembrados (incluido un dedo humano), los corsés rotos y «el cadáver de una perra»[470][ex9].

La caída de Ekaterimburgo supuso un gran golpe para los bolcheviques, pero, en términos materiales, no representó nada en comparación con la toma de Kazán y de sus bancos por parte de los checos el 7 de agosto. La legión checoslovaca se hizo con cerca de 500 toneladas de oro, 100 millones de rublos en billetes zaristas (con un valor de 50 millones de entonces y de 5000 millones actuales), reservas de platino y una gran cantidad de objetos valiosos de todo tipo. También quedó al descubierto la impotencia de la guardia roja. La caída de Kazán en manos de los checos suscitó una airada respuesta por parte de Trotski, que, el 14 de agosto, reimplantó la pena de muerte por deserción del ejército rojo con su habitual triunfalismo y advirtió a los oficiales: «Si algún cuerpo del ejército se retira por su cuenta [...], el primero en ser fusilado será el comisario y el segundo, el comandante. Los traidores y los cobardes no escaparán a las balas»[471].

La situación de los bolcheviques era tan desesperada que Lenin tuvo que hacer más concesiones a los alemanes, a los que, de hecho, pagaba por su protección. En una cláusula adicional al tratado de Brest-Litovsk, firmada el 27 de agosto de 1918, los bolcheviques aceptaron pagar 6000 millones de marcos en reparaciones de guerra (1400 millones de dólares de la época y 140 000 millones actuales). También accedieron a reconocer a Georgia (uno de los satélites alemanes) y a enviar a Alemania el 25 por ciento de la futura producción de petróleo de Bakú. A cambio, los alemanes prometieron evacuar la Rusia blanca, Rostov y parte de la cuenca del Don, no fomentar movimientos separatistas en territorio

ruso y ayudar a la guardia roja a expulsar a las tropas aliadas de Múrmansk y Arcángel. Cuando los bolcheviques enviaron en septiembre a Berlín los dos primeros pagos (de los cinco estipulados) de las reparaciones de guerra prometidas, sin excluir unas 100 toneladas de oro, los alemanes consideraron que invertir en Lenin les había rentado mucho. Los ejércitos alemanes se retiraban del frente occidental y cada mes llegaban a Francia 250 000 soldados de infantería estadounidenses, de manera que Berlín y Moscú se encontraban atrapados en un desesperado abrazo que intentaba evitar la catástrofe[472].

Un observador avezado que hubiera tenido que apostar sobre quiénes se desplomarían primero no habría optado por los alemanes. Con estadounidenses o sin ellos, los alemanes peleaban con ferocidad y los aliados aún no habían roto en el frente occidental la línea Sigfrido o Hindenburg: supuestamente «ocho kilómetros de la posición defensiva más temible de la historia de la guerra». Sabemos por las circulares oficiales que los comandantes francés y británico suponían, bien entrado ya septiembre de 1918, que la guerra continuaría al menos hasta el verano de 1919. Aunque los aliados consiguieran romper la línea de trincheras fortificadas, los alemanes podrían retirarse cómodamente al otro lado del Rin y volar los puentes. Los alemanes tenían muchas razones para seguir peleando por un Imperio oriental conquistado con sangre alemana y custodiado por un millón de hombres de las tropas de ocupación: todo parecía indicar que lo harían[473].

Mientras tanto, los bolcheviques procuraban sobrevivir. La intervención occidental en Rusia, espoleada por los éxitos de la legión checoslovaca, empezaba a ser un problema serio. El 3 de agosto, el Komuch invitó formalmente a los aliados a que intervinieran en la guerra civil rusa. Estados

Unidos y Japón firmaron sin dilación un acuerdo de propuesta de despliegue de tropas en Siberia. A finales de mes, Gran Bretaña tenía 40 000 soldados en suelo ruso, sobre todo en Arcángel y Múrmansk. Aunque Francia podía enviar menos hombres, París apostó inequívocamente por la intervención el 7 de agosto. En una nítida declaración de intenciones, el enviado británico ante el régimen de Lenin, Bruce Lockhart, entregó 10 millones de rublos al general Alexéiev y al ejército de voluntarios que aún se encontraban en la región del Don. En respuesta a estos movimientos intervencionistas, la Checa arrestó a 200 ciudadanos británicos y franceses en Moscú. Karl Helfferich, sucesor del embajador alemán Mirbach, comunicó a Berlín: «El pánico se ha adueñado de Moscú. Circulan todo tipo de rumores inimaginables sobre posibles "traidores" que al parecer se ocultan en la ciudad»[474].

Había algo de verdad en estos rumores. Justo después de las nueve de la noche del 30 de agosto, Lenin recibió tres tiros. Supuestamente había sido una mujer llamada Fanni Kaplán, que disparó cuando salía de la fábrica Hammer & Sickle (anteriormente Mijelson). Falló el primer disparo, pero el segundo hirió a Lenin en el hombro y el tercero atravesó su pulmón, lo que hizo que cayera al suelo antes de que sus guardaespaldas pudieran llevarlo de vuelta al Kremlin. Kaplán pertenecía a una célula clandestina de los socialistas revolucionarios afiliada a la Unión para la Defensa de la Patria y de la Libertad de Sávinkov, que supuestamente preparaba otro golpe. Confirmaba esa teoría el hecho de que, con anterioridad, ese mismo día, Moisei Uritski, jefe de la Checa de Petrogrado, había sido asesinado delante de su cuartel general. Los bolcheviques sospecharon de los británicos y mandaron arrestar a Bruce Lockhart para interrogarlo en Lubianka. Aunque Lockhart sobrevivió (más tarde, en un

«intercambio de prisioneros», le permitieron abandonar Rusia mediante su canje por Maxím Litvinov, su homólogo y representante del sóviet en Londres), lo convirtieron en el chivo expiatorio de una «trama Lockhart» para «instaurar una dictadura militar en Moscú»[ex10]. Fanni Kaplán no tuvo tanta suerte. A las cuatro de la tarde del 3 de septiembre fue ejecutada de un disparo en la cabeza[475].

Sea cual fuere la verdad sobre la implicación de Lockhart, las consecuencias políticas del complot para asesinar a Lenin y del asesinato de Uritski el 30 de agosto fueron inmediatas y terribles. El 31 de agosto, Yákov Sverdlov (presidente del comité ejecutivo central bolchevique), conminó a «todos los sóviets de trabajadores, campesinos y delegados de la guardia roja» a desatar «un terror de masas implacable contra los enemigos de la revolución». Horas después, Dzerzhinski (jefe de la Checa) y Jan Peters, su ayudante, declararon: «Cualquiera que sea sorprendido en posesión ilegal de un arma de fuego será ejecutado de inmediato» y «cualquiera que ose difundir el menor rumor sobre el régimen del sóviet será arrestado al momento y enviado a un campo de concentración». El 3 de septiembre, *Izvestia* anunció que la Checa había matado a «más de 500 rehenes». El 5 de septiembre, ejecutaron a 29 «contrarrevolucionarios» en Moscú. Entre ellos figuraban oficiales zaristas como A.N. Jvostov (exministro del Interior) y S.P. Beletski (antiguo jefe de la Ojrana). Se crearon tribunales en las cárceles de Moscú, donde se ejecutó de forma sumaria a cientos de sospechosos de espionaje; parecía un eco espeluznante de las masacres realizadas en las prisiones durante la Revolución francesa en 1792. Sin embargo, las cosas no iban lo suficientemente deprisa para G.I. Petrovski (comisario del pueblo para Asuntos Internos), que, el 4 de septiembre, envió estas

instrucciones extraordinarias a todos los sóviets provinciales:

Ha llegado la hora de acabar con tanta debilidad y sentimentalismo. Hay que arrestar de inmediato a los socialistas revolucionarios de derechas. Debemos tomar muchos rehenes entre los oficiales y la burguesía. La menor resistencia se doblegará con ejecuciones a gran escala [...]. La Checa y el resto de milicias deben encontrar y arrestar sospechosos y ejecutar al momento a todos los implicados en prácticas contrarrevolucionarias [...], no se debe tolerar ni la más mínima debilidad o indecisión durante este periodo de terror de masas[476].

El Terror rojo se propagó por todo el país y el único consuelo fue que el poder del gobierno bolchevique no llegaba al otro lado del Volga. Además, las tropas de ocupación alemanas rodeaban a los bolcheviques por el norte, oeste y sur, en el Báltico, la Rusia blanca y Ucrania. Un decreto promulgado por el Sovnarkom el 5 de septiembre legalizó las ejecuciones sumarias y los campos de concentración (*kontsentratsionnie lageri*), que empezarían a construirse cerca de todos los frentes militares. El 31 de agosto Trotski llevó el terror al ejército rojo al anunciar: «Ayer fueron fusilados 20 desertores. Primero ejecutamos a los comisarios y comandantes que habían abandonado sus puestos; después a los cobardes mentirosos que se hacían los enfermos y, por último, procedimos contra los soldados del ejército rojo que habían desertado. ¡Muerte al cobarde! ¡Muerte al traidor desertor!». El terror llegó a Penza el 10 de septiembre, cuando fusilaron a un conde local, dos oficiales zaristas y un gendarme del régimen anterior; luego le tocó el turno a Perm (36 fusilados), a la gobernación de Viatka (70 arrestados), Orel [Oriol] (23 fusilados), Vitebsk (8 fusilados), Voronezh (4), Petrozavodsk (4), Grodno (1) y, finalmente, a Penza de

nuevo, donde, en represalia por la muerte de un «obrero de Petrogrado», el comité bolchevique local había ejecutado a 152 personas el 25 de septiembre; prometió que «en el futuro [...], adoptaría medidas drásticas»[477].

Teniendo en cuenta que Lenin se encontraba en el hospital del Kremlin durante estos sucesos, no se le puede culpar del desencadenamiento del Terror rojo. Sin embargo, ciertos documentos descubiertos tras la caída del comunismo sugieren que ya pensaba en esta línea antes de que le dispararan, debido a la creciente resistencia de los campesinos rusos a las requisas de los bolcheviques. El 8 de agosto, Lenin había ordenado que «en todas las zonas productoras de trigo se tomaran 25 rehenes de las mejores familias locales, que responderían con sus vidas si el plan de requisas fallaba». El 9 de agosto, Lenin había ordenado al sóviet de Nizhni Nóvgorod que «introdujera el terror de masas», que ejecutara a cualquiera que fuera «hallado en posesión de un arma de fuego» y que iniciara «las deportaciones masivas de mencheviques y de otros elementos sospechosos». Ese mismo día ordenó al sóviet de Penza que internara a «*kulaks*, sacerdotes, guardias blancos y otros elementos dudosos en un campo de concentración». El 10 de agosto Lenin escribió a Penza:

Hay que acabar sin piedad con el levantamiento *kulak* de sus cinco distritos [...]. Deben imponer castigos ejemplares: 1) colgar (públicamente, para que la gente lo vea) al menos a 100 *kulaks*, ricos bastardos y conocidas sanguijuelas; 2) publicar sus nombres; 3) quitarles todo el trigo; 4) elegir los rehenes según las instrucciones de mi telegrama de ayer. Hay que hacer todo esto de forma que la gente lo vea a kilómetros de distancia, que lo comprendan, que tiemblen.

Evidentemente, Lenin no puso objeciones a la oleada de terror lanzada en su nombre, que se cobró cerca de 15 000

vidas solo en los dos primeros meses; más del doble que el número total de prisioneros de todo tipo ejecutados en el último siglo de gobierno zarista (6321)[478].

El Terror rojo fue demasiado para los alemanes. Ludendorff comprobó apesadumbrado que, al acceder a ayudar a los bolcheviques mediante la expulsión de los aliados de Rusia, el gobierno alemán pasaba a ser cómplice de sus crímenes. Para cubrir la apuesta de la Wilhelmstrasse en favor de Lenin, el alto mando alemán había hecho sus propios tratos con los cosacos antibolcheviques de Kubán y del Don, a los que dieron 15 millones de rublos, más de los que Gran Bretaña había invertido en el ejército de voluntarios. Sin que lo supiera el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, Ludendorff, a quien habían pedido que contribuyera con «seis o siete divisiones» para realizar operaciones contra los aliados en el norte de Rusia, introdujo el código de operaciones (nombre en clave: *Schlußstein*) y confirmó que avanzarían hacia Múrmansk y Arcángel a través de Petrogrado, donde depondrían a los bolcheviques por la fuerza. Los alemanes también tenían planes para ocupar Bakú y asegurar el control de los yacimientos petrolíferos del Caspio. (Los turcos llegaron antes que los alemanes, el 15 de septiembre. Aun así, Ludendorff ordenó «plantar la bandera alemana en el Caspio» en fecha tan tardía como el 29 de septiembre). Cuando se enteró del intento de asesinato de Lenin, Ludendorff envió una división de aviones de guerra alemanes del norte de Kiev al Báltico. El 4 de septiembre Ludendorff inició los preparativos para la operación Schlußstein, que debía «dar comienzo lo antes posible»[479].

De haberse llevado a cabo la operación Schlußstein, el régimen de Lenin difícilmente hubiera sobrevivido. La ocupación alemana de Petrogrado hubiera dejado a Moscú aislada: una isla de gobierno bolchevique en medio de un mar

embravecido de ejércitos extranjeros. Sin embargo, los bolcheviques obtuvieron en cambio otro respiro que parecía improbable en un hasta entonces oscuro frente de la guerra mundial: Macedonia. La debacle diplomática de Brest-Litovsk había privado a los cobeligerantes búlgaros del botín que podía ofrecer una Rusia desmembrada y la moral del ejército búlgaro, que mantenía la línea de Macedonia contra las tropas expedicionarias aliadas con base en Salónica desde 1915, había empezado a desmoronarse. El 15 de septiembre, Louis-Félix-François Franchet d'Espèrey, comandante aliado de Salónica, ordenó un ataque general que abrió rápidamente un hueco de unos 32 kilómetros en las líneas búlgaras y despejó el camino para que los ejércitos aliados tomaran Belgrado y Viena. En el alto mando, Ludendorff levantó los brazos y dijo a sus ayudantes: «Hemos perdido la guerra». El 27 de septiembre anuló de forma definitiva la operación Schlußstein y dio a Lenin, que acababa de dejar Moscú y convalecía en Gorki, otra prórroga. El 29 de septiembre, los aliados alcanzaron la línea Sigfrido, lo que obligó a los alemanes a pedir la paz[480].

El impacto del colapso alemán en Occidente se dejó sentir en el este de inmediato. El prestigio de los conquistadores desapareció en un instante. El 10 de octubre, un diplomático alemán informó desde Moscú: «Brest-Litovsk es papel mojado. Ya no ejercemos ninguna influencia sobre los bolcheviques, que ahora hacen con nosotros lo que quieren». Los oficiales del sóviet confiscaron las valijas diplomáticas que los alemanes utilizaban en la embajada de Moscú. Cuando se firmó el armisticio en el oeste, el 11 de noviembre, los bolcheviques saquearon el consulado alemán de Petrogrado, donde encontraron 250 millones de rublos zaristas empaquetados en 30 valijas diplomáticas. Las cuentas que tenían los ciudadanos alemanes en bancos rusos, exentas de confis-

cación, según el tratado de Brest-Litovsk, se entregaron al Consejo Revolucionario Alemán de Obreros y Soldados de Moscú, compuesto por prisioneros de guerra alemanes probolcheviques[481].

Nadie se sintió más aliviado que Lenin tras el derrumbe alemán. Desde su vuelta a Rusia con escolta militar alemana en abril de 1917, le habían considerado un mero instrumento del imperialismo alemán. Con Alemania de rodillas y convertido ya su acuerdo de paz en papel mojado, Lenin quedaba rehabilitado. Además, los propagandistas describieron su recuperación de las heridas casi fatales que le había infligido una asesina como un «milagro» digno de un salvador. Los bolcheviques eran soberanos por fin y podían hacer realidad las promesas revolucionarias de Lenin.

Cuarta parte

Los bolcheviques en el poder

La clase obrera esperaba lograr su liberación. El resultado ha sido una esclavización aún mayor de seres humanos.

«¿Por qué luchamos?»,
declaración del COMITÉ REVOLUCIONARIO DE
KRONSTADT,
8 de marzo de 1921

18

COMUNISMO DE GUERRA

Mientras la guerra siguió descargando su furia, hubo un compás de espera en la puesta en práctica de las políticas económicas del gobierno de Lenin. No se nacionalizaron los negocios de los alemanes en Rusia hasta el derrumbe del frente occidental de Ludendorff. Se había acordado la protección de algunas firmas británicas por razones diplomáticas, pero todo cambió cuando los aliados pasaron a la intervención directa en agosto de 1918.

Aun así, la economía rusa había sufrido graves daños. Tras los primeros brotes de entusiasmo revolucionario, el Sovnarkom había aprobado decretos en los que se prohibía «el pago de intereses o dividendos por acciones» (11 de enero de 1918), la nacionalización de la producción del hierro y del acero, así como de las compañías de seguros (5 y 10 de febrero de 1918), y la ilegalización de la «compra, venta o *leasing* de empresas comerciales e industriales» (abril de 1918). Como la mayoría de estas empresas eran propiedad de los bancos «capitalistas» que habían «abolido» en diciembre de 1917, lo único que lograron con los diversos decretos de nacionalización fue drenar la liquidez de la industria, pues sacaron de los grandes conglomerados bancarios todos los depósitos que pudieron sin la cooperación del

personal en huelga de la banca. El incremento de este desvío de fondos del sector industrial, unido a la escasez de combustible, constituyó un durísimo golpe para las fábricas. En mayo de 1918, el desempleo en las fábricas de Petrogrado rozaba en teoría el 90 por ciento. Las cifras de empleo en las ciudades dejaron de tener sentido en cuanto los trabajadores en paro huyeron al campo para estar más cerca de las reservas de alimentos[482].

La nacionalización del comercio exterior, decretada por el Sovnarkom el 22 de abril de 1918, era literal y metafóricamente la culminación lógica del programa socialista maximalista. Tras destripar la economía industrial mediante el despojo del capital (y, por lo tanto, de los recursos humanos) que las fábricas necesitaban para funcionar, los bolcheviques no tuvieron más remedio que importar los productos manufacturados que Rusia ya no producía. Sin embargo, ¿con qué podía «comerciar» un país que prácticamente no producía nada de valor? Lo único que podían exportar, a través del golfo de Finlandia, eran algunos *stocks* de lino, cáñamo y aceite de linaza almacenados en Petrogrado desde 1917; con ellos solo pudieron comprar manufacturas por valor de unos 3,5 millones de dólares (sobre todo a Suecia). Como no había forma de transportar con seguridad los lingotes de oro zarista por el Báltico, los bolcheviques metieron de contrabando en Estocolmo los rublos zaristas y los *kérenski* que habían adquirido mediante el saqueo de las cuentas bancarias privadas. A finales de 1918, los correos bolcheviques habían depositado «no menos de 200 millones de rublos» en bancos suecos para titulizar las importaciones[483].

Aun así, hasta estos tratos quedaron en suspenso debido al bloqueo marítimo impuesto por los alemanes a las importaciones militares tras Brest-Litovsk. El armisticio occiden-

tal del 11 de noviembre no fue significativo solo en un plano estratégico, sino también económico. En noviembre de 1918, los bolcheviques hicieron pedidos de material militar por valor de cientos de millones de rublos a Suecia, incluidos barriles de pólvora, locomotoras, motores de avión y cazadoras *bomber* de cuero negro, las favoritas de los agentes de la Checa[484].

Sin embargo, no recibirían estos productos. En cuanto las fábricas suecas empezaron a producir material de guerra para Lenin, la flota británica tomó posiciones en el mar Báltico e impuso un bloqueo que hacía parecer al anterior de los alemanes un juego de aficionados. En los diez meses siguientes, solo lograron burlarlo cinco barcos suecos, cargados exclusivamente con mercancía civil, como aperos de labranza, piedras de molino, guadañas, semillas y serruchos, que no recibirían un uso inmediato, ya que la mayoría de los campesinos servía, a la fuerza, en el ejército rojo[485].

Aislados del resto del mundo en 1919, los bolcheviques tuvieron que improvisar un nuevo tipo de economía de guerra en la que solo podían contar con ellos mismos. En cierto modo, la autarquía impuesta por el bloqueo de los aliados resultaba ideológicamente adecuada, dado que el régimen pretendía hacer *tabula rasa* y construir un comunismo libre de la «infección» del capitalismo extranjero. En la era de Brest-Litovsk, los «comunistas de izquierdas» de Bujarin habían criticado a Lenin por hacer concesiones en algunos sectores de la economía rusa y reintroducir así el «germen del capitalismo». Lenin quedó legitimado tras haber firmado la paz, pero, en el terreno económico, ganaron sus críticos. No debía haber compromisos con los hombres de negocios extranjeros. Lo que quedaba de la industria rusa sería exclusivamente del Estado y estaría bajo el control público del Consejo Supremo de Economía Nacional (*Visshi Soviet*

Narodnogo Joziaistva [VSNJ]). Creado sobre el papel en diciembre de 1917, el VSNJ inició sus operaciones en agosto de 1918, cuando el Sovnarkom definió sus poderes y le asignó un presupuesto. Este Leviatán burocrático, al que pertenecían delegados de los comisariados de Alimentación, Transportes, Trabajo, Agricultura y Economía, estaba autorizado a «regular y organizar toda la producción y distribución, así como a dirigir todas las empresas de la República»[486].

La creación del VSNJ fue un momento fundamental de la revolución. A partir de 1921 se le conoció como Comisión de Planificación del Estado (Gosplan): el VSNJ era el «cerebro» del comunismo. Tras la abolición de la propiedad privada, el Estado controlaba, al menos en teoría, toda la actividad económica de Rusia. Asignaron a agencias de planificación sectores enteros de la economía, según las mercancías producidas (Glavosol para la sal, Glavlak para la pintura, Glavbum para el papel, etcétera). A medida que el VSNJ se iba haciendo con todas las empresas, el Leviatán fue creciendo, hasta tener, a finales de 1919, 25 000 empleados a tiempo completo que trabajaban en un enorme edificio del centro de Moscú, en la calle Miasnitskaia[487].

En términos materiales, todo el papeleo del VSNJ arrojó escasos resultados; algunas de las medidas que adoptó resultaron muy contraproducentes. Los indicadores económicos descendían a un ritmo aún más vertiginoso que antes. En medio del caos revolucionario de 1917, la producción industrial había caído un 77 por ciento en relación con el último año anterior a la guerra: 1913. En 1919, bajó hasta un 26 por ciento del total de 1913 y, en 1920, hasta un 18 por ciento. Esto se aplicaba incluso a la energía y a las materias primas: la producción de petróleo cayó hasta el 42 por ciento de los niveles de antes de la guerra; el carbón, hasta el 27

por ciento; el algodón, hasta el 5 por ciento; y el mineral de hierro, hasta un lamentable 2,4 por ciento. La producción agrícola en Rusia central había bajado menos en términos relativos: hasta un 38 por ciento de lo producido entre 1913 (78 millones de toneladas) y 1920 (48 millones), aunque, debido a problemas de transporte, el impacto fue muy grave en las ciudades de Rusia del norte[488].

El único órgano burocrático del sóviet capaz de rivalizar con el VSNJ en tamaño era la Casa de la Moneda. En 1919, existía una demanda casi insaciable de rublos del sóviet (*sovznaki*), porque el gobierno tenía que pagar a sus burócratas, cuyo número crecía como un cáncer, y a millones de rusos que habían pasado a formar parte de las plantillas de empresas nacionalizadas que arrojaban pocos beneficios. El plan también presentaba un componente ideológico, pues muchos de los teóricos marxistas del partido, como Nikolái I. Bujarin, querían destruir el rublo para introducir una economía no monetaria. La abolición del dinero se adoptó formalmente en el programa del partido bolchevique en marzo de 1919. El 15 de mayo de 1919, el Banco del Estado (rebautizado ahora como Banco del Pueblo) recibió autorización para emitir tanta moneda como quisiera. A finales de 1919, trabajaban en la Casa de la Moneda más de 13 000 trabajadores y se emitía moneda a raudales. Ese año el número de rublos en circulación se cuadruplicó hasta alcanzar los 255 000 millones. En 1920, ya había más de 1 billón. A finales de 1921, se imprimían más de 13 billones de rublos al mes[489].

La pérdida de ingresos económicos durante el «comunismo de guerra», como se llamó de forma retroactiva cuando se abandonó, en 1921, al periodo en el que se adoptaron las medidas de control estatal más extremas, fue devastadora. En 1920, Moscú y Petrogrado, antaño las joyas de la corona

de un Imperio fabulosamente rico, se habían convertido en ciudades fantasma. La población de Petrogrado (unos 2,5 millones de habitantes antes de 1917) se había visto reducida a 750 000 personas. Los residentes famélicos de la ciudad daban vueltas en un estado de estupor perpetuo, con apenas energía suficiente para hacer cola ante los centros estatales de racionamiento del pan (que vendían en el mercado negro a cambio de miles, y luego millones, de rublos). El combustible se había acabado casi por completo en Moscú y Petrogrado y se derribaron edificios enteros para conseguir madera. Las tuberías habían reventado por el frío, por lo que no había agua corriente. Las farolas ya no funcionaban y de noche las calles parecían oscuras y amenazadoras. No circulaban trenes, ni tranvías. El coronel Edward Ryan, comisionado de la Cruz Roja estadounidense, cruzó la frontera bolchevique desde Estonia sin autorización oficial a principios de 1920 para informar sobre la situación humanitaria. Nos ha legado una vívida descripción del horror que se había apoderado de las antaño grandes capitales de Rusia: «Tanto Moscú como Petrogrado tienen un aspecto increíblemente sucio. [...] me dijeron que no habían limpiado las calles en más de tres años [...]. Hay suciedad y basura por todas partes, en algunas calles te llega hasta el tobillo, en otras, hasta las rodillas y, en muchos sitios, hasta la altura de la cabeza»[490].

Los empleados del gobierno, con acceso a mejores cartillas de racionamiento, comían mejor que la gente corriente, pero esto era un flaco consuelo para quienes caían enfermos. Con la basura amontonada en las calles y escasez de todo (de jabón a agua corriente o medicamentos), las epidemias estaban a la orden del día. El cólera llegó a Petrogrado durante el verano de 1918, seguido del tifus y la disentería. Los enfermos hallaban poco consuelo en los hospitales, por-

que los médicos y las enfermeras también morían. En una visita sorpresa realizada a un hospital del centro de Moscú que acogía a las élites del régimen, el coronel Ryan se enteró de que «en los tres meses anteriores el 75 por ciento del personal del hospital había fallecido». Estas instalaciones, bien equipadas en comparación con otras, contaban al menos con colchones y sábanas, pero operaban raras veces, pues tenían «poco instrumental quirúrgico y anestesia». No permitieron a Ryan que visitara los hospitales de los distritos más pobres, probablemente porque la situación allí era insostenible. En los gélidos pantanos de Petrogrado, todo estaba aún peor; en 1919 murió tanta gente que «las morgues y los cementerios no podían absorberlos y hubo cuerpos esparcidos por el suelo durante meses hasta que los enterraron»[491].

La atroz situación en la que se encontraban las capitales rusas se debía, en parte, al colapso de los transportes. Se produjo un efecto dominó cuando la escasez de combustible (los bolcheviques no pudieron acceder a los yacimientos petrolíferos de Bakú hasta abril de 1920) detuvo los motores de los trenes, lo que impidió que los suministros llegaran a las ciudades. Aunque hubiera habido combustible, también había desaparecido el parque móvil. La producción de locomotoras había disminuido mucho, como todo lo demás; no se fabricaron más de 40 en 1919, cuando antes de 1917 se hacían 1000 al año. Leonid Krasin, comisario de Comercio itinerante de Lenin, buscaba una explicación general para el pésimo estado de la economía y, en 1919, escribió a su mujer (que vivía en Estocolmo): «La distribución resulta muy difícil con el estado de caos que reina en los ferrocarriles [...]. Hay muchas fábricas inactivas; la flota del Volga permanece varada por falta de combustible». O, en palabras de Gueorgui Solomon, uno de los agentes de compras de Kra-

sin, en 1919 los vagones de tren se habían convertido en Rusia «en una curiosidad arqueológica»[492].

La explicación que Krasin ofrecía sobre la catástrofe económica por la que atravesaba Rusia era insuficiente, pero no carecía de fundamento. Si alguna vez volvían a funcionar los ferrocarriles en Rusia, sin duda la situación de las ciudades mejoraría mucho. En marzo de 1919 nombraron a Krasin, un ingeniero experimentado que formaba parte de ese extraño estrato de bolcheviques con experiencia real en los negocios, comisario de Medios de Comunicación, con el mandato de restablecer (y, a ser posible, modernizar) la red ferroviaria rusa y de importar más del extranjero. Autorizaron a Krasin a gastar hasta 800 millones de rublos en locomotoras y piezas de repuesto. Después de viajar de Petrogrado a Estocolmo, Copenhague y Berlín, Krasin hizo un exitoso trato que habría de financiarse con cargamentos de oro del sóviet que se enviarían a Estocolmo[493].

Sin embargo, mientras los británicos siguieran bloqueando el Báltico, el trato ferroviario de Krasin no dejaría de ser un proyecto. Las potencias de la entente habían prohibido las exportaciones de oro rusas, por considerar que las reservas zaristas con las que se habían hecho los bolcheviques eran «propiedad robada» que debía destinarse a pagar parte de la deuda que los bolcheviques habían rechazado. Los lingotes de oro eran pesados, difíciles de transportar y fáciles de rastrear. Además, estaban claramente marcados con el sello zarista, que todos los banqueros del mundo conocían bien.

Al no poder transportar oro por el Báltico en 1919, los bolcheviques intentaron introducir dinero en efectivo; pero los aliados occidentales se hallaban en alerta máxima y presionaron a Suecia y Finlandia para que acabaran con las transacciones ilegales en rublos. Hicieron circular listados

de personas sospechosas de ser agentes bolcheviques en Estocolmo e intervinieron las comunicaciones telegráficas. Sus esfuerzos se vieron ampliamente recompensados. En enero de 1919, el gobierno sueco prohibió la compra y venta de billetes de rublos en territorio sueco. En abril de 1919, Fritz Platten, el antiguo socio de Zúrich de Lenin, fue arrestado en la frontera finlandesa, camino de Estocolmo: llevaba 100 millones de rublos en su equipaje personal[494].

Aislados de sus proveedores europeos por el bloqueo aliado, los bolcheviques no tuvieron más remedio que regatear durante gran parte de 1919, sobre todo con contrabandistas y estafadores de poca monta. El principal era Franz Rauch, un tipo ambicioso que procedía de las comunidades germanoparlantes de la región del bajo Volga. Capturado por la legión checoslovaca en Oremburgo, durante la primavera de 1918, logró escapar cuando esta abandonó dicho escenario en octubre. Rauch ofreció sus servicios a los bolcheviques y lo enviaron a Berlín a negociar. Propuso introducir de contrabando en Rusia artículos alemanes (productos químicos y tinturas para las fábricas de papel, equipamiento para las de hilados, objetos de vidrio y de cocina, equipos ópticos y productos farmacéuticos) que pudieran esquivar los controles de los aliados. La idea parecía prometedora hasta que Rauch explicó a los alemanes que los rusos pagarían estas importaciones con 250 millones de rublos zaristas que habían robado del consulado alemán de Petrogrado. Esta fue la última vez que alguien oyó hablar en Moscú de Franz Rauch[495].

Una de las importaciones a las que dio prioridad el comisariado de Comercio del sóviet en marzo de 1919 fue el papel, junto con los productos químicos necesarios para tratarlo, pues lo necesitaban en la Casa de la Moneda y también para la propaganda: la leche materna del comunismo.

En mayo de 1919, dieron a un comerciante serbio una comisión de 150 000 rublos para importar máquinas de escribir y cartuchos de tinta. Enviaron a un ingeniero a Finlandia con 20 000 libras esterlinas británicas, adquiridas en el saqueo de las cajas fuertes de los bancos, para cubrir la compra de «material técnico y accesorios» que necesitaban en las decaídas fábricas de papel rusas (le dijeron que no y realizó el pedido en Estocolmo). Sin embargo, pocos de estos materiales llegaron a Rusia en 1919 debido al bloqueo aliado[496].

En vista del escaso éxito obtenido en la región báltica, los bolcheviques probaron con las rutas de contrabando del sur. A principios de julio de 1919, la comisión de Comercio Exterior encargó tabaco persa por valor de 63 millones de rublos, además de frutos secos, naranjas y opio, aunque, como en el Cáucaso se seguía combatiendo, estas mercancías tardarían casi un año en llegar a Rusia. Otro comerciante persa llegó a Moscú a principios de 1919 con varias toneladas de opio. Como los médicos del ejército rojo carecían de medicinas y analgésicos, los bolcheviques se alegraron de tener la oportunidad de disponer de morfina. El Banco del Pueblo hizo acopio de sus fondos de rublos zaristas, que menguaban rápidamente, y pagó al persa 500 rublos por kilo de opio[497].

Eso fue todo en 1919, un año en el que el volumen del comercio exterior ruso cayó tan rápidamente como la producción interior pensada para reemplazar a los productos importados. Antes de la guerra, Rusia había exportado a menudo más de 50 millones de toneladas anuales, que le garantizaban una balanza comercial positiva la mayoría de los años, pues solo importaban algunos productos manufacturados. Las exportaciones ya habían caído drásticamente durante la guerra y la revolución y habían descendido hasta las 60 000 toneladas en 1918 frente a las 3 00 000 toneladas

de importaciones, la mayoría de Alemania y Suecia. En 1919, las importaciones rusas se desplomaron hasta unas anémicas 16 000 toneladas y las exportaciones ascendieron ese año a unas 1500 toneladas de restos de cáñamo y lino. Parecía como si un continente entero, que antaño fuera un engranaje esencial de la economía mundial, hubiera desaparecido del mapa[498].

Podemos atribuir este descenso en el volumen del comercio a los aliados. Los británicos patrullaban el Báltico y las tierras del antiguo Imperio ruso estaban ocupadas por tropas extranjeras: checoslovacos, británicos, franceses, estadounidenses y japoneses, a los que el régimen usó como chivo expiatorio para explicar las privaciones a las que se veían sometidos los rusos corrientes. En términos políticos, para un gobierno no siempre es malo que su pueblo sufra penalidades en tiempos de guerra, pues los sacrificios compartidos pueden unir a la gente contra el enemigo común.

Muy significativa para la lógica social preconizada por el comunismo de guerra fue la implantación, el 31 de octubre de 1919, del «día universal del trabajo», que pronto se amplió hasta incluir también *subbotniks* (fines de semana en un batallón de trabajo obligatorio). Se abolieron los sindicatos privados, lo que, de hecho, eliminó el derecho a la huelga. Trotski, invirtiendo la idea de Marx sobre «la emancipación del trabajo», explicaba así los imperativos del comunismo de guerra: «Como regla general, el ser humano tiende a evitar el trabajo [...], la única forma de obtener la fuerza de trabajo necesaria para realizar las tareas económicas es introducir el servicio de trabajo obligatorio»[499].

La Rusia de Lenin, rodeada de enemigos internos y externos, ejercía presión sobre sus obreros y obligaba a los campesinos a enrolarse en el ejército rojo o a realizar trabajos

forzados, es decir, se estaba preparando, en toda la amplitud semántica de la palabra, para la guerra.

19

ROJO SOBRE BLANCO

La guerra civil ocupaba un lugar destacado en el pensamiento bolchevique. Lejos de ser una ocurrencia inesperada y molesta, constituía la culminación del cataclismo de la revolución proletaria. Como hemos visto, para Lenin lo fundamental era convertir la «guerra imperialista» en una guerra civil. La idea consistía en que los campesinos y los obreros de las fábricas urbanas, armados por el zar para luchar contra alemanes, austriacos, húngaros y turcos, usaran las armas contra sus «enemigos de clase». El programa de Lenin ya se había puesto en práctica tras la revolución de Octubre, cuando el alférez Krilenko «democratizó» y «desmovilizó» el ejército y envió a casa, con sus armas, a levas enteras. Sin embargo, durante la mayor parte de 1918, la lucha de clases se había visto obstaculizada por la presencia de ejércitos extranjeros en suelo ruso. Según los términos de Brest-Litovsk (artículo 5), los alemanes habían prohibido expresamente a Rusia que contara con un ejército («Rusia llevará a cabo sin tardanza la desmovilización total de su ejército, incluidas las unidades recientemente reorganizadas por el presente gobierno»). Aun así, los alemanes habían decidido mirar en otra dirección cuando Trotski creó el ejército rojo, por considerarlo un buen bastión para detener

las incursiones aliadas en Siberia y Múrmansk. Mientras los alemanes estuvieran en el este con su ejército de un millón de hombres, los bolcheviques no serían realmente los amos en su propia casa[500].

La primera consecuencia crucial del derrumbe alemán en el frente oeste fue simple: el ejército rojo podía expandirse sin la interferencia de los alemanes. Ya el 1 de octubre de 1918, cuando se enteró de que había caído la línea Sigfrido, Lenin ordenó una leva general para poder contar con un ejército de tres millones de hombres en la primavera de 1919. Intentar formar un ejército mediante el reclutamiento de campesinos, en su mayoría hostiles a Lenin, constituía una meta muy ambiciosa desde el punto de vista logístico y político. Además, un ejército compuesto por millones de hombres precisaría de oficiales para dirigirlo y los únicos con los que contaban eran los veteranos del ejército imperial. Trotski ya había empezado a fichar a los oficiales zaristas del ejército en 1918, pero hasta el momento solo habían firmado 8000 de ellos y un ejército de tres millones requería de diez veces más. A lo que habría que añadir que muchos de los primeros en ser llamados por Trotski se habían alistado con la esperanza de poder pelear contra los alemanes (y hacer añicos Ucrania, la Rusia blanca, los Estados del Báltico y Finlandia) y, después, en el otoño de 1918, habían descubierto que sus más probables adversarios serían los antiguos aliados de Rusia o, peor aún, los oficiales zaristas del ejército de voluntarios[501].

Aun así, durante la primavera y el verano de 1918, el colapso de Alemania facilitó algo la tarea a Trotski en términos políticos: los desembarcos aliados en Múrmansk, Vladivostok y Arcángel habían sido poca cosa y (al menos en teoría) amistosos. Las relaciones entre Moscú y las potencias de la entente solo se deterioraron tras la rebelión che-

coslovaca y el levantamiento en Yaroslavl de Sávinkov en julio; aunque no llegó a haber lucha armada, las relaciones se volvieron claramente hostiles. El armisticio de noviembre de 1918, que acabó con la I Guerra Mundial, mostró lo que se ocultaba tras esta máscara de amistad. Toda presencia de los aliados en Rusia se consideraría hostil *ipso facto* y se comunicó a los campesinos reclutados y exoficiales zaristas que sería considerada una invasión extranjera. Evidentemente, los oficiales contrarios a los bolcheviques podían integrarse en el ejército de voluntarios y más de 50 000 lo hicieron. Sin embargo, algunos oficiales patriotas pensaban que, pese a su extraña política económica, eran los bolcheviques quienes peleaban por Rusia, mientras que sus enemigos colaboraban con los extranjeros. No resulta sorprendente que miles de oficiales veteranos se unieran al ejército rojo ese invierno; en el verano de 1919 ya servían en él 75 000 oficiales, incluidos 775 generales[502].

La situación estratégica a la que se enfrentaba Moscú en noviembre de 1918 era peligrosa, aunque no desesperada. Se habían perdido Finlandia, las repúblicas bálticas y Transcaucasia, pero los embrionarios Estados de estas zonas solían ocuparse de sus propios asuntos y no tenían intención de mostrarse agresivos en territorio ruso.

En Ucrania la situación parecía fluida. Los alemanes se retiraban muy lentamente (el alto mando aliado, preocupado por la penetración bolchevique, había estipulado en el armisticio de 1918 que las tropas alemanas solo se irían «cuando los aliados consideraran que era el momento oportuno según la situación internacional»). Tras el armisticio de Mudros, firmado con Turquía el 30 de octubre, los aliados occidentales controlaban el mar Negro, lo que permitió a franceses y a británicos desembarcar el 23 de noviembre en Novorosíisk, en el área de Kubán, y colocarse en la reta-

guardia del ejército de voluntarios. Este último estaba liado en el norte del Cáucaso, bajo la protección de los cosacos de Kubán, pero las malas relaciones existentes entre el general Denikin y el atamán de los cosacos del Don (el general Krasnov) impidieron que continuara su avance hacia el norte. Los cosacos del Don de Krasnov seguían bajo el patronazgo de los alemanes y habían atacado repetidamente Tsáritsin, en la región del bajo Volga, durante el otoño de 1918, aunque fueron derrotados en una serie de brutales combates, recordados, sobre todo, por las desavenencias entre Stalin, que había desatado el terror contra los exoficiales zaristas, y un Trotski furioso que llamó a Stalin a Moscú para rendir cuentas. Gran Bretaña y Francia estaban en posesión de los puertos del Ártico (Múrmansk y Arcángel), donde seguían desembarcando tropas de refresco (5000 estadounidenses). Sin embargo, Múrmansk se encontraba a unos 950 kilómetros de Moscú (unido por una red ferroviaria construida con materiales de desecho fáciles de sabotear) y Arcángel se hallaba casi 1000 kilómetros más lejos. En Siberia había 70 000 japoneses y 7000 estadounidenses, pero la mayoría estaban acuartelados en Extremo Oriente, entre Vladivostok y Harbin, a unos 8000 kilómetros de Moscú[503].

La amenaza más seria para los bolcheviques procedía de Samara, a unos 1000 kilómetros al sudoeste de Moscú, donde el Komuch, la organización que decía representar a la depuesta asamblea constituyente, estaba emitiendo sus propios decretos bajo la protección de la legión checoslovaca. Estos aspirantes a hacerse con el gobierno ruso acabarían controlando, en agosto de 1918 (su momento de máxima expansión), las provincias de Samara y de Ufá, con una población aproximada de 12 millones de personas, la mayoría campesinos votantes del Partido Social-Revolucionario. Carecía de autoridad más hacia el este, debido a que allí se en-

contraba un gobierno rival, el gobierno provisional de Siberia, con sede en Omsk, pero el territorio controlado por el Komuch poseía una importancia estratégica mucho mayor: comprendía la cuenca del Volga desde Nizhni Nóvgorod hasta el mar Caspio. El Komuch incluso había articulado una política agraria seria y había entregado las tierras a las comunidades de campesinos y había liberado el precio del trigo. También había empezado a reclutar su propio ejército del pueblo de Siberia, que, a finales de agosto de 1918, contaba con cerca de 30 000 reclutas: una fuerza incapaz de enfrentarse a los checoslovacos. Trotski había enviado a sus mejores tropas, los fusileros de Letonia, bajo el mando de Vacietis, a negociar con el Komuch y viajó hasta allí en agosto de 1918 para hacerse cargo de un nuevo cuerpo del ejército del este. El 27 de agosto, Trotski a duras penas consiguió evitar ser apresado en Sviazhsk, durante una batalla muy reñida que constituyó la culminación de la intervención checa. Kazán cayó en manos de los soldados rojos el 10 de septiembre, Simbirsk [Uliánovsk], el 12 de septiembre y Samara, el 7 de octubre. Las tropas checoslovacas no sabían muy bien por qué peleaban y se desmoralizaron tras estas derrotas. Cuando en noviembre se firmó el armisticio que ponía fin a la guerra mundial en el frente occidental, la alianza entre los checos y el Komuch era un caos; lo que quedaba del Komuch y del ejército del pueblo de Siberia se retiró hacia el este y se estableció en Ufá y Omsk[504].

Al igual que la marcha de los alemanes de Ucrania, la desintegración de la legión checoslovaca mejoró la comunicación entre Moscú y los aliados. El giro de Samara a Omsk también cambió el cariz de la resistencia en Siberia, pues debilitó a los socialistas revolucionarios de izquierdas, que, tras romper con los bolcheviques en julio de 1918, habían huido hacia el este y controlaban el Komuch. Los kadetes de

Rusia (el partido liberal de Miliukov) volvieron a la jungla política y crearon un «directorio» de cinco miembros socialistas revolucionarios moderados. El 24 de octubre, Víktor Chernov, exministro de Agricultura de la izquierda socialista revolucionaria, hizo una proclama en la que acusaba al directorio de los kadetes de «contrarrevolucionario». Esto alarmó a los kadetes y a los oficiales del ejército en Omsk reunidos en torno al almirante A.V. Kolchak (antiguo comandante de la flota del mar Negro), a quien consideraban un posible salvador político. Kolchak había dimitido de forma teatral en junio de 1917 (arrojó su espada por la borda), escapó de Rusia, visitó el Almirantazgo de Inglaterra y luego emigró a Estados Unidos, donde impartió conferencias en la Academia Naval de Newport, Rhode Island. Kolchak era un ferviente anglófilo y los británicos se fiaban de él, sobre todo el general de división Alfred W.F. Knox, jefe de la misión militar británica en Siberia. Se produjo una conspiración en Omsk, gracias al acuerdo entre antiguos oficiales zaristas y los cosacos siberianos, que parecía una nueva versión de la extraña diplomacia del asunto Rasputín y que convirtió al almirante Kolchak en «líder supremo» del nuevo gobierno provisional panruso, con el «cálido apoyo» (y, posiblemente, la ayuda encubierta) del general de división Knox y las autoridades militares británicas de Siberia[505].

El golpe de Kolchak en Omsk tuvo lugar poco después del armisticio con Occidente y clarificó las posturas políticas en la guerra civil rusa, que antes era un conflicto confuso y multipartidista y ahora parecía un asunto entre dos (con los «rojos» bolcheviques en un bando y los «blancos»[ex11] de derechas, apoyados por las potencias «imperialistas» occidentales, en el otro). Cuando el general Alexéiev, cabeza del ejército de voluntarios, murió por causas naturales en octubre de 1918, Kolchak se convirtió en el líder in-

discutible de los blancos. Se definía a sí mismo como un sencillo patriota que desaprobaba política de partidos (*partinost*) y resumió sus objetivos de guerra como una «lucha sin concesiones contra el bolchevismo»[506].

Aunque el ascenso de Kolchak a líder supremo arrojó luz sobre los objetivos políticos de los ejércitos blancos, no despejó las dudas en torno a la cadena de mando en el seno del ejército. La zona entre Omsk y la posición de los voluntarios del norte del Cáucaso estaba bajo el control del ejército rojo, lo que implicaba que las comunicaciones entre Kolchak y Denikin debían realizarse a través de Vladivostok y del alto mando aliado de París. Los aliados no se ponían de acuerdo ni sobre el frente al que había que dar prioridad. Los británicos quería apoyar a Kolchak, pero los franceses preferían centrarse en Ucrania. A los estadounidenses Kolchak les dejaba fríos, debido a las reservas expresadas por Woodrow Wilson en relación con el golpe antidemocrático que había tenido lugar en Omsk (el presidente también creía, erróneamente, que los blancos querían restaurar la monarquía de los Románov).

Tampoco quedaba claro si los blancos, aislados de los centros industriales de Rusia, serían capaces de conseguir armas. El proveedor más lógico era Estados Unidos, lo que implicaba trasladar las armas en barco a través del Pacífico hasta Vladivostok y luego transportarlas miles de kilómetros en el Transiberiano. Sin embargo, el movimiento de Kolchak disponía de pocos recursos propios y los checoslovacos se negaron a entregarle las reservas de oro de Kazán que podría haber usado como garantía. Al final, los únicos que proporcionaron armas a Kolchak fueron los británicos, que le dieron 600 000 fusiles, 6831 ametralladoras, 192 cañones de campaña y 500 millones de cartuchos que les sobraban[507].

Los bolcheviques, por su parte, disponían de una geografía que les favorecía y de un mando unificado. Moscú se encontraba en una posición estratégica ideal, en medio de la zona de conflicto, pero con una red ferroviaria que le permitía enviar vagones de tropas hacia Petrogrado, al noroeste, Arcángel, al noreste, la región del Don, al sur, o los Urales y Siberia occidental, al este. Los bolcheviques controlaban el centro de la Rusia europea y también estaban en condiciones de reclutar soldados entre la homogénea población de la Gran Rusia, mientras que sus oponentes blancos, que intervenían desde la periferia del Imperio zarista, debían fiarse de cosacos, ucranianos, estonios, finlandeses y otras minorías de indecisa lealtad. El ejército rojo también heredó el grueso del viejo arsenal zarista, incluidos 2,2 millones de fusiles, 18 036 ametralladoras, 3000 millones de cargadores, 430 000 rifles ligeros de alcance medio, 500 ametralladoras pesadas Vickers, 1,5 millones de granadas de mano y 167 000 pistolas y revólveres para los oficiales. Los bolcheviques disponían, además, de las fábricas de armas de Tula. Aunque su capacidad de producción se veía severamente limitada, las fábricas constituían aún una ventaja crucial[508].

Pese a todos sus obstáculos materiales, tanto Denikin como Kolchak lograron reunir auténticos ejércitos durante los meses de tregua por el invierno, entre noviembre de 1918 y marzo de 1919. La retirada de los alemanes de la cuenca del Don ayudó, pues los cosacos del Don se quedaron sin patrón y el atamán Krasnov tuvo que aliarse con Denikin. El 8 de enero de 1919, Krasnov se puso bajo el mando de Denikin, lo que aumentó el número de miembros del ejército de voluntarios en 38 000 hombres. A mediados de febrero de 1919, el grupo del ejército del sur de Denikin contaba con 117 000 hombres, 460 cañones y 2040 ametralladoras. La retirada de los alemanes de Ucrania y la caída del hetmanato

títere de Kiev (reemplazado por una efímera República Popular de Ucrania) abrió un nuevo frente de operaciones para Denikin: podía rodear a los soldados rojos en el oeste y, quizá, incluso reunirse con el ejército polaco que estaba creando el mariscal Józef Pilsudski bajo la supervisión de los aliados. Constituían malas noticias para los 30 millones de habitantes de Ucrania, cuya segunda independencia duraría menos de dos meses, pero buenas para los blancos[509].

En teoría, el ejército de Kolchak era más fuerte que el de los voluntarios. En febrero de 1919, Kolchak tenía bajo su mando a 143 000 hombres, suficientes para superar al grupo del ejército rojo del este, que solo contaba con 117 600 hombres (aunque los rojos tenían unos 150 000 soldados de reserva al este de Moscú, por si lograban pasar los blancos). El grupo del ejército rojo del este era superior en artillería (372 cañones frente a 256) y tenía más ametralladoras (1471 frente a 1235), pero, gracias a la ayuda de los británicos, los blancos guardaban reservas suficientes como para mantener la ofensiva, aunque no de forma indefinida. En Siberia occidental el factor determinante era el tiempo, pues, al contrario que en el sur de Rusia, los ejércitos ya estaban al alcance unos de otros. Después de que, en octubre de 1918, Lenin hiciera un llamamiento a 3 millones de soldados, solo era cuestión de tiempo, gracias a su superioridad numérica, que los rojos acabaran con los blancos. Para gozar de alguna oportunidad de obtener una victoria decisiva en Moscú, Kolchak tendría que moverse rápidamente[510].

Kolchak, un hombre de la marina, encargó la planificación de las operaciones a D. A. Lebedev, exoficial de la Stavka. Sin embargo, Lebedev tenía poco material con el que trabajar, pues en Siberia occidental había menos oficiales experimentados que en la región del Don o en Rusia central, donde el ejército rojo contaba con un suministro casi infini-

to de exoficiales zaristas. Solo uno de los veteranos de Omsk, M. V. Janzhin, tenía rango de general. También contaban con el autoproclamado «general» Radola Gajda, de la legión checoslovaca, pero era un prisionero de guerra Habsburgo sin más experiencia de mando que la de haber participado en algunas escaramuzas en las redes ferroviarias en 1918[511].

Pese a todas estas deficiencias, el ejército del pueblo de Siberia se defendió bien durante la ofensiva de Kolchak, iniciada a mediados de marzo, cuando el invierno siberiano empezó a perder fuste (aunque era fundamental moverse antes de que el suelo se descongelara del todo). En el primer mes, el ejército del pueblo de Siberia avanzó a lo largo de un frente de 1120 kilómetros entre Perm y Oremburgo e hizo retroceder a los soldados rojos cerca de 650 kilómetros, casi hasta el río Volga. Los blancos tomaron fácilmente Ufá, aunque un ejército del sur avanzó por el suroeste hasta las estepas situadas sobre el Caspio con la vista puesta en la toma de Astracán. A finales de abril, los ejércitos de Kolchak amenazaban con reconquistar Samara y Kazán. Mientras tanto, una serie de levantamientos campesinos antibolcheviques en cascada, en la retaguardia del ejército rojo, parecía anunciar una gran victoria estratégica. En Omsk reinaba un clima de euforia y se hablaba de reunirse con los aliados en Arcángel o Múrmansk. El oficial de enlace japonés ante Kolchak (el general Kasatkin) incluso ofreció tropas japonesas de refuerzo (evidentemente, a cambio de algo; por ejemplo, concesiones territoriales en Extremo Oriente). Trotski sintió pánico y envió al frente oriental a todos los refuerzos de los que disponía[512].

El pánico de Trotski no duró mucho. En mayo, la ofensiva oriental de Kolchak se topó con los mismos problemas que habían asolado a todos los ejércitos que invadían Rusia

por el oeste: llegaron las lluvias y las carreteras se llenaron de barro. Mientras tanto, Trotski reorganizó la estructura de mando del grupo del ejército del este gracias a dos acertados nombramientos. Designó como comandante en jefe del frente central a M.N. Tujachevski, un oficial zarista de alta cuna, famoso por haber escapado de una prisión fortaleza alemana, y puso a M.V. Frunze, un comunista fanático de baja extracción social, que había dirigido las operaciones en el Turkestán en 1918, al frente del grupo de voluntarios del sur en el bajo Volga. El 28 de abril, Frunze atacó un punto bisagra vulnerable entre las posiciones de los ejércitos blancos del centro y del sur, en Sterlitamak, en el río Bélaia, capturó prisioneros y, lo más importante, una orden de operaciones blanca desde Omsk. Sabiendo que su flanco derecho estaba a salvo, Frunze continuó avanzando. A mediados de mayo había abierto un hueco importante entre los dos ejércitos blancos de Siberia[513].

Frunze dio este golpe en un momento crítico de la guerra civil rusa. En pleno optimismo tras las primeras victorias de Kolchak, los aliados occidentales habían empezado a redactar las condiciones para seguir manteniendo a sus ejércitos sin darse cuenta de lo precaria que era su posición estratégica. Pese a la intensa presión realizada por antiguos diplomáticos del régimen anterior, como Izvolski y Sazónov, en la conferencia de paz de París los blancos simplemente no tenían nada que negociar, como descubrieron cuando, de forma sumarísima, se rechazó darles al finalizar la guerra lo prometido en el viejo acuerdo Sazónov-Sykes-Picot (los estrechos otomanos). Como los bolcheviques, pese a haber incumplido todas sus obligaciones políticas y financieras con los aliados, no pedían nada en relación con el acuerdo otomano, en marzo de 1919 los aliados habían permitido al presidente Wilson enviar una misión a Moscú, liderada por

William Bullitt, sin tener en cuenta las firmes objeciones planteadas por Sazónov e Izvolski. (Con posterioridad, los franceses vetaron la propuesta de Bullitt de que los diplomáticos aliados se encontraran con los representantes de los bolcheviques con el fin de iniciar conversaciones de paz oficiales en la isla Prinkipo, en el mar de Mármara, al sur de Constantinopla).

Para recordar a Kolchak quién tenía la sartén por el mango, el Consejo Supremo de los Aliados de París le comunicó el 26 de mayo que estos solo proporcionarían suministros a sus ejércitos si convocaba de inmediato una asamblea constituyente y se unía a la incipiente liga de Naciones (ambas condiciones trataban de apaciguar a Woodrow Wilson); además, debía hacer frente a todas las deudas contraídas por la Rusia zarista (para satisfacer a los franceses), reconocer la independencia de Polonia y Finlandia y aceptar una mediación para decidir el estatus de los nuevos Estados de la región del Báltico (por exigencia de los británicos). Kolchak, que apenas se encontraba en condiciones de resistir la marea roja, tuvo que aceptar estos onerosos términos, pero logró reunir la suficiente tenacidad patriótica como para insistir en que solo se daría el visto bueno a la independencia de Finlandia si así lo decidía la asamblea constituyente (si esta llegaba a reunirse alguna vez). El 4 de junio, sobre todo para tranquilizar a Woodrow Wilson, Kolchak declaró: «No habrá una vuelta al régimen imperante en Rusia antes de febrero de 1917»[514].

Mientras los aliados presionaban a Kolchak, la posición de los soldados blancos en Siberia occidental se desmoronaba. Los rojos tomaron Ufá al asalto el 9 de junio y enviaron a los blancos de vuelta a los montes Urales. Empezaba a haber graves disensiones en el mando blanco, pues el «general» Gajda, a cargo del frente norte entre Ufá y Perm, se

quejaba de que Lebedev le estaba dejando sin recursos. Como los checos sí disponían de recursos (aunque ya no pelearan en el frente aún tenían la mayor parte de las reservas de oro de Kazán), Lebedev se vio obligado a cesar a Janzhin, el único comandante con experiencia en cuerpos de ejército del escenario de la guerra mundial, y a poner a Gajda a cargo de todos los sectores del centro y del norte. Resultó ser una mala decisión. A finales de junio, los blancos habían retrocedido hasta Ekaterimburgo. A mediados de julio, el V ejército de Tujachevski tomó Zlatoust y el 24-25 de julio, Cheliábinsk, lo que aumentó la separación entre los ejércitos blancos. Más al sur, Frunze avanzaba hacia el este a lo largo de lo que hoy es la frontera entre Rusia y Kazajistán y amenazaba con rodear a todo el ejército blanco por la derecha[515].

Si algo bueno tenían los reveses de Kolchak era que, al obligar a Trotski a centrarse en el frente oriental, daba un respiro a Denikin en el sur. A mediados de junio de 1919, mientras el ejército del pueblo de Siberia retrocedía hasta los montes Urales, los voluntarios avanzaban por la región de la cuenca del Don. Járkov cayó el 21 de junio, lo que abrió la vía hacia Kiev por Ucrania central. En el flanco derecho de Denikin, uno de los ejércitos del Cáucaso, bajo el mando del barón P. N. Wrangel, un oficial muy condecorado de la caballería del Báltico de origen alemán, cruzó la estepa de Kalmuk y se acercó a Tsáritsin, donde los soldados rojos llevaban todo el invierno excavando trincheras y colocando alambre de espino. El ejército de Wrangel rompió estas defensas con la ayuda de dos tanques británicos, entró en Tsáritsin el 30 de junio y capturó unos 40 000 prisioneros del ejército rojo. La victoria de Wrangel se convirtió en una de las más famosas de la guerra civil[516].

Sin embargo, los blancos no supieron sincronizar sus fuerzas. Lejos de coordinar su avance con Kolchak (algo virtualmente imposible, dado que las comunicaciones telegráficas permanecían interrumpidas), los voluntarios de Denikin habían llegado al Volga a la altura de Tsáritsin cuando las fuerzas de Kolchak se retiraban a lo largo de toda la línea, fijada casi dos meses antes, a menos de 80 kilómetros del Volga, al este de Sarátov. En Ucrania sucedía algo parecido, pues la limitada intervención de Francia se había acabado mucho antes de que Denikin lanzara por fin su ofensiva en junio. Debido al elevado número de bajas que habían sufrido los franceses en el frente occidental, la fuerza expedicionaria «francesa» de 65 000 hombres, al mando de Franchet d'Espérey, había llegado a Odesa y a la península de Crimea en diciembre de 1918, pero estaba compuesta casi en su totalidad por rumanos, griegos y tropas coloniales francesas de Senegal; ninguno de ellos mostraba gran entusiasmo por pelear en la guerra civil rusa. En la primera semana de abril de 1919, Franchet d'Espérey, disgustado, se limitó a evacuar a muchos de ellos junto con 40 000 civiles «blancos», incluido el gran duque Nicolás. Fue la primera de las muchas oleadas de emigrados rusos que salieron del país a través del mar Negro y de Constantinopla (donde pronto se formó una gran colonia rusa; las glamurosas mujeres fascinaban a los musulmanes, que no estaban acostumbrados a ver mujeres sin velo en público)[517].

La retirada de los franceses en Crimea no constituyó precisamente una inyección de optimismo para el ejército de voluntarios que avanzaba por Ucrania. El alto mando aliado de París albergaba la esperanza de que el nuevo ejército polaco de Pilsudski pudiera presionar al ejército rojo occidental. En la primavera y el verano de 1919, los polacos pelearon con el ejército rojo en algunas escaramuzas fronterizas

en Lituania y la Rusia blanca. Sin embargo, para que los nacionalistas polacos pelearan con el ejército de voluntarios de Denikin, compuesto por patriotas rusos y cosacos, había que hacer un milagro político. Kolchak había prometido reconocer la independencia de Polonia, pero solo bajo presión, y Denikin, que peleaba bajo el conocido eslogan «Rusia es una e indivisible», no había prometido nada en relación con Polonia. De manera que Pilsudski hacía oídos sordos a las peticiones aliadas de que coordinara sus operaciones con el ejército de voluntarios[518].

La diplomacia de guerra resultaba aún más complicada en el escenario del Báltico. Allí, como en Ucrania, los alemanes habían retirado sus tropas de forma muy pausada tras el armisticio, debido a que a los aliados les preocupaba una posible invasión bolchevique. Los alemanes también tenían tropas en el sur de Finlandia que actuaban bajo el mando del ejército finlandés de Mannerheim y los aliados contemplaban a estos «finlandeses blancos» de Mannerheim con cierto escepticismo. En algún momento de abril de 1919 llegaron a pedirle que desistiera de una ofensiva en Karelia, justo cuando se acercaba a Petrogrado. En Lituania y la Rusia blanca, los soldados rojos entraron en Vilna [Vilnius] y Minsk cuando, a principios de 1919, los alemanes se retiraron, pero perdieron estas ciudades ante el ejército polaco de Pilsudski en abril y agosto de 1919, respectivamente. Los veteranos fusileros letones volvieron a Riga tras hacer el gran favor a Lenin, en 1918, de acabar con la amenaza de los checos en la provincia de Perm y aplastar el levantamiento en Moscú de los socialistas revolucionarios de izquierdas. Volvieron a casa triunfantes en enero de 1919 y ayudaron a crear un gobierno letón «soviético», es decir, promoscovita.

La situación en Estonia era la más desconcertante de todas. Tras el armisticio, el VII ejército rojo la había invadido

desde Petrogrado, lo que había impulsado una variada resistencia formada por patriotas estonios, soldados alemanes que nunca se habían ido, alemanes del Báltico, prisioneros de guerra alemanes liberados, refugiados «blancos» que huían de Petrogrado y oficiales zaristas que volvían al este tras haber sido liberados por los alemanes. Durante un tiempo este cuerpo del norte estuvo bajo el mando de un general alemán, el conde Rüdiger von der Goltz. Nikolái Yudénich, conquistador de Ezurum (a pesar de su conocida y casi arrogante corpulencia) y uno de los mayores héroes de guerra de la Rusia zarista, llegó a finales de abril y convirtió el cuerpo del norte en el ejército del noroeste, compuesto por 16 000 soldados a los que se unieron otros 20 000 de las tropas aliadas estonias que tenían sus propios mandos liderados por el general Johann Laidoner. El 13 de mayo, el ejército del noroeste de Yudénich entró en territorio del sóviet ruso y tomó Pskov de forma rápida[519].

Pese a los reveses sufridos por Kolchak en Siberia occidental y la retirada de los franceses de Ucrania, en el verano de 1919 el régimen bolchevique se encontraba frente a un serio peligro. La amenaza del este había pasado, pero existían al menos cuatro frentes militares activos (dos que amenazaban a Petrogrado y otros dos, a Moscú). Los «finlandeses blancos» de Mannerheim desafiaban a Petrogrado desde el noreste, mientras que el ejército de Yudénich había acampado junto a Pskov, a menos de 350 kilómetros del perímetro sudoeste de la ciudad. No había ejércitos tan cerca de Moscú, pero los polacos de Pilsudski se hallaban en Minsk (conectado por ferrocarril a la capital) y los voluntarios de Denikin avanzaban por el norte de Járkov hacia Kursk y Voronezh, a lo largo de un amplio frente que se extendía a menos de 500 kilómetros al sur de Moscú. Si esos cuatro ejérci-

tos lograban un nivel mínimo de cooperación, el régimen de Lenin no vería el nuevo año.

Una vez más, los bolcheviques tuvieron suerte con sus enemigos. En mayo de 1919, Yudénich y Mannerheim llegaron a un acuerdo. En principio iban a coordinar un ataque conjunto a Petrogrado, pero estos planes se desbarataron por complicaciones diplomáticas. Parte de las dificultades se debían a la terquedad de Kolchak respecto a la independencia finlandesa, aunque Yudénich había acordado respetar dicha condición el 19 de junio. Cuatro días después, Kolchak envió un telegrama a Mannerheim, en el que le pedía que sus finlandeses atacaran Petrogrado e incluso autorizaba una ocupación finlandesa de la ciudad, siempre y cuando hubiera tropas rusas presentes. Sin embargo, los británicos se negaron a cooperar con los finlandeses de Mannerheim, a los que consideraban proalemanes. Al Ministerio de Asuntos Exteriores británico tampoco le gustaba Yudénich, debido a los orígenes «alemanes» de su ejército del noroeste. En el gabinete británico solo Winston Churchill, ministro de la Guerra, estuvo de acuerdo en aumentar la cooperación con Mannerheim y Yudénich, pero no pudo imponerse. Cuando los británicos desacreditaron su política intervencionista en Rusia, Mannerheim tuvo que presentarse a las elecciones en Finlandia en julio de 1919 y perdió. Los bolcheviques se habían librado por los pelos en Finlandia y el 31 de agosto ofrecieron la paz (y el reconocimiento diplomático) a Estonia. El general Laidoner decidió renunciar a su ejército y se negó a pelear junto a Yudénich[520].

Pilsudski, por su parte, se contentaba con observar desde Varsovia cómo evolucionaba el conflicto y conservaba Vilna [Vilnius] y Minsk para negociar. Cuanto más durara la guerra civil rusa, mejor sería para Polonia, pues cualquiera de las partes que ganara estaría exhausta si Pilsudski decidía

luchar para reajustar las fronteras polacas en el este (la línea Curzon, establecida por lord George Curzon, secretario de Estado de Asuntos Exteriores británico, fijaba la frontera este polaca, de la Prusia oriental a Galitzia, en el río Bug). Aunque estaba dispuesto a hablar tanto con Lenin como con Denikin, en septiembre de 1919 Pilsudski había llegado a la conclusión de que «ayudar a la Rusia del sóviet a derrotar a Denikin sería el menor de los males», de manera que no peleó contra el ejército rojo en las ofensivas de otoño de Denikin. Pilsudski informó en secreto a Moscú de su decisión a principios de octubre, lo que permitió a Trotski enviar 43 000 hombres hacia el sur para enfrentarse a Denikin[521].

Al no obtener ayuda de las divisiones francesas, polacas, estonias o finlandesas, y con el ejército siberiano de Kolchak en horas bajas, los voluntarios de Denikin tuvieron que luchar por su cuenta mientras se abrían camino a duras penas hacia el norte. El 3 de julio, Denikin dio la «orden secreta número 08878», en la que se fijaba como objetivo «la ocupación del corazón de Rusia: Moscú». Esta «directriz de Moscú» comprendía un avance en tres frentes, con el ejército caucasiano de Wrangel en marcha hacia Sarátov, Penza, Nizhni Nóvgorod y, por último, Moscú desde el este, mientras el ejército del Don se dirigía a Voronezh y Riazán. El mayor ataque, que llevaría a cabo el ejército de voluntarios, apuntaría a las fábricas de Tula a través de Kursk y Orel [Oriol] y se enviarían tropas de retaguardia para asegurar los puertos de Crimea (abandonados por los franceses) y, posiblemente, Kiev[522].

Mientras los ejércitos de Denikin avanzaban hacia el corazón de Ucrania, la guerra civil rusa se aproximaba a su siniestro clímax. Los voluntarios tomaron rápidamente el territorio rojo. Sin embargo, las líneas de abastecimiento de Denikin, apenas protegidas, se estiraron pronto hasta casi

romperse. A los campesinos ucranianos los blancos no les gustaban mucho más que los ocupantes alemanes o que los rojos, que habían fijado cuotas de requisa incluso más altas que los alemanes. La opinión de la mayoría de los campesinos ucranianos se resumía en la expresión «¡Mal rayo os parta!» y escondían sus productos bajo tierra para que no se los llevaran los ejércitos que merodeaban por allí. Cuando entraron los blancos, había media docena de grupos muy heterogéneos de partisanos en Ucrania, como la derecha populista, abanderada por el *hetman* cosaco Simon V. Petliura, o los anarquistas de extrema izquierda, liderados por Néstor Majnó (una especie de T.E. Lawrence de la Revolución rusa), que volaban los trenes que transportaban a las tropas y robaban a los supervivientes. Trotski le otorgó rango militar en diciembre de 1918, pero Majnó engañó al ejército rojo. El 1 de agosto de 1919, emitió su orden número 1, que contemplaba el exterminio de la «burguesía» blanca rusa y de los comisarios rojos[523].

Lo único que tenían en común los partisanos ucranianos era su xenofobia, expresada en eslóganes como «Ucrania para los ucranianos» y «Ucrania libre de moscovitas y judíos». Mucho antes de la llegada de los blancos, habían estallado pogromos en la zona de asentamiento a ambos lados de los frentes, siempre variables. Los cosacos del Térek, famosos por su antijudaísmo, llegaron a Ucrania occidental en octubre de 1919 y tomaron Kiev, Poltava y Chernígov [Cherníhiv]. En un único pogromo en Fastov [Fastiv], un suburbio de Kiev, fueron asesinados 1500 judíos, 100 de ellos «quemados vivos», o eso se dijo después. Denikin, preocupado por la falta de disciplina, condenó estas atrocidades e incluso intentó en varias ocasiones crear tribunales militares para juzgarlas. Sin embargo, poseemos abundantes pruebas que demuestran que miles de sus soldados, entre

regulares, oficiales y cosacos, participaron en espantosos pogromos[524].

Por repugnante que fuera la situación en la retaguardia de Denikin, el horizonte que se abría ante él mientras avanzaba parecía infinito. El 10 de agosto, una brigada de caballería ligera compuesta por 8000 cosacos y dirigida por el general K.K. Mamontov tomó Tambov y Voronezh, lo que provocó el pánico en Moscú. El 12 de septiembre, Denikin ordenó a sus ejércitos «del Volga a la frontera rumana» que iniciaran una ofensiva cuyo objetivo era Moscú. Kursk cayó el 20 de septiembre y había signos de que la moral roja estaba muy baja; algunas unidades desertaron en masa y se pasaron a las filas de los blancos. El 13-14 de octubre, el ejército de voluntarios conquistó Orel [Oriol], a apenas 400 kilómetros de Moscú y a menos de la mitad de esa distancia de Tula y de sus fábricas de munición.

Mientras, en Pskov, Yudénich había lanzado su propio asalto sobre Petrogrado el 12 de octubre, no tanto para coordinarse con los voluntarios como para desafiar a los británicos, que el 6 de octubre le habían exigido que transfiriera sus tropas al frente de Denikin. Los británicos aportaron seis tanques con sus propios conductores al ejército del noroeste, así como su apoyo naval. El ejército del noroeste de Yudénich contaba, a su vez, con 17 000 hombres, pero se encontraba solo: los estonios de Laidoner se negaron a pelear y los tanques británicos dejaron de ser útiles cuando los soldados rojos volaron los puentes sobre el río Lúga. Aun así, el 16 de octubre Yudénich consiguió llegar a Gátchina, a solo 48 kilómetros de Petrogrado. Durante los cinco días siguientes, el ejército del noroeste entró en Pávlovsk, Tsárskoie Seló y, por último, Púlkovo, a 24 kilómetros de la capital. Un destacamento de los marineros de Yudénich arribó a Krasnaia Gorka, frente a Kronstadt, al noreste de Petrogra-

do, cubierto por la flota británica. En París, Sazónov hacía un último y desesperado llamamiento a los finlandeses para que intervinieran en ayuda de Yudénich. Propuso a los diplomáticos aliados que, a cambio, se quedaran con el oro de «Brest-Litovsk» que los bolcheviques habían enviado por mar a Alemania (en manos de los aliados). El propio Mannerheim apoyó estas gestiones. Tras haber sido expulsado del poder en julio, se había marchado a París a hablar con los grupos de presión como todos los demás. ¿Ayudarían los aliados a Yudénich cuando hiciera falta?[525]

Había llegado la hora de la verdad para el régimen bolchevique. Lenin, preocupado por Moscú, quería abandonar Petrogrado a su suerte y reforzar el sur contra Denikin. Zinóviev, jefe del partido bolchevique en Petrogrado, sufrió un «ataque de nervios» cuando se enteró de que Yudénich se acercaba. De manera que Trotski se vio obligado a salvar a la ciudad. El comisario de la Guerra se presentó en Petrogrado el 17 de octubre y ordenó la defensa de la «capital de la revolución hasta el final». Trotski demostró tener mucho valor; fue a Púlkovo, se bajó del tren blindado en el que solía viajar y se unió a las tropas rojas a caballo. Con la ayuda de los refuerzos que llegaban a Petrogrado primero empujó al ejército del noroeste de vuelta a Gátchina, el 3 de noviembre, y hasta Estonia, después. La única concesión que obtuvo Yudénich fue que Lenin, siguiendo el consejo de Gueorgui Chicherin, ministro de Asuntos Exteriores, pidió a Trotski que no persiguiera a Yudénich más allá de la frontera, con el fin de evitar una disputa entre los «partidarios de llegar a un acuerdo» y los «partidarios de la intervención» en Londres (Chicherin mencionó a Churchill por su nombre y, de este modo, demostró que había captado muy rápido la política del gabinete británico)[526].

Los rojos decidieron ocuparse de Denikin, casi a la vez que Yudénich recibía su merecido. Habían estado llegando refuerzos durante todo septiembre y principios de octubre para rellenar el hueco abierto al norte de Orel [Oriol]. Las unidades más importantes enviadas hacia el sur fueron la II y III brigadas letonas. El 18-19 de octubre, cuando los voluntarios se aproximaban a Tula, los letones abrieron una brecha en el flanco izquierdo de Denikin, en una acción brutal que causó la muerte del 50 por ciento de los letones, incluidos el 40 por ciento de sus oficiales. Ese mismo día, un cuerpo de caballería rojo, bajo el mando de Semión Budionni, sorprendió cerca de Voronezh a los cosacos, cada vez más caóticos (y lastrados por el botín de guerra), de Mamontov y amenazaba con rodear a los voluntarios desde el sudeste. Denikin no tuvo más remedio que retirarse a Kursk y, después, a principios de diciembre, a Járkov. El Moscú rojo permanecía a salvo[527].

Fue la conclusión a la que llegó Lloyd George (primer ministro británico), que ignoró los acuerdos celebrados entre Gran Bretaña y los blancos tan rápido que sorprendió a Chicherin y a Lenin, que esperaban un debate en el gabinete sobre el asunto. Sin avisar a sus colegas del cambio de política, Lloyd George se limitó a anunciar, en el banquete ofrecido por el alcalde en el Guildhall de Londres el 9 de noviembre, que Gran Bretaña renunciaba. «Rusia no son más que arenas movedizas», dijo de forma velada. Gran Bretaña debía salir de allí si no quería ser absorbida. Sugirió que ya tendrían tiempo para «reflexionar y reconsiderar» todo durante el invierno. Un periodista británico, que acompañaba al ejército de Denikin, describió el efecto «paralizante» que tuvo para la moral de los blancos la publicación de este discurso histórico y su difusión en Rusia. En pocos días, «cambió completamente la moral en el sur de Rusia [...]. El fraca-

so de la causa de los voluntarios, anunciado por Lloyd George, fue una profecía que él mismo contribuyó a que se cumpliera de forma casi segura»[528].

Todavía no había acabado todo para los blancos. Los voluntarios lucharon con valentía hasta el final y defendieron Kiev hasta el 16 de diciembre. En el flanco derecho de Denikin no abandonaron Tsáritsin hasta el 3 de enero de 1920. Novocherkask y Rostov cayeron el 7 de enero y los blancos se prepararon para retirarse al otro lado del Don. Por entonces los cosacos del Don habían dejado de luchar y a Denikin no le quedó más opción que repetir una versión menos brillante de la «marcha por el hielo» de 1918 y replegarse en dirección al río Kubán. La retirada de Denikin se convirtió en una evacuación general de la Rusia blanca. Los civiles de las ciudades del norte huyeron a pie con todo lo que pudieron cargar junto con gente relevante de Kalmuk y Tatar, cosacos y circasianos que habían colaborado con Denikin. «El éxodo del pueblo ruso», afirmó un oficial blanco, «me recordó a los tiempos bíblicos». En marzo de 1920, los periodistas de la entente contaron emotivas historias sobre Novorosíisk, donde multitud de refugiados intentaban abandonar el país en los últimos barcos británicos y franceses que salían de Crimea antes de que llegara el ejército rojo con su sed de venganza. Crimea estaba protegida de los ataques por tierra firme gracias al istmo de Perekop, que protegían un pequeño grupo de soldados blancos bajo el mando del general Yákov Slashchov (que pronto devolvería el mando a Wrangel). Sin embargo, no pasaría mucho tiempo antes de que los soldados rojos alcanzaran esta última cabeza de puente[529].

Mientras tanto, en Omsk, Kolchak y lo que quedaba del ejército del noroeste del pueblo de Siberia se había limitado a sobrevivir desde la caída de Cheliábinsk a finales de julio

de 1919. En vez de seguir de inmediato, Tujachevski y Frunze esperaron a los refuerzos, pues sabían que el tiempo estaba de su parte. Cuando los menguantes ejércitos blancos se retiraron hacia Omsk, el frente perdió unos 320 kilómetros de norte a sur. En octubre, el ejército rojo contaba con una superioridad numérica de dos a uno (100 000 frente a 50 000, aproximadamente) en el frente y con reservas de soldados en la retaguardia. El 14 de octubre, justo cuando se libraban las batallas decisivas en los frentes noroeste y sur, Frunze, que había asumido el mando conjunto del grupo del ejército rojo del este, ordenó atacar al III y V ejércitos. Los blancos acabaron al otro lado del río Ishim, en Petropávlovsk, y luego se retiraron más hacia el este cuando el 31 de octubre los rojos cruzaron el río, la última barrera natural antes de llegar a Omsk[530].

Los refugiados se apresuraban hacia Omsk, pues les aterrorizaba el avance del ejército rojo. La población de la ciudad pasó de los 12 000 habitantes a más de 500 000. Un oficial inglés recordó la siguiente escena: «Los campesinos han abandonado sus campos; los estudiantes, sus libros; los médicos, sus hospitales; los científicos, sus laboratorios; los artesanos, sus talleres [...], somos arrastrados por la marea de un ejército desmoralizado». El 14 de noviembre los rojos conquistaron Omsk sin combatir y el éxodo blanco prosiguió hacia el este: se adentraron en la inmensidad del invierno siberiano. El Transiberiano iba repleto de refugiados desaliñados y muchos sucumbían al tifus en los vagones abarrotados y faltos de condiciones higiénicas. La legión checoslovaca quiso acabar con la epidemia y empezó a detener los trenes que avanzaban hacia el este desde Omsk. No pudo pasar ni Kolchak, el «comandante supremo», que pretendía formar un nuevo gobierno en Irkutsk. Kolchak estuvo en manos de los guardias checoslovacos de Nizhneúdin-

sk la mayor parte de noviembre y diciembre de 1919, hasta que lo entregaron al Comité Militar Revolucionario bolchevique de Irkutsk el 21 de enero de 1920. No conocemos bien los detalles de la negociación, pero el resultado fue que los checoslovacos entregaron a los bolcheviques a Kolchak y 285 toneladas de las reservas de oro de Kazán a cambio de su libertad[ex12]. En la noche del 6-7 de febrero de 1920, Kolchak fue fusilado tras un «juicio» que recordaba al del zar en Ekaterimburgo. Tiraron su cuerpo bajo el hielo del río Ushakovka: fue el fin del movimiento blanco en Siberia[531].

En el Báltico los bolcheviques jugaron con mayor sutileza. Al no perseguir a Yudénich hasta Estonia, Trotski había conseguido que Lloyd George se decantara por una política de acuerdos, como Chicherin había prometido a Lenin. Hacia finales de octubre de 1919, la flota británica empezó a relajar el bloqueo a la Rusia soviética: ahora solo detenía a aquellos barcos que transportaban armas y dejaba pasar a los que llevaban cargamentos mixtos. El 20 de noviembre Lloyd George comunicó a la Cámara de los Comunes que levantarían el bloqueo en cuanto se derritieran las nieves del invierno. La noticia se telegrafió a todo el mundo y fue música en los oídos de los bolcheviques y para las partes interesadas de Estocolmo, donde habían retenido lucrativos encargos del sóviet de todo tipo: ametralladoras, locomotoras, carros blindados y motores de avión[532].

En diciembre de 1919, Lenin procuró sacar partido del sorprendente anuncio de Lloyd George y envió a Estonia a su comisario de Comercio itinerante (Leonid Krasin) para negociar los términos de la paz. Como, debido al hielo, los puertos de Petrogrado en el golfo de Finlandia no podían ser utilizados durante gran parte del invierno (además, habían resultado muy dañados durante la revolución), era fundamental lograr un acceso al gran puerto del Báltico: Reval

(Tallin). Krasin hizo su trabajo. Según los términos del tratado de Tartu (Dorpat), ratificado el 2 de febrero de 1920, Estonia reconocía de forma oficial a la Rusia soviética (era el primer país en hacerlo desde que Alemania lo ratificara en el extinto tratado de Brest-Litovsk) y le garantizaba un uso ilimitado de su red ferroviaria para el transporte comercial de mercancías. En el tratado se hablaba de la creación de «zonas especiales» en los puertos estonios que serían de uso exclusivo de los bolcheviques[533].

Con sus enemigos en desbandada y una ventana al mundo en el Báltico, el gobierno de Lenin podía por fin respirar. Tras dos años y medio de aislamiento, el comunismo internacional se encontraba abierto a los negocios.

20

LA INTERNACIONAL COMUNISTA

En 1920, ya existían todos los elementos del comunismo soviético que nos resultan familiares: el sistema de partido único[ex13], las requisas de trigo, una economía centralizada unida a la propiedad estatal de los medios de producción, el ateísmo oficial, la Checa, el Terror rojo y los 84 campos de concentración (donde vivían los «enemigos de clase») ya existentes. Algunas de estas medidas, incluida la abolición de la propiedad privada y el control estatal de la agricultura y de la industria, constituían una derivación insoslayable de la teoría marxista. Otras eran fruto tanto de la doctrina como de la necesidad. La Checa se había creado para acabar con una huelga de funcionarios del Estado, pero terminó convirtiéndose en un ejército bien armado de matones ideológicos embutidos en chaquetas de cuero negro; a finales de 1920, formaban parte de ella unas 280 000 personas. El Terror rojo, desatado a modo de represalia por el intento de asesinato de Lenin y el asesinato de Uritski, había hecho metástasis y se había convertido en una guerra de clases permanente contra la creciente categoría de «enemigos del pueblo» a los que se aludía en los decretos de la Checa: estraperlistas, *kulaks* (es decir, campesinos acusados de acaparar trigo y esconderlo a los encargados de las re-

quisas), «los ricos», oficiales blancos, «mencheviques contrarrevolucionarios», «bandidos», aquellos acusados de «parasitismo, prostitución o proxenetismo», «funcionarios del *ancien régime*», «rehenes de la *haute bourgeoisie*», «elementos dudosos», etcétera[534].

Por terribles que resultaran estas políticas bolcheviques para los enemigos de clase, para los internados en los campos de concentración y para los rusos corrientes condenados a vivir en la más absoluta pobreza, era innegable que al menos en términos militares funcionaban. El ejército rojo no era precisamente la fuerza de combate más eficiente. En fuentes soviéticas se sugiere que Trotski perdió 1,7 millones de hombres (de los 3,6 millones de reclutas campesinos), que desertaron en 1919, aunque muchos volvieron más tarde a sus unidades. A pesar de que se ejecutaba públicamente a los desertores (unos 600 durante la segunda mitad de 1919), las deserciones continuaron hasta bien entrado 1920, incluso después de que el ejército rojo derrotara a Yudénich y Denikin, lo que sugiere que la lealtad de los reclutas campesinos al régimen de Lenin parecía débil o inexistente. Sin embargo, lo fundamental consistía en que los rojos habían ganado una guerra contra todo un mundo de enemigos (los ejércitos blancos apoyados por las potencias de la entente, los finlandeses, los polacos, los cosacos y los partisanos)[535].

Este veredicto militar fue el que llevó a Lloyd George a levantar el bloqueo; a Estonia, a reconocer al gobierno bolchevique; y a los proveedores de armas «capitalistas», a hacer cola en Suecia y Alemania para vender a Lenin la célebre «soga» que (supuestamente) profetizó que los comunistas usarían para colgarlos[536]. Maxím Litvinov, secretario de Asuntos Exteriores en funciones y futuro ministro de Asuntos Exteriores, fue nombrado embajador en Estonia. Junto con el comisario de Comercio itinerante de Lenin (Leonid

Krasin), Litvinov difundió por toda la región del Báltico que el régimen bolchevique tenía dinero en efectivo que quería gastar. Sus reservas de oro, incrementadas por lo que habían acaparado los checos en Irkutsk, superaban las 500 toneladas (con un valor estimado de 350 millones de dólares).

El régimen también estaba empezando a adquirir otro tipo de riquezas. Un día después de la firma del tratado de Tartu entre la Rusia soviética y Estonia (3 de febrero de 1920), Lenin firmó un decreto del Sovnarkom mediante el que se creaba una cámara de compensación en la plaza Strastnaia (Pushkin) de Moscú, encargada de almacenar las enormes cantidades de platino, diamantes, oro, plata y joyas confiscadas que fluían hacia Moscú desde las provincias reconquistadas y lo rescatado de las cajas de seguridad de los bancos de Moscú y de Petrogrado. Muchas de ellas no se habían abierto hasta ese momento, en el que se creó una rama especial del Ministerio de Economía dedicada a reventar cajas fuertes: la comisión de cajas fuertes. Este nuevo Tesoro del Estado para el Almacenamiento de Objetos de Valor (Gojran), dirigido por Nikolái Krestinski, recolectó y tasó, en sus primeros ocho meses de existencia, objetos confiscados por valor de 245 millones de dólares (equivalentes a 24 500 millones de dólares actuales), incluidos 51 479 quilates de diamantes, 39 840 quilates de perlas, 35 000 joyas de oro y 100 toneladas de plata. El único territorio exento de esta orden de requisa fue Petrogrado, donde el 16 de febrero Krasin ordenó al comisariado de Comercio Exterior que «adoptara inmediatamente medidas» para registrar y tasar «todas las reservas de mercancías, materiales, bienes y antigüedades valiosas del distrito norte» y exportarlo todo a través de Estonia[537].

Con 500 toneladas de lingotes de oro y joyas por un valor similar, los bolcheviques eran compradores de confianza. La

línea de crédito de Krasin, confirmada por un decreto del Politburó, era de 150 millones de dólares (el equivalente a 15 000 millones de dólares actuales). Su primer gran trato, un encargo de locomotoras al consorcio Nydquist & Holm, firmado en Estocolmo el 15 de mayo de 1920, suponía un desembolso de 100 millones de coronas suecas (unos 23,5 millones de dólares de entonces o 2300 millones de hoy). Nydquist & Holm pidió a los bolcheviques que depositaran 8000 kilos (8,82 toneladas) de oro en Estocolmo como garantía, lo que constituyó la prueba de fuego de la postura británica en torno al Báltico. El oro iba marcado con la vieja insignia zarista, que aún no podía intercambiarse en los mercados de capitales de la entente, pero la flota británica se mantuvo al margen y el oro llegó sin incidentes el 1 de junio. Firmas suecas, danesas y alemanas también hicieron negocios con Krasin. A mediados de junio, se habían transportado más de 33 toneladas de oro de Reval (Tallin) a Estocolmo, donde la Real Casa de la Moneda sueca fundió los lingotes zaristas, les puso un sello sueco y luego los vendió a compradores de Londres y de Wall Street y obtuvo pingües beneficios. A cambio del oro, los fabricantes de armas, que habían firmado acuerdos en Reval (Tallin), enviaron a Rusia el material que el ejército rojo reclamaba de forma desesperada: locomotoras, parque móvil (69 fábricas trabajaban solo en Suecia para cumplir este encargo de Lenin), los «capotes de lana» cortados previamente para los uniformes del ejército rojo, botas de cuero y suelas para las botas, productos farmacéuticos de Roche (Suiza) y también fusiles máuser y ametralladoras que compraron a bajo precio gracias a la devaluación del marco alemán[538].

La importación de armas empezó justo a tiempo. En 1919 el ejército rojo había gastado entre 70 y 90 millones de cargadores al mes, cuatro veces más de lo que se fabricaba en

Tula, y prácticamente había agotado el *stock* heredado del arsenal zarista. Apenas se habían calmado los frentes blancos cuando se produjo otra invasión extranjera durante la primavera de 1920: entraron los polacos. Tras contemplar con satisfacción cómo caían Denikin y Yudénich, Pilsudski había dedicado todo el invierno a prepararse de forma metódica y había logrado reunir a un ejército de 320 000 hombres. Basándose en el manual de estrategia de los alemanes, Pilsudski firmó un tratado el 21 de abril de 1920, mediante el que se creaba un directorio de la República Popular Independiente de Ucrania (a cuyo frente estaría el *hetman* cosaco Simon Petliura), que se desplazó a Varsovia para firmar. Petliura cedía Galitzia oriental a Polonia a cambio del reconocimiento de su autoridad en Kiev. Los polacos invadieron Ucrania como los alemanes, con una invitación formal, lo que explica por qué solo les llevó dos semanas llegar a Kiev, en manos de los rojos, que cayó ante las fuerzas conjuntas polacas y ucranianas el 7 de mayo de 1920; los polacos solo registraron 150 bajas y 300 heridos. Los más avispados de la capital ucraniana señalaron que se trataba del decimoquinto cambio de régimen en tres años[539].

Esta invasión polaca mediante invitación de Ucrania no solo era muy peligrosa, sino que le venía como anillo al dedo a los propagandistas rojos. Pilsudski y Petliura eran los máximos reaccionarios: el primero, un reconocido imperialista y el segundo, un rudo cosaco que añoraba el siglo XVII. La propaganda casi se escribía sola. En Gran Bretaña, el eje de la vacilante alianza occidental, los bolcheviques no tuvieron que hacer prácticamente nada. Al levantar el bloqueo del Báltico, Lloyd George ya había empezado a complacer a los bolcheviques. Presionado cada vez más por los laboristas, pensaba acabar el trabajo. En el otoño de 1919, Lloyd George había accedido a enviar armas a la Polonia de Pilsu-

dski. Sin embargo, tras la caída de Kiev el 7 de mayo, los estibadores de los puertos de la India oriental se pusieron en huelga y se negaron a cargar una remesa de cañones de campaña y munición con destino a Danzig. El Partido Laborista estaba alborotado y creía (acertadamente) que la opinión pública británica estaba cansada de su fallida intervención en Rusia. El portavoz del gabinete de Lloyd George comunicó a la Cámara de los Comunes, el 17 de mayo de 1920, que «no se ha[bía] ofrecido, ni se ofrecerá, ayuda al gobierno polaco». Aunque ninguna de las potencias de la entente había reconocido al gobierno de Lenin, el vuelco en la política británica prácticamente se había completado[540].

Tras las líneas rojas, la invasión polaca lanzó a muchos rusos en brazos del régimen del sóviet por mero patriotismo. El 30 de mayo de 1920, *Izvestia* publicó un llamamiento del general Brusílov (antiguo comandante en jefe), en el que urgía a los oficiales zaristas a enrolarse en el ejército rojo para expulsar a los invasores extranjeros. Suficiente para ganar. A principios de junio, el Ier ejército del noroeste de caballería de Semión Budionni rompió las líneas polacas a las afueras de Kiev. El 12 de junio, Pilsudski ordenó la retirada, lo que permitió a los soldados rojos tomar Kiev, en lo que pasó a ser el decimosexto cambio de régimen desde la revolución. A principios de julio, la retirada polaca se había convertido en una derrota en toda regla; el grupo del ejército rojo del sudoeste, bajo el mando del coronel A. I. Egórov, marchó sobre Lvov, y el grupo del oeste, liderado por Tujachevski, penetró en la Rusia blanca y en Lituania. A principios de julio, habían hecho retroceder a los polacos hasta el Vístula y los ejércitos de Tujachevski tomaron Minsk (el 11 de julio), Vilnius [Vilna] (el 14 de julio), Grodno [Hrodna] (el 19 de julio) y Brest-Litovsk (el 1 de agosto). «Del cadáver de la Polonia blanca», exhortaba Tujachevski a sus hom-

bres, «parte el camino hacia la conflagración mundial [...]. ¡Adelante, a [...] Varsovia! ¡Adelante!»[541].

Al margen de que Varsovia cayera o no en manos del ejército rojo, la contraofensiva del sóviet era el telón de fondo perfecto para el II Congreso de la Internacional Comunista, que se inició en Petrogrado el 19 de julio de 1920, justo cuando los ejércitos rojos entraban en Polonia. El Ier Congreso, celebrado en Moscú en marzo de 1919, había sido un fiasco, pues solo llegaron a Rusia 5 de los 54 delegados extranjeros; el resto eran rusos y prisioneros de guerra liberados, la mayoría alemanes y húngaros. Aunque el frente occidental de Polonia seguía activo en el verano de 1920, el Báltico se encontraba abierto, lo que permitió a los líderes socialistas de Europa realizar su primera peregrinación hacia la Rusia roja[542].

Este II Congreso constituyó la puesta de largo del comunismo internacional. Para los socialistas, la nueva Internacional Comunista (Komintern) era la III, pues afirmaban que la II Internacional (1889-1914) había perecido cuando, el 4 de agosto de 1914, los partidos socialistas de los Parlamentos de las naciones beligerantes votaron en favor de conceder los créditos de guerra, abandonaron la causa socialista y se hicieron eco del patriotismo (o «chovinismo», como lo llamaban los marxistas contrarios a la guerra). La asistencia fue mucho mayor que en 1919, pues hicieron el viaje más de 200 delegados extranjeros acreditados, entre ellos Marcel Cachin, una estrella francesa en ascenso, o Giacinto Menotti Serrati, sucesor de Benito Mussolini como editor del periódico socialista *Avanti!* De Alemania asistieron los miembros del Partido Comunista Alemán (KPD), fundado en el invierno de 1918-1919 tras una escisión de la facción socialista radical (conocida como liga espartaquista), pero también cuatro delegados del Partido Socialdemócrata Independien-

te de Alemania (USPD) y Klara Zetkin, fundadora del Día Internacional de la Mujer.

No todos los marxistas europeos aceptaban la supremacía del partido de Lenin, pero el prestigio de Rusia crecía y pocos pudieron resistirse a la tentación de ver el gran experimento comunista ruso por sí mismos. Al llegar a sus habitaciones de hotel en Petrogrado, los delegados recibieron una copia de la última efusión de Lenin, un opúsculo condescendiente titulado *El «izquierdismo», enfermedad infantil del comunismo*, en el que aconsejaba a sus camaradas extranjeros que fueran más pacientes y disciplinados, que evitaran los golpes de Estado prematuros (como el chapucero levantamiento alemán espartaquista de enero de 1919) y que esperaran a ser tan fuertes como los bolcheviques. Después mostraron a los delegados los lugares famosos de la revolución, incluidos los palacios de Tsárskoie Seló, que, tras haber sido ocupados por los soldados durante la larga guerra civil (cuando llamaban a la ciudad coloquialmente Soldátskoie Seló), se habían convertido en casas para «niños proletarios», lugares donde se acogía a los huérfanos de la revolución (era conocido como Detskoie Seló). De vuelta en Petrogrado, mostraron a los delegados el Instituto Smolni, cuartel general de los bolcheviques durante la revolución de Octubre. Escenificaron «el asalto al palacio de Invierno» en la avenida Nevski bajo la dirección de Maxím Gorki, ante las escaleras de la silenciada Bolsa de Petrogrado. Sobre el palacio de Invierno ondeaban con fuerza banderas rojas cuando los buques de guerra del Nevá formaron una hoz y un martillo con sus reflectores. Como dijo uno de los delegados socialistas de forma algo ingenua: «Fue como un sueño»[543].

Tras unas jornadas llenas de formalidades en Petrogrado, todos tomaron el tren hacia Moscú, donde empezaron a tra-

tar los asuntos pendientes el 23 de julio. Aunque Grigori Zinóviev, jefe del partido en Petrogrado, era el presidente oficial, Lenin acaparó toda la atención cuando subió a la tribuna del salón del trono del Kremlin para pronunciar su discurso de gala. El momento era perfecto, pues el ejército rojo se acercaba a Varsovia y, probablemente, continuara hacia Berlín, Praga, Budapest u otras capitales de Europa. Esa misma mañana Lenin había mandado un telegrama a Stalin, que se encontraba en Járkov: «La situación en el Komintern es excelente. Zinóviev, Bujarin y yo mismo creemos que la revolución debería producirse de inmediato en Italia. Opino que, para lograrlo, habría que sovietizar Hungría y, tal vez, Checoslovaquia y Rumanía»[544].

Durante las dos semanas siguientes, el simbolismo del salón del trono del Kremlin se hizo realidad. Antes de reunirse el congreso, Lenin y Zinóviev habían elaborado las «21 condiciones» que iban a exigir a los partidos comunistas extranjeros, entre ellas la expulsión de «reformistas y centristas», la imposición de una «estricta disciplina de partido», la infiltración en los sindicatos obreros y la creación, en el seno de cada partido, de una «organización paralela ilegal» dispuesta a asumir el control de la llegada de la revolución. El modelo leninista del comunismo internacional consistía en una cadena de mando militar, cuya cúspide era el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista (CEIC), con sede en Moscú. El CEIC emitía órdenes vinculantes para las «secciones» nacionales, que debían obedecerlas so pena de ser expulsadas del Komintern. Sabiendo que no todos los socialistas europeos aceptarían esto, el CEIC aconsejó a sus delegados que volvieran a casa y que consiguieran votos en los congresos nacionales de sus partidos para «romperlos» y crear «partidos comunistas» leales a Moscú (tras

purgar a los grupos socialistas, a los que retirarían todo su apoyo)[545].

Lo que les permitió influir sobre los orgullosos partidos socialistas de Europa fue algo muy simple: el dinero. Los bolcheviques poseían unas reservas de oro que, en 1914, habían sido las mayores de Europa, aunque hubieran quedado muy mermadas por las reparaciones de guerra pagadas a Alemania y enviadas hacia Occidente en septiembre de 1918, las casi 100 toneladas de las que se apoderó la legión checoslovaca y los lingotes embarcados hacia Estocolmo para ser fundidos. Lo más relevante para el Komintern era la mayor colección de joyas del mundo amontonada en el Gojran de Moscú, pues estas podían introducirse fácilmente en Europa de contrabando. Según un historiador del Komintern, en 1919, los correos bolcheviques financiaron los embrionarios partidos comunistas de Alemania, Gran Bretaña, Francia e Italia a base de diamantes, zafiros, perlas, anillos, brazaletes, broches, pendientes y «otros tesoros zaristas» con un valor estimado de «cientos de miles de rublos [zaristas]». Tras el II Congreso del Komintern, dieron a los delegados diamantes para que se los llevaran a casa, cosidos en los puños de las chaquetas o escondidos en maletas de doble fondo. A otros les ofrecieron dinero en metálico, sobre todo dólares estadounidenses, que pronto se convirtieron en la divisa oficial del Komintern que figuraba en todas sus cuentas (debido al prestigio de Marx, el idioma oficial de la organización era el alemán)[546].

Los delegados del II Congreso volvieron a casa armados con los fondos de Moscú para extraer las secciones comunistas de los partidos socialistas que les habían dado la vida. Sin embargo, los bolcheviques fueron un tanto osados al convertir Ucrania en un escaparate de su victoria (40 delegados extranjeros casi se quedan rezagados porque su tren

fue asaltado tres veces por los partisanos de Néstor Majnó). El tren VIP del Komintern constituía un objetivo atractivo en unas tierras destrozadas durante tres años de guerra civil; además, estaba tan lujosamente equipado que tenían que bajar las cortinillas cuando atravesaban áreas pobladas para que los hambrientos habitantes locales no asaltaran el tren. Por alguna razón Majnó no lograba sus objetivos: voló un puente demasiado tarde, arrancó las vías demasiado pronto y asaltó una estación con sus partisanos minutos después de que el tren se hubiera ido. De modo que, lo que casi llegó a ser un desastre para Moscú, se convirtió en una especie de bendición; el prestigio de los bolcheviques se hubiera deteriorado si Majnó hubiera volado por los aires a sus famosos huéspedes extranjeros. Un campesino ucraniano dijo a uno de los comunistas VIP alemanes: «Si hasta los *popes* del extranjero están a su favor, los bolcheviques, esos canallas, deben de tener razón y ganaremos»[547].

Los bolcheviques hicieron gala de un espíritu de expansión similar cuando convocaron en Bakú, el 1 de septiembre de 1920, un Congreso de los Pueblos del Este. Tras bajar por el Caspio y atravesar el Daguestán, los ejércitos rojos habían entrado en Bakú el 28 de abril sin encontrar ninguna resistencia y habían ocupado los pozos petroleros. Aunque Armenia y Georgia, al contrario que Azerbaiyán, conservaran su independencia, estaban atrapadas entre los ejércitos rojos y los turcos en el oeste. Los alemanes habían abandonado Georgia en 1919 y, como las potencias de la entente no se fiaban de ella, se hallaba en una mala posición para negociar. La República de Armenia, fervorosa proentente, había cerrado filas con los blancos en 1919 y había cosechado una derrota que no pintaba nada bien[548].

Si el II Congreso del Komintern estaba pensado para las élites socialistas europeas, el Congreso de los Pueblos del

Este apuntaba a las de Asia, Oriente Próximo y África. La Rusia soviética quiso que supieran que apoyaba a los pueblos colonizados y oprimidos del mundo en su lucha contra el imperialismo europeo. Constituyó una idea brillante en términos de propaganda, aunque, debido a las limitaciones geográficas, asistieran al congreso, como era de esperar, sobre todo rusos, junto con algunos tártaros de la Rusia de Asia central y del norte de Irán. También acudieron turcos de Ankara y pequeñas delegaciones de China y de la India. Como Armenia y Georgia, ambas cristianas, boicotearon la conferencia (aunque fueron algunos delegados de ambos países), todo adoptó un aire de alianza islámica comunista contra Occidente o, como dijera Zinóviev en el discurso de apertura, parecía una «guerra santa» contra el «imperialismo británico». Si bien Lloyd George había dejado en la estacada a los blancos «imperialistas» y a los polacos, quemaron su efigie (al igual que, lo que resulta más extraño, la del presidente Woodrow Wilson, que se había quedado inválido). La presencia del «generalísimo» otomano Enver Pashá puso un toque de emoción. El ministro de Asuntos Exteriores del sóviet lo había enviado a Bakú con la esperanza de que, a su regreso a Turquía, sustituyera a Mustafá Kemal (el futuro Atatürk), primer portavoz de la recién formada Gran Asamblea Nacional de Ankara, liderada por el movimiento nacionalista turco; pero los delegados comunistas turcos denunciaron a Enver como criminal de la guerra «imperialista»[549].

Retrospectivamente, el congreso de Bakú constituyó un gran hito político, el primero de los muchos mensajes «antiimperialistas» que tan bien vendrían a los comunistas a lo largo del siglo XX. Sin embargo, en ese momento, su impacto se vio ensombrecido por el oscuro escenario estratégico que se preveía en Moscú. Cuando se reunió el II Congreso

del Komintern, el ejército rojo triunfaba. Pilsudski, que se había retirado para realizar una última defensa de Varsovia, se veía superado en número por dos a uno, pues había cerca de 220 000 soldados rojos en Polonia y él solo contaba con 120 000. El 14 de agosto, justo tras la clausura del II Congreso, Trotski dictó órdenes para iniciar la ofensiva final contra Varsovia. Aun así, en contra de todo pronóstico, Pilsudski respondió, el 16 de agosto, con un devastador contraataque lanzado hacia el flanco de Tujachevski. Capturó 95 000 prisioneros e hizo retroceder a los ejércitos rojos en lo que los polacos denominaron «el milagro del Vístula». En septiembre de 1929, los soldados rojos se retiraban en todos los frentes hasta Ucrania, donde el maltrecho ejército blanco del noroeste de Wrangel seguía acampado en Crimea. A finales de septiembre, Mustafá Kemal decidió capitalizar los reveses de fortuna del ejército rojo y ordenó al XV cuerpo turco de Kazim Karabekir que entrara en Ardahan y Kars, por entonces en manos armenias. Las coronas de laureles de Moscú y Bakú habían sido algo prematuras[550].

Lenin y Trotski eran conscientes de la situación y pidieron la paz a Varsovia. El 12 de octubre de 1920, los diplomáticos soviéticos firmaron un borrador de acuerdo en Riga, en el que cedían grandes franjas de Ucrania occidental, donde vivían casi 3 millones de personas (la mayoría eran bielorrusos y ucranianos), y fijaban la frontera polaca a unos 200 kilómetros al este de la línea que Curzon trazara en Versalles. Ocho días después, tras enviar tropas al este para obtener una superioridad significativa sobre los blancos (133 600 frente a 37 220), el ejército rojo atacó el istmo de Perekop. Lo único que el derrotado Wrangel pudo hacer fue organizar la evacuación desde Sebastopol a bordo de navíos franceses y rusos con rumbo a Constantinopla. No hubo buques británicos, porque Lloyd George había estipulado en el ga-

binete, el 11 de noviembre, ante el horror de Churchill, que los británicos no debían ayudar a Wrangel a evacuar, ni a las fuerzas de combate, ni a las mujeres, ni a los niños. El 14 de noviembre salieron de Crimea las últimas tropas blancas junto con los particulares que habían tenido la suerte de encontrar la forma de marcharse al extranjero. Partieron un total de 83 000 personas y la mayoría nunca volvería a ver su patria. Quedaron atrás unos 30 000 desafortunados colaboradores que fueron fusilados por los bolcheviques o internados en campos de concentración. A los cosacos del Don se les expulsó en masa de sus tierras como represalia por la ayuda que habían prestado a Denikin y a Wrangel. Los blancos se encontraban acabados[551].

Sin embargo, paradójicamente, la marcha de los blancos y los polacos eliminó a los únicos chivos expiatorios posibles para explicar las privaciones del comunismo de guerra. La intervención exterior había ofrecido una causa común contra la que podían luchar juntos los rojos de las ciudades y los indignados campesinos. Aun así, tras la marcha del enemigo, empezaría una guerra civil que llevaba mucho tiempo latente: la que enfrentaría a los gobernantes comunistas con su propio pueblo.

21

LOS IDUS DE MARZO

La presencia de ejércitos extranjeros (o equipados por fuerzas extranjeras) combatiendo en suelo ruso proporcionó una excusa al gobierno de partido único de Lenin para imponer políticas draconianas como el «tributo obligatorio» de trigo exigido a los campesinos (el famoso *prodrazvërstka*). La intervención extranjera y el bloqueo británico habían granjeado a los bolcheviques cierta simpatía entre sus súbditos del campo, pues ambos luchaban contra los mismos enemigos y sufrían, hasta cierto punto, las mismas privaciones materiales. El ejército rojo era en sí mismo un matrimonio de conveniencia entre el régimen comunista y los campesinos rusos: la increíble fuerza humana que había permitido a los soldados rojos derrotar a sus enemigos extranjeros gracias, sobre todo, a su enorme superioridad numérica.

En noviembre de 1920 la dinámica política era muy distinta. Ya no había bloqueo y los bolcheviques podían importar todo el material militar que quisieran o todo el que sus lingotes de oro y las joyas del Gojran pudieran comprar, pero la marcha de los blancos y los polacos llevó a los campesinos partisanos a resistirse a las requisas de trigo, que aumentaban sin cesar.

Los historiadores siguen recomponiendo las líneas generales de las guerras campesinas de Rusia. Los archivos de la Checa, a los que hemos tenido acceso tras 1991, han revelado el sorprendente número de *bunts* [revueltas] campesinas que estallaron tras las líneas militares durante la Revolución rusa y la guerra civil. Solo en 1917 se registraron más de 4000 «revueltas campesinas», en las que hubo de todo: quema de mansiones en los últimos días del régimen zarista, agitación antibolchevique tras la revolución de Octubre y protestas contra el gobierno provisional entre unas y otras. El fin de la I Guerra Mundial marca un nuevo hito, con 44 levantamientos armados independientes. Hubo otro brote tras la derrota de Denikin y Wrangel, en febrero-marzo de 1920, cuando la denominada «rebelión de Tambov», llevada a cabo por un ejército irregular de 50 000 campesinos, tomó posiciones entre el Volga y los montes Urales, lo que obligó a los comandantes rojos a utilizar cañones y ametralladoras pesadas. En términos estratégicos, la invasión de Pilsudski del mes de abril se había solapado con la rebelión de Tambov, que, al distraer a Trotski, había dejado temporalmente indefensas Ucrania y la Rusia blanca. Puede que la guerra de los campesinos constituyera un pulso mayor para los bolcheviques que los conflictos con los blancos (a los que se dio mayor publicidad), con las fuerzas expedicionarias de la entente, con los finlandeses o con los polacos. Como señaló el propio Lenin, los campesinos de Rusia eran «mucho más peligrosos que todos los Denikin, Yudénich y Kolchak juntos, pues estamos en un país en el que los proletarios constituyen una minoría»[552].

La breve pausa que siguió al fin de la guerra con Polonia permitió al alto mando rojo llevar a cabo el primer inventario de material militar a su disposición desde el inicio de la guerra civil. Las noticias no eran buenas. Desde 1918 se ha-

bían perdido, robado o estropeado casi 1,8 millones de fusiles de los 2,2 millones heredados del arsenal zarista, lo que les dejaba con solo 437 377 fusiles en perfecto estado. En un año ideal, las fábricas rusas únicamente podían producir la tercera parte de los 2 millones de fusiles que necesitaba el ejército rojo. De las 18 036 ametralladoras que habían heredado los bolcheviques en 1917, solo 5000 funcionaban y Tula solo podía fabricar menos de la mitad de las 13 000 ametralladoras que se precisaban para reemplazar a las dañadas y una cuarta parte de los 3000 millones de cargadores que necesitarían para usarlas. Los oficiales apenas tenían pistolas y revólveres; en el arsenal rojo solo quedaban 15 012 de las 167 264 recuperadas de los almacenes zaristas. No había casi granadas de mano: tan solo 91 000 del 1 500 000 que habían heredado en 1918 y únicamente contaban con 200 de los 500 cañones pesados que tuvieron en su momento los zaristas. Muchos otros objetos esenciales, como prismáticos, mirillas, bengalas y equipos de señalización, bombas incendiarias y cartuchos, ni siquiera se manufacturaban en Rusia; todo eso habría que importarlo[553].

Pese a las malas cifras, seguían asumiendo que podrían impulsar la producción en Tula, Moscú y Petrogrado hasta alcanzar los niveles de antes de 1917. Sin embargo, las fábricas de guerra rusas necesitaban enormes cantidades de metales ferrosos importados sin los que, simplemente, no podían funcionar. En 1920 se hicieron cuantiosos pedidos de plomo, zinc, acero y tungsteno puro (wolframio), aunque los metales no empezaron a llegar a Reval (Tallin) hasta septiembre, mejor dicho, en septiembre solo se recibió plomo. El estaño, el zinc y el acero no entraron en grandes cantidades hasta diciembre de 1920 y el wolframio (muy bien protegido por los espías aliados) aún tardaría más[554].

El régimen se vio obligado a pagar en dólares un equipo militar manufacturado de gama alta. Trotski supervisó algunos de los acuerdos más relevantes, incluido un pedido de fusiles de repetición Mosin-Nagant, de tipo ruso, calibre 3 líneas (0,3 pulgadas o 7,62 mm), manufacturados en la fundición de la fábrica estadounidense Westinghouse, para cumplir un encargo zarista de 1915. Una firma sueca llamada Tjernberg & Leth Aktiebol tenía 1,2 millones de estos fusiles y se enfrentó a unas duras negociaciones con Trotski. Finalmente, accedieron a venderle 300 000 Mosin-Nagants y 5 millones de balas a cambio de 9 millones de dólares en lingotes de oro. La firma de este contrato dejó satisfecho a Trotski, pero, más tarde, el 11 de enero de 1921, la agencia encargada de las adquisiciones para el ejército rojo (Spotekzak), firmó un contrato aún más ambicioso con Tjernberg & Leth Aktiebol: pagaron 40 millones de coronas suecas (otros 9 millones de dólares) en lingotes de oro a cambio de «150 000 equipos completos», que consistían cada uno en un fusil Mosin-Nagant de tres líneas con 1800 balas, un uniforme caqui inglés «limpio y desinfectado», un par de botas altas de cuero negro y una manta de lana (a un precio de 269 coronas suecas cada uno)[555].

Ahora los bolcheviques podían combatir en la guerra campesina con estilo, es decir, con las armas y los uniformes extranjeros más recientes. Iban a necesitar este material, porque los informes de la Checa sobre los desórdenes partisanos enviados a Lenin en el otoño de 1920 se repetían tanto que aturdían. «Yaroslavl: el bandidaje está muy difundido por toda la provincia». «Prosiguen las rebeliones en Riazán en relación con el suministro de alimentos». «Tula: hay grupos de bandidos». «Vitebsk: los bandidos están bien organizados [...], son unos 3000». «Pskov: región de Opóchka. Hay activa una banda de 300». «Petrogrado: Yámburg

[distrito]. Bandidos verdes [es decir, partisanos o anarquistas, que no apoyaban ni a rojos ni a blancos] activos». «Viatka [...], la actitud de los campesinos hacia el poder del sóviet es muy hostil». «Perm: la disposición de la población es contrarrevolucionaria». «Kubán: el clima es contrarrevolucionario». «Tomsk: [] han estallado rebeliones que a veces afectan a toda la provincia». «Los montes Urales: la actitud de la población hacia el poder del sóviet no es favorable, debido a las requisas de trigo». «Samara: aumenta el descontento [...], se aprecia en los disturbios campesinos». «Voronezh: la actitud de la población hacia el poder del sóviet es hostil [...], una banda de 400 verdes opera por aquí»[556].

Los motivos de los rebeldes partisanos variaban de región en región y de distrito en distrito, pero había ciertas quejas comunes. Las requisas forzosas de trigo del comunismo de guerra eran, en general, muy odiadas. El *prodrazvërstka*, en vigor entre 1919 y 1921, fijó ciertos niveles de requisas planificados por los funcionarios de Moscú sin tener en cuenta el volumen de las reservas de alimentos (si es que las hubo alguna vez). Los encargados de las requisas bolcheviques encontraban resistencia allí donde iban y se armaron, mediante la creación de «destacamentos para la recogida de alimentos» (*prodarmi*) y de «brigadas de infantería para la recogida de alimentos» (*voienprodotriadi*), para dar palizas a los campesinos recalcitrantes hasta que entregaran el trigo. Para los campesinos que cultivaban la tierra constituía un nuevo tipo de servidumbre, sobre todo si se tenían en cuenta las «obligaciones de trabajo y acarreo» impuestas por los oficiales comunistas a los que denominaban displicentemente «terratenientes» (*pomeshchiki*). Los campesinos reunidos en la provincia de Tambov se quejaron y exigieron que el régimen pusiera fin «a la servidumbre de hombres y caballos a partir del día de hoy»[557].

En octubre-noviembre de 1920, justo después de la marcha de las últimas tropas extranjeras de suelo ruso[ex14], estallaron encarnizadas rebeliones campesinas contra la dictadura bolchevique en el este de Ucrania (lideradas por los partisanos de Néstor Majnó, que ya eran 15 000), Siberia occidental, el norte del Cáucaso, Asia central, la región del Volga y la provincia de Tambov, a tan solo unos cientos de kilómetros de Moscú. Había levantados en armas unos 30 000 partisanos en el norte del Cáucaso, y en Siberia occidental, unos 60 000. En Tambov, Alexandr Antónov, un rebelde que lideraba a 110 000 desertores del ejército rojo que vivían escondidos en el campo por los alrededores, reunió a un ejército de 50 000 partisanos que dividió en 18 o 20 «regimientos»[558].

Esta nueva guerra de clases enfrentó a las tropas del ejército rojo y a los matones de la Checa contra los campesinos, muchos de los cuales luchaban con horquetas. En una típica directriz de la Checa del norte del Cáucaso, adoptada el 23 de octubre de 1920, Sergó Ordzhonikidze ordenó que los habitantes de Ermolóvskaia, Románovskaia, Samachinskaia y Mijáilovskaia fueran «expulsados de sus casas y que las tierras» se distribuyeran «entre los pequeños campesinos». Los agentes de la Checa, agradecidos, informaron a Ordzhonikidze tres semanas después: «Kalinovskaia: ciudad saqueada y toda la población (4220) ha sido deportada o expulsada. Ermóvlovskaia: vacía de habitantes (3218)». En total echaron a unos 10 000 campesinos y otros 5500 no tardarían en sufrir el mismo destino[559].

Las guerras campesinas se reforzaban mutuamente. Cada enfrentamiento entre la Checa o los «destacamentos para el suministro alimentario» y los rebeldes partisanos creaba un círculo vicioso: los campesinos ocultaban el trigo o dejaban de sembrar, los comunistas encargados de las requisas acu-

saban a estos *kulaks* de acaparar el trigo y empleaban una brutalidad todavía mayor para doblegarlos. Durante el invierno de 1920-1921 enormes franjas de la Rusia rural se encontraban prácticamente en situación de hambruna. En la provincia de Tambov, donde la rebelión campesina de Alexandr Antónov fue tan intensa que hubo que enviar al ejército rojo, el comandante encargado de eliminar a los partisanos, Vladímir A. Antónov-Ovséienko, admitió de forma abierta que, en enero de 1921, «la mitad de los campesinos se morían de hambre». En la cuenca del Volga, las condiciones eran aún peores. El comandante del distrito militar informó desde la provincia de Samara: «Miles de campesinos al borde de la inanición asedian los graneros donde guardan el trigo los destacamentos para la recogida de alimentos [...]. El ejército se ha visto obligado en numerosas ocasiones a abrir fuego sobre una multitud enardecida». En Sarátov, partisanos «fuertemente armados» con los fusiles de los desertores del ejército rojo se habían hecho con las reservas de trigo requisadas por los destacamentos para la recogida de alimentos. El sóviet local comunicó a Moscú: «Unidades enteras del ejército rojo han desaparecido». Según fuentes soviéticas, entre enero y marzo de 1921, el régimen perdió el control de regiones enteras del Volga medio y de Siberia occidental, incluidas las provincias de Tiumén, Omsk, Cheliábinsk, Ekaterimburgo y Tobolsk, así como de las del propio Transiberiano[560].

La guerra de los alimentos llegó a Moscú y Petrogrado. El 22 de enero de 1921, las raciones de pan se redujeron en ambas ciudades a la tercera parte, es decir, a unas 1000 calorías al día, incluso en el caso de los privilegiados trabajadores de la industria pesada. Esto hizo que Lenin perdiera mucho apoyo hasta entre sus partidarios de siempre (solo el 2 por ciento de los trabajadores de las fábricas siguieron mili-

tando en el partido tras la adopción de estas medidas). Las protestas y las huelgas se adueñaron de Petrogrado. El 22 de febrero se creó una nueva Asamblea Plenipotenciaria de los Obreros que, según los informes de la Checa, se componía «mayoritariamente de mencheviques y socialistas revolucionarios». En el primer decreto aprobado por la asamblea se exigía el fin de la dictadura bolchevique, la libertad de reunión y de expresión, así como la liberación de los presos políticos; además, se convocaba una huelga para lograr estos objetivos. La Checa reaccionó con fuerza: el 24 de febrero disparó a un grupo de trabajadores y mató a 12 de ellos antes de arrestar a 1000 manifestantes. El 26 de febrero, Zinóviev, jefe del partido en Petrogrado, advirtió a Lenin: «Si no recibimos refuerzos, acabarán con nosotros»[561].

Cuando parecía que nada podía ir peor para el régimen, la rebelión alcanzó Kronstadt, el mayor apoyo de Lenin en 1917, durante los días de Julio y la revolución de Octubre. Más de 4000 comunistas de Kronstadt habían roto sus carnés del partido. El 28 de febrero, Zinóviev comunicó a Lenin que había estallado un motín entre los marineros del puerto y que todas las fábricas se encontraban en huelga. El 1 de marzo hubo una manifestación masiva en la que participaron 15 000 personas, casi un cuarto de la población total. Cuatro días después llegó Trotski a Petrogrado para hacerse cargo del contraataque. Aunque afirmó que los manifestantes pertenecían a la «guardia blanca», la mayoría de los rebeldes de Kronstadt eran, como Trotski sin duda sabía, anarcosocialistas. El 8 de marzo, la *Izvestia* local propinó un golpe a los bolcheviques que les debió de doler. «Al tomar parte en la revolución de Octubre», señalaba el periódico, «la clase obrera esperaba lograr su liberación. El resultado ha sido una esclavización aún mayor de seres humanos». En vez de gozar de libertad, los trabajadores urbanos se en-

frentaban «al temor diario de acabar en las cámaras de tortura de la Checa», mientras «ahogaban en sangre» a las masas campesinas. Se imponía una tercera revolución para «terminar con el sufrimiento de los trabajadores»[562].

Trotski pensaba de otro modo y el orden de batalla le favorecía. En marzo de 1921, el ejército rojo llevaba cinco meses recibiendo material bélico importado. Los rebeldes, en cambio, permanecían aislados, sobre todo después de que los bolcheviques descubrieran que recibían alimentos de Suecia y exigieran al Ministerio de Asuntos Exteriores sueco, el 16 de marzo, que cortara los suministros. (Este hizo lo que se le pedía porque quería proseguir con el provechoso negocio del blanqueo del oro bolchevique en Estocolmo)[563].

El ejército rojo contaba con decenas de miles de soldados regulares, bien vestidos y armados, con suficientes proyectiles de artillería como para bombardear a los rebeldes desde tierra firme durante diez días sin interrupción, de manera que cabían pocas dudas sobre el resultado. Durante la noche del 16 de marzo, 50 000 soldados rojos aprovecharon la oscuridad para cruzar por el hielo desde Oranienbaum y Peterhof. Llegaron al puerto de Kronstadt antes de que sus defensores se dieran cuenta y, además, los superaban en número (de cuatro a uno). Los rebeldes lucharon encarnizadamente y causaron 10 000 bajas al ejército rojo antes de sucumbir en la noche del 18 de marzo. Trotski había asegurado que «dispararían a los rebeldes como a perdices» y cumplió su palabra. De los rebeldes que sobrevivieron, ejecutaron a 2103 cabecillas y enviaron a prisión o a campos de concentración a otros 6459 hombres. Casi todos acabaron en recintos preparados para realizar trabajos forzados del Ártico, donde tres cuartas partes morirían en menos de un año. Hubo tantos muertos en los combates que el gobierno finlandés pidió que se recogieran los cadáveres que caían

sobre el hielo, «para que no terminen en la costa finlandesa y creen un problema de salud pública cuando llegue el deshielo». Los rebeldes de Kronstadt lo bastante afortunados como para escapar por el hielo a Finlandia recibieron una fría acogida por parte de las autoridades fronterizas, que los encarcelaron. Unos 5000 volvieron a Rusia cuando, en 1922, se les prometió una amnistía: todos ellos acabaron en campos de concentración[564].

El asalto de Trotski a Kronstadt en marzo de 1921 fue un punto de no retorno. Ya ni siquiera fingían que el gobierno comunista contaba con el apoyo de la gente a la que gobernaba. El Terror rojo se había dirigido contra los «enemigos de clase» y la guerra civil había sido una lucha contra «los imperialistas y los guardias blancos». Hasta las guerras campesinas se habían justificado de forma teórica como una disputa entre los proletarios y los «campesinos capitalistas». Sin embargo, en esa ocasión, el primer gobierno «proletario» se había dedicado a masacrar al proletariado urbano. No resulta sorprendente que «Kronstadt», aparte de ser un gran estigma en los logros de Trotski, se convirtiera en sinónimo de traición bolchevique para aquellos socialistas europeos que se negaban a inclinarse ante Moscú.

Lo que ya resulta más difícil de explicar es por qué los británicos, tras meses de cortejos diplomáticos, decidieron dar su bendición a la dictadura comunista de Lenin en esa semana de marzo de 1921. Lloyd George estampó su firma en el histórico acuerdo anglosoviético el 16 de marzo, el mismo día en el que los bolcheviques chantajeaban a Suecia para aislar totalmente a los rebeldes de Kronstadt y en el que Trotski lanzó su ataque final. Aunque sobre el papel no parecía más que un «acuerdo comercial», concedía a los agentes comerciales soviéticos y británicos derechos equivalentes a los del personal consular: desde el uso de mensa-

jes encriptados y valijas diplomáticas hasta la validación de pasaportes en regla. Al admitir la reclamación soviética del compromiso por parte del gobierno británico de aceptar «no confiscar el oro, los fondos, los bonos o las mercancías [...] exportados por Rusia como pago a cambio de importaciones», el acuerdo formalmente acababa con el bloqueo del oro y hacía perder a los gobiernos de la entente el único medio que tenían para obligar a Moscú a pagar sus viejas deudas. Protección personal de Lloyd George aparte, su gobierno había reconocido al de Lenin *de facto* y había renunciado al derecho a «expresar una opinión sobre la legalidad o cualquier otro aspecto de sus actos», como dictaminó una sentencia del tribunal de apelación británico, en mayo de 1921, y han seguido sentenciando los tribunales británicos desde entonces[565].

El acuerdo anglosoviético abrió las espitas diplomáticas para Moscú, que había permanecido aislado hasta entonces. A finales de 1921, el gobierno de Lenin había firmado acuerdos comerciales oficiales con Suecia, Noruega, Finlandia, Letonia, Lituania, Polonia, Alemania, Checoslovaquia, Austria e Italia y había enviado misiones comerciales a la Turquía de Kemal (que también había establecido relaciones diplomáticas con Moscú y había renunciado a Azerbaiyán y Batum a cambio de Ardahan y Kars), a Persia y a China. Las únicas excepciones relevantes eran Francia, Japón y Estados Unidos, cuyos líderes se negaban a ceder como los británicos, pero, teniendo en cuenta que los bolcheviques ya tenían acceso al mercado de valores de Londres, el asunto no parecía muy preocupante. Ahora podían importar cualquier cosa, desde lana inglesa por valor de 11 millones de dólares (en 1921) hasta repuestos para el Rolls-Royce de Lenin (modelo de 1915, requisado a Miguel Románov) por valor de 8200 dólares y docenas de aviones ingleses de última gene-

ración con motores Rolls-Royce, como el aeroplano Kangaroo Bombing, que tenía un nombre maravilloso y que había sido diseñado por Blackburn Aeroplane & Motor Co. de Leeds[566].

El flujo de armas ayudó al régimen a acabar con el ejército de partisanos de Alexandr Antónov en la provincia de Tambov. El 27 de abril de 1921, el general Tujachevski, héroe de la guerra civil, recibió el mando de un ejército especial «para la defensa interna de la República» que contaba con más de 100 000 hombres y con el apoyo de los escuadrones de ejecución de la Checa. El ejército de Tujachevski tenía mayor movilidad que los que había dirigido contra los blancos: su caballería montaba en sillas importadas, sus camiones iban bien provistos de neumáticos, bujías y repuestos y contaba con aviones extranjeros para operaciones de vigilancia y bombardeos. Las bombas incendiarias importadas permitieron a sus hombres convertir las aldeas «sospechosas de asistir a o de colaborar con» Alexandr Antónov en antorchas. Tujachevski también tenía armas químicas, que Zinóviev había comprado en Halle cuando asistió al congreso de la «escisión» comunista alemana celebrado en octubre de 1920. El 11 de junio de 1921 Tujachevski emitió la orden número 171: «Hay que limpiar los bosques donde se esconden los forajidos con gas tóxico. Conviene calcularlo de forma cuidadosa para que la capa de gas penetre en el bosque y mate todo lo que allí se esconda». Había que «quemar o demoler» las casas de las «familias de los forajidos» y redistribuir sus propiedades «entre los campesinos leales al régimen». En julio, 15 000 campesinos habían sido fusilados o gaseados y otros 50 000 partisanos habían acabado en campos de trabajos forzados. La rebelión se había acabado. La de Tambov fue la última gran batalla de las guerras campesinas, que solo al ejército rojo costaron 237 908 bajas,

a pesar de que combatía contra enemigos que carecían de armas y, en general, luchaban con aperos de labranza[567].

Lo único bueno de ese *annus horribilis* para los campesinos fue que el gobierno de Lenin empezó a desmantelar la política que había provocado todos los problemas. El 23 de marzo de 1921, mientras acababan con los últimos rebeldes de Kronstadt, Lenin anunció el fin del odiado *prodrazvërstka* y sustituyó el tributo del trigo por cuotas por un «impuesto en especie», más bajo, sobre la producción agrícola: el *prodnalog*. Llevaría meses confeccionar los detalles de la Nueva Política Económica (NPE), pero se establecieron los principios básicos: los sóviets locales y, en su defecto, las comunidades rurales (no Moscú) determinarían la cuota de cada hogar campesino y se admitiría la existencia de alguna forma de mercado del trigo[568].

En términos políticos, la tregua (*smichka*) de Lenin con el campesinado constituyó un golpe maestro que dejó a los principales líderes partisanos sin su mejor argumento. Sin embargo, llegó un año tarde para los millones de campesinos que, en la primavera de 1921, se enfrentaron a la muerte por inanición a una escala sin precedentes. Al final, las guerras campesinas rusas no las ganaron los comunistas: las perdieron sus enemigos, demasiado debilitados por el hambre para luchar.

22

«¡CONVERTID EL ORO EN PAN!». EL HAMBRE Y LA GUERRA CONTRA LA IGLESIA

En mayo y junio de 1921 tuvo lugar una terrible sequía en la Rusia europea después de un deshielo demasiado breve. El Volga alcanzó su nivel más bajo en años. Las aguas subterráneas se retiraron y los pozos se secaron. En medio de un calor infernal, el trigo, literalmente, se abrasó nada más salir de la tierra. Las reservas de trigo, muy bajas tras la mala cosecha de primavera, desaparecieron en días. Como no se podía alimentar al ganado, vacas y cerdos sucumbieron o fueron sacrificados antes de que estuvieran demasiado desnutridos para el consumo. Los campesinos, desesperados, consumían trigo quemado, hierba, hierbajos, cortezas y roedores para sobrevivir, hasta que también se acabaron. Poco tiempo después, millones de campesinos caminaban por el país como en trance. En esta situación las epidemias de tifus, cólera y viruela se difundían muy rápido. A mediados de junio, casi la cuarta parte de la masa continental de la Rusia europea, delimitada por Viatka en el norte, Astracán en el sur, Penza en el oeste y Ufá a los pies de los montes Urales en el este, se había convertido en un lugar inhabitable. Junto con el cinturón de tierra negra de Ucra-

nia, que también padecía una dura sequía, constituían las tierras más fértiles de Rusia, de manera que no había otro lugar del que tirar. Tras ocultar la verdad durante semanas, el 21 de junio *Pravda* admitió que «unos 25 millones de personas» se encontraban al borde de la inanición, incluidos 7 millones de niños. Las cifras eran demasiado bajas, pues la Checa informaba de la existencia de otros 7,5 millones de personas a punto de morir de hambre en Ucrania, lo que arrojaba un cómputo total de más de 33 millones[569].

Una hambruna de estas dimensiones no surge de un día para otro. En la época zarista Rusia era muy vulnerable durante los años de mala cosecha debido a que la estación de cultivo resultaba muy corta en los cinturones de trigo del centro y del norte. Más de 400 000 campesinos habían muerto en la hambruna del Volga de 1891-1892, aunque, con posterioridad, las cosechas mejoraron, sobre todo tras las reformas introducidas por Stolipin, lo que había amortiguado el golpe en las últimas grandes sequías de 1906 y 1911. En 1913, Rusia había exportado 20 millones de toneladas de trigo que le sobraban, pues todo parecía indicar que los días del hambre habían pasado. Después vino la guerra, que sacó a millones de campesinos de sus tierras. Aun así, si se tiene en cuenta que Rusia había dejado de exportar trigo, el problema de la subida del precio del pan en las ciudades, en 1917, fue más bien de mala distribución que de escasez. Durante la guerra hubo buenas cosechas, pese al descenso de la población rural por las levas. Los niveles de producción de trigo se desplomaron tras 1918, en los inicios de la guerra civil, debido a las requisas draconianas del comunismo de guerra. La Checa se hizo eco de los primeros signos de alerta en la región del Volga en fechas tan tempranas como 1919. El verano de 1920 fue muy seco e inclinó la balanza en favor de las hambrunas: la mayoría de las guerras campesi-

nas de ese otoño se libraron para asegurar el control de los escasos alimentos que quedaban. A cualquier campesino que acaparara alimentos «lo torturaban y flagelaban hasta que sangraba». Los campesinos, indignados, se defendían con todo lo que tenían a mano. Golpearon hasta la muerte a 8000 encargados bolcheviques de las requisas solo en 1920 (según las cifras oficiales). Un agente de la Checa comunicó a Moscú que las masas campesinas de la región del Volga creían sinceramente «que el régimen del sóviet está intentando matar de hambre a todos los campesinos que osen resistirse a su poder»[570].

El hecho de que el régimen dejara de aplicar el *prodrazvërstka* en marzo de 1921 resultó ser un paso en la dirección correcta, pero la tregua que Lenin ofreció a los campesinos no era coherente con su reacción ante la hambruna. El régimen invirtió algún dinero en la importación de alimentos en mayo y junio, pero eran para las ciudades y, en su mayor parte, no se trataba de trigo o semillas, sino de alimentos perecederos que constituían un lujo, como fruta de Persia, arenque sueco (40 000 toneladas), salazones de pescado finlandés (250 toneladas), beicon alemán (7000 toneladas), tocino francés y chocolate. Uno de los agentes de compras de Lenin recordaría más tarde con un escalofrío que las élites comunistas de Moscú y Petrogrado consumían «trufas, piñas, mandarinas, naranjas, plátanos, frutos secos, sardinas y Dios sabe qué más», mientras que, en el resto de Rusia, «la gente se moría de hambre». Lejos de aliviar la situación de los hambrientos campesinos de la cuenca del Volga, el 30 de julio de 1921, Lenin ordenó a todos los comités regionales y provinciales del partido que «impulsaran los mecanismos para la recolección de alimentos» y que «dieran a las agencias de seguridad alimentaria la autoridad

que necesitaran y todo el apoyo del aparato coercitivo del Estado»[571].

Por fortuna para los agonizantes, todavía había rusos que habían tomado conciencia de ello en Moscú y en Petrogrado y que exigieron al gobierno que actuara. El 21 de junio *Pravda* publicó un artículo basado en las pesquisas de un equipo de agrónomos de la Sociedad Agrícola de Moscú. A principios de junio este grupo había formado un Comité Social para la Lucha contra el Hambre y había reclutado, entre otros, a la periodista Ekaterina Kuskova, esposa de un buen amigo de Maxím Gorki, el famoso novelista. Este último conocía a Lenin desde hacía veinte años y había recaudado dinero para los bolcheviques antes de la guerra. Aunque había criticado muchas de las políticas más represivas del régimen, su fama internacional lo protegió frente al Terror rojo. Cuando se enteró de las dimensiones de la hambruna, decidió hacer un llamamiento «A todos los pueblos honorables» (el 13 de julio de 1921), en el que solicitaba la ayuda de la comunidad internacional. Gorki también prestó su nombre al nuevo Comité Público Panruso de Ayuda al Hambriento (Pomgol), una organización benéfica, en apariencia privada (aunque, en realidad, controlada por el régimen), fundada el 21 de julio, que permitió al gobierno de Lenin pedir ayuda extranjera sin que pareciera que mendigaba pan a los «capitalistas»[572].

Funcionó. El 23 de julio, Herbert Hoover, secretario de Comercio de Estados Unidos, cuya Administración de Ayuda Estadounidense (AAE) había proporcionado alimentos a Bélgica y Hungría, muy necesitadas después de la guerra, respondió a la llamada de Gorki. Las negociaciones tuvieron lugar en Riga y la falta de confianza era evidente. Hoover insistía en que no quería ninguna interferencia del gobierno del sóviet y pedía la liberación de los ciudadanos estadouni-

denses retenidos en prisiones y en campos de concentración comunistas. A Lenin le enfurecieron tanto estas exigencias que, aunque decidió firmar, ordenó a la Checa que infiltrara en la AAE «al máximo número posible de comunistas que sepan inglés». Lenin también hizo un llamamiento público «a los obreros del mundo» el 2 de agosto, en el que afirmaba: «Los capitalistas de todos los países [...] buscan vengarse de la república soviética. Preparan nuevos planes de intervención y forjan conspiraciones contrarrevolucionarias». Antes de que empezaran a ayudar a los campesinos del Volga, los hombres de Hoover ya eran sospechosos de actividades «contrarrevolucionarias» (los mantenían bajo vigilancia)[573].

Sin embargo, se comportaron de forma heroica. La AAE organizó una operación de primera clase en Rusia con los más de 60 millones de dólares que le había concedido el Congreso de Estados Unidos. A finales de 1921, la AAE y otras organizaciones benéficas «burguesas», como la Cruz Roja estadounidense, los cuáqueros y el Consejo Federal de Iglesias de Cristo, habían enviado a Rusia más de 2 millones de toneladas de trigo y otros alimentos (bastante para alimentar a 11 millones de personas) y, además, aportaron semillas suficientes para las cosechas de los dos años siguientes. Aunque murieron 5 millones de personas de hambre en el Volga ese verano, en los informes de principios de 1922 apenas se habla de hambrunas. La AAE realizó su labor de forma tan eficiente que el gobierno del sóviet le pidió de forma expresa que redujera el número de barcos que descargaban alimentos en Reval (Tallin), Riga y Petrogrado, «debido a su incapacidad para manejar tan ingentes cantidades»[574].

La capacidad de los «capitalistas» estadounidenses para alimentar a millones de rusos que morían de hambre bajo el

régimen comunista resultaba embarazosa desde un punto de vista político. En agosto de 1921, Lenin creó un frente de ayuda «proletaria» en Berlín y puso al mando del mismo a uno de sus amigos de los tiempos de Zúrich: Willi Münzenberg, presidente de la Internacional Juvenil Comunista. Aunque el comité de Münzenberg recaudó poco dinero en Europa, consiguió bastante más en Nueva York, donde adoptó el atractivo nombre de Amigos de la Rusia Soviética (ARS). La ARS recomendaba a los lectores estadounidenses de *The Nation* y de *The New Republic*: «Dad no solo para alimentar al hambriento, sino también para salvar la revolución obrera rusa. Dad *sin imponer condiciones reaccionarias, como hacen Hoover y otros*». A juzgar por la cantidad de dinero recaudado por la ARS, 125 000 dólares en octubre de 1921 (aunque 73 000 dólares se malgastaron en propaganda y gastos generales), el llamamiento fue eficaz y, además, dañó a la reputación de Hoover, a quien *The Nation* acusó de «utilizar los alimentos para derrocar al gobierno del sóviet»[575].

El hambre en la zona del Volga también sacó a relucir las tensiones que se estaban gestando desde hacía tiempo entre los comunistas y la Iglesia ortodoxa rusa. El patriarca Tijon, elegido por votación de los «ancianos» de la Iglesia justo después de la revolución (el primer patriarca desde que Pedro el Grande aboliera este cargo en el siglo XVIII), había sido una espina para Lenin desde que reaccionara por el asalto bolchevique al monasterio de Alejandro Nevski en Petrogrado (en febrero de 1918) con una declaración solemne en la que reprobaba a los «monstruos de la raza humana [...] que pretenden acabar con la causa de Cristo esparciendo en todas partes no las semillas del amor cristiano, sino las del mal, las del odio y las de las luchas fratricidas». La Checa había llegado incluso a acusar a Tijon del intento de asesi-

nato de Lenin en agosto de 1918, pero este último temía que se convirtiera en un mártir para los piadosos campesinos cuyo apoyo necesitaba durante la guerra civil; el patriarca no fue ejecutado, pero sí condenado a arresto domiciliario[576].

La Iglesia no escapó al afán depredador de la revolución, pero, mientras los bolcheviques quisieron mantener una calma relativa entre el campesinado, observaron ciertos límites. Las propiedades eclesiásticas se habían nacionalizado en 1918, aunque se había hecho poco acopio de sus bienes por el miedo de Lenin a la resistencia popular. Durante la mayor parte de la guerra civil los asaltos de los bolcheviques a la Iglesia se habían hervido a fuego lento: una docena, más o menos, de obispos o sacerdotes «cortados en pedazos con hachas» por la guardia roja, un monasterio asaltado y saqueado... La comunidad ortodoxa no escapó al Terror rojo, pero, según fuentes del sóviet, murieron unos 1500 sacerdotes de un total de 140 000: una cifra significativa, pero no un genocidio. Lenin había dispensado a la Iglesia del mandato general de llevar al Gojran todas las joyas, obras de arte y antigüedades susceptibles de venta, pues los objetos de uso de las «comunidades religiosas», al ser «objetos de culto», estaban exentos. En fecha tan tardía como abril de 1921, Lenin advirtió a sus colegas del Politburó que no debían «ofender de ninguna manera a la religión»[577]. Teniendo en cuenta lo que estaba a punto de ocurrir, estas palabras resultan asombrosas, pero reflejan, como la mayoría de las observaciones de Lenin, una frialdad extrema en el ejercicio de las relaciones de poder. La guerra contra el ejército de Alexandr Antónov acababa de alcanzar su clímax y Lenin tenía razones para estar preocupado por haber llevado a los campesinos rusos demasiado lejos. Sin embargo, el inicio de la hambruna en junio de 1921, que afectó

prácticamente a todo el país, y el aplastamiento de la rebelión de Tambov alteraron la ecuación. La resistencia campesina se desmoronaba y Lenin empezaba a no tener ya motivos para dejar tranquila a la Iglesia. Mientras tanto, el patriarca Tijon había avergonzado a Lenin con las ayudas de alimentos de una forma muy similar a la de Hoover. A finales de junio de 1921, más de un mes antes de que Lenin hiciera su propio llamamiento «a los obreros del mundo», Tijon había mandado imprimir 200 000 copias de un conmovedor ruego a los cristianos rusos para «abrir los brazos rápidamente al sufrimiento [...], con los corazones rebosantes de amor y el deseo de salvar a vuestros hermanos que mueren de hambre». El patriarca creó su propio comité de ayuda, que recaudó 9 millones de rublos. El 22 de agosto de 1921, Tijon escribió a Lenin con el fin de pedirle permiso para que la Iglesia pudiera comprar los alimentos de un modo directo y organizar comedores gratuitos en las regiones donde el hambre se había extendido más. Lenin se indignó por la osadía del patriarca, mandó disolver el comité para ayudar a los necesitados, arrestó a sus líderes y los desterró al norte. Tijon, que seguía bajo arresto domiciliario, continuó recibiendo donaciones, pero le obligaron a entregarlas al gobierno[578].

Cuando Tijon se arriesgó a ayudar a sus campesinos hambrientos en el verano de 1921, proporcionó un pretexto a Lenin para dar por terminada su tregua con la Iglesia ortodoxa. La guerra podría haber empezado en ese momento, pero la salud de Lenin se deterioraba. Sufría migrañas e insomnio y tuvo que rebajar su ritmo de trabajo durante el otoño de 1921, para lo que se trasladó a su dacha situada al sur de Moscú. En su ausencia, Trotski se hizo cargo de informar al Politburó sobre la «hambruna», pero no sobre la

ayuda alimentaria (la AAE se ocupaba de eso), sino sobre la política del hambre.

En noviembre de 1921, nombraron a Trotski presidente de una nueva comisión encargada de la supervisión de la venta en el extranjero de los tesoros custodiados en el Gojran (en apariencia para aliviar el hambre). La idea consistía en localizar los tesoros de la Iglesia. Trotski empezó a publicar en la prensa que la Iglesia no estaba «haciendo lo suficiente» para paliar la hambruna. En un artículo se preguntaba por qué el clero no usaba su «oro, plata y objetos valiosos» para comprar «el trigo que podía salvar a varios millones de seres humanos hambrientos de una muerte por inanición». Se publicaron «cartas de los ciudadanos» en *Izvestia* y en *Pravda* que pedían la confiscación de los objetos de valor de la Iglesia. Muchas provenían de sacerdotes «progresistas» de rango medio, colaboradores del régimen, a los que denominaban «renovacionistas», que sugerían de forma velada (y ridícula) que el patriarca Tijon amenazaba a los donantes de objetos de valor con la excomunión[579].

Tijon picó en el anzuelo. Cuando, el 23 de febrero de 1922, el Comité Ejecutivo Central Panruso (CECP o VTsIK) ordenó la expropiación de los objetos de valor propiedad de la Iglesia ortodoxa para aliviar la hambruna, Tijon afirmó que este decreto bolchevique era un «sacrilegio» y amenazó con excomulgar a cualquiera que se llevara «vasijas sagradas» de la Iglesia ortodoxa, «aunque sea para donarlas de forma voluntaria». El 28 de febrero, Tijon permitió que los feligreses donaran objetos de valor de la Iglesia para aliviar el hambre, siempre y cuando no «estuvieran consagrados para su uso en ceremonias religiosas». Según Tijon y el arzobispo metropolitano ortodoxo de Petrogrado, Veniamin (Benjamín), podían cederse al gobierno solo si este aseguraba que no disponía de más recursos y que usaría los benefi-

cios de su venta «exclusivamente para ayudar a los necesitados»; además, pedían que se permitiera a los sacerdotes ortodoxos «bendecir el sacrificio». Veniamin y Tijon fueron acusados de ser «enemigos del pueblo» por haber desvelado el engaño bolchevique. El gobierno contaba con su «hombre del saco» para llevar a cabo el saqueo: el clero reaccionario (los «cien negros»). Trotski ideó un estupendo eslogan propagandístico: «¡Convertid el oro en pan!», con el que invitaba a las masas populares a saquear las iglesias sin ningún cargo de conciencia[580].

El ataque a la Iglesia se debió, en parte, al ateísmo oficial del régimen comunista. Durante los primeros meses de la revolución, el gobierno se había mofado de las «supersticiones» sobre los santos mediante el levantamiento de las tumbas reverenciadas por los peregrinos para mostrar que las reliquias sagradas no eran más que huesos, harapos y paja. Lenin llegó a ordenar que el monasterio de la Trinidad y San Sergio de Zagorsk, situado cerca de Moscú y muy popular entre los peregrinos, se convirtiera en un «museo del ateísmo». Como era de prever, estos insultos llevaron a muchos campesinos a reforzar su fe ortodoxa[581].

Sin embargo, tras la campaña de saqueo orquestada el 23 de febrero de 1922 había algo más que ideología. Los problemas financieros de los que Trotski hablaba en su propaganda eran reales, aunque mentía sobre las razones por las que de repente el gobierno necesitaba dinero con tanta urgencia. La AAE de Hoover ofrecía ayuda alimentaria a Rusia gratis y ese mismo mes el gobierno del sóviet, satisfecho con la actuación de Hoover hasta el momento, pidió a la AAE que ralentizara el desembarco de alimentos. Hoover informó inmediatamente al presidente de Estados Unidos (Warren G. Harding) el 9 de febrero. Días antes, esa misma semana, había ocurrido algo que no tenía nada que ver con

la AAE o con el problema del hambre: el 6 de febrero había partido desde Reval (Tallin), con destino a Estocolmo, la última carga de lingotes de oro zaristas (44 toneladas), sin que nadie informara de ello a la AAE o a los responsables de los programas contra el hambre. El 7 de febrero, Trotski revocó la autorización que tenían los agentes del sóviet para realizar compras en el extranjero. En lo que se refería a los lingotes de oro, en febrero de 1922 los bolcheviques se encontraban en la quiebra, pero no necesitaban oro para aliviar la hambruna, sino para comprar armas y material militar[582].

Evidentemente, Trotski sabía que el régimen se enfrentaba a la bancarrota. La campaña de expropiación de la Iglesia estaba decidida desde mucho antes de que se anunciara el 23 de febrero de 1922 y las ajustadas protestas del patriarca exigían una respuesta. Todo se había planificado de un modo meticuloso en diciembre del año anterior, en una serie de sesiones del Sovnarkom, el Politburó y el comité central del partido, celebradas a puerta cerrada, que culminaron con la resolución secreta del VTsIK sobre «la liquidación de las propiedades de la Iglesia», aprobada el 2 de enero de 1922, en la que se afirmaba de forma explícita que los objetos de valor confiscados a la Iglesia no servirían para aliviar el hambre, sino para engrosar el Tesoro del Estado para el Almacenamiento de Objetos de Valor (Gojran). Los trenes en los que trasladarían lo expoliado en las iglesias irían custodiados por oficiales de la guardia roja, que debían informar telegráficamente al Gojran sobre el «número de tren, de vagón y sobre la hora de salida». Solo los oficiales de alto rango del Gojran recibirían las comunicaciones de los equipos de saqueo. No dejaba de ser sorprendente que una operación pensada en apariencia para aliviar el hambre se pusiera en manos de la guardia roja y de la Checa, rebautizada aho-

ra como Directorio Político Unificado del Estado (OGPU), y que Trotski, el comisario de la Guerra, estuviera al frente de ella[583].

Según *Izvestia*, a mediados de abril de 1922, ya habían tenido lugar 1414 «sangrientas atrocidades» en confrontaciones entre el OGPU y los defensores de la Iglesia. Como era de prever, la resistencia fue fuerte en las zonas rurales, pero también se registraron incidentes violentos en Rostov del Don, Smolensk, Nóvgorod, Moscú y Petrogrado. El episodio que tuvo una mayor repercusión ocurrió en Shuia, una ciudad fabril al noreste de Moscú. Allí, el equipo de saqueo del gobierno entró en la iglesia local el domingo 12 de marzo. La multitud de fieles fue lo bastante fuerte como para repelerlos y eso era lo que se pretendía. El miércoles el OGPU volvió con tropas equipadas con ametralladoras que abrieron fuego sobre los feligreses. Mataron a cuatro o cinco personas y diez u once resultaron heridas. Trotski, furioso, convocó una reunión del Politburó para hablar sobre el incidente de Shuia; también informaron a Lenin, que estaba convaleciente. El 19 de marzo Lenin firmó en su dacha una orden «confidencial», en relación con «los sucesos de Shuia»:

> Creo que aquí el enemigo comete un gran error de cálculo [...], en este momento [...] tenemos el 99 por ciento de oportunidades de obtener un gran éxito que destroce al enemigo y que garantice nuestra posición durante décadas. Es ahora, y solo ahora, en un momento en el que se practica el canibalismo en las zonas asoladas por el hambre y en el que las carreteras están jalonadas de cientos o miles de cadáveres, cuando podemos (y, por lo tanto, debemos) confiscar los objetos de valor de la Iglesia con rabia y sin piedad [...], para garantizarnos un fondo de unos cientos de millones de rublos [...], sin ese capital el gobierno no puede funcionar, no sería posible la reconstrucción

económica y, sobre todo, no podremos defender nuestra posición en [la próxima conferencia interaliada sobre la deuda de] Génova. Debemos contar con ese capital de varios cientos de millones (o quizá miles de millones) de rublos de oro [...], no habrá mejor momento que este, de hambre desesperada, para imponer a las masas campesinas estas medidas y garantizar [su] neutralidad, de manera que podamos obtener una victoria total e incondicional en la batalla de la requisa de objetos de valor [de la Iglesia][584].

En la mente de Lenin, el hambre no había suscitado compasión, sino oportunismo.

Tras Shuia ya no había marcha atrás. El 28 de marzo de 192 un editorialista de *Izvestia* se preguntaba: «¿Qué deben hacer los obreros y los campesinos si no quieren que mueran de hambre millones de campesinos?». Luego contestaba a su propia pregunta para demostrar que no era retórica: «Dar un escarmiento a esa banda de "dignos sacerdotes". Eliminar a la "santa contrarrevolución" con un hierro candente. Tomar el oro de las iglesias. Cambiar oro por pan»[585].

En abril de 1922, el hierro candente de la represión se cernió sobre Moscú, la ciudad de las «cuarenta veces cuarenta iglesias», cada una de las cuales contenía inestimables tesoros de unos mil años de historia rusa: biblias iluminadas y manuscritos únicos en su género encuadernados con cierres en plata, iconos adornados con perlas, vasijas de oro, cálices con gemas incrustadas. Las comisiones de saqueo bolcheviques se repartieron por los siete distritos de Moscú en busca de objetos de valor. Eran unos 25 hombres, 10 de ellos profesionales fuertemente armados procedentes de los órganos de seguridad y defensa (del OGPU o del EROC [ejército rojo]). El 5 de abril, este brazo armado había sacado 6,5 toneladas de tesoros de 43 catedrales ortodoxas y monasterios

de Moscú. Entre los objetivos más buscados se encontraba la catedral de la Epifanía (en el distrito Jamovnicheski), una iglesia construida en 1625 que solía acoger los concilios religiosos ortodoxos. Más de 3000 feligreses se reunieron para defender la catedral el 5 de abril, pero los hombres fuertemente armados del OGPU pudieron con ellos; los saqueadores se llevaron 226 kilogramos de tesoros ortodoxos. Los bolcheviques también saquearon la catedral de Cristo Salvador, situada a orillas del río Moscova. Esta increíble iglesia, construida para conmemorar la victoria sobre Napoleón, tenía cinco imponentes torres con cúpulas de oro, una de las cuales medía lo mismo que un edificio de 17 pisos. Habían subido a los campanarios 14 campanas de plata que pesaban, en conjunto, 65 toneladas. Las paredes estaban decoradas con 117 paneles de mármol, en los que había grabadas heroicas batallas libradas contra Napoleón. Su tamaño convirtió el traslado en una pesadilla logística y los saqueadores «solo» pudieron llevarse 566 kilos de objetos religiosos. (La catedral de Cristo Salvador fue dinamitada por orden de Stalin en 1931, pero, tras la caída del comunismo, se reconstruyó con una inversión descomunal y fue consagrada el día de la Transfiguración [6 de agosto] del año 2000)[586].

Todo fue más sencillo para el OGPU en iglesias menos ilustres de Moscú, que contaban con menos defensores. Entre el 5 y el 8 de abril saquearon 106 iglesias en Moscú y se hicieron con cerca de 13 toneladas de objetos de valor. Tras una breve pausa para digerir todas estas riquezas, los escuadrones de saqueo bolcheviques se hicieron con un botín aún mejor, entre el 24 y 26 de abril, cuando atacaron 130 iglesias y 3 capillas, de las que se llevaron otras 13 toneladas de plata y unos 22 kilos de oro, aparte de una increíble cantidad de cálices sagrados. En abril el OGPU también saqueó algunos edificios de Moscú, propiedad de la Iglesia armenia y de

la Iglesia griega ortodoxa, una iglesia evangélica protestante y varias sinagogas judías. La adquisición más lucrativa fue el tesoro de la Iglesia nacional de Armenia que, al igual que el patrimonio rumano, había sido trasladado a Moscú en 1915 para mantenerlo a buen recaudo[587].

Petrogrado, una ciudad más moderna, tenía menos iglesias que Moscú y, además, contenían menos cálices e iconos antiguos. Sin embargo, si bien carecía de objetos litúrgicos, desde luego no le faltaban riquezas, sobre todo en forma de diamantes. A finales de abril de 1922, los comités de saqueo de Petrogrado habían recogido 30 toneladas de plata de las iglesias locales, unos 65 kilos de oro, 3690 diamantes y 357 piedras preciosas. La mayor parte del oro y de la plata se depositó en el Gojran de Moscú, pero dos terceras partes de los diamantes (2672) permanecieron en las cajas fuertes de la comisión de saqueo de Petrogrado para reducir al mínimo los riesgos de sabotaje o de robo por el camino[588].

En otras provincias, las iglesias y monasterios ortodoxos tenían menos propiedades, pero había tantas que su mero volumen fue suficiente para formar una cornucopia llena de riquezas. De las provincias de Viatka y Kalúzhskaia se sacaron 20 toneladas de riquezas de la Iglesia. Nizhni Nóvgorod arrojó 1 tonelada de plata y 1,5 kilos de oro. La historia fue similar en Astracán, Kazán, Cheliábinsk, Penza y Ucrania. En junio de 1922, los equipos locales se habían hecho con 250 kilogramos de oro, 167 toneladas de plata, 12 124 diamantes y brillantes (1145 quilates), 21 kilos de perlas y 26 708 piedras preciosas con un peso total de 6 kilos[589].

El robo armado de las iglesias de Rusia encontró una enorme resistencia, justo lo que esperaba Trotski. El 13 de abril fueron arrestados en Moscú 32 sacerdotes y, a la semana siguiente, otros 22. Trotski orquestó la campaña de prensa y acusó a los defensores de los templos de ser como los

«cien negros» y como los «contrarrevolucionarios». El 26 de abril empezó en el Museo Politécnico de Moscú el primer juicio público. 11 sacerdotes fueron condenados a muerte, los primeros de los cientos que vendrían después, cuando los juicios se trasladaron a Petrogrado (86 acusados, 4 ejecutados), Shuia (3 sentencias de muerte) y otras ciudades. Lenin, desde su dacha, pidió que le informaran «a diario» sobre el número de sacerdotes fusilados. Según las cifras del gobierno, al menos 28 obispos y 1215 sacerdotes murieron asesinados en 1922, aunque no todos fueron fusilados: 2 obispos, en Perm y Tobolsk, murieron ahogados. También fallecieron unos 20 000 feligreses, muchos de ellos ancianos, viejos creyentes que seguían practicando los ritos rusos ortodoxos anteriores a la reforma de la iglesia del siglo xvii y que defendían sus iglesias con horquetas[590].

Por terribles que sean estas cifras, palidecen en comparación con las del Terror rojo de 1918 o las de las atrocidades cometidas por ambas partes durante la guerra civil. En cierto modo, el saqueo de las iglesias era predecible: los revolucionarios siempre han criticado la riqueza de la Iglesia, desde Enrique VIII mediante el saqueo de los monasterios católicos ingleses hasta los revolucionarios franceses que nacionalizaron los bienes de la Iglesia en 1790. Sin embargo, los bolcheviques estaban batiendo récords en relación con el sacrilegio. En mayo, un equipo de saqueo invadió la catedral de San Pedro y San Pablo de Petrogrado, donde solían ser enterrados los zares. Sacaron el ataúd de plata de una zarina y arrebataron un collar de perlas al cadáver de Catalina la Grande. Cuando el equipo llegó a la tumba de Pedro el Grande, en cambio, hasta esos aguerridos bolcheviques experimentaron un «violento estremecimiento» al ver su cuerpo «tan cuidadosamente embalsamado» que daba la impresión de «que lo acababan de dejar ahí». No pudieron

robar a quien parecía un emperador vivo y se dice que «insistieron en que el ataúd se cerrara de inmediato y en que no se le arrebatara nada»[591].

Los robos en las iglesias causaron un gran impacto sobre la opinión pública estadounidense y europea. *The New York Times* informó en abril: «[Los rusos] han visto sus iglesias invadidas por bandas de hombres armados que parecían muy dispuestos a destruir o robar los ornamentos sagrados [...], en muchos lugares grupos de hombres, mujeres y niños, desarmados, pero con una gran determinación, han rodeado sus iglesias y se han enfrentado a las tropas soviéticas». *De Telegraaf*, de Ámsterdam, publicó titulares sensacionalistas durante toda la primavera: «Profanación de iglesias en Minsk»; «Sacerdotes ortodoxos condenados a muerte por resistir»; «Cruentos enfrentamientos en Kiev»[592].

Trotski y Lenin no se dejaron impresionar por las críticas de la prensa extranjera y siguieron a lo suyo. El ritmo de confiscaciones se mantuvo durante el verano y el otoño de 1922, aunque no todo se almacenó en el Gojran de Moscú. Pese a su incómodo volumen, la plata (excepto en el caso de vajillas) era el material del que los comités regionales de saqueo se deshacían con más facilidad, porque tentaba menos a los ladrones. Aproximadamente, 90 de las 434 toneladas de plata recaudadas en las provincias se embarcaron hacia Moscú en noviembre de 1922. A principios de 1923, había tanta plata de la Iglesia acumulada en el Gojran, en la plaza Strastnaia (Pushkin), que se tuvo que vaciar el edificio vecino para almacenarla. En cambio, solo trasladaron a Moscú la mitad de los 545 kilos de oro confiscados en las provincias, una séptima parte de los 35 000 diamantes y la décima parte de los 229 kilos de perlas[593].

También se confiscaron increíbles cantidades de iconos, aunque no se registraron. Muchos de estos tesoros artísticos acabaron en bazares, donde los compraban coleccionistas foráneos como Olof Aschberg, el financiero sueco cuyo Nya Banken había aportado fondos a Lenin en 1917. Aschberg compró 277 iconos ortodoxos, que se exhiben, casi todos, en los museos de Estocolmo. Debemos estar agradecidos a coleccionistas como Aschberg, pues muy pocos de los iconos saqueados en 1922 que no salieron de Rusia permanecieron intactos. Los que enviaron al Gojran fueron separados de sus marcos para hacerse con la plata. Manuscritos religiosos antiguos y misales también fueron despojados de sus encuadernaciones. Se arrebató toda la plata que contenían vestimentas y casullas, báculos y mitras, cruces y copones; después, esta fue fundida y vendida al peso[594].

Acabar con los objetos sagrados de la Iglesia ortodoxa, el último pilar de la civilización tradicional de Rusia que quedaba en pie, debió de haber satisfecho enormemente a Lenin, Trotski y otros comunistas fanáticos. Sin embargo, en un plano material no les compensó (por no hablar de las víctimas de la hambruna rusa, a las que ni siquiera se tenía en cuenta). A finales de año, la recaudación de metales preciosos de la Iglesia había arrojado un tesoro de 425 kilos de oro y 550 toneladas de plata. Si se tienen en cuenta los precios vigentes en ese momento, este tesoro solo proporcionaría a los bolcheviques 10 millones de dólares, lo suficiente para pagar las importaciones estratégicas de un mes. Los archivos del Gojran reflejan un descenso de los ingresos en 1922 en relación con el ritmo frenético de 1920-1921, con solo 40 millones de rublos de oro (20 millones de dólares) en objetos de valor reunidos y tasados entre enero y octubre. La mayor parte de este tesoro no podía convertirse en metáli-

co, pues cualquier venta importante en el extranjero de perlas o diamantes podía hundir su precio[595].

La triste realidad era que, en febrero de 1922, se había lanzado una campaña de saqueo para conseguir, según Lenin, «unos fondos de cientos de millones de rublos de oro», pero solo habían obtenido 40 o 50 veces menos. El gobierno del sóviet necesitaba recursos tan desesperadamente que Grigori Sokólnikov, el antiguo comisario de Bancos, empezó a tasar las «joyas Románov», que los bolcheviques habían descubierto por fin en marzo de 1922 en el arsenal del Kremlin, donde Kérenski las había escondido tras los días de Julio. Sokólnikov recibió una tasación de 900 millones de rublos de oro (450 millones de dólares equivalentes a 45 000 millones de dólares actuales). Pero ¿quién se gastaría tanto dinero en el tesoro robado más famoso del mundo, reclamado judicialmente por aquellos que se consideraban herederos de los Románov y por los acreedores de la entente? La colección podía venderse pieza a pieza, pero perdería el valor de su «augusta» procedencia, lo que haría que su precio bajara[596].

En el mejor de los casos, el «tesoro Románov» (o las provisiones de joyas del Gojran) podía servir de garantía para pedir préstamos. Sin embargo, eso requeriría un hábil juego de manos. Como los bolcheviques se habían negado a devolver la deuda del Estado ruso en febrero de 1918 (el mayor impago que registra la historia financiera), los banqueros, estaba claro, no eran muy proclives a prestar dinero al gobierno de proscritos de Lenin, sobre todo los que pertenecían a los países de la entente: los que más habían perdido. El acuerdo anglosoviético de marzo de 1921 había permitido a los bolcheviques vender los lingotes de oro zarista sin miedo a que estos fueran confiscados, pero eso solo los había acercado más a la bancarrota en cuanto dichos recursos

se acabaron. El Politburó llegó a la conclusión de que París, Londres y Nueva York eran callejones sin salida y decidió pedir préstamos a países «capitalistas neutrales». Al haberse gastado todo el capital heredado de la Rusia zarista no tenían otra opción: debían reactivar la conexión suecoalemana que había conducido a Lenin al poder[597].

23

RAPALLO

Por crueles que fueran las instrucciones de Lenin a los bolcheviques cuando afirmó que había que aprovechar la debilidad de los campesinos hambrientos para «confiscar los objetos de valor de la Iglesia con rabia y sin piedad», estas reflejan un buen entendimiento de la situación financiera del régimen en marzo de 1922. Pensaba en la conferencia económica internacional de Génova de abril, en la que se iban a plantear cuestiones tan fundamentales para la reconstrucción de posguerra como la deuda entre los aliados, la vuelta al patrón oro de antes de la guerra, las reparaciones de guerra que Alemania debía pagar o el incumplimiento en el pago de la deuda por parte de los bolcheviques en 1918. Lo último que deseaba Lenin era tener que aceptar las exigencias que los aliados plantearan a Rusia a cambio de los préstamos que su gobierno necesitaba de forma tan desesperada. Sin embargo, cuando se envió en febrero al Báltico la última remesa de lingotes de oro zaristas, al gobierno comunista ya no le quedaban reservas de capital y lo que habían obtenido saqueando las iglesias resultaba ahora insignificante. ¿Llegarían los bolcheviques, a pesar de todo, a un acuerdo con las despreciadas potencias «capitalistas» de Génova?

Los signos de desesperación económica en la Rusia del sóviet parecían evidentes. La hambruna del Volga constituía una vergüenza internacional, la inflación se había disparado y, en septiembre de 1921, se habían emitido más de 1 billón de rublos al mes; en octubre, casi 2 billones de rublos y, en noviembre, 3,35 billones. En diciembre, se volvió a doblar la emisión hasta alcanzar los 7 billones. La recaudación fiscal seguía siendo muy escasa. A principios de 1922, el 97 por ciento de los gastos administrativos internos del gobierno soviético (que ya emitía 13,5 billones de rublos en billetes al mes) se pagaban con la impresión de más billetes[598].

La hiperinflación alcanzó los 13 dígitos en Rusia justo después de que desaparecieran de la circulación las últimas monedas de oro. El primer signo de peligro apareció en julio de 1921, cuando el Politburó decidió gastar más (por ejemplo, la compra de alimentos a Persia o el pago con rublos de plata a los oficiales del ejército rojo). En Finlandia, la Casa de la Moneda de Helsinki se había comprometido a acuñar 500 millones rublos de plata para los bolcheviques. En noviembre de 1921, el Politburó creó una comisión para que investigara adónde habían ido a parar las reservas de oro. Una sección de esta comisión, liderada por Trotski, fue la que dirigió las confiscaciones a la Iglesia en 1922 y la que almacenó lo requisado en el Gojran[599].

Junto con estas medidas adoptadas para guardar a buen recaudo las reservas de metal, el Politburó envió delegados comerciales a Berlín y a Estocolmo. El intermediario clave fue Olof Aschberg, el banquero sueco cuyo Nya Banken había proporcionado los fondos que permitieron enviar a Lenin a Rusia en 1917. El banco de Aschberg se encontraba en la lista negra de la entente y sus cuentas estadounidenses y británicas se habían bloqueado. Sin embargo, Aschberg no se amilanó, vendió sus acciones y creó un banco en Estocol-

mo con su capital privado: la Svenska Ekonomie Aktiebolaget (SEA), mientras continuaba haciendo negocios con los bolcheviques. Tras la ratificación del acuerdo anglosoviético, en marzo de 1921, Aschberg, que erróneamente creía que esta solución de Lloyd George suponía una reducción de la hostilidad de la entente hacia los bolcheviques, se presentó en la embajada francesa en Berlín e intentó negociar una alianza comercial abierta y generosa. Aschberg propuso a París que condonara la deuda externa de Rusia a cambio de concesiones mineras y de petróleo. Para edulcorar el asunto, afirmó que permitiría a los bancos franceses comprar 50 millones en lingotes de oro zaristas como pago por las importaciones que Rusia encargaría a Francia; la SEA de Aschberg se encargaría de todas las transacciones. Como era de esperar, el embajador francés le mostró la salida y Aschberg decidió, en cambio, hacer un trato con los alemanes[600].

En agosto de 1921, Aschberg se encontró con Lenin en Moscú. En lo que resultó ser una especie de testamento financiero de Lenin, poco antes de irse a su dacha del campo, este concedió a la SEA de Aschberg «el derecho exclusivo para dirigir las operaciones financieras del gobierno del sóviet en Escandinavia y Alemania»; también le autorizó a negociar con las materias primas y con las reservas de petróleo de Rusia y a venderlas en el extranjero como considerara oportuno. El banquero de Lenin recibió, además, 55 toneladas de oro, 100 millones de rublos zaristas y de Kérenski y 25 millones de lei rumanos. Los rublos debían invertirse en Prusia, la Rusia blanca y Polonia, donde aún los aceptaban, y los lei servirían para importar mercancías de Rumanía. El oro, el último resto del tesoro imperial en lingotes de Rusia, debía usarse de cebo para el gobierno alemán[601].

Aschberg fue a Berlín con Nikolái Krestinski (director del Gojran), lo que podía entenderse como una reveladora declaración de intenciones. En momentos de apuro financiero, todo contaba y el tesoro en joyas y obras de arte custodiado en el Gojran podía convertirse en algo esencial. Krestinski había creado de forma paralela a la campaña de saqueo de la Iglesia una nueva inspección financiera que controlaba el destino de los objetos requisados; sus miembros respondían ante otra oficina denominada Inspección de Obreros y Campesinos (RKI o Rabkrin). El Rabkrin fue creado en el Gojran, en febrero de 1920, para acabar con la inevitable corrupción que suele seguir a una operación de saqueo a escala nacional. Lo dirigía Stalin, que lo utilizaba para acumular trapos sucios de sus rivales, a los que después, en calidad de presidente de la Oficina de Organización del Partido (Orgburó), podía promover, chantajear o despedir como le viniera en gana. Con Lenin lejos del teatro de operaciones y tras la pérdida de peso específico del ejército rojo de Trotski una vez finalizada la guerra civil, el tándem Stalin-Krestinski resultó esencial, pues establecía un nexo entre la creciente burocracia del sóviet y el tesoro del Gojran con el que había que pagar los salarios de todo el mundo[602].

El problema que debían resolver Krestinski y Aschberg para Stalin era muy complejo, aunque no irresoluble. Desde lo que los bolcheviques habían denominado su «aniquilación» de las deudas rusas zaristas en febrero de 1918, el gobierno no había podido conseguir ni un solo préstamo. Los bienes zaristas en el extranjero, tanto cuentas corrientes como propiedades inmobiliarias, se habían bloqueado tras el impago. El blanqueo de oro y platino en Escandinavia y las ventas directas en Inglaterra tras el acuerdo anglosoviético de marzo de 1921 habían permitido al gobierno comprar armas a cambio de oro y de dinero en metálico durante la

guerra civil. Sin embargo, ningún gobierno puede sobrevivir mucho tiempo sin crédito, sobre todo si ha destruido las bases de su economía y de su sistema tributario. El gobierno no contaba con un flujo regular de ingresos para pagar a sus acreedores, pero disponía de una enorme colección de metales preciosos, joyas y obras de arte, bienes todos ellos provenientes del saqueo y que sus acreedores impagados consideraban propiedad robada. ¿Cómo podría utilizarse el tesoro del Gojran para que Moscú obtuviera nuevos préstamos, si se tiene en cuenta la insistencia de los aliados en que se utilizaran los objetos de valor de los bolcheviques para hacer frente a las deudas antiguas?

La respuesta estaba en Berlín. Alemania era un Estado paria en 1922 y, al igual que la Unión Soviética, se hallaba bajo la supervisión de la comisión de control aliada, que vigilaba sus transacciones financieras para evitar que se rearmaran. El precario gobierno de Weimar, considerado por muchos alemanes como el hijo bastardo del tratado de Versalles, casi había sido derrocado por el levantamiento espartaquista en enero de 1919, por un golpe de Estado de derechas (el *Kapp Putsch*) en marzo de 1920 y durante la acción de Marzo comunista de 1921. En el Ministerio de Asuntos Exteriores y en el Estado Mayor alemanes, los «partidarios de los orientales» querían espolear a los aliados occidentales y restablecer los antiguos lazos forjados en 1918 con Rusia en Brest-Litovsk. Su brillante eslogan rezaba: «Los bolcheviques deben salvarnos del bolchevismo». En otoño de 1921, llegó a Moscú un equipo secreto de alemanes expertos en armas (Sondergruppe R para Rusia) con la intención de inspeccionar las fábricas, incluida una de aviones en Filí (en Moscú) y un campo aéreo en Lipetsk, al sur de Moscú, donde se probaban los aviones[603].

Aschberg y Krestinski conocían las ideas de los «partidarios de los orientales» y las utilizaron para atraerlos. El 24 de agosto de 1921, poco después de que Lenin pusiera en manos de Aschberg las reservas de oro que le quedaban a su gobierno, Borís Stomoniakov, uno de los representantes más destacados de la Svenska Ekonomie Aktiebolaget (SEA), comunicó al Reichsbank alemán que la SEA se hallaba dispuesta a enviar a Berlín 38 toneladas métricas de lingotes rusos como garantía por el pago de importaciones alemanas. El Reichsbank concedería a Moscú créditos en dólares a cambio de su oro, cuyo valor estimado era de unos 664,60 dólares por kilo. A cambio, los alemanes esperaban que los bolcheviques les encargaran productos industriales por un valor de 2000 millones de marcos alemanes (unos 50 millones de dólares al cambio de ese momento). Los alemanes llegaron a ofrecer edificios a los equipos comerciales soviéticos sin exigir el pago de alquileres. Resultó ser un trato estupendo, pero Aschberg dijo a Stomoniakov que habría más. Su instinto no le falló. Tras una reunión celebrada en la Wilhelmstrasse, el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán dio instrucciones al Reichsbank de prometer a Aschberg que Berlín «haría lo posible por satisfacer los deseos del gobierno ruso [...] en la medida de lo posible»[604].

Los bolcheviques negociaron con los alemanes durante todo el invierno, con el fin de encontrar unos términos de acuerdo cada vez más favorables para Moscú. En enero de 1922, Karl Radek, el viejo amigo de Lenin, amenazó a Walter Rathenau, ministro alemán de Asuntos Exteriores, con la posibilidad de que Moscú firmara un trato con Francia a menos que los alemanes soltaran el dinero de los créditos a la importación. Rathenau, preocupado, ofreció un crédito global de 50-60 millones de marcos de oro (unos 15 millones de dólares, al cambio de ese momento), pero Radek lo re-

chazó por no considerar adecuada la oferta. Mientras Radek presionaba a Rathenau, Krestinski negociaba con el canciller Karl Joseph Wirth, a quien propuso vender los tesoros del Gojran en casas de subastas alemanas. Wirth, ansioso por recuperar los 150 millones de marcos que su Administración ya había invertido en el Sondergruppe R, acogió la propuesta de forma favorable y puso a Krestinski en contacto con Rudolf Lepke, que llevaba una casa de subastas en la calle Potsdam de Berlín. Krestinski también cortejó a los generales alemanes que esperaban poder rearmar a Rusia en secreto y, el 8 de diciembre de 1921, se reunió con el comandante en jefe Hans von Seeckt en el apartamento de Berlín del general Kurt von Schleicher. Allí, en la residencia de un futuro canciller, el jefe del Estado Mayor alemán estrechó la mano del saqueador jefe de la Rusia bolchevique[605].

Resultaba evidente que los alemanes querían llegar a acuerdos y eso permitió a los rusos conseguir casi todo lo que se proponían. Radek insistió en que Berlín diera por saldadas las deudas de Rusia con los bancos y las firmas alemanas (incluidas las contraídas después de la guerra por la importación de armas). Como contrapartida, los alemanes requirieron la promesa no vinculante de que los soviéticos encargarían la mayoría de las armas a Alemania. Para pagar estas importaciones, animaron a los rusos a subastar el tesoro del Gojran en Lepke's. Krestinski pidió inmunidad ante las demandas que pudieran interponer los emigrados rusos que reconocieran en los catálogos sus propiedades personales (y la obtuvo). En compensación por la condonación de sus deudas y de una línea de crédito abierta para importar armas alemanas (sin mandar oro a Berlín) lo único que tuvieron que hacer los bolcheviques fue permitir que firmas alemanas, incluidas Albatross Werke, Blohm & Voss, Junkers y Krupp, confeccionaran y probaran armas nuevas

en territorio soviético, donde los ingenieros soviéticos podrían inspeccionar (y, posiblemente, copiar) los diseños alemanes. Expertos rusos elaboraron el borrador del acuerdo junto a Seeckt y el Sondergruppe R. El 16 de abril de 1922, tras escaparse de Génova para encontrarse en una habitación de hotel cerca de Rapallo, Radek y Rathenau firmaron el pacto (según la leyenda, en pijama) sin modificar ni una palabra[606].

Aunque Seeckt y los generales alemanes consiguieron lo que necesitaban en Rapallo, Rathenau no leyó cuidadosamente la letra pequeña. Dos días después, los alemanes descubrirían que Trotski había frenado las exportaciones de oro bolcheviques. El 20 de abril de 1922, la delegación soviética de Berlín confesó a los funcionarios del Reichsbank que, tal vez, no pudieran comprar el oro soviético como pensaban. Al equipo comercial alemán le entró el pánico y envió a Berlín un telegrama urgente el 3 de mayo, en el que pedía copias de todos los contratos firmados por la SEA antes del otoño. Demasiado tarde: Aschberg había vendido el último lingote zarista en Estocolmo a un banco francés, como descubrirían los alemanes a través de la prensa sueca. El Reichsbank no obtendría nada del oro de Rapallo. No resulta sorprendente que el famoso acuerdo acabara siendo un pozo sin fondo para los alemanes: una de las mayores firmas que invirtió en Rusia, Junkers, fue a la bancarrota en 1925[607].

En las capitales de la entente reaccionaron ante Rapallo con hostilidad, como era de esperar, pero también con cierta *Schadenfreude* [alegría por el mal ajeno], al menos en París. En realidad, los franceses sacaron más oro de Moscú que los alemanes. Los funcionarios del Quai d'Orsay habían leído el año anterior con más cuidado los términos de Aschberg que Rathenau en Rapallo y se dieron cuenta de lo que Lenin y

Aschberg pretendían. Los franceses sabían, según un memorándum del Quai d'Orsay sobre Rapallo, redactado el 20 de mayo, que, sin «crédito extranjero», los bolcheviques «no podrán financiar su propaganda, ni pagar sus importaciones a Suecia, Inglaterra y Alemania», algo que debían hacer para «proveer a sus ejércitos del material bélico que precisan [para luchar]». Si a los diplomáticos alemanes no les hubiera cegado la ira y a sus generales la avaricia, se hubieran dado cuenta de que la gran pregunta estratégica de Génova era si se iba a obligar a los bolcheviques, que «se habían quedado sin reservas de oro», a «pagar las deudas de Rusia» antes de obtener nuevos préstamos. En Rapallo se dio una respuesta clara: no les iban a obligar[608].

En vez de reunirse con los gobiernos occidentales y con los millones de acreedores expropiados a los que representaban, los bolcheviques no negociaron en absoluto. Esto, en verdad, convertía a Rusia en un Estado paria, no reconocido por las potencias occidentales y excluido de sus mercados de capitales. Sin embargo, había abierto una línea vital para Alemania, el otro Estado paria del momento, que permitiría a Moscú importar casi cualquier cosa que el régimen pudiera precisar, desde fusiles máuser hasta automóviles y desde lápices hasta productos farmacéuticos. Al negarse a llevar los lingotes de oro a Alemania, Krestinski y Radek permitieron a Moscú retener oro suficiente como para respaldar un 25 por ciento del valor del nuevo rublo (10 rublos zaristas [5 dólares]), al que habían denominado *chervonetz*. Lenin, avergonzado por la vuelta al dinero «burgués», prometió que, en cuanto el comunismo se extendiera por todo el mundo, usarían el oro para fabricar retretes[609].

En noviembre de 1922, Aschberg abrió un banco en Moscú para hacerse cargo de las transacciones extranjeras de los comunistas. La Nueva Política Económica (NPE) había

vuelto a legalizar el comercio de trigo y permitía la venta al por menor por parte de particulares. El gobierno comunista admitió la existencia de bancos privados, aunque los sometió a una estricta supervisión. El Banco de Comercio Ruso (Ruscombank) de Aschberg estuvo situado en un principio cerca del Kremlin, en la esquina de la calle Petrovka con Kuznetski Most y era el buque insignia para atraer tanto los ahorros (legalizados en abril de 1922) como los capitales extranjeros por medio de la venta de deuda pública en Estocolmo y Berlín; también se recibían transferencias del extranjero (en general, eran sumas pequeñas [de 5 o 10 dólares]) enviadas desde Estados Unidos. El Ruscombank se encargaba a su vez de vender a coleccionistas rusos y extranjeros el «oro, platino, piedras preciosas, diamantes y perlas» del Gojran. La casa de subastas Lepke's de Berlín realizaba la mayoría de estas transacciones, pero no era la única. El propio Aschberg vendió tesoros del Gojran por valor de 50 millones de dólares entre 1921 y 1924, sobre todo en Estocolmo, lo que le permitió recaudar en divisas el equivalente a unos 5000 millones de dólares actuales para el gobierno soviético[610].

Aschberg también se ocupó de la vertiente alemana del tratado de Rapallo. En noviembre de 1922, registró el Garantie-und Kreditbank für den Osten en Berlín para llevar desde allí los negocios con Moscú. El banco recaudó fondos para que los bolcheviques pudieran comprar armas a través de la bolsa de Berlín, de la venta de los tesoros del Gojran en Lepke's —mediante otra nueva firma (Russische Edelmetallvertrieb AG)—, así como mediante los fluctuantes «bonos obreros» para Moscú con la ayuda de los poderosos sindicatos alemanes. Por increíble que parezca, el sistema de Aschberg invirtió el flujo del oro y hasta logró que Alemania mandara oro a Rusia a cambio de una veta especialmen-

te lucrativa de joyas de Gojran. El nombramiento de Nikolái Krestinski, fundador del Gojran, como embajador soviético en Alemania, un cargo que ostentaría hasta 1930, representó todo un símbolo de la relación comercial existente entre Berlín y Moscú tras Rapallo[611].

Rapallo marcó el inicio del comunismo internacional. Lo que había empezado como una alianza de conveniencia entre el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán y una banda de conspiradores bolcheviques en 1917 se había convertido en un acuerdo entre iguales y, curiosamente, los benefactores alemanes trataron a los antiguos conspiradores con gran deferencia, como si fueran superiores. En el tablero de ajedrez internacional constituyó una jugada maestra. Tras media década de duras pruebas, el comunismo había demostrado que había venido para quedarse. En cuanto Rusia fuera segura, lo exportarían al resto del mundo.

Epílogo

El fantasma del comunismo

Tras cinco años de disturbios revolucionarios y de guerra civil, Rusia alcanzó algo parecido a la paz cuando los bolcheviques acabaron con la resistencia popular en el asunto del saqueo de las iglesias. Gracias a los incansables esfuerzos de la Administración de Ayuda Estadounidense (AAE) de Hoover y a la valentía de los trabajadores rusos, la región del Volga gozó de una cosecha abundante durante el verano de 1922. A lo largo del año anterior, el gobierno del sóviet había ido legalizando con discreción ciertas actividades económicas privadas, como la venta al por menor de productos agrícolas o manufacturados (19 de julio de 1921), las transacciones inmobiliarias (agosto de 1921) o la creación de imprentas (diciembre de 1921) y fábricas a pequeña escala (junio de 1922). El mes crítico fue abril de 1922, cuando los bolcheviques, en realidad, legalizaron el dinero al restablecer el derecho a poseer divisas y metales preciosos y prohibieron su confiscación. Cuando empezó a circular el rublo de oro y se creó el Banco de Comercio Ruso (Ruscombank), en noviembre de 1922, la Nueva Política Económica (NPE) adquirió una forma inesperada. Los gobernantes comunistas habían vuelto a poner en práctica el capitalismo, excepto en la industria pesada, la banca y el co-

mercio exterior, lo que Lenin denominaba «los puestos de mando» (o sectores decisivos) de la economía[612].

Resulta comprensible que un campesino ruso explotado, al que se le volvía a permitir vender su excedente de trigo en el mercado, se preguntara de qué había servido la revolución. Las convulsiones generadas por la revolución de Lenin y la guerra civil rusa habían costado unos 25 millones de vidas en todo el territorio del antiguo Imperio zarista, 18 veces más que las pérdidas de vidas rusas durante la I Guerra Mundial (1,3 o 1,4 millones entre 1914 y 1917). Los propagandistas del partido bolchevique estuvieron años denunciando la represión policial zarista, pero crearon una policía secreta mucho mayor y más propensa al asesinato. Hasta la transformación política revolucionaria más obvia, el fin del gobierno monárquico de un solo hombre, oficial tras el asesinato de los Románov en julio de 1918, se vio socavada cuando Stalin se sirvió del funeral de Lenin en 1924 para crear un culto a la personalidad casi religioso. Mandó tanto embalsamar el cadáver del líder del partido bolchevique como erigir un mausoleo en la plaza Roja para acogerlo y convertirlo en un lugar de peregrinación. En lo que se refiere a la relación entre gobernantes y gobernados, entre los que mandaban y los que obedecían, daba toda la impresión de que solo se había sustituido a un autócrata por otro[613].

Sin embargo, la Revolución rusa había transformado profundamente el panorama político, aunque no en la dirección pretendida por los hombres que la iniciaron. Los liberales rusos habían soñado con una monarquía constitucional en la que el zar gobernara mediante gabinetes responsables ante la Duma y ante la opinión pública. Su éxito les hubiera permitido reflotar tanto el duro esfuerzo bélico ruso como su economía supuestamente moribunda (aunque hasta los liberales admitieron que no había escasez de pan en la capi-

tal en febrero de 1917). Sin embargo, las peligrosas tramas palaciegas y su ineptitud para hacer frente al motín de las guarniciones de Petrogrado desataron el caos político y minaron gravemente el esfuerzo bélico ruso. El gobierno provisional no emitió la orden número 1, que acabó con la moral de las tropas del Imperio ruso justo cuando estas se encontraban a punto de ganar a los alemanes en 1917 (con una increíble superioridad en hombres y en material) y de obtener una victoria histórica sobre su antiguo enemigo otomano en el sur. De este modo, la ineptitud de los ministros liberales del gobierno provisional (Lvov, Guchkov y Miliukov), incapaces de acorralar a los irresponsables socialistas del sóviet de Petrogrado que emitieron la orden número 1, decía muy poco de su capacidad como estadistas. Gobernar el enorme Imperio multiétnico ruso resultó ser mucho más difícil de lo que creían y los liberales no realizaron su trabajo mejor que el zar y sus ministros. De hecho, teniendo en cuenta los resultados de la actuación del ejército en el campo de batalla en primavera y verano y el completo derrumbe de la economía rusa en el otoño de 1917, lo hicieron bastante peor.

Cuando los motines organizados por los bolcheviques se extendieron por la primera línea del frente y afectaron a Petrogrado, en julio de 1917, Kérenski intentó la cuadratura del círculo entre el socialismo revolucionario y la disciplina militar, pero falló de forma aún más espectacular que los liberales. Pocos hombres han sido tan afortunados con los enemigos que les han tocado en suerte como Lenin. Cuando el departamento de Justicia de Kérenski encontró las primeras pistolas humeantes que demostraban la existencia de contactos de Lenin con los alemanes rayanos en la traición, Kérenski decidió emprender una *vendetta* contra el general más popular de Rusia y rehabilitar al partido que había in-

tentado derrocarle por la fuerza (olvidó que Trotski había pedido públicamente que lo asesinaran). El «asunto Kornílov» cerró un proceso que se había iniciado con una revolución lanzada por liberales paneslavistas, como Miliukov, para apoyar la guerra contra Alemania y había acabado permitiendo el acceso al poder a un solo hombre, literalmente a sueldo de Alemania, cuyo primer acto de Estado importante fue pedir al enemigo un alto el fuego incondicional.

Deberíamos poder extraer sencillas lecciones de historia de los enloquecidos giros y volutas de la Revolución rusa. Los sucesos de 1917, lejos de representar esa «lucha de clases» que avanza hacia su etapa final escatológica e irreversible de la que hablaba la dialéctica marxista, estuvieron marcados por el «pudo ser» y las oportunidades perdidas. El peor error del gobierno zarista fue la decisión de entrar en guerra en 1914, una decisión aplaudida de forma efusiva por los liberales rusos y por los paneslavistas, pero lamentada por los conservadores monárquicos. De ahí que cueste culpar a Nicolás II por negarse a escuchar los consejos de los liberales durante la guerra y ceder el poder a políticos ambiciosos que ya habían demostrado su falta de juicio. Por raro que resulte para una sensibilidad actual que el zar prefiriera hacer caso a un sanador campesino muy religioso, como Rasputín, en vez de a líderes electos de la Duma, como Rodzianko, lo cierto es que, si hubiera escuchado a Rasputín, y no a Rodzianko, en 1914, podría haber muerto como zar de un modo pacífico y no asesinado por los bolcheviques en julio de 1918.

Ni siquiera el error de entrar en guerra decidió el destino del zar. De no haber mejorado el tiempo el Día Internacional de la Mujer, en febrero de 1917, sin duda se hubieran producido disturbios populares en Petrogrado en algún otro momento, aunque puede que no habrían dado lugar a la

reacción en cadena que provocó un motín en la guarnición. Tras el estallido de la revolución, la adopción de las medidas adecuadas habría podido cambiarlo todo. El zar abdicó y ordenó la retirada de las tropas que iban a realizar una misión de castigo que podría haberlo salvado, porque cometió la imprudencia de fiarse del general Alexéiev, quien, a su vez, cometió el gravísimo error de confiar en la habilidad de Rodzianko para controlar la situación en Petrogrado. Tras su abdicación, el zar pudo haber vuelto a reinar como monarca constitucional si los liberales no hubieran sido tan ineptos o si Kérenski no hubiera decidido inmolarse a sí mismo en el «asunto Kornílov». La única lección que podemos extraer de estos sucesos sin temor a equivocarnos es que los hombres de Estado ostentan una gran responsabilidad, sobre todo en tiempos de guerra, y que un país llevado hasta el extremo de su capacidad de resistencia ha de rezar para que sus líderes tengan mejor capacidad de juicio que el zar, Rodzianko y Kérenski en 1917.

Pese a todas las contingencias que jalonaron la improbable senda de Lenin al poder y a la multiplicidad de ocasiones en las que la fortuna le sonrió o dejó de sonreírle (como si se burlara de la noción del determinismo marxista), su victoria no fue solo una cuestión de suerte. Desde su teatral llegada a la estación Finlandia en abril hasta octubre de 1917, Lenin nunca dejó de luchar para conseguir sus objetivos. En ciertos aspectos, Trotski hizo gala de un instinto táctico mejor, como cuando sugirió organizar el II Congreso de los Sóviets para legitimar la toma del poder por parte de los bolcheviques. Sin embargo, lo que diferenciaba a Lenin de políticos rivales como el nervioso Rodzianko, el titubeante Guchkov y el volátil Kérenski era su voluntad de poder. El programa de Lenin era claro, sin ambigüedades. Su promesa de acabar con la guerra fue el mejor argumento en la

Rusia de 1917, pues llegó justo cuando los liberales y Kérenski, que insistían en continuarla, dejaron de convencer.

Haremos bien en recordarlo porque la propaganda de la revolución de Octubre ha impedido que comprendamos hoy el comunismo. Los bolcheviques, que perdieron las elecciones en noviembre de 1917 y suprimieron por la fuerza la asamblea constituyente en enero de 1918, nunca recibieron un mandato democrático oficial para gobernar. Sin embargo, el programa de paz de Lenin sí tenía cierta legitimidad, pues recibió el apoyo casi unánime de los comités de soldados y fue ratificado sobre el terreno cuando millones de reclutas «votaron con sus pies», al abandonar el frente y volver a casa. Por mucha controversia que generara entre los socialistas revolucionarios y los liberales, hasta la decisión de Lenin de ratificar el tratado de Brest-Litovsk en marzo de 1918 gozaba de cierta legitimidad popular, que se expresaba en las deserciones masivas y en el abandono de los puestos fronterizos que las habían precedido. Los bolcheviques solo obtuvieron el apoyo incondicional de los rusos en lo referente a la paz. El «decreto sobre la tierra» que Lenin arrancó a los socialistas revolucionarios para apaciguar a los campesinos fue un fracaso, aparte de que prometía algo que no estaba en su mano dar.

Lo que las masas rusas no sabían era que, para Lenin, la paz en la guerra mundial constituía un medio para lograr un fin. En 1917, los bolcheviques rechazaron la pena de muerte en el ejército imperial y animaron a los hombres a amotinarse contra sus oficiales, pero, cuando llegaron al poder, los bolcheviques pidieron a esos mismos oficiales que dirigieran el nuevo ejército rojo y reimplantaron la pena de muerte (en agosto de 1918). Resultó que la paz en la guerra «imperialista» no era más que el preludio de una guerra civil mucho más sangrienta entre los bolcheviques y todo tipo

de «enemigos de clase» internos, reales e imaginarios, contrarios al gobierno comunista.

La guerra civil de Lenin fue un conflicto internacional desde el principio, pues estaba pensada para difundir el comunismo o el «socialismo real» (que implicaba la abolición de la propiedad privada, una economía centralizada y planificada, la propiedad estatal de los medios de producción y el gran aparato de coerción y vigilancia necesario para cumplir sus dudosas metas) por donde los ejércitos rojos pasaran. Vendieron a los *mujiks*, que tanto habían sufrido, un programa de paz a cualquier precio y los obligaron a formar parte de una cruzada ideológica que muy pocos debieron de entender. Cuando los soldados campesinos de Trotski expulsaron a los blancos y a los ejércitos extranjeros del suelo ruso, la única recompensa que tuvieron fue la ira de los bolcheviques victoriosos, que apuntaron con sus armas a sus pueblos y granjas en 1920-1921.

Su victoria en la guerra civil rusa granjeó al régimen comunista el respeto de sus súbditos (aunque fuera a regañadientes) y de las potencias extranjeras, aunque su reconocimiento oficial no fue inmediato. Sin embargo, el ejército rojo no ganó la guerra gracias a la eficacia del socialismo maximalista (o «comunismo de guerra», como se denominó al periodo de 1918-1921 tras la introducción de la Nueva Política Económica [NPE]), sino con ayuda del capital heredado del viejo régimen «capitalista». La mayoría de los oficiales habían recibido entrenamiento en los cuarteles zaristas y combatían con excedentes de armas zaristas. Cuando se vaciaron los almacenes en 1920, los comunistas compraron armas fabricadas por capitalistas extranjeros (sobre todo alemanes y estadounidenses), a cambio de lingotes de oro, acuñados bajo el zarismo y blanqueados en Suecia. Cuando se acabó ese oro, en febrero de 1922, lo único que se les ocu-

rrió a Lenin y a Trotski fue saquear las iglesias de Rusia, hasta que el Estado Mayor alemán evitó que los bolcheviques se declararan en bancarrota en Rapallo. La economía bolchevique no fue capaz de producir armas de forma masiva hasta años después, en tiempos de Stalin, e incluso entonces gran parte del capital invertido en las fundiciones de acero y en las fábricas de tanques (la mayoría también diseñados por «capitalistas» alemanes y estadounidenses) procedía de la venta de antigüedades y de obras de arte rusas producto del saqueo[614].

Pese a la violencia cruel y empobrecedora de sus políticas, los bolcheviques eran maestros de la propaganda y su dramática historia sedujo a millones de personas en todo el mundo gracias a cronistas partidarios como John Reed. El éxito de ventas de Reed, *Diez días que estremecieron al mundo* (1919) —una mezcla de reportajes y propaganda que contó con la bendición del propio Lenin (autor de la introducción)—, en el que trazaba aduladores retratos de Trotski y Lenin (no de Stalin, a quien no le gustaba el libro), influyó sobre generaciones de lectores. Lo mismo cabe decir de los espectadores que vieron las versiones cinematográficas basadas en esta obra, desde *Octubre* (1929), de Eisenstein, hasta *Reds* (1981), de Warren Beatty. El hecho de que el gobierno soviético pagara a Reed un millón de rublos por escribirlo o que este se retractara, supuestamente tras haber sido testigo de la miseria de la región del Volga en un viaje en barco, no afecta a su relevancia política. Como los «compañeros de viaje» que cantaban las alabanzas de Stalin tras hacer viajes guiados por la Rusia soviética en la década de 1930, Reed vio en la revolución de Octubre lo que quiso ver y dio con un enorme mercado. Millones de partidarios extranjeros deseaban ver realizados sus sueños de un mundo

mejor, como había ocurrido en la Rusia comunista, aunque muy pocos acudieran en persona a conocerlo[615].

Para los que no eran tan afines a ella, la Revolución rusa produjo un catálogo de horrores que endurecieron la voluntad política de resistirse a la Internacional Comunista (1919-1943) y a sus agentes. La hostilidad hacia el régimen bolchevique en Francia, a excepción de los miembros del Partido Comunista Francés (PCF), no perdería fuste durante décadas y se debió a la negativa de los bolcheviques a asumir las deudas del zarismo tras febrero de 1918 y a la cínica alianza germanosoviética firmada en Rapallo. En Gran Bretaña, pese al cambio de política de Lloyd George, claro reflejo del poder emergente del Partido Laborista, la mayoría de los liberales y de los *tories* consideraban el comunismo como un horror. Cuando los bolcheviques lanzaron su primera campaña de nacionalización en 1917-1918, los informes que llegaron a Londres describían el socialismo maximalista como una «casa de locos». Durante el debate sobre el acuerdo anglosoviético Churchill afirmó de forma enérgica: «Ya que reconocemos a los bolcheviques, podríamos de paso legalizar la sodomía». En Estados Unidos, pese a la popularidad del libro de Reed y al éxito de recaudación de Amigos de la Rusia Soviética (ARS), la opinión pública más respetable se oponía resueltamente al acuerdo con el régimen de proscritos de Lenin. Estados Unidos no reconoció al gobierno comunista de Rusia hasta 1933, e incluso entonces la decisión tomada por la Administración de Franklin D. Roosevelt fue controvertida y debatida en asuntos de política interior hasta bien entrada la década de 1950[616].

La Revolución rusa polarizó la política mundial como ningún acontecimiento lo había hecho hasta entonces. En la lucha por ganarse a la opinión pública mundial, Lenin y Trotski pusieron en práctica un viejo truco: en noviembre

de 1917, publicaron los «tratados secretos», lo que dio visibilidad al imperialismo de las potencias de la entente y obligó hasta al idealista de la alianza occidental (Woodrow Wilson) a ponerse a la defensiva y a explicar, en sus 14 puntos, por qué la matanza en las trincheras podía conducir a un mundo mejor. Para los hombres que luchaban, sangraban y morían en la guerra mundial, la crítica comunista a la guerra librada por los «imperialistas» tenía sentido. A muchos les resultaba más fácil de entender que los argumentos abstractos de Wilson y de los aliados sobre la «civilización», la «autodeterminación» y la «democracia». La petición de alto el fuego, realizada por los bolcheviques en noviembre de 1917, les granjeó la simpatía de los campesinos rusos, a los que sedujeron y engañaron, pero también la de millones de europeos desilusionados.

Sin embargo, este prometedor principio se frustró tras el Terror rojo y la guerra civil y, sobre todo (en especial para los socialistas), tras el brutal ataque de Trotski a Kronstadt en marzo de 1921. Cada etapa del comunismo se fue convirtiendo en objeto de un intenso debate ideológico, tanto dentro como fuera de Rusia: desde Brest-Litovsk hasta Rapallo, desde el «comunismo de guerra» hasta la «vuelta» parcial al capitalismo de la Nueva Política Económica (NPE) y el abandono de la NPE por parte de Stalin, que retomó la ofensiva socialista en 1928. Cuando Stalin llegó al poder, los giros doctrinales del Komintern influyeron sobre las políticas internas a lo largo y ancho de Europa. El periodo que va de 1928 a 1934 representó la lucha de «unas clases contra otras». Socialistas y comunistas se enfrentaron y contribuyeron así a aupar a Hitler al poder en Alemania. Entre 1934 y 1939 se asistió al auge del Frente Popular, cuando los partidos de izquierdas se unieron, tarde ya, contra el fascismo. En agosto de 1939 Stalin dio otro abrupto giro de 180 grados

al firmar un pacto con Hitler cuyo resultado fue que los comunistas empezaron a defender a los nazis. La era pronazi del comunismo terminó con la invasión de Rusia por parte de Hitler en junio de 1941. Después de que el ejército rojo entrara en Berlín, en mayo de 1945, y conjurado el peligro de que los estalinistas se hicieran con toda Europa, el fantasma del comunismo dividió literalmente al mundo en dos bloques militares hostiles. Cada uno de ellos dispondría pronto de un arsenal nuclear capaz de erradicar la vida civilizada de la Tierra.

A Lenin seguramente todo esto le hubiera encantado. Escarnecido por extremista durante los años de su exilio en Suiza y luego por ser un agente alemán en los primeros meses tras su vuelta a Rusia, siempre tuvo la certeza de estar al servicio de la revolución mundial. Lo que diferenciaba a Lenin de otros socialistas más doctrinarios no era su falta de principios, sino la voluntad de llegar a compromisos en aras de la meta final: desde la aceptación de la ayuda alemana en 1917 hasta la firma de la paz de Brest-Litovsk en 1918; desde la petición cursada a los oficiales zaristas para que entrenaran al ejército rojo hasta la adopción de una Nueva Política Económica (NPE) en 1921-1922, que muchos comunistas consideraron una traición. El propio Lenin admitió, durante el X Congreso del partido, celebrado en mayo de 1921, que la NPE implicaba, en cierta medida, «la restauración del capitalismo», aunque también predijo, en el siguiente congreso del partido, celebrado en la primavera de 1922: «La batalla última y decisiva contra el capitalismo ruso se librará en un futuro cercano, aunque no podamos determinar con certeza el momento exacto». Era evidente que crear una economía de Estado llevaría a Lenin más tiempo del que había pensado en principio, pero no dejaba de insistir en que la utopía comunista aún merecía la pena[617].

Como Lenin murió en 1924, cuatro años antes de que Stalin abandonara la NPE y reanudara la ofensiva comunista con el Ier Plan Quinquenal, no podemos saber a ciencia cierta qué habría opinado sobre la colectivización forzosa de la agricultura llevada a cabo a principios de la década de 1930 (a la que los ucranianos denominan hoy el *holodomor*, la hambruna), o de la brutal industrialización propugnada por Stalin, o de la red criminal de campos de internamiento y castigo (gulags), o del Gran Terror, que comenzó en 1936 y cuyas víctimas ya no fueron «enemigos del pueblo», como en tiempos de Lenin, sino también (y, de hecho, sobre todo) funcionarios comunistas de alto rango. Solo podemos adivinar qué le hubieran parecido a Lenin los regímenes comunistas de China, los satélites estalinistas de Europa del Este, Corea del Norte, Cuba, Camboya, Vietnam y Etiopía, que siguieron el ejemplo ruso en todo: la nacionalización de la propiedad privada y el derrumbe de sus economías, la omnipresente vigilancia de la policía secreta y los campos de concentración para los enemigos del régimen, la «colectivización» de la agricultura y la industria y las posteriores hambrunas inducidas por las políticas del Estado, que, en el caso de China, mataron a decenas de millones de personas.

Sin embargo, sospechamos que a Lenin le hubiera gustado este desarrollo de los acontecimientos, pues había depositado su fe en una dialéctica histórica que conducía al triunfo final del comunismo. En todos estos casos, al igual que en la Rusia de 1917, los comunistas llegaron al poder en vísperas de terribles conflictos armados. Esto no debería sorprendernos. El programa de socialismo maximalista descrito por Marx en el *Manifiesto comunista* exigía «la violación despótica del derecho de propiedad», algo imposible sin la fuerza armada. El genio de Lenin consistió en reconocer la oportunidad que brindaban los ejércitos movilizados

en tiempos de guerra a los socialistas maximalistas. En cuanto los Estados modernos armaban a grandes masas de hombres para luchar contra sus adversarios, resultaba muy fácil seducirlos por medio de la propaganda, desatar sus impulsos más atávicos contra los socialmente más favorecidos y combinar su sed de sangre con campañas masivas de saqueo. De forma retrospectiva, lo que más choca no es tanto que estos sucesos tuvieran lugar en la Rusia en guerra de 1917, sino que la posibilidad de «convertir una guerra imperialista en una guerra civil» no se le hubiera ocurrido antes a nadie.

Lo triste es que, al igual que la carrera nuclear, producto de la era de las ideologías que dio comienzo en 1917, el leninismo ya no se puede desinventar. La desigualdad social nos acompañará siempre, como también el deseo bienintencionado de los socialistas de erradicarla. Por fortuna, la mayoría de los reformadores sociales aceptan la necesidad de poner límites al poder del gobierno que dirige la vida económica y decide lo que la gente puede decir y lo que no. Sin embargo, la inclinación leninista acecha siempre entre las filas de los ambiciosos y los despiadados, sobre todo en tiempos de desesperanza, de depresión económica o de guerra, que parecen exigir soluciones más radicales. Cuando una nación padece tanto como Rusia en 1917, Yugoslavia en 1945, China en 1949, Cuba en 1959 o Camboya en 1975, es muy sencillo dejarse llevar por el canto de las sirenas del comunismo o bajar la guardia cuando quienes quieren ponerlo en práctica llaman a la puerta.

Si algo nos han enseñado los últimos cien años es que debemos reforzar nuestras defensas y resistir a los profetas armados que prometen el perfeccionamiento social. Los rusos que siguieron a Lenin en 1917 tenían buenas razones para odiar al régimen zarista que los había metido en una guerra

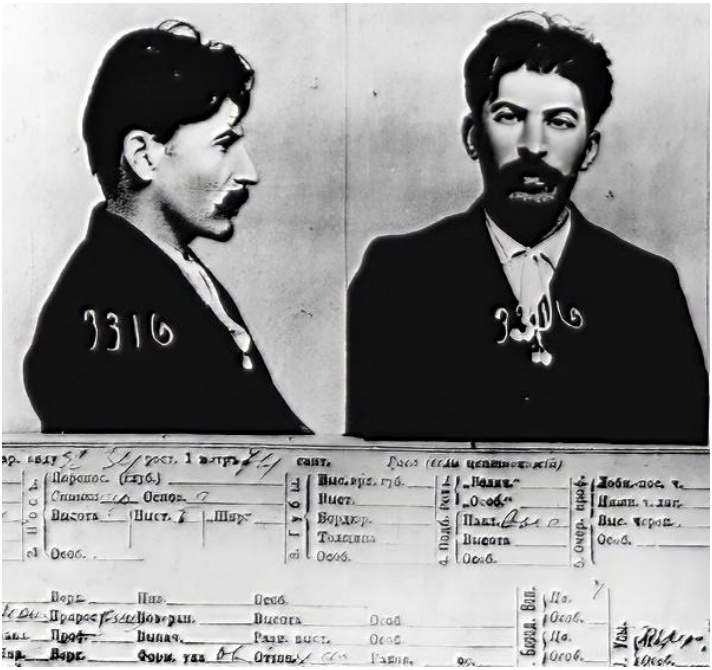
terrible para la que no estaban preparados y no parecía que el régimen que estaban creando fuera a desatar horrores aún mayores: simplemente no podían saber entonces lo que era el comunismo.

Un siglo lleno de incontestables desastres después, nadie puede alegar ignorancia a modo de excusa. Aun así, la historia nos juega malas pasadas. La popularidad del socialismo maximalista de sesgo marxista vuelve a aumentar en Estados Unidos y en otros países «capitalistas» occidentales, cuando ya ha perdido todo su atractivo en aquellos lugares donde se puso en práctica: desde los regímenes que oficialmente siguen siendo comunistas, como China y Vietnam, hasta los países de la órbita de la antigua Unión Soviética y de Europa del Este, donde la resaca dejada por el comunismo ha dado un fuerte impulso a las políticas de extrema derecha. Los socialistas occidentales de hoy, que sueñan con un mundo en el que la propiedad privada y la desigualdad estén prohibidas, en el que sean los intelectuales con visión de futuro quienes planifiquen la evolución económica nacional, deberían tener cuidado porque puede que sus deseos se cumplan.

Ilustraciones

La zarina Alejandra (Alix de Hesse), 1909.
Biblioteca del Congreso.

El zar Nicolás II y el zarévich Alejo.
Colección Nicolas de Basily [Nikolái A. Bazili], sobre A, Hoover Institution Archives



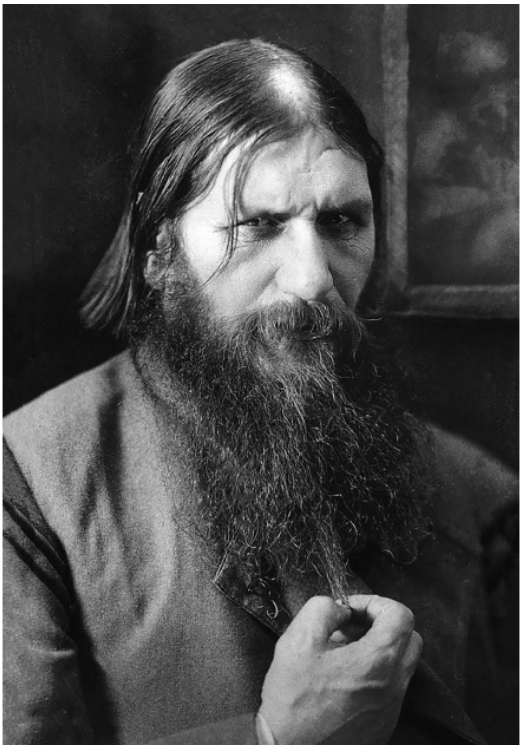
Fotografías de la ficha policial de Stalin, *ca.* 1911
Biblioteca del Congreso

Lenin.
Biblioteca del Congreso

El gran duque Nicolás, 1914.
Biblioteca del Congreso

Serguéi Sazónov, 1916.

Colección Nicolas de Basily [Nikolái A. Bazili], sobre A, Hoover Institution Archives



Grigori Rasputín.
Wikimedia Commons

El general Mijaíl Alexéiev, 1917.
Colección Nicolas de Basily [Nikolái A. Bazili], sobre A, Hoover Institution Archives

El zarévich Alejo y Tatiana, 1917.
Biblioteca del Congreso

El comité provisional de la Duma estatal. Sentado, a la derecha de la mesa, aparece Mijaíl Rodzianko; a su lado, también sentado, se encuentra Alexandr Guchkov y, de pie, detrás de Rodzianko, Alexandr Kérenski. A la derecha de este último están el príncipe Gueorgui Lvov y Pável Miliukov.

Biblioteca del Congreso

Alexandr Kérenski, 1917.

Biblioteca del Congreso

Trotski en pleno arranque oratorio [Trotski se dirige a la guardia roja].
Biblioteca del Congreso

Asalto a la Duma. Violencia en las calles durante el fallido *putsch* bolchevique (4/17 de julio de 1917).
Bulla / Getty Images/ Getty Images

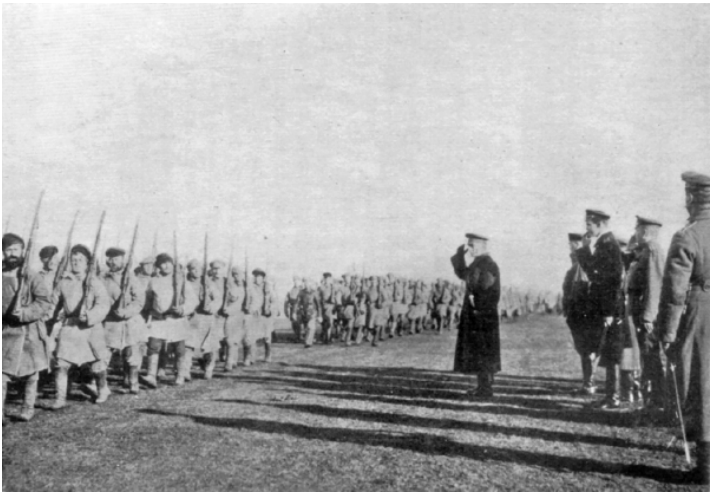
El batallón de la Muerte femenino presta juramento, 1917.
Colección Slava Katamidze / Getty Images/ Getty Images

Nicolás Románov, el antiguo zar, recoge nieve con una pala durante su arresto domiciliario en Tsárskoie Seló.
Biblioteca del Congreso

Lev Kámenev llega a Brest-Litovsk.
Wikimedia Commons

El ejército de voluntarios, 1918.
Wikimedia Commons

El ejército del pueblo de Siberia, 1919.
Biblioteca del Congreso



Kolchak pasa revista a las tropas del ejército del pueblo de Siberia, 1919.
Wikimedia Commons

Las tropas del ejército rojo asaltan Kronstadt, marzo de 1921.
Wikimedia Commons

Dos «féretros». La hambruna del Volga, 1921.
Biblioteca del Congreso

Agradecimientos

La Revolución rusa es un tema tan vasto que no hubiera podido investigar en este ámbito sin toda la ayuda que he ido recibiendo a lo largo de los años. Fueron Yuri Slezkine, de la Universidad de California, Berkeley, el difunto Reggie Zelnik y, sobre todo, el también fallecido Martin Malia quienes despertaron mi interés académico por Rusia. Este último, al estar jubilado, pudo dedicar mucho tiempo a satisfacer mi curiosidad. Empecé a visitar Moscú durante mis años de estudiante en Berkeley, gracias a una serie de becas de la ACTR, el FLAS y el IREX, todas ellas financiadas directamente por el gobierno de Estados Unidos, en los días en los que las relaciones entre Rusia y Norteamérica eran mejores y el hecho de obtenerlas resultaba un motivo de orgullo y no de desconfianza. Pude hacer mi último viaje de investigación a Rusia gracias a una beca Franklin de la American Philosophical Society, que Linda Musemeci me concedió generosamente, a pesar de que cometí algunos errores en los formularios de solicitud.

Algunos de los estudios realizados en este libro vieron la luz durante los años en los que ejercí la docencia en Turquía, lo que me permitía realizar frecuentes viajes a la cercana Rusia. Tengo una deuda por esta oportunidad con Ali Dogramaci, de la Universidad de Bilkent, que me ofreció mi primer trabajo académico, así como con quien me presentó, Norman Stone, fundador del centro turcorruso de Bilkent donde trabajé muchos años. *The Eastern Front* (1975), su obra capital, fue un hito y una fuente de inspiración para mi

propio libro sobre la I Guerra Mundial y su apoyo ha sido muy importante para mí a lo largo de los años.

Más recientemente he recibido el apoyo institucional del Bard College de Annandale-on-Hudson, Nueva York, y quiero dar las gracias por ello a su presidente, Leon Botstein, a la antigua decana, Michèle Dominy, a la decana actual, Rebecca Thomas, y al vicepresidente, Jonathan Becker, un colega especialista en Rusia cuyos contactos en San Petersburgo (el Bard College tiene una sede allí, el Smolny College) fueron impagables. En San Petersburgo, Olga Veronina, Oleg Minin y Maria Sonevytsky fueron de gran ayuda, y ha sido un privilegio poder formar parte del programa de estudios ruso y euroasiático del Bard College. Cecile Kuznitz y Jonathan Brent me ayudaron a organizar una visita muy fructífera a los archivos del Bund, del Yivo Institute de Manhattan, dirigido por Leo Greenbaum. Pese a lo escaso de su dotación, el Bard College es un lugar maravilloso donde enseñar y trabajar. Allí, colegas especialistas en historia y en política como Richard Aldous, Mark Lytle, Greg Moynahan, Omar Encarnacion, Michelle Murray, Roger Berkowitz, Walter Russell Mead, Simon Gilhooley, Rob Culp, Omar Cheta, Miles Rodriguez, Tabetha Ewing, Christian Crouch, Carolyn Dewald, Myra Armstead, Alice Stroup, Drew Thomson y Wendy Urban-Mead me hicieron sentirme como en casa.

En los últimos años he mejorado mucho mis conocimientos gracias a colegas historiadores especialistas en la I Guerra Mundial que han dado conferencias con ocasión del centenario de la misma. Dennis Showalter, uno de los más prolíficos y expertos historiadores militares de Estados Unidos, ha sido una fuente inestimable. Eric Lohr me invitó a formar parte de dos estupendos grupos para tratar sobre la guerra de Rusia, en los que aprendí mucho de él, de Ronald

Bobroff, de Joshua Sanborn y de David Stone. Bruce Menning me sugirió el rico tema de estudio de la moral en los ejércitos rusos. Puede que nunca nos pongamos de acuerdo en torno a la crisis de Julio en Rusia, pero siento un enorme respeto por la obra rompedora de Bruce sobre el ejército ruso.

Este proyecto nació en los archivos rusos, donde aprendí mucho gracias a la profesionalidad de los archiveros. En el Archivo del gobierno ruso sobre la marina imperial (RGAVMF) de San Petersburgo, Elena Viktorovna me ayudó a soslayar ciertas regulaciones sobre los materiales fotocopiables cuando trabajaba en un tema tan polémico como los motines de 1917. En el Archivo gubernamental histórico-militar ruso (RGVIA), Tatiana Yurevna Burmistrova (en la sala de lectura) y la directora Irina Olegovna Garkusha dieron su visto bueno a mis, en ocasiones, exageradas peticiones de fotocopias. Serguéi Mironenko me abrió muchas puertas en el Archivo gubernamental de la Federación Rusa (GARF), incluidas las que ocultaban las colecciones especiales del Archivo económico del gobierno ruso (RGAE). Sasha Alekseevich Nazarov, encargado de reprografía en el GARF y en el RGAE hizo en muy poco tiempo fotocopias de gran calidad.

Pero mi archivo favorito en Rusia ha sido siempre el del partido comunista (como yo lo llamo) en Bolshaia Dmitrovka, conocido oficialmente como Archivo social y político del gobierno ruso (RGASPI). Tuve el privilegio de cenar con su director, Andréi Sorokin, hace años en Budapest, y debo decir que ha hecho milagros con esa institución. En la sala de lectura de la quinta planta, se ocupaba de mí Vera Stepanova (en los viejos tiempos) y, más recientemente, Irina Petrovna, que ha sido una bendición del cielo. Quiero dar las gracias sobre todo a Misha, famoso oráculo de los registros

documentales, cuyo estado de ánimo, en ocasiones errático, ha asustado a algunos investigadores. Yo he aprendido a lo largo de los años a confiar sin más en los desapasionados consejos de Misha, pues nadie conoce esos archivos mejor que él. En 2015, Misha me mostró un nuevo fondo sobre Lenin junto a algunas declaraciones obtenidas por el Ministerio de Justicia de Kérenski tras los días de Julio de 1917. Nunca podré pagar la deuda que tengo con él. Samuel Hirst y Daniel Repko me ayudaron a tratar mis complejas órdenes de búsqueda en los archivos de Moscú, donde siempre tardan más que en San Petersburgo. Katia Gavroeva fue tan generosa como para compartir conmigo sus archivos digitales: una colección documental difícil de encontrar. Quiero agradecer asimismo su ayuda a Serguéi Podbolotov.

Este libro también se basa en materiales extraídos de archivos europeos y estadounidenses, aunque la mayoría de estas instituciones están tan eficientemente organizadas que apenas precisé ayuda para encontrar lo que buscaba. Aun así, no quiero dejar de mencionar a Mareike Fossenburger, de los archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán de Berlín, que hizo milagros por mí. En París, Dominique Liechtenhan me enseñó a buscar en los archivos del Quai d'Orsay. Linda Bernard, Carol Leadenham y Elena Danielson, de los archivos Hoover, han sido consejeras y amigas desde mis días de estudiante en Stanford; fue un enorme placer retomar el contacto con ellas este pasado invierno.

Debo mucho a los esfuerzos de Andrew Lownie, mi agente, por hacer realidad este ambicioso proyecto. Lara Heimert, de Basic Books, es la mejor editora que uno pudiera desear. Roger Labrie expurgó mi prosa una vez más. También quiero agradecer la hospitalidad de mis suegros, Süheyla y Yüksel Ersoy, en cuyo espléndido hogar a orillas del Mármara he escrito tanto a lo largo de estos años y desde

donde lo hago hoy. Puede que Turquía ya no sea tan acogedora como lo era cuando llegué por primera vez en 2002, pero en casa de los Ersoy la tradición de la hospitalidad sigue viva, y mi esposa Nesrin y yo hemos pasado allí días inolvidables junto a Ayla y Errol, nuestros hijos. Mientras escribo, Turquía vive su propio drama político, lo que nos recuerda lo frágil que es la civilización. Por mucho que me fascine la Revolución rusa, espero que mis hijos no tengan que vivir tiempos tan interesantes: rezo por ello.

Abreviaturas

AAB Arbetarrölsens Arkiv och Bibliotek, Estocolmo, Suecia.

AN Archives Nationales, París, Francia.

AVPRI Arjiv Vneshnei Politiki Rossiiskoi Imperii [Archivo de Política Exterior del Imperio ruso], Moscú, Rusia

BA/MA Bundesarchiv Militärabteilung, Friburgo, Alemania.

BB Bundesarchiv Bern, Berna, Suiza.

DBB Deutsches Bundesarchiv Berlin. Lichterfelde, Berlín, Alemania.

GARF Gosudarstvenny Arjiv Rossiiskoi Federatsii [Archivo gubernamental de la Federación Rusa], Moscú, Rusia.

HS «Hoover Stavka». Colección «Russia Shtab Verjovnogo Glavno Komanduiushchego» (por ejemplo, Stavka o cuartel general ruso), Hoover Institution Archives, Stanford, California, EE UU.

IBZI *Internationale Beziehungen im Zeitalter des Imperialismus*, M.N. Pokrovski (ed.), 8+ vols., Berlín, R. Hobbing, 1931.

KA *Krasnyi Arjiv* (Archivo rojo). Documentos secretos de los archivos zaristas, «diario» del ministro imperial de Asuntos Exteriores, 106 vols.

NAA National Archives Annex. College Park, Maryland, EE UU.

PAAA Politisches Archiv des Auswärtigen Amtes, Berlín, Alemania.

PBM *Peter [Piotr] Bark Memoirs*, Columbia University Rare Book & Manuscript Library, Universidad de Columbia, Nueva York, EE UU.

PRO National Archives of the United Kingdom. Kew Gardens, Londres, Reino Unido[ex15].

QO Archivos del Quai d'Orsay, París, Francia.

RAT *Razdel Aziatskoi Turtsii. Po sekretnyim dokumentam b. Ministerstva inostrannyij del* [La partición de la Turquía asiática según los documentos del antiguo Ministerio de Asuntos Exteriores].

RGAE Rossiiskii Gosudarstvennyi Arjiv Ekonomiki [Archivo económico del gobierno ruso], Moscú, Rusia.

RGASPI Rossiiskii Gosudarstvennyi Arjiv Sotsial-Politicheskii Arjiv [Archivo social y político del gobierno ruso], Moscú, Rusia.

RGAVMF Rossiiskii Gosudarstvennyi Arjiv Voenno-Morskogo Flota [Archivo del gobierno ruso sobre la marina imperial], San Petersburgo, Rusia.

RGIA Rossiiskii Gosudarstvennyi Istoricheskii Arjiv [Archivo histórico del gobierno ruso], San Petersburgo, Rusia.

RGVA Rossiiskii Gosudarstvennyi Voennyi Arjiv [Archivo gubernamental militar]. Moscú, Rusia.

RGVIA Rossiiskii Gosudarstevennyi Voenno-Istoricheskii Arjiv [Archivo gubernamental histórico-militar ruso], Moscú, Rusia.

RSU Riksarkivet Stockholm Utrikesdepartement, Estocolmo, Suecia.

TRMV *Tsarskaia Rossiia v mirovoi voine* [La Rusia zarista en la guerra mundial].

TsGIASPb Tsentral'nyi Gosudarstvennyi Istoricheskii Arjiv Sankt-Peterburga [Archivo histórico central de San Petersburgo], San Petersburgo, Rusia.

VSHD Vincennes, Service Historique de la Défense, Vincennes, París, Francia.

Bibliografía

Lista de archivos y principales colecciones utilizadas

Arbetarrölsens Arkiv och Bibliotek (AAB), Estocolmo, Suecia.

Olof Aschbergs Arkiv. 12 cajas.

Archives Nationales (AN), París, Francia.

BB 18/6727. Banque russo-asiatique.

F 7. Police générale.

Arjiv Vneshnei Politiki Rossiiskoi Imperii (AVPRI), Moscú, Rusia.

Fond 135. Osobyi politicheskii otdel.

Fond 138, opis 467. Sekretnyi arjiv ministra.

Fond 149, opis 502b. Turetskii stol. Opis 502b. Miscelánea.

Fond 151, opis 482. Politicheskii arjiv.

Fond 187, opis 524. Posol'stvo v Parizhe.

Bundesarchiv Bern (BB), Berna, Suiza.

E 21 «Polizeiwesen 1848-1930» archivos.

Bundesarchiv Militärabteilung (BA/MA), Friburgo, Alemania.

RM 5/2596. Marina imperial alemana. Estado Mayor de la Marina, Sección B. Asuntos de Derecho Internacional. Rusia: Informes de agentes sobre condiciones generales, co-

mercio, ejército, disciplina en la marina, progreso de la Revolución, negociaciones por separado para la paz. Del 18 de octubre de 1917 al 8 de diciembre de 1917.

RM 5/4064. «Russland. De febrero de 1918 al 31-XII-18».

RM 5/4065. «Russland. Del 1 de enero de 1918 al 31 de marzo de 1918».

RM 40-4. Sonderkommandos der Marine in der Türkei. Politische Nachrichten und allgemeine Nachrichten über den Kriegsverlauf.

RM 40/215. Nachrichten von der türk Armee (cont.), febrero de 1918-octubre de 1918.

Deutsches Bundesarchiv Berlin (DBB), Lichterfelde, Berlín, Alemania.

R 901. Auswärtiges Amt.

Gosudarstvennyi Arjiv Rossiiskoi Federatsii (GARF), Moscú, Rusia.

Fond P1. Opis 1.

Delo 3. Prikazyi Moskovskogo i Zamoskvoretskogo raionnogo VRK [voenno-revolyuts. Komitetov] ob artilleriiskom obstrele Kremlya.

Fond P375. Voenno-Revolyutsionnyi Komitet pri Stavke Verjovnogo Glavkomandyushchego. Moguilov.

Opis 1. VRK pri Stavke Verjovnogo Glavkomanduyushchego.

1917-1918 gg.

Delo 5. Perepiska o pogromaj i drugij besporyadaj, a takzhe prinyatii mer k ustraneniyu pogromov besporyadkov. Del 1 al 24 de diciembre de 1917.

Fond P1236. Voenno-Revolutsionnyii Komitet (Petrogradskii VRK, PVRK) pri vserossiiskom tsentral'nom ispolnitel'nom komitete.

Opis 1. Petrogradskii VRK. 1917-1918 gg.

Fond P1245. Opis 1.

Delo 1. Perepiska s Sovnarkom, VTsIK, Narodnyi komissariatom prodovol'stviya, NKPS I dr. uchrezhdeniyami po voprosu registratsii byivshij ofitserov-sluzhashchij sovetskij uchrezhdenii. 1918.

Fond P6993. Opis 1.

Delo 1. Stenogramma zasedaniya s'ezda delegatov s fronta ot 24 aprelya 1917 g/bez okonchaniya.

Fond 529. Opis 1. «Byuro zaveduyushchego zagranichnoi agenturoi departmenta politsii v Konstantinopole» (archivos de la Ojrana). 1911-1914.

Fond 555, Opis 1. Guchkov, A. I. Lichnoe Delo.

Haus-, Hof-und Staatsarchiv (HHSA), Viena, Austria.

Politisches Archiv X. Russland.

Karton 133. Berichte 1908 IX-XII. Weisungen, Varia 1908-1909.

Karton 134. Berichte 1909 I-IX.

Karton 149. Russland Liasse VIIIb, IX, X.

Hoover Institution Archives, Universidad de Stanford, Stanford, California.

Colección: Alexéiev, Mijaíl V.

Caja 1. Ms. «Tri Nedeli. (21 avgusta-14 sentyabrya 1917), s. f.».

Carpeta 7. Kornílov, Lavr, Nota concerniente al 1 de septiembre de 1917.

Colección: Basily, Nicolas de [Nikolái A. Bazili]. 11 cajas.

Colección: Girs (Mijaíl N.).

Carpeta 1-1. Russian Diplomatic Representations (General), 1918-1919.

Carpeta 1-9. «Nekotoryie Zametki i Pis'ma posle moego otchisleniia ot komandovaniia, 1918».

Carpeta 1-20. «Russia - General - History - Revolution and Civil War».

Carpeta 1-22. «Moscow, military and political situation, report on, by Colonel Novosil'tsev, June 1918».

Carpeta denominada «Telegrams. From March 14, 1919, to April 22, 1919».

Colección: Golder, Frank. Caja 2, carpeta 2. Diarios, 1914-1923.

Colección: Kérenski, Alexandr.

Carpeta 19. «Speeches and Writings».

Colección: Kesküla, Alexandr.

Caja 1.

Carpeta 1-2. «Kesküla's relations with the German govt., passports, university certificates issued to the name of Simon Pobitoff».

Carpeta 1-5. «1960». Kesküla interview/diary composed in Madrid.

Caja 2. News Clippings.

«Sonntagsbeilage. National-Zeitung Basel, Nr. 303, Sonntag, 5».

«Juli 1964»: «Der schlafende Tiger. Erinnerungen an Aleksandr Kesküla. Von Prof. Adolf Gasser».

Colección: Larsons, M.J. [Max Laserson]. 2 cajas.

Colección: Russia Shtab Verjovnogo Glavno Komanduyushchego.

(«Hoover Stavka»). 1 caja.

National Archives Annex (NAA), College Park, Maryland, EE UU.

State Department Reports on Russia, M 316, rolls 119-121.

National Archives of the United Kingdom (PRO), Kew Gardens, Londres, Reino Unido.

ADM (Admiralty Office Correspondence).

Archivo 137/940. Russia. Black Sea Reports. September 1916-June 1917.

FO 371. Foreign Office Correspondence.

Cajas 2093-2096. Russia correspondence, 1914.

Cajas 2445-2450. Russia (War) correspondence.

Caja 3000. Russia (War) correspondence, cont.

WO 33. War Office Correspondence.

Caja 731. Wartime correspondence, 1914-1918.

Politisches Archiv des Auswärtigen Amtes (PAAA), Berlín, Alemania.

Akten betreffend. Allg. Angelegenheiten Russlands. (Russland 61).

R 10066-10080. Del 1 de enero de 1908 al 31 de marzo de 1917.

Akten betreffend. Allg. Angelegenheiten Russlands. Russland 61 secr.

R 10136-10138. Del 1 de enero de 1888 a enero de 1920.

Akten betreffend: Eisenbahnen in Rußland.

R 11010-11011. Del 1 de julio de 1908 al 31 de diciembre de 1914.

Akten betreffend: Finanzielle Beziehungen Russland zu Deutschland.

Préfecture de Police, París, Francia.

Dossier «Aschberg, Olof».

Quai d'Orsay Archives (QO), París, Francia.

Angleterre, «Grande Bretagne-Russie. Janv. 1921-Mai 1922» (carpeta 61).

URSS: deuda (carpeta 421).

URSS: oro (carpetas 481-483).

Correspondance politique et commerciale dite «nouvelle série», 1896-1918. Russie.

Archivo 4. Politique Intérieure. Dossier général. 1906-1914.

Archivos 8-11. Politique Intérieure. Pologne. 1896-1914.

Archivos 32-42. Politique Étrangère. Alliance franco-russe. 1896-1918.

Archivo 50. Politique Étrangère. Relations avec Angleterre 1906-1914.

Riksarkivet Stockholm Utrikesdepartement (RSU), Estocolmo, Suecia.

Rysslands handel med Sverige 1900-1918; y continuación (Handel med Sverige: 1918, diciembre; 1919, septiembre, etcétera; 1922).

Cajas 4456, 4466, 4466b, 4467, 4477, y HP 495.

Rossiiskii Gosudarstvennyi Arjiv Ekonomiki (RGAE), Moscú, Rusia.

Fond 413. Ministerstvo vneshnei torgovli SSSR (Minvneshtorg SSSR).

Opis 3. Comercio exterior, 1917-1920, especialmente con Escandinavia.

Opis 4. Estatutos fundacionales de Narkomvneshtorg (NKVT), etcétera.

Opis 6. Aprovisionamiento del ejército rojo, 1917-1922 y después.

Fond 7632. Gosudarstvennoe jranilishche tsennostei (Gojran Narkomfina SSSR. 1920-1922 (2 opisi).

Fond 7733. Ministerstvo Finansov SSSR (Minfin SSSR). 1917-1991.

Opis 1. Narkomfin RSFSR, 1917-1923, especialmente los archivos «Seifovaia komissiia».

Rossiisskii Gosudarstvennyi Arjiv Sotsial-Politicheskii Arjiv (RGASPI), Moscú, Rusia.

Fond 2. Lenin.

Opis 4. Biograficheskie dokumentyi V.I. Lenina (1871-1923 gg).

Delo 10. Denezhnyie dokumentyi V.I. Lenina, N.K. Krupskoi i M.I. Ul'yanovoi.

Opis 5. Pis'ma 1898-Nov. 1917. (Correspondencia).

Fond 4. Opis 3. (Lenin).

Delo 39. Delo Tsentral'nogo kontrrazvedyivatel'nogo otdeleniya Glavnogo upravleniya general'nogo shtaba za. No. 87, t. P. (prodolzhenie) perlyustratsionnyie telegrammyi V.I. Lenina i dr. 10 (23) maya-11 (24) oktyabrya 1917 g.

Delo 40. Byuro razrabotki sekretnyij arjivov, deistvovavshego siyunya 1917 g, sostavlennyie po agenturnyim donesseniyam sekretnyij sotrudnikov (provokatorov) dlya Komissii po obespecheniyu novogo stroya, ob organizationnoi, propagandistskoi rabote «lenintsev», bol'shevikov-primerentsev (etcétera).

Delo 41. Materialyi predvaritel'nogo sledstviya o vooruzhennom vyistuplenii v Petrograde 3 (16)-5 (18) iyulya 1917 goda. (Declaraciones de testigos tomadas tras los días de julio).

Delo 45. Telegramma nachal'nika Petrogradskoi militsii vsem komissaram o poluchenii ordera ot sudebnogo sledovatelya po osobo vazhnyim delam na arrest... V.I. Ul'yanova

(Lenina), obvinyaemogo po delu o vooruzhennom vosstanii 3 (16)-5 (18) iyulya 1917 g.

Delo 48. Perepiska mezhdu Ministerstvom vnutrennyij' del Avstro-Vengrii i Direktsiei politsii v Krakove po voprosu ob osvobozhdenii V.I. Lenina iz-pod aresta v Novom Targe. 16 de agosto-11 de septiembre de 1914 g.

Delo 64. Telegrammyi generala L.G. Kornilova ministru predsedatelyu Vremennogo pravitel'stva A.F. Kerenskomu s trebovaniem predaniya voenno-revolyutsionnomu sudu V.I. Lenina i dr. lits. (Del 23 de julio/5 de agosto al 12 /25 de agosto de 1917).

Fond 17. Politbiuro TsK RKP (b)-VKP (b).

Fond 464. Opis 1. Vserossiiskoe Byuro frontovyij i tyilovyij voennyij organizatsii pri TsK RSDRP/b

Delo 1. Pis'ma, telegrammyi partiinyij organizatsii, komitetov, otdel'nyij lits po povodu sozyiva Vserossiiskoi konferentsii voennyij organizatsii ironía... (Del 22 de abril de 1917 al 22 de junio de 1917).

Delo 4. Pis'ma, zayavleniya, zapiski o vyidache oruzhiya, partiinyij biletov Vserossiiskogo byuro voennyij organizatsii o sozyive partiinogo sobraniya Petrogradskogo garnizona, o prieme v chlenyi i dr. voprosam. Avtografiya N.I. Podvoiskogo. (Del 31 de mayo de 1917 a comienzos de 1918).

Delo 5. Spisok zavodov s ukazaniem kolichestva rabochij, krasnogvardeitsev, oruzhiya; chlenov Soveta «Krasnoi gvardii», svedeniya o Krasnoi gvardii i voinskij chastyaj. (Del 20 de abril de 1917 a octubre de 1917).

Delo 6. Protokol sobraniya Voennoi organizatsii pri TsK RSDRP (b) ot 26-XII-1917 g. s povestkoi dnya: 1. O sozdanii sotsialisticheskoi armii. 2. Tekuschie dela.

Delo 7. Protokolyi zasedanii Byuro I Ispolnitel'nogo kollektiva pri Byuro frontovyij i tyilovyij voennyij organiza-

tsii pri TsK RSDRP (b). (Del 14 de enero de 1918 al 22 de marzo de 1918).

Delo 15. Finansovyie dokumentyi: kvitantsii, raspiski. (De marzo de 1917 al 28 de marzo de 1918).

Opis 3. Povestki dnia zasedanii. (Actas del Politburó, 1919-1923).

Fond 538. Opisi 1-3. Internationale Arbeiterhilfe (1921-1935).

Fond 670. Opis 1. Grigory Sokol'nikov (Lichnoe delo).

Rossiiskii Gosudarstvennyi Arjiv Voenno-Morskogo Flota (RGAVMF), San Petersburgo, Rusia.

Fond 11. Kolchak, Alexandr Vasiliévich, almirante (1874-1920). (Lichnoe delo). Opis 1.

Delo 45. Pozdravitel'nyie telegrammyi v svyazi s naznachiem A.V. Kolchaka komanduyushchim flotom Chernogo morya I t. d. (De mayo de 1916 al 26-VI-1917).

Delo 57. Pis'ma raznij' lits k A.V. Kolchaku. (Del 25 de enero de 1917 al 21 de julio de 1917).

Fond 716. Morskoi shtab verjovnogo glavnokomanduyushchego (stavka) 1914-1917. Opis 1.

Delo 267. Dokladyi komandovaniya Chernomorskogo flota o deistviyaj za yanvar'-avgust mesyatsyi 1917 g. Podlinniki. (Del 31 de enero de 1917 al 25 de agosto de 1917).

Delo 277. Gosudarstvennyi perevorot'. (Del 24 de febrero de 1917 al 6 de junio de 1917).

Delo 278. Perepiska s' Genmorom, komanduyushchimi Baltiiskim i Chernomorskom flotami, komanduyushchimi frontami i dr. o revolyutsionnyij' sobyityaj' v strane. (Del 28 de febrero de 1917 al 20 de marzo de 1917.

Delo 279. Continuación. (Del 11 de marzo de 1917 al 23 de septiembre de 1917).

Delo 280. Politicheskie voprosyi. (Del 5 de julio de 1917 al 28 de octubre de 1917).

Delo 283. Ministerstvo Morskoe Morskogo Shtaba. Verjovnago Glavnokomanduyushchago.

Delo o lichnome sostave. (De enero de 1917 al 10 de julio de 1917).

Delo 293. Telegrammyi o politicheskij sobyityaj na Chernomorskom flote. (Del 25 de junio de 1917 al 9 de septiembre de 1917).

Rossiiskii Gosudarstvennyi Istoricheskii Arjiv (RGIA), San Petersburgo, Rusia.

Fond 1276.

Opis 13. Consejo de Ministros. (Protocolos, Correspondencia, etcétera).

Opis 14. Gobierno provisional. (Protocolos, Correspondencia, etcétera).

Fond 1278.

Opis 10. Duma estatal. (Protocolos, Transcripciones, Correspondencia, etcétera).

Delo 3. Gosudarstvennoi Dumyi. Delo Vremennago Komiteta Gosudarstvennoi Dumyi. Prikazyi Komiteta. 28-II-1917 goda po 18 iyunya 1917 goda. («Duma fantasma» de Rodzianko).

Delo 5. Telegrammyi predsedatelya vremennago komiteta Gos. Dumyi M.V. Rodzianko v Stavkkomom vsej frontov o sverzhenii samoderzhaviya, sostave Vremennago pravitel'stva i priglashennii gen. Kornilova na post glavnokomanduyushchego Petrogradskim voennyim okrugom... 1 marta 1917 goda po 27 iunya 1917.

Delo 9. Prikazyi, rasporyazhanie i tsirkulyaryi vremennago pravitel'stva: ob otrechenii Nikolaya II ot prestola i obra-

zovanii Vremennago pravitel'stva... 2 marta 1917 po 29 iunya 1917.

Delo 12. Vozzvanie Vremennago komiteta Gos. Dumyi k naselenyu, sodatyi i t. d. Obrashchenii k' naseleniyu i armii. (Del 7 de marzo al 7 de septiembre de 1917).

Fond 1358. Opis 1.

Delo 1939. Peterburgskoe telegrafnoe Agenstvo. Neopublikovannyietelegrammyi/podlinnyie. S'8ogo Yanvarya po 15 avgusta 1917 g.

Rossiiskii Gosudarstvennyi Voennyi Arjiv (RGVA), Moscú, Rusia.

Fond 1. Upravlenie delami Narkomata po voennyim delam. Opis'1. Kantselaria. (De diciembre de 1917 a noviembre de 1918).

Rossiiskii Gosudarstvennyi Voenno-Istoricheskii Arjiv (RGVIA), Moscú, Rusia.

Fond 2000. Opis 1. Glavnoe upravlenie General'nago Shtaba. (Stavka).

Fond 2031. Opis 1. Shtab glavnokomanduyushchego armyami severnogo fronta. (Ejército del norte).

Fond 2067. Opis 1. Shtaba glavnokomanduyushchago armiyami Yugo-zapadnago fronta. (Frente sudoccidental).

Tsentral'nyi Gosudarstvennyi Istoricheskii Arjiv Sankt-Peterburga (TsGIASPb), San Petersburgo, Rusia.

Fond 1695. Opis 2.

Delo 1. O roste vliyaniya bol'shevikov. Prokuror. Petrogradskago Sudebnyoi Palatyi. Delo po obvinenyi soldat gvardim Moskovskij' polka prinimayavshij uchastii v vooruzhennim vyistu.

Delo 30. Uchastie v sobyyityaj' 3-5 iyulya 1917 g. Kronshtadtskogo garnizona.

Vincennes, Service Historique de la Défense (VSHD), Vincennes, París, Francia.

7 N 1538. Attachés militaires. Russie. 1902-1914.

Yivo Institute, Bund Archives, Nueva York, EE UU.

ME1-88/103. Organización Militar Bolchevique. Panfletos, 1906.

Colecciones documentales

ADAMOV, E. A. (ed.), *Konstantinopol'i prolivyi*, 2 vols., Moscú, Izdanie Litizdata NKID, 1925-1926.

—, *Razdel aziatskoi Turtsii. Po sekretnyim dokumentam b. Ministerstva inostrannyij del*, Moscú, Izdanie Litizdata NKID, 1924.

BUNYAN, James (ed.), *Intervention, Communism, and Civil War in Russia, April-December 1918. Documents and Materials*, Baltimore (Maryland), Johns Hopkins Press, 1936.

—, y FISHER, H. H. (eds.), *The Bolshevik Revolution, 1917-1918. Documents and Materials*, Stanford (California), Stanford University Press, 1961.

DEGRAS, Jane, *The Communist International, 1919-1943: Documents*, 3 vols., Nueva York, Oxford University Press, 1956-1965.

EMMONS, Terence, y PATENAUDE, Bertrand M. (eds.), *War Revolution, and Peace in Russia: The Passages of Frank Golder 1914-1927*, Stanford (California), Hoover Institution Press, 1992.

GALPERINA, B.D., y STARTSEV, V.I. (eds.), *Petrogradskii Sovet rabochij i soldatskij deputatov v 1917 godu*, 4 vols., Moscú, Rosspen, 2003.

GOLDER, Frank (ed.), *Documents of Russian History 1914-1917*, Emanuel Aronsberg (trad.), Nueva York-Londres, The Century Company, 1927.

GRAVE, B.B., *Buzhuaziya nakanune fevralskoi revolyutsii*, Moscú-Leningrado, Tsentrarjiv, 1927.

HAHLWEG, Werner (ed.), *Lenins Rückkehr nach Russland, 1917: die deutschen Akten*, Leiden, E.J. Brill, 1957.

KERENSKY [KÉRENSKI], Alexander [Alexandr] F., y BROWDER, Robert Paul (eds.), *The Russian Provisional Government 1917*, 3 vols., Stanford (California), Stanford University Press, 1961.

Krasnyi Arjiv. Istoricheskii zhurnal, 106 vols., Moscú, Gospolitizdat, 1922-1941.

LYANDRES, Semion (ed.), *The Fall of Tsarism: Untold Stories of the February 1917 Revolution*, Oxford, Oxford University Press, 2013.

PIPES, Richard (ed.), *The Unknown Lenin: From the Secret Archive*, Catharine Fitzpatrick (trad.), New Haven (Connecticut), Yale University Press, 1999.

POKROVSKI, M.N. (ed.), *Drei Konferenzen (zur Vorgeschichte des Krieges)*, Berlín, Arbeiterbuchhandlung, 1920.

—, *Internationale Beziehungen im Zeitalter des Imperialismus*, 8+ vols., Berlín, R. Hobbing, 1931.

—, *Tsarskaia Rossiia v mirovoi voine*, vol. 1, Leningrado, 1926.

Polnoe sobranie zakonov Rossiiskoi Imperii. Serie Tres (1881-1931), 33 vols., Brill Microfilms (1990).

SHCHEGOLEV, P.E. (ed.), *Padenie tsarskogo rezhima: stenograficheskie otchetyi doprosovi pokazannie, dannyij v. 1917 g. v. chrezvychainoi sledstvennoi komissiivremennago pravitel'stva*, 7 vols., Moscú, Gos. Izd., 1924-1927.

Sovetsko-Germanskie Otnosheniia ot peregovorov v Brest-Litovske do Podpisaniia Rapall'skogo Dogovora, Moscú, Izdatel'stvo Politicheskoi Literatury, 1971.

YAKHONTOV [YAJONTOV], A.N., *Soviet Ministrov Rossiiskoi Imperii v godyi pervoi mirovoi voinyi. Bumagi A. N. Yajontova*, San Petersburgo, s. i., 1999.

ZEMAN, Z.A.B. (ed.), *Germany and the Revolution in Russia, 1915-1918. Documents from the Archives of the German Foreign Ministry*, Londres, Oxford University Press, 1958.

Obras publicadas y *online*, citadas o consultadas con provecho, incluidas las memorias

ABRAHAM, Richard, *Alexander Kerensky. The First Love of the Revolution*, Nueva York, Columbia University Press, 1987.

AGNEW, Jeremy, y MCDERMOTT, Kevin, *The Comintern. A History of International Communism from Lenin to Stalin*, Londres, Macmillan, 1996.

AIRAPETOV, O.R. (ed.), «Na Vostochnom napravlenii. Sud'ba Bosforskoi ekspeditsii v pravlenie imperatora Nikolaia II». en Airapetov (ed.), *Poslednaia voina imperatorskoi Rossii: sbornik statei*, pp. 158-252, Moscú, Tri kvadrata, 2002.

AKIMOV, F.I., «Bolsheviki v bor'be za soldatskie massy Iugo-Zapadnogo fronta (1914-fevral'1917 g», en *Voenno-istoricheskii zhurnal*, núm. 2 (1977), pp. 87-88.

ALBERTINI, Luigi, *The Origins of the War of 1914*, 3 vols., Nueva York, Oxford University Press, 1952-1957.

ALLEN, W.E.D., y MURATOFF, Paul, *Caucasian Battlefields. A History of the Wars on the Turco-Caucasian Border, 1828-1921*, Cambridge (Reino Unido), Cambridge University Press, 1953.

«L'Armeé rouge approvisionnée par la contrebande», en *L'Écho de Paris*, 20-XI-1920.

ARTIZOV, A.N., *Getman P P. Skoropadskii Ukraina na perelome 1918 god*, Moscú, Rosspen, 2014.

ASCHBERG, Olof, «A Wandering Jew from Glasbruksgatan» [Ein vandrande jude fran Glasbruksgatan]. Original inédito, Alan Blair (trad.), en Olof Aschbergs Arkiv, Arbetarrörelsens Arkiv och Bibliotek (AAB), Estocolmo, Suecia.

ASCHER, Abraham, *P A. Stolypyin. The Search for Stability in Late Imperial Russia*, Stanford (California), Stanford University Press, 2001.

ASTASHOV, Aleksandr [Alexandr], *Russkii front v 1914-nachale 1917 goda: voennyi opyit i sovremennost'*, Moscú, Novyi Kronograf, 2014.

BAKER, Mark, «War and Revolution in Ukraine: Kharkiv Province's Peasants' Experiences», en Sarah Badcock *et. al.* (eds.), *Russia's Home Front in War and Revolution*, vol. 3, 1: *Russia's Revolution in Regional Perspective*, pp. 111-142, Bloomington (Indiana), Slavica, 2016.

BALABANOFF, Angelica, *Impressions of Lenin*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1964.

BALL, Alan, *Russia's Last Capitalists: The Nepmen*, Berkeley, University of California Press, 1987.

BARK, Peter [Piotr], *Memoirs* (PBM), Columbia University Rare Book & Manuscript Library, Columbia University, Nueva York, EE UU.

BARTHEL, Max, *Kein Bedarf an Weltgeschichte*, Wiesbaden, Limes, 1950.

BASCOMB, Neal, *Red Mutiny: Eleven Fateful Days on the Battleship Potemkin*, Boston, Houghton Mifflin, 2007.

BASILY, Nicolas de [Nikolái A. BAZILI], *Nicolas de Basily, Diplomat of Imperial Russia*, Stanford (California), Hoover Institution Press, 1973.

BAUMGART, Winfried, *Deutsche Ostpolitik 1918. Von Brest-Litowsk bis zum Ende des Ersten Weltkrieges*, Viena-Múnich, Oldenbourg, 1966.

BAYER, Waltraud (ed.), *Verkaufte Kultur Die sowjetischen Kunst-und Antiquitätenexporte 1919-1938*, Fráncfort del Meno, Peter Lang, 2001.

BELLER, M., y BUROVSKII, A., *Grazhdanskaia Istoriia bezumnoi voinyi*, Moscú, Astrel, 1951.

BLÜCHER, Wipert von, *Deutschlands Weg nach Rapallo*, Wiesbaden, Limes, 1951.

BOBROFF, Ronald Park, *Roads to Glory. Late Imperial Russia and the Turkish Straits*, Londres, I. B. Tauris, 2006.

BODGER, Alan, «Russia and the End of the Ottoman Empire», en *The Great Powers and the End of the Ottoman Empire*, Londres, Frank Cass, 1984.

BONCH-BRUEVICH, Vladimir Dmitrievich [Vladímir D. BONCH-BRUIÉVICH], *Na boevyij postaj fevral'skoi i oktyabr'skoi Revolyutsii*, Moscú, Federatsiya, 1931.

BRAUNTHAL, Julius, *Geschichte der Internationale*, 3 vols., Berlín, Dietz, 1961.

BRENTON, Tony (ed.), *Historically Inevitable? Turning Points of the Russian Revolution*, Londres, Profile Books, 2016.

—, «The Short Life and Early Death of Russian Democracy», en Tony Brenton (ed.), *Historically Inevitable? Turning Points of the Russian Revolution*, pp. 142-162.

BROVKIN, Vladimir, *Behind the Front Lines of the Civil War Political Parties and Social Movements in Russia, 1918-1922*, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press, 1994.

BUCHANAN, sir George, *My Mission to Russia, and Other Diplomatic Memories*, Londres, Cassell & Co., Ltd., 1923.

BUDNITSKII, Oleg, *Den'gi russkoi emigratsii: kolchakovskoe zoloto 1918-1957*, Moscú, Novoe literaturnoe obozrenie, 2008.

—, «Generaly i den'gi, ili 'Vrangelevskoe Serebro», en *Diaspora*, núm. 6 (2004), pp. 134-173.

—, «Kolchakovskoe zoloto», en *Diaspora*, núm. 4 (2002), pp. 457-508.

—, *Russian Jews Between Reds and Whites, 1917-1920*, Timothy Portice (trad.), Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 2012.

«Bulygin Duma Statutes»:

http://novaonline.nvcc.edu/eli/evans/his242/documents/frus/bulyginduma.html

CAUTE, David, *The Fellow-Travelers. A Postscript to the Enlightenment*, Nueva York, Macmillan, 1973.

CHERNOV, V.M., *The Great Russian Revolution*, Nueva York, Russell & Russell, 1966.

«Churches Resist Decree of Soviet», en *The New York Times*, 14-IV-1922.

CLARKE, William, *The Lost Fortune of the Tsars: The Search for the Fabulous Legacy of the Romanoffs*, Londres, Orion, 1996.

CLEMENTS, Barbara Evans, *Bolshevik Feminist. The Life of Alexandra Kollontai*, Bloomington (Indiana), Indiana University Press, 1979.

COOK, Andrew, *Ace of Spies: The True Story of Sidney Reilly*, Londres, Tempus, 2004.

—, *To Kill Rasputin: The Life and Death of Gregori Rasputin*, Stroud (Reino Unido), Tempus, 2005.

CRAWFORD, Donald, «The Last Tsar», en Tony Brenton (ed.), *Historically Inevitable? Turning Points of the Russian Revolution*, pp. 66-90.

CRISP, Olga, *Studies in the Russian Economy Before 1914*, Londres, Macmillan, 1976.

CRISS, Nur Bilge, *Istanbul Under Allied Occupation 1918-1923 (Ottoman Empire and Its Heritage)*, Leiden, Brill, 1999.

CURTISS, John Shelton, *The Russian Church and the Soviet State 1917-1950*, Boston, Little, Brown, 1953.

DALY, Jonathan, «"Storming the Last Citadel": The Bolshevik Assault on the Church, 1922», en Vladimir Brovkin (ed.), *The Bolsheviks in Russian Society: The Revolution and Civil War*, New Haven, Yale University Press, 1997.

DAVIS, Robert H., *et al.*, *A Dark Mirror: Romanov and Imperial Palace Library Materials in the Holdings of the New York Public Library: A Checklist and Agenda for Research*, Nueva York, Norman Ross, 2000.

DEUTSCHER, Isaac, *The Prophet Armed: Trotsky, 1879-1921*, Nueva York, Oxford University Press, 1954.

DEVLIN, F. Roger, «Solzhenitsyn on the Jews and Tsarist Russia», en *Occidental Quarterly*, vol. 8, núm. 3 (otoño de 2008), pp. 61-80.

DIETER-MÜLLER, Rolf, *Das Tor Zur Weltmacht*, Boppard am Rhein, Harald Boldt, 1984.

DOBROROLSKI, Sergei [Serguéi], *Die Mobilmachung der russischen Armee 1914*, Berlín, Deutsche Verlagsgesellschaft für Politik und Geschichte, 1922.

DOWLING, Timothy C., *The Brusilov Offensive*, Bloomingtón (Indiana), Indiana University Press, 2008.

DUNE, Edward, *Notes of a Red Guard*, Diane Koenker y S. A. Smith (trads.), Urbana, University of Illinois Press, 1993.

DURNOV, P. N., *Memorandum to Tsar Nicholas II*, 14-II-1914:

http://www2.stetson.edu/~psteeves/classes/durnovo.html

«8 American Officers Reported Captured», en *The New York Times*, 30-I-1920.

FELDMAN, Robert S., «Russian General Staff and the June 1917 Offensive», en *Soviet Studies*, vol. 19, núm. 4 (abril de 1968), pp. 526-543.

FIGES, Orlando, «The Harmless Drunk», en Tony Brenton (ed.), *Historically Inevitable? Turning Points of the Russian Revolution*, pp. 123-142.

—, *Peasant Russia, Civil War: The Volga Countryside in Revolution, 1917-1921*, Nueva York, Oxford University Press, 1989.

—, *A People's Tragedy: The Russian Revolution: 1891-1924*, Nueva York, Penguin, 1998 [*La revolución rusa: la tragedia de un pueblo*, Barcelona, EDHASA, 2001].

FISCHER, Fritz, *Germany's Aims in the First World War*, Nueva York, Norton, 1967.

FISHER, Harold H., *The Famine in Soviet Russia 1919-1923: The Operations of the American Relief Administration*, Nueva York, Macmillan, 1927.

FITZPATRICK, Sheila, *The Russian Revolution*, Nueva York, Oxford University Press, 2008 (1982).

«France to Propose Action by Allies», en *The New York Times*, 21-IV-1922.

FREUND, Gerald, *Unholy Alliance. Russian-German Relations from the Treaty of Brest-Litovsk to the Treaty of Berlin*, Londres, Chatto & Windus, 1957.

FUHRMANN, Joseph T., *Rasputin: The Untold Story*, Hoboken (Nueva Jersey), John Wiley & Sons, 2013.

FULLER, William C., Jr., *Civil-Military Conflict in Imperial Russia, 1881-1914*. Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press, 1985.

—, *The Foe Within: Fantasies of Treason and the End of Imperial Russia*, Ithaca (Nueva York), Cornell University Press, 2006.

—, *Strategy and Power in Russia, 1600-1914*, Nueva York, Free Press, 1992.

FUTRELL, Michael, *Northern Underground. Episodes of Russian Revolutionary Transport and Communications Through Scandinavia and Finland 1863-1917*, Londres, Faber & Faber, 1963.

GATRELL, Peter, *Government, Industry and Rearmament in Russia, 1900-1914*, Cambridge (Reino Unido), Cambridge University Press, 1994.

«Germans Astound Genoa Conference By Announcing Compact With Russia, Granting All That Allies Reject», en

The New York Times, 18-IV-1922.

GERSCHENKRON, Alexander [Alexandr], «Russia: Patterns and Problems of Economic Development, 1861-1958», en *Economic Backwardness in Historical Perspective. A Book of Essays*, Cambridge (Massachusetts), Belknap Press of Harvard University, 1962.

GREBENKIN, Igor Nikolaevich [Ígor Nikoláievich], *Russkii ofitser i godyi. Mirovoi voinyi i revolyutsii, 1914-1918 gg*, Riazán, Riazanskii gos. Un-t., 2010.

GREGER, René, *Die Russische Flotte im Ersten Weltkrieg, 1914-1917*, Múnich, J.F. Lehmann, 1970.

GROSS, Babette, *Willi Münzenberg: Eine politische Biographie. Stuttgart*, Deutsche Verlags-Anstalt, 1967.

GUCHKOV, Aleksandr [Alexandr], y N.A. BAZILI, *Aleksandr Ivanovich Guchkov rasskazyivaet*, Moscú, TOO Red. Zhurnal «Vopros istorii», 1993.

GURKO, Vladimir Iosifovich [Vladímir Iósifovich], *Features and Figures of the Past. Government and Opinion in the Reign of Nicholas II*, Laura Matveev (trad.), Stanford (California), Stanford University Press, 1939.

HAGEN, Mark von, «The Great War and the Mobilization of Ethnicity in the Russian Empire», en *Post-Soviet Political Order Conflict and State Building*, Londres, Routledge, 1998.

HALPERN, Paul G., *A Naval History of World War I*, Annapolis (Maryland), Naval Institute Press, 1995.

HASEGAWA, Tsuyoshi, *The February Revolution: Petrograd, 1917*, Seattle, (Washington), University of Washington Press, 1981.

HEYWOOD, Anthony, *Engineer of Revolutionary Russia: Iurii V. Lomonosov (1876-1952) and the Railways*, Farnham, Ashgate, 2011.

—, *Modernising Lenin's Russia: Economic Reconstruction, Foreign Trade, and the Railways*, Cambridge (Reino Unido), Cambridge University Press, 1999.

HOLQUIST, Peter, *Making War Forging Revolution: Russia's Continuum of Crisis, 1914-1921*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, 2002.

HOSKING, Geoffrey, *Russia and the Russians*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, 2001.

HOVANNISIAN, Richard, «The Allies and Armenia, 1915-1918», en *Journal of Contemporary History*, vol. 3, núm. 1 (enero de 1968), pp. 145-168.

—, *The Republic of Armenia*, 4 vols., Berkeley, University of California Press, 1971-1996.

Icones Russes. Collection Olof Aschberg. Donation faite au Musée National, Estocolmo, Kungl. Boktryckeriet, P. A. Norstedt & Söner, 1933.

ISARESCU, Mugur, PAUNESCU, Cristian, y STEFAN, Marian, *Tezaurul Bancii Nationale a Romaniei la Moscova - Documente*, Bucarest, Fundatiei Culturale Magazin Istoric, 1999.

KARPOVA, Rosa Federovna, *L. B. Krasin, sovetskii diplomat*, Moscú, Izd. Sotsialno-ekonom. Lit., 1962.

KATKOV, George, *Russia 1917: The February Revolution*, Nueva York, Harper & Row, 1967.

KATZENELLENBAUM, S. S., *Russian Currency and Banking 1914-1924*, Londres, P. S. King & Son,1925.

KAZEMZADEH, Firuz, *The Struggle for Transcaucasia, 1917-1921*, Nueva York, Philosophical Library, 1951.

KENNAN, George, *Soviet-American Relations, 1917-1920*, 2 vols., Londres, Faber & Faber, 1956 y 1958.

KERENSKY [KÉRENSKI], A.F., *The Catastrophe. Kerensky's Own Story of the Russian Revolution*, Nueva York, D. Appleton & Co., 1927.

—, *The Crucifixion of Liberty*, Nueva York, John Day Co., 1934.

KETTLE, Michael, *Sidney Reilly. The True Story of the World's Greatest Spy*, Nueva York, St. Martin's Press, 1983.

KIPP, Jacob, «Lenin and Clausewitz: The Militarization of Marxism, 1914-1921», en *Military Affairs*, vol. 49, núm. 4 (octubre de 1985), pp. 184-191.

KOTKIN, Stephen, *Stalin*, vol. 1: *Paradoxes of Power, 1878-1928*, Nueva York, Penguin Books, 2015.

KOVALENKO, D.A., *Oboronnaia promyishlennost' sovetskoi rossii v 1918-1920 gg*, Moscú, Nauka, 1970.

KRASIN, Leonid Borisovich [Borisovich], *Dela davno minuvshij dnei (Vospominaniia)*, Moscú, Molodaia gvardiia, 1931.

—, *O vneshnei torgovle i otnoshenii k nei russkoi kooperatsii*, Nóvgorod, Tipografiia Gubsoiuza, 1921.

—, *Voprosy vneshnei torgovli*, Moscú, Gosudarstvennoe izdatel'stvo, 1928.

KRASSIN, Lubov, *Leonid Krassin: His Life and Work*, Londres, Skeffington & Son, 1929.

KRIVOSHEIN, K.A., *A. V Krivoshein (1857-1921 g). Ego znachenie v istorii Rossii nachala XX veka*, Paris, P.I.U.F., 1973.

KRIVOVA, Natalya [Natalia] Alexandrovna, *Vlast' i Tserkov' v 1922-1925 gg. Politbiuro i GPU v borb'e za tserkovnyie tsennosti Ipoliticheskoe podchinenie dujovenstva*, Moscú, Airo-XX, 1997.

KUKURUZOVA, N.V., *Wealthier Than the Romanovs? The Wealth of Princes Yusupov*, San Petersburgo, Yusupov Palace, 2006.

LASERSON, Max [M.J. LARSONS], *An Expert in the Service of the Soviet*, Dr. Angelo S. Rappoport (trad.), Londres, Ernst Benn, 1929.

—, *Im Sowjet-Labyrinth. Episoden und Silhouetten*, Berlín, Transmare, 1931.

LAZITCH, Branko, «Two Instruments of Control by the Comintern: The Emissaries of the ECCI and the Party Representatives in Moscow», en Milorad M. Drachkovitch y Branko Lazitch (eds.), *The Comintern: Historical Highlights*, Stanford (California), Hoover Institution Press, 1966.

LEBOR, Adam, *Hitler's Secret Bankers: How Switzerland Profited from Nazi Genocide*, Londres, Simon & Schuster, 1999 [*Los banqueros secretos de Hitler*, Barcelona, Grijalbo, 1998].

LENIN, V.I., *Collected Works*, 45 vols., Moscú, Progress Publishers, 1977 [*Obras completas*, Madrid, Akal, 1978].

—, *Selected Works*, 12 vols., Nueva York, International Publishers, 1937.

—, *Sochinenia*, Nikolái I. Bujarin *et al.* (eds.), Leningrado, Gosudarstevennoe Sotsial'no Ekonomicheskoe Izdatel'stvo, 1931.

—, *Socialism and War The Attitude of the Russian Social-Democratic Labor Party Towards the War*, Ginebra, Sotsial-Democrat, 1915.

LIBERMAN, Simon, *Building Lenin's Russia*, Chicago, University of Chicago Press, 1945.

LIEVEN, D.C.B., *Empire: The Russian Empire and its Rivals*, New Haven (Connecticut), Yale University Press, 2002.

—, *Nicholas II: Emperor of all the Russias*, Londres, J. Murray, 1993.

—, *Russia & the Origins of the First World War*, Nueva York, St. Martin's Press, 1983.

—, *Towards the Flame. The End of Tsarist Russia: The March to War and Revolution*, Nueva York, Viking, 2015.

LLOYD, Nick, *Hundred Days. The Campaign that Ended World War I*, Nueva York, Basic Books, 2014.

LOHR, Eric, *Nationalizing the Russian Empire: The Campaign Against Enemy Aliens during World War I*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, 2003.

—, «The Russian Army and the Jews: Mass Deportation, Hostages, and Violence During World War I», en *Russian Review*, núm. 60 (julio de 2001), pp. 404-419.

LYANDRES, Semion, *The Bolsheviks' «German Gold» Revisited: An Inquiry into the 1917 Accusations*, Pittsburgh, The Carl Beck Series, University of Pittsburgh, 1995.

MALIA, Martin, *Alexander Herzen and the Birth of Russian Socialism*, Nueva York, Grosset & Dunlap, 1965.

—, *The Soviet Tragedy A History of Socialism in Russia, 1917-1991*, Nueva York, Free Press, 1994.

MALLE, Sylvana, *The Economic Organization of War Communism*, Cambridge (Reino Unido), Cambridge University Press, 1985.

«Manifesto of 17 October 1905»:**https://community.dur.ac.uk/a.k.harrington/octmanif,html**.

MARX, Karl, *Capital*, vol. 1, y *Manifesto of the Communist Party*, en Robert C. Tucker (ed.), *The Marx-Engels Reader*, Nueva York, W. W. Norton, 1972 [*El capital*, Barcelona, Ediciones Folio, 1997, y *Manifiesto comunista* (con Friedrich Engels), Madrid, Akal, 1997].

MASSIE, Robert K., *Nicholas and Alexandra*, Nueva York, Atheneum, 1967 [*Nicolás y Alejandra*, Barcelona, Ediciones B, 2004].

MAWDSLEY, Evan, *The Russian Civil War*, Boston, Allen & Unwin, 1987.

—, *The Russian Revolution and the Baltic Fleet: War and Politics, February 1917 to April 1918*, Nueva York, Barnes & Noble Books, 1978.

—, «Sea Change in the Civil War», en Tony Brenton (ed.), *Historically Inevitable? Turning Points of the Russian Revolution*, pp. 200-217.

MCDONALD, David MacLaren, *United Government and Foreign Policy in Russia 1900-1914*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, 1992.

MCMEEKIN, Sean, *History's Greatest Heist. The Bolshevik Looting of Russia*, New Haven (Connecticut), Yale University Press, 2008.

—, *The Ottoman Endgame. War, Revolution, and the Making of the Modern Middle East, 1908-1923*, Nueva York, Penguin Press, 2015.

—, *The Red Millionaire: a political biography of Willi Münzenberg, Moscow's Secret Propaganda Tsar in the West, 1917-1940*, New Haven (Connecticut), Yale University Press, 2003.

—, *The Russian Origins of the First World War*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press-Belknap, 2001.

MELGUNOV, Sergei [Serguéi], *Kak bol'sheviki zajvatili vlast'. Oktiabr'skii perevorot 1917 goda*, París, La Renaissance, 1953.

—, *Krasnyi terror v' Rossii*, Nueva York, Brandy, 1979.

—, *Martovskie Dni 1917 goda*, París, Les Éditeurs Réunis, 1961.

—, *Zolotoi nemetskii kliuch' k bol'shevitskoi revolutsii*, París, Maison du livre étranger, 1940.

MENNING, Bruce, *Bayonets Before Bullets. The Imperial Russian Army, 1861-1914*, Bloomington (Indiana), Indiana University Press, 1992.

MILIUKOV, Paul [Pável], *Political Memoirs*, Carl Goldberg (trad.), Ann Arbor, University of Michigan Press, 1967.

—, *The Russian Revolution*, 3 vols., Gulf Breeze (Florida), Academic International Press, 1978.

MILLER, Margaret, *The Economic Development of Russia 1905-1914, with Special Reference to Trade, Industry, and Finance*, Nueva York, A. M. Kelly, 1967.

MITROFANOV, Georgii [Gueorgui], *Istoriia russkoi pravoslavnoi tserkvi 1900-1927*, San Petersburgo, Satis, 2002.

MORLEY, James William, *The Japanese Thrust into Siberia, 1918*, Nueva York, Columbia University Press, 1957.

MOYNAHAN, Brian, *The Russian Century. A History of the Last Hundred Years*, Nueva York, Random House, 1995.

MÜNZENBERG, Willi, *Solidarität. Zehn Jahre Internationale Arbeiterhilfe, 1921-1931*, Berlín, Neuer Deutcher Verlag, 1931.

MUTLU, Dilek Kaya, «The Russian Monument at *Ayastefanos* (San Stefano): Between Defeat and Revenge, Remembering and Forgetting», en *Middle Eastern Studies*, vol. 43, núm. 1 (enero de 2007), pp. 75-86.

NATION, R. Craig, *War on War: Lenin, the Zimmerwald Left, and the Origins of Communist Internationalism*, Durham (Carolina del Norte), Duke University Press, 1989.

NECHAEV, Sergei [Serguéi NECHÁYEV], *The Catechism of a Revolutionary* [1869]: **https://www.marxists.org/subject/anarchism/nechayev/catechism.htm**. [*El catecismo revolucionario* (Mijaíl Bakunin y Serguéi Necháyev), Madrid, La Felguera Editores, 2014].

NIKITIN, B. V., *The Fatal Years: Fresh Revelations on a Chapter of Underground History*, Wesport (Connecticut), Hyperion Press, 1977.

—, *Rokovye gody: novyiapokazanie uchastnika*, París, Les Éditeurs Réunis, 1937.

O'CONNOR, Timothy Edward, *The Engineer of Revolution. L. B. Krasin and the Bolsheviks, 1870-1926*, Boulder (Colorado), Westview, 1992.

OSIPOVA, Taisia, «Peasant Rebellions: Origin, Scope, Dynamics, and Consequences», en Vladimir Brovkin, *The Bolsheviks in Russian Society. The Revolution and Civil Wars.*

PALÉOLOGUE, Maurice, *An Ambassador's Memoirs*, F. A. Holt (trad.), 3 vols., Londres, Hutchinson & Co., 1923-1925.

—, *La Russie des Tsars pendant la Grande Guerre*, 3 vols., París, Plon-Nourrit, 1921.

PARES, Bernard, *The Fall of the Russian Monarchy. A Study of the Evidence*, Nueva York, Knopf, 1939.

PASVOLSKY, Leo, y MOULTON, Harold G., *Russian Debts and Russian Reconstruction. A Study of the Relation of Russia's Foreign Debts to Her Economic Recovery*, Nueva York, McGraw-Hill, 1924.

PATENAUDE, Bertrand, *The Big Show in Bololand. The American Relief Expedition to Soviet Russia in the Famine of 1921*, Stanford (California), Stanford University Press, 2002.

—, *Trotsky: Downfall of a Revolutionary*, Nueva York, Harper, 2009.

PEARSON, Michael, *The Sealed Train*, Nueva York, Putnam, 1975.

PETROFF, Serge P., *Remembering a Forgotten War*, Eastern European Monographs, 2000.

PIPES, Richard, *The Degaev Affair. Terror and Treason in Tsarist Russia*, New Haven (Connecticut), Yale University Press, 2003.

—, *Russia Under the Bolshevik Regime*, Nueva York, Vintage, 1995.

—, *The Russian Revolution*, Nueva York, Alfred Knopf, 1990 [*La revolución rusa*, Barcelona, Debate, 2016].

POMIANKOWSKI, Joseph, *Der Zusammenbruch des Ottomanischen Reiches. Erinnerungen an die Türkei aus der Zeit des Weltkrieges*, Zúrich, Amalthea, 1928.

PRICE, M. Philips, *Dispatches from the Revolution: Russia, 1915-1918*, Durham (Carolina del Norte), Duke University Press, 1998.

RABINOWITCH, Alexander, *The Bolsheviks in Power: the First Year of Soviet Rule in Petrograd*, Bloomington (Indiana), Indiana University Press, 2007.

RADKEY, Oliver, *The Unknown Civil War in Soviet Russia. A Study of the Green Movement in Tambov Region, 1920-1921* , Stanford (California), Stanford University Press, 1976.

RADZINSKY, Edvard, *The Last Tsar The Life and Death of Nicholas II*, Marian Schwartz (trad.), Nueva York, Doubleday, 1992.

—, *The Rasputin File*, Nueva York, Anchor Books, 2001.

—, «Rescuing the Tsar and His Family», en Tony Brenton (ed.), *Historically Inevitable? Turning Points of the Russian Revolution*, pp. 163-177.

RAUCHENSTEINER, Manfried, *Der Tod des Doppeladlers: Österreich-Ungarn und der Erste Weltkrieg*, Viena, Verlag Styria, 1993.

«Red Leaders Split on Robbing Churches», en *The New York Times*, 7-IV-1922.

REED, John, *Ten Days That Shook The World*, Nueva York, St. Martins Press, 1997 [*Diez días que estremecieron al mundo*, Madrid, Akal, 2014].

RENDLE, Matthew, «The Problem of the "Local" in Revolutionary Russia: Moscow Province, 1914-1922», en Sarah Badcock *et al.* (eds.), *Russia's Home Front in War and Revolution*, vol. 3, 1: *Russia's Revolution in Regional Perspective*, pp. 19-44.

REYNOLDS, Michael A., *Shattering Empires: the Clash and Collapse of the Ottoman and Russian Empires*, Nueva York, Cambridge University Press, 2011.

RODZIANKO, Mikhail [Mijaíl], *The Reign of Rasputin. An Empire's Collapse*, Catherine Zveginsvoff (trad.), Londres, A. M. Philpot Ltd., 1927.

ROSLOF, Edward E., *Red Priests. Renovationism, Russian Orthodoxy, and Revolution, 1905-1946*, Bloomington (Indiana), Indiana University Press, 2002.

«Russia Must Respect Private Property, Powers Will Tell Her In Note Today», en *The New York Times*, 29-IV-1922.

SANBORN, Joshua, «The Mobilization of 1914 and the Question of the Russian Nation: A Reexamination», *Slavic Review*, vol. 59, núm. 2 (2000), pp. 267-289.

SAUL, Norman E., *Sailors in Revolt. The Baltic Fleet in 1917*, Lawrence (Kansas), Regents Press of Kansas, 1978.

—, *War and Revolution. The United States and Russia, 1914-1921*, Lawrence (Kansas), University Press of Kansas, 2001.

SAZONOV, S.D., *Fateful Years, 1909-1916: The Reminiscences of Serge Sazonov, Russia's Minister for Foreign Affairs: 1914*, Londres, J. Cape, 1928.

SCHARLAU, W.B., y ZEMAN, Z.A.B., *The Merchant of Revolution. The Life of Alexander Israel Helphand (Parvus), 1867-1924*, Oxford, Oxford University Press, 1965.

SCHILLING, barón Maurice F. (ed.), *How the War Began. Being the Diary of the Russian Foreign Office from the 3rd to the 20th (Old Style) of July, 1914*, W. Cyprian Bridge (trad.), Londres, G. Allen & Unwyn, 1925.

SEBAG MONTEFIORE, Simon, *Young Stalin*, Nueva York, Vintage Reprint, 2008 [*Llamadme Stalin: la historia secreta de un revolucionario*, Barcelona, Crítica, 2007].

SEIDT, Hans-Ulrich, *Berlin, Kabul, Moskau. Oskar Ritter von Niedermayer und Deutschlands Ostpolitik*, Múnich, Universitas, 2002.

SENIN, A.S., *Aleksandr Ivanovich Guchkov*, Moscú, Skriptorii, 1996.

SERVICE, Robert, *Lenin: A Biography*, Harvard, Harvard-Belknap, 2000 [*Lenin: Una biografía*, Madrid, Siglo XXI Editores España, 2005].

SHAPIRO, Leonard, *The Russian Revolutions of 1917: The Origins of Modern Communism*, Nueva York, Basic Books, 1984.

SHKLIAREVSKY, Gennady, *Labor in the Russian Revolution: Factory Committees and Trade Unions, 1917-1918*, Nueva York, St. Martins Press, 1993.

SHUKMAN, H., «The Relations Between the Jewish Bund and the RSDRP, 1897-1903» (tesis doctoral inédita), Universidad de Oxford, 1961.

SIXSMITH, Martin, «Fanny Kaplan's Attempt to Kill Lenin. August 1918», en Tony Brenton (ed.), *Historically In-*

evitable? Turning Points of the Russian Revolution, pp. 178-199.

SMITH, C. Jay, Jr., *The Russian Struggle for Power, 1914-1917. A Study of Russian Foreign Policy During the First World War*, Nueva York, Philosophical Library, Inc., 1956.

SMITH, Douglas, «Grigory Rasputin and the Outbreak of the First World War», en Tony Brenton (ed.), *Historically Inevitable? Turning Points of the Russia Revolution*, pp. 48-65.

SOKOLOV, Nicholas A., *The Sokolov Investigation of The Alleged Murder of the Russian Imperial Family*, John F. O'Connor (trad.), Nueva York, Robert Speller & Sons, 1971.

SOLOMON, Georg [Gueorgui], *Unter den Roten Machthabern. Was ich im Dienste der Sowjets persönlich sah und erlebte*, Berlín, Verlag für Kulturpolitik, 1930.

SOLZHENITSYN, Alexander [Alexandr Solzhenitsin], *August 1914*, H. T. Willetts (trad.), Nueva York, Farrar, Straus, and Giroux, 2014 [*Agosto de 1914*, Barcelona, Barral Editores, 1972].

—, *Deux siècles ensemble, 1795-1995*, t. I: *Juifs et russes avant la Révolution*, París, Fayard, 2002.

STANZIANI, Alessandro, *L'Économie en Révolution. Le cas russe 1870-1930*, París, Albin Michel, 1998.

STEINBERG, John W., *All the Tsar's Men: Russia's General Staff and the Fate of Empire, 1898-1914*, Baltimore (Maryland), Johns Hopkins University Press, 2010.

STEINBERG, Mark D., y KHRUSTALËV [JRUSTAVEV], Vladimir M., *The Fall of the Romanovs. Political Dreams and Personal Struggles in a Time of Revolution*, New Haven (Connecticut), Yale University Press, 1995.

STEVENSON, David, *Cataclysm: The First World War as Political Tragedy*, Nueva York, Basic Books, 2004.

STITES, Richard, *Revolutionary Dreams. Utopian Vision and Experimental Life in the Russian Revolution*, Nueva York, Oxford University Press, 1989.

STONE, David, *The Russian Army in the Great War: The Eastern Front, 1914-1917*, Lawrence (Kansas), University Press of Kansas, 2015.

STONE, Norman, *The Eastern Front 1914-1917*, Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1975.

—, *Europe Transformed 1878-1919*, Londres, Wiley-Blackwell, 1999 [1983] [*La Europa transformada*, 1878-1919, Madrid, Siglo XXI Editores España, 1984].

SUKHANOV [SUJÁNOV], N.N., *The Russian Revolution 1917. A Personal Record*, Joel Carmichael (trad.), Nueva York, Oxford University Press, 1955.

SUNY, Ronald, *Armenia in the Twentieth Century*, Chico (California), Scholars Press, 1983.

—, «Empire and Nation: Armenians, Turks and the End of the Ottoman Empire», en *Armenian Forum*, vol. 1, núm. 2 (1998), pp. 17-51.

«Tell of Kolchak's Gold», en *The New York Times*, 30-IX-1919.

TOLSTOY, Leo [Lev TOLSTÓI], *The Cossacks*, Nueva York, Tark Classic Fiction, 2008 [*Los cosacos*, Madrid, Alianza Editorial, 2014].

TUCHMANN, Barbara W., *The Zimmermann Telegram*, Nueva York, Viking, 1958.

TUNSTALL, Graydon, «Austria-Hungary and the Brusilov Offensive of 1916», en *Historian*, vol. 70, núm. 1 (primavera de 2008), pp. 30-53.

ULLMAN, Richard, *Anglo-Soviet Relations, 1917-1921*, vol. 3: *Anglo-Soviet Accord*, Princeton, Princeton University

Press, 1961, 1968 y 1972.

VASILIEV-IUZHIN, Mikhail [Mijaíl], «The October Revolution in Saratov», en Jonathan Daly y Leonid Trofimov (eds.), *Russia in War and Revolution, 1914-1922: A Documentary History*, Indianápolis (Indiana), Hackett Publishing Company, 2009.

VOLKOGÓNOV, Dmitri, *Lenin. A New Biography*, Harold Shukman (trad.), Nueva York, The Free Press, 1994 [*El verdadero Lenin*, Madrid, Anaya-Mario Muchnik, 1996].

WAWRO, Geoffrey, *A Mad Catastrophe. The Outbreak of World War I and the Collapse of the Habsburg Empire*, Nueva York, Basic Books, 2015.

WERTH, Nicolas, «The Iron Fist of the Dictatorship of the Proletariat», «The Red Terror», «From Tambov to the Great Famine» y «The Dirty War», en *The Black Book of Communism. Crimes, Terror, Repression*, Jonathan Murphy y Mark Kramer (trads.), Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, 1999 [*El libro negro del comunismo*, Barcelona, Ediciones B, 2007].

WHEELER-BENNETT, John W., *Brest-Litovsk. The Forgotten Peace, March 1918*, Nueva York, St. Martin's, 1956.

WILDMAN, Allan K., *The End of the Russian Imperial Army*, 2 vols., Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press, 1980-1987.

WILLIAMS, Robert C., *The Other Bolsheviks. Lenin and his Critics*, Bloomington (Indiana), Indiana University Press, 1986.

—, *Russian Art and American Money, 1900-1940*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, 1980.

WILLMOTT, H.P., *The Last Century of Sea Power*, vol. 1: *From Port Arthur to Chanak, 1894-1922*, Bloomington (Indiana), University of Indiana Press, 2009.

ZENKOVSKY, Alexander [Alexandr], *Stolypin: Russia's Last Great Reformer*, Margaret Patoski (trad.), Princeton (Nueva Jersey), Kingston Press, 1986.

ZHIRNOV, Yevgenii [Yevgueni], «Kak Zakalialsia Brend. O role "Rolls-Roisa" v rossisskoi istorii», *Kommersant-Den'gi*, 15-III-2004.

Índice Analítico

AAE. *Véase* Administración de Ayuda Estadounidense

Abdul Hamid II, sultán

Academia Naval de Newport, Rhode Island

acción de Marzo

acuerdo anglosoviético

Administración de Ayuda Estadounidense (AAE)

Administración de Reagan

Aehrenthal, barón Alois Lexa von

agricultura

Aisne

Áland, islas

Albania

Albatross Werke

Alejandra Fiódorovna Románova (Alix de Hesse), emperatriz; arresto domiciliario de; asesinato de; críticas en la Duma a; influencia de Rasputín sobre; y la revolución de Febrero

Alejandro I, zar

Alejandro II, zar

Alejandro III, zar

Alejo N. Románov, zarévich; abdicación de Nicolás y; hemofilia de; sarampión de

Alejo, zar

alemanes

Alemania; abandona Georgia; acuerdo comercial con Rusia; colapso del frente occidental; confabulación de Lenin con; crecientes tensiones con Rusia; diplomacia tras el armisticio; envío de una delegación comercial a; exportaciones de; gobierno de Weimar en; incursiones alemanas tras el armisticio; liga espartaquista; negociaciones para el armisticio; negociaciones para un préstamo a Rusia; ocupación de Finlandia por; pacto Stalin-Hitler; Partido Comunista de; paz con Rusia; reacción ante la revolución de Febrero; reacción ante la revolución de Octubre; tratado de Versalles; y el Terror rojo; y la crisis de Bosnia; y la guerra de los Balcanes; y la I Guerra Mundial; operación Albión; y la II Guerra Mundial; y Ucrania

Alexandróvich Románov, gran duque Sergio

Alexéiev, Mijaíl V.; Brusílov lo reemplaza como comandante; carta a Lvov; carta de Guchkov a; conspiración para derrocar a Nicolás; declaración de abdicación dirigida a; dimisión de; le otorgan el mando del ejército; mensaje a Nicolás; muerte de; nombrado jefe del Estado Mayor; telegrama a los comandantes del frente; y la guerra civil; y la I Guerra Mundial; y la revolución de Febrero; y rendición de Kornílov

Allenstein [Olsztyn]

Amigos de la Rusia Soviética (ARS)

anarcosindicalismo

Anastasia, gran duquesa

Anatolia

Anillo Dorado

Ankara

Antónov-Ovséienko, Vladímir A.

Antónov, Alexandr

Arcángel archivos rusos
Ardahan
Armand, Inessa
Armenia armenios armisticio de Mudros asamblea constituyente; disolución de la; elección de la; los aliados exigen que se convoque; lucha por la causa de la
Asamblea Plenipotenciaria de los Obreros
Aschberg, Olof
Asia central
Asquith, Herbert Henry
Astracán
«A todos los pueblos honorables» (Gorki)
Augustów, bosque de
Aurora (crucero de combate)
Austria-Hungría; anexión de Bosnia-Herzegovina; ultimátum a Serbia; y la guerra de Crimea; y la I Guerra Mundial; y las guerras de los Balcanes
Austria
autocracia
autodeterminación
Avanti!
avenida Liteini
avenida Nevski
Azef, Yevno
Azerbaiyán
Bakú
Bakunin, Mijaíl
Balcanes
Balkashin, coronel

Ballet Imperial
Báltico: pérdidas por parte de Rusia en el; y la guerra civil; y la I Guerra Mundial
Baluiev, Piotr N.
Banco Campesino de Tierras
Banco de Comercio Ruso. *Véase* Ruscombank
Banco del Estado
Banco del Pueblo
bancos; en el Imperio ruso; huelga de. *Véase también* Banco del Pueblo; Banco del Estado Baránavichi [Baronovichi]
Barátov, Nikolái N.
Bark, Piotr [Peter]
Basily (N. A. Bazili), Nicolás de
batalla de los Dardanelos (I Guerra Mundial)
batalla de Masuria
batalla de Mukden [Shenyang]
batallón de la Muerte femenino
batallón San Jorge
Batum
Beatty, Warren
Beletski, S. P.
Bélgica
Beliáiev, general
Berdychiv
Berliner Lokal-Anzeiger
Berliner Tageblatt
Besarabia
bielorrusos
Bismarck, Otto von

Bitlis
Bitsenko, Anastasia
Blackburn Aeroplane & Motor Co.
Blohm & Voss
bloque negro
Bobrinski, conde V. A.
Bogolepov, N. P.
Bogrov, Dmitri G.
bolcheviques: carácter ruso del movimiento; consolidación del poder de los; disminución de la influencia de los; elecciones parlamentarias; en el III Congreso de los Sóviets; escisión de los mencheviques; influencia sobre *Izvestia*; intento de golpe de Estado; intento de Lenin de reunirlos; pago a los manifestantes por parte de los; posición en el Sovnarkom; propaganda de los; rehabilitación por parte de Kérenski de los; se hacen con el control de la Stavka; y el «asunto Kornílov»; y el congreso de Petrogrado; y la ayuda alemana a los; y la I Guerra Mundial (el ejército infiltrado por); y la revolución de 1905. Véase *también* guerra civil; días de Julio; revolución de Octubre; guerras campesinas
Bonaparte, Napoleón
Bonch-Bruiévich, Vladímir
Bósforo
Bosnia-Herzegovina
Botkin, Yevgueni [Eugene]
Brest-Litovsk; acuerdo suplementario; conversaciones de paz en; denuncia del tratado por el Komuch; invalidado por la rendición de Alemania; firma del tratado; tratado de Brest-Litovsk
Brézhnev, Leonid
Bronstein, Lev. *Véase* Trotski, Lev

Brusílov, Alexéi; Alexéiev reemplazado por; y la ofensiva de Galitzia
Bublikov, A. A.
Buchanan, sir George
Budionni, Semión
Buhring, teniente Von
Bujarin, Nikolái I.
Bulgaria
Buligin, A. G.
Bullitt, William
Bund
bunts
Cachin, Marcel
calendario gregoriano
calendario juliano
Camboya
campaña de «rusificación»
campesinos: en el Imperio ruso; y el hambre; y los bolcheviques; y los saqueos de las iglesias campos de concentración
canal de Suez
capitalismo de Estado
Casa de la Moneda de Helsinki
Casa de la Moneda
Casa del Pueblo
caso Degáiev
Catalina la Grande, emperatriz
catecismo de un revolucionario, El (Necháyev)
catedral de Cristo Salvador

catedral de la Epifanía
catedral de San Pedro y San Pablo
catedral de Uspenski [del Tránsito de la Virgen]
14 puntos (Woodrow Wilson)
Ceausescu, Nicolae
Chayanov, A. V.
Checa; arresto de nacionales británicos y franceses; creación y propósito de la; empleados en la; guerras campesinas y la; infiltrados en la AAE por la; la Ojrana comparada con la; sobre el hambre; toma de la izquierda revolucionaria. *Véase también* Directorio Político Unificado del Estado (OGPU)
Checoslovaquia
Cheliábinsk
Chelnokov, Mijaíl V.
Cheremisov, general
Cherkess, general
Chernígov [Cherníhiv]
Chernov, Víktor
chervonetz
Chicherin, Gueorgui
China; acuerdo comercial con Rusia; agresión a Rusia; comunismo en; guerra chinojaponesa y; II Congreso del Komintern y; rebelión de los bóxeres en
Chjeidze, Nikolái S.
Churchill, Winston
cien negros
CIG. *Véase* Comité de las Industrias de Guerra
cinturón de «tierra negra»
coeficiente de Gini

cólera

colina

comercio: apertura del; delegaciones enviadas a Europa; en el Imperio ruso; la crisis de los Balcanes y el; y el comunismo de guerra. *Véase también* exportaciones; importaciones

Comisariado de los Antiguos Bancos Privados

Comisión de Planificación del Estado (Gosplan)

Comisión Extraordinaria Panrusa para Combatir la Contrarrevolución, la Especulación y el Sabotaje.

Véase Checa

comité central bolchevique

Comité Central Panruso del Sindicato de Ferroviarios. *Véase* Vikzhel

Comité de las Industrias de Guerra (CIG)

comité ejecutivo central bolchevique

Comité Ejecutivo Central Panruso (CECP o VTsIK)

Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista (CEIC)

comité ejecutivo provisional del Sóviet de los Diputados de Obreros de Petrogrado

Comité Panruso para la Salvación del País y de la Revolución

Comité para la Asamblea Constituyente. *Véase* Komuch

comité para la lucha del pueblo contra la contrarrevolución

Comité Público Panruso de Ayuda al Hambriento (Pomgol)

Comité Social para la Lucha contra el Hambre

comunismo de guerra

comunismo: colapso del; difusión del; elementos del sóviet; introducción al mundo del; política interior europea y; resistencia internacional al; restablecimiento del capitalismo bajo el

conferencia de Génova

conferencia de Moscú. *Véase* conferencia panrusa

conferencia de paz de París

conferencia especial para la coordinación de las medidas en defensa del Estado

conferencia panrusa

congreso de Berlín

congreso de Bruselas

congreso de La Haya

Congreso de los Pueblos del Este

congreso de Petrogrado. *Véase* Congreso de todas las Organizaciones Democráticas de Rusia

Congreso de todas las Organizaciones Democráticas de Rusia

Congreso del Ejército Revolucionario Checoslovaco

Conquest, Robert

Consejo de Ministros

Consejo Nacional Checoslovaco

Consejo Provisional de la República Rusa

Consejo Supremo de Economía Nacional (VSNJ)

Constanta

Constantinopla; tratados secretos relacionados con; y las guerras de los Balcanes

convención de Londres

convención de los Estrechos

Corea del Norte

Corea

cosacos; características de los; de Kubán; del Don; del Térek; guerra civil y los; horda de Zaporizhia; rendición a los soldados alemanes; Transbaikalia; y la revolución de 1905; y la revolución de Febrero; y la revolución de Octubre; y los días de Julio

Crimea; guerra de

Cuba

cuerpo del norte

Curzon, lord George

Dan, Fiódor

Danílov, Yuri

Davidovski, comisario

deber universal del trabajo

declaración del día de Navidad

Declaración sobre el derecho de autodeterminación de los pueblos de Rusia

Delo Naroda

Denikin, Antón; arresto de; y el «asunto Kornílov»; y la guerra civil

Deriabin (soldado emisario)

derrotismo revolucionario

Detskoie Seló

Día Internacional de la Mujer

días de Abril

días de Julio; amnistía para los participantes en los; bajas; discurso de Trotski; investigación por parte del gobierno; supresión de

Dibenko, P. E.

Diez días que estremecieron al mundo (Reed)

Dimitriev, Radko Ruskov, general

directorio de la República Popular Independiente de Ucrania

Directorio Político Unificado del Estado (OGPU)

disturbios por las levas

domingo sangriento

Donbáss (Donéts)

Dorpat. *Véase* Tartu

Dujonin, Nikolái N.

Duma (asamblea legislativa); bloque progresista; clausura de la; consejos de Witte sobre la; convocatoria de; creación de la; decreto de disolución de la; discursos antigubernamentales en la; pérdida de poder de; presentación de una propuesta de; y el gobierno provisional; y el tema de Rasputín; y la I Guerra Mundial; y la revolución de Febrero; y las guerras de los Balcanes; y las leyes fundamentales; y Stolipin

Durnovó, Piotr N.

Dvinsk [Daugavpils]

dvoievlastie

Dzerzhinski, Felix

Dzhugashvili, lósif V. *Véase* Stalin, lósif

economía: amenaza de bancarrota; capitalista (*véase* capitalismo de Estado); comunismo de guerra (*véase* comunismo de guerra); Imperio ruso; inflación; la era de la I Guerra Mundial; Nueva

Política Económica (NPE); petición de préstamos; políticas de Stolipin; legalización del dinero; sin dinero; tras la revolución

Egórov, A. I.

Eisenstein, Serguéi

ejército de voluntarios; Denikin asume el mando del; Lockhart entrega fondos al; reunión de un. *Véase también* guerra civil

ejército del Cáucaso

ejército del Niemen

ejército del noroeste

ejército especial

ejército imperial ruso; composición étnica de; desmovilización del; oficiales enrolados en el ejército rojo; tamaño de; movilidad social en; y el «asunto Kornílov»; y la revolución de Febrero

ejército rojo (Ejército Rojo de Obreros y Campesinos [EROC]); armas del; creación del; expansión del; ineficacia de; los alemanes lo financian; peticiones al extranjero para su entrenamiento; restablecimiento de la pena de muerte en el; y la I Guerra Mundial; y las guerras campesinas. *Véase también* guerra civil

ejército. *Véase* ejército rojo; ejército imperial ruso; ejército de voluntarios

Ekaterimburgo

El «izquierdismo», enfermedad infantil del comunismo (Lenin)

El acorazado Potemkin (Eisenstein), película

El capital en el siglo XXI (Piketty)

«El sóviet de Petrogrado a todos los pueblos del mundo»

emigrados

Engelhardt, B. A.

Enrique VIII, rey de Inglaterra

Enver Pashá

epidemias
Epstein (director de banco)
Erdeli, general
Erzincan
Erzurum
Escuela de Ingenieros Nikoláievski
Estado Mayor Panruso
Estados Unidos; ayuda a paliar el hambre en Rusia; Kolchak emigra a; rechazo al comercio con Rusia; reconocimiento del gobierno comunista; Trotski le pide ayuda para entrenar al ejército rojo; y el «telegrama Zimmerman»; y la guerra civil rusa; y la I Guerra Mundial; y la rebelión de los bóxeres; y los tratados secretos
Estambul. *Véase* Constantinopla
Estonia; reconocimiento del gobierno bolchevique por parte de; y la guerra civil rusa
estrechos otomanos; cierre durante la I Guerra Mundial; tratados secretos sobre los; y la guerra rusojaponesa
estrechos turcos
Etiopía
exiliados
exilio administrativo
expedición de las ocho potencias
exportaciones
fábricas
Fackel, Die
Falkenhayn, Erich von
familia Nobel
fascismo
Fastov [Fastiv]

February Revolution, The (Hasegawa)

ferrocarril del Amur

ferrocarriles; Amur; Berlín-Bagdad; huelgas en los; Moscú-Kazán; Transiberiano (*véase Transiberiano*, ferrocarril)

Filonenko, N. N.

finlandeses blancos

finlandeses

Finlandia; absorbida por el Imperio ruso; acuerdo comercial con Rusia; campaña de «rusificación»; independencia de; Lenin en; Rusia la pierde; y la guerra civil rusa

Fiódorov, M. M.

Fitzpatrick, Sheila

flota del mar Báltico; motín en la; y la guerra rusojaponesa; y la I Guerra Mundial

flota del mar Negro; hundimiento de la; linchamiento de oficiales en la; motín en la; y la guerra rusojaponesa; y la I Guerra Mundial. *Véase* II escuadrón ruso del Pacífico

fortaleza de Bíjov

fortaleza de Pedro y Pablo

Franchet d'Espèrey, Louis-Félix-François

Francia; comercio con Rusia rechazado por; envío de una delegación comercial a; ley de tres años de servicio militar; Partido Comunista de; reacción ante la revolución de Febrero; y el rechazo del pago de la deuda exterior rusa; y la guerra civil rusa; y la guerra de Crimea; y la guerra de los Balcanes; y la I Guerra Mundial; y los tratados secretos; y Ucrania

Francisco Fernando, archiduque de Austria

Francisco José I, emperador de Austria

Frunze, M. V.

Fürstenberg-Hanecki [Ganetski], Jakob (Kuba)
fusileros letones
Gaceta de San Petersburgo
Gagarin, S. V.
Gajda, Radola [Rudolf Geidl]
Galípoli
Galitzia; éxito de Rusia en la ofensiva de; influencia bolchevique sobre la ofensiva de; la gira de Kérenski por el frente durante la ofensiva de; la revolución de Febrero y la ofensiva de; ofensiva de (I Guerra Mundial); oscuras razones para la ofensiva de; pérdida de territorios para Rusia en la ofensiva de; Rusia reanuda la ofensiva de
Gangut (acorazado)
Gapón, Georgi
Garantie-und Kreditbank für den Osten
Georges-Picot, François
Georgia
georgianos
Glavbum
Glavlak
Glavosol
gobierno provisional; afirmaciones de Kornílov sobre; anuncio oficial de; arresto de sus miembros; creación de; fisuras en su seno; II Congreso Panruso sobre el; intentos de deponer a; llamada a la disolución de; orden en la que se exige obediencia a; y el sóviet; y la Duma; y la I Guerra Mundial; y la revolución de Octubre; y los días de Julio;
gobierno provisional panruso
Gojran; creación de; en Alemania; en Perm; en Rumanía; en Suecia; negociaciones con los alemanes para obtener un

préstamo; reservas de oro; tesoro final de; venta de tesoros; y los tesoros de las iglesias
Golder, Frank
golfo de Finlandia
Gólikov, Yevgueni
Golitsin, príncipe N. D.
Golos Pravdi
Goltz, conde Rüdiger von der
Gómel
Goremikin, Iván
Gorki, Maxím
Gorlice-Tarnów
Gosplan
Gostini Dvor
Gran Bretaña; acuerdo anglosoviético; bloqueo por parte de; el ejército rojo pide ayuda para entrenar a sus soldados; I Guerra Mundial y; Partido Comunista de; reacción ante la revolución de Febrero; rechazo al comunismo en; rechazo del pago de la deuda de Rusia; tratado de alianza con Japón; tratados secretos con; Ucrania y; y la guerra civil rusa; y la guerra de Crimea; y la guerra de los bóeres; y la guerra ruso-ojaponesa
Gran Oriente de los Pueblos de Rusia,
gran programa
gran retirada
Gran Rusia
Gran Terror
Grecia
Griazánov, Fiódor,
Grigórievich, I. K.

Grodno [Hrodna]

Gröner, Wilhelm

Grupo Central de Trabajadores

grupo del ejército del oeste

grupo del ejército del sur

grupo del ejército rojo del este

guardia de reservistas de Moscú

guardia Preobrazhenski

guardia roja; y la revolución de Octubre; y los días de Julio

Guchkov, Alexandr; carta a Alexéiev; conspiración para derrocar a Nicolás; debilidades como líder; dimisión de; emisarios de enviados al frente; visita a Nicolás; y el gobierno en la sombra

guerra chinojaponesa

guerra civil rusa; armas; disturbios campesinos durante la; evacuación de los blancos; guerra de los Balcanes; invitación a los aliados a intervenir en la; Lenin favorece la; misión de Bullitt en Moscú; términos de la paz; ventajas de los rojos en la

guerra de los bóeres Guerra Fría

guerra rusojaponesa; conversaciones de paz; derrota de Rusia; incidente del Dogger Bank; razones para la

guerra rusoturca

guerras campesinas; bajas; motivos de los rebeldes; reacción de la Checa; represión de Guillermo II gulags Gumbinnen Gurko, V. I.

Gvózdev, K. A.

hambruna

Harbin

Harding, Warren G.

Hartwig, Nikolái

Hasegawa, Tsuyoshi

Helfferich, Karl

Helphand, Alexandr Izráil. *Véase* Parvus

Helsinki; reunión celebrada en Herzen, Alexandr hetmanato Hindenburg, Paul von Hitler, Adolf Hoare, Samuel Hoffmann, Max

Hollweg, Theobald von Bethmann *holodomor* Hoover, Herbert Hötzendorf, Conrad von huelga/huelgas; de ferrocarriles; del sector bancario; en fábricas; general; ilegalización de las;

Ministerio de la Guerra Hungría

I Asociación Internacional de Trabajadores

I Congreso de la Internacional Comunista

I Congreso Panruso de los Sóviets

I Congreso Zemstvo

I cuerpo (ruso)

I cuerpo del ejército otomano

I cuerpo del ejército turco

I división de fusileros finlandeses

I ejército (austriaco)

I ejército (ruso)

I ejército del noroeste de caballería

I ejército otomano del Cáucaso

I guerra de los Balcanes

I Guerra Mundial; apoyo de Alemania a los bolcheviques; armisticio occidental alemán; bajas; campaña de los Dardanelos; condiciones de vida de los soldados; confraternización en la; consejos de Rasputín sobre; convención de Lon-

dres; declaración del día de Navidad; deserciones en la; diplomacia posterior al armisticio; el frente noroeste; fin de la; frente occidental; frente oriental; frente sudoccidental; impacto de la revolución de Febrero sobre la; incursiones en Rusia tras el armisticio; la *gran retirada*; la guerra submarina en la; Nicolás asume el mando del ejército; el frente norte; línea Sigfrido; mejora de la actuación rusa; moral durante la; motines; negociaciones del armisticio; ofensiva de Galitzia (*véase* Galitzia, ofensiva de); ofensiva *Faustschlag*; paz entre Rusia y Alemania (*véase también* Brest-Litovsk); periodo preparatorio de la; principio de la «paz sin anexiones»; producción en sectores críticos; prohibición del consumo de alcohol durante la; reclutamiento en; restablecimiento de la disciplina en el ejército; sucesos que condujeron a la; tratado de Versalles; tratados secretos; y el Bósforo; y el declive del comercio; y la munición; y Lenin (*véase* Lenin); y los liberales

I Plan Quinquenal

I regimiento de ametralladoras

iconos

Iglesia ortodoxa rusa; antes de la revolución; saqueo de la; Stolipin financia la construcción de iglesias

II Asociación Internacional de Trabajadores (II Internacional)

II brigada letona

II Conferencia Regional

II Congreso de la Internacional Comunista

II Congreso Panruso de los Sóviets

II cuerpo (ruso)

II división de artillería

II ejército

II escuadrón ruso del Pacífico
II Guerra Mundial
II regimiento de ametralladoras
III brigada letona
III Congreso de los Sóviets
III cuerpo de caballería
III ejército
Iliodor, obispo. *Véase* Trufánov, Serguéi
Ilkévich, teniente general
Imperio otomano; tratados secretos en relación con el (*véase* tratados secretos); y la guerra de Crimea; y la I Guerra Mundial; y las guerras de los Balcanes. *Véase también* Turquía
Imperio ruso; agricultura en el; economía del; industrialización en el; población del; protestas estudiantiles en; radicalismo en el; tamaño del
importación de papel
importaciones
incidente del Dogger Bank,
India
industrialización
inflación
Inspección de Obreros y Campesinos (RKI o Rabkrin)
Instituto Smolni
Internacional Comunista (Komintern)
Internacional Juvenil Comunista
invierno de los nabos
Ipátiev, Nikolái (ingeniero)
Irán

Irkutsk

Ispolkom; control bolchevique del; petición de juicio para Lenin y Zinóviev; disolución del; rechaza los tratados secretos; Trotski elegido presidente del; y los cargos imputados a Lenin

Italia

IV ejército (ruso)

Ivánov, N. I.

IX cuerpo (austriaco)

IX ejército

Izvestia

Izvolski, Alexandr P.

Jabálov, Serguéi

Jansson, Wilhelm

Janzhin, M. V.

Japón; comercio con Rusia rechazado por; en Vladivostok (Siberia); y la guerra civil rusa; y la guerra chinojaponesa. *Véase también* guerra rusojaponesa

Járkov

Jatisov, A. I.

Jersón

Joffe, Adolph

Jorge V, rey de Inglaterra

Jóvenes Turcos, revolución de los

judíos: expulsión durante la I Guerra Mundial; en el Imperio ruso; saqueo de sinagogas; sentimientos antisemitas durante la I Guerra Mundial; Stolipin propone la igualdad de los; pogromos contra los; y el gobierno provisional

Junkers

Juramento del Juego de pelota (*Serment du Jeu de paume*)

Jvostov, Alexéi N.
Kaiserlingk, Walther von
Kajánov, Semión
Kaledin, A. M.
Kalúzhskaia
Kámenev, Lev; cargos por traición contra; Kérenski denunciado por; y el congreso de Petrogrado; y el II Congreso de los Sóviets; y la huelga de Vikzhel; y la rebelión de Ucrania; y la revolución de 1905; y la revolución de Octubre; y las negociaciones de armisticio; y los días de Julio
Kangaroo Bombing
Kaplán, Fanni
Kapp putsch
Karabekir, Kazim
Karelia
Karinski, N. S.
Kars
Kasatkin, general
Katkov, George
kátorga
Kazajistán
Kazán
Kemal, Mustafá (Atatürk)
Kérenski, Alexandr; abandona a los liberales; amenaza con dimitir; ascenso al poder de; discurso antigubernamental pronunciado en la Duma de; esconde las joyas de los Románov; ministro de la Guerra; pérdida de apoyos de; protege a oficiales zaristas; sobre Sumenson; tratados secretos; Trotski en contra de; y el «asunto Kornílov»; y el asunto Miasoiedov; y el congreso de Petrogrado; y el levantamien-

to de Taskent; y la conferencia panrusa; y la familia Románov; y la I Guerra Mundial; y la rehabilitación de los bolcheviques; y la revolución de 1905; y la revolución de Febrero; y la revolución de Octubre; y los días de Julio

kérenski. Véase rublos de Kérenski

Kesküla, Alexandr

Kienthal

Kiev

Kishiniev [Chisináu]

Kitchener, Horatio Herbert,

Klembovski, V. N.

Knox, Alfred W. F.

Kokovtsov, Vladimir

Kolchak, A. V.: guerra civil y; secuestro y ejecución de; I Guerra Mundial y

Kolokol

Kolontái, Alexandra

Komintern. *Véase* Internacional Comunista

Komissarov, Mijaíl

Komuch

Konoválov, Alexandr I.

Köprüköy

Kornilov, Lavr; conferencia panrusa de; conspiración para derrocar a Nicolás; Kérenski contra; muerte de; y la campaña de Galitzia; y la guerra civil

Kossikovski, D. V.

Kovno [Kaunas]

Kozlovski, Miecyslaw

Krasin, Leonid

Krasnaia Gorka

Krasnik

Krasnov, P. N.

Kremlin

Krestinski, Nikolái

Krilenko, Nikolái V.; como comisario de la Guerra; críticas a la guerra; ordena el alto el fuego; telegrama a Hoffmann

Krímov, A. M.

Kritilichevski (director de banco)

Krivoshein, Alexandr; dimite de la Duma; y la I Guerra Mundial; y las guerras de los Balcanes Kronstadt; y la rebelión campesina; y la revolución de Febrero; Comité Revolucionario de Kronstadt Krupp

Krúpskaia, Nadezhda

Kschessinska, Mathilde

Kuba. *Véase* Fürstenberg-Hanecki [Ganetski], Jakob

Kühlmann, Richard von

Kurdistán

Kurochkin, V. V.

Kuropatkin, Alexéi

Kursk

Kuskova, Ekaterina

Kut

Kwantung

«La Internacional»

La Revolución Rusa (Pipes)

Laidoner, Johan

Lashkévich, comandante

Laurent, Pierre

Lazavert, doctor

Lazistán

Lebedev, D. A.

Lebedev, M. N.

legión checoslovaca; Ekaterimburgo tomada por la; se apodera de las reservas de oro; toma de Kazán por la; toma de Perm por la

Lemberg [Leópolis] (Lvov/Lviv)

Lena, huelga en las minas de oro del

Lenin; abolición de la tabla de rangos; cargos de traición en su contra; colapso de Alemania; como presidente del Sovnarkom; confabulación con los alemanes; contra el gobierno provisional; culto a la personalidad de; en Finlandia; exilio de; firma un salvoconducto a los checos; hambruna y; huelga del sector bancario y; incentiva el saqueo; intento de asesinar a; intentos de levantar a los bolcheviques; muerte de; negociaciones sobre el armisticio; no participa en la revolución de 1905; oposición al Bund; paz con Alemania; problemas de salud; publicación de los tratados secretos; rechazo del pago de la deuda de Rusia; rehace las fuerzas armadas; se entera del estallido de la revolución de Febrero; y el asesinato de los Románov; y el comunismo de guerra; y el II Congreso del Komintern; y el II Congreso Panruso; y el saqueo de las iglesias; y el Terror rojo; y la guerra civil; y la I Guerra Mundial; y la invasión polaca; y la revolución de Octubre; y las guerras campesinas; y las negociaciones de Aschberg; y los acuerdos comerciales; y los días de Julio; y los movimientos independentistas

Leningrado. *Véase* Petrogrado

Leopoldo, príncipe de Baviera

Lepke, Rudolf
letones
Letonia
ley de tres años de servicio militar (Francia)
leyes fundamentales Liaodong, península liberales; gobierno en la sombra de los; Kérenski los abandona; y la I Guerra Mundial Libia
liga de los Balcanes Liga de Naciones liga espartaquista Liman von Sanders, Otto Linde, Theodore línea Curzon
línea férrea Moscú-Kazán
línea ferroviaria Berlín-Bagdad línea Sigfrido
Lituania lituanos Litvinov, Maxím «Llamamiento a los ciudadanos ucranianos»
Lloyd George, David; queman su efigie; y la guerra civil rusa; y la I Guerra Mundial Lobachevski, B. V.
Lockhart, Bruce
Los cosacos (Tolstói)
Ludendorff, Erich; conversación de Leopoldo de Baviera con; propone la ofensiva contra Rusia; y la guerra civil rusa
Lukomski, A. S.
Lunacharski, Anatoli
Lusitania (barco) Lutsk
Lviv. *Véase* Lemberg
Lvov, príncipe Gueorgui; carta de Alexéiev; carta de Trotski; conspiración para derrocar a Nicolás; dimisión de; el gran duque Nicolás es cesado por; y la revolución de Febrero; y las revelaciones de Perevérzev
Lvov, V. N.
Lvov. *Véase* Lemberg
Macedonia

Mackensen, August von Majnó, Néstor Maliantovich, P. N.
Mafy Porsk
Mamontov, K. K.
Manchester Guardian, The
Manchuria
Manifiesto comunista (Marx/Engels) manifiesto de Octubre Mannerheim, Carl Gustav mansión Kschessinska mar Báltico
mar Caspio; yacimientos petrolíferos del
mar Negro
marcha por el hielo
Maresuke, Nogi
Mariinsk, estación de telégrafo
Marina Real Británica
maroderstvo
Mártov (Zederbaum), Yuli (Julius)
Marx, Karl
marxismo; *El marxismo y el Estado* (Lenin)
marxistas *millennials*
masones
Matin, Le
mencheviques; en el Sovnarkom; purga de; se oponen a Brest-Litovsk; se separan de los bolcheviques; y el II Congreso Panruso; y el Terror rojo; y la revolución de Febrero
menonitas
Menzhinski, Viacheslav
Metropolitan Magazine, The
México

Miasoiedov, S. N.
Mijáilovich, gran duque Sergio
milagro del Vístula
Miliukov, Pável; conspiración para derrocar a Nicolás; dimisión de; discurso en la Duma contra el gobierno de; publican las «notas a los aliados»; relaciones diplomáticas con Alemania de; se minan los objetivos de guerra; sobre los días de Julio; y la revolución de 1905; y la revolución de Febrero; y los tratados secretos
Milrevkom (Comité Militar Revolucionario del Sóviet de Petrogrado)
mina de los Cuatro Hermanos
Ministerio de Agricultura, huelga
Ministerio de Alimentación, huelga
Ministerio de Asuntos Exteriores
Ministerio de Educación, huelga
Ministerio de la Guerra
Ministerio de la Marina
Ministerio del Interior
Minsk
mir
Mirbach, conde Wilhelm von
Miroshkin (soldado)
Moguilov
Moldavia
Moltke el Joven, Helmuth von
monasterio de la Trinidad y San Sergio
monasterio de San Alejandro Nevski
Montenegro

Moscú; cultura y sociedad de antes de la revolución; hambre en; saqueo de iglesias; y el comunismo de guerra; y la guerra civil; y la revolución de 1905; y la revolución de Febrero; y la revolución de Octubre
motines de Chemin des Dames [Camino de las Damas]
movimientos independentistas
Mrozovski, I. I.
Mstislavski (S. D. Maslovski), Serguéi D. S.
mujiks
Münzenberg, Willi
Múrmansk
muro de Berlín, caída del
Múrom
Mu§
Museo de la Revolución/Museo de Historia Política
Museo Politécnico de Moscú
Mussolini, Benito musulmanes
nacionalización
Naroch, lago
naródniki
Narva
Necháyev, Serguéi
Nekrásov, Nikolái
Nepenin, Adrian
Nevá
New York Times, The
Nicolás I, zar
Nicolás II, zar; abdicación de; arresto domiciliario de la familia de; asesinato de; carta de Guchkov a Alexéiev; con-

sejos de Rasputín a; conspiraciones para derrocar a; coronación de; crisis bosnia; declaración de Basily; fatalismo de; mensaje a Alexéiev; primera década de reinado; últimos días como zar; visita de Guchkov a; y el asesinato de Rasputín; y la Duma; y la guerra de los Balcanes; y la guerra ruso-japonesa; y la I Guerra Mundial; y la revolución de 1905; y la revolución de Febrero; y Stolipin

Nicolás Nikoláievich, gran duque; considerado candidato al trono; Nicolás lo cesa; opinión de Lvov sobre el cese de; y las oleadas de emigrados

Nikitin, B. V.,

Nikoláiev [Mykolaiv]

Nikoláievna, Anna

Nivelle, Robert

Nizhni Nóvgorod

Noruega

Nóvgorod

Novocherkask

Nóvoie Vremia

Novonikoláievsk (Novosibirsk)

Novorosíisk

Noyons

Nueva Política Económica (NPE)

Nya Banken

Nydquist & Holm, consorcio

Obolenski-Osinski, N. Valerian

Obruchov, Nikolái N., general

Octubre (Eisenstein)

Octubre rojo. *Véase* revolución de Octubre

Odesa

ofensiva *Faustschlag*
OGPU. *Véase* Directorio Político Unificado del Estado
Ojotni Riad
Ojrana: creación de la; Guchkov y la; asalto al cuartel general de la; informe sobre Lenin de la; investigaciones sobre los días de Julio; y las conspiraciones contra el trono
Okopnaia Pravda
Olga, gran duquesa
Omsk
operación Albión
operación Schlußstein
opio
opolchenie
orden número 1; revocación efectiva del; de Majnó; cláusulas de la
orden número 1925
orden número 1998
orden número 171
orden número 2
orden número 8
orden secreta número 08878
Ordzhonikidze, Sergó
Orel [Oriol]
Oremburgo
organización militar bolchevique
Orsha
Orwell, George
ostzeiskie
Otradnovo

palacio Alexandr
palacio de Invierno
palacio Gátchina
palacio Mariinski
palacio Mijáilovski
palacio Moika
palacio Táuride; el gobierno provisional abandona el; la Checa lo cierra; manifestación ante el; y los días de Julio;
paneslavismo
Panteleimón (acorazado, antes *Potemkin*)
Parski, D. P.
partido centrista
Partido Comunista de Alemania (KPD). *Véase* Alemania, Partido Comunista de
Partido Comunista Francés (PCF). *Véase* Francia, Partido Comunista de
Partido Comunista Panruso
partido de los kadetes [KD]; congreso de Petrogrado boicoteado por el; fundación del; oposición a Brest-Litovsk; vuelta del exilio político
Partido del Trabajo Socialdemócrata
Partido Democrático Constitucional. *Véase* partido de los kadetes [KD]
Partido Laborista (británico)
Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (RSDRP)
partido octubrista [Unión del 17 de Octubre]
partido progresista
Partido Social-Revolucionario (PSR); ala derecha; ala izquierda; apoyo decreciente; campaña de asesinatos; elecciones parlamentarias y el; en el Sovnarkom; escisión en el;

fundación del; purga del; y el II Congreso Panruso; y la I Guerra Mundial. *Véase también* socialistas revolucionarios; ala izquierda; ala derecha

Partido Socialdemócrata Alemán (SPD),

Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania (USPD)

partinost

partizanstvo

Parvus; arresto; confabulación alemana con; y la revolución de 1905; y los días de Julio patrón oro

Pávlovsk

Pedro el Grande, zar

Peipus, lago

pena de muerte; abolición de; reinstauración de

Penza

peredushka

Perekop, istmo

Perevérzev, Pável

Perjurov, A. P.

Perm

Persia [Irán]

Peters, Jan

Petliura, Simon V.

Petrogrado (San Petersburgo/Petersburgo): cambio de nombre; cultura y sociedad antes de la revolución en; epidemia de cólera en; hambre en; huelga general en; Kornílov ordena marchar sobre; saqueo de las iglesias; y el comunismo de guerra; y la guerra civil; y la I Guerra Mundial; y la revolución de Febrero; y la revolución de Octubre

petróleo

Petropávlovsk
Petrovski, G. I.
Petrozavodsk
Piamonte-Cerdeña
Piketty, Thomas
Pilenko, A. A.
Pifsudski, Józef
Pipes, Richard
Planetz, capitán von
Platten, Fritz
Plejánov, Gueorgui
Pleve, Viacheslav von
Ploiesti
Pobedonóstsev, Konstantin Petróvich
Podvoiski, N. I.
pogromos: antialemanes; antijudíos
polacos
Politburó
Polivánov, A. A.
Polkovnikov, G. P.
Polonia; acuerdo comercial con Rusia; campaña de «rusificación»; el tema de la independencia; y la guerra civil rusa; y la I Guerra Mundial; Ucrania invadida por
Polovtsov, P. A.
Poltava
pomeshchiki
Pomgol
Port Arthur [Lüshunkou]
Potemkin (acorazado)

Pottiers, Eugène,
Pourtalès, Friedrich
Pravda
Präventivkrieg
Presnia
Primero de Mayo
Princip, Gavrilo
Prinkipo, isla
Prittwitz, Maximilian von
prodarmi
prodnalog
prodrazvërstka
proletariado
Proletarskoie Delo
propaganda
propiedad privada
protocolos de los sabios de Sión, Los
Protopópov, Alexandr; y la Revolución de Febrero; Miliukov denuncia a,
Prusia oriental
Prusia
Przemysl
Pskov
Púlkovo
Purishkévich, Vladimir
Putílov, fábrica de armas
¿Qué hacer? (Lenin)
Rabkrin (o RKI)
Rabochi Put

Radek, Karl
Rapallo (acuerdo de préstamo)
Raskólnikov, F. F.
Rasputín, Grigori; asesinato de; conspiraciones contra; descubrimiento de su cadáver; intentos de asesinar a; Kérenski lo denuncia; opiniones contrarias a la guerra de
«Rasputín: el santo demonio de Rusia» (Trufánov)
Rathenau, Walter
Rauch, Franz
Rayner, Oswald
rebelión de los bóxeres
rebelión de Tambov
Rech
rechazo del pago de la deuda por parte de Rusia
Reds (película)
Reed, John
reforma agraria
regimiento de fusileros finlandeses
regimiento de granaderos
regimiento de la guardia Litovski
regimiento de la guardia Pávlovski
regimiento de la guardia Volinski
regimiento Tsárgradski
región del Don
Reichsbank
religión. *Véase* Iglesia ortodoxa rusa
Rennenkampf, Pável
renovacionistas
República (buque de guerra)

República Federal Transcaucásica

República Popular de Moldavia

República Popular de Ucrania

República Socialista Federativa Soviética de Rusia (RSFSR
)

Reval (Tallin)

revolución de 1905; catalizadores de la; clímax de la; concesiones tras la; liderazgo en la; momento crítico para la

revolución de Febrero; asalto al cuartel general de la Ojrana; bajas; control de las fuerzas armadas tras la; difusión e impacto de la; estudios sobre la; liberación de prisioneros; manifestaciones que la precedieron; motivos de las protestas; propuesta de un gobierno que goce de la confianza de la opinión pública; reacción internacional ante la; tamaño de las multitudes; y los motines

revolución de Octubre; bajas; difusión de la; obras sobre la; planes para la; revueltas campesinos tras la; se suma Moscú; se suma Petrogrado

Revolución francesa

revuelta decembrista

Riabtsev, K. I.

Riezler, Kurt

Riga; acuerdo de

Rize

Robins, Raymond

Roche, productos farmacéuticos

Rodzianko, Mijaíl; abandona la reunión de la Duma; conspiración para derrocar a Nicolás; debilidades como líder; encuentro con el gran duque Miguel; importancia de; intento de alentar a Nicolás; Kérenski contra; Rasputín investigado por; y la abdicación de Nicolás; y la I Guerra

Mundial; y la orden del gobierno provisional; y la revolución de Febrero; y las guerras de los Balcanes
Románov, gran duque Demetrio Pávlovich
Románov, gran duque Miguel Alexándrovich; abdicación de; joyas de los Románov; traspaso del trono a
Romberg, Gisbert von
Roosevelt, Franklin D.
Roosevelt, Theodore
Rosenfeld, Lev. *Véase* Kámenev
Roshal, S. G.
Rostov del Don
Rostov
Rovno [Rivne]
Rozhéstvenski, Zinovi
RSDRP. *Véase* Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia
RSFSR. *Véase* República Socialista Federativa Soviética de Rusia
rublos de Kérenski
rublos del sóviet
Rudnev, V. V.
Rudski, general
Rumania
rumanos
Ruscombank
Rusia blanca
Rusia europea
Rusia revolucionaria, La
rusos blancos. *Véase también* guerra civil
rusos de la Pequeña Rusia

Russia 1917 (Katkov)
Russian Revolution, The (Fitzpatrick)
Russische Edelmetallvertrieb AG
Rússkoie Slovo
Ruzski, Nikolái
Ryan, Edward
Rybinsk
Saaremaa
Salónica
Samara
Sampsonievski, avenida
Samsónov, Alexandr
San Petersburgo. *Véase* Petrogrado
San Stefano [Ye^ilköy],
Sandberg (director de banco)
Sanders, Bernie
sarampión
Sarátov
Sankami
Sávinkov, Boris
Sazónov, Serguéi; cese por parte de Nicolás; y la guerra civil; y la guerra de los Balcanes; y la I
Guerra Mundial
Scheidemann, Philip
Schilling, barón Maurice
Schleicher, Kurt von
SEA. *Véase* Svenska Ekonomie Aktiebolaget
Sebastopol
Seeckt, Hans von

Seim
Selivachov, general
Semashko, A. Y.
Semiónov, Grigori
sequía
Serbia
serbios
Serrati, Giacinto Menotti
Shajovskói, príncipe D. I.,
Shcherbachov, general
Sheliajovskaia, Evgenia
Shipov, I. P.
Shliápnikov, Alexandr
Shuia
Shulgin, V. V.
Siberia; ejército del pueblo de; exilio en; gobierno provisional de; la legión checoslovaca en; la revolución llega a; los japoneses en; rebelión campesina en; y la guerra civil
siervos, liberación de
Sievers, Faddei [Thadeus] V.
Simbirsk [Uliánovsk]
Sindicato Panruso de Funcionarios del Estado
sindicatos obreros
Siret, río
Sivas
Skóbelev, Matvéi I.
Skoropadski, Pavló
Slashchov, Yákov, general
Smolensk

socialismo maximalista
socialistas revolucionarios; ala derecha; ala izquierda
Sociedad Agrícola de Moscú
Sokólnikov, Grigori
Sokolov, N. D.
Soldátskaia Pravda
Soldátskaia zhizn
Sologub (director de banco)
Solomon, Gueorgui
Solzhenitsin, Alexandr
Somme
Sondergruppe R
Sóviet de los Comisarios del Pueblo. *Véase* Sovnarkom
sóviet(s); de Moscú; de Nizhni Nóvgorod; de Penza; de Petrogrado; de San Petersburgo; de Taskent; inicio de la revolución de Febrero; preponderancia de los mencheviques en el; y el gobierno provisional
Sovnarkom; aprobación del «decreto de paz»; creación de; expulsión de los socialistas revolucionarios de izquierdas; negativa a ratificar las elecciones parlamentarias; reconocimiento como única autoridad legítima; y el comunismo de guerra; y el saqueo de las iglesias; y la huelga de la banca
sovznaki. Véase rublos del sóviet
Spiridonova, Maria
Spotekzak
Stalin, lósif; abandona la NPE; como presidente del Orgburó; critica la plataforma contra la guerra de Lenin; exilio de; forma parte del gobierno del Sovnarkom; pacto con Hitler; revolución de 1905 y; terror contra exoficiales zaristas; y el culto a la personalidad de Lenin; y el Gran Terror; y las

negociaciones de armisticio; y los días de Julio; y los movimientos de independencia

Stalingrado. *Véase* Tsáritsin

Stashkov, Román

Stavka; control por parte de los bolcheviques de la; renovación de la; reubicación de la; y el «asunto Kornílov»; y la orden número 1

Sterlitamak

Stessel, Anatoli

Stojod, río

Stolipin, Piotr; asesinato de; paz defendida por; políticas puestas en práctica por

Stomoniakov, Borís

Stone, David

Struve, Piotr B.

Stürmer, Borís

subbotniks

Suecia; acuerdo comercial con Rusia; blanqueo de dinero en; delegación comercial enviada a;

Svenska Ekonomie Aktiebolaget (SEA); y las guerras campesinas

Sujánov, Nikolái

Sujomlínov, Vladímir A.

Sumenson, Evgenia

suministro de alimentos/escasez: bajo Lenin; y la revolución de Febrero; y la I Guerra Mundial.

Véase también hambruna; trigo

Suvórov (buque insignia)

Svechin, M. A.

Svenska Ekonomie Aktiebolaget

Sverdlov, Yákov
Sviazhsk
Sykes, sir Mark
tabla de rangos
Taganrog
Tallin. *Véase* Reval
Tambov
Tannenberg, batalla de
Tartu (Dorpat)
Taskent
Tatiana, gran duquesa
Teatrálnaia Plóshad teatro Bolshói teatro Central teatro Mali teatro Mariinski *Telegraaf, De* «telegrama Zimmerman» Teréshchenko, Mijaíl Terror rojo tesis de Abril
Tesoro del Estado para el Almacenamiento de Objetos de Valor. *Véase* Gojran Tiflis, tifus
Tijon, patriarca de la Iglesia ortodoxa rusa
Tilsit, paz de
Tishkin, E. A.
Tiumén
Tjernberg & Leth Aktiebol
Tobolsk
Togo, almirante
Tolstói, Lev
Tomsk
Trabzon [Trebisonda] Transcaucasia Transiberiano, ferrocarril tratado de Berlín tratado de Tartu (Dorpat) tratado Sazónov-Sykes-Picot tratados secretos (I Guerra Mundial) Trépov, Alexandr F.

trigo: exportaciones de; *prodrazvérstka*; requisas de; suministros en la I Guerra Mundial; y las brigadas de infantería para la recogida de alimentos

Triple Alianza

Trotski (Bronstein), Lev; «demostración aleccionadora»; arresto de; como comisario de Guerra; como presidente del Ispolkom; denuncia a Kérenski; discurso de la Casa del Pueblo; disputa en torno a la legión checoslovaca; fin de las exportaciones de oro; invita a los aliados a participar en las negociaciones de Brest-Litovsk; liberado de la cárcel; ministro de Asuntos Exteriores;

publicación de los tratados secretos; reconstrucción de las fuerzas armadas; y el comunismo de guerra; y el hambre; y el II Congreso Panruso; y el restablecimiento de la pena de muerte; y el saqueo de iglesias; y el Terror rojo; y la guerra civil; y la invasión de Polonia; y la negociación del armisticio; y la revolución de 1905; y la revolución de Octubre; y las guerras campesinas; y las huelgas; y los días de Julio

Trufánov, Serguéi (obispo Iliodor)

Tsáritsin (Stalingrado)

Tsárskoie Seló; la familia Románov permanece recluida en; tomado por los bolcheviques

Tsederbaum, Julius. *Véase* Mártov, Yuli

tsentralka

Tsereteli, Irakli

Tsesis (Cesis)

Tsushima, estrecho de

Tujachevski, Mijaíl N.

Tula

Tumen, río

Turquía; acuerdo comercial con Rusia; armisticio de Mudros firmado con; y la guerra de Crimea; y la guerra ruso-turca; y las guerras de los Balcanes. *Véase también* Imperio otomano

Tver

Ucrania; declaración de independencia de; hambre en; invasión polaca de; movimiento separatista de; rebelión campesina en; saqueos de iglesias en; y Alemania; y Francia; y la guerra civil; y las guerras de los Balcanes

ucranianos

Ufá

Uliánov, Vladímir I. *Véase* Lenin

Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS). *Véase* Unión Soviética

Unión General de Trabajadores Judíos de Lituania, Polonia y Rusia. *Véase* Bund

Unión Panrusa de Zemtsvos y Concejos Municipales. *Véase* Zemgor

Unión para la Defensa de la Patria y de la Libertad

Unión Soviética (URSS)

Universidad de San Petersburgo

Uritski, Moisei

V Congreso de los Sóviets

V ejército (ruso)

Vacietis, Jukums (Ioakim Ioakímovich Vatsétis)

Vakulinchuk, Grigori

Van

vanguardia

Vannovski, Piotr, general

Vasíliev, I. P.,

Vasilievski, isla
Vehip Pasha
Veniamin (Benjamín), arzobispo metropolitano ortodoxo de Petrogrado
Verdún
Versalles, tratado de
VI cuerpo (ruso)
VI ejército
Viatka
Viazemski, D. L.
Víborg
viejos creyentes
Vietnam
VII ejército
VIII ejército (alemán)
VIII ejército (ruso)
Viktorovna, Ekaterina
Vikzhel
Vilnius (Vilna)
Viren, R. N.
Vístula, río
Vitebsk
Vladivostok; desembarco de los aliados a; japoneses en
vodka *voienprodotriadi voienspetsi*
Volga (periódico)
Volga
Volkerfriede, Die
Vorobin
Voronezh

Vossische Zeitung
VSNJ. *Véase* Consejo Supremo de Economía Nacional
VTsIK. *Véase* Comité Ejecutivo Central Panruso (CECP)
Vyrubova, Anna
Wangenheim, barón Hans von
Warburg, Fritz
Wavelberg (director de banco)
Weimar, gobierno de
Westinghouse, fundición de la fábrica
Westminster Gazette
Wilson, Woodrow
Wirth, Karl Joseph
Witte, Serguéi; dimisión de; y la revolución de 1905; y las conversaciones de paz rusojaponesas Wrangel, barón P. N.
X Congreso del partido
X ejército
XI cuerpo (ruso)
XI ejército (alemán)
XI ejército (ruso)
XII batalla del Isonzo
XII ejército
XVI cuerpo (ruso)
XVII cuerpo (ruso)
XX cuerpo (alemán)
XX cuerpo (ruso)
XXXIII cuerpo (ruso)
XXXIX cuerpo (ruso)
XXXIX cuerpo del ejército
Yalu, río

Yanushkévich, Nikolái
Yaroslavl
Yeltsin, Borís
Yudénich, Nikolái
Yugoslavia
Yurovski, Yákov M.
Yusúpov, príncipe Félix
Yusúpova, princesa Irina
Yusúpova, princesa Zinaida
Zamikin, A. E.
Zankévich, M. I.
Zaporizhia, horda de cosacos
Zemgor *zemstvos* Zenzinov, Vladímir Zetkin, Klara Zhilinski, Yákov *Zhivoie Slovo* Zimmerwald, doctrina de la izquierda de Zinenko, F. P.
Zinóviev, Grigori; en Finlandia; y el II Congreso del Komintern; y la guerra civil; y las masas campesinas; y los días de Julio
Zlatoust
Známenskaia (plaza)
Zolota Lipa, valle del zona de asentamiento Zubatov, Serguéi V.

Sean McMeekin (nace el 10 de mayo de 1974 en Nampa, Idaho, U.S.A.) es historiador especializado en la Europa moderna y Profesor Adjunto de Relaciones Internacionales de la Universidad de Bilkent. McMeekin es Doctor en Historia por la Universidad de Berkeley, donde también fue profesor, así como en las universidades de Nueva York y Yale. El autor de cinco libros y numerosos artículos, ha escrito sobre temas tales como el comunismo internacional, la Revolución Rusa y la Guerra Civil, Alemania y el Imperio Otomano, y la Primera Guerra Mundial. Su trabajo ha consistido en la investigación de archivo en diez países diferentes, y su libro *The Russian Origins of the First World War* fue galardonado con el Premio Tomlinson de la World War One Historical Association.

Notas

[ex1] En esta edición se han seguido las normas básicas para la transliteración del ruso propuestas por la Fundéu BBVA (*N. de la T.*). <<

[1] Sheila Fitzpatrick, *The Russian Revolution*, p. 51. Norman Stone es un buen ejemplo de historiador no marxista que analiza con seriedad los argumentos marxistas sobre la Revolución; cfr. su famoso capítulo final de *The Eastern Front 1914-1917* (1975). <<

[2] Cfr. Richard Pipes, *The Russian Revolution* (1990), p. XXIV y *passim*. También hay que tener en cuenta *The Russian Revolutions of 1917* (1984), el excelente libro de Leonard Shapiro. Este último es un estudio más analítico, no una obra de historia. <<

[3] Timothy Shenk, «Thomas Piketty and Millennial Marxists on the Scourge of Inequality», en *The Nation*, 14-IV-2014. <<

[4] Como, por ejemplo, los cientos de especialistas que participaron en la obra multidisciplinar en varios volúmenes que recoge estudios de este tipo: *Russia's Great War and Revolution, 1914-1922*. Para una visión de conjunto, cfr. http://russiasgreatwar.org/index.php. <<

[5] Citado en Richard Pipes, *The Russian Revolution*, p. 255. <<

[6] Las citas en Edvard Radzinsky, *The Rasputin File*, p. 434. <<

[7] Al principio, Rodzianko no hizo caso de los histéricos rumores de Yusúpov. Pero, al final, Félix logró lo que quería. Tras la revolución, Rodzianko se unió a las masas y escribió una memoria-apología basada en rumores titulada *The Reign of Rasputin: An Empire's Collapse*. Sobre el papel de la princesa Zinaida a la hora de difundir rumores sobre las «fuerzas oscuras» que rodeaban a Rasputín, cfr. George Katkov, *Russia 1917*, pp. 196-201. Sobre Yusúpov como más rico que los Románov, cfr. N. V. Kukuruzova, *Wealthier Than the Romanovs?* (2006). <<

[8] Citado en Joseph T. Fuhrmann, *Rasputin: The Untold Story*, p. 174. El principal defensor de la teoría de que quien disparó la bala fatal fue el gran duque Demetrio Pávlovich es Edvard Radzinsky en su obra *The Rasputin File* (2001). <<

[9] Citado en Andrew Cook, *To Kill Rasputin*, p. 252. <<

[10] Ibíd., p. 158. <<

[11] Es lo que afirma Joseph T. Fuhrmann, el mejor especialista occidental, en su *Rasputin: The Untold Story*, p. 147. <<

[12] Citado en R. Pipes, *The Russian Revolution*, p. 262. «Él liquidaría [a Rasputín]»: citado en A. Cook, *To Kill Rasputin*, p. 74. La teoría de la implicación de Rayner ha inspirado recientemente nuevos estudios sobre el asesinato de Rasputín basados en los documentos británicos. A. Cook, en *To Kill Rasputin* (2006), llegó a afirmar que fue Rayner quien disparó el tiro mortal, lo que causó cierto escándalo que afectó a las relaciones rusobritánicas. Fue el mismo año en el que envenenaron en Londres a Alexandr Litvinenko con

polonio-210. Supuestamente los culpables habían sido agentes rusos y la historia reflejaba lo que Cook decía que había hecho Rayner en 1916. <<

[13] A. Cook, *To Kill Rasputin*, pp. 173-175. J. T. Fuhrmann, en *Rasputin: The Untold Story* (p. 205), afirma que los conspiradores esperaban que «la fuerte corriente lo arrastraría [al cuerpo de Rasputín] hasta el golfo de Finlandia», donde «simplemente desaparecería». Pero esto se contradice con el hecho de que estos se molestaran en adquirir pesas y cadenas con el fin de asegurar que el cadáver se hundiría. <<

[14] A. Cook, *To Kill Rasputin*, pp. 149-150 y *passim*. <<

[15] Citado en ibíd., p. 197. <<

[16] J. T. Fuhrmann, *Rasputin: The Untold Story*, pp. 207-213. <<

[17] Citado en R. Pipes, *The Russian Revolution*, p. 267. <<

[18] Brian Moynahan, *The Russian Century*, p. 7. Para la cita de Pobedonóstsev que figura al principio de esta parte I, cfr. Geoffrey Hosking, *Russia and the Russians*, p. 318. <<

[19] Sean McMeekin, *History's Greatest Heist*, pp. xvi-xvii; y *The Russian Origins*, pp. 6-7. <<

[20] La frase es de Robert K. Massie, en *Nicholas and Alexandra*, p. 8. <<

[21] Norman Stone, *Europe Transformed*, p. 150. <<

[22] Sergei Nechaev, *The Catechism of a Revolutionary* (1869), disponible en traducción inglesa *online* en: https://www.marxists.org/subject/anarchism/nechayev/catechism.htm. <<

[23] Simon Sebag Montefiore, *The Young Stalin*, p. 86. <<

[24] Orlando Figes, *A People's Tragedy*, p. 46. <<

[25] S. Sebag Montefiore, *The Young Stalin*, pp. 111-114. <<

[26] El archivo de la Ojrana sobre Vladimir I. Uliánov (Lenin), en RGASPI, fond 4, opis 3, del 68, 29, 29 ob, 30. <<

[27] Richard Pipes, *The Russian Revolution*, pp. 5-10. <<

[28] William C. Fuller, *Civil-Military Conflict in Imperial Russia, 1881-1914*, pp. 88-91. <<

[29] H. Shukman, «The Relations Between the Jewish Bund and the RSDRP, 1897-1903» (tesis doctoral inédita), Universidad de Oxford, p. 37. Para un estudio comparativo de los números de afiliados, cfr. O. Figes, *A People's Tragedy*, p. 141 n. <<

[30] H. Shukman, p. 237. <<

[31] F. Roger Devlin, «Solzhenitsyn on the Jews and Tsarist Russia», en *Occidental Quarterly*, vol. 8, núm. 3 (otoño de 2008), pp. 75-76. <<

[32] Citado en W. C. Fuller, *Civil-Military Conflict*, p. 79. <<

[33] W. C. Fuller, *Strategy and Power*, p. 373. <<

[34] Sobre Ayastefanos, cfr. Dilek Kaya Mutlu, «The Russian Monument at *Ayastefanos* (San Stefano): Between Defeat and Revenge, Remembering and Forgetting», en *Middle Eastern Studies*, vol. 43, núm. 1 (enero de 2007), pp. 75-86, y «Ghost Buildings of Istanbul», *online* en: http://www.hayalet.org/i.php/site/building/ayastefanos ant. <<

[35] David R. Stone, *The Russian Army*, pp. 35-36. <<

[36] Ibid. <<

[37] Lev Tolstói, *Los cosacos* (1863). <<

[38] D. R. Stone, *The Russian Army*, pp. 36-37. <<

[39] N. Stone, *The Eastern Front*, pp. 20-22. <<

[40] Un relato más amable del episodio en Robert K. Massie, *Nicholas and Alexandra*, pp. 49-56. <<

[41] Cfr. Sean McMeekin, *The Ottoman Endgame*, caps. 1-2. <<

[42] Citado en David. M. MacDonald, *United Government*, p. 13. <<

[43] Citas en ibid., pp. 70-72. <<

[44] Citado en William C. Fuller, *Strategy and Power*, p. 397. <<

[45] Ibid., pp. 397-401. <<

[46] Citado por Orlando Figes, en *A People's Tragedy*, p. 172. <<

[47] Richard Pipes, *The Russian Revolution*, pp. 24-26. <<

[48] Simon Sebag Montefiore, *The Young Stalin*, pp. 128-129. <<

[49] W. C. Fuller, *Civil-Military Conflict*, pp. 134-135. <<

[50] Citado en W. C. Fuller, *Strategy and Power*, p. 405. <<

[51] H. P. Willmott, *The Last Century of Sea Power*, vol. 1: *From Port Arthur to Chanak, 1894-1922*, pp. 115-121. <<

[52] Cita y cifra en S. Sebag Montefiore, *The Young Stalin*, p. 135. <<

[53] Citas en Neal Bascomb, *Red Mutiny*, pp. 129-132. <<

[54] Ibid., pp. 138-141 y pp. 231-242 (sobre el viaje a Constanta). <<

[55] Sobre los estatutos de la Duma de Buligin, cfr. Meyer, embajador de EE UU, al secretario de Estado, 13 de julio de 1905, *online* en:http://novaonline.nvcc.edu/eli/evans/his242/documents/frus/bulygin-duma.html. Sobre la reforma universitaria, cfr. R. Pipes, *The Russian Revolution*, pp. 35-36. <<

[56] Paul [Pável] Miliukov, *Political Memoirs*, Carl Goldberg (trad.), pp. 41-42; y R. Pipes, *The Russian Revolution*, p. 28. <<

[57] Los panfletos y hojas informativas bolcheviques elaborados por la organización militar entre 1905 y 1906 se conservan en los archivos Bund del Yivo Institute de Nueva York, ME 1-88 y ME 1103. <<

[58] W. B. Scharlau y Z. A. B. Zeman, *The Merchant of Revolution*, pp. 76-81. <<

[59] Citado en R. Pipes, *The Russian Revolution*, p. 38; traducción de la cita al inglés de R. Pipes. <<

[60] Citado en R. K. Massie, *Nicholas and Alexandra*, p. 107. <<

[61] «Manifesto of 17 October 1905»: https://community.dur.ac.uk/a.k.harrington/octmanif.html. <<

[62] Citas en W. C. Fuller, *Civil-Military Conflict*, p. 138. <<

[63] R. Pipes, *The Russian Revolution*, pp. 49-50; y, para los detalles sobre Trotski y Parvus, cfr. W. B. Scharlau y Z. A. B. Zeman, *The Merchant of Revolution*, pp. 88-92. <<

[64] S. Sebag Montefiore, *The Young Stalin*, pp. 147-150. <<

[65] W. C. Fuller, *Civil-Military Conflict*, pp. 139-141. <<

[66] R. Pipes, *The Russian Revolution*, pp. 157-159. <<

[ex2] En un último brote del espíritu revolucionario, los amotinados del *Potemkin* abrieron las válvulas del barco antes de desembarcar, aunque 18 ingenieros lograron reflotar el barco. Lo rebautizaron *Panteleimón* para borrar todo recuerdo del motín. El acorazado se utilizó en acciones contra los turcos durante la I Guerra Mundial y su tripulación llevó a cabo numerosas razias en el Bósforo. Fue capturado por los alemanes en mayo de 1918 y, tras el armisticio, pasó a los británicos, que más tarde estropearon sus motores para

evitar que cayera en manos de los bolcheviques. El *Potemkin* fue tachado de la lista de buques rusos en noviembre de 1925, pocos días antes del estreno de la película *El acorazado Potemkin*, de S.M. Eisenstein, que lo inmortalizó. Todas las notas, salvo que se especifique lo contrario, son del autor. <<

[67] Las cifras en Richard Pipes, *The Russian Revolution*, p. 169. <<

[68] Alexander Zenkovsky, *Stolypin: Russia's Last Great Reformer*, Margaret Patoski (trad.), p. 2 y *passim*. <<

[69] R. Pipes, *The Russian Revolution*, p. 170. <<

[70] Citado en A. Zenkovsky, *Stolypin: Russia's Last Great Reformer*, p. 11. «Gracias a Dios tenemos al zar [...]», citado en Norman Stone, *Europe Transformed*, p. 226. «No tengo palabras para decirte [...]», citado en Robert K. Massie, *Nicholas and Alexandra*, p. 216. En el archivo de la Ojrana sobre Vladimir Uliánov (Lenin), compilado en 1909, ni siquiera se menciona la revolución de 1905. En RGASPI, fond 4, opis 3, del 68, 29, 29 ob, 30. <<

[71] Citado en R. Pipes, *The Russian Revolution*, p. 178. <<

[72] Sean McMeekin, *History's Greatest Heist*, p. 1 y *passim*. <<

[73] Norman Stone, *Europe Transformed*, p. 228. <<

[74] Citado en las actas de la reunión del Consejo de Ministros celebrada el 21 de enero (3 de febrero) de 1908, reproducidas (en traducción alemana) en M. N. Pokrovski (ed.), *Drei Konferenzen*, pp. 25, 30. <<

[75] Citas en D. C. B. Lieven, *The End of Tsarist Russia*, p. 214, y David M. McDonald, *United Government*, p. 143. *Rússkoie Slovo* (28-I-1909): recortado y reproducido por el Ministerio de Asuntos Exteriores de Austria-Hungría, en HHSA, Russland, Berichte 1909 I-IX, Karton 134. Sobre el bando austriaco, cfr. Manfried Rauchensteiner, *Der Tod des Doppeladlers*, p. 18. Sobre el bando otomano, cfr. S. McMeekin, *The Ottoman Endgame*, cap. 2. <<

[76] Citado en D. C. B. Lieven, *The End of Tsarist Russia*, p. 224. <<

[77] Citado en Abraham Ascher, *P. A. Stolypyin*, pp. 293-294. Sobre el nombramiento de Sazónov y la cumbre káiserzar, cfr. barón J. von Szilassy (desde Petersburgo) a A. L. von Aehrenthal, 9, 19 y 26 de junio de 1909, en HHSA, Russland, Berichte 1909 I-IX, Karton 134. Aunque oficialmente Sazónov no se hizo con las riendas hasta el otoño de 1910, su nombramiento se anunció a la comunidad diplomática de San Petersburgo en junio de 1909. <<

[78] Cfr. la memoria de la embajada británica con fecha de 30 de noviembre de 1910 y el memorándum del Quai d'Orsay «Russie-Angleterre. Juillet 1914», ambos en QO Russia. Politique Étrangère, archivo 50. Un análisis en D. C. B. Lieven, *The End of Tsarist Russia*, pp. 236-237. <<

[79] R. Pipes, *The Russian Revolution*, p. 189. <<

[80] Citado en D. M. McDonald, *United Government*, p. 159. <<

[81] S. McMeekin, *The Ottoman Endgame*, cap. 3. <<

[82] Respecto al punto de vista francés sobre Krivoshein, cfr. el historial del Quai d'Orsay sobre «Principaux Personnages Politiques Russes» elaborado para la visita del presidente Raymond Poincaré a San Petersburgo en julio de 1914 (QO Russia. Politique Intérieure, archivo 4). <<

[83] Citado en D. C. B. Lieven, *The End of Tsarist Russia*, p. 263. <<

[84] Citado en D. M. McDonald, *United Government*, p. 191. <<

[85] Cfr. S. McMeekin, *The Russian Origins*, capítulo 1. <<

[86] Sazónov al zar Nicolás II, 6 de enero de 1914, en KA, vol. 6, p. 41 y *passim*; y transcripción de la reunión protocolaria del 13 de enero de 1914, reproducida en M. N. Pokrovski, *Drei Konferenzen*, pp. 40-42. <<

[87] Resoluciones 1 a 6 del original 8/21 de febrero de 1914; la transcripción de la reunión en AVPRI, fond 138, opis 467, del 462, list 23 (y reverso). En cuanto a la dimisión de Kokovtsov, circulaba el rumor de que había caído en desgracia con Rasputín. Sin embargo, los tiempos no concuerdan, pues los dos hombres solo se habían encontrado una vez (en febrero de 1912). <<

[88] Memorándum de Durnovó al zar Nicolás II, 14 de febrero de 1914, disponible en traducción inglesa en: http://www2.stetson.edu/~psteeves/classes/durnovo.html. <<

[89] Cuando arrestaron al zar en 1917 encontraron una copia del memorándum de Durnovó entre sus papeles personales, lo que sugiere que, con el tiempo, Nicolás II se dio cuenta de lo sabio que había sido Durnovó al advertirle. Pero, en 1914, cuando pudo haberse opuesto, ignoró el mensaje de Durnovó. <<

[90] Las memorias de Bark (PBM) en Colección Bark de la Universidad de Columbia, caja 1, pp. 1521 y *passim*. <<

[91] Las citas en Joseph T. Fuhrmann, *Rasputin*, pp. 114-115. <<

[92] Citado en ibíd., p. 119. <<

[93] Entradilla del 17/30 de julio de 1914, en barón Maurice F. Schilling, *How the War Began*, p. 64 <<

[94] Citado en J. T. Fuhrmann, *Rasputin*, p. 129. <<

[95] David Stone, *The Russian Army in the Great War*, p. 56. Sobre los disturbios con ocasión de las levas en 1914, cfr. Joshua Sanborn, «The Mobilization of 1914 and the Question of the Russian Nation: A Reexamination», en *Slavic Review*, vol. 59, núm. 2 (2000), pp. 267-289. <<

[96] Geoffrey Wawro, *A Mad Catastrophe*, pp. 179, 188-193. <<

[97] Las citas en D. Stone, *The Russian Army in the Great War*, p. 69. <<

[98] Solzhenitsin relata el suceso de forma conmovedora en *August 1914*, pp. 467-469. El desastre ruso en Tannenberg siempre se ha atribuido a la mala comunicación por radio, aunque su importancia se ha exagerado. Como señala David Stone en *The Russian Army in the Great War*, p. 69, era un problema al que debía enfrentarse cualquier ejército que entrara en territorio enemigo en 1914, sin excluir a los alemanes que invadían Francia y que también enviaron numerosos mensajes en abierto. <<

[99] William Fuller, *The Foe Within*, pp. 129, 161, y Norman Stone, *The Eastern Front*, pp. 68-69. <<

[100] Como señala Norman Stone en *The Eastern Front*, p. 53, n. <<

[101] N. Stone, en *The Eastern Front* (cap. 7), habla de la importancia de la escasez de proyectiles para la actuación de Rusia en los campos de batalla y lo califica en una nota a pie de «un caso de mala suerte». D. Stone, en su reciente *The Russian Army in the Great War* (p. 228 y *passim*), no está de acuerdo. <<

[102] D. Stone, *The Russian Army in the Great War*, p. 134; W. Fuller, *The Foe Within*, p. 132. <<

[103] Ibid., pp. 1-2. <<

[104] Las citas en ibid., pp. 163-164. <<

[105] «Nos espera una dura lucha contra el Judentum [judaismo]»: Yanushkévich a Goremikin, 19 de septiembre/2 de octubre de 1914, doc. 349, en IBZI, vol. 6, pp. 270-272. Sobre la obsesión del espionaje antisemita de Yanushkévich en la Stavka, cfr. W. Fuller, *The Foe Within*, p. 177. Sobre las deportaciones de judíos y alemanes durante la guerra, cfr. Eric Lohr: «The Russian Army and the Jews» y *Nationalizing the Russian Empire*. <<

[106] D. Stone, *The Russian Army in the Great War*, pp. 146-161. <<

[107] Ibid., pp. 161-175, y N. Stone, *The Eastern Front*, cap. 8. <<

[108] A. N. Yakhontov [Yajontov], actas del 24 de agosto/6 de septiembre de 1915, en *Soviet Ministrov Rossiiskoi Imperii v godyi pervoi mirovoi voinyi. Bumagi A. N. Yajontova*, p. 239; y las citas en George Katkov, *Russia 1917*, p. 143. <<

[109] A. N. Yakhontov [Yajontov], actas del 21 de agosto/3 de septiembre de 1915, en *Soviet Ministrov Rossiiskoi Imperii v godyipervoi mirovoi voinyi. Bumagi A. N. Yajontova*, p. 236. <<

[110] D. Stone, *The Russian Army in the Great War*, p. 229. <<

[111] Informe policial sobre la reunión en casa de Chelnokov el 6/19 de septiembre de 1915, en B. B. Grave, *Buzhuaziya nakanune fevralskoi revolyutsii*, pp. 46-49. <<

[112] G. Katkov, *Russia 1917*, p. 163 y *passim*. Puede encontrarse más información sobre la masonería en Semion Lyandres, *The Fall of Tsarism*, notas biográficas sobre Nekrásov (p. 142 y *passim*) y Teréshchenko (p. 245 y *passim*). Sobre los servicios de Inteligencia alemanes, cfr. *Herr* Steinwachs al ministro Bergen, 18 de enero de 1916, transmitido por «A. Stein» desde Estocolmo, 9 de enero de 1916, y reproducido

en traducción inglesa en Z. A. B. Zeman (ed.), *Germany and the Revolution in Russia, 1915-1918* (en adelante, «Z. A. B. Zeman»), pp. 11-13. <<

[113] N. Stone, *The Eastern Front*, pp. 208-211. <<

[114] D. Stone, *The Russian Army in the Great War*, pp. 222, 228-229. <<

[115] «Svodka Svedenii o sostoyanii i nastroenii nashei deistvuyushchei armii^s'15 dekabrya 1916 g po 1 yanvarya 1917 goda» (en adelante, «Northwestern Army December 1916 Morale Report») en RGVIA, fond 2031, opis 1, del 1181, list 20-22 (y reversos), 23. <<

[116] Las citas en Aleksandr [Alexandr] Astashov, *Russkii front v 1914-nachale 1917 goda: voennyi opyit i sovremennost'* , pp. 622-626. <<

[117] Cfr. Sean McMeekin, *The Russian Origins*, cap. 8, y *The Ottoman Endgame*, cap. 12. <<

[118] El relato más completo en inglés sobre la batalla es el de Timothy Dowling, *The Brusilov Offensive*. Sobre el bando austrohúngaro, cfr. Graydon Tunstall, «Austria-Hungary and the Brusilov Offensive of 1916», en *Historian*, vol. 70, núm. 1 (primavera de 2008), pp. 30-53. Para las estimaciones más recientes sobre las bajas, cfr. D. Stone, *The Russian Army in the Great War*, pp. 248-249. Sobre el bando ruso, cfr. también W. Fuller, *The Foe Within*, p. 207. <<

[119] Alexéiev a Stürmer, 1/14 de septiembre de 1916, en RGIA, fond 1276, opis 15, del 45. Para más información, cfr. S. McMeekin, *The Ottoman Endgame*, cap. 14. <<

[120] Mikhail [Mijaíl] Rodzianko, *The Reign of Rasputin*, pp. 174-177. Para mayor confusión, Protopópov era un protegido de confianza de Rodzianko, quien había llegado a recomendarlo al zar como posible ministro de un «gobierno que gozara de la confianza pública». Pero Protopópov no

informó a su protector de este nombramiento hasta después de haberse producido, lo que indignó a Rodzianko. <<

[121] A. I. Guchkov a Mijaíl V. Alexéiev, 15/28 de agosto de 1916, copia original en RGIA, fond 1276, opis 15, del 51, list 1-4. Para un estudio más detallado, cfr. A. S. Senin, *Aleksandr Ivanovich Guchkov*, pp. 96-97. <<

[122] Cfr. G. Katkov, *Russia 1917*, pp. 185-187. Sobre el hecho de que se inculpara a Guchkov, cfr. S. S. Senin, *Aleksandr Ivanovich Guchkov*, p. 97. <<

[123] Ruzski a Stürmer, 17/30 de septiembre de 1916, en RGIA, fond 1276, opis 15, del 48; sobre el informe policial, *ca.* octubre de 1916, cfr. R. Pipes, *The Russian Revolution*, p. 243. <<

[124] Febrero de 1916: citado en G. Katkov, *Russia 1917*, p. 189. <<

[125] El discurso de Miliukov, traducido al inglés por Emanuel Aronsberg, en Frank Golder (ed.), *Documents of Russian History 1914-1917*, pp. 154-166. <<

[126] Cfr. Prólogo, *supra*. <<

[127] Las citas en Joseph T. Fuhrmann, *Rasputin: The Untold Story*, p. 1, y Douglas Smith, «Grigory Rasputin and the Outbreak of the First World War», en *Historically Inevitable?*, p. 65. <<

[128] Diario de Frank Golder, entradilla del jueves 13/26 de abril de 1917, en Colección Frank Golder, Hoover Institution Archives, caja 2, carpeta 2 (en adelante, «diario de Golder»). Sobre Rasputín y Sujomlínov, cfr. William Fuller, *The Enemy Within*, pp. 209-211, 228-231. <<

[129] Citado en Richard Pipes, *The Russian Revolution*, p. 268. <<

[130] Declaración de Guchkov ante la comisión Muraviev, en *Padenie tsarkogo rezhima*, vol. 6, pp. 278-280. Sobre la guerra de Guchkov contra Rasputín, cfr. A. S. Senin, *Aleksandr Guchkov*, p. 97. En torno a cómo importunó a Denikin: «Zapis' besedyi A. I. Guchkova s N. A. Bazili», en *Aleksandr Ivanovich Guchkov rasskazyivaet* (en adelante, «entrevista Bazili-Guchkov»), pp. 10-11. <<

[131] Citado en George Katkov, *Russia 1917*, p. 176. <<

[132] A. S. Senin, *Aleksandr Ivanovich Guchkov*, p. 99. Sobre la troika, los tiempos y la logística del planeado «golpe palaciego», cfr. la entrevista Bazili-Guchkov, pp. 17-23. Para más detalles sobre Kossikovski, cfr. Semion Lyandres, *The Fall of Tsarism*, p. 272 y *passim*. <<

[133] Las citas en G. Katkov, *Russia 1917*, pp. 161-162, 218; R. Pipes, *The Russian Revolution*, p. 269. Cfr. también Vladimir Gurko, *Features and Figures of the Past*, p. 582, y B. B. Grave, *Buzhuaziya nakanune fevralskoi revolyutsii*, p. 59 y *passim*. <<

[134] Entrevista realizada a Rodzianko por M. A. Polievktov, 16/29 de mayo de 1917, transcripción citada en S. Lyandres, *The Fall of Tsarism*, p. 106. G. Katkov, *Russia 1917*, p. 43. <<

[135] Citado en ibíd., p. 211 y 211 n. <<

[136] Mikhail [Mijaíl] Rodzianko, *The Reign of Rasputin*, pp. 244-245. <<

[137] Entrevista a Rodzianko realizada por M. A. Polievktov el 16/29 de mayo de 1917, citada en S. Lyandres, *The Fall of Tsarism*, p. 106. <<

[138] Directiva de Kolchak fechada el 8/21 de febrero de 1917, en RGAVMF, fond 716, opis 1, del 267. Más detalles en Sean McMeekin, *The Russian Origins*, cap. 9, y *The Ottoman Endgame*, cap. 14, y Norman Stone, *The Eastern Front 1914-1917*, p. 282. <<

[139] «Dokladyi o nastroenii voisk 5-i armii po pis'mam^ 31 December 1916», en RGVIA, fond 2031, opis 1, del 1181. Había diferencias importantes en el seno de otros ejércitos rusos: las unidades destacadas en zonas muy boscosas comían peor que las que se encontraban en zonas de tierras de cultivo. <<

[140] Ibíd. <<

[141] «Doklad' o nastroenii voisk'5-i armii po pis'mam za fevral' mesyats'1917 g», en RGVIA, fond 2031, opis 1, del 1181; e «Informe sobre la moral del ejército del noroeste, diciembre de 1916». <<

[142] «Doklad' voenno-tsenzurnago otdeleniya Shtaba III-i armii po 514/ts Fevralya 19 dnya 1917 goda»; y, sobre el I ejército, «Doklad' o nastroenii voisk' i naseleniya po dannyim ochetov voennyij' tsensurov raiona 1-i armii za Yanvar' mesyats'1917 goda», ambos en RGVIA, fond 2031, opis 1, del 1181. Sobre las protestas en Galitzia, cfr. David Stone, *The Russian Army in the Great War*, p. 278; y F. I. Akimov, «Bolsheviki v bor'be za soldatskie massy Iugo-Zapadnogo fronta (1914-fevral'1917 g)», *Voenno-istoricheskii zhurnal*, núm. 2 (1977), pp. 87-88. <<

[143] Norman E. Saul, *Sailors in Revolt*, pp. 52-53. <<

[144] Oleg Airapetov, «Sud'ba Bosforskoi ekspeditsii», p. 236. Cfr. también Paul G. Halpern, *A Naval History of World War I*, p. 237. <<

[145] Evan Mawdsley, *The Russian Revolution and the Baltic Fleet*, pp. 2-5. <<

[146] Para las estadísticas sobre la situación alimentaria en Petrogrado en febrero de 1917, cfr. los gráficos reproducidos en F. Golder (ed.), *Documents of Russian History*, pp. 186-187. Sobre el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán y las huelgas de enero de 1916, cfr. ministro en Copenhague al canciller, 23 de enero de 1916, reproducido en Z. A. B. Zeman, pp. 14-16; y también W. B. Scharlau y Z. A. B. Zeman, *The Merchant of Revolution*, pp. 185-188. <<

[147] Las protestas en nombre del «Predstavleniya Tsentral'nogo voenno-promyishlenogo komiteta» dirigidas a N. D. Golitsin, presidente del Consejo de Ministros, del 3/16 de febrero de 1917, en RGIA, fond 1276, opis 13, del 33. Para más detalles, cfr. G. Katkov, *Russia 1917*, pp. 233-235, y R. Pipes, *The Russian Revolution*, pp. 270-271. <<

[148] El Día Internacional de la Mujer, como el Primero de Mayo, fue una creación de la II Internacional marxista (1889-1914), pensada para enseñar a las obreras que sus auténticas «hermanas» eran las obreras de otros países, no sus compatriotas de otras clases sociales. <<

[149] Telegrama de Protopópov al conde N.D. Golitsin del 25 de febrero/10 de marzo de 1917, en RGIA, fond 1276, opis 13, del 36; diario de Golder, entradilla del jueves 8 de marzo de 1917 (23 de febrero); y el informe de la Ojrana citado en Richard Pipes, *The Russian Revolution*, p. 275. <<

[150] Vladímir Zenzinov, «Fevral'skie Dni», entradilla del 24 de febrero de 1917, resumida en Alexander F. Kerensky [Kérenski] y Robert Paul Browder (eds.), *The Russian Provisional Government 1917*, pp. 27-28. <<

[151] El editorial de *Rech* sobre la situación alimentaria, 25 de febrero/10 de marzo de 1917, reproducido en A.F. Kerensky [Kérenski] y R.P. Browder (eds.), *The Russian Provisional Government 1917*, p. 30. M. Rodzianko: 16/29 de mayo, entrevista citada en Semion Lyandres, *The Fall of Tsarism*, p. 107. Diario de Golder, entradilla del 9 de marzo de 1917 (24 de febrero); y de la directiva de Jabálov, publicada en *Nóvoie Vremia* (24-II-1917), cfr. un extracto en A.F. Kerensky [Kérenski] y R.P. Browder (eds.), *The Russian Provisional Government 1917*, pp. 27-28. <<

[152] El incidente se discute en la entradilla de Zenzinov correspondiente al 25 de febrero de 1917 y en un informe de la Ojrana que lleva fecha del 26 de febrero de 1917; para un extracto, cfr. ibíd., pp. 32, 37. Las estimaciones del régimen sobre el número de manifestantes en cada uno de los tres primeros días en el telegrama de Protopópov al conde N.D. Golitsin del 25 de febrero/10 de marzo de 1917, en RGIA, fond 1276, opis 13, del 36. <<

[153] V. Zenzinov el 25 de febrero de 1917. Miliukov a Kérenski: citado en George Katkov, *Russia 1917*, p. 257. «¡Abajo la alemana!»: citado en R. Pipes, *The Russian Revolution*, p. 275. <<

[154] Órdenes del zar a Jabálov (25 de febrero de 1917), declaración de Jabálov ante la comisión Muraviev y comunicado policial del 26 de febrero de 1917, citado en G. Katkov, *Russia 1917*, pp. 267-269; diario de Golder, entradilla correspondiente al domingo 11 de marzo de 1917 (26 de febrero). Para más información sobre el día de los cruciales acontecimientos, cfr. Leonard Shapiro, *The Russian Revolutions of 1917*, p. 41, y R. Pipes, *The Russian Revolution*, p. 277. <<

[155] G. Katkov, *Russia 1917*, pp. 271-273. <<

[156] Sobre este último acto de resistencia de Balkashin, cfr. Tsuyoshi Hasegawa, *The February Revolution*, pp. 360-361. <<

[157] Diario de Golder, noche del lunes 12 de marzo (27 de febrero) a la mañana del martes 13 de marzo (28 de febrero). <<

[158] Orlando Figes, *A People's Tragedy*, pp. 320-321. Sobre el asalto al cuartel general de la Ojrana, cfr. R. Pipes, *The Russian Revolution*, pp. 280-281. <<

[159] Rodzianko al zar Nicolás II, 26 de febrero de 1917, reproducido (entre otros) en F. Golder (ed.), *Documents of Russian History*, p. 278. Sobre el Consejo de Ministros, cfr. G. Katkov, *Russia 1917*, pp. 287-289. <<

[160] Rodzianko al zar Nicolás II, 27 de febrero de 1917, reproducido en F. Golder (ed.), *Documents of Russian History*, p. 278. <<

[161] La primera lista de miembros aparece reproducida en F. Golder (ed.), *Documents of Russian History*, p. 281. Para

más detalles, cfr. sobre todo G. Katkov, *Russia 1917*, pp. 296-297. <<

[162] Entradillas del diario de Alexéiev correspondientes al 27-28 de febrero (12-13 de marzo) de 1917, en Colección Alexéiev, Hoover Institution Archives, carpetas 1-20 (en adelante, «diario de Alexéiev»). Para más información sobre el calendario de sucesos, cfr. R. Pipes, *The Russian Revolution*, pp. 284-286. <<

[163] G. Katkov, *Russia 1917*, p. 289. <<

[164] Entradilla del diario de Alexéiev correspondiente al 28 de febrero (13 de marzo) de 1917 y G. Katkov, *Russia 1917*, pp. 282-284. <<

[165] La entrevista a Engelhardt (4 de mayo de 1917) y la realizada a Kérenski (31 de mayo de 1917), en S. Lyandres, *The Fall of Tsarism*, p. 59 y pp. 223-224; cfr. G. Katkov, *Russia 1917*, pp. 359-465. La cita de Sokolov aparece citada en Allan K. Wildman, *The End of the Russian Imperial Army*, p. 172. <<

[166] Documentos reproducidos en F. Golder (ed.), *Documents of Russian History*, pp. 280-282. <<

[167] Citado en Sergei [Serguéi] Melgunov, *Martovskie Dni 1917 goda*, pp. 160-161. La *cursiva* es mía. <<

[168] Rodzianko a «Moskva Gorodskomu Golove Chelnokovu» (28 de febrero/13 de marzo de 1917) y Rodzianko a «Komanduyushchemu Voiskami Generalu Mrozovskomu» (28 de febrero de 1917/13 de marzo de 1917), ambas en RGIA, fond 1278, opis 10, del 3. Para otros detalles sobre Bublikov y el Ministerio de Transportes, cfr. entrevista a N. Nekrásov realizada el 25 de mayo de 1917, citada en S. Lyandres, *The Fall of Tsarism*, p. 151, y G. Katkov, *Russia 1917*, p. 311. <<

[169] Cfr. ibíd., pp. 316-317. <<

[ex3] El tempo de estos hechos fue muy desafortunado. Los hijos del zar, incluido el zarévich Alejo, enfermaron de sarampión a la mañana siguiente de la marcha de su padre al frente. De haber ocurrido 24 horas antes, probablemente el zar se habría quedado en Tsárskoie Seló, en comunicación con sus ministros, en los cruciales días que les esperaban. En este punto del relato, cuando el día a día en Petrogrado se vuelve decisivo, al igual que los sucesos que tienen lugar fuera de Rusia, usaremos las fechas del «viejo calendario» (juliano) hasta principios de 1918, momento en el que Rusia adopta el calendario gregoriano. <<

[170] Evan Mawdsley, *The Russian Revolution and the Baltic Fleet*, pp. 12-14. <<

[171] Rusin desde Helsingfors (Helsinki), 1 de marzo de 1917; Kapnist desde el Almirantazgo de Petrogrado; y Nepenin desde Helsingfors (Helsinki), 1 de marzo de 1917 (1 0:00 a. m. y, de nuevo, 2:30 p. m.), en RGAVMF, fond 716, opis 1, del 277. <<

[172] «Doklad' o nastroenii vois'5-i armii po pis'mam za mart' mesyats 1917 g», en RGVIA, fond 2031, opis 1, del 1181. <<

[173] «Doklad' o nastroenii voisk' i naseleniya po dannyim' otchetov voennyij' tsenzurov' raiona 1-i armii za mart' mesyats 1917 g». <<

[174] Alexéiev, transmitido por el mando de Lutsk, 1 de marzo de 1917 (4:25 a. m.); e informes de la operación de Gerua desde Lutsk, 2 de marzo de 1917 (10:40 a. m.), 3 de marzo de 1917 (10:30 p. m.) y 7 de marzo de 1917 (1 0:00 p. m.), en RGVIA, fond 2067, opis 1, del 394. <<

[175] Cfr. Sean McMeekin, *The Ottoman Endgame*, cap. 14: «Russia's Moment». <<

[176] Citado en George Katkov, *Russia 1917*, p. 303. <<

[177] Rodzianko a Alexéiev, 2/15 de marzo de 1917, en RGIA, fond 1278, opis 10, del 5; y conversación de Rodzianko con Ruzski a través del «transmisor telegráfico de Hughes» (de 2:00 a. m. a 7:00 a. m. del 2 de marzo de 1917), citado en G. Katkov, *Russia 1917*, p. 304 n. <<

[178] Citado en ibíd., p. 390. <<

[179] Vladimir Bonch-Bruevich [Vladimir Bonch-Bruiévich], *Na boevyij postaj fevral'skoi i oktyabr'skoi revolyutsii*, pp. 12-13; Semion Lyandres, *The Fall of Tsarism*, p. 67, n. 31, y p. 207, n. 17; Allan K. Wildman, *The End of the Russian Impe-*

rial Army, pp. 182-188; y G. Katkov, *Russia 1917*, pp. 370-373. <<

[180] La versión «final» aparece reproducida en inglés en A.K. Wildman, *The End of the Russian Imperial Army*, pp. 187-188. Sobre los matices del borrador y los cambios en las versiones publicadas, cfr. G. Katkov, *Russia 1917*, pp. 370-373. <<

[181] Citado en Richard Pipes, *Russian Revolution*, p. 305. <<

[182] Tsuyoshi Hasegawa, *The February Revolution*, pp. 361-367. Sobre las deserciones tempranas del ejército, cfr. A.K. Wildman, *The End of the Russian Imperial Army*, pp. 173-174 y pp. 207-211. <<

[183] El borrador de la declaración se reproduce en inglés, con comentarios y anotaciones del propio autor, en Nicolas de Basily [Nikolái A. Bazili], *The Abdication of Emperor Nicholas II of Russia*, p. 125. <<

[184] Citas en A.K. Wildman, *The End of the Russian Imperial Army*, p. 208. <<

[185] Citado en G. Katkov, *Russia 1917*, p. 322. <<

[186] Citado en ibíd., pp. 329-330. <<

[187] Citado en ibíd., p. ЗЭК <<

[188] Sergei [Serguéi] Melgunov, *Martovskie Dni*, p. 291. <<

[189] A.K. Wildman, *The End of the Russian Imperial Army*, p. 190. <<

[190] La escena de la abdicación se narra con mucho detalle, incluida una larga transcripción de los sucesos, en S. Melgunov, *Martovskie Dni*, pp. 291-304. Para análisis de las posibles discrepancias en los distintos relatos, cfr. G. Katkov, *Russia 1917*, pp. 340-345. Como señala Katkov, es difícil aceptar el argumento de Guchkov de que la legalidad de la decisión del zar podía ser revisada por el comité de la Duma

de Rodzianko, cuya creación, a su vez, no tenía precedentes. <<

[191] Transcripción de la conversación de Rodzianko con Ruzski, 5:00 a. m. del 3/16 de marzo de 1917, reproducida en Alexander F. Kerensky [Kérenski] y Robert Paul Browder (eds.), *The Russian Provisional Government 1917*, pp. 109-110. <<

[192] Alexéiev a todos los comandantes del frente, 7:00 a. m. del 3/16 de marzo de 1917, reproducido en A. F. Kerensky [Kérenski] y R. P. Browder (eds.), *The Russian Provisional Government 1917*, pp. 112-113. Alexéiev a Lukomski: citado en G. Katkov, *Russia 1917*, pp. 346-347. <<

[193] La versión del suceso de Miliukov aparece resumida en A. F. Kerensky [Kérenski] y R. P. Browder (eds.), *The Russian Provisional Government 1917*, pp. 115-116. <<

[194] «Rechazo del gran duque Miguel Alexándrovich a asumir el poder supremo», reproducido en ibíd., p. 116. Nicolás II a Miguel, 3 de marzo de 1917: citado en Donald Crawford, «The Last Tsar», en *Historically Inevitable?*, p. 85. <<

[195] Reproducido en Colección Alexéiev, Hoover Institution Archives, caja 1-20. Miembros de la dinastía Románov arrestados: citado en R. Pipes, *The Russian Revolution*, p. 324. <<

[196] Detalles en Leonard Shapiro, *The Russian Revolutions of 1917*, p. 57; y en A. K. Wildman, *The End of the Russian Imperial Army*, p. 202. <<

[197] Orden de Guchkov como «ministro de la Marina» a la flota (con copia al ejército), 4/17 de marzo de 1917, en RGAVMF, 716-1-277, list'54-55. <<

[198] «Ministro de la Guerra Guchkov» al ejército y la flota, 5/18 de marzo de 1917, en RGVIA, fond 2031, opis 1, del

1537, list 46. <<

[199] Rodzianko al ejército y la flota, 6/19 de marzo de 1917, comunicado (en este caso) por Ruzski al mando militar del ejército del norte, en RGVIA, fond 2031, opis 1, del 1537, list 22. <<

[200] Alexéiev y Danílov, orden firmada número 1998, con fecha del 6 de marzo de 1917, en RGVIA, fond 2031, opis 1, del 1537, list 26 (y reverso); y «Prisyaga», con fecha del 7 de marzo de 1917, firmada por el príncipe Lvov, en RGVIA, fond 2031, opis 1, del 1537, list 55. <<

[201] «Telegrafnoe vozzvanie k' armii ot' Vremennago Pravitel'stva», firmado por el presidente Lvov y el ministro de la Guerra y la Marina Guchkov el 7/20 de marzo de 1917, en RGVIA, fond 2031, opis 1, del 1537, list 72 (reverso) y 73. <<

[202] «Prisyaga», con fecha del 13/26 de marzo de 1917, en RGVIA, fond 2031, opis 1, del 1534, list 9. <<

[203] Alexéiev a Guchkov, 26 de marzo de 1917, y la orden de Guchkov comunicada a los comandantes del frente al día siguiente, en RGVIA, fond 2031, opis 1, del 1534, list 57 y reverso. <<

[204] Alexéiev al comandante del frente norte (Ruzski) en Pskov, 26 de marzo de 1917, en RGVIA, fond 2031, opis 1, del 1537, list 331 y reverso. La orden número 2 aparece reproducida en Frank Golder (ed.), *Documents of Russian History*, pp. 388-390. Cfr. también A. K. Wildman, *The End of the Russian Imperial Army*, pp. 230-233. <<

[205] Nepenin al Almirantazgo, 1:30 a. m. del 4/17 de marzo de 1917, en RGAVMF, fond 716, opis 1, del 278, list 7-8. Para un relato escabroso del asesinato de Nepenin, cfr. la carta de B. Dudorov a Kolchak, 10 de marzo de 1917, en RGAVMF, fond 11 (Kolchak), opis 1, del 57. Sobre las bajas en la mari-

na, cfr. A.K. Wildman, *The End of the Russian Imperial Army*, p. 234 n. <<

[206] Diario de Golder, entradilla del 15/28 de marzo de 1917. Sobre los orígenes y la naturaleza del mandato dual de Kérenski, cfr. L. Shapiro, *The Russian Revolutions of 1917*, p. 55 y *passim*. <<

[207] En los informes de operaciones del mando del sudoeste, en Lutsk, de marzo y abril de 1917, la primera mención a las deserciones (de dos soldados) tiene lugar a las 5:45 p. m. del 18/31 de abril, en RGVIA, fond 2067, opis 1, del 394, list 352. Para un resumen de las cifras de marzo de 1917, cfr. A.K. Wildman, *The End of the Russian Imperial Army*, p. 235. <<

[208] Cfr. R. Pipes, *The Russian Revolution*, pp. 303-304 y p. 304 n. <<

[ex4] Mientras Miguel hablaba con Rodzianko, Nicolás II, dándose cuenta de repente de que no había informado a su hermano de que había abdicado en su favor, envió un telegrama en el que le pedía «que lo disculpara si le causaba pesar y por no haberle avisado antes: no había habido tiempo». El telegrama (enviado a las 2:56 p. m. del 3 de marzo de 1917) fue devuelto con el marchamo «domicilio desconocido». <<

[209] The Westminster Gazette, 7/20 de marzo de 1917; y *Le Matin*, 12/25 de marzo de 1917, recortes, en RGIA, fond 1358, opis 1, del 1945. <<

[210] Barbara W. Tuchman, *The Zimmermann Telegram*. <<

[211] Declaración de Wilson al Congreso, 2 de abril de 1917, disponible *online*: http://www.firstworldwar.com/source/usawardeclaration.htm <<

[212] Le Temps, 9/22 de marzo de 1917; y *Le Matin*, 13/26 de marzo de 1917 («Les événements de Russie»), recortes, en RGIA, fond 1358, opis 1, del 1945. <<

[213] Berliner Lokal-Anzeiger, 7/20 y 11/24 de marzo de 1917, y *Berliner Tageblatt*, 7/20 de marzo de 1917, recortes, en RGIA, fond 1358, opis 1, del 1945. <<

[214] Informe de «K. k. Ministerium des Innern. Staatspolizeiliches Bureau», 16 de agosto de 1914, en RGASPI, fond 4, opis 3, del 48, list 1 y los siguientes documentos. <<

[215] Wangenheim vía Zimmermann, 9 de enero de 1915, reproducido en Z. A. B. Zeman, pp. 1-2. <<

[216] Colección Kesküla, Hoover Institution Archives, caja 1, carpetas 1-5 («1960»). Para las fuentes alemanas en relación con los vínculos de Kesküla con Romberg y Lenin: Romberg a Bethmann Hollweg desde Berna, 30 de septiembre de 1915, y Steinwachs a Bergen (con información sobre las sumas desembolsadas), 8 de mayo de 1916, reproducido en Z. A. B. Zeman, pp. 6-8, 16-18. <<

[217] Traducción inglesa de R. Craig Nation, en *War on War*, p. 1. [texto original francés: «Les Rois nous soûlaient de fumées,/ Paix entre nous, guerre aux tyrans!/ Appliquons la grève aux armées,/ Crosse en l'air, et rompons les rangs!/ S'ils s'obstinent, ces cannibales,/ À faire de nous des héros,/ Ils sauront bientôt que nos balles/Sont pour nos propres généraux!»]. <<

[218] Para una descripción completa de las ideas de Lenin sobre la guerra, cfr. su *El socialismo y la guerra* (1915). Sobre la intervención de Zimmermann, cfr. George Katkov, *Russia 1917*, pp. 76-77. <<

[219] Vladimir I. Lenin, *Collected Works*, vol. 23 (abril de 1917-marzo de 1917), p. 253 <<

[220] Las condiciones finales, confirmadas por Romberg el 5 de abril de 1917, aparecen reproducidas en Z. A. B. Zeman, pp. 38-39. Para más información sobre las negociaciones y sobre la asignación de fondos, cfr. W. B. Scharlau y Z. A. B. Zeman, *The Merchant of Revolution*, p. 208 y *passim*; y Richard Pipes, *The Russian Revolution*, pp. 391-392. El mejor relato basado en fuentes alemanas sobre el viaje es el de Werner Hahlweg, *Lenins Rückkehr nach Russland, 1917*. <<

[221] Memorándum de Ow-Wachendorf, Berlín, 11 de abril de 1917, reproducido en Z. A. B. Zeman, pp. 44-45. Ow-Wachendorf insistía de forma poco creíble en que las habitaciones de hotel de Sassnitz donde se habían alojado Lenin y los rusos habían permanecido «cerradas». Sobre Jansson y el hecho de que se uniera a los rusos: Bussche a Berna, 5 y 7 de abril de 1917, reproducido en Z. A. B. Zeman, pp. 37-38 y 40. Sobre los dos oficiales alemanes, cfr. las citas en Michael Pearson, *The Sealed Train*, pp. 81-82. <<

[222] Un testigo, el subalterno D. S. Ermolenko, después de declarar que Lenin trabajaba para Berlín, se hizo brevemente famoso, tanto como para que lo atacaran historiadores soviéticos durante generaciones y, más recientemente, Semion Lyandres, en *The Bolsheviks' «German Gold» Revisited* (1995), pp. 1-3 y *passim*. S. Lyandres (p. 1) afirma que el testimonio de Ermolenko es «poco firme» y no se equivoca al poner en duda las declaraciones más rocambolescas de Ermolenko, como que el jefe del Estado Mayor alemán le lla-

mó para que le informara. Sin embargo, la afirmación más importante de Ermolenko (que el viaje de Lenin por Alemania y sus puntos de vista sobre Ucrania eran de sobra conocidos por los prisioneros de guerra rusos) corrobora los testimonios de múltiples testigos que declararon ante el gobierno provisional. <<

[223] Citado en W.B. Scharlau y Z.A.B. Zeman, *The Merchant of Revolution*, p. 208. Cfr. también el telegrama enviado desde Estocolmo (14 de mayo de 1917), en el que se señala que «se espera a 257 emigrantes rusos mañana por la mañana», interceptado por los servicios de Inteligencia rusos, en RGASPI, fond 4, opis 3, del 39, list 31. «Mucho más loco», citado en R. Pipes, *The Russian Revolution*, p. 390. <<

[224] Grünau lo transmite a Steinwachs desde Estocolmo, 17 de abril de 1917, recibido en Spa el 21 de abril de 1917, reproducido en Z.A.B. Zeman, p. 51. Sobre la llegada de Lenin, cfr. N.N. Sukhanov [Sujánov], *The Russian Revolution 1917*, pp. 272-273, y también R. Pipes, *The Russian Revolution 1917*, p. 393. Para las tesis de Abril, cfr. V.I. Lenin, *Collected Works*, Bernard Isaacs (trad.), vols. 24, pp. 21-26. Frank Golder: diario de Golder, entradilla del miércoles 5/18 de abril de 1917. <<

[225] Kámenev: citado en James Bunyan y H.H. Fisher (eds.), *The Bolshevik Revolution, 1917-1918*, p. 7. Stalin: citado en Leonard Shapiro, *The Russian Revolutions of 1917*, p. 59. <<

[226] Declaración de Krasin, en «Materialyi predvaritel'nogo sledstviya o vooruzhennom vyistuplenii v Petrograde 3 (16)-5 (18) iyulya 1917 goda», RGASPI, fond 4, opis 3, del 41, list 153 y *passim*. <<

[227] Sobre las tiradas, cfr. R. Pipes, *The Russian Revolution*, p. 410. <<

[228] Ibíd., basado en B. V. Nikitin, *Rokovyi Godyi*, pp. 109-110. Sobre el papel, bien documentado en la actualidad, del Nya Banken de Olof Aschberg en Estocolmo como principal vía para hacer llegar fondos alemanes a Lenin, cfr. Sean McMeekin, *History's Greatest Heist*, especialmente el cap. 5. <<

[229] B. V. Nikitin, *Rokovyi godyi*. Esta es la conclusión de Semion Lyandres, en *The Bolsheviks' German Gold Revisited* (1995). Para la retirada de fondos de E. Sumenson, cfr. Alexandr F. Kerensky [Kérenski], *The Crucifixion of Liberty*, p. 326. <<

[230] Natalia Ferdinandovna Gerling, Alfred Mavrikiévich Rudno, Maria Mijáilovna Rudenko, Alexéi Alexéievich Konde, Bronislaw Andréievich Veselovski, Mijaíl Nikoláievich Lebedev, Nikolái Martínovich Medvedev y Romana Vladímirovna Fürstenberg, declaraciones en «Materialyi predvaritel'nogo sledstviya o vooruzhennom vyistuplenii v Petrograde 3 (16)-5 (18) iyulya 1917 goda», RGASPI, fond 4, opis 3, del 41, list 101-102, 139-140, 161-164, 202-203, 251, 325-326, 336 y *passim*. <<

[231] Telegrama núm. 34 de Kozlovski (en Petrogrado) a Fürstenberg (en Estocolmo [Saltsjöbaden]) interceptado el 5/18 de junio de 1917, y seguimiento núm. 90 (2/15 de julio de 1917), que confirma la transferencia al Banco Ruso-Asiático, en RGASPI, fond 4, opis 3, del 39, list 124. Para cálculo más completo de la inversión alemana, cfr. Winfried Baumgart, *Deutsche Ostpolitik 1918*, pp. 213-214, n. 19. <<

[232] Resumen de las declaraciones de Malinovski, Vissarianov y Beletski, en «Materialyi predvaritel'nogo sledstviya o vooruzhennom vyistuplenii v Petrograde 3 (16)-5 (18) iyulya 1917 goda», RGASPI, fond 4, opis 3, del 41, list 87-88. Más sobre Kschessinska en N. N. Sukhanov [Sujánov], *The Russian Revolution 1917*, p. 211. <<

[233] Evgenia Ivánova Sheliajovskaia, declaración en «Materialyi predvaritel'nogo sledstviya o vooruzhennom vyistuplenii v Petrograde 3 (16)-5 (18) iyulya 1917 goda», en RGASPI, fond 4, opis 3, del 41, list 112-13 (y reverso de 112). <<

[234] Ibíd.; Kondratevich, declaración en RGASPI, fond 4, opis 3, del 41, list 98. <<

[235] B. V. Nikitin, *The Fatal Years*, p. 114. <<

[236] «Primera declaración del gobierno provisional», 7/20 de marzo de 1917, reproducida en Frank Golder (ed.), *Documents of Russian History*, pp. 311-313. Sobre el cese de los generales de Guchkov, cfr. David Stone, *The Russian Army in the Great War*, pp. 280-281. <<

[237] En Alexander F. Kerensky [Kérenski] y Robert Paul Browder (eds.), *The Russian Provisional Government 1917*, pp. 196-215. <<

[238] «Nota de Miliukov», 5/18 de marzo de 1917, «El sóviet de Petrogrado a todos los pueblos del mundo», 14/27 de marzo de 1917, y «Diplomacia secreta», 18/31 de marzo de 1917, reproducidos en F. Golder (ed.), *Documents of Russian History*, pp. 323-327. <<

[239] Citas en V. M. Chernov, *The Great Russian Revolution*, 193, p. 200. Para Trépov: Richard Pipes, *The Russian Revolution*, pp. 257-258. <<

[240] Telegrama de Guchkov a la Stavka, 19 de marzo de 1917, en Colección Basily [Bazili], Hoover Institution Archives, caja 11; Bazili a Pokrovski desde la Stavka, 26 de febrero/11 de marzo de 1917, en AVPRI, fond 138, opis 467, del 493/515, list 1 (y reverso). Alegación francesa citada en C. Jay Smith, Jr., *The Russian Struggle for Power, 1914-1917*, p. 465. Miliukov: citado por Richard Stites, en «Milyukov and the Russian Revolution», prólogo a Paul [Pável] Miliukov, *The Russian Revolution*, p. xii. <<

[241] Así se publicó en *Rech* al día siguiente (23 de marzo/5 de abril de 1917), reproducido en Alexander F. Kerensky [Kérenski] y Robert Paul Browder (eds.), *The Russian Provisional Government 1917*, vol. 2, pp. 1044-1045. <<

[242] Basily [Bazili] a Miliukov, 23 de marzo/5 de abril de 1917, en AVPRI, fond 138, opis 467, del 493/515, list 4-6 (y reverso). Sobre la investigación relacionada con la vigilan-

cia: Usedom al káiser Guillermo II, 16 de abril de 1917, en BA/MA, RM 40-44. Siete hidroaviones: René Greger, *Die Russische Flotte im ersten Weltkrieg*, p. 61. <<

[243] «Russia's Control of the Straits», en *The Manchester Guardian*, 26-IV-1917, reproducido en M. Philips Price, *Dispatches from the Revolution*. «Obligaciones contraídas con sus aliados», citado en C.J. Smith, Jr., *The Russian Struggle for Power, 1914-1917*, p. 472. La declaración del 27 de marzo aparece reproducida en F. Golder (ed.), *Documents of Russian History*, pp. 329-331. <<

[244] Lenin, «La guerra y el gobierno provisional», publicado por primera vez en *Pravda* el 13/26 de abril de 1917, en *Collected Works* (abril-junio de 1917), vol. 24, p. 114. <<

[245] Como bien recuerda V.M. Chernov en *The Great Russian Revolution*, p. 194. <<

[246] Para más precisiones al respecto, cfr. R. Pipes, *The Russian Revolution*, p. 400; V.M. Chernov, *The Great Russian Revolution*, p. 200; y Kerensky [Kérenski], *The Catastrophe*, p. 135. Kérenski omite la polémica sobre sus intenciones y hace hincapié en la «unanimidad» del gobierno provisional en cuanto a la «Nota del 18 de abril». <<

[247] R. Pipes, *The Russian Revolution*, pp. 400-401. <<

[248] Declaración de Sheliajovskaia y diario de Golder, entradilla del 21 de abril/4 de mayo de 1917. <<

[249] Declaración de Sheliajovskaia y R. Pipes, *The Russian Revolution*, pp. 402-404. <<

[250] Ibíd. <<

[251] Ibíd., y Lenin, «Borrador de resolución sobre la guerra^ escrito entre el 15 de abril y el 22 de abril de 1917», en *Collected Works*, vol. 24, pp. 161-166. <<

[252] Las citas en N.N. Sukhanov [Sujánov], *The Russian Revolution*, pp. 319-320, y R. Pipes, *The Russian Revolution*,

pp. 402-403. <<

[253] Actas del gobierno provisional, sesiones 69 (5/18 de mayo de 1917) y 71 (6/19 de mayo de 1917), en RGIA, fond 1276, opis 14, del 2. Sobre el Parlamento fantasma: «Materialyi chastnogo soveshchaniya chlenov Gosudarstvennoi Dumyi^», 4/17 de mayo de 1917, en RGIA, fond 1278, opis 10, del 22. <<

[254] «Rukovodiashchiia ukazaniia General'Komissaru oblastei Turtsii, zanyatyij' po pravu voinyi», 15/28 de mayo de 1917, en AVPRI, fond 151, opis 482, del 3481, list 81-82. <<

[ex5] Se suele creer que el gobierno provisional obtenía su autoridad de la Duma, pero la verdad es otra. Cuando se creó, el 7 de marzo, se había perdido toda conexión orgánica con la IV Duma; de hecho, la exclusión de Rodzianko constituía un repudio a dicha institución. Además, algunos ministros, entre ellos M.I. Teréshchenko, ministro de Economía, ni siquiera eran diputados de la Duma. <<

[255] Alexéiev a Lvov, 14/27 de marzo de 1917, reproducido en Alexander F. Kerensky [Kérenski] y Robert Paul Browder (eds.), *The Russian Provisional Government 1917*, vol. 2, pp. 862-863. <<

[256] «Doklad' a nastroenii vois' i naseleniya po dannyim' otchetov voennyij' tsenzurov' raiona I-i armii za Mart' mesyats 1917», en RGVIA, fond 2031, opis'1, del'1181, list'225-26 y reversos. <<

[257] «Instrucciones al comité militar», 19 de marzo/2 de abril de 1917, reproducidas en A. F. Kerensky [Kérenski] y R. P. Browder (eds.), *The Russian Provisional Government 1917*, vol. 2, p. 865. Requerimiento de Alexéiev: citado en Robert S. Feldman, «Russian General Staff and the June 1917 Offensive», p. 528. Cfr. también Allan K. Wildman, *The End of the Russian Imperial Army*, pp. 253-258. <<

[258] «Orden número 8» (8/21 de mayo de 1917), reproducida en A. F. Kerensky [Kérenski] y R. P. Browder (eds.), *The Russian Provisional Government 1917*, pp. 880-881. <<

[259] David Stone, *The Russian Army in the Great War*, p. 281. <<

[260] Informe de los censores militares rusos sobre la *bratanie* [confraternización], 23 de abril/6 de mayo de 1917, en RGVIA, fond 2031, opis 1, del 1181, 262-63 y reversos. <<

[261] Informe de los censores militares sobre la confraternización en el ejército del norte 12/25 de mayo de 1917, en RGVIA, fond 2031, opis 1, del 1181, 287-288 y reversos. <<

[262] «Respuestas del general Nivelle a los mensajes de Alexéiev», 15 de marzo de 1917, reproducido en A. F. Kerensky [Kérenski] y R. P. Browder (eds.), *The Russian Provisional Government 1917*, vol. 2, p. 928. <<

[263] Alexéiev a Brusilov, 18/31 de mayo de 1917, reproducido en ibíd., p. 931. «Rusia se muere, está al borde del abis-

mo; un golpe o dos más y caerá», citado en R. S. Feldman, «Russian General Staff and the June 1917 Offensive», p. 534. <<

[264] Brusilov a Kérenski, 20 de mayo/2 de junio de 1917, reproducido en ibid., p. 932. Sobre la visita de Kérenski con Kolchak: Rusin a Sebastopol, 15/28 de mayo de 1917, en RGAVMF, fond 716, opis 1, del 277. <<

[265] G. W. Le Page al capitán H. G. Grenfell a bordo del *Almaz* en Sebastopol, 29 de abril y 23 de mayo de 1917, en PRO, ADM 137/940. Sobre Tiflis: Firuz Kazemzadeh, *The Struggle for Transcaucasia*, p. 61; y A. K. Wildman, *The End of the Russian Imperial Army*, vol. 2, p. 141. <<

[266] Diario de Golde, entradilla del 1/14 de mayo de 1917; y A. K. Wildman, *The End of the Russian Imperial Army*, vol. 2, pp. 23-24. <<

[267] Citas en ibid., pp. 26-27; y en Richard Pipes, *The Russian Revolution*, p. 413. <<

[268] A. K. Wildman, *The End of the Russian Imperial Army*, vol. 2, pp. 23-24. <<

[269] Baluiev desde Vorobin, 18/31 de mayo de 1917, 1:40 p. m., y, sobre las deserciones, Sollogub desde Vorobin, 18/31 de mayo de 1917 (5:40 p. m.) y 19 de mayo/1 de junio de 1917 (6:00 p. m.), en RGVIA, fond 2067, opis 1, del 395, list 138-139, 140, 145. <<

[270] Gerua desde Vorobin, 20 de abril/3 de mayo de 1917 (1 0:15 p. m.), y 23 de abril/6 de mayo de 1917 (10:45 p. m.), en RGVIA, fond 2067, del 394, list 371 y 395. <<

[271] Citado en W. B. Scharlau y Z. A. B. Zeman, *The Merchant of Revolution*, pp. 207-208. Sobre las deserciones, cfr. Baluiev desde Vorobin, 18/31 de mayo de 1917; Sollogub desde Vorobin, 3/16 de junio de 1917 y 7/20 de junio de 1917, en RGVIA, fond 2067, del 394, list 326 y 355. <<

[272] Actas del I Congreso Panruso de los Sóviets, 6 y 12 de junio de 1917, en A.F. Kerensky [Kérenski] y R. Browder (eds.), *The Russian Provisional Government 1917*, vol. 2, p. 939. En la resolución se afirma que «mientras la democracia revolucionaria rusa no acabe con la guerra, se verá obligada a mantener su ejército en condiciones tanto de ataque como de defensa» y se añade que este asunto se había decidido «desde un punto de vista exclusivamente militar y estratégico». <<

[273] R.S. Feldman, «Russian General Staff and the June 1917 Offensive», p. 536. <<

[274] Teniente general Ilkévich a Brusilov, 15 de junio de 1917, en RGVIA, fond 2067, opis 1, del 395, 416 y reverso. Sellado y recibido en la Stavka, el 15 de junio de 1917. <<

[275] Las citas en A.K. Wildman, *The End of the Russian Imperial Army*, vol. 2, pp. 28, 52-53. <<

[276] Ibid. <<

[ex6] Según una versión de Kérenski posterior, este avergonzó al *mujik* y lo relevó con las palabras: «No queremos cobardes en el ejército ruso». Supuestamente, el soldado se retractó de lo que había dicho y se convirtió en un «soldado modelo». Es un relato edificante, aunque no parece muy probable que refleje toda la verdad. <<

[277] Robert S. Feldman, «Russian General Staff and the June 1917 Offensive», p. 539; Allan K. Wildman, *The End of the Russian Imperial Army*, vol. 2, pp. 89-91. <<

[278] Citado en A. K. Wildman, *The End of the Russian Imperial Army*, vol. 2, p. 92. <<

[279] Orden de Kérenski al ejército y la flota, reproducida en Frank Golder (ed.), *Documents of Russian History*, pp. 426-427. <<

[280] Citado en R. S. Feldman, «Russian General Staff and the June 1917 Offensive», p. 539 <<

[281] A. K. Wildman, *The End of the Russian Imperial Army*, vol. 2, pp. 95-96. <<

[282] Baluiev a Brusilov desde Vorobin, 23 de junio/8 de julio de 1917, en RGVIA, fond 2067, opis 1, del 396, list 13 y reverso. <<

[283] A. K. Wildman, *The End of the Russian Imperial Army*, vol. 2, p. 98, y R. S. Feldman, «Russian General Staff and June 1917 Offensive», p. 539. <<

[284] Citas en A. K. Wildman, *The End of the Russian Imperial Army*, vol. 2, pp. 98-99. <<

[285] Citas en ibíd., pp. 93-94; y, sobre el ejército especial, cfr. los informes de operaciones de Baluiev desde Vorobin, 22 y 26 de junio de 1917, y desde Gen. Valter, 6 de julio de 1917, en RGVIA, fond 2067, opis 1, del 396, list 56, 67, 130. <<

[286] Los discursos pronunciados por Kolontái en abril de 1917 al I regimiento de ametralladoras fueron recordados por casi todos los testigos que declararon tras los días de Julio, como Alexandr Stepanovich Emeliánov, Fiódor Dmitriévich Riazántsev, Anatoli Vasiliévich Sokolov y Fiódor Ivánovich Loshakov, en «Materialyi predvaritel'nogo sledstviya o vooruzhennom vyistuplenii v Petrograde 3 (16)-5 (18) iyul-

ya 1917 goda», en RGASPI, fond 4, opis 3, del 41, list 36, 38, 41-43. <<

[287] Declaración de A.V. Sokolov, 15/28 de julio de 1917, en RGASPI, fond 4, opis 3, del 41, list 21 y reverso. Sobre la guardia de reservistas de Moscú: «Postanovlenie» y, sobre el levantamiento del 3-4 de julio, «Prokuror. Petrogradskago Sudebnyoi Palatyi», *ca.* finales de julio de 1917, en TsGIAS-Pb, fond 1695, opis 2, del 1, list 17-19. Sobre los contactos de Semashko con la organización militar bolchevique de Kschessinska, cfr. «Report of the Public Prosecutor on the Investigation of the Charges Against the Bolsheviks», extraído de *Rech,* en Alexander F. Kerensky [Kérenski] y Robert Paul Browder (eds.), *The Russian Provisional Government*, vol. 3, p. 1371. <<

[288] Citado en A.K. Wildman, *The End of the Russian Imperial Army*, vol. 2, p. 125; y carta de Golder a «K.» (probablemente el historiador de Harvard Robert J. Kerner), 5/18 de junio de 1917, citado en Terence Emmons y Bertrand M. Patenaude (eds.), *War, Revolution, and Peace in Russia: The Passages of Frank Golder*, pp. 74-75. <<

[289] B.V. Nikitin, *The Fatal Years*, p. 133. Cfr. también Richard Pipes, *The Russian Revolution*, p. 421. <<

[290] B.V. Nikitin, *The Fatal Years*, pp. 124-132. <<

[291] Declaraciones de Afanasi Yefimovich Zamikin y de I.P. Slesarenok, 15/28 de julio de 1917, en RGASPI, fond 4, opis 3, del 41, list 34, 42. <<

[292] «The *Izvestiya's* Account of the Uprising», 4/17 de julio de 1917, reproducido en Frank Golder (ed.), *Documents of Russian History*, p. 445; diario de Golder, entradilla del 3/16 de julio; y, para otros regimientos, cfr. R. Pipes, *The Russian Revolution*, p. 423. <<

[293] Evan Mawdsley, *The Russian Revolution and the Baltic Fleet*, p. 55; Leonard Shapiro, *The Russian Revolutions of 1917*, p. 83; y, para el cómputo de 6000 marineros armados de Kronstadt, «Postanovlenie», 21 de julio/3 de agosto de 1917, en «Materialyi predvaritel'nogo sledstviya o vooruzhennom vyistuplenii v Petrograde 3 (16)-5 (18) iyulya 1917 goda», en RGASPI, fond 4, opis 3, del 41, list 81. <<

[294] Declaración de Lev Nikoláievich Ginnerman, en RGASPI, fond 4, opis 3, del 41, list 24. <<

[295] Citado en R. Pipes, *The Russian Revolution*, pp. 427-428. <<

[296] Declaración de Sheliajovskaia. Para el cálculo del número de insurrectos, cfr. R. Pipes, *The Russian Revolution*, p. 428, y notas a pie de página. <<

[297] «The *Izvestiya's* Account of the Uprising», en *Izvestia*, núm. 108, 4/17 de julio de 1917, reproducido en F. Golder (ed.), *Documents of Russian History*, pp. 445-447. <<

[298] El coronel B. V. Nikitin afirmó después que los bolcheviques habían sido asaltados por «un imaginario ejército de cosacos». Sin embargo, este ejército no era imaginario. Frank Golder anotó en su diario: «Los soldados bolcheviques dispararon y mataron a algunos cosacos, así como a sus caballos; yo lo vi mientras permanecía tumbado en [la avenida] Liteini». B. V. Nikitin, *The Fatal Years*, p. 140. Diario de Golder, entradilla del 4/17 de julio de 1917. Cfr. también *Izvestia*, núm. 108, 4/17 de julio de 1917, reproducido en F. Golder (ed.), *Documents of Russian History*, pp. 445-447. <<

[299] R. Pipes, *The Russian Revolution*, pp. 426-427. <<

[300] Declaración de Zamikin. <<

[301] Ibíd., p. 429; N. N. Sukhanov [Sujánov], *The Russian Revolution 1917*, pp. 445-447; y B. V. Nikitin, *The Fatal Years*, pp. 149-150. <<

[302] Declaración de Zamikin. <<

[303] B. V. Nikitin, *The Fatal Years*, p. 154. <<

[304] Ibíd., p. 160; y R. Pipes, *The Russian Revolution*, pp. 431-432. El *exposé* se publicó en *Zhivoie Slovo* el 5/18 de julio 1917; aparece reproducido en A. F. Kerensky [Kérenski] y R. P. Browder (eds.), *The Russian Provisional Government*, pp. 1364-1365. <<

[305] B. V. Nikitin, *The Fatal Years*, p. 166; R. Pipes, *The Russian Revolution*, p. 434. Sobre la rendición y los términos negociados por Stalin, cfr. E. Mawdsley, *The Russian Revolution and the Baltic Fleet*, p. 56. <<

[306] B. V. Nikitin, *The Fatal Years*, p. 172 y *passim*. <<

[307] «Rechazo bolchevique a las acusaciones contra Lenin sobre el dinero alemán», *Listok Pravdi*, 6/19 de julio de 1917, reproducido en A. F. Kerensky [Kérenski] y R. P. Browder (eds.), *The Russian Provisional Government*, p. 1366; «Carta de Trotski al gobierno provisional», 10/23 de julio de 1917, reproducido en F. Golder (ed.), *Documents of Russian History*, pp. 460-461. <<

[308] Declaraciones de S.V. Gagarin, B.V. Lobachevski, V.V. Kurochkin e I.P. Vasíliev, 11-14 (2427) de julio de 1917, en RGASPI, fond 4, opis 3, del 41, list 17-20, 31. <<

[309] «Declaración del [Ispolkom]», en *Izvestia*, núm. 110, 6/19 de julio de 1917, e «Informe del ministerio público sobre la investigación de las acusaciones contra los bolcheviques», en *Rech*, 22 de julio/4 de agosto de 1917, ambos reproducidos en Alexander F. Kerensky [Kérenski] y Robert Paul Browder (eds.), *The Russian Provisional Government*, vol. 3, pp. 1367, 1370-1377. La *cursiva* es mía. <<

[310] N.N. Sukhanov [Sujánov], *The Russian Revolution 1917*, p. 471. <<

[311] «Observaciones de Perevérzev sobre las acusaciones», en *Nóvoie Vremia*, 7/20 de julio de 1917, reproducido en A.F. Kerensky [Kérenski] y R.P. Browder (eds.), *The Russian Provisional Government*, p. 1367; y Vladimir Bonch-Bruevich [Vladímir Bonch-Bruiévich], *Na boevyij postaj*, pp. 89-90. Para el punto de vista de B.V. Nikitin, cfr. *The Fatal Years*, p. 169. <<

[312] «Opiniones de Teréshchenko, Nekrásov y Kérenski sobre las acusaciones contra los bolcheviques y sobre el restablecimiento del orden de Perevérzev», en *Nóvoie Vremia* 8/21 de julio de 1917, reproducido en A.F. Kerensky [Kérenski] y R.P. Browder (eds.), *The Russian Provisional Government*, p. 1367. «Es esencial acelerar la publicación de las pruebas», citado en Richard Abraham, *Alexander Kerensky*, p. 221. <<

[313] «Dimisión de los miembros del partido de los kadetes del ministerio», 3/16 de julio de 1917, reproducido en Frank Golder (ed.), *Documents of Russian History*, pp. 440-441; y «Aceptación de la dimisión de los ministros kadetes y presentación de la renuncia del príncipe Lvov», en *Zhurnal*,

núm. 125 (7/2O de julio de 1917), reproducido en A.F. Kerensky [Kérenski] y R.P. Browder (eds.), *The Russian Provisional Government*, p. 1385. <<

[314] Las citas en Allan K. Wildman, *The End of the Russian Imperial Army*, vol. 2, pp. 125-126. <<

[315] «El príncipe Lvov sobre Kérenski, su sucesor como ministro presidente», en *Rússkoie Slovo*, 12-VII-1917, reproducido en A.F. Kerensky [Kérenski] y R.P. Browder (eds.), *The Russian Provisional Government*, p. 1389. <<

[316] Lucius von Stoedten desde Estocolmo, 20 de julio de 1917, en PAAA, R 10080. Sobre Kérenski en el ejército, cfr. R. Abraham, *Alexander Kerensky*, p. 244 y *passim*. <<

[317] Las citas en A.K. Wildman, *The End of the Russian Imperial Army*, pp. 124-127. <<

[318] David Stone, *The Russian Army in the Great War*, pp. 290-291; y Stelnitski a Brusílov, 12/25 de julio de 1917, en RGVIA, fond 2067, opis 1, del 396, list 207. <<

[319] Extracto de la carta de un soldado del V ejército, 17/30 de julio de 1917, en RGVIA, fond 2031, opis 1, del 1181, list 360. El comandante de la XLII división del II ejército del frente occidental aparece mencionado en A.K. Wildman, *The End of the Russian Imperial Army*, vol. 2, p. 129. <<

[320] Citado en D. Stone, *The Russian Army in the Great War*, p. 292. Cien prisioneros alemanes: carta de un soldado del ejército del norte, *ca.* finales de julio de 1917, en RGVIA, fond 2031, opis 1, del 1181, list 362. <<

[321] Richard Pipes, *The Russian Revolution*, p. 442. <<

[322] «Discurso de Kérenski ante el comité ejecutivo», en *Izvestia*, 13/26 de julio de 1917, reproducido en F. Golder (ed.), *Documents of Russian History*, p. 482. <<

[323] «Informe sobre la conferencia de Moscú», en *Rech*, 13/26 de agosto de 1917, reproducido en F. Golder (ed.), *Documents of Russian History*, p. 491. <<

[324] «Discurso de apertura de Kérenski», reproducido en A. F. Kerensky [Kérenski] y R. P. Browder (eds.), *The Russian Provisional Government* vol. 3, 1457-1462. <<

[325] «Segundo día», en *Izvestia*, 15/28 de agosto de 1917, reproducido en F. Golder (ed.), *Documents of Russian History*, pp. 493-495. <<

[326] Ibíd.; para más información sobre el impacto del discurso de Kaledin, cfr. A. K. Wildman, *The End of the Russian Imperial Army*, vol. 2, p. 186. <<

[327] Citado en R. Pipes, *The Russian Revolution*, pp. 447-448. <<

[328] D. Stone, *The Russian Army in the Great War*, pp. 292-297. <<

[329] Evan Mawdsley, *The Russian Revolution and the Baltic Fleet*, pp. 67-69. <<

[330] «Informe del general Lukomski», extraído de sus memorias, en A. F. Kerensky [Kérenski] y R. P. Browder (eds.), *The Russian Provisional Government* vol. 3, pp. 1549-1550. <<

[331] Ibíd., pp. 1550-1551. <<

[332] «Declaración de Sávinkov», entregada a un periodista de *Birzhevia Védomosti*, 12-IX-1917, reproducida en A. F. Kerensky [Kérenski] y R. P. Browder (eds.), *The Russian Provisional Government*, vol. 3, pp. 1554-1555. <<

[333] «Informe del general Lukomski»; y «De las *Memorias* de V. N. Lvov», reproducidos en A. F. Kerensky [Kérenski] y R. P. Browder (eds.), *The Russian Provisional Government*, vol. 3, p. 1563. La mayor discrepancia entre ambas versiones consiste en que, según Lukomski, la reunión tuvo lugar el

25 de agosto por la mañana y no a las 10 de la noche del 24 de agosto. <<

[334] «Informe de Kérenski de su segundo encuentro con Lvov y su conversación a través del transmisor telegráfico de Hughes con Kornílov», reproducido en A.F. Kerensky [Kérenski] y R.P. Browder (eds.), *The Russian Provisional Government*, vol. 3, pp. 1568-1569. <<

[335] Una copia original del radiotelegrama de Kérenski del 27 de agosto de 1917 (recibido en Pskov en el cuartel general del ejército del norte) se conserva en RGVIA, fond 2031, opis 1, del 1558, list 79. Para más detalles, cfr. R. Pipes, *The Russian Revolution*, pp. 456-457. <<

[336] Una copia original de la réplica de Kornílov (recibida en Pskov en el cuartel general del ejército del norte) se conserva en RGVIA, fond 2031, opis 1, del 1558, list 36, 38, 39, 40. Sobre el intento de mediación de Sávinkov, cfr. «Declaración de Sávinkov». <<

[337] R. Pipes, *The Russian Revolution*, pp. 461-462. <<

[338] Lukomski a Kérenski, con copia a todos los comandantes del frente (1:00 p. m. del 27 de agosto de 1917), en RGVIA, fond 2031, opis 1, del 1558, list 31-33; transcripción de la conversación entre Alexéiev y Kornílov celebrada el 30 de agosto entre la 1:00 p. m. y las 3:00 p. m., en RGVIA, fond 2031, opis 1, del 1558, list 81-82 (y reversos). <<

[339] «Los obreros toman las armas», en *Izvestia* 29-VIII-1917, y «Negociaciones para la puesta en libertad de determinadas personas detenidas en relación con los días de Julio», en *Izvestia*, 31-VIII-1917, reproducido en A.F. Kerensky [Kérenski] y R.P. Browder (eds.), *The Russian Provisional Government*, vol. 3, pp. 1590-1591. <<

[340] Menchukov desde Vorobin, 12/25 de agosto de 1917, en RGVIA, fond 2067, opis 1, del 397, list 136; y Svechin desde Dvinsk [Daugavpils], 28 de julio de 1917, en RGVIA, fond 2031, opis 1, del 1555, list 163-165. <<

[341] Lukomski a Kérenski, 27 de agosto de 1917; Baluiev desde el cuartel general occidental y Shcherbachov desde el cuartel general del frente rumano, 28 de agosto de 1917, en RGVIA, fond 2031, opis 1, del 1558, list 26-27, 29. Denikin: citado en Allan K. Wildman, *The End of the Russian Imperial Army*, vol. 2, p. 197. <<

[342] «Extractos de cartas de soldados sobre el asunto Kornílov», 1/14-15/28 de septiembre de 1917, en RGVIA, fond 2031, opis 1, del 1181, list 378-385 (y reversos). <<

[343] Menchukov desde Vorobin, 6/19, 11/24, 16/29 de septiembre y 21 de septiembre/4 de octubre de 1917, en RGVIA, fond 2067, opis 1, del 397, list 344, 375, 407, 453. <<

[344] A. K. Wildman, *The End of the Russian Imperial Army*, vol. 2, p. 201. <<

[345] Svechin desde Dvinsk [Daugavpils], 1/14 de septiembre de 1917, en RGVIA, fond 2031, opis 1, del 1555, list 240 y reverso. <<

[346] Informe de Parski sobre la moral en el XII ejército del noroeste, 28 de septiembre de 1917, en RGVIA, fond 2013, opis 1, del 1543, list 14-18. <<

[347] «Estado de las tropas en el frente», informe de los servicios de Inteligencia, 2-13 de octubre de 1917, reproducido en James Bunyan y H. H. Fisher (eds.), *The Bolshevik Revolution, 1917-1918*, p. 24. <<

[348] Citado en Evan Mawdsley, *The Russian Revolution and the Baltic Fleet*, p. 96. Espías [alemanes]: informe de un agente de Estocolmo, 16/29 de septiembre, en BA/MA, RM

5/2596. Sobre la operación Albión, cfr. David Stone, *The Russian Army in the Great War*, pp. 299-304. <<

[349] Richard Pipes, *The Russian Revolution*, pp. 466-467. <<

[350] Declaración de Chernov, en RGASPI, fond 4, opis 3, del 41, 308-309. <<

[351] Declaración de Lebedev, en RGASPI, fond 4, opis 3, del 41, 325. <<

[352] Citado en Sergei [Serguéi] Melgunov, *KakBol'shevikizajvatili vlast'*, p. 13. <<

[353] Discurso de Kérenski en el congreso democrático de Petrogrado, 14/27 de septiembre de 1917, reproducido en Alexander F. Kerensky [Kérenski] y Robert Paul Browder (eds.), *The Russian Provisional Government 1917*, vol. 3, pp. 1674-1675; y, sobre la explosiva segunda mitad (expurgada de la edición del propio Kérenski), cfr. Frank Golder (ed.), *Documents of Russian History*, pp. 544-545. Kámenev: «Resolución [bolchevique]», reproducida en ibíd., pp. 551-553. <<

[354] «Dimisión de Alexéiev», 9-IX-1917, reproducida en A. F. Kerensky [Kérenski] y R. P. Browder (eds.), *The Russian Provisional Government 1917*, vol. 3, p. 1621. <<

[355] Para las cifras de las elecciones en Moscú, cfr. Matthew Rendle, «The Problem of the "Local" in Revolutionary Russia: Moscow Province, 1914-1922», en Sarah Badcock *et al.* (eds.), *Russia's Home Front in War and Revolution*, vol. 3, 1: *Russia's Revolution in Regional Perspective*, pp. 19-44. <<

[356] Cfr. los archivos conservados en la carpeta «Telegramma nachal'nika Petrogradskoi militsii vsem komissaram o poluchenii ordera… na arrest V. I. Ul'yanova (Lenina)… obvinyaemogo po delu o vooruzhennom vosstanii 3 (16)-5 (18) iyulya 1917 g v Petrograde», en RGASPI, fond 4, opis 3, del 45. <<

[357] Cfr. A.K. Wildman, *The End of the Russian Imperial Army*, pp. 270-277. <<

[358] Vladímir I. Lenin, «La crisis ha madurado», 29 de septiembre/12 de octubre de 1917, en V.I. Lenin, *Selected Works*, vol. 6, pp. 231-232. <<

[359] Izvestia, transcripciones de las reuniones del sóviet celebradas el 21 y el 23 de septiembre de 1917, reproducidas en B.D. Galperina y V.I. Startsev (eds.), *Petrogradskii Sovet rabochij i soldatskij deputatov*, vol. 4, pp. 382-385. <<

[360] «Otchet "Petrogradskoi gazetyi" ob obshchem sobranii», 3 de octubre de 1917, reproducido en ibíd., pp. 446-448. <<

[361] La transcripción de la reunión clave del 10 de octubre del comité central bolchevique aparece reproducida en A.F. Kerensky [Kérenski] y R.P. Browder (eds.), *The Russian Provisional Government 1917*, vol. 3, pp. 1762-1763; cfr. J. Bunyan y H.H. Fisher (eds.), *The Bolshevik Revolution, 1917-1918* , pp. 56-58. La objeción de Kámenev se cita en Orlando Figes, «The Harmless Drunk», en Tony Brenton (ed.), *Historically Inevitable? Turning Points of the Russian Revolution*, p. 132. <<

[362] N.N. Sukhanov [Sujánov], *The Russian Revolution 1917*, p. 562; y para la cita del 18 de octubre, cfr. R. Pipes, *The Russian Revolution*, p. 480. <<

[363] Kérenski a Londres: citado en Richard Abraham, *Alexander Kerensky*, p. 313. A Buchanan (*ca.* 3-4/16-17 de octubre de 1917): citado en el informe de un agente alemán enviado desde Estocolmo el 17/30 de octubre de 1917, basado en un informe con fecha de 5/18 de octubre de 1917, en BA/MA, RM 5/2596. <<

[364] Ibíd. Sobre la nueva orden de Kérenski: informe de un agente alemán de San Petersburgo archivado en Estocolmo

el 26 de octubre/8 de noviembre de 1917, en BA/MA, RM 5/2596. Comentario de Kérenski a Buchanan: cita en R. Pipes, *The Russian Revolution*, pp. 477-478. <<

[365] Citas en A. K. Wildman, *The End of the Russian Imperial Army*, vol. 2, pp. 291-292. <<

[366] Ibíd., p. 293; y R. Abraham, *Alexander Kerensky*, p. 315. <<

[367] «Orden del comandante del distrito militar de Petrogrado», 24 de octubre/6 de noviembre de 1917, y «Petrogrado se declara en estado de insurrección», discurso de Kérenski ante el (proto) Parlamento, 24 de octubre/6 de noviembre de 1917, ambos reproducidos en J. Bunyan y H. H. Fisher (eds.), *The Bolshevik Revolution, 1917-1918*, pp. 85-91. <<

[368] «Declaración del Comité Militar Revolucionario [del Sóviet de Petrogrado (Milrevkom)]», 24 de octubre/6 de noviembre de 1917, y «Lenin insta a la inmediata toma del poder», carta del 24 de octubre/6 de noviembre de 1917, reproducida en J. Bunyan y H. H. Fisher (eds.), *The Bolshevik Revolution, 1917-1918*, pp. 95-96. Lenin escapa al piquete: O. Figes, «The Harmless Drunk», en Tony Brenton (ed.), *Historically Inevitable? Turning Points of the Russian Revolution*, p. 123. <<

[369] El mejor relato de los sucesos acaecidos ese martes por la noche, basado en una buena lectura de las fuentes disponibles, es el de R. Pipes en *The Russian Revolution*, pp. 490-491. Sobre Kérenski, cfr. también R. Abraham, *Alexander Kerensky*, p. 316 y *passim*. <<

[370] Polkovnikov a la Stavka en una comunicación directa (10:15 a. m. del 25 de octubre/7 de noviembre de 1917), reproducida en J. Bunyan y H. H. Fisher (eds.), *The Bolshevik Revolution, 1917-1918*, pp. 98-99. <<

[371] «Desarrollo de la insurrección», Levitski a Dujonin en una comunicación directa, mañana del 25 de octubre/7 de noviembre de 1917, reproducida en ibíd., pp. 98-99. <<

[372] Ibíd., y S. Melgunov, *Kak bol'sheviki zajvatili vlast'*, pp. 106-107. <<

[373] Para las citas (incluido el informe sobre las violaciones), cfr. R. Pipes, *The Russian Revolution*, pp. 494-496. Pueden encontrarse más detalles en «Intervención del crucero [de combate] *Aurora*» y «El asalto al palacio de Invierno», reproducidos en J. Bunyan y H. H. Fisher (eds.), *The Bolshevik Revolution, 1917-1918*, pp. 107, 116-117. <<

[374] «Petrogrado el 7 de noviembre», *Delo Naroda*, 8-XI-1917, en J. Bunyan y H. H. Fisher (eds.), *The Bolshevik Revolution, 1917-1918*, p. 105; y R. Pipes, *The Russian Revolution*, p. 495. <<

[375] Informe de un agente alemán de Petrogrado, 2/15 de noviembre de 1917; resumen de los servicios de Inteligencia alemanes de artículos de prensa rusos compilados en Estocolmo el 18 de octubre/1 de noviembre y el 31 de octubre/12 de noviembre de 1917; y, desde Haparanda, el 4/17 de octubre de 1917; y, desde Estocolmo, el 16/29 de septiembre de 1917; todos en BA/MA, RM 5/2596. <<

[376] R. Pipes, *The Russian Revolution*, p. 502. Pipes insiste en que la organización bolchevique en Moscú se denominaba Comité Revolucionario de Moscú, en vez de Milrevkom, porque el sóviet de Moscú no admitía encontrarse bajo su mandato. Sin embargo, sus archivos (guardados en GARF) demuestran que el cuerpo se autodenominaba Comité Militar Revolucionario (Milrevkom). <<

[377] Orden del Milrevkom (Moscú), «vsem' revolyutionnyim' voiskam' Moskovskago Garnizona», 1 de noviembre de 1917; «Prikaz'1-oi zapasnoi artileri-

iskoi brigad'», «Prikaz'2-oi artilleriiskog kolon'», y «Prikaz' v' polkovoi Komitet 193 pejotnago zapasnago polka»; y Milrevkom, informe de situación («Vyisyilayutsya sleduyushchie otryadyi»), 31 de octubre de 1917; todos en GARF, fond P1, opis 1, del 3, list 63, 66, 69, 75, 94. Cfr. también Edward Dune, *Notes of a Red Guard*, Diane Koenker y S. A. Smith (trads.), pp. 58-73. <<

[378] «Prikaz' vsem' voiskam' Voenno-Revolyutsionnago Komiteta», 2 de noviembre de 1917, 3 y 5 de noviembre de 1917, en GARF, fond P1, opis 1, del 3, list 117, 135, 161. <<

[379] Citas en Orlando Figes, «The Harmless Drunk», en Tony Brenton (ed.), *Historically Inevitable? Turning Points of the Russian Revolution*, p. 138. <<

[380] «Abolición de la pena de muerte», «Traspaso a los sóviets de la autoridad en las provincias» y «Proclamación de la paz», 26 de octubre/8 de noviembre de 1917, reproducidos en James Bunyan y H. H. Fisher (eds.), *The Bolshevik Revolution, 1917-1918*, pp. 124-128. <<

[381] Como señala Richard Pipes en *The Russian Revolution*, p. 499. El texto completo del «decreto sobre la tierra», aprobado el 26 de octubre/8 de noviembre de 1917, aparece reproducido en J. Bunyan y H. H. Fisher (eds.), *The Bolshevik Revolution, 1917-1918*, pp. 128-132. <<

[382] «El Sóviet de los Comisarios del Pueblo [Sovnarkom]», reproducido en ibíd., pp. 133-138. <<

[383] Lukirski a Dujonin, 26 de octubre/7 de noviembre de 1917; Kérenski a Cheremisov y Cheremisov a los comandantes del I, V y XII ejércitos, 27 de octubre/8 de noviembre, reproducido en J. Bunyan y H. H. Fisher (eds.), *The Bolshevik Revolution, 1917-1918*, pp. 143-145. <<

[384] P. N. Krasnov, «La marcha hacia Tsárskoie Seló», reproducido en ibíd., p. 150. <<

[385] «Decreto del Comité Panruso para la Salvación del País y de la Revolución» y «Boletín» del mismo, 29 de octubre/11 de noviembre de 1917, reproducido en ibíd., p. 151. <<

[386] «Propuesta de paz de Krasnov», 31 de octubre de 1917, y el telegrama de Kérenski que la acompañaba, reproducidos en ibíd., p. 165. <<

[387] Citado en Allan K. Wildman, *The End of the Russian Imperial Army*, vol. 2, p. 336. <<

[388] «La revolución de Octubre en Sarátov», reproducido a partir de las memorias de Mikhail [Mijaíl] Vasiliev-Iuzhin,

en Jonathan Daly y Leonid Trofimov (eds.), *Russia in War and Revolution*, 1914-1922, pp. 117-120. <<

[389] «Sobre el establecimiento del gobierno bolchevique en la provincia de Viatka, diciembre de 1917» y «Un agitador bolchevique en la provincia de Perm, diciembre de 1917», en ibíd., pp. 120-124. Sobre los «pogromos provocados por el alcohol» en la provincia de Perm, cfr. el informe de los servicios de Inteligencia recibido en la Stavka el 9/22 de noviembre de 1917, en RGVIA, fond 2031, opis 1, del 6, list 150. <<

[390] Memorias de M. Vasiliev-Iuzhin, en Jonathan Daly y Leonid Trofimov (eds.), *Russia in War and Revolution, 1914-1922*. Sobre la fuga de Kornílov, cfr. Evan Mawdsley, *The Russian Civil War*, p. 27. <<

[391] «Huelga de funcionarios del Estado en Petrogrado», resolución publicada en *Volia Naroda*, 28 de octubre/10 de noviembre de 1917, reproducida en J. Bunyan y H. H. Fisher (eds.), *The Bolshevik Revolution, 1917-1918*, p. 225. <<

[392] «El ultimátum del Vikzhel para acabar con la guerra civil», 29 de octubre/11 de noviembre de 1917, reproducido en J. Bunyan y H. H. Fisher (eds.), *The Bolshevik Revolution, 1917-1918*, p. 155. Para más información sobre el Vikzhel y la huelga de ferrocarriles, cfr. Leonard Shapiro, *The Russian Revolutions of 1917*, pp. 141-145. <<

[393] «La huelga de funcionarios del Estado se extiende», *Delo Naroda* 28 de octubre/10 de noviembre de 1917, y «Razones para la huelga», en *Delo Naroda* 8/21 de noviembre de 1917, ambos reproducidos en ibíd., pp. 226-227; y Sean McMeekin, *History's Greatest Heist*, p. 15. <<

[394] Citado en ibíd., p. 11. <<

[395] R. Pipes, *The Russian Revolution*, p. 528. <<

[396] F. O. Lindley, «Reportaje sobre los recientes acontecimientos que han sucedido en Rusia», 12/25 de noviembre de 1917, en PRO, FO 3000/3743. <<

[397] N. V. Obolenski-Osinski, «Cómo nos hicimos con el control del Banco del Estado», reproducido en J. Bunyan y H. H. Fisher (eds.), *The Bolshevik Revolution, 1917-1918*, p. 319. <<

[398] Ibíd. «Un millón de rublos por cabeza, pero solo al contado»: F. O. Lindley, «Reportaje sobre los recientes acontecimientos que han sucedido en Rusia». El acuerdo de 5 millones de rublos queda confirmado en un informe de los servicios de Inteligencia alemanes (17/30 de noviembre de 1917), en BA/MA, RM 5/2596. <<

[399] Carta del director del Russian & English Bank, de Petrogrado, enviada desde Petrogrado el 24 de enero de 1918 a la sucursal del banco en Londres, entregada al Ministerio de Asuntos Exteriores británico, en PRO, FO 371/3701; y «Situación de la banca», anexo al comunicado comercial núm. 6 de sir George Buchanan (6 de enero de 1918), en PRO, FO 371/3294. <<

[400] Citado por Nicolas Werth, «The Iron Fist of the Dictatorship of the Proletariat», en *The Black Book of Communism*, p. 103. <<

[401] Tony Brenton, «The Short Life and Early Death of Russian Democracy», en Tony Brenton (ed.), *Historically Inevitable? Turning Points of the Russian Revolution*, pp. 155-156. <<

[402] «Proekt dekreta o provedenii v zhizn' nationalizatsii bankov i o neobjodimyj v sviazi s etim' meraj'», 14/27 de diciembre de 1917, en RGASPI, 670-1-35, 19-21; «Naimenovanie Bankov. Adres'. NoNo Telefonov^», y documento sin fecha, *ca.* finales de diciembre de 1917, «Upravliaiushchemu

Komissariatom byvsh. chastnyj bankov tov. Sokolnikovu»; todo en RGASPI, 670-1-35, 5-8 (y reversos), 54. <<

[403] «Situación de la banca», anexo al comunicado comercial núm. 6 de sir George Buchanan (6 de enero de 1918), en PRO, FO 371/3294; «Apertura de las cámaras de seguridad de los bancos», anexo al comunicado comercial [s. núm.] de sir George Buchanan (5 de enero de 1918), en PRO, FO 371/3294; e informe del Consulado General Británico, Moscú, recibido en Londres vía F. O. Lindley de Petrogrado, 28 de enero de 1918, en PRO, FO 368/1965. <<

[404] The Russian Revolution (1990), el libro clásico de Richard Pipes, constituye un caso típico. Tras narrar la chapucera ofensiva de Kérenski, R. Pipes escribe: «Como dicho ejército ya no se embarcó en operaciones de importancia después de julio de 1917, tal vez sea este el lugar apropiado para hacer una estimación de las pérdidas humanas sufridas por Rusia en la I Guerra Mundial» [Richard Pipes, *La Revolución rusa*, Barcelona, Debate, 2016]. En estudios más recientes, realizados por especialistas en historia militar, como *Russian Army in the Great War* (2015), de David Stone, se analizan mucho más minuciosamente los sucesos acaecidos en el campo de batalla en 1917. <<

[405] Informes de campo del ejército especial (Vorobin), 11/24 y 16/29 de septiembre de 1917; 21 de septiembre/4 de octubre de 1917, en RGVIA, fond 2067, opis 1, del 397, list 375, 407, 453, 503; y sobre el 14, 18, 25 y 26 de octubre, en RGVIA, fond 2067, opis 1, del 398, list 99, 162, 241, 255. <<

[406] Citas en Allan K. Wildman, *The End of the Russian Imperial Army*, vol. 2, pp. 314-315. <<

[407] Citas en ibíd., pp. 316-317. <<

[408] «Orden a Dujonin de emprender conversaciones de paz»», radiotelegrama de Lenin, Trotski y Krilenko a la Stavka, 8/21 de noviembre de 1917, y «Dujonin se niega», comunicación directa (conversación), 2 a. m. del 9/22 de noviembre, ambas reproducidas en James Bunyan y H. H. Fisher (eds.), *The Bolshevik Revolution, 1917-1918*, pp. 233-234. Sobre las condiciones de Dujonin, cfr. A. K. Wildman, *The End of the Russian Imperial Army*, vol. 2, p. 380. <<

[409] Kurt Riezler desde Estocolmo, 13/26 de noviembre de 1917, enviado a los consulados alemanes en el extranjero, en PAAA, R 2000. Observaciones de Lenin al II Congreso de los Sóviets (26 de octubre), Trotski y los embajadores alia-

dos: citas en John W. Wheeler-Bennett, *Brest-Litovsk. The Forgotten Peace*, pp. 69-71. <<

[410] «Dujonin se niega», comunicación directa (conversación), 2 a. m. del 9/22 de noviembre, reproducida en J. Bunyan y H.H. Fisher (eds.), *The Bolshevik Revolution, 1917-1918*, pp. 233-234. <<

[411] «Lenin insta a los soldados a negociar con el enemigo», publicado en *Izvestia*, 9/22 de noviembre de 1917, en J. Bunyan y H.H. Fisher (eds.), *The Bolshevik Revolution, 1917-1918*, p. 236. <<

[412] «Llamamiento del comité panruso a los soldados», radiotelegrama del 8/21 de noviembre de 1917, reproducido en J. Bunyan y H.H. Fisher (eds.), *The Bolshevik Revolution, 1917-1918*, p. 240. Sobre Dujonin y los agregados militares aliados [de Moguilov], cfr. J.W. Wheeler-Bennett, *Brest-Litovsk. The Forgotten Peace*, pp. 72-73. <<

[413] «Protesta de las misiones militares aliadas», 10/23 de noviembre de 1917, y «Respuesta de Trotski», 11/24 de noviembre de 1917, reproducidos en J. Bunyan y H.H. Fisher (eds.), *The Bolshevik Revolution, 1917-1918*, pp. 245-246. Para más detalles sobre Trotski y el robo de los archivos, cfr. informe de los servicios de Inteligencia alemanes de Petersburgo 16/29 de noviembre de 1917, BA/MA, RM 5/2596. <<

[414] «Comentario de *Izvestiya* sobre las informaciones francesas y estadounidenses», 14/27 de noviembre de 1917, reproducido en J. Bunyan y H.H. Fisher (eds.), *The Bolshevik Revolution, 1917-1918*, pp. 250-251. <<

[415] «Orden número 2 de Krilenko», 13/26 de noviembre de 1917, reproducida en J. Bunyan y H.H. Fisher (eds.), *The Bolshevik Revolution, 1917-1918*, p. 256. La orden de confraternización de Krilenko del 15/28 de noviembre aparece ci-

tada en J.W. Wheeler-Bennett, *Brest-Litovsk. The Forgotten Peace*, p. 75. <<

[416] Allan K. Wildman, *The End of the Russian Imperial Army*, p. 401. A.K. Wildman cita solo el testimonio de testigos presenciales partidarios de Krilenko, pues no quedaban testigos que pudieran contar la versión de Dujonin. <<

[417] Informes de los servicios de Inteligencia alemanes, 27 de noviembre/10 de diciembre de 1917 y 4/17 de diciembre de 1917, en BA/MA, RM 5/2596. Dvinsk: informe de un agente alemán desde Brest-Litovsk, 29 de diciembre/11 de enero de 1918, en BA/MA, RM 5/4065. <<

[418] Informe de los servicios de Inteligencia alemanes, 27 de noviembre/10 de diciembre de 1917. <<

[419] Directiva de Krilenko núm. 19018, 8/21 de diciembre de 1917; telegrama de Novitski núm. 6544, 27 de noviembre/10 de diciembre de 1917, y telegrama de Lukirski núm. 6033, 28 de noviembre/11 de diciembre de 1917, y la documentación adjunta, en GARF, fond P375, opis 1, del 8, list 1, 3, 8 (y reverso), 9 (y reverso). <<

[420] Citado en J.W. Wheeler-Bennett, *Brest-Litovsk. The Forgotten Peace*, p. 79. Sobre los servicios de Inteligencia alemanes, cfr. el informe denominado «Russland-Inneres [Rusia: asuntos internos]», 17/30 de noviembre de 1917, en BA/MA, RM 5/2596. <<

[421] Para un resumen detallado de estas negociaciones, cfr. J. Bunyan y H.H. Fisher (eds.), *The Bolshevik Revolution, 1917-1918*, pp. 259-261. <<

[422] Cita en J.W. Wheeler-Bennett, *Brest-Litovsk. The Forgotten Peace*, pp. 86-87. <<

[423] Las disposiciones técnicas del acuerdo se conservan en el Archivo Militar Alemán de Friburgo BA/MA, RM 5/2596. Sobre la confraternización y la propaganda, cfr. J.W.

Wheeler-Bennett, *Brest-Litovsk. The Forgotten Peace*, pp. 92-94. <<

[424] La alocución radiofónica de Trotski del 4/17 de diciembre aparece reproducida, en alemán, en BA/MA, RM 5/2596. Para su invitación del 23 de noviembre a los aliados y para el discurso del 8/21 de diciembre, cfr. J. Bunyan y H.H. Fisher (eds.), *The Bolshevik Revolution, 1917-1918*, pp. 270-271. <<

[425] Las condiciones de Joffe (fijadas el 9/22 de diciembre) y la respuesta austroalemana redactada por el conde Ottokar von Czernin, aparecen reproducidas en J. Bunyan y H.H. Fisher (eds.), *The Bolshevik Revolution, 1917-1918*, pp. 477-480. Stashkov: J.W. Wheeler-Bennett, *Brest-Litovsk. The Forgotten Peace*, p. 114. <<

[426] «Máximo secreto», transcripción de la conversación entre Von Lucius y Radek en Estocolmo, 8/21 de diciembre de 1917, informes de agentes alemanes de Petrogrado, 9/22 de diciembre y 10/23 de diciembre de 1917, en BA/MA, RM 5/2596. Sobre la disolución del ejército ruso: informe de un agente alemán desde Brest-Litovsk, 29 de diciembre/11 de enero de 1918. Informe de los servicios de Inteligencia militar alemanes, fechado el 21 de diciembre/3 de enero de 1918, en BA/MA, RM 5 4065. Trotski: citado en J.W. Wheeler-Bennett, *Brest-Litovsk. The Forgotten Peace*, p. 115. <<

[427] Informe de un agente alemán desde Petrogrado, 14/27 de diciembre de 1917, en BA/MA, RM 5/2596. Sobre Transcaucasia, cfr. Michael A. Reynolds, *Shattering Empires*, pp. 175-176. <<

[428] Los 14 puntos se pueden consultar *online*: http://avalon.law.yale.edu/20th_century/wilson14.asp. <<

[429] Citas en J.W. Wheeler-Bennett, *Brest-Litovsk. The Forgotten Peace*, pp. 173-175; y R. Pipes, *The Russian Revolution*,

p. 581. Un panfleto bolchevique obtenido por las autoridades militares en Brest-Litovsk, con fecha de 25 de diciembre/7 de enero de 1918, en BA/MA, RM 5/4065. <<

[430] R. Pipes, *The Russian Revolution*, pp. 552-555. Los alemanes estaban bien informados sobre la disolución de la asamblea constituyente. Cfr. los informes de los agentes con fecha 5/18 de enero y 6/19 de enero de 1918, en BA/MA, RM 5/4065. <<

[431] Los puntos de Lenin sobre la «paz» aparecen reproducidos en J. Bunyan y H.H. Fisher (eds.), *The Bolshevik Revolution, 1917-1918*, pp. 500-502. Para las otras citas, cfr. J.W. Wheeler-Bennett, *Brest-Litovsk. The Forgotten Peace*, pp. 185-186; y Winfried Baumgart, *Deutsche Ostpolitik 1918*, p. 21. <<

[432] Citas en J.W. Wheeler-Bennett, *Brest-Litovsk. The Forgotten Peace*, pp. 152, 226-228; y R. Pipes, *The Russian Revolution*, p. 584. Para los servicios de Inteligencia alemanes sobre la lucha en Kiev, cfr. los informes de agentes enviados el 2 de febrero, el 12 de febrero y el 13 de febrero, en BA/MA, RM 5/4065. <<

[ex7] Considerada de forma retrospectiva, esta decisión de aceptar la autodeterminación parece poco acertada, si se tiene en cuenta que los bolcheviques tardaron cinco años en recuperar el control de los territorios a los que, de un modo literal, habían invitado a la secesión. Se suele explicar desde el punto de vista ideológico: favorecer la autodeterminación significaba oponerse al «imperialismo» capitalista, algo que había que fomentar en todos los territorios, incluida la propia Rusia; la negativa del gobierno provisional a dejar que las minorías optaran por la secesión había fortalecido a los bolcheviques. La ideología era importante para Lenin, aunque también cabe la posibilidad de que este fuera un cínico

y apoyara el separatismo ucraniano como primera recomendación para sus patrocinadores alemanes. <<

[433] Informe de los servicios de Inteligencia militar alemanes, Berlín, 9/22 de enero de 1918, en BA/MA, RM 5/4065; e informe de Lindley a Arthur Balfour, enviado desde Petrogrado el 8 de febrero de 1918, en PRO, FO 371/3294. <<

[434] Richard Pipes, *Russia Under the Bolshevik Regime*, pp. 15-23. <<

[435] Informe de los servicios de Inteligencia militar alemanes, Berlín 22 de enero, 2 de febrero y 12 de febrero de 1918, en BA/MA, RM 5/4065. Kámenev: Informe de un agente alemán enviado desde Estocolmo, 18 de febrero de 1918, en BA/MA, RM 5/4065. <<

[436] Richard Ullmann, *Anglo-Soviet Accord*, vol. 3, pp. 89-92. <<

[437] Citas en Baumgart, *Deutsche Ostpolitik 1918*, pp. 23-25. <<

[438] V.I. Lenin, *Sochinenia*, vol. 22, p. 231. Informes de los servicios de Inteligencia alemanes: informe de un agente de Petrogrado, 1 de febrero de 1918, y otros dos del 6 de febrero de 1918, en BA/MA, RM 5/4065. <<

[439] Citado en John W. Wheeler-Bennett, *Brest-Litovsk. The Forgotten Peace*, p. 232. «Los bolcheviques son tigres y hay que exterminarlos con todos los medios a nuestro alcance»: citado en R. Pipes, *The Russian Revolution*, p. 586. <<

[440] Citado en James Bunyan y H.H. Fisher (eds.), *The Bolshevik Revolution, 1917-1918*, p. 512. <<

[441] Citas en J.W. Wheeler-Bennett, *Brest-Litovsk. The Forgotten Peace*, pp. 245, 258-259. <<

[442] Citado en ibíd., p. 246. <<

[443] Ibíd., pp. 258-259; J. Bunyan y H.H. Fisher (eds.), *The Bolshevik Revolution, 1917-1918*, pp. 519-520. Votaron con Lenin (a favor): Stalin, Zinóviev, Sokólnikov, I.T. Smilga,

Y. M. Sverdlov y Elena Stasov; con Bujarin (en contra): A. S. Bubnov, A. Lomov, Moisei Uritski. Se abstuvieron Trotski, Joffe, Felix Dzerzhinski y Nikolái Krestinski. Kámenev se encontraba en Estocolmo, de camino hacia Londres en misión diplomática. <<

[444] Winfried Baumgart, *Deutsche Ostpolitik 1918*, pp. 119-127. <<

[445] El texto del tratado aparece reproducido, en inglés, en J. W. Wheeler-Bennett, *Brest-Litovsk. The Forgotten Peace*, pp. 403-408. Puede encontrarse más información sobre las concesiones económicas en Sean McMeekin, *History's Greatest Heist*, cap. 5; y R. Pipes, *The Russian Revolution*, p. 595. <<

[446] J. W. Wheeler-Bennett, *Brest-Litovsk. The Forgotten Peace*, pp. 260, 279. <<

[447] Citas en R. Ullman, *Anglo-Soviet Accord*, vol. 3, pp. 124-125; y (sobre Robins), cfr. R. Pipes, *The Russian Revolution*, pp. 597-598. El decreto «Revocación de la deuda del Estado ruso» (10 de febrero de 1918) aparece reproducido en J. Bunyan y H. H. Fisher (eds.), *The Bolshevik Revolution, 1917-1918*, p. 602. <<

[448] El decreto fundacional del ejército rojo y la asignación de 20 millones de rublos en billetes, en RGVA, fond 1, opis 1 («Kantselaria»). Pueden encontrarse otros datos claves en Jacob W. Kipp, «Lenin and Clausewitz: The Militarization of Marxism, 1914-1921», en *Military Affairs*, vol. 49, núm. 4 (octubre de 1985), p. 188. <<

[449] W. Baumgart, *Deutsche Ostpolitik 1918*, pp. 119-127. Sobre Rumania, cfr. Mugur Isarescu, Cristian Paunescu y Marian Stefan, *Tezaurul Bancii Nationale a Romaniei la Moscova - Documente*. <<

[450] «Augenblicklichen Lage im Kaukasus [Posición actual en el Cáucaso]», 6 de abril de 1918, en BA/MA, RM 40/215; y Joseph Pomiankowski, *Zusammenbruch des Ottomanischen Reiches*, p. 335. <<

[451] R. Ullman, *Anglo-Soviet Accord*, vol. 3, pp. 146-151. <<

[452] Serge P. Petroff, *Remembering a Forgotten War*, pp. 1-2. <<

[453] Stalin al Consejo Nacional Checoslovaco, 26 de marzo de 1918; reproducido en James Bunyan (ed.), *Intervention, Communism, and Civil War in Russia*, p. 81 y *passim*. <<

[454] R. Pipes, *The Russian Revolution*, pp. 631-632; S. P. Petroff, *Remembering a Forgotten War*, p. 9. <<

[455] Sobre la formación del Komuch, cfr. R. Pipes, *The Russian Revolution*, pp. 630-631. <<

[ex8] Los bolcheviques también heredaron objetos rumanos, joyas y manuscritos. Aunque no se conoce mucho fuera de Rumania, la saga del «tesoro nacional perdido» constituye una obsesión allí. Lenin afirmó que se restituirían las reservas si el «proletariado rumano» llegaba al poder algún día. Cuando Nicolae Ceausescu, el dictador comunista rumano, se lo recordó a Brézhnev 50 años después, Moscú repuso algunas planchas de oro tracio rotas que hoy se exhiben penosamente en el Museo de Historia Nacional de Bucarest. Los lingotes de oro nunca se devolvieron. <<

[456] Winfried Baumgart, *Deutsche Ostpolitik 1918*, pp. 124-129, 162, y Richard Ullman, *Anglo-Soviet Accord*, vol. 3, p. 187. Saltó por la ventana: John W. Wheeler-Bennett, *Brest-Litovsk. The Forgotten Peace*, p. 322. Sobre el régimen de Skoropadski, cfr. A. N. Artizov, *Getman P P Skoropadskii Ukraina na perelome 1918 god* (2014). <<

[457] Citas en John W. Wheeler-Bennett, *Brest-Litovsk. The Forgotten Peace*, pp. 331, 335; y W. Baumgart, *Deutsche Ostpolitik 1918*, p. 80. <<

[458] Citas en Richard Pipes, *The Russian Revolution*, pp. 633-634. <<

[459] Sobre las reservas de oro de Kazán, cfr. Charles Westcott, «Origin and Disposition of the Former Russian Imperial Gold Reserve», 21 de abril de 1921, en NAA, M 316, 120. Sobre el brote de cólera y el descenso de población en Petrogrado, cfr. Alexander Rabinowitch, *The Bolsheviks in Power*, pp. 256-259. <<

[460] Cfr. Sean McMeekin, *History's Greatest Heist*, cap. 5. <<

[461] Citas en John W. Wheeler-Bennett, *Brest-Litovsk. The Forgotten Peace*, pp. 338-339; y (sobre Trotski), A. Rabinowitch, *The Bolsheviks in Power*, p. 289. <<

[462] R. Pipes, *The Russian Revolution*, pp. 646-649. Para más información sobre la trama de Sávinkov, cfr. R. Ullman, *Anglo-Soviet Accord*, vol. 3, pp. 189-190, 230-231; W. Baumgart, *Deutsche Ostpolitik 1918*, p. 228. <<

[463] R. Pipes, *The Russian Revolution*, pp. 641-642. Sobre el asesinato de Mirbach, cfr. también W. Baumgart, *Deutsche Ostpolitik 1918*, p. 224 y n. 50. <<

[464] Riezler: citado en W. Baumgart, *Deutsche Ostpolitik 1918*, p. 225. <<

[465] R. Pipes, *The Russian Revolution*, pp. 640-643; J. W. Wheeler-Bennett, *Brest-Litovsk. The Forgotten Peace*, pp. 337-338. <<

[466] «Ejecuciones en Moscú», en *Novaia Zhizn*, 14-VII-1918, y «Ejecuciones en Yaroslavl», *Pravda*, 26-VII-1918, reproducidos en James Bunyan (ed.), *Intervention, Communism, and Civil War in Russia*, pp. 227-228. Para la cifra de 428 fusilados, cfr. Nicolas Werth, «The Red Terror», en *Black Book of Communism*, p. 73. <<

[467] Edvard Radzinsky, «Rescuing the Tsar and His Family», en Tony Brenton (ed.), *Historically Inevitable? Turning Points of the Russian Revolution*, pp. 163-177. <<

[468] «Yakov Yurovsky's note on the execution of the imperial family», en Mark D. Steinberg y Vladimir Khrustalëv [Jrustalev], *The Fall of the Romanovs*, pp. 353-354. <<

[469] R. Pipes, *The Russian Revolution*, pp. 779-780. <<

[470] Nicholas A. Sokolov, *The Sokolov Investigation*, pp. 91-107; y «Yakov Yurovsky's note on the execution of the imperial family», en M. D. Steinberg y V. M. Khrustalev [Jrustalev], *The Fall of the Romanovs*, pp. 353-354. <<

[471] «Incautación de las reservas de oro de Kazán», informe de Lebedev al gobierno de Samara, reproducido en J. Bunyan (ed.), *Intervention, Communism, and Civil War in Russia*, p. 292. Trotski: «Muerte por deserción», 14 de agosto de 1918, reproducido en J. Bunyan (ed.), *Intervention, Communism, and Civil War in Russia*, p. 301. <<

[472] La cláusula adicional del 27 de agosto de 1918 con una «Nota» adjunta de Hintze a Joffe y el «Acuerdo financiero» aparecen reproducidos en J. W. Wheeler-Bennett, *Brest-Litovsk. The Forgotten Peace*, pp. 427-446. Sobre el envío de las reparaciones de guerra a Berlín, realizado el 10 y el 30 de septiembre de 1918, cfr. el informe del Ministerio de Asun-

tos Exteriores alemán incluido *a posteriori* el 7 de abril de 1919: «Aufzeichnung betreffend unsere handelspolitischen Beziehungen zu Russland» [Observaciones sobre nuestras relaciones políticas y económicas con Rusia], en DBB, R 901/81069, 339-345. <<

[473] Citas en Nick Lloyd, *Hundred Days*, pp. 139-140. <<

[474] Citado en Nicolas Werth, «The Red Terror», en *Black Book of Communism*, p. 71; «Plan aliado para una intervención armada», 7 de agosto de 1918, reproducido en J. Bunyan (ed.), *Intervention, Communism, and Civil War in Russia*, p. 111; y W. Baumgart, *Deutsche Ostpolitik 1918*, pp. 109-117. <<

[475] Cfr. Martin Sixsmith, «Fanny Kaplan's Attempt to Kill Lenin. August 1918», en Tony Brenton (ed.), *Historically Inevitable? Turning Points of the Russian Revolution*, pp. 178-199. La «trama Lockhart» ha sido tomada en serio por Michael Kettle, entre otros, aunque Kettle señala al espía británico Sidney Reilly como el verdadero artífice de la misma. Cfr. M. Kettle, *Sidney Reilly. The True Story of the World's Greatest Spy*. Andrew Cook, en *Ace of Spies. The True Story of Sidney Reilly*, mantiene una actitud más escéptica respecto a las actividades de Reilly. <<

[476] Petrovski y Dzerzhinski-Peters: citado en N. Werth, «Red Terror», en *Black Book of Communism*, pp. 75-76. Sverdlov: reproducido en J. Bunyan (ed.), *Intervention, Communism, and Civil War in Russia*, pp. 237-238. <<

[477] «Legalización del Terror rojo» (resolución del Sovnarkom del 5 de septiembre de 1918), «El Terror rojo en las provincias» (compilación de comunicados de prensa en *Izvestia* del 10-29-IX-1918) y «Declaración de Trotski», reproducidos en J. Bunyan (ed.), *Intervention, Communism, and Civil War in Russia*, pp. 239, 242-243, 301. <<

[478] Todas las citas en N. Werth, «Red Terror», en *Black Book of Communism*, pp. 72-73, 78. <<

[479] Citado en W. Baumgart, *Deutsche Ostpolitik 1918*, pp. 116-117 y (sobre el Caspio), pp. 204-205. <<

[480] Ibíd., p. 116. Ludendorff: citado en David Stevenson, *Cataclysm*, p. 468. <<

[481] A. Rosemeyer, «Abschrift [copia]» enviada de Moscú a Berlín el 10 de octubre de 1918, en DBB, R 901/86976, 84-87; informe del teniente Rey, jefe de la comisión militar alemana de Petrogrado, enviado a Petrogrado el 19 de noviembre de 1918, en PAAA, R 11207; informe de Franz Rauch del 12 de abril de 1919, informe al Ministerio de Asuntos Exteriores alemán en Berlín tras su vuelta de Moscú, en DBB, R 901/82082, 22-25. <<

[ex9] Los investigadores enviados por el Komuch no descubrieron los restos de los Románov, ni los ocho kilos de diamantes arrancados a los cuerpos de las hijas del zar que Yurovski había enterrado antes de la llegada de los checos; los soldados rojos los enviaron a Moscú cuando, en 1919, aseguraron el área de forma definitiva. En Ekaterimburgo circularon rumores sobre la existencia de «un tesoro que había estado enterrado» durante años. A finales de la década de 1930, los agentes de la Checa registraban regularmente a los habitantes de la zona para tratar de encontrar objetos de valor que pudieran ser vendidos. <<

[ex10] Los archivos de la Checa confirman que Lockhart confesó al ser interrogado, aunque es evidente que pudo haberlo hecho bajo coacción. En un telegrama descubierto recientemente, Lockhart habla de «las propuestas de Sávinkov para una contrarrevolución [...], asesinarán a los principales bolcheviques e instaurarán una dictadura militar». <<

[482] Para la descripción del saqueo de las corporaciones bancarias «industriales», cfr. «Spravka o sostoianii svobodnogo kredita chastnyj bankov po spets. Tek. Schetov^», 22 de enero de 1918, en RGASPI, 670-1-15, 72. Sobre el cierre de fábricas y los despidos, cfr. Richard Pipes, *The Russian Revolution*, p. 558; y Sylvana Malle, *The Economic Organization of War Communism*, pp. 50, 161. <<

[483] «Svenskt motforslag. Avtal», 28 de octubre de 1918, con traducción rusa, en RSU, caja 4456, 153-158. Sobre el dinero enviado a Estocolmo de contrabando: «Stokgol'msky valiutny rynok v 1918 g», en RGAE, 413-3-18, 11. <<

[484] «Otchet torgovogo otdela pri Stokgol'mskoi missii RSFSR o deiatel'nosti za 1919 g», en RGAE, 413-3-267, 65-68. <<

[485] Sobre los barcos enviados a Suecia en 1918-1919, cfr. el informe de un agente secreto alemán enviado desde Petrogrado el 1 de enero de 1919, titulado «Betrifft: Warenaustausch mit Russland [Asunto: intercambios comerciales con Rusia]», en DBB, R 901/81080, 316-317; y cuadro de importaciones del sóviet, en RGAE, 413-3-242, 9. <<

[486] «Funciones del Consejo Supremo de Economía Nacional [VSNJ]», decreto del Sovnarkom del 8 de agosto de 1918, reproducido en James Bunyan (ed.), *Intervention, Communism, and Civil War in Russia*, pp. 405-406. <<

[487] Para las cifras de empleo del VSNJ, cfr. R. Pipes, *The Russian Revolution*, p. 691. <<

[488] Carta de Robert E. Olds, comisionado de la Cruz Roja estadounidense para Europa, al doctor Livingston Farrand, 15 de abril de 1920, en RSU, HP 494. Para los índices de producción industrial, cfr. R. Pipes, *The Russian Revolution*, p. 696. <<

[489] Ibíd., p. 686, y, sobre las cifras de circulación de moneda, informe de Sokólnikov al Politburó, 9 de febrero de 1922, RGASPI, 670-1-25, 11-13. <<

[490] R. E. Olds a L. Farrand, 15 de abril de 1920, en RSU, HP 494. <<

[491] Ibíd., y, sobre Petrogrado, Orlando Figes, *A People's Tragedy*, p. 605. <<

[492] Krasin: citado en Lubov Krassin, *Leonid Krassin: His Life and Work*, p. 105. Solomon: Georg [Gueorgui] Solomon, *Unter den Roten Machthabern*, p. 131. <<

[493] Krasin, *Voprosy vneshnei torgovli*, pp. 245-249; y *O vneshnei torgovle i otnoshenii k nei russkoi kooperatsii*, pp. 20-21. Cfr. también Timothy Edward O'Connor, *The Engineer of Revolution*, pp. 159, 235-236; y Rosa Federovna Karpova, *L. B. Krasin, sovetskii diplomat*, p. 51. Sobre los servicios de Inteligencia aliados, cfr. *L'Écho de Paris*, 19-VI-1920, en QOURSS 481, 121. <<

[494] Cfr. la carta de los servicios de Inteligencia suizos al fiscal, 11 de abril de 1919, en BB, E 21, 11427, y cfr. los informes franceses sobre el arresto de Platten, en la carpeta «Introduction en France de billets de banque altérés et d'origine douteuse [Introducción en Francia de billetes de banco falsificados y de origen dudoso]», en AN, F7/14769. <<

[495] Telegrama de Rauch enviado de Moscú a Berlín el 5 de marzo de 1919, en DBB, R 901/81081, 199-201; y Rauch desde Berlín, 12 de abril de 1919, en DBB, R 901/81082, 22-25. <<

[496] Plan de importación del Narkomvneshtorg [NKVT, Comisariado del Pueblo para el Comercio Exterior] para marzo de 1919, RGAE, 413-3-245, 109, carta del Narkomtorgprom [NKTP, Comisariado del Pueblo para la Industria Pe-

sada] al Comisariado del Pueblo para Asuntos Exteriores del 20 de mayo de 1919 y «Svidetelstvo [certificado]», 8 de junio de 1919, en RGAE, 413-3-243, 65, 72, 175. <<

[497] Cfr. petición de 63 425 000 rublos (3 de julio de 1919) y documentos anexos, en RGAE, 413-3243, 161-162, 179, 23 8. <<

[498] Sobre el comercio de antes de la guerra cfr. Leo Pasvolsky y Harold G. Moulton, *Russian Debts and Russian Reconstruction*, pp. 28-41. Las cifras de 1919 en «Der Außenhandel Sowjetrußlands [El Comercio Exterior de la Rusia soviética]», suplemento del *Revaler Bote*, 7-XII-1921; y Georg [Gueorgui] Solomon, *Unter den Roten Machthabern*, pp. 131-132. <<

[499] Trotski: citado en R. Pipes, *The Russian Revolution*, p. 703. Los decretos claves («Prohibición de que los parados rechacen empleos» [decreto del comisario de Trabajo, 3 de septiembre de 1918], «Abolición del control de los trabajadores» [18 de octubre de 1918], «Relaciones entre los sindicatos y el sindicato de funcionarios del Estado» [18 de octubre de 1918] y «Deber universal del trabajo» [decreto del Sovnarkom, 31 de octubre de 1918]) aparecen reproducidos en J. Bunyan (ed.), *Intervention, Communism, and Civil War in Russia*, pp. 407-408, 413, 417-419. <<

[500] Tratado de Brest-Litovsk, firmado el 3 de marzo de 1918, artículo 5, reproducido en John W. Wheeler-Bennett, *Brest-Litovsk. The Forgotten Peace*, p. 406. <<

[501] Cita y cifras en Richard Pipes, *Russia Under the Bolshevik Regime*, pp. 51-53. <<

[502] Las cifras en Stephen Kotkin, *Stalin*, vol. 1, p. 297. <<

[503] Richard Ullman, *Anglo-Soviet Accord*, vol. 3, pp. 6-7, 20-21, 233. Los términos del armisticio aparecen citados en Evan Mawdsley, «Sea Change in the Civil War», en Tony Brenton (ed.), *Historically Inevitable? Turning Points of the Russian Revolution*, pp. 200-201. Sobre la disputa Stalin-Trotski, cfr. S. Kotkin, *Stalin*, vol. 1, pp. 300-307. <<

[504] E. Mawdsley, *The Russian Civil War*, pp. 67-68; y Serge P. Petroff, *Remembering a Forgotten War*, pp. 80-81, 107-109. <<

[505] Citas en R. Ullman, *Anglo-Soviet Accord*, vol. 3, pp. 33-34 y 34 n., 55. Nunca han aparecido pruebas concluyentes de la implicación británica, aunque Knox fue amonestado por el Ministerio de Asuntos Exteriores el 1 de diciembre de 1918 por su intromisión reciente y «altamente indiscreta [_] en asuntos políticos». Sobre las distintas versiones en las que se resta importancia a la implicación de Knox, cfr. E. Mawdsley, «Sea Change in the Civil War», en Tony Brenton (ed.), *Historically Inevitable? Turning Points of the Russian Revolution*, pp. 200-217, y R. Pipes, *Russia Under the Bolshevik Regime*, pp. 39-42. Para un análisis más crítico, cfr. S. P. Petroff, *Remembering a Forgotten War*, pp. 113-115. <<

[506] Citado en R. Ullman, *Anglo-Soviet Accord*, vol. 3, p. 30. <<

[507] Para las cifras, cfr. E. Mawdsley, *The Russian Civil War*, pp. 144, 167. <<

[508] «Svodnaia Vedomost' rasjoda artilleriiskago imushchestva na grazhdanskuiu voinu/s 1/II-18-IV 20 g», en RGAE, 413-6-5, 82; y «Vedomost' Predmetam Artilleriiskogo Imushchestva Podlezhaschij Zakazu», 7 de octubre de 1920, en RGAE, 413-6-10, 155 (y reverso), 156 (y reverso). <<

[509] Para las cifras, cfr. S. P. Petroff, *Remembering a Forgotten War*, p. 155; y E. Mawdsley, *The Russian Civil War*, pp. 163-164. <<

[510] Para las cifras, cfr. S. P. Petroff, *Remembering a Forgotten War*, pp. 171-173. <<

[511] E. Mawdsley, *The Russian Civil War*, pp. 144-145. <<

[512] S. P. Petroff, *Remembering a Forgotten War*, pp. 173-179; y R. Pipes, *Russia Under the Bolshevik Regime*, pp. 77-78. <<

[513] S. P. Petroff, *Remembering a Forgotten War*, pp. 198-200. <<

[514] Citado en R. Pipes, *Russia Under the Bolshevik Regime*, p. 79. Sobre las negociaciones de los blancos en París: Uget a Sazónov, 24 de marzo de 1919, en Colección Girs, Hoover Institution Archives, caja 1, carpeta denominada «Telegrams. From March 14, 1919, to April 22, 1919»; sobre el acuerdo Sazónov-Sykes-Picot, cfr. Sean McMeekin, *The Ottoman Endgame*, cap. 18. <<

[515] S. P. Petroff, *Remembering a Forgotten War*, pp. 202-204. <<

[516] R. Pipes, *Russia Under the Bolshevik Regime*, pp. 82-83. <<

[517] Para las cifras cfr. ibíd., pp. 74-75. Sobre el fenómeno de la emigración de los blancos a Constantinopla, cfr. Nur Bilge Criss, *Istanbul Under Allied Occupation 1918-1923*. <<

[518] Sobre estas ariscas negociaciones, cfr. R. Ullman, *Anglo-Soviet Accord*, vol. 3, pp. 20-23; R. Pipes, *Russia Under the*

Bolshevik Regime, pp. 88-89; E. Mawdsley, *The Russian Civil War*, p. 205. <<

[519] Ibíd., pp. 116-119. <<

[520] R. Ullman, *Anglo-Soviet Accord*, vol. 3, pp. 258-265. Sobre la ruptura de Laidoner con Yudénich, cfr. S. McMeekin, *History's Greatest Heist*, capítulo 6. <<

[521] Citado en R. Pipes, *Russia Under the Bolshevik Regime*, pp. 90-91. Sobre Pilsudski y el asunto de la frontera polaca, cfr. R. Ullman, *Anglo-Soviet Accord*, vol. 3, pp. 20-21. <<

[522] Citado en E. Mawdsley, *The Russian Civil War*, pp. 172-173. <<

[523] Vladimir [Vladimir] Brovkin, *Behind the Front Lines of the Civil War*, pp. 106-112. <<

[524] R. Pipes, *Russia Under the Bolshevik Regime*, pp. 106-108, y Nicolas Werth, «Dirty War», en *The Black Book of Communism*, pp. 95-96; y Oleg Budnitskii, *Russian Jews Between Reds and Whites, 1917-1920*, Timothy Portice (trad.), p. 257 y *passim*. <<

[525] R. Ullman, *Anglo-Soviet Accord*, vol. 3, pp. 283-285. <<

[526] Ibid., p. 285. <<

[527] R. Pipes, *Russia Under the Bolshevik Regime*, pp. 127-129; sobre la incursión de Mamontov, cfr. M. Beller y A. Burovskii, *Grazhdanskaia Istoriia bezumnoi voinyi*, p. 348 y *passim*. O. Budnitskii, en *Russian Jews Between Reds and Whites* (p. 271), afirma, con mucha razón, que las tropas de Mamontov se vieron debilitadas por la afición de los hombres a los saqueos y los pogromos. <<

[528] Las citas en R. Ullman, *Anglo-Soviet Accord*, vol. 3, p. 306; sobre el periodista británico, R. Pipes, *Russia Under the Bolshevik Regime*, p. 129. <<

[529] E. Mawdsdley, *The Russian Civil War*, pp. 223-224. <<

[530] S.P. Petroff, *Remembering a Forgotten War*, pp. 223-231. <<

[531] Ibid., pp. 250-253; y R. Pipes, *Russia Under the Bolshevik Regime*, pp. 117-119. Sobre los checos y el oro, cfr. O. Budnitskii, «Kolchakovskoe Zoloto», en *Diaspora*, núm. 4 (2002), p. 458, y *Den'gi russkoi emigratsii*. Sobre las versiones y rumores de la época: «Hablamos sobre el oro de Kolchak», *The New York Times*, 30-IX-1919; «8 oficiales estadounidenses informan sobre su captura», *The New York Times*, 30-I-1920 (donde se menciona la teoría del lago Baikal). Sobre la cantidad estimada de oro recuperada por los bolcheviques (285 toneladas), cfr. «Reservas de oro de Rusia», en State Department Reports on Russia, National Archives Annex (NAA), M 316, 119. <<

[532] Cfr. el informe de Lucius von Stoedten, ministro alemán en Estocolmo (16 de octubre de 1919), en PAAA, R 11207. <<

[533] Timothy Edward O'Connor, *The Engineer of Revolution*, pp. 231-232. <<

[ex11] «Blanco» era un insulto de los rojos, pues este color de los Borbones franceses simbolizaba un apego reaccionario a la monarquía. Ninguno de los líderes «blancos» que habían jurado restablecer la autoridad de la asamblea constituyente (no la del zar) aceptó el término. Sin embargo (espero que me disculpen los blancos), resulta un modo de abreviar muy útil. <<

[ex12] Se habían perdido casi 100 toneladas de las reservas de oro. Enviaron algunas a San Francisco como garantía frente a las importaciones de armas de los blancos. Parece que los checos se quedaron con el resto; a menos que, como también se rumoreaba, las tiraran al lago Baikal con la esperanza de recobrarlas en el futuro. Según esta versión, estas

se habrían hundido en las profundidades abisales del lago de agua dulce más grande del mundo. <<

[534] Nicolas Werth, «The Red Terror», en *Black Book of Communism*, pp. 68, 73-80. <<

[535] Cfr. las cifras en Richard Pipes, *Russia Under the Bolshevik Regime*, pp. 59-60. <<

[536] Este es uno de los aforismos más famosos de Lenin, aunque nadie parece saber a ciencia cierta cuándo lo dijo, ni siquiera si lo dijo. No aparece en sus *Obras completas*. <<

[537] Sobre la fundación del Tesoro del Estado para el Almacenamiento de Objetos de Valor (Gojran), cfr. «Postanovlenie soveta narodnyj komissarov ob uchrezhdenii gosudarstvennogo jranilishcha tsennostei», 3 de febrero de 1920, firmado por Vladimir I. Uliánov (Lenin) para el Sovnarkom, en RGAE, pp. 7632-1-1, 1. Un inventario: «Spravka o nalichnosti tsennostei v kladovyj Gojrana na 1-oe Dekabria 1920 g», en RGAE, 7632-1-6, 17. Krasin: telegrama al cuartel general de Petrogrado del NKVT [Comisariado del Pueblo para el Comercio Exterior], 16 de febrero de 1920, en RGAE, 413-3-242, 46 y reverso. <<

[538] Sobre la línea de crédito de Krasin: 10 de junio de 1920, actas del Politburó, en RGASPI, pp. 17-3-87. 69 fábricas suecas: «Lokomotiven aus dem Ausland [Locomotoras procedentes del extranjero]», en *Revaler Bote*, 8-IX-1921. Fusiles máuser: Kopp a Lezhav, y las respuestas de Lezhav, en RGAE, 413-6-10, 43-44, 47, 53. Capotes de lana: «Protokol no. 1 Zasedaniia pri Chusosnabarme ot 27-go Oktiabria 1920 g», en RGAE, 413-6-2, 25; «Svedeniia o vypolnenii plana SPOTEKZAKA po 1 Noiabria 1920 goda», en RGAE, 413-6-3, 1-2. Botas: «Svedeniia o vypolnenii plana SPOTEKZAKA po 1 Noiabria 1920 goda», en RGAE, 413-6-3, 1 (y reverso), 2 (y reverso), 7 (y reverso), 8 (y reverso); y «Protokol no. 1 Zasedaniia pri Chusosnabarme ot 27-go Oktiabria 1920 g», en RGAE, pp. 413-6-2, 25. Farma-

céutica Roche: contrato con fecha 26 de julio de 1920, en RGAE, 413-6-8, 33-47. <<

[539] R. Pipes, *Russia Under the Bolshevik Regime*, p. 179. Sobre las conversaciones entre Petliura y Pilsudski, cfr. Richard Ullman, *Anglo-Soviet Accord*, vol. 3, pp. 46-47 y 47 n., 86. <<

[540] Citas en ibíd., pp. 51, 54. <<

[541] Citado en R. Pipes, *Russia Under the Bolshevik Regime*, p. 180. Sobre los destacamentos militares, cfr. Evan Mawdsley, *The Russian Civil War*, pp. 250-253. <<

[542] Sobre el I Congreso, cfr. Julius Braunthal, *Geschichte der Internationale*, vol. 2, p. 181; y Angelica Balabanoff, *Impressions of Lenin*, pp. 69-70. <<

[543] Sean McMeekin, *The Red Millionaire*, pp. 93-94. <<

[544] Citado en R. Pipes, *Russia Under the Bolshevik Regime*, p. 177. <<

[545] Las «21 condiciones» aparecen reproducidas en Jane Degras, *The Communist International, 1919-1943: Documents*, vol. 1, pp. 166-172. Sobre el II Congreso, cfr. J. Braunthal, *Geschichte der Internationale*, vol. 2, p. 189 y *passim*. <<

[546] Cita en Jeremy Agnew y Kevin McDermott, *The Comintern. A History of International Communism from Lenin to Stalin*, p. 21. Sobre los delegados que abandonan el II Congreso con diamantes, cfr. Babette Gross, *Willi Münzenberg*, p. 99. <<

[547] Max Barthel, *Kein Bedarf an Weltgeschichte*, pp. 103-112. Sobre Majnó, cfr. también Orlando Figes, *A People's Tragedy*, p. 662. <<

[548] Armenia mandó en 1919 enviados diplomáticos tanto a Kolchak como a Denikin. Cfr. Richard Hovannissian, «Bolshevik Movements in Transcaucasia» y «The May Uprising in Armenia», en *The Republic of Armenia*, vol. 3. <<

[549] Sobre la quema de las efigies de Lloyd George y Woodrow Wilson, cfr. R. Ullman, *Anglo-Soviet Accord*, vol. 3, p. 318. «Guerra santa»: citado en Stephen Kotkin, *Stalin*, vol. 1, p. 369. <<

[550] Ibíd.; para más detalles sobre la guerra polacosoviética, cfr. E. Mawdsley, *The Russian Civil War*, pp. 253-257; y R. Pipes, *Russia Under the Bolshevik Regime*, pp. 187-192. <<

[551] Ibíd., pp. 134-135. Sobre el acuerdo polaco y la decisión de Lloyd George de no ayudar en la evacuación de Crimea, cfr. R. Ullman, *Anglo-Soviet Accord*, vol. 3, p. 310-312 y p. 311 n. <<

[ex13] En 1918, el partido había sido rebautizado formalmente como Partido Comunista Panruso (bolcheviques). <<

[552] Citado en Orlando Figes, *Peasant Russia, Civil War*, p. 321. El estudio más exhaustivo de la guerra de los campesinos en inglés es *Peasant Russia, Civil War* (1989), de O. Figes. Vladimir [Vladimir] Brovkin, en *Behind the Front Lines of the Civil War* (1994), no trata exclusivamente de los partisanos campesinos, pero tuvo un mayor acceso a las fuentes soviéticas originales. Mark Baker ha revisado la bibliografía en «War and Revolution in Ukraine: Kharkiv Province's Peasants' Experiences», en *Russia's Home Front in War and Revolution* (2016). Cfr. también Alessandro Stanziani, «De la guerre contre les blancs a la guerre contre les paysans (1920-1922)», en *L'Économie en Révolution*, pp. 281-304. <<

[553] «Svodnaia Vedomost' rasjoda artilleriiskago imushchestva na grazhdanskuiu voinu/s 1/II-18-IV 20 g», en RGAE, pp. 413-6-5, 82; y «Vedomost' Predmetam Artilleriiskogo Imushchestva Podlezhaschij Zakazu», 7 de octubre de 1920, en RGAE, 413-6-10, 155 y reverso, 156 (y reverso). <<

[554] «Izvlechenie iz Obshei Svodnoi Védomosti otdela Metalla V.S.N.J. Predmety vypisyvaemye dlia voennoi nadobnosti», 2 de junio de 1920, en RGAE, 413-6-2, 27; «Svedeniia o vypolnenii plana SPOTEKZAKA po 1 Noiabria 1920 goda», en RGAE, 413-6-3, 3 (y reverso); y «Vedemost' gruzov, pribyvshij iz zagranitsei», 12 de enero de 1921, en RGAE, 413-6-3, 28. <<

[555] Los contratos de Tjernberg & Leth Aktiebol, en 413-6-10, 63; el trato sobre fusiles y munición aparece resumido en el telegrama de Krasin a Chicherin, 17 de noviembre de 1920, entregado a Lenin y Trotski, y sus respuestas, en RGAE, 413-3-10, 52-53, 57-59. Cfr. también «Svedeniia o vypolnenii plana Spotekzaka po 1 Noiabria 1920 goda», RGAE, 413-6-3, 2 (reverso), 3; 8 (y reverso), 9 (y reverso). <<

[556] Estos informes de la Checa, enviados personalmente a Lenin, entre julio y noviembre de 1920, aparecen reproducidos en V. Brovkin, *Behind the Front Lines of the Civil War*, pp. 313, 320. <<

[557] Citas en ibid., p. 313; y O. Figes, *Peasant Russia, Civil War*, pp. 260-262. <<

[558] Richard Pipes, *Russia Under the Bolshevik Regime*, p. 377. <<

[559] Citas en Nicolas Werth, «Dirty War», en *The Black Book of Communism*, pp. 101-102. <<

[560] Para las citas, cfr. N. Werth, «From Tambov to the Great Famine», en *The Black Book of Communism*, p. 111. Antónov-Ovséienko: citado en O. Figes, *A People's Tragedy*, p. 754. <<

[561] Citas en N. Werth, «From Tambov to the Great Famine», en *The Black Book of Communism*, p. 112. Reducción de las raciones de pan: R. Pipes, *Russia Under the Bolshevik Regime*, p. 379. <<

[562] Citado en ibid., pp. 383-384. <<

[563] «No me cabe duda», escribió el jefe de la delegación comercial bolchevique (Platon M. Kerzhentsev) al ministro de Asuntos Exteriores sueco (conde Herman Wrangel), el 16 de marzo de 1921, «de que el gobierno sueco, que mantiene relaciones comerciales con el gobierno ruso soviético, no ayudará a transportar rebeldes para perjudicar al gobierno soviético ruso, ni permitirá que se realice dicho transporte», en RSU, HP 495. <<

[564] N. Werth, «From Tambov to the Great Famine», en *The Black Book of Communism*, pp. 113-114; y R. Pipes, *Russia Under the Bolshevik Regime*, pp. 385-386. <<

[565] Citado en Richard Ullman, *Anglo-Soviet Accord*, vol. 3, pp. 452-453. <<

[566] Para una critica francesa al acuerdo comercial anglosoviético, cfr. «Mémoire sur l'accord commercial anglo-bolcheviste conclu à Londres le 16 mars 1921 [Memoria del acuerdo comercial anglosoviético firmado en Londres el 16 de marzo de 1921]», realizada por el Quai d'Orsay, en AN, F7/13490. Sobre el trato entre Kemal y Lenin, aceptado por Ali Fuat Cebesoy en Moscú en marzo de 1921 antes de su ratificación oficial en Kars el 13 de octubre, cfr. Michael A. Reynolds, *Shattering Empires*, pp. 257-258. Encargo de lana inglesa: suplemento del *Revaler Bote*, 28-XII-1921. Rolls-Royce de Lenin: delegación comercial rusa de Londres a Moscú, en RGAE, 413-6-36, 89-90, 143. Kangaroo Bombing: folleto «Blackburn "Kangaroo"», enviado a la delegación comercial rusa en Estocolmo, 25 de septiembre de 1921, en RGAE, 413-6-13, 15-16, 35-38. <<

[567] Para las citas, cfr. N. Werth, «Tambov to the Great Famine», en *The Black Book of Communism*, pp. 116-117. Sobre las bajas en el ejército rojo, cfr. R. Pipes, *Russia Under the Bolshevik Regime*, p. 373. Sobre Zinóviev y su compra de gas tóxico en Halle: «L'Armée rouge approvisionnée par la contrebande [El ejército rojo se financia con el contrabando]», en *L'Écho de Paris*, 20-XI-1920. <<

[568] R. Pipes, *Russia Under the Bolshevik Regime*, pp. 391-392. <<

[ex14] A excepción de los japoneses, que ocuparon Vladivostok hasta junio de 1922 y el norte de la isla de Sajalín incluso hasta mucho después. Sin embargo, para los campesinos al oeste de los montes Urales, esta intervención en Extremo Oriente podría haber tenido lugar en la cara oculta de la luna. <<

[569] H.H. Fisher, *The Famine in South Russia 1919-1923*, p. 51. <<

[570] Citado en Nicolas Werth, «From Tambov to the Great Famine», en *The Black Book of Communism*, p. 121. «Lo torturaban y flagelaban hasta que sangraba»»: citado en H.H. Fisher, *The Famine in South Russia*, pp. 500-501. «Golpearon hasta la muerte a 8000 encargados bolcheviques de las requisas solo en 1920»: Orlando Figes, *A People's Tragedy*, p. 753. <<

[571] Lenin y Mólotov a todos los comités regionales del partido, 30 de julio de 1921, reproducido en Richard Pipes, *Unknown Lenin*, Catherine Fitzpatrick (trad.), pp. 130-131. Agente de compras: Georg [Gueorgui] Solomon, *Unter den Roten Machthabern*, p. 198. Importación de alimentos perecederos: «Aussenhandel [Comercio exterior]», 19-X-de 1921, en *Revaler Bote*; «Sowjetrusslands Import [Importación de la Rusia soviética]» y «Der Aussenhandel Sowjetrusslands [El comercio exterior de la Rusia soviética]», 6-7-XII-1921, en *Revaler Bote*. Encargo de chocolate realizado en octubre de 1920, aunque no se recibió hasta 1921: contrato con Aronstein & Co., Ltd., 6 de octubre de 1920, en RGAE, 413-6-27, 22. <<

[572] R. Pipes, *Russia Under the Bolshevik Regime*, pp. 416-417. Sobre Gorki y la Comisión de Registro de las Artes, cfr. Waltraud Bayer, «Revolutionäre Beute», en *Verkaufte Kultur*, p. 23; para la descripción de un típico saqueo de un hogar de Petrogrado, cfr. «Akt na osnovanii ordera Komendanta Petrogradskogo Ukreplennogo Raiona^ot 5-go Oktiabria 1919 g^ v d. no. 30, kv. 9 po naberezhnoi^ ulitsa koresa», en RGAE, 7733-1-931, 4. <<

[573] Citado en Willi Münzenberg, *Solidarität. Zehn Jahre Internationale Arbeiterhilfe*, p. 188. Sobre la infiltración en la

Administración de Ayuda Estadounidense (AAE): Lenin a Mólotov, 23 de agosto de 1921, citado en R. Pipes, *Russia Under the Bolshevik Regime*, pp. 417-418. Para las condiciones de Hoover, cfr. Sean McMeekin, *The Red Millionaire*, p. 105. <<

[574] Citado en H. H. Fisher, *The Famine in Soviet Russia*, p. 545. <<

[575] Extraído de un encabezamiento típico de la ARS, en RGASPI, fond 538, opis 2, del 5, list 1. La *cursiva* es mía. La ARS publicaba con frecuencia anuncios en *The Nation* y en *The New Republic*, donde se acusaba a Hoover de sentir «una implacable hostilidad hacia los bolcheviques». Para las citas del artículo de prensa, cfr. H. H. Fisher, *The Famine in Soviet Russia*, pp. 55-56. <<

[576] John Shelton Curtiss, *The Russian Church and the Soviet State*, p. 67. Declaración solemne: citada en R. Pipes, *Russia Under the Bolshevik Regime*, p. 343. <<

[577] Citado en Jonathan Daly, «"Storming the Last Citadel": The Bolshevik Assault on the Church, 1922», en Vladimir [Vladímir] Brovkin (ed.), *The Bolsheviks in Russian Society*, p. 235. «Cortados en pedazos con hachas»: «Atrocidades bolcheviques», en *Het Limburgsch Dagblad*, 19-1-1920. Exención de la Iglesia ante el Gojran: «Postanovlenie soveta narodnyj komissarov ob uchrezhdenii gosudarstvennogo jranilishcha tsennostei», 3 de febrero de 1920. <<

[578] Las citas en Natalya [Natalia] A. Krivova, *Vlast' i Tserkov' v 1922-1925 gg*, p. 31; y en un comunicado de los servicios de Inteligencia británicos de Hodgson, en Moscú, a Curzon, 21 de agosto de 1922, en PRO, FO 371/8212. Cfr. también J. S. Curtiss, *The Russian Church and the Soviet State*, p. 107. <<

[579] Sobre las comisiones para el saqueo y la hambruna (Trotski), cfr. las actas del Politburó del 11 de noviembre de 1921, en RGASPI, 17-3-229; 8 de diciembre de 1921, en RGASPI, 17-3-242; 31 de diciembre de 1921, en RGASPI, 17-3-247; y 20 de marzo de 1922, en RGASPI, 17-3-283. Citas de prensa en Jonathan Daly, «"Storming the Last Citadel": The Bolshevik Assault on the Church, 1922», en V. Brovkin (ed.), *The Bolsheviks in Russian Society*, pp. 240-244. <<

[580] Las citas en Georgii [Gueorgui] Mitrofanov, *Istoriia russkoipravoslavnoi tserkvi*, pp. 210-213. <<

[581] Dmitri Volkogónov, *Lenin*, p, 374; y R. Pipes, *Russia Under the Bolshevik Regime*, p. 346. <<

[582] Hoover a Harding, 9 de febrero de 1922. Sobre la salida de los lingotes de oro (6 de febrero de 1922) desde Reval (Tallin), cfr. el informe del capitán Kelley, ayudante y observador militar de la comisión estadounidense de Reval, 20 de marzo de 1922, en NAA 316, 121. Sobre la revocación de la autorización para hacer compras en el extranjero: Chicherin, telegrama a Krasin-Solomon, que transmite la orden de Trotski, 7 de febrero de 1922, en RGAE, 413-6-36, 96. <<

[583] Para las citas, cfr. N. A. Krivova, *Vlast' i Tserkov' v 1922-1925 gg*, pp. 34-36. <<

[584] El original de este famoso documento, en RGASPI, 2-1-22947, 1-4. Se citan largos extractos del original ruso en G. Mitrofanov, *Istoriia russkoipravoslavnoi tserkvi 1900-1927*, pp. 217-218. <<

[585] Citado en J. S. Curtiss, en *The Russian Church and the Soviet State*, p. 115. <<

[586] N. A. Krivova, *Vlast' i Tserkov' v 1922-1925 gg*, pp. 102-109. <<

[587] Ibíd., p. 106; y el informe elaborado por el agregado comercial británico en Moscú para el Ministerio de Asuntos

Exteriores británico, 11 de abril de 1922, en PRO, FO 371/8212. <<

[588] N. A. Krivova, *Vlast' i Tserkov' v 1922-1925 gg*, p. 116. <<

[589] Ibíd., pp. 117-118; y el informe elaborado por el agregado comercial británico en Moscú para el Ministerio de Asuntos Exteriores británico, 31 de mayo de 1922, en PRO, FO 371/8212. <<

[590] Las cifras en R. Pipes, *Russia Under the Bolshevik Regime*, pp. 353-355; y O. Figes, *A People's Tragedy*, pp. 748-749. Sobre los juicios públicos: J. Daly, «"Storming the Last Citadel": The Bolshevik Assault on the Church, 1922», en V. Brovkin (ed.), *The Bolsheviks in Russian Society*, pp. 252-253. Lenin pregunta a cuántos sacerdotes han fusilado: citado en D. Volkogónov, *Lenin*, p. 69. <<

[591] «Informe sobre el traslado de objetos de valor de la catedral de San Pedro y San Pablo por parte de las autoridades soviéticas», entregado por los servicios de Inteligencia británicos de Petrogrado al Ministerio de Asuntos Exteriores británico, 9 de julio de 1922, en PRO, FO 371/8212. <<

[592] «Los líderes rojos se reparten el saqueo de iglesias», en *The New York Times*, 7-IV-1922; y «Las iglesias resisten al decreto del sóviet», en *The New York Times*, 14-IV-1922. «Incautación de los tesoros de arte rusos», *De Telegraaf*, 4-IV-1922; «Profanación de iglesias en Minsk», *De Telegraaf*, 12-V-1922. «Cruentos enfrentamientos en Kiev», *De Telegraaf*, 1-VI-1922. «Confiscación de los tesoros de la Iglesia», *De Telegraaf, 13-V-1922.* «Sacerdotes ortodoxos condenados a muerte por resistir», *De Telegraaf*, 14-V-1922. <<

[593] N. A. Krivova, *Vlast' i Tserkov' v 1922-1925 gg*, p. 118. <<

[594] Max Laserson [M.J. Larsons], *An Expert in the Service of the Soviet*, pp. 68-73. <<

[595] «Otchet Gojrana s 1 Ianvaria do 1 oktiabria 1922 g», en RGAE, 7632-1-16, 2. Sobre la estimación de los ingresos de la campaña de la Iglesia, cfr. N.A. Krivova, *Vlast' i Tserkov' v 1922-1925 gg*, pp. 118-119. Sobre las dificultades de los bolcheviques para vender en el extranjero diamantes y platino, cfr. S. McMeekin, *History's Greatest Heist*, p. 71 y *passim*. <<

[596] Memorándum de Sokólnikov dirigido a M.K. Vladimirov, A.I. Rikov y A.D. Tsiurupi, etiquetado como *o perotsenke romanovskij tsennostei*, 27 de mayo de 1922, y las cartas privadas posteriores a M.K. Vladimirov y a Trotski, en RGASPI, 670-1-36, 26-30. <<

[597] Actas del Politburó, 17 de octubre de 1921, RGASPI, 17-3-217, punto 6. <<

[598] Informe de Sokólnikov al Politburó, 9 de febrero de 1922, en RGASPI, 670-1-25, 11-13; y, para el informe definitivo sobre la hiperinflación, cfr. informe de Sokólnikov, 1 de febrero de 1923, «Frantsusky assignat i sovetsky rubl'», en RGASPI, 670-1-36, 72-99. <<

[599] Actas de la reunión del Politburó del 7 de julio de 1921, punto 32, en RGASPI, fond 17, opis 3, del 184; y reunión del 9 de julio de 1921, punto 1, en el que se autorizan 500 000 rublos de plata para pagar las soldadas del V ejército, en RGASPI, fond 17, opis 3, del 185. Contrato de las minas de plata: registrado el 30 de agosto de 1921, *Izvestia*. La comisión de Trotski: actas del Politburó del 11 de noviembre de 1921, puntos 3 y 4, en RGASPI, fond 17, opis 3, del 229. <<

[600] Informe de una conversación entre Olof Aschberg y el encargado de negocios de la embajada francesa en Berlín, enviado a París el 19 de marzo de 1921, en QOURSS 482, 227 (y reverso), 228; y «Nota sobre la estancia en París del banquero sueco Aschberg», redactada por el servicio financiero del Quai d'Orsay el 22 de marzo de 1921, en QOURSS 482, 230. <<

[601] Informe del Quai d'Orsay titulado «Exportación de títulos públicos rusos [*sic*]», 25 de agosto de 1921, en QOURSS 482, 252-253; e informe de Delavaud al Quai d'Orsay desde Estocolmo, 2 de septiembre de 1921, en QOURSS 482, 258 (y reverso). <<

[602] «Pravila proizvodstva fakticheskoi revizii raboche-Krest'ianskoi Inspektsii bankovskij vagonov», *ca.* principios de 1922, en RGAE, 7733-1-573, 68 (y reverso). <<

[603] Gerald Freund, *Unholy Alliance*, pp. 84-92. «Los bolcheviques deben salvarnos del bolchevismo»: citado en Wipert von Blücher, *Deutschlands Weg nach Rapallo*, p. 151. <<

[604] «Entwurf eines Vertrages zwischen der Reichsbank und der Svenska Ekonomie Aktiebolaget Stockholm [Borrador del acuerdo entre el Reichsbank y la Svenska Ekonomie Aktiebolaget de Estocolmo]», sobre la reunión en el Reichsbank del 24 de agosto de 1921; y actas de la reunión en la Wilhelmstrasse, 6 de septiembre de 1921, ambos en PAAA, R 31956. <<

[605] Hans-Ulrich Seidt, *Berlin, Kabul, Moskau*, p. 150. Sobre Wirth y Krestinski, cfr. Waltraud Bayer, «Erste Verkaufsoffensive: Exporte nach Deutschland y Österreich», en *Verkaufte Kultur*, p. 102. Radek y Rathenau: citado en Richard Pipes, *Russia Under the Bolshevik Regime*, p. 427. <<

[606] Para los términos del acuerdo (en ruso), cfr. *Sovetsko-Germanskie Otnosheniia ot peregovorov v Brest-Litovske do Podpisaniia Rapall'skogo Dogovora*, pp. 479-481. Los nacionalistas *völkisch* alemanes criticaron al signatario (Rathenau), pues consideraban que Rapallo había sido un acuerdo, que rayaba en la traición, con el régimen «judío» de Moscú. Dos meses después, Rathenau fue asesinado por un antisemita alemán por judío y por procomunista. <<

[607] Informe del ministro alemán, en Moscú, enviado al Ministerio de Asuntos Exteriores (Berlín), 18 de abril de 1922; telegrama de Reuter, en Génova, a Berlín, 3 de mayo de 1922; y (sobre los alemanes tras descubrir que los franceses se les habían adelantado), extracto del *Svenska Dagbladet*, 5-V-1922, todo en PAAA, R 31956. Sobre Wittenberg y Aschberg: carta desde Wittenberg al Ministerio de Asuntos Exteriores (Berlín), 4 de abril de 1922, en PAAA, R 31956. Sobre la bancarrota de Junkers, cfr. G. Freund, *Unholy Alliance*, p. 96, y H.-U. Seidt, *Berlin, Kabul, Moskau*, pp. 150-153. <<

[608] Memorándum del Quai d'Orsay, interceptado por los servicios de Inteligencia alemanes, 20 de mayo de 1922, en DBB, R 43/I/132, 525. Sobre la reacción de los aliados ante Rapallo, cfr. «Germans Astound Genoa Conference By Announcing Compact With Russia, Granting All That Allies Reject [Los alemanes sorprenden en la conferencia de Génova con su anuncio del pacto con Rusia, lo que le ha conferido el rechazo de todos los aliados]», *The New York Times*, 18-IV-1922, y «Russia Must Respect Private Property, Powers Will Tell Her in Note Today» [Rusia debe respetar la propiedad privada, las potencias se lo harán saber hoy mediante un comunicado], *The New York Times,* 29-IV-1922. <<

[609] Citado en R. Pipes, *Russia Under the Bolshevik Regime*, pp. 393-394. <<

[610] Transcripción del interrogatorio de Aschberg en la prefectura de Policía de París, 2; y O. Aschberg, «A Wandering Jew from Glasbruksgatan», pp. 56-63. Sobre el Banco de Comercio Ruso (Ruscombank) y el impulso que dio al comercio germanosoviético, cfr. Brockdorff-Rantzau desde Moscú, 17 de noviembre de 1922, en PAAA, R 94575. <<

[611] Sobre las concesiones a Alemania de Aschberg, cfr. el memorándum del Ministerio de Asuntos Exteriores «An die Bevollmächtigte Vertretung (Botschaft) der Russischen Sozialistischen Föderativen Sowjet-Republik in Deutschland [Al representante acreditado (embajada) de la República Socialista Federativa Soviética de Rusia (RSFSR) en Alemania]», 12 de junio de 1923, en PAAA, R 94575, y la queja presentada ante el Ministerio de Asuntos Exteriores por el monopolio de Aschberg sobre la Handelskammer de Pforzheim, 13 de marzo de 1926, en PAAA, R 94426. Sobre los «bonos obreros», cfr. O. Aschberg, «A Wandering Jew from Glasbruksgatan», pp. 62-63. Sobre el oro alemán enviado a la Rusia soviética, cfr. el informe de los servicios de Inteli-

gencia franceses mandado desde Kovno, 20 de abril de 1926, en QOURSS 483, 31. <<

[612] El mejor estudio sobre la Nueva Política Económica (NPE) es el de Alan Ball, *Russia's Last Capitalists: The Nepmen*. <<

[613] El descenso de la población registrado de forma oficial, en los territorios del Imperio zarista absorbidos por la Unión Soviética en 1924, es de «solo» 12,7 millones, pero este no tiene en cuenta la previsión del incremento demográfico de 13 millones extrapolada de la tasa de natalidad. Cfr. Richard Pipes, *Russia Under the Bolshevik Regime*, pp. 508-509 y 509 n. <<

[614] Cfr. Sean McMeekin, *History's Greatest Heist*, epílogo. <<

[615] John Reed, *Diez días que estremecieron al mundo*. Un millón de rublos: citado en R. Pipes, *Russia Under the Bolshevik Regime*, p. 213 n. Sobre los «compañeros de viaje», el estudio clásico es el de David Caute, *The Fellow-Travelers*. <<

[616] «Casa de locos»: carta del director del Russian & English Bank, Petrogrado, 24 de enero de 1918, en PRO, FO 371/3701. La cita de Churchill («Ya que reconocemos a los bolcheviques, podríamos de paso legalizar la sodomía») aparece citada en S. McMeekin, *History's Greatest Heist*, p. 178. <<

[617] Citas en A. Ball, *Russia's Last Capitalists: The Nepmen*, pp. 26-27. <<

[ex15] Aunque hace años que la Oficina de Registros Públicos (Public Record Office) ha pasado a denominarse National Archives, en aras de la tradición y para mantener la denominación al uso, sigo refiriéndome a ella como PRO en todo el libro. <<

ÍNDICE

Nueva historia de la Revolución rusa 2

Nota sobre nombres, fechas, traducciones y transliteraciones 8

Introducción 10

El primer siglo de la Revolución rusa 10

Mapas 20

Prólogo 34

La sangre de un campesino 34

Primera parte 45

El ocaso de los Románov 45

1 46

EL ANTIGUO RÉGIMEN Y SUS ENEMIGOS 46

2 71

1905. UN GOLPE PARA EL SISTEMA 71

3 94

EL GIGANTE FRÁGIL. LA RUSIA ZARISTA ANTE EL ABISMO DE LA GUERRA 94

4 115

LA GUERRA DE RUSIA (1914-1916) 115

Segunda parte 143

1917. Un falso amanecer 143

5 144

GANAS DE PELEA 144

6 161

UN CLARO EN LA TORMENTA 161

7 181

EL EJÉRCITO EN LA CUERDA FLOJA 181
8 203
EL GAMBITO ALEMÁN 203
9 219
EL OCASO DE LOS LIBERALES 219
10 233
EL MOMENTO DE KÉRENSKI 233
Tercera parte 247
Una toma de poder hostil 247
11 248
LENIN ENSEÑA SUS CARTAS 248
12 271
UN EJÉRCITO A PUNTO 271
13 294
OCTUBRE ROJO 294
14 322
HUELGA GENERAL 322
15 338
ALTO EL FUEGO 338
16 358
RUSIA EN HORAS BAJAS 358
17 376
UN RESPIRO 376
Cuarta parte 396
Los bolcheviques en el poder 396
18 397
COMUNISMO DE GUERRA 397
19 409
ROJO SOBRE BLANCO 409
20 435

LA INTERNACIONAL COMUNISTA 435
21 449
LOS IDUS DE MARZO 449
22 462
«¡CONVERTID EL ORO EN PAN!». EL HAMBRE Y LA GUERRA CONTRA LA IGLESIA 462
23 482
RAPALLO 482
Epílogo 493
El fantasma del comunismo 493
Ilustraciones 507
Agradecimientos 521
Abreviaturas 526
Bibliografía 529
Lista de archivos y principales colecciones utilizadas 529
Colecciones documentales 540
Obras publicadas y online, citadas o consultadas con provecho, incluidas las memorias 542
Índice Analítico 564
Sobre el autor 612
Notas 613